



# Das Boot

## EL SUBMARINO

Lothar-Günther Buchheim

Lectulandia

*Este libro es una novela, pero no una obra de ficción. El autor ha vivido las experiencias que aquí se relatan; son la suma de las vivencias a bordo de un submarino; a pesar de lo cual, los distintos personajes no son retratos de persona alguna, viva o no.*

*Las operaciones llevadas a cabo por el submarino del que trata este libro se produjeron en el otoño y en el invierno de 1941. Por aquella época comenzaba la retirada en todos los frentes; por primera vez, las tropas del Ejército habían sido detenidas, pocas semanas después de la batalla de Kiev; en África del Norte, las tropas británicas habían tomado la ofensiva; los Estados Unidos preparaban la ayuda para la Unión Soviética, tomando parte en la guerra a partir del ataque japonés a Pearl Harbor*

*De los 41.000 alemanes que tripulaban submarinos, 26.000 no volvieron jamás de la Segunda Guerra Mundial.*

# Lectulandia

Lothar-Günther Buchheim

## Submarino

ePUB v1.2

deor67 01.02.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# BAR ROYAL

Desde el alojamiento para oficiales en el hotel Majestic hasta el bar Royal la calle corre pegada a la costa, formando una curva larga y abierta de cinco kilómetros. La luna aún no ha salido; sin embargo, la calle se puede reconocer como una pálida cinta.

El comandante pisa el acelerador a fondo, como si estuviera en una pista nocturna; pero de pronto debe frenar; los neumáticos chillan. Frenar, levantar el pie, frenar fuertemente otra vez. Sin que el automóvil pierda el control, el viejo consigue que se detenga; la causa: un muchachón cimbreado, con uniforme azul. Gorra de sargento primero. ¿Qué seña lleva en la manga?... ¡Submarino!

Está parado junto al cono de luz de nuestros faros, gesticulando; no podemos ver bien su rostro. El comandante quiere recomenzar la marcha lentamente, pero el individuo se pone a canturrear y a golpear sobre la parte delantera del coche.

Una pausa. Y otra vez su cancioncita, acompañada por otro solo de tambor.

Al comandante se le arruga la cara; falta poco para que explote. ¡Pero no, prefiere poner la marcha atrás! El coche pega un salto, de manera que casi me doy contra la ventanilla.

Primera. Curva cerrada. Chirrido. Segunda.

—Este era nuestro número uno —me dice el comandante—, está lleno hasta la mandíbula.

El ingeniero jefe, que está sentado detrás de nosotros, farfulla palabras ininteligibles.

Todavía no hemos vuelto a la normalidad cuando tenemos que frenar otra vez; pero ahora el comandante puede tomarse más tiempo; desde lejos se ve venir una hilera zigzagueante: por lo menos diez hombres cortan la calle. Son todos marineros. Al acercarnos veo que todos llevan las braguetas abiertas exhibiendo el miembro.

El viejo los alerta con las luces; la hilera se abre y pasamos por un pasillo lleno de orina.

—A esto lo llaman regadera.

—Son todos de nuestro submarino.

Desde atrás se oyen los gritos de la hilera.

—Los otros deben de estar en el burdel —dice el comandante—. Hoy puede pasar cualquier cosa allí.

En mil metros a la redonda no se ve nada; luego pasa una doble hilera de gendarmes.

—Esperemos que mañana temprano no nos falte nadie —la voz viene desde atrás—. Cuando éstos se emborrachan son imparables.

—¡Ni siquiera reconocen a su propio comandante! ¡Buena pieza!

La velocidad aminoró.

—Hay que reconocer que yo no soy el más fresco —espeta el comandante hacia atrás—; primero el entierro de esta mañana, ese marinero que murió en el ataque aéreo de Châteauneuf: y durante el entierro otro ataque más; ¡eso no se hace!; ¡durante un entierro! Fueron muchas fiestas para un solo día.

—¿Y qué más hubo? —le pregunto al viejo.

—Hoy nada más. Pero el fusilamiento de ayer todavía lo tengo en el estómago; deserción, un caso claro; un maquinista diesel de diecinueve años; no hablemos de eso; y después, por la tarde carnearon un cerdo en el Majestic; creo que quisieron darnos una alegría; pero fue una sopa que no le gustó a nadie.

El viejo frena frente al edificio donde, en letras de un metro de alto, se lee bar Royal; es una construcción de cemento con forma de barco, en el cruce de la calle costanera con otra que sale de un bosquecito. Una serie de ventanas remedan el puente de mando.

En el bar Royal trabaja Monique; es una alsaciana de pelo negro, ojos oscuros y grandes pechos, que no habla más que su dialecto.

Aparte de ella, sirven de atracción tres camareras con blusas transparentes y una orquesta de tres hombres, descoloridos y temerosos, salvo un mulato al que parece divertir la cosa.

La Organización Todt hizo pintar el local; ahora es una mezcla de fin de siglo y Casa del Arte Alemán; las pinturas que hay sobre el estrado de la orquesta representan los cinco Sentidos o las Gracias. ¿Cinco Gracias-tres Gracias? El jefe de la flotilla volvió a quitarle el local a la Organización, con razones tales como «los tripulantes de un submarino necesitan divertirse», «los oficiales de un submarino no pueden estar continuamente en el burdel», o «necesitamos mejor atmósfera para nuestra gente».

La mejor atmósfera en cuestión es un par de alfombras desflecadas, sillones de

cuero hundidos y lámparas con pantallas rojas en las paredes.

El comandante mira primero a su alrededor, y se imagina sentado a una mesa, con mirada de beatitud, la barbilla contra el cuello, la frente dura; después coge desmañadamente un sillón para él, se deja caer pesadamente y estira las piernas. Clementine, la camarera, llega pronto, al trote, con los pechos saltando, y, el viejo pide cerveza para todos.

Aún no ha llegado la cerveza cuando de pronto la puerta se abre ruidosamente; un grupo de cinco hombres hace su entrada: según las jinetas son todos tenientes generales; les siguen tres tenientes primeros y un teniente; tres de ellos llevan gorras blancas: son comandantes.

A contraluz reconozco a Flossmann; es un individuo poco simpático, ancho, rubio. Los otros dos son Kupsch y Stackmann, los inseparables, repletos de historias de burdeles desde su última licencia en París.

El viejo chilla: —Como sigamos en este tren dentro de una hora la plana mayor de la flota submarina estará aquí; me pregunto cómo es que los Tommies no han practicado todavía una operación comando en este local, tan cerca del agua como estamos; si quisieran nos podrían cazar fácilmente con un lazo; hoy por ejemplo sería una bonita noche para eso.

El viejo no tiene ni el angosto rostro de un héroe, ni la figura que aparece en los libros de cuentos; tiene, más bien, la figura de un hombre honrado, de pesados movimientos.

El dorso de su nariz se angosta por la mitad, se dobla hacia la izquierda y vuelve a ensancharse; sus ojos color azul claro están escondidos debajo de las cejas, unidas por la tensión a que están continuamente sometidas; casi siempre sus párpados se juntan, de manera que en las sombras sólo se reconocen dos finas líneas a cuyos extremos se desparrama un manojo de arrugas. Su labio inferior es relleno, su mandíbula fuerte; a veces se le llena de manchitas coloreadas. Las formas rudas confieren seriedad a su rostro; quien no conoce su edad le da alrededor de los cuarenta, aunque tiene diez años menos; es mucho más joven que la generalidad de los comandantes, pero ya a los treinta es un viejo.

No es amigo de grandes palabras; arrancarle una sola cuesta trabajo; por lo general, nos comunicamos con un gesto monosilábico: conversación tangencial; la cosa es no referirse a nada por su nombre. Un ligero tono de ironía, un ligero movimiento de sus labios, alcanza para que yo entienda qué quiso decir.

Hoy es nuestra última noche en tierra; en la charla continuamente surge nuestra mayor preocupación: ¿nos irá bien?, ¿lo lograremos?

Trato de convencerme: el viejo, un hombre de primera clase, no se conmueve por nada; no escapa ni tampoco salta encima del problema; da confianza; ha estado incluso en barcos de vela; *siempre salió bien de todas, desde puertos para doscientas*

*mil toneladas, llenos de barcos, hasta de la peor estrechez.*

Mi pullóver será muy necesario si tenemos que partir hacia el Norte. Será mejor que Simone no venga al puerto; no trae más que complicaciones; los del cuerpo de seguridad nos acechan como linceas, lo hacen por envidia, seguramente. Los guardias del almirante Dönitz.

¿Hacia dónde iremos esta vez? Ni idea, probablemente hacia el Atlántico central; hay pocos submarinos allí. Fue un mes malo; se defienden mejor, los Tommies parecen haber aprendido algo más, se volvió la página; los convoyes están mucho mejor defendidos. Prien, Schepke, Kretschmer, Endrass: todos fracasaron contra los convoyes; todos ahogados, salvo Kretschmer; y casi todos por la misma fecha, en marzo; la cosa con Schepke fue fea en verdad: se quedó enganchado... Muchos de aquellos ases ya no existen. Endrass tenía los nervios acabados. Pero el viejo todavía está intacto: tranquilo, introvertido; no se emborracha hasta acabarse a sí mismo; parecía un hombre realmente descansado, por la forma en que ahora está ahí sentado, pensando.

Tengo que ir al baño; una vez allí, escucho hablar a dos oficiales de guardia; son gente del submarino de Merkel. Borrachos.

Vuelvo a la mesa. Nuestro ingeniero jefe se aferra al vaso, el brazo estirado. Un hombre completamente distinto del viejo; parece un español, con sus ojos negros y su barbita en punta; como salido de una pintura del Greco: un tipo nervioso, que conoce su trabajo desde la A hasta la Z; veintisiete años, mano derecha del comandante; siempre estuvo con él; se entienden casi sin hablar.

—¿Dónde está nuestro segundo oficial...? —quiere saber el viejo.

—A bordo; todavía tiene guardia, pero quizá venga después.

—En fin, alguien tiene que hacer el trabajo —dice el viejo—. ¿Y el primer oficial?

—En el burdel.

—¿Ese en el burdel? ¡Si es para reírse! —responde el viejo—. Seguramente escribió ya su testamento; siempre tiene todo en orden.

El viejo no pregunta por el estudiante de ingeniería que debe reemplazar al ingeniero jefe después de esta salida. Es decir que seremos seis oficiales: demasiada gente para ese bote.

—¿Dónde se quedó Thomsen? —pregunta el ingeniero jefe— Ese no nos puede fallar.

Thomsen, comandante y desde hace muy poco tiempo condecorado, rindió su informe hoy por la tarde. Hundido en un sillón de cuero, con las manos en posición de orar, la mirada fija en la pared de enfrente:

—«...entonces fuimos bombardeados durante tres cuartos de hora. Inmediatamente después de la detonación nos mandaron seis u ocho bombas, muy

cerca del submarino, a más o menos sesenta metros de profundidad. Pasó una hora, y vino otra serie; fue de noche, entre las veintitrés y treinta y la una de la mañana; nos quedamos sumergidos y luego reptamos, lentamente, hacia arriba; por último salimos a la superficie y perseguimos al convoy. A la mañana siguiente, un destructor pareció enfilar hacia nosotros.»

«Había viento y estaba nublado, muy a propósito para un encuentro en la superficie. Volvimos a sumergirnos y nos preparamos para el ataque; ¡Fuego! Fallamos. Otra vez. El destructor tenía poco alcance; trataron de responder, pero entonces dimos en el blanco.»

«Luego nos dedicamos a seguir al convoy, hasta que recibiéramos la orden de volver... Al segundo convoy nos lo anunció Zetschke, mantuvimos distancia mientras dábamos a conocer nuestra posición; a eso de las dieciocho horas lo alcanzamos. Buen tiempo, muy nublado».

Thomsen hizo una pausa.

—¡Qué notable! Todos los éxitos los tuvimos en días en que alguno cumplía años. ¡Realmente notable! La primera vez, cumplía años el gasolero, y así sucesivamente.

Su submarino traía cuatro banderines en el periscopio al emerger esta mañana: tres blancos por otros tantos barcos mercantes hundidos y uno rojo por el destructor.

La voz ronca de Thomsen sonó como un ladrido por encima del agua oleosa:

—¡Stop ambas máquinas!

El submarino siguió hasta el amarradero por su propia inercia; apareció de pronto saliendo de esa salsa oleosa, como un jarrón con flores descoloridas; al acercarse, las flores se fueron transformando en caras pálidas, cansadas, de ojos hundidos y ojerosos, con brillo afiebrado algunos; la ropa de color gris sucio, dura de sal; mechones de pelo sobre los que las gorras apenas se sostenían. Thomsen parecía verdaderamente enfermo: enflaquecido, las mejillas hundidas; su sonrisa se había helado.

Cuando saludó a gritos, anunciando la vuelta del enemigo, lo recibieron con vivas.

El viejo lleva la chaqueta raída, y quiere demostrar con eso su desprecio por los que hacen gala de su vestimenta; la pechera de la chaqueta hace mucho que dejó de ser azul, ahora tira al gris, gris plomizo de tanto polvo y manchas; los botones, antaño dorados, están oxidados hasta el verde musgo. También la camisa tiene un color indefinido, algo así como un gris azulado con tonalidades lilas. La cinta con los colores de Alemania, negro, blanco y rojo, de la que cuelga la Orden que le otorgaran, no es más que un cordón arrugado.

—Ya no es como antes —se queja el viejo, observando una rueda de jóvenes oficiales en el centro del local—, ahora vienen los héroes de la gran boca.

Desde hace un tiempo se diferencian en el local dos grupos: los «viejos», como se



autodenominan el viejo y sus camaradas, y los «jóvenes», los mundanamente formados, los que creen en el Führer y tienen la victoria en su mirada, los «que endurecen la mandíbula», como dice el viejo, los que delante del espejo practican miradas amenazantes *à la Bella Donna*, pero que se hacen encima sin necesidad, los que sólo porque está de moda caminan duros, con el peso del cuerpo ligeramente hacia adelante.

Miró fijamente hacia esta convención de jóvenes héroes como si la viera por primera vez. Voces de pito. Hinchados por la conciencia elitista y con vocación de mando hasta más no poder. No tienen en la cabeza otra cosa que: «El Führer te observa, nuestra bandera es más que la muerte».

Hace catorce días uno de ellos se suicidó en el Majestic, sólo porque había contraído la sífilis. «Ha caído por el pueblo y por la Patria», se le comunicó a la novia.

Además del grupo de viejos sabuesos y de jóvenes continuadores, tenemos todavía al solitario Kügler, sentado en la mesita cercana a la puerta del baño, con su primer oficial. Kügler, el de los laureles, el que mantiene la distancia hacia todos lados. Kügler, un honorable caballero de las profundidades, un fervoroso creyente de la gran victoria final. Mirada azul acerada, porte orgulloso. Ni un gramo de grasa de más; un perfecto ejemplar de la raza aria. Con los índices se tapa los oídos cada vez que quiere dejar de oír las estupideces de los cínicos que lo rodean.

El médico de la flotilla ocupa la mesa de al lado. También él esté en una situación especial. Su cerebro es un depósito de obscenidades; por eso le dicen «el sucio».

Con sus treinta años, el médico se ha ganado el respeto de todos: en su tercer viaje tuvo que tomar el comando de la nave y devolverla a casa, después de ser atacados concéntricamente por dos aviones, con el comandante muerto y los dos oficiales malheridos sobre las cuchetas.

—¿Es que no hubo hoy ningún éxito? ¿Es esto un velatorio? —grita ahora— ¿Dónde estamos?

—¿No te alcanza el ruido? —chilla el viejo y sigue bebiendo.

Monique parece haber entendido al médico de la flotilla: toma el micrófono tan cerca da sus labios que da la impresión de querer lamerlo; con la mano izquierda bambolea un ramo de plumas violetas y grita con voz ronca:

—*J'attendrai, le jour el la nuit!*

Con la escobilla el percusionista desparrama harina sobre el parche.

Chillidos, gritos y suspiros; Monique dramatiza la canción con contoneos y movimientos de sus pechos opulentos, de destellos blanco—azulados, con el movimiento temblequeante de su traste y con los adornos de su ramo de plumas. Lo sostiene detrás de la nuca mientras con la otra mano golpetea sus labios pintarrajeados, como una india... Las plumas pasan entonces por entre sus piernas

mientras ella gira los ojos hacia arriba; las acaricia suavemente, estremece sus caderas en dirección de las plumas, a las que lleva nuevamente hacia arriba, las baña con su aliento, los labios carnosos...

De repente, guiña un ojo hacia la puerta del local ¡Ah, el jefe de la flotilla y su ayudante! Más de un guiño no vale la pena, considerando esa larga figura de cabeza pequeña con aires de estudiante. A su vez, el jefe no condesciende siquiera a una sonrisa de comprensión, sino que lanza una mirada por todo el salón, como si buscara una segunda salida que le permitiera pasar por ahí rápidamente y desapercibido.

—¡Oh, qué gran visita se mezcla entre la bajeza del pueblo! —el grito de Trumann, un tipo de la vieja guardia, se mezcla con los suspiros de Monique. Ahora se dirige directamente al jefe, ya apoltronado en su sillón—: ¿Y, viejo azteca? A veces hay que bajar al frente de batalla, ¿eh? ¡Ven, aquí hay un hermoso lugar! ¡Se ve todo el paisaje, desde arriba!... ¿Cómo, no quieres? Está bien, cada uno a su manera... si puede.

Como siempre, Trumann está completamente borracho. Su pelo negro y rizado ya se entremezcla con el color de las cenizas del cigarrillo. En cualquier momento puede explotar, nunca se sabe. También lleva la Orden.

El submarino de Trumann es conocido como «el submarino de fuego». Desde su quinto viaje quedó marcado por una mala suerte legendaria: no volvió a estar nunca más de una semana en el mar. «Volver arrastrándose sobre las rótulas o sobre las tetillas», como él mismo dice, se ha convertido en rutina para Trumann. Siempre lo descubren cuando sale hacia el campo de operaciones y lo bombardean; continuamente lo persiguen los problemas mecánicos; ya no hay ninguna oportunidad para Trumann y su tripulación. Todo el mundo se pregunta en silencio cómo es que ellos aguantan todavía los golpes y la desesperante falta de éxitos.

El intérprete de la armónica mira fijamente hacia adelante, como si estuviera en trance; al mulato sólo se lo ve desde el tercer botón de la camisa, escondido como está detrás de su tambor; tiene que tratarse de un enano, o bien está sentado sobre un taburete muy bajo. Monique pone su cara de pescado más lograda y redonda, y bosteza en el micrófono: —*In my solitude...*

Trumann se inclina hacia adelante y grita:

—¡Ayuda, veneno!

Monique se interrumpe. Trumann rema con sus brazos hasta lograr incorporarse a medias y chilla:

—¡Esta mujer es un lanzallamas ! ¡Tiene que haberse comido toda una ristra de ajos! ¡Oh, Dioos!

Aparece el ingeniero de Trumann, August Mayerhofer. Desde que lleva en la chaqueta la Cruz Alemana, se lo llama «August, el del huevo frito».

—¿Y, qué tal el burdel? —le grita Trumann— ¿Te descargaste? Siempre es bueno

eso... Tu viejo papá Trumann tiene que saberlo, ¿comprendes?

Se ponen a cantar a dúo; el médico de la flotilla los dirige con una botella.

Alrededor de la gran mesa junto al estrado, que por acuerdo tácito está reservada para la camada de los viejos, están sentados —o colgados— en los sillones de cuero, más o menos borrachos unos que otros, los camaradas del viejo: Kupsch y Stackmann, los «hermanos siameses», Merkel, Keller, llamado «el viejo de piedra», Kortmann, al que llaman «el indio».

Todos ellos son hombres envejecidos prematuramente, gladiadores del mar, que aparentan frialdad a pesar de que conocen cuán comprometida es su situación. Pueden estar sentados por horas en sus sillones con miradas que nada dicen, casi inmóviles; en cambio, no son capaces de sostener sus vasos sin un temblor.

Todos ellos tienen más de media docena de viajes peligrosos en su haber, de las más extremas pruebas para sus nervios, torturas de alto grado, situaciones sin salida, de las que sólo consiguieron emerger victoriosos gracias a algún extraño milagro. No hay entre ellos ninguno que no haya vuelto alguna vez con el submarino maltrecho, casi contra toda probabilidad de éxito; pero cada vez que la desgracia los sorprendía, allí estaban ellos, rectos como un palo, como si la situación no fuera nada especial.

Y es eso justamente lo que se les exige. Llorar y castañetear los dientes no está permitido. Todo aquel que tenga pegados al cuerpo la cabeza y las cuatro extremidades, es considerado apto; de otra manera, hace tiempo ya que los submarinos del frente deberían estar a cargo de gente sin experiencia, sin historia; pero desgraciadamente, los novatos inexpertos no son, ni con mucho, tan capaces como los viejos comandantes; y éstos a su vez hacen lo imposible por no desprenderse de sus oficiales, que alguna vez pasarán a ser comandantes.

Endrass, por ejemplo, no tendría que haber vuelto a salir, por lo menos en su estado; ése sí que estaba mal; pero los de arriba parecen ciegos; no se dan cuenta de cuándo uno está realmente acabado. ¿O no son los ases, los viejos ases, los que traen los éxitos a casa?

La orquesta deja de tocar. Nuevamente puedo oír trozos de conversación.

—¿Dónde está Kallmann en realidad?

—Ese es seguro que no viene.

—Y bueno, se comprende.

Kallmann regresó hace tres días, con tres banderines en su periscopio destartado: tres buques; al último lo hundió en las aguas bajas de la costa, con el cañón. «Se tragó más de cien blancos», comentó Kallmann; habían tenido mar duro, además.

Kallmann parecía Jesús en la cruz, con sus mejillas hundidas y el pelo rubio y duro; se retorció las manos, como si eso le fuera necesario para poder hablar con los demás.

Nosotros oíamos en tensión lo que nos contaba, nuestra inseguridad nos renovaba el interés. ¿Cuándo preguntaría lo que nos daba miedo contestar?

Al terminar su informe, dejó de retorcerse las manos; se quedó sentado, inmóvil, con los codos apoyados y las manos entrecruzadas; y ahora preguntaba, la mirada más allá de nosotros, con un aire de forzada indiferencia en la voz:

—¿Qué pasa con Bartel?

Nadie contestó. El jefe de la flotilla dejó caer la cabeza hacia adelante, apenas un milímetro.

—Ajá... bueno, me lo imaginé al no recibir de él más comunicaciones por la radio. —Un minuto de silencio, luego preguntó exigente—: ¿Pero no se sabe nada?

—¡No!

—¿Hay aún alguna posibilidad?

—¡No!

Las colillas colgaban de los labios sin moverse.

—Estuvimos juntos todo el tiempo en los astilleros; hicimos un viaje juntos —dijo Kallmann por fin, inerme, turbado. Todos sabíamos lo amigos que habían sido Bartel y Kallmann; siempre conseguían estar juntos, participar de las mismas operaciones, atacar los mismos convoyes. Kallmann había dicho una vez:

—Esto de saber que no se está solo le endereza a uno las espaldas.

Por la puerta de vaivén entra Bechtel. Parece hervido, con sus cabellos, sus cejas y sus pestañas del mismo color rubio casi blanco. Cuando está tan pálido como ahora, se le notan más las pecas.

Gran algarabía. Bechtel es rodeado por un grupo de los jóvenes; tiene que pagar una vuelta, por haber nacido de nuevo.

Bechtel tiene tras de sí una experiencia que el viejo describió como «fuera de serie»: después de una persecución con bombas de profundidad, consiguió salir a la superficie en las sombras del amanecer, con daños de todo tipo y llevando una bomba a punto de estallar sobre la cubierta. La corbeta se hallaba en las cercanías, y la bomba seguía sobre cubierta. Por suerte para Bechtel, estaba programada para una profundidad mayor y no detonó al caer sobre el submarino, a sesenta metros bajo el agua.

Bechtel hizo andar ambos motores a toda máquina; el marinero hizo rodar lentamente la bomba por la cubierta. Empezó a ronronear ya a los veinticinco segundos, así que estaba puesta para los cien metros de profundidad. E inmediatamente tuvo que volver a sumergirse, para no recibir otro bombardeo.

—Yo hubiera traído el bombón de buena gana —chilla Merkel.

—Nosotros también lo hubiéramos hecho. Pero la bomba no dejaba de sisear; sencillamente no encontrábamos el botón; ¡fue divertido!

El local se llena cada vez más; pero Thomsen sigue sin llegar.

—¿Dónde estará ése?

—A lo mejor se apunta uno más...

—Yo no sé... ¿en ese estado?

—Con la Orden colgada al cuello... debe de ser una nueva sensación de placer.

El que tampoco aparece es Beckmann; debería estar de regreso hace mucho; entre cuatro lo sacaron del tren de París borracho como una cuba; mientras tanto, el tren tuvo que detenerse; estaba completamente ido, con ojos de albino; y eso veinticuatro horas antes de embarcarse. ¿Cómo se las habrá arreglado el médico de la flotilla para ponerlo en condiciones? Seguramente lo cazó un avión; ya poco después de salir al mar dejó de comunicarse por radio. Para no creerlo: los Tommies se animan cada vez más, están cada vez más cerca.

Esto me hace pensar en el almirante Bode, en Kernével, un viejo solitario, que acostumbraba a emborracharse sólo por las noches. En un mes se habían perdido treinta submarinos.

—Uno se convierte... uno se convierte en borracho, cada vez que levanta la copa.

Flechsig, un hombre morrudo de los del grupo del viejo, se tira en el último sillón libre, en nuestra mesa. Volvió de Berlín hace una semana. Desde entonces no ha dicho una sola palabra. Pero ahora comienza a hacerlo:

—¡Me dice ese idiota del Comando: «Que los comandantes deben usar gorra blanca no consta en ningún lado». «Con su permiso, quisiera recomendar que se enmienden los errores», le dije entonces!

Flechsig toma un par de tragos y se limpia la boca con el dorso de la mano, lentamente:

—¡Así me gusta: hacer teatro por la gorra de comandante! ¿Qué se piensan éstos en verdad? Y aquí nos mandan a un tal Stuck para que escuchemos su prédica moralista. ¡Si es para reírse!

Erler, un joven teniente primero que acaba de hacer su primer viaje como comandante, abre la puerta de vaivén de un golpe, con un puntapié. Recién venido esta mañana de su licencia, estuvo toda la tarde pavoneándose con sus triunfos, en el Majestic; según contó, en su pueblito lo recibieron con bombos y platillos, y hasta el intendente le regaló medio lechón; decía que podía documentarlo todo con recortes de periódico: ahí estaba él, en el balcón de la municipalidad, haciendo con la derecha el saludo alemán, un héroe del mar aclamado por la Patria.

—Ya se le va a acabar la voz a ése —farfulla el viejo.

Siguiendo a Erler entra el radiooperador Kress, junto con Marks; hacen una pareja desapareja, uno alto y flaco, el otro bajo y regordete.

Al verlos, el viejo se sorbe ruidosamente la humedad de la nariz.

Erler se planta delante del viejo y lo invita a un trago. Por un largo rato, el viejo parece no reaccionar, pero entonces se deja cautivar: —¡Para una botella de algo

bueno siempre tenemos ganas!

Ya sé lo que está por venir: Erler demuestra en medio del salón su inigualada capacidad para sacar el corcho con el cabo del cuchillo apoyado contra el cuello de la botella de champaña; en eso es grande; el tapón vuela, la botella no se rompe, el champaña sale a borbotones hacia arriba.

Me hace recordar un ejercicio de los bomberos de Dresde; delante de la Opera montan todos los años una cañería en forma de cruz, sobre un mástil; alrededor del mástil estacionan los camiones rojos de la institución; la plaza está repleta de público; por los altavoces se oye entonces: «¡Espuma!», y de las cuatro puntas de la cruz comienzan a salir chorros de espuma, la cruz empieza a dar vueltas, más y más rápido, todo se transforma en un molino que reparte la espuma sobre la gente que mira desde abajo. La multitud grita «¡Ah...!» La espuma se va coloreando de rosa, luego de rojo, de violeta, de azul, de verde, de amarillo. La gente aplaude.

Otra vez el ruido de la puerta. Ahí está por fin... es Thomsen; medio rodeado y medio arrastrado por sus oficiales, se introduce en el local; le alcanzo rápidamente un sillón, para tener a Thomsen con nosotros.

Monique sigue cantando, esta vez en inglés con acento francés:

—*Perhaps I am Napoleon; perhaps I am the king...*

Junto las flores desparramadas por las mesas y se las tiro a Thomsen sobre la cabeza; Thomsen se deja adornar, sonriente.

—¿Dónde está el jefe de la flotilla, ahora? —pregunta el viejo.

Sólo entonces descubrimos que el jefe de la flotilla ha vuelto a hacerse humo; antes de que comience la verdadera fiesta Kügler tampoco está.

—¡Cobardes! —se enoja Trumann, se incorpora trabajosamente y desaparece en el baño; al rato vuelve, con un cepillo de limpieza en la mano.

—¡Qué asqueroso! —murmura el viejo.

Pero Trumann sigue acercándose; se para ante Thomsen, con un pie apoyado sobre nuestra mesa, toma aire un par de veces y grita con todas sus fuerzas:

—¡Silencio en este cuartucho!

La música se interrumpe, y Trumann comienza a hablar, con voz plañidera, al tiempo que pone el cepillo justo ante el rostro de Thomsen:

—Nuestro nunca bien ponderado, grandioso, abstigente y célibe líder, que en carrera gloriosa ha pasado de ser aprendiz de pintura al más grande conductor de batallas de todos los tiempos... ¿no es cierto eso acaso?

Trumann se aclara la garganta con unos tragos más y prosigue declamando:

—Entonces, el conocedor de la flota, el estratega del mar nunca igualado, el que le ha caído en gracia... bueno, ¿cómo sigue?

Trumann mira como preguntando a los presentes, eructa desde lo más profundo y continúa:

—El gran guía de la flota, el que le... lo... al inglés ese, que aún moja la cama, a ese fumador de cigarros sifilíticos... jijiji, ¿qué más dijo?... ¡bueno, el que le mostró a ese pelotudo de Churchill lo que le quiso mostrar!

Trumann se deja caer en el sillón, exhausto, y me sopla en medio de la cara su tufo a alcohol; en la penumbra del lugar parece tener una tonalidad verdosa.

—¡Bauticemos al nuevo caballero! ¡Bauticémoslo! —tartamudea aún—. ¡Churchill de mierda!

Kress y Marks se hacen un lugar con sus sillas en nuestra rueda. Se sientan al lado de Thomsen, para sonsacarle en su embriaguez algo de su último viaje; ellos son los que publican algo así como un periódico con el que nos entretienen a veces; pero nadie entiende para qué hacen reportes, si sólo sacarán artículos estereotipados. Mas Thomsen hace rato ya que no puede informar nada a nadie; los mira a ambos con la vista ida y solamente contesta, después de un largo palabrerío de los otros:

—Sí, cierto; sí, ascendió rápidamente, como esperábamos; le dimos justo detrás del puente... ¿Pero es que no me entiende usted?... No, no delante, detrás.

Kress se siente tomado de las solapas; traga en seco; es cómico ver cómo su nuez de Adán sube y baja.

El viejo se divierte con el teatro; ni piensa en meterse a ayudar.

Thomsen termina por no entender nada.

—¡Esto es todo una porquería! ¡Todo!

Yo sé lo que quiere decir: en las últimas semanas ha habido un fracaso tras otro, por los torpedos; tantos fracasos no pueden ser casualidad; se rumorea un sabotaje.

De pronto, Thomsen se levanta de un salto; los vasos se rompen; el teléfono ha sonado. Thomsen tiene que haberlo confundido con la alarma.

—¡Una lata de arenques! —ordena ahora agitando la mano sin control. Hace como si se hubiera incorporado solamente para que su pedido se oyera mejor a través del salón—. ¡Arenques para toda la banda!

Yo oigo, pero a pedazos, cómo Merkel cuenta a los que están sentados alrededor de él su historia:

—Me tengo que deshacer del maquinista, ése no sirve para nada... La corbeta estaba en posición cero... El ingeniero no conseguía bajarlo lo suficientemente rápido... entonces descubrimos a uno nadando; parecía un lobo marino; nos acercamos, porque queríamos saber su nombre; estaba todo negro de aceite, colgado de una boya.

Erler descubrió que se consigue un ruido infernal pasando una botella vacía sobre las rejillas del calefactor. Dos, tres botellas estallan, pero Erler no cesa en su juego; se oye ruido de vidrios rotos. Monique le echa miradas de odio, ya no soporta más.

Merkel se pone de pie y, por el bolsillo del pantalón, se rasca prolijamente entre las piernas. Aparece por ahí su ingeniero jefe; se lo envidia por su capacidad de silbar

con dos dedos entre los labios.

Está de buen humor y en seguida se ofrece para enseñarme a silbar como lo hace él; pero primero, dice que tiene que pasar por el baño; cuando vuelve, me insta a que me lave las manos.

—¿Y eso para qué?

—Por si te trae problemas; en fin, por mí... una alcanza.

Después de lavarse, el ingeniero jefe de Merkel observa mi mano con detenimiento; decidido, se mete entonces mis dedos índice y medio en la boca y comienza a silbar unos tonos de prueba... y en seguida una melodía, cada vez más llena de variaciones.

Tiene los ojos fijos hacia arriba. Yo me encuentro sencillamente encantado. Unas cabriolas más y fin; con admiración miro mi dedo mojado. Tengo que aprender a mirar cómo se ponen los dedos, me dice él.

—Bien. —Ahora intento hacerlo yo, pero apenas si arranco de mis dedos un par de silbidos sin gracia y el siseo de un inflador.

Según el ingeniero, no ha salido bien; me mira con preocupación; con aparente falta de culpa vuelve a meterse mis dedos en la boca y toca con ellos el fagot.

Estamos de acuerdo en que el fallo debe de estar en la lengua.

—Pero a ésa no se la pueden cambiar —dice el viejo.

—¡Qué juventud tan poco alegre! —se oye gritar a Kortmann en medio de una pausa del ruido. Kortmann, el de la cara de águila, al que llaman «el indio». Los de arriba lo tienen mal conceptuado desde el caso del tanque Bismarck. Por no obedecer órdenes. Por salvar a marinos alemanes. Por poner su submarino a merced del enemigo. ¡Por no cumplir con sus deberes, sólo por sus tontos sentimientos! Eso le podía pasar solamente a Kortmann, un viejo con viejas ideas de mar, como ésa de que el destino de la tripulación es el primer mandamiento para un marino.

Ahora puede gritar, el viejo Kortmann, pero parece no haber entendido aún que las costumbres han cambiado un poco.

Claro que también hubo una parte de mala suerte: ¿por qué tuvo que pasar el destructor inglés justo cuando Kortmann y el buque tanque estaban unidos por la manguera? En realidad el tanque correspondía al Bismarck, pero el Bismarck no necesitaba más combustible; al Bismarck lo habían hundido, con dos mil quinientos hombres a bordo; y el tanque iba y venía sin destino; y entonces el Comando decidió que alimentara a los submarinos; justo cuando Kortmann estaba haciendo uso de esa orden, ocurrió: los ingleses le volaron el tanque delante de las narices, y los cincuenta hombres que el tanque llevaba nadaban en la bahía; así es que el romántico Kortmann no pudo dejarlos nadar.

Si hasta estaba orgulloso de la faena: cincuenta hombres pescados sobre un submarino VII-C, en el cual apenas si hay lugar para la tripulación; dónde los albergó



es hasta la fecha un secreto de Kortmann; pero seguramente lo hizo con el método de las sardinas enlatadas: una cabeza a la derecha, la siguiente a la izquierda, con el espacio sólo suficiente para respirar. El pobre Kortmann llegó a pensar que había hecho algo digno de reconocimiento.

La embriaguez comienza a desdibujar las fronteras entre ambos grupos, el de los jóvenes y el de los viejos. Todos hablan ahora al mismo tiempo. Lo escucho a Böhler, razonando:

—¡Para eso hay claras instrucciones, señores, claras instrucciones! Ordenes. Y órdenes muy claras y precisas.

—¡Instrucciones, señores, órdenes claras! —lo imita Thomsen—. No me hagan reír... ¡Si más falta de claridad es imposible!

Thomsen observa fijamente a Böhler, lo estudia. De pronto le entra algo en un ojo y pasa a ocuparse de eso con todo su ser.

—¡Si hasta se nota que mantenernos en la oscuridad es parte del sistema!

En la ronda aparece la cara de zanahoria de Saemisch; también él trae ya una buena carga; con la vaga iluminación del local, su piel me recuerda la de un pollo hervido.

—No piensen tanto —dice—, yo siempre digo que los caballos tienen cabeza grande; así que hay que dejar pensar a los caballos.

Böhler, por encima de la cabeza de Saemisch, da su opinión:

—La cosa es así: si la guerra es total, la acción de nuestras armas...

—¡No digas idioteces! —lo interrumpe Thomsen.

—¡Pero déjeme hablar! Tomemos un ejemplo: un crucero atrapó a un Tommy que estuvo tres veces en el golfo. ¿Y eso qué quiere decir? ¿Hacemos la guerra o solamente desmontamos? ¿De qué sirve hundir vapores, si ellos pescan a su gente de nuevo, y la gente sube a otro barco y todo está como antes? A ellos les pagan para eso.

¡Ahora sí que se largó! ¡Ahora sí que se dijo lo que hacía falta para la discusión, para el tema quemante, pero tabú! ¿Destruir a los enemigos, o solamente a sus barcos? ¿Hundir los vapores o matar al enemigo?

—¡Así es allí, pero aquí también! —asegura Saemisch. Pero Trumann le saca la palabra. El agitador Trumann se siente tocado. Un tema caliente, del cual todos escapan... pero Trumann no lo hará. Hay tensión en el ambiente. Ahora se empieza a *hablar* de verdad.

—Vayamos por partes —exige—; los de arriba ordenaron; destruir al enemigo; con ininterrumpido espíritu de lucha, con dureza y decisión, con dedicación incorruptible, etc., etc..., toda esa pavada. Pero nadie dijo nada acerca de atacar a la gente que se pasea por el agua, ¿o no es así?

Trumann, el cara de cuero, está todavía tan lúcido como para darse el lujo de

jugar al provocador. Thomsen también se mete:

—Sí, claro; pero por otra parte dijeron sin duda alguna que la pérdida de las tripulaciones es lo que más caro resultaría al enemigo.

Trumann pone cara de pocos amigos y sigue echando leña al fuego:

—¿Y con eso?

Trumann arranca con todo:

—Hay uno que resolvió los problemas a su manera, y hasta baladronea con ello: no tocar un pelo a la gente, pero bombardear hasta los botes de rescate; si la cosa se da de tal manera que los náufragos se tiran encima de ellos en seguida... está todo solucionado; se respetan los convenios... ¿de acuerdo? Y los de arriba se pueden sentir comprendidos.

Todos saben de quién se está hablando, pero nadie se vuelve para mirar en dirección de Flossmann.

Mis pensamientos se dirigen hacia lo que llevaré conmigo; sólo lo más indispensable. El *Isländer* nuevo con seguridad; y agua de colonia. Hojas de afeitar... no, esas me las puedo olvidar.

—Toda esta cháchara es asunto viejo —nuevamente oigo la voz de Thomsen—, mientras uno tenga algo debajo de sus pies para que flote, se lo puede usar de blanco, pero cuando ves a ese pobre cerdito dando vueltas por el lago, te toca el corazón.

¡Qué raro!

Trumann toma nuevamente la palabra:

—Voy a decirte cómo son las cosas en realidad...

—¿Sí?

—Cuando uno ve a un tipo de éstos flotando ahí, uno se imagina que podría ser uno mismo. Sí, así es en verdad. Lo que pasa es que con todo un vapor no te puedes identificar; ése no te toca el corazón, como tú dices; pero un solo hombre, ah, entonces sí. En seguida cambian las cosas; todo se te hace incómodo; y porque la incomodidad no te gusta, te construyes un Ethos... y todo vuelve a ser como era entonces...

El *Isländer* nuevo, que me tejió Simone, es ya de por sí bastante grande: cuello hasta la mitad de las orejas, lo suficientemente largo. A lo mejor vamos hacia el Norte, hacia Dinamarca, o más arriba aún; hacia los convoyes de Rusia; ¡qué fea sensación de no saber!

—¡Pero como náufragos están indefensos! —se mete Saemisch con tono directamente conmovedor.

—Ya lo oímos. ¡Siempre la misma cantinela!

La discusión vuelve a comenzar. Thomsen retoma la delantera:

—Yo he hecho notar ya una vez que también hay gente sobre los tanques. También ellos están indefensos, ¿o no? En fin, aquí nadie le da importancia a la

lógica.

Thomsen hace con la mano un gesto de resignación, murmura una obscenidad por lo bajo y agacha la cabeza.

Yo tengo deseos de ponerme de pie e irme de aquí, hacer mi equipaje. Uno o dos libros. ¿Cuáles? No quiero más coñac, ni siquiera olerlo. Esto tumba al hombre más pintado. Hay que mantenerse sobrio, aunque sea a medias. La última noche en tierra. Películas de repuesto; el gran angular. La gorra de dormir, una negra con el *Isländer* blanco; debo parecer cómico, en verdad.

El médico se apoya en mi brazo izquierdo y en el hombro derecho del viejo, como si quisiera mostrarnos un ejercicio de barras. Al mismo tiempo grita, su voz entremezclada otra vez con la música:

—¿Estamos festejando la distribución de las órdenes o es esto una convención de filósofos? ¡Basta de idioteces!

Entonces me doy cuenta de que en la mesa de Thomsen se sigue discutiendo.

El griterío que mete el médico parece animar a un grupito de oficiales, que también comienzan a vociferar pidiendo acción, como si hubieran estado esperando la voz de mando. Se suben en las sillas y desde arriba riegan el piano con cerveza, una botella tras otra.

Y como el piano y la orquesta no son lo suficientemente ensordecedores, comienza a andar el gramófono; a toda voz se oye cantar: «*Where is the tiger?*» Un alto teniente primero se sube a una mesa y empieza a contonearse.

—¡Otra! ¡Bravo! —estalla la gente.

—¡Sosténganme que me caigo! —grita el teniente primero.

Uno tropieza en la alfombra pero llega hasta la pared, descuelga de allí el aro de salvamento, se lo coloca y se sienta a una mesa, dormido.

Bechtel, un hombre que naturalmente no tiene inclinaciones para la juerga, lleva el compás de una rumba golpeando a manos llenas; el danzarín se lo agradece y se contonea aún más, y más frenéticamente.

Nuestro ingeniero que hasta hace un momento estaba tranquilamente sentado, también se deja llevar por la euforia: de un salto pasa por sobre el escenario y se cuelga de un enrejado adosado a la pared como decoración; allí se balancea como un mono mientras, siguiendo el compás, arranca una a una las uvas artificiales que completan el adorno. El enrejado oscila y se queda, como en una película de Buster Keaton, inclinado por un instante a medio metro de la pared, hasta que con un ruido descomunal cae con el ingeniero sobre el estrado.

El pianista está en un trance que lo obliga a mantener la cabeza hacia atrás, mirando el techo, como si leyera allí las notas; toca un ritmo marcial. Un grupo se instala alrededor del piano y lo acompaña cantando a todo lo que dan los pulmones:

—¡Seguiremos marchando por siempre, aunque caiga mierda del cielo!

¡Volveremos, volveremos a Schlicktown, pues esto es el culo del mundo!

—¡Simplemente teutónico! —chilla el viejo.

Trumann mira su vaso, se incorpora, como si hubiera recibido una descarga eléctrica y grita:

—¡Salud!— y se tira desde diez centímetros de distancia la cerveza en la boca abierta; una ancha banda de espuma chorrea por su chaqueta.

—¡Qué asco! —grita Trumann al verse. Clementine corre a auxiliarlo con una toalla; el cierre relámpago a sus espaldas ha estallado; al agacharse sobre Trumann, se le ven las piernas, blancas como el queso, contrastando con su falda negra.

—¡Cochino! —le dice a Trumann en el oído y lo limpia de arriba hasta abajo. Sus pechos cuelgan delante del rostro de Trumann, tan cerca de él que podría mordérselos; está haciendo el papel de mamá.

—¡Una verdadera orgía! —le oigo decir a Meinig, al que llaman «el basurero de la flota»—. Lo único que falta son las mujeres.

Como si esas palabras hubieran sido su señal, el primer y el segundo oficial de Merkel desaparecen por la puerta de vaivén, no sin antes mirar atentamente a todos lados, como si tuvieran algo que ocultar. Yo pensaba que ellos ya se habían retirado hacía rato.

—¡Cobardes! —murmura el viejo.

Por la mitad, oigo el comentario de la mesa de al lado:

—¡...cuando a éstos les dan ganas...!

Siempre es igual: lo mejor del Führer, el futuro del pueblo... y entonces beben un poco de coñac con otro poco de cerveza, y el sueño de los héroes immaculados se acabó.

—Notable —sigue murmurando el viejo, mientras pesca con el brazo estirado su vaso a medio llenar.

—¡Sillón de mierda! ¡De aquí si que no me puedo parar!

—¡Jajaja! —se ríe uno de la mesa de al lado— lo mismo dice mi chica: ¡No se puede parar, no se puede parar!

Al viejo le queda la boca entreabierta de perplejidad. Otro comenta con seguridad, moviendo la cabeza:

—Esta vez pueden estar seguros... se terminó; yo no vuelvo más; se terminó.

—Por supuesto volverás —le responde Trumann.

—Un cajón de coñac, a que no vuelvo; ¿apostamos?

—Está bien; pero si pierdo yo se lo tengo que dar a un angelito.

El otro lo mira sin entender.

—Bueno, es así: si vuelves, entonces perdiste —trata de explicar Trumann—, eso está claro, ¿o no?; y por lo tanto me debes un cajón de coñac. Pero si no vuelves, entonces ganaste tú —Exacto.

—Y yo soy el que debe pagar el cajón de coñac...

—Así es.

—Bueno, lo que yo me pregunto es a quién se lo voy a dar.

—¿Cómo que a quién? A mí, claro, lógico.

—¡Qué borracho estás!

—¿Yo? ¿Cómo?

Sobre la mesa hay una colección de botellas con el cuello roto, ceniceros llenos, latas de arenques y vasos caídos. Trumann pasea su mirada por sobre toda esa mezcla de cosas. Al dejar de atronar el piano, levanta la mano derecha y grita:

—¡*Achtung!*

—Ahora viene la prueba del mantel —dice nuestro ingeniero.

Trumann vuelve lentamente la punta del mantel; lo hace con toda parsimonia, tarda para ello sus buenos cinco minutos, sobre todo porque el mantel se le escapa de las manos. Con la izquierda hace entonces una seña para el pianista, que comienza a tocar inmediatamente, como si el número estuviera preparado.

Trumann se para, asegurándose bien, con la concentración de un levantador de pesas, mira durante un largo minuto sus manos, sin expresión en el rostro, las manos envueltas en la punta del mantel, grita de pronto desde el fondo de sus pulmones.

—¡Zas! —y arranca con un tirón medio mantel de la mesa. Se oye el ruido de vasos rotos y el sonido seco de las botellas vacías y de los platos en el suelo.

—¡Mierda! ¡Maldita mierda! —se descarga Trumann y camina alrededor de sí mismo pisoteando los restos de vidrio. Tambaleante, se dirige a la cocina y pide a gritos una escoba y una pala; luego se arrastra, entre las pullas y las risas de los demás, agarrándose a las mesas y juntando los trozos más grandes con las manos. Pronto aparecen detrás de su camino las primeras estrías de sangre.

El palo de escoba, el cabo de la pala, todo se tiñe en seguida de rojo. Dos tenientes primeros quieren reemplazar a Trumann en el trabajo, pero él se, niega tozudamente, quiere juntar hasta el último fragmento.

—Todo limpio, siempre hay que tener todo limpio... El barco debe estar siempre limpio...

Por fin se deja caer en un sillón, y el médico le saca dos o tres pedazos de vidrio de entre las manos cerradas. Las heridas gotean; y ahora, por si fuera poco, se pasa la mano ensangrentada por la cara.

—¡Puaj! —el viejo se asquea.

—¡Pero si da lo mismo! —grita Trumann; al fin se deja pegar un esparadrappo sobre la mano, mientras Christel le hace ojitos.

Aún no ha pasado cinco minutos en el sillón, ya se incorpora nuevamente, saca un trozo de periódico arrugado del bolsillo y comienza a gritar:

—¡Si no se les ocurre nada, imbéciles, aquí hay palabras doradas...!

Desde aquí veo lo que agita entre sus manos: es el testamento de Mönkeberg, que se supone ha caído ante el enemigo, pero que en realidad perdió la vida de una forma bastante profana, al quebrarse la nuca. Y se quebró la nuca en algún lugar del Atlántico, porque estando todo tranquilo y el tiempo tan bueno, quiso tomar un baño. Al tirarse de la torre, el submarino hizo un movimiento hacia el otro lado y Mönkeberg dio con la cabeza sobre la cubierta.

Su testamento pasó por todos los periódicos.

Trumann mantiene el trozo de periódico delante de sí, con el brazo estirado:

—Uno como el otro... todos para uno, uno para todos; por eso les digo: camaradas, combatan duramente; el fondo de esta batalla dramática, de importancia histórica para el mundo entero... valentía heroica, innominada, grandeza histórica... sin igual... única... el capítulo interminable del sacrificio del soldado... el Ethos más grande... a los vivos y a los por venir... ser fértiles... según el poder infinito en el tiempo...

Trumann trastabilla, siempre con el periódico ante los ojos —yo estoy seguro de que ya no se puede leer en él—, pero no cae. Parece que sus zapatos estuvieran clavados al piso.

—¡Un gran número! —dice el viejo— A éste no nos lo sacamos más de encima.

Un teniente primero se sentó al piano y está tocando jazz, pero a Trumann no le hace mella, él sigue, cada vez más fuerte:

—¡Camaradas!, nosotros... responsables del mañana... vida y espíritu de una casta humana cuya mayor consigna es «servir»... faro ejemplar para quienes quedan detrás... más fuerte que el destino es la valentía... por propia decisión... medir fríamente, luego actuar decididamente... amor y fidelidad de una grandeza tan grande, ni idea tienen ustedes de eso, torpes, más valioso que los diamantes... Encontró su tumba en medio del Atlántico, jajajaja... Estrechos lazos... frente a Patria... decidido al sacrificio hasta lo último... Nuestro querido pueblo alemán. Nuestro majestuoso y divino Führer y comandante en jefe... ¡Heil! ¡Heil! ¡Heil!

Algunos, respondieron a los vivas. Böhler observa a Trumann pensativo, se arrastra hacia arriba por el sillón hasta alcanzar toda su altura y desaparece sin saludar.

Trumann comienza a reírse como un colegial. La boca babeante, mira a su alrededor, a la gente, con la cabeza gacha, los ojos grandes.

—¡La gente fina parece haberse retirado! *La crème de la crème*. ¡Los nobles! Solamente quedan los pro-pro-proletarios, carajo. La hez de la guardia de Dönitz. ¡El que no se quede aquí, será fusilado!

—¡Eh! ¡Deja mis tetas! —grita Monique; el aludido es el médico, que según parece se ha puesto cómodo junto a la mujer.

—¡Entonces me vuelvo a mi prepucio! —anuncia él, y toda la banda rompe en

carcajadas.

Trumann ha vuelto a caer en el sillón y cierra los párpados. Yo pienso que el viejo se equivoca; el bueno de Trumann se nos duerme ahora ante nuestros propios ojos. Pero otra vez está de pie, como picado por una tarántula y busca con la derecha una pistola en su chaqueta.

Un oficial tiene todavía la suficiente capacidad de reacción y consigue bajarle el brazo. Un tiro se hunde en el parquet, cerca de la punta de los zapatos del viejo. Este apenas se inmuta para decir:

—¡Con semejante música, ni siquiera se oyó!

La pistola desaparece, y Trumann vuelve al sillón con un mohín de desprecio. Monique, que se impresionó con el disparo, salta desde atrás del bar, se acerca a Trumann y le acaricia la barbilla, como si fuera a afeitarlo; con rápidos pasos se acerca luego al estrado y comienza a bostezar en el micrófono:

—*In my solitude...*

Por el rabillo del ojo veo cómo Trumann hace un esfuerzo sobrehumano por incorporarse, en cámara lenta; va haciendo los movimientos necesarios por partes, queda entonces de pie, pero bamboleante por lo menos cinco minutos, hasta que Monique termina de bostezar, y mientras todos aplauden frenéticamente, él camina por entre las mesas hacia la pared de atrás, allí se apoya, nos mira, y de repente saca de su pantalón una segunda pistola y grita, con las arterias que le saltan del cuello.

—¡Todos debajo de las mesas!

Esta vez no hay nadie en la cercanía que pueda golpearle la mano.

—¿Y, para cuándo? —grita Trumann de nuevo. El viejo se escurre sencillamente del sillón hacia abajo, las piernas hacia adelante. Tres o cuatro se resguardan detrás del piano. El pianista se ha arrodillado; yo también me pongo de rodillas sobre el piso. En el local no se siente volar una mosca... de pronto, comienza a sonar un tiro tras otro.

El viejo cuenta en voz alta. Monique, desde debajo de una mesa, grita en un tono tan agudo, que llega hasta la médula. El viejo grita:

—¡Basta!

Trumann gastó la carga.

Yo miro por encima de la mesa: a las cinco Gracias de la pared, sobre el estrado, les faltan las caras. Aún cae el revoque. El primero en incorporarse es el viejo, que mira el daño con la cabeza torcida:

—¡Qué fantástico! ¡Si parece salido de un rodeo! ¡Y eso medio manco!

Trumann ya ha guardado la pistola y sonrío satisfecho de una oreja a la otra:

—Ya era hora, ¿eh? ¡Ya era hora que los fieles alemanes recibieran una en la cabeza!

Trumann se derrite casi, tan conforme está consigo mismo.

En eso aparece por la puerta, con los brazos en alto como si quisiera capitular, la madama del burdel, chillando como un tranvía en las curvas.

Cuando el viejo la ve, se deja resbalar nuevamente del sillón; alguien grita:

—¡Cubrirse todos!

Es un milagro que esta mujer, que hace aquí las veces de posadera, no se haya dejado ver hasta ahora. Está arreglada a la española, las patillas pegadas con saliva, una peineta en el pelo; un bamboleante monumento de grasa. Lleva pantuflas de terciopelo negro. En sus dedos de chorizo se pueden apreciar grandes anillos con piedras falsas. Este es el monstruo que goza de las preferencias de los comandantes del lugar.

Generalmente, su voz suena como cuando se fríe tocino. Pero ahora es un tono plañidero y enojado, hablando en francés.

—¡Roto, todo roto! —le escucho decir.

—En eso tiene razón —reconoce el viejo—, ¡está todo roto!

Thomsen toma la botella de coñac y se prende a ella como a la teta.

Merkel salva la situación. No sin trabajo, se encarama a una silla y comienza a cantar villancicos de Navidad, con grandes movimientos de brazos, como un director.

Todos nos entusiasmos y lo acompañamos en la aventura.

La matrona se retuerce las manos como una vieja histérica. Sus chillidos se filtran una y otra vez entre las voces de nuestro coro. Ella hace como si quisiera arrancarse el chal tejido del cuerpo, pero parece pensarlo mejor, porque se hunde los dedos en el cuero cabelludo, las uñas pintadas de rojo oscuro; con un último chillido se vuelve y se va, derrotada.

Merkel se cae en la silla, la marea coral baja.

—¡Qué bodrio! ¡Mi Dios! —dice el viejo.

La faja de lana, pienso yo, debería llevarla. Es de lana de angora, y cómo caliente. Única.

El médico de la flotilla sienta a Monique sobre sus rodillas, le toma con la mano derecha las nalgas y con la otra los pechos y la eleva, como si quisiera pesar un melón. Monique, enguantada en su vestido demasiado estrecho, pega grititos, se zafa, golpea contra el gramófono, de tal manera que la púa roe los surcos con un sordo sonido de órgano. Monique parece desarmarse de risa.

El médico da un golpe sobre la mesa, con el puño cerrado, y las botellas caen; él vuelve a la carga; en el mismo instante, alguien parece abrazarlo desde atrás, pero no bien saca sus manos, se ve que ha desaparecido a medias la corbata del médico, de la que queda un muñón debajo del último botón; él ni la nota. El teniente primero que tiene las tijeras sigue, con el mismo juego en la corbata de Saemisch y luego en la de Thomsen; Monique, al descubrirlo, no puede sostenerse en pie de risa y se deja caer sobre el estrado, lo que me permite ver que debajo de la falda sólo lleva una



pequeñísima prenda negra; y Belser «ojo de madera» ya tiene un sifón en la mano y dirige el chorro entre las piernas de Monique, y Monique chilla como una docena de lechones que han sido pellizcados en la cola al mismo tiempo. Merkel se da cuenta de que le falta un pedazo de corbata, el viejo murmura:

—Ahora se arma.

Merkel toma una botella a medio llenar y la lanza contra el plexo del cortador de corbatas, tan fuerte que éste se dobla como un boxeador noqueado.

—Un tiro limpio —admira el viejo.

Ahora vuela por los aires un trozo de enrejado de madera; nosotros nos cubrimos las cabezas, mientras el viejo, el único, queda a cabeza descubierta declamando con tono grave:

—«...ya viene volando una placa de mármol, un espejo grande va contra el patrón.

Y el mar subía, y el viento soplabá...» El piano recibe más cerveza.

—¡El licor nos convierte en impotentes! —grazna Thomsen. Apenas si se puede tener sobre los pies.

—¿Vamos al castillito? —me pregunta el viejo.

—¡Noo! Quiero dormir un poco; por lo menos un par de horas.

Thomsen se levanta con esfuerzo:

—Esperen... yo... los acompaño, ¡qué lío!; ya vamos; sólo un poco de agua; tengo que dejar un poco de agua en el rincón.

La luz blanca de la luna, detrás de la puerta de vaivén, me toma de sorpresa. No esperaba esa luz: un plateado brillante. La calle de la costa es de un color blanco azulado, como enfriada al rojo; la calle, las casas, todo está inmerso en esa cruda y fría luz de neón.

¡Mi Dios! Una luna así, es imposible. Redonda y blanca como un Camembert. Brillante Camembert. Hasta se podría leer el periódico en una noche como ésta. Toda la bahía es un solo papel plateado, destellante. Toda la gran superficie, desde la costa hasta el horizonte, son millones de facetas metálicas. Horizonte de plata contra un cielo de negro terciopelo.

Entrecierro los ojos hasta ver por dos líneas. La isla allí afuera es como el lomo de una raya, brillando. Se ve la chimenea del transporte hundido, se ven los restos del mástil: todo se ve cortada.. con tijeras. Me apoyo en la baranda de cemento. Siento la piedra contra las palmas de las manos: es chocante. Allá, los geranios en los almácigos; cada capullo es reconocible. Dicen que las bombas de gas venenoso huelen como geranios.

¡Las sombras marcadas! ¡El golpear de la marea contra la costa! Parece que yo tuviera olas en mi cabeza; la piel brillante del mar en la noche me lleva arriba y hacia abajo, arriba, abajo. Un perro brilla: la luna ladra.

¿Dónde ha quedado Thomsen, el nuevo caballero? ¿Dónde? De vuelta, entrar en el Royal. Se puede cortar el aire aquí; es aire dispuesto en capas, sedimentado.

—¿Dónde está Thomsen?

Estaba aquí. No puede haber desaparecido.

Con el pie empujó la puerta del baño. Para no tocar el picaporte.

Ahí está él, acostado. Acostado sobre su lado derecho, a lo largo, en medio de una laguna de orina amarilla, un resto de vómito junto a la cabeza, hacia el sumidero. La mitad derecha de la cara de Thomsen está recostada en ese puré. También la Orden cuelga en la orina. Ante los labios de Thomsen se forman y se vuelven a formar burbujas de distinto tamaño, porque Thomsen da de sí algunos sonidos. Se puede reconocer algo de lo que barbotea:

—¡Luchar! ¡Vencer o caer! ¡Luchar, vencer o caer! Luchar... vencer o... caer.

Yo también siento que tengo que devolver. Una arcada demasiado poderosa hace fuerza desde la profundidad y sobrepasa la campanilla.

—¡Vamos, arriba! —consigo decir y tomo a Thomsen del cuello. No quiero que la orina amarilla me toque las manos.

—Me quería... me quería... me quería descargar... jajaja..., descargar esta noche — balbucea Thomsen—, ahora no estoy en condiciones de montarme una mujer.

Aparece el viejo. Lo tomamos a Thomsen de las manos y de los pies. Un poco a la carga y otro poco a la rastra lo llevamos ante la puerta del apartado. También de la cara le gotea el puré amarillo oscuro. Su uniforme está empapado a la derecha.

—¡Adelante, toquen ustedes también!

Tengo que soltar a Thomsem. Corro de vuelta al inodoro. Con una arcada superior a mis fuerzas dejo todo lo que tenía en el estómago; cae sobre las baldosas del suelo. Nuevas arcadas. Lloroso, me apoyo en la pared. Veo mi reloj. Son las dos.

¡Carajo! A las seis y media nos pasará a buscar el coche para ir hacia el puerto.

# LA PARTIDA

Dos calles llevan hacia el puerto. El comandante elige la que es un poco mas larga, la que va por la costa.

Con ojos afiebrados miro pasar las casas; por allá se ven las baterías, mal camufladas, en la luz gris del amanecer; de vez en cuando vemos los símbolos de los cuarteles, grandes letras y figuras plenas de misterio; del otro lado, un par de vacas pastando, el poblado, *Réception immaculée*. Carteles de propaganda, un horno medio derruido, dos caballos pesados enganchados a un tiro. En algunos jardines descuidados se reconocen rosas tardías para la época. Y el gris manchado de las paredes de las casas.

Parpadeo mucho, porque el humo del tabaco me molesta. Ya veo las primeras señas del puerto: casas destruidas, montones de chatarra y aquí y allá manojos de pasto que salen a recibir el sol de la mañana. Toneles herrumbrosos, un cementerio de automóviles, girasoles secos. Retazos de ropa, grises también; el pedestal de algún monumento, bombardeado. Grupos de franceses con boinas vascas. Convoyes de camiones. La calle se hunde en la frescura que el río ha fabricado en el terreno; allí todavía hay niebla espesa.

Pasa un carro de dos ruedas, altas como un hombre, con el conductor en sombras. Un casa con techo de tejas. Un balcón alguna vez recubierto de vidrio, ahora destruido; queda nada más que el esqueleto de hierro. Garajes. Un hombre con delantal azul, en el marco de una puerta, la colilla mojada de saliva pegada al labio inferior.

Se oye el ruido propio de un puerto. Andenes de descarga. La estación de trenes, completamente destruida; todo gris; gris en incontables tonos, que van desde un blanco de yeso sucio hasta el negro amarillento del hollín. Fuertes silbidos de chimeneas. Ya siento la arena entre los dientes.

Trabajadores de astilleros, franceses, con bolsones negros, de mala calidad. Es asombroso que esta gente se quede aquí todavía, a pesar de la gran cantidad de ataques.

Un barco a medio hundir; seguramente un antiguo carguero de pescado, que debía ser transformado en avanzada o algo así. Un remolcador fuera del agua, sobre caballetes, mostrando su panza bovina. Mujeres con traseros enormes, enfundados en pantalones, con los martillos a los costados como si fueran pistolas. El fuego de un fuelle pinta de rojo la lechada gris.

Las grúas apuntan todas hacia arriba, a pesar de los continuos ataques aéreos; las ondas producidas por las detonaciones no encontraron resistencia en su filigrana de hierro.

Entre el lío de calles levantadas, nuestro coche no consigue avanzar más. Los

últimos doscientos metros hasta el *bunker* hay que caminarlos. Somos cuatro figuras anchas y desdibujadas en la niebla, caminando una detrás de la otra: el comandante, el ingeniero, el segundo oficial y yo. El comandante camina encorvado, su mirada pegada a la calle; por encima de su cuello de cuero se le ve la bufanda roja, que casi le toca la gorra blanca, sucia.

Tiene la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta de cuero, la izquierda sólo se engancha por el pulgar en el otro bolsillo. Bajo la axila izquierda sobresale un bolso. Su paso largo se hace pesado con las botas de mar, las suelas de corcho.

Lo sigo a dos pasos de distancia. Detrás de mí camina el ingeniero; su forma de andar es desequilibrada, como si bailara. Las calles, que no sacan del ritmo al comandante, lo hacen saltar a cada momento; no lleva chaqueta de cuero, como nosotros, sino un mono gris verdoso: parece un mecánico que se ha colocado una gorra de oficial; también lleva un bolso, pero más ordenadamente.

Al final de la hilera va el segundo oficial, el más pequeño de todos nosotros.

Está murmurando algo junto al ingeniero; le dice que teme que la espesa niebla nos impida partir a la hora. En medio de la niebla no sentimos ni siquiera una ligera brisa.

El paisaje está lleno de cráteres donde la niebla se amontona como puré espeso.

También el segundo, así como el comandante y yo, tiene un bolso de lona.

Todo lo que llevamos en este viaje debe encontrar su lugar ahí dentro: una botella grande de agua de colonia, ropa interior de lana, una faja, guantes tejidos y un par de camisas. El *Isländer* lo lleva puesto. Cremas, el pesado chaquetón de cuero, botas de mar y un salvavidas ya me esperan en el submarino. «Lo mejor es llevar camisas negras», ha aconsejado el primer timonel, «porque no se ensucian».

El primer oficial y el estudiante de ingeniería ya están a bordo, con el resto de la tripulación, para ponerlo en buena posición.

Sobre el Oeste el cielo aún está lleno de las sombras de la noche. Pero hacia el Este, detrás de la negra silueta de los cargueros, ya se eleva un brillo hasta el cenit. La luz incierta le confiere a todas las cosas una doble figura. Los esqueletos de las grúas, remontándose por encima de los techos de las cámaras frigoríficas, dan la sensación de ser pérgolas hechas para sostener frutos gigantescos. Sobre los techos cubiertos de petróleo descansan mástiles de los que se desprenden vahos blancos entremezclados con un aceitoso vapor negro.

El tiempo ha carcomido el revoque de una casa bombardeada; entre las grandes placas de material todavía adheridas a las paredes, aparecen letreros de ayer.

Durante la noche, la escarcha cubrió por todos lados los carteles y los esparcidos restos del último bombardeo.

El camino que llevamos atraviesa también entre restos, parece una callejuela. En vez de los locales y los bares que antes llenaban el lugar, se ven ahora solamente

carteles fuera de su posición y ventanas rotas. Del «Café de Commerce» quedó sólo «Comme», el «Café de la Paix» desapareció por completo. Un taller construido sobre estructuras de hierro se ha transformado en un montón de metales retorcidos.

Nos pasa una hilera de camiones, que llevan arena al *bunker* para la construcción de una compuerta. El remolino de aire que provocan al pasar levanta bolsas vacías de cemento, que juegan en las piernas del comandante y el ingeniero. El polvo nos corta la respiración por un momento y se deposita como harina sobre nuestras botas. Dos o tres coches del ejército, destruidos, muestran las ruedas hacia arriba. Otra vez aparecen las paredes derruidas, color carbón, los techos agujereados, como carpas entre las calles levantadas.

—Parece que otra vez hicieron de las suyas —dice el comandante. El ingeniero cree que es algo importante y apresura el paso.

El comandante se para, se pone el bolso de lona entre las piernas y busca sin orden alguno, en su chaqueta de cuero, una pipa usada, y un encendedor viejo. Mientras lo esperamos, tiritando de frío, el comandante prepara parsimoniosamente su pipa y la enciende lentamente. Como un remolcador, deja tras de sí, al caminar, una estela blanca de humo. A veces se vuelve, sin interrumpir sus pasos hacia nosotros. Su rostro está en tensión. De sus ojos nada se ve, escondidos en las sombras de la gorra.

Sin sacarse la pipa de la boca, le pregunta al ingeniero, con voz ronca:

—¿Está en orden el periscopio? ¿Está en foco otra vez?

—Sí, señor. Un par de lentes se habían desprendido de su lugar. Quizá durante el ataque de los aviones.

—¿Y lo demás?

—Todo en orden. En la instalación eléctrica de una máquina había un cortocircuito, por eso tuvimos problemas. Pero ya está solucionado.

Sobre las traviesas se ve una larga fila de vagones. Después del último tenemos que cruzar la vía para seguir por otro camino, lleno de barro, abierto por las ruedas de los camiones.

El camino está flanqueado por alambres de púas. Delante de una casa vemos a soldados que hacen guardia de pie, los cuellos altos y el rostro hundido, como figuras sin alma.

De repente el aire se llena de un metálico golpeteo; pronto deja de oírse y el silbido de una sirena se cuelga del viento, húmedo y frío, con olores de brea, aceite, pescado muerto.

Los golpes metálicos comienzan otra vez, hacen el aire más pesado: estamos en la zona de los astilleros.

A la izquierda bosteza un pozo enorme; en la boca de la mina se pierden largos trenes de vagonetas volcables; aunque invisibles para nosotros, aún se oye su trabajo

subterráneo.

—Por todos lados están construyendo *bunkers* —nos explica el viejo.

Llegamos al malecón: aguas muertas bajo las capas de niebla. Hay tantos barcos, tan cerca están el uno del otro, que los ojos no pueden distinguirlos bien entre sí; son barcos de poca monta, pertenecientes a todos los puertos. Ahora están al servicio de la guerra.

El ingeniero estira el brazo para mostrarnos algo a través de la niebla:

—Ahí delante... a la derecha de la casa de altos... ¡hay un coche!

—¿Dónde?

—¡Ahí, sobre el tinglado del depósito!

—¿Y cómo llegó un coche hasta ahí arriba?

—Fue anteayer, cuando el ataque a los *bunkers*. Yo vi con mis propios ojos cómo el coche volaba por los aires y caía encima de aquel techo, sobre las ruedas.

—¡Parece increíble!

—Y cómo desaparecieron los franceses, todos de una vez, también es para no creerlo...

—¿Qué franceses?

—Él malecón siempre está lleno de pescadores. Nadie los puede echar.

—Es que tenían que trabajar para los Tommies, observando qué submarinos salían y cuáles entraban, incluso anotando la hora exacta.

—Bueno, ahora no lo hacen más. Simplemente al sonar la alarma se quedaron sentados donde estaban; había veinte o treinta... y de pronto te cae una columna de ésas sobre la cabeza.

—También alcanzó al *bunker*.

—Sí, ¡ése sí que fue un blanco! Pero no lo perforó: son siete metros de cemento armado.

Bajo nuestros pies crujen trozos de lata que, al pasar nosotros, vuelven con el mismo ruido a su lugar. Una locomotora grita un agudo silbido de dolor.

Por encima de la figura de tamaño cambiante del comandante va apareciendo una gran pared de cemento que resta importancia a todo lo demás. A los costados, sus límites se pierden en la niebla. Caminamos hacia un frontón sin aberturas, sin puertas ni ventanas. Da la impresión de ser uno de los cimientos laterales de una gran torre que debe alcanzar el cielo. Sólo el techo de la construcción, de siete metros de espesor, está algo hundido; parece como si de toda la edificación, un trozo del techo hubiese querido volver a la tierra.

Tenemos que rodear la estructura, saltando sobre pedazos de vías, maderas y caños del grosor de un muslo. Por fin encontramos, en una de las paredes laterales, el portón de acceso, construido en gruesas hojas de acero.

El agresivo golpeteo de los trabajadores nos recibe en el interior del *bunker*. Por

segundos el ruido cesa, pero inmediatamente recomienzan los golpes para aunarse en un solo, monótono sonido.

Todo está envuelto en semipenumbra; la luz, pobre, proviene de las aberturas que comunican con las entradas al mar. De a dos, los submarinos permanecen escondidos en sus boxes. El *bunker* tiene doce boxes. Entre ellos se elevan paredes de cemento. La entrada a los boxes se reconoce por las compuertas de acero con que los protegen.

Polvo, niebla, olor a aceite. Los mecheros de acetileno chisporrotean, los soldados exhalan, lloran y gritan. Se ven moverse las lenguas de fuego.

A paso de ganso caminamos sobre la rampa de cemento que atraviesa el *bunker* a todo lo largo, hacia las piletas. A pesar de que el camino es ancho hay que tener mucho cuidado, ya que por todos lados yacen objetos. Tropezamos con el cablerío, nos enredamos los pies. Los vagones nos cierran el paso; traen nuevas partes de máquinas diversas. Al lado de ellos se estacionan los camiones que transportan en soportes especiales los torpedos de color plateado mate, o bien otras armas desarticuladas en pedazos de distinto tamaño. Por todas partes hay mangueras y redes.

Desde la izquierda nos sorprende la luz que viene de las ventanas de los talleres, mortecina, de un amarillo caliente; son talleres de carpintería, herrería, cerrajería, de torpedos, de artillería y de periscopios. Bajo los siete metros de cemento se alberga todo un astillero.

El comandante se vuelve. La llama de un soldador cercano tiñe su rostro de un color azulado; encandilado, cierra los ojos; al menguar algo el ruido se dirige al ingeniero, otra vez interesado en que todo marche bien:

—¿Qué era aquel murmullo durante el rastreo?

—Simplemente un tornillo oxidado, capitán, sólo eso.

—¿Y ahora?

—Pudimos cambiarlo por uno nuevo.

En los boxes de la derecha se guardan los submarinos viejos, fuera de uso. Abollados, con manchas de herrumbre. Se siente el olor de ese óxido, mezclado con el de las pinturas, del aceite, de ácidos podridos, de goma quemada, gasolina, agua de mar, pescado en descomposición.

A los boxes siguen los docks, donde los barcos yacen con la barriga al aire, como una ballena eviscerada, en seco. Un enjambre de trabajadores se ocupan de ellos, en la profundidad; parecen enanos agrupados como insectos alrededor del pez muerto. Ahora le están recortando trozos de la estructura externa, la pared. La luz del fuego delimita la silueta del cuerpo maltratado. De su abdomen salen mangueras de presión de aire y conductores de electricidad... sondas e intestino. También sale, desde el interior del submarino, una luz de tinte amarillo. Puedo ver así sus vísceras: los grandes bloques de las máquinas diesel, la red de caños y conexiones. El gancho de la

grúa desaparece en el submarino; parece que quisieran vaciarlo por completo.

—Es un milagro que hayan podido volver con el submarino en esas condiciones.

El comandante se dirige a una escalera de cemento que nos lleva al dock, hacia abajo; los escalones están cubiertos de grasa y sobre ellos caen los cables de goma, en manojos, en nuestra misma dirección.

Otra vez aparece en la oscuridad la llama de un soldador, y arranca de la penumbra una parte de la fosa. Más atrás nacen también otras llamas, y así el submarino queda iluminado parcialmente por las luces tambaleantes. No son éstas las formas llenas de gracia de los barcos de superficie, tan conocidas por todos; de los costados se desprenden como aletas los timones de profundidad, hacia el centro se infla el cuerpo de la nave. Gordas hinchazones se desprenden de la barriga hacia izquierda y derecha: son las cámaras de inmersión; están soldadas al submarino como si fueran monturas. Todo en la nave tiene formas redondeadas: un ser de las profundidades oceánicas encerrado en sí mismo construido según reglas especiales.

Al costado de la proa hay una placa de acero, móvil, que esconde tras de sí una boca oscura; cuando con lentitud se retrae la placa aparece la abertura, que se va abriendo como la boca de un animal: por ahí salen los torpedos.

Dos trabajadores tratan de entenderse a gritos por sobre el ruido del lugar; mueven aparatosamente los brazos; la placa de acero vuelve a cerrarse lentamente:

—¡Está mejor de lo que aparenta! ¡Bastante bien! ¡Todo en orden! —grita el viejo. Siento que me toman del brazo. A mi lado está el ingeniero, con la cabeza echada para atrás; mira hacia arriba, hacia el abdomen redondo del submarino.

—Bárbaro, ¿eh?

Allí arriba hay un guardia, con el fusil automático sobre el hombro; también nos mira.

Seguimos caminando hacia la popa. Ahora se ve bien la estructura fundamental del submarino, un cilindro alargado. Ahí quedan, dentro del cilindro, las maquinarias, las baterías y las habitaciones de la tripulación. Este cilindro de acero, junto con sus vísceras, es tan pesado como el agua que desplaza. Se trata de un submarino VII-C, como el nuestro. Hago memoria. Largo: 67,1 metros; ancho: 6,2 metros; desplazamiento: 769 metros cúbicos en superficie y 871 metros cúbicos una vez sumergido; una diferencia muy pequeña, en verdad: es que el submarino tiene pocas partes por sobre el agua, aun cuando no esté por sumergirse. Calado en superficie: 4,8 metros... una marca promedio, ya que en realidad el calado es variable. Se lo puede variar centímetro por centímetro. Este calado corresponde a un desplazamiento de 600 toneladas de agua, en superficie.

Además de nuestro tipo, hay otros. El tipo II con 250 toneladas y el tipo IX-C con 1.000 toneladas en superficie y 1.232 toneladas sumergido. El tipo que mejor se adapta a la lucha del Atlántico es el VII-C; tiene un tiempo de inmersión muy corto y



gran maniobrabilidad; su autonomía de viaje es de 7.900 millas marinas, en superficie, a una velocidad de 10 nudos, o de 6.500 millas marinas a 12 nudos. Sumergido: 80 millas a 4 nudos. La mayor velocidad es de 17,3 nudos en superficie y de 7,6 nudos bajo agua.

—También a éste lo tocaron en la popa. Lo rebanó un vapor al hundirse —me grita el ingeniero en el oído.

Las placas abolladas son reparadas a martillazos por los trabajadores: no es nada grave, sólo se trata de la piel exterior.

De la verdadera forma cilíndrica sólo se ve algo en el centro del submarino, descubierta de la piel que la recubre; a proa y a popa está fuera de nuestra vista, cubierta por esa fina estructura exterior que transforma al hinchado pez del fondo de los mares en un barco de superficie algo hundido, cuando está en ella. A todo lo largo de la nave, esta débil estructura se interrumpe con agujeros que, al sumergirse el submarino, permiten penetrar el agua entre la estructura exterior y el verdadero cilindro; de otra manera la presión del agua le destruiría en poco tiempo la piel como si fuese de cartón.

Su peso puede ser fácilmente controlado por medio de celdas de regulación, colocadas parte por dentro y parte por fuera del cilindro de presión. Es por eso que se puede llevar al submarino a una apreciable posición cuando navega en superficie. También los tanques de combustible quedan fuera del cilindro.

Debajo de una cámara de inmersión alcanzo a ver una solapa. Durante el viaje en superficie quedará abierta. Las cámaras de inmersión sostienen a la nave en superficie como si fueran colchones de aire. Cuando por los respiradores situados hacia arriba de las cámaras se deja salir el aire, el agua puede entrar en las cámaras de inmersión y el submarino se hunde.

Mi vista se pasea por la nave: aquel globo gordo es la cámara para el combustible; aquel agujero es la entrada de agua fría para el diesel.

Un trabajador comienza a martillar agresivamente.

El comandante ha continuado su camino y ya está más cerca de la popa. Con la derecha estirada muestra hacia arriba:

—¡Lo rebanaron en serio! —murmura el viejo:

Faltan las hélices, y en su lugar se levanta un andamiaje de madera. A media altura se ven los timones de popa, como pequeñas alas de avión.

Un muchachón cubierto de pintura casi me hace caer al pasar corriendo. Tiene en sus manos un gran pincel, fijo a un palo de escoba muy largo. Mientras espero al viejo, comienza a pintar la barriga del submarino: gris oscuro.

Al llegar al box número seis, lleno de agua, el comandante vuelve a desviarse del camino para mostrarnos una nave a la derecha:

—El submarino hundido por el bombardeo aéreo... el de Kramer —dice el

ingeniero.

Todavía me resuena la historia de Kramer en los oídos: «En el mismo momento en que subimos a la superficie, descubro un avión; veo abrirse el compartimiento de bombas, la bomba cae y pega justo sobre el puente; yo alcanzo a hacer un movimiento de miedo, un subir los hombros como para frenar el efecto de la bomba... hasta que cae, un poco de costado, por suerte, no sobre la punta, y en vez de detonar, simplemente se rompe en pedazos. Destino, o como se llame.» El comandante observa la torre desde proa y desde popa, después la abertura que la bomba provocó sobre la estructura exterior, después el rompeolas, roto. Un miembro de la tripulación se acerca a saludar.

—En realidad, éste tendría que andar volando en camisón blanco desde hace ya más de una semana —opina el ingeniero.

También el box número ocho está lleno de agua. Desde allí tiemblan y reptan reflejos negros.

—Nuestro submarino —dice el ingeniero.

En la penumbra del *bunker* apenas si se lo ve emerger. Pero contra la claridad de la pared se dibujan sus formas más netamente. La cubierta superior se eleva apenas un metro por sobre el nivel del agua aceitosa. Palpo con la mirada cada centímetro del submarino, como si me tuviera que aprender de memoria y para siempre su imagen. Sus líneas, su cubierta de madera que resbala hacia la proa lisa y sin detalles, la torre con sus armas antiaéreas, la caída lenta de la popa, los alambres de acero que desde la torre se dirigen hacia proa y popa poniendo en evidencia al radar con sus verdes aisladores de porcelana. Todo con la máxima simpleza. Es un submarino VII-C, rendidor en el mar como ningún otro navío.

Sorprendo la mirada del comandante, su sonrisa torcida: igual que el dueño de un caballo de pura sangre antes de la carrera.

El submarino está listo para la partida. Sus celdas están llenas de combustible y de agua, todo en orden. Pero todavía no se oyen los zumbidos característicos de un buque en alta mar: los motores diesel aún no están en funcionamiento, si bien los operarios ya están ahí, preparados con sus gruesos guantes de cuero.

—La despedida tendrá lugar en la compuerta —manifiesta el comandante—. Es la misma idiotez de siempre.

La tripulación está reunida en la cubierta, detrás de la torre. Son casi cincuenta personas. Todos jóvenes de dieciocho, diecinueve, veinte años. Solamente los sargentos y suboficiales son un poco mayores, apenas unos años más.

En la semipenumbra reinante casi no puedo distinguir sus rostros. Los nombres, claramente pronunciados, son demasiados como para retenerlos.

La cubierta está resbaladiza a causa del rocío que entra por los portones del *bunker*. La luz blancogrisácea de la niebla encandila tanto, que los contornos de los

portones de salida se desdibujan. El agua que rodea al submarino es casi negra, como aceite quemado, y tan espesa como él.

El primer oficial comunica:

—¡La tripulación está completa; sólo falta Bäcker! ¡Maquinarias y cubiertas listas para partir!

—Gracias. ¡Tripulación, *heil*!

—¡*Heil*, señor comandante!

—¡Vista al frente! ¡Muévanse! ¡Cierren todo!

El comandante espera a que el murmullo decrezca.

—Ustedes saben que esta vez le tocó a Bäcker. Fue en un bombardeo en Magdeburgo. Bäcker era un buen hombre. ¡Porquería! Durante todo el último viaje no habíamos tenido contratiempos.

Larga pausa. El viejo tiene una expresión de rebeldía.

—En fin. No es culpa nuestra. Simplemente, tengan cuidado de que esta vez todo vaya bien. ¡Valor y firmeza!

Los rostros de la gente se llenan de sonrisas.

—¡Rompan filas! —ordena el comandante.

—¡Un gran discurso! —murmura el ingeniero—. ¡Para sacarse el sombrero! Todavía yacen sogas y otros objetos sobre la cubierta, larga y angosta. Un vapor caliente se desprende del ventanuco de la cocina. Entrego mis cosas para que sean llevadas abajo.

En silencio, el periscopio asciende. El ojo gira hacia todos lados, sube hasta lo más alto del mástil brillante, comienza a bajar y desaparece. Subo a la torre. La pintura aún no se ha secado del todo y me mancha las manos. La puerta de entrada de los torpedos, en la cubierta, está cerrada. En popa, veo cómo se cierra el ventanuco de la cocina. La única entrada al submarino es ahora la escotilla de la torre.

En el interior de la nave todo es un revoltijo. No se puede caminar sin tropiezos. Cuchetas llenas de pan, cajones llenos de provisiones por los pasillos, enormes latas de conserva, bolsas.

¿Dónde pondrán todo esto que aún yace en los pasillos? Hasta el último rincón será utilizado.

Los constructores de nuestro submarino no previeron habitáculos para despensa o lavadero, tan grandes en los barcos comunes. Su forma de pensar debió de haber sido: al colocar las máquinas dentro de esos cilindros, resultó inevitable que algunos rincones y ángulos no pudieran ser aprovechados, así que ¿por qué no utilizarlos como habitáculos para la tripulación?

El submarino ha cargado catorce torpedos. Cinco están albergados en posición, otros dos en tubos debajo de la cubierta, y el resto debajo de las maderas del piso de la habitación de proa. A eso se agregan 120 disparos de 8,8 y cantidad de munición

antiaérea.

El contramaestre y el oficial navegante, son ases del mar. El contramaestre se llama Behrmann, y le lleva una cabeza a la mayoría.

Falta todavía media hora para zarpar. Aún tengo tiempo de dar una vuelta por la sala de máquinas... una de mis viejas predilecciones, ver la sala de máquinas de un buque a punto de partir. Me dejo llevar por mis pasos. Estoy rodeado por caños, válvulas, manivelas, manómetros, máquinas de repuesto, el intrincado ir y venir de las cañerías pintadas de rojo y de verde. De casi todas las instalaciones hay un repuesto, para seguridad. Por encima del marcador de profundidad y el tablero de mando para el manejo eléctrico bajo el agua, veo las balanzas de lastre, que apenas llego a tocar. Un marcador de profundidad, el Papenberg, entre los vidrios redondos de los manómetros, con sus agujas de medición parece un termómetro. Marca las profundidades con mucha exactitud, y se usa sobre todo cuando se observa con el periscopio, momento en el cual es muy importante la profundidad exacta; su margen de error es de diez centímetros.

El submarino está dividido en tres grandes compartimientos; no se gana mucho con ello, porque no bien uno de los compartimientos se llena de agua el submarino deja de flotar. Seguramente los constructores lo idearon para algún mar de poca profundidad, como el Báltico.

Como salidas de emergencia, el compartimiento de proa tiene la entrada de los torpedos, y el de popa, el ventanuco de la cocina.

Aún no llegué, sin embargo, a la sala de máquinas. Mi meta queda detrás de la cocina.

Voy saltando por encima de bolsas y cajones; primero paso por la habitación donde dormiré, luego por la cocina, que tampoco ha sido ordenada.

Nuestra sala de máquinas no puede compararse con la de los grandes barcos, enormes galerías que generalmente cruzan por debajo de todo el navío, de una punta a la otra, con muchos pisos interconectados por escalerillas brillantes, todo destellando su color de cobre, los caños como envueltos en vendas enyesadas, conectando las turbinas de alta y de baja presión. Esto es en cambio una estrecha cueva, ocupada por dos animales agazapados que son las dos grandes diesel con todas las máquinas de repuesto. Alrededor de ellas, hasta el último rinconcito está relleno con cañerías: bombas, manómetros, termómetros, medidores y todos los aparatos de medición imaginables.

Cada diesel tiene seis cilindros. Ambas desarrollan 2.800 caballos de fuerza.

Cuando las compuertas están cerradas, la única comunicación con la central es la radiofónica. El piso entre ambas diesel se recalienta muchísimo, ya que aquí, en esta habitación, es donde trabajan las maquinarias más sensibles.

Los dos maquinistas tienen todavía mucho que hacer. Johann es un hombre

silencioso, pálido, alto y de mejillas hundidas, de mirada tranquila, con rostro fatalista, rubio y casi lampiño. El otro, Franz, es en cambio moreno y de mucho pelo; también éste es pálido, y se coloca siempre torcido. A ratos parece enojado.

Al principio creí que éstos eran sus nombres de pila; ahora se que se trata de sus apellidos; Johann se llama August, y Franz se llama Karl.

Más cerca de popa está la gran sala de máquinas eléctricas; estos motores son alimentados por baterías, que a su vez se nutren de los diesel. Los motores eléctricos tienen 750 caballos de fuerza. Todo aquí está limpio, frío y cerrado.

Las carcasas de los motores se apoyan en un suelo de raros destellos plateados.

A ambos lados, tableros con carteles negros, y un sinfín de amperímetros, voltímetros y resistencias. Las máquinas eléctricas trabajan sin aire exterior. Se trata de máquinas de corriente continua, inmediatamente colocadas sobre los ejes, detrás de los diesel.

Al navegar en superficie los diesel trabajan, se acoplan y sirven de generadores para cargar las baterías.

Atrás, a la izquierda y a la derecha, están los dos compresores de aire para los tanques de inmersión.

Vuelvo a la central y subo.

Las máquinas eléctricas impulsan el submarino hacia afuera, saliendo del *bunker*. La claridad perlada del exterior hace brillar su caparazón húmedo, que ahora parece de vidrio. Nuestro cuerno de señales suena una vez, dos veces, sordamente. Un remolcador contesta con voz aún más ronca.

Lo veo pasar, recortado en el cartón negro de la sombra que produce la luz neblinosa. Un segundo remolcador pasa muy cerca de nosotros; pesado y fuerte, tan cerca que puedo reconocer sin dificultad las gomas de automóvil que usa como protección fuera de borda, como los vikingos utilizaban los escudos. Un fogonero saca su cabeza negra de hollín por un ojo de buey y nos grita algo, pero el repentino sonar de nuestra señal no me permite oírlo.

El comandante en persona da las órdenes para las máquinas y el timón. Está prácticamente colgado de la barandilla, sobre el puente, lo cual le deja ver todo el submarino, desde proa hasta popa, durante las difíciles maniobras iniciales.

—¡Alto la máquina de babor! ¡Máquina de estribor a poca velocidad hacia adelante! ¡Timón todo a babor!

Trabajosamente avanzamos hacia adelante, metro a metro. Perforamos la niebla. Hace frío todavía.

La proa enfila entre un montón de barcos anclados muy cerca de nosotros; se trata de pequeñas naves que se dedican al cuidado del puerto.

El agua del puerto siempre huele igual: brea, podredumbre.

Por sobre los bancos de neblina sólo se ven algunos mástiles, más allá las

instalaciones de carga y descarga. La negra filigrana de las grúas se asemeja a las torres de petróleo, enmarcadas por un paisaje completamente distinto.

Los trabajadores que se alcanzan a ver están ahora en un puente de paredes herrumbrosas que solamente permite divisar sus cabezas: una serie de cabezas bailarinas.

Hacia el Este, encima del gris de los frigoríficos, un color rosado comienza a mezclarse con la niebla lechosa. Un gran bloque de edificios va moviéndose hacia un lado, hasta que, de pronto, entre la estructura enrejada de una grúa, aparece nítido el sol... es sólo un momento, luego lo tiñe el humo grasiento de un remolcador, que lleva tras de sí una balsa de arena y carbón.

El viento húmedo me obliga a un temblor involuntario y retengo la respiración para no recibir en los pulmones tanto aire viciado.

En el malecón que da a la compuerta se ha juntado una buena cantidad de gente: operarios enfundados en monos grasientos, marineros, un par de oficiales de la flotilla. Allí reconozco a Gregor, que anoche no estuvo, Kortmann, los siameses Kupsch y Stackmann. Por supuesto, también está Trumann, quien parece completamente sobrio, sin huella alguna de la noche alcoholizada. Detrás de él descubro al «viejo de piedra» y a Bechtel, el de la bomba sobre la cubierta, y a Becher, el del bombardeo aéreo. Hasta Erler apareció, rodeado de muchachas con flores en los brazos. Pero Thomsen no está.

—¡Qué rabia me dan estos tontos! —oigo decir a un marino.

—¡Estúpidos! —oigo a otro, más allá.

—¡A la tercera de la izquierda, esa pequeña, a ésa me la monté!

—¡No te des tanta corte!

—¡Es que es cierto! ¡Te lo digo yo!

Atrás, a babor, comienza de pronto a hervir el agua a borbollones; montones de espuma rodean el submarino: la cámara de inmersión número 1 es llenada de aire. Inmediatamente, el agua se revuelve también en otros puntos, alrededor de la nave: las otras celdas son dejadas sin agua... la cubierta comienza a ascender lentamente.

Todos se hacen los alegres, se levantan el ánimo, se palmean, se dicen cosas, se sacan la lengua y ríen... nadie lo soportará por mucho tiempo.

Realmente, ya es hora de que nos vayamos. El comandante, los oficiales y toda la tripulación están a bordo. El que cayó en Magdeburgo ya tiene reemplazante: un adolescente de dieciocho años, con cara de queso.

Hace ya una hora que tenemos marea alta. Pasamos perfectamente por la compuerta.

Nuestros niños en cubierta representan su comedia y demuestran su alegría por poder zarpar. Y los del muelle hacen como si la envidia los carcomiera: ¡Quién pudiera ir con ustedes en este viaje maravilloso! ¡Ustedes verán al enemigo cara a

cara! ¡Ustedes se ganan las Ordenes, y nosotros pobres cerdos tenemos que quedarnos en esta Francia de mierda!

Me acomodo en mi chaquetón de cuero, aún armado y gris.

Ahí estoy: las manos metidas en el fondo de los bolsillos forrados de cuero, el chaquetón hasta las rodillas; me muevo de un lado al otro sobre las botas con suela de corcho aislante.

—¿Impaciente? —me sonrío el viejo.

Los tipos de la banda de música, con los cascos de metal en la cabeza, nos miran con ojos vacíos.

Uno de la segunda hilera moja por enésima vez la punta de su fagot con la lengua, como si se tratara de un chupete.

Pasa un segundo eterno...

El director de los tachos mueve su batuta, y el níquel de los instrumentos de viento relampaguea; unos momentos más, y el murmullo de la gente se acalla ante el ruido cada vez más imponente de la música:

El primer oficial toca su silbato para soltar amarras. El comandante hace como si todo esto le importara un rábano. Se dedica aparentemente a chupar con fuerza un grueso cigarro. También Trumann, sobre el muelle, ha encendido el suyo. Ambos se saludan con la mano levantada, los cigarros entre los dedos medio e índice. Al primer oficial parece irritarle el humo.

—¿Dónde se metió Merkel? —grita el viejo hacia el muelle, cuando cesa la música.

—¡No lo sabemos!

—¡Perro!

El viejo pasea su mirada preocupada por el cielo, un instante nada más. Luego, tras una gran bocanada, se esconde dentro de una nube de humo.

—¡Suelten todas las amarras!

Las amarras de proa y de popa son aflojadas por los soldados del malecón, mientras desde el submarino los hombres de cubierta las recogen; lo hacen rápido y sin quemarse las manos; es la experiencia de siete viajes.

La última amarra cae al agua.

—¡Máquina de babor a poca velocidad hacia proa, máquina de estribor a poca velocidad hacia popa! ¡Alto ambas máquinas!

El remolino del agua a popa me hace mirar. Nuestro submarino se ha separado del muelle, una balsa en ese puré de aceite. Por ningún lado sale vapor, en ningún rincón se siente algún ruido. El submarino se aleja del malecón como atraído por un imán.

Al puente llegan pequeños ramos de flores. Los guardias las acomodan en las rendijas.

La línea de agua oscura que se extiende entre el acero gris del submarino y la

pared manchada de aceite del muelle se hace cada vez más ancha. Allá, sobre el malecón, comienza a haber movimiento; desde atrás, uno parece empujar a la gente, divide la primera hilera para ver mejor: ¡Thomsen! Estira hacia arriba ambos brazos, el sol pega en su nueva Orden, y grita a todo pulmón:

—¡Heil! ¡Heil!

El viejo devuelve el saludo con el cigarro entre los dedos tan despreocupadamente como puede.

El submarino sigue alejándose, la escena se empequeñece. Proa al mar abierto.

Lentamente la niebla deja de cubrir el agua. Por encima de los hierros de una grúa vuelve a verse el sol; su rojo fuerte se esparce por todo el horizonte oriental. Hasta las nubes adquieren bordes coloreados. Y las gaviotas también se han vuelto rojizas. Con las alas plegadas se dejan caer desde la roja luz hacia el agua; en el último instante se impulsan hacia arriba nuevamente, en medio de sus gritos.

Por fin desaparece la niebla totalmente; incluso el agua es más rojiza ahora. Una grúa flotante muy cercana a nosotros despide una nube de vapor; en seguida el sol la tiñe de un rojo anaranjado.

Pronto el cielo se transforma en amarillo verdoso, y las nubes se visten de un gris paloma. El sol, más y más alto, gana en brillo.

Pasamos una boya verde. A estribor, los techos rojos de los *chalets* de veraneo se disponen muy juntos, para desaparecer detrás de pequeñas arboledas.

De repente me recorre un sonido alto y firme; le sigue un gorgoteo duro. La cubierta se conmueve, el gorgoteo aumenta y encuentra su ritmo monótono; los diesel entraron en funcionamiento. Da la impresión de que sólo ahora despertara el submarino de su sueño en el puerto.

Al poner las palmas de las manos sobre la barandilla del puente, siento el temblor vital de las máquinas.

Delante de nosotros, el mar. Olas pequeñas y sin fuerza se rompen contra las cámaras de inmersión.

Pasa un carguero, mimetizado en su verde—gris—negro.

—Alrededor de seis mil toneladas —asegura el comandante.

No le veo la ola de proa, está anclado; pasamos nosotros, no ellos.

Navegamos tan cerca de la costa que es posible distinguir cada línea de pesca. Los soldados nos saludan al vernos pasar.

Nuestra velocidad, es la de un ciclista, aproximadamente.

—¡Preparar la cubierta para inmersión! —ordena el comandante.

Las amarras desaparecen hacia abajo, los ganchos se inmovilizan, se controla cada tornillo por separado, se recoge el mástil, se colocan las armas, se preparan las municiones.

El número uno controla que todo se haga como es debido. Nada tiene que



moverse durante las operaciones de rastreo. Otro control, esta vez del primer oficial. Es él quien responde al comandante:

—¡Cubierta libre para inmersión!

El comandante hace aumentar la velocidad.

La costa, ahora rocosa, se aleja. Hay sombras aún en sus recovecos. Las baterías antiaéreas allí colocadas son indistinguibles, no las veo ni usando los binóculos.

Dos barcos de avanzada, pesqueros reconstruidos, nos acompañan para defendernos ante un eventual ataque aéreo. Luego, para que no tropecemos con las minas, nos indica el camino otro barco. Es un buque pintado con colores mimetizantes y en su cubierta parece haber cualquier cosa, menos una defensa antiaérea.

—¡Ese sí que es un trabajo! —opina el oficial navegante—. Arriesgan el pellejo continuamente, en cualquier momento una mina les rompe los huesos. Todos los días lo mismo: entran y salen, entran y salen... ¡Muchas gracias!

En mis binoculares aparece la bahía de La Baule: un denso montón de casas de juguete. Me vuelvo hacia popa; St. Nazaire se ha transformado en una fina línea, sobre la cual las grúas tienen el tamaño de un alfiler apuntando rectas al cielo.

—¡Qué camino tan complicado! ¡Por todos lados hay naufragios! ¡Ahí, los mástiles aún se ven! ¡Aquél era un transporte hundido por los Stukas, la bomba entró directamente por la chimenea! Se lo ve con agua baja. ¡Allí hay otro más!

Ya casi no se ve la costa, en la desembocadura del río, cuando el oficial navegante corrige el goniómetro. Después de colocar el aparato en su lugar, se inclina sobre él.

—¡Eh, Jakob, córrase hacia un lado! El guardia de popa hace sitio.

—¿Qué está marcando? —pregunta el comandante.

—La punta de la torre de la iglesia... ya casi no se ve... y la roca a estribor.

El oficial navegante observa con atención, lee los valores y los da a conocer abajo.

—La última marcación de tierra —dice.

No nos espera ningún puerto. Nuestra próxima meta, en medio del océano, está dada sólo por dos cifras marcadas sobre el mapa, un punto formado por dos líneas que se cruzan.

La División de Operaciones separó el océano en un mosaico de pequeños cuadrados. Eso facilita las comunicaciones, pero dificulta a gente como yo, por ejemplo, acostumbrada a las coordenadas usuales, la lectura de la situación del submarino sobre el mapa.

A las once dejamos el pasillo de agua por el que transitábamos. Los barcos de avanzada no tardan en desaparecer. El rompeminas se pierde en un ángulo abierto, dejando detrás de sí una estela de humo negro. Últimas señales manuales con el rompeminas.

El oficial navegante se inclina ahora hacia adelante, con todo el cuerpo, toma sus binóculos, y mientras observa, me golpea con el codo.

—Así es, otra vez —dice el comandante y desaparece en la torre.

El submarino está por fin solo en su rumbo.

Uno de los guardias tira las flores que nos habían arrojado por la borda. Entre los borbotones de agua se pierden detrás de la popa.

Me estiro todo lo que puedo, para ver el submarino en toda su extensión, de proa hasta popa.

Una y otra vez la proa se hunde en el agua y la parte en dos, como el arado hace con el surco. Cada vez que se arremolina el agua, las gotas llegan hasta el puente. Al pasarme la lengua por los labios, siento nuevamente el sabor salado del Atlántico.

La cúpula azul del cielo se interrumpe con algunos estratoscúmulos, como copos de nieve batida. La proa desciende, sube, desciende otra vez. El agua en polvo acepta todos los colores del espectro que el sol le regala, y los acomoda en pequeños arco—iris sobre la cubierta.

El mar abandonó el verde botella, ahora es de un profundo azul oscuro. Estelas de espuma, finas y blancas, son las venas de mármol de la superficie azul. Cuando por delante del sol se posa por un momento alguna nube, el mar adquiere el color de la tinta.

A popa, una ancha vía de aguas lechosas: las olas que producimos se estrellan contra un banco de arena que dejamos atrás y saltan formando una crin blanca. Hasta donde la vista alcanza hay copos blancos sobre el agua.

Subo aún un poco más, trepándome sobre el pedestal por donde sale el periscopio, y allí me acomodo. Las gaviotas apuntan con sus alas hacia nosotros y nos miran fijamente.

El ronroneo de los diesel ya no es monótono: se agrava cuando los escapes, situados a los lados del submarino, son cubiertos por el agua, y se agudiza cuando los gases pueden salir libremente.

El comandante vuelve a subir. Entrecierra los ojos y pone delante de ellos sus binóculos.

Hacia proa, una gran nube parece un ovillo de lana gris; el comandante la enfoca; sus rodillas acompañan el movimiento acompasado del submarino, tan bien que no necesita agarrarse.

¡Era hora de que volviéramos al mar!

El comandante ordena aumentar la velocidad y navegar en zigzag. Cada vez que se cambia el curso, el submarino parece caer hacia un costado. Primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda.

—Los señores de la otra firma generalmente nos vigilan desde aquí. Saben perfectamente en qué momento zarpamos... es que resulta fácil averiguarlo: por los

trabajadores del astillero, las mujeres de la limpieza, las prostitutas... o mirar, simplemente, cuando nosotros abrimos las compuertas para salir al mar; eso también es fácil.

Una y otra vez el comandante dirige su mirada preocupada hacia el cielo. Su frente parece una tabla de lavar, su nariz apunta hacia adelante; impaciente, su cuerpo se apoya alternativamente en un pie y en el otro:

—¡A cada momento podemos ser sorprendidos por los aviones! ¡Están cada día peor educados!

Las nubes se van agrupando cada vez más, poco a poco se hacen más densas.

Apenas si se ve todavía un poco de cielo libre, azul. El brillo del sol solamente aparece a ratos.

El viejo murmura:

—Sería mejor bajar... En caso de alarma, es mejor que haya poca gente arriba...

Eso va por mí. Así que mejor desaparezco.

Mi camastro está en el habitáculo de los suboficiales. Es el más incómodo de a bordo, porque por aquí pasa la tripulación constantemente, tanto para ir a la cocina, como a los diesel o a las máquinas eléctricas. Con cada cambio de guardia, los hombres salientes reptan por el habitáculo desde popa, y los dei relevo desde la central. Son en total seis hombres cada vez. En realidad, se trata apenas de un angosto corredor con cuatro cuquetas a la derecha y cuatro a la izquierda. En el pasillo hay una mesa atornillada directamente al piso, plegable. El espacio que queda a sus costados es tan estrecho, que los marineros tienen que comer con las cabezas encogidas, sentados sobre los camastros de abajo; falta lugar para colocar taburetes donde sentarse. Cuando durante las comidas alguien debe pasar desde las máquinas hacia la central o viceversa, todo se convierte en un lío de seres humanos.

A pesar de que las comidas están dispuestas de tal manera que nadie tenga que pasar por el habitáculo cuando allí se está comiendo, sé que de todas formas habrá problemas; por suerte yo no tengo que comer en ese corredor, sino en compañía de los oficiales.

Algunas de las colchonetas son usadas por dos marineros alternativamente. Yo, en cambio, soy el feliz poseedor de un camastro para mí solo.

Todavía hay latas de conserva, paquetes y panes sobre mi cama; pasa un hombre con un salvavidas, ropa de cuero, botas de mar; todo en él es nuevo, se nota; la chaqueta de cuero, forrada, aún no está arrugada; las botas, que todavía tienen forro, son lo suficientemente grandes como para que su dueño entre en ellas con zoquetes gruesos.

El salvavidas está dentro de una bolsa de lona con cierre automático, nueva.

—¡Qué decorativo! —opina un marinero— ¡Ni que fuéramos al Báltico!

—Pero tiene su utilidad, cuando los diesel comienzan a echar olor —contesta

Frenssen, el marinero de los diesel, un muchacho de pelo negro y cejas pobladas; es que el salvavidas es de fácil manejo: basta dar vuelta una perilla para que el pequeño tanque de metal comience a despedir oxígeno.

Pongo mi bolsa marrón debajo de mi camastro, en un rincón. Apenas si hay el lugar indispensable para llevar lo necesario. Así que tengo que poner la máquina fotográfica y las cosas para escribir entre la colchoneta y la pared. Para mí mismo no queda más espacio que un sobre en el que entro como pintado. Hasta mediodía quiero seguir recorriendo el submarino, de manera que me encamino hacia adelante a través de la central.

Aparte de estos marineros con quienes comparto la habitación, todo el resto de la tripulación, incluidos el comandante y los oficiales, duerme en la porción delantera del barco. El comandante vive al lado de la central, hacia adelante; su camastro está detrás de una cortina verde; además posee un par de adornos contra la pared y un pequeño escritorio, pero nada, nada más; incluso el comandante debe ingeniárselas para sobrevivir en este reducido espacio. Por ningún lado hay aquí camarotes cerrados a ambos lados de un largo pasillo, como los que se ven en un gran transatlántico. Nuestro comandante tiene a un paso lo más importante: la central y la radio.

Luego, más adelante, viene el «casino» de oficiales, que es al mismo tiempo el lugar de descanso del ingeniero, de su ayudante, nuestro segundo ingeniero, del primer oficial y del segundo oficial.

La colchoneta sobre la que se sentarán el comandante y el ingeniero para comer es en realidad el lugar donde debe dormir este último; el primer oficial y el segundo ingeniero son los más favorecidos porque sus camastros no deben ser plegados durante el día, y así pueden recostarse en los ratos libres.

La mesa fijada al suelo queda a un lado del corredor; fue pensada para la comida de cuatro personas: el comandante, el ingeniero y ambos oficiales; pero esta vez seremos seis, ya que deberán compartirla con el estudiante de ingeniería y conmigo.

Al lado habitarán el oficial navegante Kriechbaum, los maquinistas Johann y Franz y el contramaestre Behrmann; bajo sus pies, debajo del piso de madera, está la batería número uno, que junto con la número dos, bajo mi propio habitáculo, nos dan la energía necesaria para el viaje bajo el agua.

El habitáculo de proa es el que le sigue; parece una cueva; aquí se guardan los torpedos... y aquí se combate. Además, es en él donde duerme la mayoría de la tripulación; de cada lado seis camastros, tres abajo y tres arriba. Todos comparten las cuchetas, una entre dos o bien dos entre tres personas, según sus horarios de servicio; cuando un hombre comienza su guardia, deja el olor de su sueño para quien se recuesta en su lugar. Y a pesar de todo, los camastros no alcanzan: del techo cuelgan cuatro hamacas.

Cuando los torpedos se colocan en su lugar de disparo, la habitación queda automáticamente trastrocada en zona de trabajo; los camastros se pliegan y las hamacas se descuelgan. Los torpedos de reserva ocupan su lugar en el piso, así que cada disparo significa mayor libertad de movimientos para la gente; pero ellos tienen su ventaja: aquí no hay tránsito, porque más allá no se puede pasar a ningún lado.

También aquí está todo en desorden todavía: ropa de cuero, salvavidas, pullóveres, teteras, pan; es increíble que todo pueda desaparecer para dejar espacio a veintidós personas.

Parecería que todo aquello que no encontró su lugar en el resto del submarino viene a dar aquí.

Cuando entro, el contramaestre está protestando ante dos marineros:

—¡Vamos, vamos! ¡El cajón de lechuga entre los torpedos, allí! ¡Será posible tanta desgracia! ¡Lechuga! ¡Ni que esto fuera una verdulería!

Luego se dedica a detallarme el problema del poco espacio que hay como si se tratara de una atracción especial que ofrece el submarino; está realmente en su papel cuando me explica:

—Por ejemplo los baños; hay dos, pero uno lo tenemos que ocupar con provisiones; en otras palabras: una cosa a costa de la otra; más lugar para comer, pero menos para cagar.

Todos los camarotes están llenos de cañerías e instalaciones, bajo el techo; y sobre él hay aún más conexiones que la madera nos esconde.

Durante el almuerzo tengo que compartir una silla plegable con el segundo oficial, en el comedor. El comandante y el ingeniero ocupan el «sillón de cuero, el camastro del ingeniero. El estudiante y el primer oficial se reparten los lados más estrechos de la mesa.

Si alguien quiere pasar ahora, el segundo y yo tenemos que levantarnos o apretar la barriga contra la mesa, doblando las espaldas, para que el que pasa pueda saltar por encima de nosotros; como se ve, ponerse de pie es más fácil.

El comandante lleva un pullóver de color indefinido; cambió su camisa azul—grisáceo por una roja; el cuello le sobresale por arriba del pullóver. Mientras sirven la comida, permanece reclinado en su rincón, interesado al parecer en el techo, apartado del mundo.

El estudiante de ingeniería es teniente primero. Es nuevo a bordo. Tendrá que reemplazar al ingeniero a partir del próximo viaje; es un alemán del Norte, rubio, de cara más bien cuadrada; no lo distingo con claridad durante la comida, por la posición en que estamos veo solamente su perfil; no vuelve nunca el rostro ni hace gesto alguno.

El ingeniero está sentado frente a mí; es delgado, mucho más si se lo compara con el comandante: nariz encorvada, pero dura, que muestra claramente el hueso nasal,

pelo negro, liso, peinado hacia atrás, con lo que resalta aún más su frente de pensador; ojos muy oscuros; de labios llenos, la mandíbula es, sin embargo, propia de los caracteres fuertes. La gente le dice Rasputín, sobre todo porque después de cada viaje continúa cuidando su barba días y días antes de decidirse a cortarla.

El ingeniero está a bordo desde el primer viaje. Es el segundo hombre en importancia, el indiscutido señor de todo el mundo técnico. Su reino está completamente apartado del de los oficiales de mar; su lucha está en la central.

—El ingeniero es único —acota el comandante—, dirige la cosa sin apartarse un milímetro, cuando es necesario. Lo hace con sentimiento. El novato no lo logrará jamás. Es que él ya lo lleva consigo, adentro. No todo se logra con conocimientos. Hay que sentir cómo reacciona el submarino y tratarlo de acuerdo con eso, tomando las medidas necesarias antes de que el barco haga lo que quiera. ¡Experiencia y sentimiento! No todos llevan en sí ambas cosas; es algo que no se puede aprender...

Sentado así junto al viejo, con sus manos angostas y movedizas, sus ojos soñadores, el pelo negro tirado hacia atrás puedo confundir al ingeniero realmente con muchas cosas: un *croupier* o un jugador de dados, un violinista o un artista de cine de la época muda; por su cuerpo podría ser hasta bailarín. En vez de botas, lleva sólo un par de zapatillas, en lugar del uniforme, una especie de traje deportivo. Cuando se desliza por el submarino, adaptado a él, parece aceitado.

Por el viejo sé que el ingeniero no es nada temeroso, aun en las ocasiones de mayor nerviosismo. Durante el tiempo que estamos en tierra apenas si se lo ve en el casino de la flotilla, siempre anda ocupado en cada pequeñez del submarino para dejarlo a punto.

—En este submarino no se da vuelta un solo tornillo sin que el ingeniero inspeccione quién lo hace y cómo lo hace. No confía en ningún trabajador del astillero.

Al segundo oficial le dicen «enano» por su baja estatura. Como al viejo y al ingeniero, hace tiempo que lo conozco.

Es tan sabelotodo como el ingeniero. De continuo presenta un rostro interesado, aunque reconcentrado, pero cuando se le dirige la palabra inmediatamente aparece una sonrisa.

—Este está clavado a la cubierta —dice de él el viejo—, cuando él hace guardia duermo tranquilo.

El primer oficial sólo lleva hecho un viaje; casi nunca lo vi por el casino durante todo el tiempo que pasamos en tierra. El comandante no le dispensa confianza, así como al segundo ingeniero tampoco; no es fin trato cordial, pero tampoco reservado en extremo.

El primer oficial difiere mucho del «enano». Es alto, desgarbado, un tipo descolorido con cara de carnero. Le faltan aplomo y seguridad en sí mismo aunque

los suple con su gran eficiencia. Lo catalogo en seguida: un cumple—órdenes sin gracia ni toque personal. Me llaman la atención sus orejas, de pantalla pequeña y lóbulos desproporcionadamente grandes; la nariz es fina, de manera que toda su cara da la impresión de haber salido con mala terminación de fábrica. Tiene la fea costumbre de echar miradas hacia los lados sin mover la cabeza; solamente cuando el viejo dice algo que quiere ser gracioso muestra una sonrisa avinagrada.

El viejo se refería a él, seguramente, cuando en el bar Royal nos dijo una vez:

«Veo un futuro muy oscuro si tenemos que salir al mar con tantos bachilleres y militantes de la juventud hitleriana».

—¡A ver las tazas! —el mismo comandante corta mis pensamientos para servirnos el té. Como la tetera caliente no tiene lugar sobre la mesa, me toca a mí sostenerla entre las piernas mientras almuerzo.

—¡Qué caliente está! Apenas se puede sostener.

El comandante sorbe su té y con evidente satisfacción. Se retira aún más a su rincón y encoge las piernas, hasta que engancha las rodillas en el borde de la mesa. Lo veo observarnos entonces desde su puesto, uno a uno, como un padre mira a sus hijos, contento de tenerlos cerca.

Pero no por mucho tiempo: sus ojos reflejan el peligro; el segundo oficial se incorpora inmediatamente y yo también debo hacerlo, con la tetera en la mano; todo porque el cocinero quiere pasar, justo ahora, hacia el otro lado.

El cocinero es un tipo bajo, de contextura atlética, con un cuello tan ancho como la cabeza. Al pasar me demuestra su complicidad con una sonrisa de oreja a oreja; tengo la sospecha de que pasa simplemente para darnos la ocasión de elogiar su comida.

—De ése les voy a contar algo alguna vez —comenta el viejo entre dos bocados, después de que el cocinero termina de pasar.

Se oye un ruido en el altavoz; al momento la voz:

—¡Preséntese la primera guardia!

El primer oficial se pone de pie y lentamente comienza a prepararse. Mientras el viejo mira con interés cómo se calza las botas de mar, se rodea el cuello con una bufanda y se esconde por fin en una chaqueta de cuero; se despide de nosotros militarmente.

Poco después aparece el oficial navegante, que tenía la guardia anterior, con la cara roja; nos informa escuetamente:

—Viento del Noroeste, con tendencia a girar hacia la derecha; visibilidad buena; barómetro mil tres.

Otra vez hay que ponerse de pie, porque él quiere pasar a su cabina.

También el oficial navegante está a bordo desde que el submarino salió al mar. Nunca tripuló otros barcos, sólo submarinos.

Es un hombre que mal podría trabajar de actor; los músculos de su rostro son duros, una máscara. Solamente sus ojos oscuros y profundos están llenos de vida bajo las cejas pobladas.

En voz tan baja que no se puede oír desde el camarote contiguo, me explica el viejo:

—¡Este hombre es un maestro en su oficio! Cuando hay mal tiempo y durante días enteros no vemos ni el sol ni las estrellas, es él quien mantiene nuestra posición, asombrosamente exacta. A veces me pregunto cómo lo hace. Tiene bastante trabajo a bordo: es el jefe de la tercera guardia, además de toda la parte náutica.

En eso pasa el contramaestre también hacia proa: Behrmann —es un chico lleno de vida. Detrás de él viene en seguida, como si esto fuera una galería de contrastes, el maquinista Johann, el de cara plomiza.

—Este también sabe mucho —nos comenta el comandante—, está casado con sus máquinas; casi nunca aparece por el puente. Es un típico hombre de las profundidades.

Cinco minutos después, tres hombres de la nueva guardia pasan hacia popa.

Yo ya no tengo que incorporarme, sin embargo, porque cuando el primer oficial se fue, me apresuré a ocupar su lugar.

—...y el último —nos aclara el ingeniero—, es el reemplazante de Bäcker; parece que se pasa el tiempo libre leyendo tratados.

Lo interrumpe el paso de la guardia saliente. El ingeniero nos dice sus nombres en un tono monótono:

—Bachmann: es el fogonero diesel; la tontería de siempre: en estos cacharros ya no hay necesidad de un fogonero, pero la tradición de la Marina es la tradición, y eso es lo que vale. Hagen: fogonero de las máquinas eléctricas; díganme si no es una idiotez. Turbo, el otro de la central; un gran muchacho.

En dirección contraria aparece un tipo rubio, alto: —Hacker: el mecánico de torpedos; el de mayor antigüedad en la proa. Es el único suboficial que duerme allí.

—Buen tipo —acota el viejo—; una vez reparó en un santiamén nuestro último torpedo, y con ese hundimos todavía un vapor de más de diez mil toneladas. Su vapor, como realmente fue. A éste le dan el huevo frito, un día u otro.

El siguiente en pasar el corredor donde nosotros almorzamos es un tipo bajo; de cabellos negros, cuidadosamente peinados hacia atrás, que sonrío al ingeniero con ojos entrecerrados; tiene en los antebrazos tatuados una chica y un marinero llevándola del hombro, con un sol radiante como fondo; eso es por lo menos lo que alcanzo a distinguir.

—Ese era Dunlop; también mecánico de torpedos. El acordeón que vimos a bordo es de él.

Por último pasa el maquinista Franz. El ingeniero lo mira sin simpatía:



—Este nos deja el día menos pensado; Johann, el otro, es el mejor de los dos.

Terminó el almuerzo y me vuelvo a mi cubil.

El contramaestre es un as. Aseguró todas las provisiones de manera tal que no se salgan de su lugar con los movimientos del submarino, y, además, consiguió que lo que tiene que usarse primero quede más a mano que los víveres de reserva. Nadie más que él sabe dónde han ido a parar tales cantidades de provisiones. Sólo quedan a la vista los chorizos, la panceta y el pan: los chorizos cuelgan del techo de la central, como si hubiera que ahumarlos.

Subo hasta mi porción de corredor; mi camastro está libre, ahora; la ropa de cama, ordenada, ocupa su lugar a los pies; sobre ella, mi bolso; ahora puedo aislarme del mundo exterior con sólo correr la cortinilla verde de mi cucheta. Madera de un lado, la cortina verde del otro y una placa blanca arriba, es todo lo que alcanza mi vista. La vida en el submarino se cuela hasta mí en forma de conversaciones y ruidos de toda índole.

Por la tarde subo al puente. El segundo oficial acaba de empezar su guardia. El mar, de un color verde botella, se oscurece hasta ser casi negro junto al barco. El aire es húmedo, el cielo ha terminado por cubrirse.

Después de un buen rato de estar parado junto al segundo éste comienza a hablarme, detrás de sus binóculos:

—Por aquí es donde nos atacaron en el penúltimo viaje; tan sereno que parece el mar ahora; pero nunca se sabe si entre esas pequeñas olas no está escondido el ojo de un periscopio enemigo. El comandante sube y se añade al grupo. Blasfema al ver el tiempo:

—¡Cuidado aquí, muchachos, cuidado aquí! ¡Maldito rincón!

De pronto dirige sus protestas hacia uno de los guardias:

—¿Quiere usted hacer el favor de dejar de bostezar? Ya es hora de que vuelvan a coger el ritmo... ¡o regresen a sus casas, si esto les resulta muy pesado!

Ordena para las dieciséis y treinta una inmersión de prueba; el submarino se sumergirá por primera vez después de tanto tiempo sin salir al mar. Todo debe ser controlado para que no haya sorpresas durante las situaciones de verdadera alarma.

La maniobra comienza con la orden de que se deje libre el puente; la batería antiaérea se esconde en la torre. Solamente tres vigías y el oficial de guardia permanecen todavía sobre el puente.

Se oyen órdenes, informes y timbres. En popa, las diesel paran y se desacoplan. Comienzan a funcionar las máquinas eléctricas; los tubos que desde los diesel van al exterior, para los gases y la ventilación de las máquinas, se cierran inmediatamente. Desde el habitáculo de las diesel se informa que todo está preparado para sumergirnos. También la proa da su señal de listos a la central; mientras tanto, la guardia ya dejó vacío el puente. El oficial de guardia, el último en bajar, es quien se

encarga de cerrar el restante orificio, por donde él entró; gira una manivela y todo se cierra a presión.

—¡Prepararse para dejar salir el aire! —ordena el ingeniero. Los encargados de las celdas de inmersión informan su situación sucediéndose rápidamente. ¡Uno!

¡Tres! ¡Cinco! ¡Cinco cámaras listas para la inmersión!

Suena como si fueran fórmulas de un juramento.

—¡Las cámaras esperando órdenes! —informa a su vez el ingeniero hacia arriba.

—¡Inmersión! —viene desde arriba.

—¡Inmersión! —repite el ingeniero a sus hombres.

El aire, antes preso en las celdas que sustentaban al submarino, sale ahora por las válvulas de escape con un ruido atronador. Los timones de profundidad empiezan a cumplir con su función. El submarino se tumba, parece que se hiciera más pesado a proa; el indicador de profundidad comienza a moverse sobre las cifras. Un último golpe del oleaje rompe contra la torre, estrepitosamente; pero a partir de entonces sólo se escucha el ruido del mar: el puente está bajo el agua.

El silencio es agobiante; ni el golpe de las olas, ni el murmullo monótono de los diesel. La radio enmudece: las ondas radiofónicas no llegan a la profundidad. Ni siquiera los ventiladores de aire se escuchan ya.

Presto atención para no perderme dalle: Quizás alguna vez tenga que hacer yo una de estas maniobras, y entonces debo saber conducirme.

El ingeniero sigue dando órdenes:

—¡A proa arriba diez, a popa arriba quince!

El lastre de proa vuelve a corregirse, lentamente baja la popa; de esa manera las pequeñas burbujas que pudieron haber quedado atrapadas en los rincones de las cámaras de inmersión, y que pueden darnos una ingrata sorpresa, son definitivamente expulsadas al exterior.

El ingeniero informa al comandante:

—¡Sumergidos, señor!

El comandante ordena:

—¡Cerrar el paso del aire!

Las celdas de inmersión se cierran herméticamente, moviendo pequeñas ruedas en la central.

—¡A treinta metros! —ordena el comandante. Está apoyado sobre la mesa de cartografía, los brazos en tensión.

El ingeniero tiene ante sus ojos los indicadores de profundidad, los manómetros, los instrumentos de medida más diversos.

La profundidad cambia; el indicador señala quince, veinte, veinticinco metros.

Como desde muy lejos se oye ahora el zumbido apagado de las máquinas eléctricas. Por algún lado se oye gotear agua. En el rostro del ingeniero se lee su

preocupación por cada ruido; con la linterna en la mano comienza a buscar entre los tubos y las cañerías del techo, a babor. El goteo se interrumpe, solo.

—En regla —murmura el ingeniero.

El temblor de un escalofrío recorre el submarino.

El viejo adopta una pose de desentendido. Mira al vacío, pero por el rabillo del ojo observa una y otra vez la marcha de los acontecimientos.

El indicador del manómetro se acerca a los treinta, pero su movimiento es cada vez más lento. Por fin se detiene. El submarino ya no cae, sino que se mece en el agua como un dirigible. Sin embargo aún se nota claramente que lleva lastre de popa. No tiende a subir ni a caer, pero todavía no llegó a nivelarse del todo.

El ingeniero comienza a enderezarlo:

—¡Cien litros hacia adelante!

Turbo mueve inmediatamente una llave detrás del periscopio. Nuevamente sube el submarino, sin que ahora entre aire. El manómetro de profundidad vuelve por sobre las cifras que marcó antes. Se alcanzó la profundidad deseada:

Por fin se vuelve a oír la voz del comandante:

—¡Profundidad de periscopio!— Con pesadez se desliza desde la mesa en que se apoyaba hasta la torre.

—¡A proa arriba veinte, a popa abajo cinco! —ordena el ingeniero. Después inclina medio cuerpo a un costado e informa con la cabeza hacia atrás—: ¡Periscopio libre!

El juego de sube y baja del agua en el Papenberg denota que todo el submarino sube y baja; está en la pericia de los que manejan los timones de profundidad contrarrestar este efecto propio de la embarcación, aun antes de que el marcador señale el movimiento; porque cuando sube el periscopio puede quedar a la vista del enemigo, que entonces se percata de nuestro ataque, o bien, cuando baja, el ojo queda debajo del nivel del agua, y el comandante no ve, quizás en el momento más necesario.

El ingeniero no saca la vista de la columna de agua; tampoco los encargados de los timones de profundidad. La columna apenas se mueve. Sólo se interrumpe el cuadro cuando se pone en funcionamiento el motor del periscopio, un ligero zumbido, con el cual el comandante se ayuda para subir o bajar el aparato.

¡Prepararse la guardia del puente! ¡Encender las diesel! —la voz del comandante viene de arriba.

Los vigías vuelven a colocarse la ropa adecuada y se agrupan ante la compuerta de salida.

—¡Prepararse para emerger! —ordena el comandante ahora.

El combustible comienza a llegar a los diesel.

—¡Emerger! —llega la orden desde arriba.

El ingeniero ordena aire.

Un siseo agudo indica la entrada del aire en las cámaras.

—¡Igualar presiones! —ordena el comandante. Lo siento en los oídos: su orden se cumplió.

Una corriente de aire puro invade el submarino; la torre ya está en comunicación con el exterior. Los ventiladores chupan el aire viciado y lo cambian por aire nuevo.

Sigue una serie de órdenes para las máquinas.

—¡Diesel a babor prepararse!

—¡Máquina eléctrica de babor stop!

—¡A babor poca velocidad!

El resto de agua de las cámaras de inmersión es expulsado con los gases que despiden las máquinas diesel; se ahorra así presión de aire; y algo más: los gases aceitosos actúan como anticorrosivos.

Finalmente, con la orden del comandante de apartarse de las celdas de inmersión, la maniobra llega a su fin; el submarino vuelve a ser una embarcación de superficie.

El ingeniero se incorpora, levanta los hombros, se estira a todo lo largo de su cuerpo y me mira. seguro:

—¿Y?

Yo sólo llego a asentir, asombrado; como un boxeador noqueado me dejo caer sobre una bolsa de patatas que quedó al lado de los mapas. El ingeniero torna de un cajón un montón de ciruelas y me las ofrece:

—¡Para que se reponga! No hay nada que hacer, no somos un barco cualquiera. Lejos del viejo, el ingeniero me confía:

—Seguramente hoy sigue la fiesta; es para sacarnos la modorra de entre los huesos, dice el viejo. Observa a cada uno de sus hombres; es suficiente con que uno dé la menor señal de nerviosismo, ya tenemos una inmersión a prueba.

Bajo la placa de celuloide de la mesa de cartografía está la carta marina. Todavía muestra la costa; detrás de ella todo está vacío, sin poblaciones, sin calles, como si todo estuviera deshabitado. Es que la tierra detrás de las costas no tiene significación alguna para el marino. A lo sumo marca los faros y las boyas. En cambio la carta trae perfectamente marcados los bancos de arena y toda otra diferencia de profundidad. A lápiz hay delineada una ruta en zigzag que parte de St. Nazaire; sobre ella, una cruz: nuestra última referencia de tierra.

Nuestro curso general es de trescientos grados. Pero continuamente oigo correcciones en los timones; por el peligro que otros submarinos enemigos representan, aún no se puede mantener un curso rectilíneo.

En la central veo conversar a Turbo, imitación del héroe de viejos cuentos con su roja barba cultivada durante el tiempo en tierra.

—Quisiera saber hacia dónde nos dirigimos esta vez —le dice a un marinero

maquinista.

—Parece que a Islandia.

—No, más bien creo que hacia el Sur; un largo viaje al Sur; cargamos demasiado esta vez.

—Eso no quiere decir nada. Pero, ¿qué importa? Bajar a tierra y tomar algo no se puede, de todas maneras, ni aquí ni allá.

Turbo se dirige a la borda; con una sonrisa entendida, a medias escondida por la barba, y un golpe amistoso sobre el hombro del otro, responde todavía:

—Islandia o no... se viaja, con la Marina.

Antes del anochecer, el comandante ordena otra inmersión de prueba; quiere saber si tampoco habrá problemas a mayor profundidad.

Los submarinos VII-C están hechos para resistir una inmersión de hasta noventa metros. Pero como las bombas de profundidad pierden efecto justamente cuanto más profundo está el blanco, ya que la presión del agua contrarresta las ondas de presión de la bomba al detonar, los submarinos deben sumergirse a veces a mayores profundidades para poder escarpar a los ataques. Hasta qué profundidad aguanta en realidad el submarino, eso no lo sabe nadie, lo que se arriesgaron a ir más abajo no pudieron informar del hecho, y los que volvieron no pueden asegurar haber alcanzado la profundidad máxima; esa experiencia la hace cada tripulación por sí misma... sólo una vez.

La serie de órdenes de esta mañana se repite. Pero en lugar de quedarnos a los treinta metros, seguimos hacia abajo, más y más profundo; en el submarino todo es silencio absoluto.

De pronto, un ruido agudo, fortísimo, hace doler los tímpanos. Veo miedo en algunos ojos. Pero el viejo no da muestras de querer cambiar el curso inclinado hacia abajo.

El indicador del manómetro muestra los ciento cincuenta. Otra vez el ruido, ahora mezclado con otro más grave.

—No es lo que se dice un paraje idílico —susurra el ingeniero. Veo que se muerde la carne de las mejillas, mientras su mirada se dirige al comandante, claramente llena de significado:

—El submarino tiene que poder resistir esto —dice el comandante lacónicamente. Caigo en la cuenta de que hemos tocado fondo.

—Es todo cuestión de nervios —murmura el ingeniero. El ruido de afuera no cesa.

—La estructura lo soporta... pero el timón... —grita el ingeniero, aunque su voz se escucha apagada. El viejo hace como si no lo hubiese oído.

A Dios gracias, el ruido cesa. El rostro del ingeniero está gris.

—Sonaba como un tranvía en las curvas —dice el segundo oficial.

El viejo tiene el aspecto de un preocupado salvador de almas al aclararme: —En el agua, los ruidos se multiplican por cinco. Por eso aparentan mucho, a pesar de que el peligro no es tanto.

El ingeniero se llena de aire, como si lo hubiesen salvado de ahogarse. El viejo lo observa con la mirada escrutadora de un psiquiatra; luego nos comunica:

—¡Suficiente por hoy, emerger!

La letanía de órdenes para emerger vuelve a traspasar el submarino. El manómetro regresa a los valores anteriores.

Aún tengo en la memoria la película de un submarino al salir a la superficie.

La filmadora estaba fija en la torre. Primero se veía una masa difusa a media luz, que pronto se transformaba en un barril flotante, con un mástil hacia arriba. Al fin se distinguía en el barril vertical la torre, y en el mástil el periscopio; alrededor de las formas del submarino el agua iba adquiriendo claridad, hasta que comenzó a moverse, cada vez con más vigor, para constituir una corriente de grandes burbujas de aire que volvían a romper los contornos de la imagen; y al instante una claridad inesperada detrás de la torre, el cielo; rodando de un lado al otro. Hilachas de agua caían aún de los hilos del radar.

El comandante y la guardia salen al exterior. Los sigo. Andamos a paso de hombre, pero a pesar de eso el agua se remueve detrás del submarino. Me siento solo. Solo en una plataforma de metal. El viento hace presión sobre mi cuerpo. Miro embobado hacia el cielo, pasan nuevas nubes cada vez. Me obligo a cambiar la dirección de mi vista, para no terminar hipnotizado.

De pronto oigo detrás de mis espaldas la ronca voz del viejo:

—Bonito, ¿eh?

Trato de mirar el sol, que aparece entre dos nubes que le dejan lugar. .

—Un viaje de placer en medio de la guerra... ¡Más no se puede pedir! Y mirando la proa, agrega:

—El mejor barco que existe; el de mayor radio de acción. Ambos giramos hacia la popa.

—¡Ah, la estela de nuestro submarino! —dice el viejo—. Hermoso ejemplo de fugacidad: mientras se ve está, y después *fini*.

No me animo a mirar al viejo. «Filosofía barata, lo llamaría él si otro lo dijera. Pero el viejo continúa: —Sí, la buena madre tierra se comporta en esto como una dama moralista; no nos da cosas como ésta.

—Mmm...

—Está claro: nos hace creer que nosotros, los humanos, nos hemos eternizado sobre ella; ahí quedan símbolos y pinturas. También en sus planificaciones se permite más tiempo que el agua; un par de miles de años, si tiene que ser.

Me siento pequeño.

—Es por eso que en la Marina las cosas están claras como el agua —es lo único que se me ocurre.

—Así es —dice el viejo, y me dedica su mejor sonrisa.

La primera noche a bordo: trato de relajarme, de borrar todos mis pensamientos. Las olas de sueño me alcanzan y me mecen pero aun antes de transportarme consigo, me dejan caer. ¿Estoy despierto o duermo, en realidad? ¡Qué calor hace aquí abajo! ¡Qué olor a aceite! Todo el submarino está poseído por un fino temblor; las máquinas hacen sentir su ritmo hasta en el último rincón.

La excitación de las últimas horas también aporta lo suyo para que yo no pueda conciliar el sueño.

Las máquinas diesel trabajan toda la noche. Cada cambio de guardia me sobresalta.

¡Qué distinto es lo que se ve y se siente al despertar en un barco común! En un lugar del ojo de buey, a través del cual se ve la espuma del mar; aquí no hay más que una luz mortecina que gobierna en todos los habitáculos.

Tengo la cabeza pesada cómo plomo, seguramente por los vahos de las máquinas. Desde hace ya más de media hora me molesta la música de la radio, puesta a todo lo que da.

Debajo de mi cucheta veo dos espaldas encorvadas; pero ni un lugar para mi pie cuando trato de bajar. Si quisiera abandonar mi camastro tendría que pisar sobre la mesa, entre platos con restos de comida y sobras de pan ablandados con chorreaduras de café. Pegajosa y sucia, así está nuestra mesa. Y ahí veo, no sin asco, un huevo recién preparado.

Desde la sala de máquinas me llega el olor de la grasa.

Hinrich, el radiooperador, dirige una mirada interrogativa hacia el techo. Al descubrirme, veo sus ojos todavía medio pegoteados que me miran como si yo fuera una aparición.

—¡Trae el desayuno! —le dice al marinero electricista Pilgrim, exigente.

¡Me tendría que haber levantado antes! Ahora no puedo pisotearles el desayuno, así es que me dejo caer a lo largo, mientras oigo:

—¡Saca de ahí tu culo grasiento!

—¡Esta porquería de huevo se parece a caca de bebé! ¡No lo puedo ni oler!

—¿No querrías que pida para tí una gallina a la central?

La conversación me divierte cuando pienso en blancas gallinas Leghom, sentadas sobre las cañerías de la central. ¡Si hasta me parece oírlas! Cuando era niño no podía tocar a las gallinas; tampoco hoy me gustan.

Por un largo rato oigo solamente el ruido de los carrillos al triturar la comida.

Pronto lo interrumpe sin embargo el sonido sordo y orgánico de un eructo, que termina tan aguda y abruptamente que se nota que algo consistente quiere volver a

salir.

—¡Eso me basta! —tengo que protestar.

—¡No seas aguafiestas!

Los altavoces gritan por todo el submarino:

—Yo soy Lilí, la Lilí de Najanka. Una pequeña ciudad del Camerún, a las orillas del Tanka...

Está permitido bajar algo el volumen de los altavoces, pero no apagarlos del todo, ya que también sirven para desparramar las órdenes a todo lo ancho y lo largo del submarino. De esa manera me tengo que adaptar a la voluntad del radiooperador, quien desde su cubil atiende el gramófono; parece que Lilí lo convenció, porque ya es la segunda vez que canta esta mañana.

Por encima de todas las cosas, me amarga nada más que pensar que son apenas las cuatro o cinco de la mañana. Sucede que, para ahorrarnos las cuentas, nos guiamos según la hora alemana de verano; además, ya estamos muy lejos hacia el Oeste del meridiano cero, así que entre la hora solar en nuestra posición y la hora que usamos sobre la embarcación hay una gran diferencia, quizá más de una hora. Aunque en realidad, da lo mismo en qué momento comienza nuestro día; tanto de día como, de noche usamos aquí la luz eléctrica, e incluso los cambios de guardia se llevan a cabo por intervalos que no dependen de la hora solar.

Ya es hora de que salte de la cama. Pido perdón e introduzco mi pie entre ambos hombres, sentados abajo.

—¡Todo lo bueno viene de arriba! —dice Pilgrim.

Mientras busco mis zapatos, que por seguridad ajusté detrás de una cañería, sostengo mi primera conversación de la mañana con el marinero de la central, sentado a mi lado sobre una silla plegable.

—¿Y, cómo anda todo?

*Comme ci, comme ça*, teniente.

—¿El barómetro?

—¡Sube!

Me saco de la barba las hilachas que durante la noche se desprendieron de las mantas y se me quedaron enganchadas. El peine se ennegrece inmediatamente; mi pelo es un filtro del aceite que llena el ambiente.

Saco de mi bolso lo necesario para lavarme, la toalla y el jabón. Me gustaría lavarme la cara en el baño, pero la luz roja en la puerta y la cola que delante de ella se ha formado me indica que debo dejarlo para mejor oportunidad.

El ingeniero aparece con las manos a medio limpiar de la grasa que las cubre; vuelve de la recorrida matinal. No vienen con él ni el primer oficial ni el segundo ingeniero. Tampoco veo al comandante; se debe estar lavando. El segundo oficial todavía tiene guardia.



Al cocinero lo han despertado a las seis. Con los consabidos huevos revueltos, que, por supuesto, llegan fríos a la mesa, hoy hay pan, manteca y café negro —«sudor de negro», como le dicen por aquí—; mi estómago y mis intestinos se resisten a semejante régimen; por suerte mis intestinos ya han encontrado la excusa necesaria; miro, a ver si el baño por fin se ha desocupado.

—¿No está rico? —me pregunta el ingeniero.

—Mmm, no sé; este revuelto no es precisamente de los mejores.

—Usted debería lavarse los dientes antes del desayuno, verá que así las cosas tienen mejor gusto —me propone el ingeniero, con la boca llena; y en el mismo momento llega el comandante desde el baño, con pasta dentífrica en la barba.

—¡Buenos días tengan los héroes del mar que se sientan a desayunar sin lavarse antes! —y se arrincona en su asiento.

Parece que ninguno se anima a contestar.

Al rato, el viejo pregunta cuál será la contraseña del día de la fecha.

—*Proculanegotiis* —propone el ingeniero, quien en seguida traduce, para que nadie quede mal parado—: ¡Lejos de los negocios!

El comandante asiente con la cabeza:

—¡Qué cultura!

Desde el altavoz nos llega la melodía:

—¡Soy feliz, y estoy contento, ya te diré por qué... !

En el submarino hay mucho trabajo por la mañana. A cada minuto pasa alguien por los corredores, de proa a popa o viceversa; lo cual significa que me tengo que incorporar continuamente de mi silla plegable. Mis intestinos siguen llamando.

Hay problemas con el baño. Las horas punta son la mañana temprano, y el filo de la medianoche, cuando la guardia cambia y ocho personas quieren ir al baño al mismo tiempo.

Por fin se abre la puerta: ¡el primer oficial! Como un relámpago tomo mis cosas y le arranco el picaporte de la mano. Sobre el lavabo hay un grifo con agua dulce, pero no funciona; de todas maneras, el lavabo sólo alcanza para una lamida de gato y para lavarse los dientes. También veo un grifo de agua salada, y jabón especial para ese tipo de agua; pero con eso no me puedo lavar los dientes, pienso. Me aligero de mi carga y salgo; mis compañeros de mesa siguen aún en la misma posición indolente de antes, que seguramente han copiado del comandante.

El altavoz también continúa con sus preguntas tontas:

—¿Me quieres? Ayer todavía me decías que no...

El ingeniero lanza un suspiro y da vuelta los ojos.

Tomo en la boca un poco más de este café, lo dejo jugar entre los dientes ida y vuelta, hasta que se forma espuma, lo hago pasar de una mejilla a la otra, a través del agujero que dejó una muela al caerse, hasta que siento que todos los restos de saliva y

de grasa han sido enjuagados, y por fin trago esa mezcla... ¡ah!, qué alivio.

Inmediatamente después del desayuno el comandante debe escribir el diario de guerra, y lo hace con manifiesta resistencia. El ingeniero vuelve a desaparecer hacia popa. El primer oficial dice que tiene que arreglar unos papeles y también se va.

Comienza la rutina de todos los días: limpieza en el submarino.

Camino hacia la popa, paso por la central; el ojo de la torre me muestra que afuera todavía es noche cerrada. Los aires que entran desde arriba son fríos y húmedos. Bueno, me digo, salgamos, por más que mis piernas no tengan la menor gana... Vamos, el pie derecho sobre el primer peldaño de la escalerilla de aluminio.

—¡Permiso para subir!

—¡Sí señor! —es la voz del segundo oficial.

Al aparecer mi cabeza en el puente deseo ante todo buenos días.

Mis ojos tardan un poco en acostumbrarse a la oscuridad reinante; en el cielo hay un par de estrellas pálidas; al Este comienza a verse, en el horizonte, una ligerísima coloración rosada. También el agua se aclara poco a poco.

Tengo frío.

Sube el oficial navegante. Sin palabras pasea su mirada por los alrededores; sorbe la humedad de su nariz y pide el sextante.

Cuando se lo alcanzan, lo dirige a Saturno y aprieta su ojo derecho al ocular; por un momento permanece inmóvil, la cabeza doblada sobre el aparato y la cara arrugada; hasta que despega el ojo al mismo tiempo que comienza a dar vueltas a una mariposa.

—Atención... Saturno... cero —comunica a los de abajo.

En la central se controla la hora con un cronómetro. El navegante encuentra dificultosa la lectura de los grados en la semipenumbra del ambiente.

—Veintidós grados, treinta y cinco minutos —dice al fin.

Con la hora y la posición de las estrellas podrán calcular ahora la situación del barco. Se necesitan por lo menos dos estrellas, así que el navegante recomienza su labor.

—Atención... Júpiter... cero. Una pausa.

—Cuarenta y dos grados, veintisiete minutos.

Después de devolver el sextante, vuelve a bajar. Yo lo sigo. Ya allí se quita la chaqueta y se acerca a la mesa de trabajo, donde están los mapas. No se trata aquí de una gran sala de cartografía, como tienen los oficiales de navegación en los grandes barcos. Es una pequeña mesita, apoyada a babor de una botonera de mando y aparatos de comunicación interna. Sobre la mesita se ven además una repisa para el sextante, el catalejo, tablas y libros de mar, cartas climáticas y lo imprescindible para su trabajo.

Toma un lápiz y comienza a hacer cálculos; en ellos intervienen los senos, los

cosenos, las tangentes y los logaritmos.

—Notable, en verdad, que aún nos sirvamos de las estrellas —le digo, sólo para romper el silencio.

—¿Cómo dice?

—Solamente que me llama la atención el hecho de que, en medio de la gran perfección técnica, tenga usted que usar un sextante para averiguar la posición...

—¿Y cómo podría hacerlo, si no?

Me doy cuenta de que mi filosofía no tiene nada que hacer ahora y en este momento; me consuelo pensando que quizás es muy temprano todavía para ensayar una conversación de tan alto vuelo, y tomo asiento en silencio sobre el cajón que contiene los mapas.

El oficial navegante levanta el celuloide debajo del cual se encuentra la carta marina; pertenece a los alrededores de nuestra situación, y su color es azul grisáceo, sin costas ni diferencias de profundidad. Es una red de cuadrados numerados, con cifras y letras en horizontal y en vertical.

Con un compás entre los dientes, murmura para sí, concentrado en su trabajo, algo sobre quince millas.

Con una línea marcada a lápiz, el marino une la nueva posición con la última. Me muestra un cuadradito en el mapa:

—¡Aquí nos las vimos mal, en una oportunidad!

El oficial navegante parece querer dar a entender que está dispuesto a escucharme. Su compás queda clavado en el punto en que una vez se las vieron mal.

Ahora se acerca el marinero de la central. El recuerdo se dibuja en sus ojos al ver el cuadradito en cuestión.

—Fue en nuestro cuarto viaje: Había tormenta. Desde el comienzo éramos perseguidos; todo el día habíamos sido bombardeados; habíamos perdido la cuenta de las bombas...

También él parece hipnotizado por la punta del compás, como si todavía hubiera en el lugar algo que ver. Tomando aire, saca el compás de su marca y lo separa de allí, con un movimiento pequeño, pero nervioso.

—¡No fue nada divertido!

Me doy cuenta de que el trabajo aquí ha terminado; también el encargado de la central ha finalizado su tarea. El oficial navegante introduce concienzudamente el sextante en su estuche. Lo único que queda del recuerdo es un pequeño agujero en aquel cuadrado, hecho por la punta del compás.

Vuelve a colocarse la chaqueta y encima otra de goma; toma los prismáticos.

Ya está listo para su guardia.

Como dentro del submarino aún queda mucho por ordenar subo otra vez al puente.

Las nubes se recortan ahora perfectamente sobre el fondo azul tan puro del cielo de la mañana. Una de ellas cruza por delante del sol. Su sombra le quita al mar los destellos blanco—verdosos. Por los ventanucos de la nube van apareciendo los rayos del sol, que pegan en el mar; por un instante somos encandilados como por un reflector que ilumina a la figura más importante del escenario.

—¡¡AVIÓN A LA IZQUIERDA!!

El grito del marinero Dorian me toma por sorpresa, es un golpe de corriente eléctrica que me traspasa el cerebro. En una fracción de segundo veo por el rabillo del ojo un punto negro que se agranda sobre el fondo gris de las nubes. Con un salto trato de introducirme en el submarino; mientras bajo, siento que choco con una rodilla contra una punta metálica; no me detengo a ver de qué se trata, a pesar de que podría gritar de dolor. Ya abajo, trato de saltar hacia un lado, pero calculo mal y el que baja detrás me cae encima; su bota me alcanza en el cuello; es el marinero.

—¡Muy cerca! —le sale de los pulmones con toda fuerza.

El comandante mira hacia arriba, con la boca abierta.

—¡Inmersión! —En el apuro, entra algo de agua por la torre semiabierta; el segundo oficial termina de bajar, mojado.

Comienza a moverse el indicador del manómetro de profundidad, lentamente.

El submarino parece estar pegado a la superficie.

—¡Todos hacia adelante! —grita el ingeniero.

La gente tropieza, apurada, en su cabalgata hacia la proa; aumenta el lastre adelante, el submarino se inclina; tengo que sujetarme fuerte, para no caer.

El segundo oficial le comunica al comandante:

—¡Vino desde la izquierda y apareció entre las nubes; no reconocí el tipo de máquina!

Cierro los párpados y vuelvo a ver aquel punto negro surgiendo de entre el gris de las nubes. En mí se repite continuamente la misma frase: ahora ataca... ahora ataca... las bombas, las bombas...

Se oyen respiraciones entrecortadas. El comandante no quita la vista del marcador de profundidad. Su rostro está congelado, inmóvil, casi indiferente. Se oye el zumbido leve de las máquinas eléctricas.

La espera... una larga inspiración... por fin, la espiración.

—¡Otra vez a sus puestos! —ordena el ingeniero; la tripulación vuelve de proa tomándose con las manos de los puntos de apoyo que les ofrecen las paredes; parece que fueran alpinistas:

Me relajo: ahora me doy cuenta de que estoy en verdad lastimado. Es doloroso.

—¡A treinta metros! —dice el comandante.

Está de pie en medio de la central, las manos en los bolsillos del pantalón, la gorra casi en la nuca.

Pensativo, le oímos decir:

—Ya nos tienen; esperemos que no tengamos en seguida a toda la jauría en los talones.

Al ingeniero:

—Por ahora nos quedaremos bajo el agua. Y a mí:

—Como le decía ayer; éstos saben perfectamente cuándo partimos, y ahora los tenemos ahí.

Pocas horas después, durante la guardia del oficial navegante, vivo mi segunda experiencia. Al grito de ALARMA, me vuelvo y veo otra vez el punto negro saliendo de entre las nubes; y otra vez tardo menos de un segundo en dejarme caer al interior del submarino.

—¡Inmersión! —oigo gritar al oficial navegante, que todavía está arriba. El agua gorgotea con presión en las celdas. Se informa:

—¡Avión a cuarenta y cinco grados, distancia tres mil metros; no está atacando!

Las máquinas eléctricas vuelven a funcionar, vuelve a llenarse el submarino del zumbido que producen.

Otra vez retengo la respiración. Todavía no hay bombas.

Toda la operación hasta quedar bajo agua no ha tardado más de treinta segundos. Pero el remolino de agua que se forma al sumergirnos no desaparece sino en cinco minutos; es a ese remolino donde apuntan los perseguidores.

Nada.

El viejo resopla. También el navegante. El marinero me observa.

A los ochenta metros de profundidad el ingeniero hace levantar y luego hundir la proa. Los restos de aire salieron.

Pasan unos buenos cinco minutos. El viejo ordena volver hasta profundidad de periscopio. Los timones de profundidad se vuelcan hacia arriba, las máquinas eléctricas bajan la velocidad.

—¡Quizá ni siquiera nos vio! —opina el viejo.

La tercera alarma aérea llega dos horas después. Esta vez le toca al primer oficial gritar «¡Inmersión!» .

—¡Venía protegido por la luz solar, pareció desprenderse de repente del sol!

—¡Toda la tripulación hacia adelante! —vocifera el comandante; el submarino se resiste a volcarse de proa.

Otra vez el infierno, las corridas, los resbalones.

—¡Esta es ya la tercera broma! —comenta el primer oficial, seguro de que tampoco ahora caerán bombas.

—¡Yo no me anunciaría tan irrespetuosamente! —dice el viejo.

—Así es; las costumbres se van aligerando con el tiempo; cada vez están peor educados —responde el ingeniero.

—Por ahora nos quedaremos abajo; no es cuestión de tentar a la desgracia — ordena el comandante.

Nos retiramos al habitáculo de los oficiales. —¡Bastante bien el primer oficial! — dice el viejo—. Lo suficientemente fuerte como para que lo oigan en la central. —Es justa la alabanza del comandante; no es fácil reconocer a un Cockpit que se viene encima protegido por los destellos del sol; la mayoría de las alarmas se truncan, porque se trata de gaviotas y el vigía las confunde con aviones enemigos.

Pero a veces; una simple gaviota se transforma de pronto en el mensajero de la muerte.

—En estos casos hay que girar inmediatamente a barlovento —explica el comandante—, el primer oficial lo hizo esta vez perfectamente; de esa manera, el avión recibe demasiado viento de golpe para maniobrar. No es mucho. Pero aquí hay que contar con cada metro de ganancia.

El viejo se muerde el labio inferior, asiente un par de veces a lo que él mismo ha dicho, entrecierra los ojos, y continúa:

—En realidad, estos pilotos bien podrían arrojar sus bombas al mar y comunicar que nos han bombardeado, nadie los vería hacerlo. Pero es que no son cobardes, estos de la Royal Air Force. ¿Cuántos bajamos la última vez?

—Ocho —contestó—, uno casi se nos cae encima en La Baule. Con el viejo y el ingeniero vuelvo a la central.

—¡Submarino listo para emerger! —comunica el ingeniero.

—¡Emerger! —ordena el comandante.

El ingeniero repite la orden. Por fin informa:

—¡La torre en la superficie!

El comandante ya está arriba.

—¡Esperemos que las abejas dejen de molestarnos por un rato! —le oigo murmurar al oficial navegante.

En la central falta media hora para la medianoche. Los diesel funcionan a pleno susurro. Las pocas luces en uso están controladas de forma tal que ningún reflejo nos delate a los enemigos del aire en horas de la noche. La oscuridad retiró el horizonte lejos de nosotros, hasta el infinito. En el interior del submarino brillan las flechas fosforescentes que nos indican el camino a la torre en caso de peligro, aun en la más completa penumbra; estas indicaciones se impusieron después del desastre de Kallmann, en el otoño de 1940; su submarino chocó en la oscuridad con un carguero noruego; sólo se salvó la tripulación que en ese momento se encontraba cerca del puente; todo el resto de la gente fue hallada luego, abrazada entre sí, en un lugar muy lejano a la salida; habían equivocado el camino, y fue fatal.

Aunque, por otra parte, tampoco las flechas son de gran ayuda. Cuando el submarino es tocado, cae un par de miles de metros de profundidad. Las flechas

pueden marcar entonces todo lo que quieran.

En la central, agrandada por una luz mortecina, dos hombres están sentados ante la mesa de cartografía y pelan patatas.

Más adelante, me encuentro con el radiooperador Hinrich. Con los auriculares colocados, se lo ve ensimismado en un libro; sus codos lo sostienen en su mesa de operaciones. Enfrente queda la cucheta del comandante; la cortina verde está cerrada; pero se filtra luz por ella: el comandante no duerme todavía. Quizás escriba, como es su costumbre, un montón de cartas que solamente podrá echar a su regreso.

Al estar vacío, el habitáculo de los oficiales parece más grande de lo que es en realidad; nadie ocupa la mesa, pero detrás de ella descubro al ingeniero durmiendo sentado. Su reloj cuelga de la cadena con un movimiento pendular.

Al volverme veo asimismo al primer oficial, dormido en el camastro inferior de babor, antes de tomar su guardia. El ingeniero se mueve y murmura en sueños. La compuerta que da a proa se abre con un chirrido y aparece un hombre despeinado, muy cansado, que me saluda a medias y, después de largos segundos de irresolución, toma la drástica decisión de correr la cortina del primer oficial y despertarlo.

—¡Faltan veinte para la hora, señor!

El rostro semidormido del primer oficial surge desde la profunda oscuridad a la penumbra del lugar; luego saca primero una pierna, con toda lentitud la otra, por fin el cuerpo. No deseo molestarlo, así que sigo mi camino hacia adelante.

El maquinista Johann está sentado a su mesa, con cara triste. Bosteza y me saluda:

—¡Buenos días, teniente!

—¡Aún es temprano para eso!

Johann asiente sin palabras y se incorpora de su silla.

El habitáculo de proa está alumbrado por dos lámparas realmente débiles; el olor es siempre el mismo: sudor, aceite, humedad.

Dos sombras se deslizan sin que yo pueda reconocerlas. Dos más salen de las hamacas, y otra de un camastro. Como el ruido del barco se deja sentir aquí bastante, les cuesta entrar en sus botas.

—¡Qué temporal, eh! —oigo decir—. Otra vez me mojaré los pies.

Dos de ellos se enfundan en sus *Isländer* y se rodean el cuello con una toalla; para que por allí no entre el agua cuando después se coloquen las chaquetas de goma, en la central.

La gente de la guardia anterior, que ya regresa con las extremidades duras, está completamente mojada. El oficial navegante se ha levantado el cuello y encasquetado la gorra; los demás traen el rostro coloreado por el continuo roce del agua al salpicar. Tampoco hablan mientras se desvisten, como los que toman la vigilancia ahora. Los que vuelven se ayudan trabajosamente a sacarse los pantalones de goma; el más joven

de ellos es el que por fin retira toda la ropa, empapada, hacia popa. El mejor lugar para secar ropa está entre ambas máquinas eléctricas.

Los hombres que fueron relevados se apresuran a beber un gran trago de café caliente; luego guardan sus binóculos con todo cuidado.

—¿Y... todavía despierto? —me pregunta el navegante. Luego desaparece hacia adelante.

De pronto; la central vuelve a llenarse de gente: también la guardia de maquinistas cambia a esta hora. Reconozco a los fogoneros, Ario, de los diesel, y Zörner, de las máquinas eléctricas.

En mi habitáculo veo a Wichmann, que ocupa la mesa a todo lo ancho y come desesperadamente.

Subo a mi camastro. Desde allí oigo cómo se abre la compuerta que da a la cocina; aparecen Kleinschmidt y Rademacher, muy entretenidos en su conversación. Al descubrir a Wichmann se interrumpen:

—¡Deja algo para nosotros comilón! Cuando se te ve... siempre comiendo.

—¡No hables estupideces, quieres!

—¡Y tú no comas tanto!

Wichmann se rasca desembozadamente entre las piernas; hasta se levanta de su asiento, para poder llegar mejor a la zona.

—¡Deja de toquetearte, desesperado; aquí no vas a conseguir a nadie, tenlo por seguro!

—¡A falta de algo mejor, tú no estarías nada mal! —amenaza Wichmann.

Parece que el diálogo ha traído reminiscencias a Kleinschmidt, porque comienza a sonreírse, con la mirada a lo lejos. Todos lo miran.

—¡Qué cosas se ven en este mundo! —murmura Kleinschmidt.

Un cuarto de hora después, se ha hecho el silencio también en este camarote.

El nuevo ayudante de la central no parece ser muy bueno. Ya varias veces el marinero le ha hablado duramente.

Como durante el tiempo libre se dedica a leer tratados raros, de tapas negras, en vez de interesarse por su trabajo, tiene a los demás en su contra. Su forma de ser, de mostrarse superior a los compañeros, hizo que actualmente viva por completo apartado; de vez en cuando hace algún intento de acercamiento, pero entonces su manera dulzona hace que lo rechacen aun más.

Sobre todo Ario está en su contra. Sentado en el camarote de proa, oigo decir a Ario, justamente, que el hermano del marinero de torpedos Hacker está en prisión; y es sólo un año mayor que Hacker: veintidós. Por vengarse de pequeñeces robó la fruta de cinco árboles de su vecino.

Ario me aclara:

—Eso es fácil de llevar a cabo.



—Pero no puedo creer que para una cosa así haya cárcel —me sorprendo.

—Sí, hoy en día sí; se le llama «hacer peligrar la libre alimentación del Pueblo Alemán»; es como decir sabotaje.

—El frente puede confiar en nosotros, caballeros juramentados de los mares...

—Parecía una máquina de decir palabras —le sigo relatando al ingeniero—; hablaba ininterrumpidamente del espíritu de lucha en el frente y demás; lógicamente él se incluía en el reparto. El bueno de Markus hervía ya hacía rato, ¡pero es tan educado! Sólo cuando Scholle lo golpeó en los hombros, sin dejar de hablar y de gritar y de alabar y de alabarse, eructando e insultando al mundo entero, se le quemó la resistencia. ¡Tendría que haberlo visto! ¡Rojo de rabia, sin hablar una sola palabra, como si le faltara el aire! Los demás se incorporaron como un solo hombre. Volaron las mesas y las sillas, y en el mismo instante ya tenían al constrictor tomado de las manos y de los pies, y lo empujaban y lo arrastraban por todo el local. La idea, creo, era arrojarlo con un puntapié por la puerta. Pero el timonel tuvo de pronto otra mejor: quizá porque lo tenían tan firme entre todos, y porque la gran ventana estaba ahí a un lado, al timonel se le ocurrió ordenar a gritos: ¡Tomar impulso y a las tres, soltar! Y así fue: «A la una... a las dos... y... a las tres!» Tendría que haberlo visto, le repito: voló un metro por los aires, se oyó un ruido infernal y aterrizó en plena calle.

Me parece oírlo mientras lo relato. Después del hecho, como si tal cosa, los cuatro que lo sostenían volvieron a sus lugares sin intercambiar una palabra sobre el tema. Sólo uno llegó a decir con desprecio: «¡Cerdo!», mientras los demás se limpiaban las manos, como si las tuvieran sucias.

De repente grita otro: .

—¡Ahí está de vuelta! —señalando hacia la puerta, donde se ve una figura llena de sangre, de rodillas en el portal.

—¡Está buscando sus anteojos himmlerianos! —grita un malintencionado.

Tres vuelven a incorporarse de sus sillas. A pesar de su borrachera, no tardan un segundo en estar junto a la puerta, donde tiran de Scholle hasta verlo otra vez afuera. Uno de ellos cierra con fuerza la puerta y dice, en voz bien alta:

—¡Creo que esta vez tiene bastante, el muy torpe!

—Y pasó algo también con la gendarmería, ¿no? —me pregunta el ingeniero.

—Apareció una hora más tarde, cuando ya se había calmado todo, pero igual hubo tiros; un gendarme hasta recibió un disparo en el muslo.

El marinero Schwalle se mete en la conversación:

—Bueno, ahí estará bien cuidado, al menos.

—No te entiendo.

—Es sencillo... ¿qué le puede pasar metido ahí dentro? Digamos así: lo encerraron para liberarlo.

—Sí, es una opinión...

En el diario de guerra se han asentado los dos primeros días a bordo como sigue:

*Sábado* 8,00 Partida.

16,30 Inmersión de prueba.

18,00 Prueba de profundidad.

*Domingo* 7,46 Alarma ante avión, engaño e inmersión en profundidad ideal.

10,55 Alarma ante avión.

15,44 Alarma ante avión.

16,05 Ingreso al área de ataque.

—Todavía tiene ojos de conejo albino—me dice el ingeniero al día siguiente. Es el tercer día de mar.

—Es lógico; los últimos días fueron realmente movidos, una fiesta detrás de la otra.

—Es cierto... Usted estuvo en la famosa fiesta del Majestic, ¿no? Fue la noche antes de Thomsen, ¿o me equivoco?

—¡Sí, así es! Usted se lo perdió. Fue apoteósico ver al constructor por la ventana.

—¡Cuénteme! —me incita el ingeniero.

—A Scholle —comienzo— lo conoce usted, ¿no es cierto? Parece que él se cree demasiado importante para el desarrollo de la guerra. Bien, el hecho es que nada más llegar, pide una ronda para todos. La gente ya estaba algo picada, y el mismo Scholle parecía haberse entonado antes en otro lado; se sentía en su mejor forma, sin lugar a dudas. Ya no tenía inhibiciones, así que se plantó entre' todos como si perteneciera al grupo...

Al contar, las imágenes se me hacen más claras. Lo veo a Scholle gesticulando, con la espuma de la cerveza en la boca, y lo oigo decir:

—¡Fantástico... simplemente fantástico... qué éxitos... qué muchachos, si señor! Toda la banda lo mira y alguien dice:—¿Qué quiere aquí este pelotudo? —con voz alta y clara, pero el constructor Scholle sólo oye sus propias palabras:

—En la flotilla estaban preocupados por que el tiro hubiera sido un poco más arriba —me explica el ingeniero.

Yo sé por qué el ingeniero habla mal de los llamados «órganos de control». Al volver de sus vacaciones en París, en el tren militar, se encontraba a solas en su camarote y, desabrochándose el último botón de la chaqueta para estar más cómodo, se dispuso a dormir en el calor de la tarde. Su sueño fue interrumpido, me contaría él más tarde en el Royal, por personal de la gendarmería que abruptamente invadió el camarote, obligándolo a ponerse de pie y a «vestirse como se debe», porque «aquí no estamos en la Marina».

Inmediatamente el ingeniero se incorporó, pero no para abrocharse el botón, sino para abrirse la chaqueta completamente y buscar con toda comodidad sus documentos, que puso sin más trámite delante de la cara del gendarme.

—¡Fue de historieta! ¡Gritó hasta reventar!

—¡Ah! —digo yo— ¿Será por eso que ya le están buscando reemplazante? ¿Será por eso que tenemos a su colega de la facultad a bordo? Los de la flotilla se deben haber dicho que usted había dejado de ser un ejemplo digno para las tripulaciones que el Führer desea tener.

Me doy cuenta de que el ingeniero no esperaba de mí semejante exteriorización; sin embargo, después de reponerse de la sorpresa, me da la razón.

*Lunes por la noche con los suboficiales.* Miro el reloj: son las veinte. No puedo creer que éste sea nuestro tercer día en el mar. Pero la tierra está tan lejos, detrás de popa, a tantas millas... No puedo convencerme de que fue el viernes por la noche cuando nos reunimos en el bar Royal.

—¿Pensativo? —se interesa el viejo.

—No tanto... sólo pensaba en Thomsen.

—Mmm... ya no vale la pena —me responde el viejo.

*Martes. Cuarto día en el mar.* Veo que el ingeniero anda con poco quehacer; es mi oportunidad, ya que hace tiempo que tengo ganas de formularle algunas preguntas técnicas. Solamente necesito decir: «¡Qué complicado es todo esto!» y ya está él hablándome de su tema preferido.

—¡Mucho! ¡Y mucho más que en un vapor común! Allí los parámetros son fijos, por lo menos: tantas toneladas de tara, tantas de carga. Todo lo que puede suceder es que al cargar el barco, la estructura se hunda un poquitín... pero nada más, nada que intranquilece a nadie. Pero ¿qué pasaría si a nosotros se nos ocurriera llevar encima unos kilos de más? —El ingeniero se interrumpe, y yo, interesado, sigo el parpadeo nervioso que lo acosa.

Una pausa. Mi suspenso aumenta; pienso mientras tanto en el hecho fascinante de la inmersión, que se produce según la voluntad de los seres humanos de a bordo.

El ingeniero retoma la palabra, ahora con un tono docente:

—La diferencia básica es ésta: nosotros flotamos, no como ellos, que desplazan una determinada cantidad de agua, sino porque nos apoyamos en el aire de nuestros tanques; cuando las celdas se vacían de aire y se llenan de agua, nos vamos al fondo.

Otra pausa, hasta que el ingeniero nota que yo he captado.

—Es así que tenemos que ejercer un control estricto sobre nuestro peso. Al grito de alarma no hay mucho tiempo para andar sacando cuentas, hay que trabajar rápido si queremos sumergirnos; una de mis principales obligaciones es entonces saber a ciencia cierta cuál es la mínima cantidad de aire que debe ingresar a las celdas para mantenernos en superficie... o que vamos a desechar al sumergirnos. Hay que ganar tiempo. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

—Desgraciadamente, el peso del submarino cambia día a día, ya que se usan las

provisiones, el agua o el combustible, por dar tres ejemplos. Como ve, aquí no contamos con aquellos parámetros fijos; sino todo lo contrario.

El ingeniero hace una pausa más larga para respirar; de la repisa saca una botella de jugo de manzanas; la abre y se coloca el pico en la boca. Se limpia con la manga y prosigue:

—Lo que nos trae más problemas aún es el peso específico del agua salada, que es cambiante; todo sería más sencillo si navegáramos en agua dulce, ya que no tendríamos que incluir en las cuentas ese importantísimo factor.

Ahora la pausa que hace el ingeniero es francamente artística, con miradas de lado para, aumentar el efecto.

—A su vez —continúa—, el peso específico del agua salada depende de varias cosas: la profundidad, la temperatura, la época del año las corrientes, el plancton; sobre todo el plancton, o sea la vegetación marina, incide mucho en esa variación. También el sol tiene que ver.

—¿El sol?

—Sí; el sol ayuda a la evaporación, con la cual aumenta la proporción: de sal en el agua.

—Pero se trata, supongo; de diferencias ínfimas...

El piensa un rato, la frente arrugada. Por fin viene la respuesta:

—Digamos que la variación es realmente pequeña: pongamos un milésimo. Es decir, para equilibrar el submarino hay que cambiar en un milésimo su peso en ese momento. Es lógico. Ahora bien, supongamos un peso de setecientos cincuenta toneladas para este submarino. Multipliquemos; una diferencia de un milésimo se transforma entonces en setecientos cincuenta kilogramos... lo que sería un gran error, si no fuera tomado en consideración... Nosotros nos manejamos con errores de hasta cinco kilogramos... De manera que cada día de Dios tenemos que medir el peso específico del agua con el densímetro.

El ingeniero parece conforme consigo mismo, después de la perorata; la ciencia entera está en él.

El comandante ha oído seguramente la última parte de la clase; al pasar pregunta:

—¿Y, profesor, cómo anda todo?

El encanto se quiebra; el ingeniero vuelve a tener el tono de siempre cuando le contesta:

—Todo bien, todo bien.

Se lo ve cansado; o por lo menos aparenta estarlo; pero también noto que está buscando una buena frase para redondear el tema.

—En fin, nos hacemos a la mar con la física bajo el brazo.

—Y con la química...

—Si, también con la química; pero eso es harina, de otro costal —y se va,

apurado.

El viejo está contento durante el almuerzo; nadie sabe qué lo puso así; hasta se diría que usa un tono simpático al hablar, que no le conozco.

El último en aparecer es el ingeniero.

—¿Y, señor ingeniero? —pregunta el viejo con suficiencia.

—Todo en orden, capitán.

El comandante lo invita a sentarse con él en su rincón. La amabilidad desacostumbrada le llama la atención al propio ingeniero, que nos mira interrogante. Yo sé que va a pasar algo, porque cuando pasé por la central descubrí al comandante repartiendo unos papelitos a los marineros.

Pasan unos minutos, hasta que de pronto comienza a sonar la campana de alarma. El ingeniero se pone de pie pesadamente. Se oyen ruidos en cubierta, pero son tapados por los que producen los platos de la comida al caer.

—¡Téngase fuerte! —grita el comandante.

El ingeniero lanza una amarga mirada hacia donde se encuentra el comandante; pero de nada le sirve; arrastrándose debe llegar a la central.

El alboroto en la central me indica que no se trata de una simple alarma de prueba. Suena más a ejercicios de ataque.

Hay mayor lastre en proa.

Descubro la mirada interrogativa del segundo oficial. Otra vez más, el comandante hace como si nada le importara.

Desde la central llega la alarma a gritos:

—¡Hacemos agua!

Pero el comandante no parece inmutarse; no salta de su asiento, como debiera hacerlo dentro de la lógica. Sino que lo mira al segundo con una gran sonrisa, hasta que éste capta, largo rato después, que se trata de un problema simulado.

El viejo está contento de oír maldecir a los hombres en la central; como un alpinista, se descuelga hacia allí.

Por todos lados hay desorden; de pronto, un golpe de extraordinaria magnitud nos vuelca a todos; tenemos que haber chocado contra algún objeto macizo. Ahora el submarino navega de cabeza.

Juntamos los cubiertos en un rincón del sofá de cuero. En realidad, esta actitud del viejo fue carente de toda caballerosidad; ¡hacernos esto justamente durante la comida!

—El submarino tiene que poder soportar una cosa así. Los Tommies no nos van a respetar, cuando llegue el caso; la ejercitación es media vida... —son los comentarios lacónicos del viejo, en medio del ruido.

Gracias a Dios, el submarino vuelve lentamente a ser el de antes.

El viejo juega al magnánimo con nosotros, cuando ordena que nos sumerjamos

sólo a sesenta metros.

Un cuarto de hora después aparece el ingeniero, completamente empapado y sin respiración casi. El comandante le presta su propia chaqueta para que se abrigue, y hasta le sirve una taza de té en un acto de amabilidad desacostumbrada.

—¿Anduvo bien, eh, ingeniero?

El ingeniero acusa recibo de las palabras de aliento del comandante con una gélida mirada.

—¡Pero, pero, pero! —hace el comandante.

El ingeniero se apoya sobre sus espaldas y pone sus manos sobre las rodillas, con las palmas hacia arriba; están sucias de aceite. El viejo le lanza una divertida mirada despreciativa:

—¿Es posible, señor ingeniero? ¿Qué pensará nuestro primer oficial al ver al ingeniero sentarse a la mesa en ese estado?

El primer oficial enrojece. El ingeniero esconde las manos en los bolsillos y pregunta a su vez:

—¿Está mejor así? Porque voy a acabar de comer...

—¡Pero ingeniero! ¡No lo tome así! Coman y beban, que no hay como la tranquilidad. —El viejo se llena los carrillos con fruición, para proseguir en seguida —:

¿No quería usted reparar el diesel de babor? ¡Vea qué hermosa oportunidad se le presenta ahora! ¡Hasta podría revisar la de estribor, ya que estamos! Mientras tanto nos quedamos bajo el agua... Todo para usted...

¡Qué otra cosa le queda al ingeniero que desaparecer hacia la popa!

Desde que el submarino se hizo a la mar, el comandante parece más tranquilo. Incluso había vuelto más temprano de lo que le correspondía de sus vacaciones para estar presente durante la preparación de su nave, de puro nerviosismo.

La gente, lógicamente, vio en ese regreso temprano una señal de que por casa las cosas no andaban nada bien.

Pero, en verdad, nadie sabe nada concreto sobre la vida privada del comandante. Tampoco yo me puedo formar un cuadro claro de ella, a partir de escenas entrecortadas recordadas sin muchas ganas, acotaciones marginales u observaciones hechas por mi propia cuenta. A veces lo descubro ordenando cartas escritas en tinta verde con una letra enorme; la dama que se las hace llegar es, según dicen, la viuda de un aviador, hija de un juez. El comandante nos contó algo de ella, una vez.

El piano, los candelabros, los «hermosos vestidos de noche», entran en la información del viejo. También habló de discusiones, con cara larga. Parece que tuvo que acompañarla a hacer compras, con la Orden al cuello.

—Fue demasiado peso para la balanza y se rompió. Demasiado tonto todo. Además todas las noches había una nueva reunión. ¡Si hasta quería que diera charlas

en las escuelas! ¡Ah, no, ahí se acabó para mí!

Ya muchas veces el viejo nos había dicho qué era lo que él consideraba unas buenas vacaciones:

—Lo único que uno desea es poder cambiar de vestimenta, bañarse por horas enteras, no darle importancia a nada; sin diario, sin radio; apagar y cerrar todo.

Los trabajos en la sala de máquinas terminan en una hora. Por los altavoces se oye la voz tonante y enérgica del comandante:

—¡Prepárense para emerger!

La guardia se dispone al pie de la torre.

—¡Emerger! —ordena ahora el comandante.

El ingeniero también da sus indicaciones.

—El submarino sube... El submarino está en la superficie —informa el ingeniero.

La guardia sale a cubierta, la maniobra toca a su fin.

Un fogonero sube también. Enciende un cigarrillo, se acomoda como un beduino, y se entrega al placer de fumar. Pero aún no lo ha conseguido del todo, cuando ya vuelven a llamarlo.

Por la tarde. El submarino hace dos horas que navega en superficie, a media velocidad. Nos movemos a más o menos catorce o quince millas marinas por hora, aproximadamente lo que hace un buen ciclista.

—¡ALARMA! El badajo de la campana me pega directamente en el corazón. Se me corta la respiración. ¡Maldita campana!

Un hombre sale a escape del baño, los pantalones a medio poner.

—¡Ni cagar se puede! —le gritan desde atrás.

Los diesel ya dejaron de funcionar. El submarino comienza a tumbarse.

¿Qué es lo que pasa? ¿No será que el ingeniero lo toma como otra de las bromas del viejo? ¡Porque esta alarma es de verdad!

Comenzamos a sumergirnos. Nos quedamos bajo el agua sólo un cuarto de hora y volvimos a la superficie.

—Por hoy creo que es suficiente —opina el ingeniero.

—Mmm —es la respuesta del viejo.

—El viejo y los Tommies, ¡qué bien se complementan! —le oigo a Zeitler—; entre los dos está en movimiento continuo.

# PREPARATIVOS

*Miércoles. Quinto día en el mar.* El murmullo de la radio me despierta. La compuerta hacia la cocina se cierra con ruido; se oyen voces discutiendo fuertemente. Pilgrim se enoja con el camarero porque aún no ha limpiado la mesa de la cabina, pegajosa como está por la mermelada.

Por la rendija que me ofrece la cortina alcanzo a ver a Wichmann, al lado de la mesa, en conversación con Pilgrim. Pilgrim y él conocen un solo tema. Algunas veces no entiendo bien su vocabulario ni sus figuras idiomáticas, que se ve, son propias de ellos dos.

Los ojos de Wichmann son bizcos hacia fuera; además, un poco saltones, de manera que su aspecto tiene algo de sapo. Lleva los cabellos peinados con fijador, para que queden bien alisados. Su sueño de toda la vida es el teatro, el cabaret, la sociedad distinguida; tiene la boca llena de palabras, y conserva algo de sus estudios de bachiller frustrado. Pero dicen que a pesar de su pedantería, es un buen hombre de mar.

El marinero Pilgrim, como, su colega Rademacher, es electricista; es pequeño, pálido, y lleva una barbita en el mentón. Sólo que es más charlatán que Rademacher.

Pilgrim y Wichmann están concentrados ahora en una importante charla acerca de sus experiencias con una dama de burdel que ellos visitaron.

Me tiro de la cucheta.

Mi lengua parece un pedazo de cuero, pegada al paladar. El carraspeo no me ayuda. No encuentro agua para enjuagarme, así que tengo que dar vueltas y más vueltas con la garganta así, la flema que no se despega por más que yo lo intente. Hasta que por fin la tos me la trae a la boca... ¿Y ahora qué hago?

El camarero me indica que está listo mi desayuno. Le contesto con un movimiento de cabeza, con tal de no tener que abrir la boca, a ver si se me escapa. Encuentro un trozo de papel de diario y escupo sobre él; lo envuelvo bien. Me dan náuseas.

Con voz clara, pero a medias, consigo preguntar desde abajo si se me permite subir a la torre.

—¡Sí, señor! —llega la contestación del segundo oficial.

Me pongo el paquetito en el bolsillo del pantalón y subo al aire puro.

—¡Buenos días! —saludo, y tiro mi esputo empaquetado por la borda, mientras abro la boca para que el aire de mar me cambie el gusto. Aprovecho para conocer la dirección del viento, antes de abirme la bragueta y orinar; ¡ah, qué placer!

Sólo ahora tengo ojos para el cielo y el mar que me rodean.

Pronto me pierdo en la ensoñación que produce el mirar la estela que el submarino va dejando tras de sí. Espuma y burbujas encuentran continuamente,



nuevas figuras en su danza sin fin.

Miro hacia la popa, donde la estela abandona el barco. Tiene unos metros de ancho, nada más, pero a lo largo parece infinita. Alrededor de ella, el oleaje que intenta despuntar hacia arriba se quiebra y se hunde dentro de la espuma.

Mantenemos siempre el mismo curso. Para llegar a nuestro centro de operaciones necesitamos, según el oficial navegante, unos días más, alrededor de diez. Eso a velocidad de crucero. Pero podríamos llegar antes, yendo a toda máquina. La ventaja de ir a esta marcha reside en el ahorro de combustible ya que así se gasta menos. El combustible debe ser ahorrado para la lucha.

Durante el desayuno espero al comandante en vano.

La campana de alarma vuelve a traspasarme. ¡Avión!, pienso. ¡Avión! Descubro al comandante en la central; en la mano tiene un cronómetro.

Gracias a Dios, se trata de una alarma de prueba. El viejo está controlando, reloj en mano, cuánto tarda el submarino en sumergirse desde que es dada la señal de alarma.

Vuelvo a mi habitáculo. Ya el submarino comienza a perder la horizontalidad, así que me apresuro a sostener los platos que quedaron sobre la mesa; pero dos o tres se han caído.

Esto me hace pensar en todo lo que ha ocurrido ya durante las alarmas de prueba. Por ejemplo, en el submarino de Kerschbaumer sucedió una vez que se olvidaron de cerrar las válvulas correspondientes al manómetro de profundidad, de manera que, al sumergirse sin haberse percatado de ello, Kerschbaumer pensó que aún no habían alcanzado la profundidad deseada, que era de ochenta metros. Siguieron descendiendo entonces hasta que se dieron cuenta del error; pero ya estaban a doscientos metros por debajo del nivel del mar... cuando los constructores garantizan solamente hasta una profundidad de noventa.

La siguiente alarma de prueba nos sacude cuando estamos almorzando; al levantarse de un salto el ingeniero vuelca una sopera de la mesa, con tan mala suerte que la sopa caliente cae sobre las piernas del segundo oficial.

El viejo no parece conformarse ni siquiera después de esta tentativa. No se le oye ninguna palabra de alabanza.

Alrededor de las dieciséis horas viene la tercera alarma de prueba. Las tazas de té de la tarde se hacen añicos.

—¡Si seguimos así pronto tendremos que comer con las manos! —se queja el oficial navegante.

Hasta que al fin dice el comandante: —¡Ahora sí está bien hecho!

Por mi parte trato de seguir adentrándome en el mundo de la técnica, para lo cual me instalo en la central. No puedo concentrarme por la discusión que mantienen Frenssen y Wichmann; es la discusión eterna entre marineros y maquinistas, que

termina abruptamente con la aparición del oficial navegante.

La tranquilidad del ambiente me permite abocarme nuevamente al estudio del sistema de inmersión. Este está representado ante todo por las celdas de inmersión, por medio de las cuales el submarino se mantiene a flote, al estar ellas llenas de aire. En total son tres, una dentro del cilindro estructural y las otras dos entre el cilindro y la cobertura externa. La celda interna está preparada para funcionar por sí sola, manteniendo al submarino en superficie en caso de que las otras estén dañadas.

En el polo inferior de las celdas se encuentran las válvulas para entrada del agua; en su polo superior, los respiraderos para la salida del aire. Válvulas y respiraderos se abren cuando nos sumergimos, de manera que se escape el aire y éste sea reemplazado por agua.

Además de las celdas, el submarino está equipado con *bunkers* de inmersión, esto es, grandes tanques llenos de combustible, situados por fuera de la estructura principal. A medida que nos alejamos del punto de partida el combustible se va reduciendo, por el uso. Es así como tales *bunkers* se llenan de aire paulatinamente, con lo cual pasan a funcionar como nuevas celdas adicionales, verdaderos reservorios de aire que también ayudan a que el submarino se hunda por su peso. Según que los *bunkers* estén llenos de combustible o de aire, decimos que nos encontramos en situación (flotatoria) A o B.

Las llamadas celdas de regulación están situadas por encima de la central. La utilización de provisiones, agua y demás, hace que el submarino pierda peso, lo cual está regulado por dichas celdas, de ahí su nombre; cuando nos aliviamos, automáticamente se llenan de agua.

En cambio, las celdas de equilibrio sirven para mantener el submarino en posición una vez sumergido. Cuando éste se inclina demasiado de popa o de proa, por medio de dichas cámaras se hace pasar agua de un lugar a otro del submarino, para nivelarlo. Eso se llama nivel cero. Como se comprenderá se trata de celdas muy importantes para la vida sobre la nave.

Bajo el agua, los submarinos son muy sensibles a cualquier cambio de peso, tanto hacia los costados como a lo largo; por eso los constructores les dieron a las celdas de equilibrio la mayor importancia colocándolas en los puntos más extremos de la embarcación.

Me hallo realmente cansado, de manera que después de cenar me tiro en seguida en mi cucheta.

Los marineros con los que comparto el habitáculo ya no consideran un problema mi presencia entre ellos, quién sabe por qué. Así es que en cuanto me acuesto, les oigo tocar el Tema Número Uno. Creo que basta con correr mi cortinilla para que ellos me consideren inexistente. A veces pienso que soy un zoólogo que quiere observar a sus animales, y lo logra cuando ellos se acostumbran a su presencia.

Los que se encargan de adormilarme con sus fantasías sexuales son Frenssen y Zeitler.

Zeitler es de rostro casi religioso, que no pega con su cuerpo de atleta; tiene reputación de ser un gran hombre de mar, invencible en lo suyo. Pertenece a la primera guardia; si no he observado mal, el viejo le tiene más confianza que al primer oficial.

Frenssen, de los diesel, es un muchachón bien plantado y muy seguro de sí mismo, en cualquier situación en que se encuentre. Tiene pose de cowboy, con cara de malo, que debe haber estudiado ante el espejo cuidadosamente. De veintidós años, duerme justo debajo de mi camastro.

Oigo:

—¡Aquí huele realmente a cerdo!

—¡Perfume no es lo que se puede pedir en un lugar como éste!

Suspiros y bostezos. Masticación.

—¿Estás lleno de envidia, porque no te salió bien como a mí?

—¡Bah, lo que tú haces con el pito yo puedo hacerlo con el dedo gordo del pie!

—¡Claro, porque es la única forma en que podrías!

—En fin, de todos modos por un tiempo se acabó la buena vida; ahora ellas se estarán dejando montar por otros... ¡tu chiquita también!

—Veo que tu inteligencia es mucha...

—Deberías haberle tapado el agujero, si no querías tener más hermanos de cama...

Ruido de cubiertos.

Silencio.

*Jueves. Sexto día en el mar.* Antes del desayuno ya estoy con el comandante en el puente.

Hay pequeñas nubes azuladas colgando del cielo, conectadas entre sí por finos filamentos blancos. El fondo rosa se filtra por todos lados y va aumentando de continuo. Por fin aparece el sol y los colores se borran.

—Tenemos un hermoso mar hoy —dice el comandante.

Durante el cambio de guardia creo ver gente nueva sobre el submarino.

—Cincuenta hombres son muchos —me explica el viejo—. A mí también me ha sucedido no reconocer a alguien de mi tripulación; a veces la cara cambia completamente cuando se afeitan la barba. ¡Si hasta parecen niños ... y lo son!, Pero el que más se transformó, creo, es el viejo en persona. Nunca lo había visto así.

Siempre recatado, silencioso, un pensador, ahora se ha largado a hablar, tartamudea, claro, pero sus frases son cada vez más largas.

La rutina del submarino ha hecho carne otra vez. Todo marcha normalmente; ya ni siquiera hay en el camino cajones que uno deba esquivar.

Sin embargo, me siento como si entre la realidad y yo todavía hubiera un velo, aunque fino como una piel, una membrana. Existo, pero en un ligero trance. Ha desaparecido en mí esa consternación, esa desubicación que al principio me provocaba el mundo técnico; ahora lo tengo un poco más ordenado dentro de la cabeza, lo conozco mejor. Pero con todo subsisten un montón de cosas que sólo puedo aceptar como asombrosas, aún inexplicables para mí:

El ingeniero siempre anda con ganas de enseñarme.

A quien aún no he observado bien es al segundo ingeniero. Parece el producto de la educación que el Führer desea: unilateral, sin fantasía ni otro objetivo que servir a la causa.

De su vida privada no sé más que lo que da a conocer su ficha personal; sólo el ingeniero me habló algo de él.

Su mujer espera un niño. Su madre falleció. Durante las vacaciones visitó a su padre. Pero no hay entre ellos buena relación.

A petición del viejo el primer oficial lee el refrán del día: «A cada cual le queda mejor lo que en él es natural»: Cicerón.

—¿Cómo es eso? —pregunta en seguida el ingeniero, y el viejo parece salir de su adormilamiento.

—¡Enséñemelo! —exige el viejo.

—¡Tan temprano! —se queja el ingeniero.

El calendario con la inscripción va de mano en mano.

Pasa Katter, el cocinero, sonriéndole al comandante.

—Ya lo tuvimos que sacar tres veces de la cárcel —nos comenta el viejo—. Ahora tiene vedado el permiso de licencia, porque cada vez que sale... El se aprovecha, porque sabe que no hay otro cocinero como él. Además fue condecorado por haber salvado una vez a un submarino de hundirse, cerrando la compuerta que daba a la cocina; y eso pesa. Pero tiene mentalidad de perro de caza: si se le acerca mucho, desconfíe. Por eso será que cuando se ve ante un problema reacciona diciendo que se dirijan a mí.

En el habitáculo de proa. El nuevo marinero de la central recaba información acerca del comandante; quiere saber cómo es él.

—¿El viejo? —le comentan—. Es medio raro: Yo me asombro de ver cómo se alegra cada vez que nos hacemos a la mar. Siempre me digo lo mismo: algo en él no es normal. Parece que está comprometido con una de esas nazis, viuda de un aviador. Esa quiere probarlo todo, creo: primero la Aviación, ahora la Marina. Pero el viejo no debe estar bien atendido ahí; debe de ser una de la alta sociedad. Bueno, lo que se ve en la foto no es mucho; piernas largas, buena caída. Yo opino que el viejo se merece algo más.

Muchas veces al día veo, al pasar por la cabina de transmisión, al radiooperador

Herrmann. ¿O es Hinrich? Sentado entre sus aparatos como puede, casi siempre tiene un libro en sus manos. Sobre su cabeza descansan los auriculares, de los cuales sólo uno está contra la oreja; de esa manera puede atender a las llamadas en morse y al mismo tiempo oír las órdenes que se imparten en el submarino.

Herrmann está a bordo desde que el submarino fue botado. Duerme en mi habitáculo, enfrente de mi camastro. Su padre, según me contó el comandante, era oficial de cubierta en un crucero, con el que se hundió en 1917.

—Este muchacho tiene una historia bastante típica —me aclaró el comandante—; primero se dedicó al comercio, luego entró en la Marina. Al comienzo fue ayudante de transmisión en un crucero, más tarde radiooperador en un torpedero; después de pasar por la escuela para submarinos, participó del operativo en Noruega. Un día de estos le van a dar el huevo frito.

Herrmann es silencioso, pálido. Como el ingeniero, se mueve por la embarcación como si para él no existiesen los obstáculos. Nunca vi su rostro indiferente, sino siempre en tensión; eso le da profundidad a su persona.

Vive retraído, no se lleva muy bien con los demás marineros. El y Ullmann son los únicos que prefieren leer antes que jugar a las cartas.

Me inclino sobre la mesa de Herrmann y oigo el ligero siseo que sale de sus auriculares que parecen llenos de insectos. Nadie sabe, al oír el murmullo propagado desde miles de millas de distancia, si va dirigido a nosotros.

El radiooperador levanta la vista; en un papel está escribiendo un montón de signos incomprensibles para mí, que rápidamente entrega al segundo oficial. Este se entrega a la tarea de descifrar los jeroglíficos.

Pocos minutos después nos comunica:

—Han sido hundidos dos vapores de cinco y seis mil toneladas de peso, pertenecientes a un convoy.

El segundo pasa la novedad en limpio y se la lleva al comandante. Este la lee y firma; luego hace lo propio el primer oficial; la comunicación vuelve entonces al radiooperador.

Ya hay otro papel para el comandante, esperando su firma.

La inmersión de prueba, que se realiza diariamente, es aprovechada para poner en orden y regular los torpedos.

El habitáculo de proa se ha transformado en sala de máquinas; los camastros han sido levantados y las hamacas sacadas de su lugar habitual. Los hombres andan sin camisa. Lentamente, el torpedo es extraído de su lugar por medio de un sistema de argollas que permiten moverlo hacia todos lados, a pesar de su peso.

Cada hombre tiene su trabajo. Se controla el mecanismo de propulsión, se colocan mangueras para el aire comprimido, se prueban los timones de profundidad, se aceitan los lugares de mayor roce. Finalmente, el gigante vuelve a su cilindro.

Lo mismo se hace entonces con el segundo torpedo. La gente ha entrado en calor, pero éste parece no querer salir de su sitio. Hay que hacer más fuerza, y los hombres gritan dándose ánimo.

Cuando el trabajo termina el habitáculo vuelve a ser lentamente lo que era: una cueva habitable. La tripulación se tira al suelo de cansancio; pero debajo del suelo hay más torpedos que esperan ser usados.

—¡Es hora de que los disparemos! —protesta Ario.

Por las municiones para los 8,8 nadie se preocupa. En cambio, los sensibles torpedos necesitan de atención y cuidados constantes. Es que se trata en realidad de pequeñas embarcaciones más que de armas propiamente dichas. Tienen máquinas, timones. Se los podría clasificar como submarinos, cargados con trescientos kilogramos de trinitrotolueno; tres mil kilogramos en total.

Algunos torpedos están equipados con encendido por compresión, de manera que agujerean la pared del barco al cual están dirigidos; otros, en cambio, más complicados y sensibles, poseen encendido magnético que los hace detonar en el justo momento en que pasan por debajo de la embarcación atacada; las ondas de la explosión llegan así a tocar la parte más débil de la estructura del navío.

Al correr de los días se suceden constantemente las guardias, que siempre son cumplidas por los mismos equipos; el personal de máquinas hace seis horas, el de mar, cuatro.

La primera guardia es del primer oficial; la segunda está a cargo del segundo oficial; la tercera, del oficial navegante.

Me doy cuenta de que la primera guardia es la preocupación del viejo. El primer oficial hace lo que puede, pero el viejo no se quiere dejar engañar. Lo considera poco idóneo; es una suerte que Zeitler lo acompañe. Por que cuando está éste sobre el puente, el primer oficial parece otro. Zeitler, concentrado, los binóculos ante los ojos, se preocupa nada más que del control de su sector; olvida por completo sus fantasías sexuales.

Tengo que reemplazar a Jens, de la segunda guardia, que tiene gripe. Es decir, que me toca guardia nocturna desde las cuatro hasta las ocho, hora de a bordo.

Son ahora las tres, hora de a bordo; acabo de despertarme, media hora antes de lo necesario. En la central todo está en silencio. Las lámparas sólo dan media luz.

El segundo oficial es condescendiente y le regala los cinco minutos mientras se pone las botas, todavía húmedas. Le pregunta al marinero de la central acerca del tiempo allá afuera.

—El agua apenas nos alcanza, pero está fría —oigo que le contestan desde la central. Eso significa que me pondré el *Isländer* y la bufanda de lana; como todavía tengo tiempo, me siento en la central y paseo mi vista por los alrededores.

Ya mis ojos se han acostumbrado a la luz mortecina. Así es que distingo cada

porción de las instalaciones individualmente; practico el nombre de cada cosa con movimientos mudos de mis labios, como si tuviera que controlar que todo esté en su lugar.

Reconozco la palanca para el manejo manual de los timones de profundidad. Más allá, la mesa de cartografía, ruedas y válvulas para las celdas y los *bunkers* de regulación, la bomba de presión de aceite, para el periscopio, manivelas de todo tipo.

Hacia popa, entre cañerías, apenas visibles para mí, se encuentran unas pequeñas cajas de hierro con aberturas redondas, para diferentes cuadrantes: son las instalaciones para el disparo de los torpedos. También distingo el filtro de agua dulce. Por fin, los instrumentos de reemplazo que permiten guiar al submarino cuando ello es imposible desde la torre.

Los otros vigías del puente aparecen en la central. Son el alférez y el «Berlinés».

—¡Qué frío hace! —dice un marinero—, la segunda guardia es sin lugar a dudas una guardia de mierda. —Y en seguida agrega—: ¡Faltan cinco minutos!

En este instante llega el segundo oficial, tan lleno de ropa que sólo se ve de él la franja de los ojos.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días, teniente!

El segundo oficial es condescendiente y le regala los cinco minutos a la guardia que debemos reemplazar.

El primer oficial le comunica al segundo el curso seguido y la velocidad de las máquinas.

A mí me toca el sector de popa, a estribor. Mis ojos no tardan en acostumbrarse a la oscuridad reinante. El cielo es apenas un poco más claro que el mar, completamente negro. El aire está cargado de humedad; los binóculos se empañan rápidamente.

Pronto comienzan a arderme los ojos de tal forma que de vez en cuando debo cerrarlos con fuerza por unos segundos; nadie dice una palabra.

El ronroneo de los motores y el golpeteo a ratos siseante del mar se transforman en poco tiempo en murmullos que ya pertenecen al silencio. Solamente de vez en cuando alguien golpea con la rodilla contra la pared de la torre, y se oye un ruido sordo.

Siento picazón en el cuello; pero así envuelto como una momia como estoy, ni siquiera me puedo rascar. ¡Si hasta los monos se rascan! Pero al segundo oficial le molesta incluso que nos abramos un botón.

El segundo viene de los alrededores de Hamburgo. Iba a estudiar, pero abandonó. Primero fue empleado en un banco, y luego se enroló en la Marina por propia voluntad. Eso es todo lo que sé de él. Es de una naturaleza feliz; tanto ante el comandante como ante los oficiales y la tripulación; se trata de un hombre que

cumple con su deber con lógica, sin aspavientos, pero correctamente. Es el único que se entiende más o menos bien con el primer oficial, a pesar de que su filosofía del deber no se corresponde con la de éste.

A popa el mar parece fosforescente. Contrasta con el cielo oscuro; negro, con brillantes cosidos a él. No apareció la luna esta noche, escondida como está ahora detrás de las nubes; la poca luz que se filtra es pálida, tiene algo de verdosa.

Un par de nubes hacen desaparecer ahora parte de la cubierta. ¿Serán realmente nubes? ¿Qué hacer, comunicar o esperar? ¿Son nubes de rara apariencia o no? Ajusto tanto mi vista que mis ojos comienzan a llorar, hasta que tengo la seguridad de que no es el peligro.

Sorbo la humedad que me tapa la nariz para poder oler mejor. Ya muchos pudieron detectar así un convoy en la noche gracias a las nubes de humo que desparrama a su alrededor.

—¡Esto está más oscuro que el culo! —protesta el segundo—. Podríamos pasar directamente al lado de un Tommy sin darnos cuenta.

No necesitamos preocuparnos por encontrar una luz en medio de las tinieblas. Los Tommies se guardan muy bien de dejar alguna encendida; la sola llama de un cigarrillo podría ser su perdición.

Los binóculos me pesan; siento los brazos paralizados, doloridos. Es siempre lo mismo: hay que dejarlos descansando un momento, los brazos colgados del cuerpo, lo más relajados posible. Después, habrá que levantar de nuevo el aparato, balancearlo ante los ojos de manera que no se comunique a él el temblor del submarino. Como siempre, habrá que girar noventa grados cada vez, en la búsqueda del enemigo. Muy lentamente, milímetro a milímetro. Volver a descansar, volver a espiar palmo a palmo el peligro oculto.

El viento me trae algunas gotas de agua.

Yo sé que el Atlántico tiene aquí una profundidad de por lo menos tres mil metros, tres mil metros de agua debajo de la quilla. Pero parece que resbaláramos sobre una masa sólida.

Pasa el tiempo; cada vez es más grande el deseo de dejar caer los párpados para que el submarino nos haga partícipes de su mecerse acompasado.

Quisiera preguntarle al segundo qué hora es, pero no me atrevo. Al Este se distingue una línea de claridad sonrosada. Se interrumpe hacia arriba debido a un montón de nubes azules oscuras, inmóviles. Vuelve a pasar mucho tiempo, antes de que la luz reaparezca por encima de esas nubes, envolviéndolas en fuego. Desde mi puesto de observación alcanzo a distinguir la proa como un bulto oscuro.

Poco a poco se aclaran los rostros de los otros tres: son rostros grises, cansados. Alguien sube. Pone la cara al viento y comienza a orinar. Oigo el ruido que hace el chorro sobre la cubierta. Mi nariz capta el olor de la orina.



Uno tras otro vienen ahora a reencontrarse desde abajo con el aire puro. Me llega el aroma de un cigarrillo, trozos de conversaciones dan vueltas hasta mis oídos.

Un momento después, el segundo oficial informa. Sin ser advertido, el comandante ha llegado al puente. Descubro su rostro, teñido de rojo por la luz del cigarrillo. Pero en seguida me llamo al orden: no prestar atención, no dejarse distraer, seguir en tensión, de pie, no apartar la vista de mi sector. Ese es mi deber: espiar, hasta que los ojos se me salgan de la cabeza.

Oigo al primer oficial comunicar en voz alta el ángulo de disparo. Parece que el viejo de nuevo quiere hacer una de sus pruebas. Una y otra vez el primer oficial imparte órdenes en tono monocorde. El viejo no suelta palabra.

El viento nos trae la frescura matinal, y de pronto aparece en el Este, desde lo más profundo, el borde superior de la esfera solar. Líneas serpenteantes tiñen de rojo el agua. Yo tengo poco tiempo para solazarme con esa visión, ya que debo vigilar muy bien cualquier indicio extraño: esta iluminación es única para mimetizar un avión enemigo. Es lo suficientemente clara como para que nos reconozcan sobre el contraste que ahora ofrece el agua, y lo suficientemente oscura como para que nosotros no los divisemos a tiempo.

¡Malditas gaviotas! Acaban con los nervios de cualquiera. Me alegro de no tener que vigilar el sector de sol.

El primer oficial sigue dando instrucciones. Desde abajo le contestan.

El mar ha despertado por completo. Relampagueantes, las pequeñas olas reciben la luz del día. En el cielo se suceden el amarillo rojizo, el amarillo y el verde pálido. Los gases de los diesel se elevan con su color azulado hasta un par de nubes débilmente rosadas. El agua, a popa, se encarga de revolver miles de veces los rayos del sol. Mi vecino gira su rostro hacia mí, y lo veo también coloreado, por la luz del ambiente.

De pronto descubro en el brillo de las olas, a lo lejos, un montón de puntos negros... Ya no están. ¿Qué era eso?

El vigía de popa, a babor, también ha visto los puntos. ¡Delfines!

Se nos acercan como torpedos defectuosamente guiados, disparados medio por el agua y medio por el aire. Algunos de ellos han notado la presencia del submarino y, como movidos por una señal, vienen hacia nosotros. Ya los tenemos a ambos lados de la embarcación. Tienen que ser varias docenas. Sus panzas brillan con un verde claro a cada salto; inmediatamente, las aletas verticales de sus dorsos cortan el agua como la proa de un barco. No tienen problema alguno en mantener nuestra velocidad. Para ellos no se trata de nadar, sino simplemente de un ligero curvarse y saltar. Da la impresión de que el agua no les ofrece ninguna resistencia. Repetidamente tengo que advertirme: «¡No mirar, vigilar el sector!» Las nubes, obligadas por el viento, se van comprimiendo; el cielo pierde colorido. La luz viene ahora desde arriba a través de

los resquicios que le deja una inmensa calle horizontal y láctea. Los movimientos del submarino se hacen más acentuados; el viento vuelve a salpicarnos con agua de mar.

Los delfines se separan poco a poco de nosotros.

Después de la guardia, parece como si mis ojos se salieran de sus cuencas: poseen tentáculos. Con la palma de la mano me aprieto los globos oculares; creo sentir que ellos vuelven realmente a su lugar.

Es con mucho trabajo que comienzo a mover mis miembros paralizados, al salir de mi cobertura aceitosa y dirigirme hacia el camastro.

En el habitáculo hace demasiado calor. Pronto la frente se me llena de sudor; retiro las mantas. Por las rendijas de la cortinilla se filtra luz sobre mi rostro. La música de los altavoces se oye alejada. El sonido emitido por los diesel ya no lo considero ruido, sino parte integrante del aire. Desde afuera llegan los golpes de las olas, unas veces sordos, como sobre el parche de un tambor mal ajustado, otras veces agudos, como sobre recipientes de hojalata. Las voces de la central parecen provenir de mucho más lejos.

Falta una hora para el cambio de guardia. Por enésima vez mis ojos recorren las paredes que circundan mi camastro.

¡La campana de alarma me hace pegar un salto!

Me tiro de la cucheta y ya estoy gateando en el suelo incluso antes de que mi cerebro comience a trabajar: el oficial navegante tiene guardia. ¿Qué puede haber pasado?

Al querer ponerme las botas el habitáculo se llena de bruscos movimientos.

Desde la cocina se filtra un humo azulado. Llega un fogonero; con forzada indiferencia en la voz pregunta:

—¿Qué pasó?

Nadie sabe. El submarino sigue todavía en su posición horizontal. ¿Cómo es eso? ¿Alarma y todavía horizontales?

—¡Falsa alarma! ¡Falsa alarma! —se oye ahora por el altavoz; en seguida desde la central corroboran la comunicación.

—¿Qué? ¿Cómo?

—¡Un marinero conectó la campana de alarma por equivocación!

—¡Carajo!

—¿Quién fue el imbécil?

—¡Markus!

Por un rato sólo se oye el silencio, pero de pronto todos parecen incendiados por la ira:

—¡Podría arrojar a ese cerdo imbécil sin miramiento por la borda!

—¡Qué mierda!

—¡Qué gran imbécil!

—¿Siempre tienes que agregar uno de tus insultos de colección?

—Lo mismo me dice mi chica...

—¡Cierra tu boca!

—A un tonto como tú sólo deberían usarlo de lombriz de pesca.

—...Siempre que sea para pesca mayor.

En el aire se huele una pelea.

El oficial navegante está fuera de sí. Pero no dice una sola palabra. Sólo sus ojos relampaguean coléricos.

Por suerte para él, el marinero está sentado en la torre. También el ingeniero tiene aspecto de querer despedarlo.

Yo ya estoy de vuelta en mi camastro, y aún siguen los marineros en sus manifestaciones de enojo.

—¡Torpe! ¡Lo voy a hacer papilla!

—¿Es que no pudo poner un poco más de cuidado?

—¡En verdad, no sé si sobreviviré!

Todavía unas protestas más, bostezos y ruidos varios; luego el sueño.

La política no se toca entre los oficiales. Tampoco en sus conversaciones conmigo deja entrever el viejo algo más que una sonrisa cínica, no bien entramos en el terreno de lo político. Las preguntas acerca del sentido y las oportunidades de la guerra son absolutamente tabú. Sin embargo, no hay ninguna duda de que los prolongados silencios meditativos del viejo se deben a dichos interrogantes, y no a sus problemas personales.

El viejo se presenta camuflado. Sólo muy de vez en cuando entreabre una pequeña rendija hacia su pensamiento y se atreve a dar una ambigua opinión, dejando entrever por un momento su verdadero pensamiento.

Sobre todo cuando está enfadado, y las comunicaciones por radio tienen casi siempre la virtud de enojarlo, deja ver claramente su rechazo por la propaganda nazi.

La carga de los barcos hundidos, tan importante para el enemigo, quizás aún más que los barcos mismos, no le interesa al comandante. El corazón del viejo vibra con los barcos. Ellos son para él seres vivos con corazones mecánicos y regulares. Lo peor para él es tener que destruir naves.

Muchas veces me pregunto cómo hace el viejo para llegar a un equilibrio interior. Según parece redujo todos los problemas a un común denominador: atacar para no morir. Pero creo que en el fondo solamente desea estar tranquilo.

A veces me dan ganas de sacarlo de su reserva, preguntándole por ejemplo si no será todo una loca ilusión. Si no es fantasioso vivir con la certeza de que «cumplir órdenes» puede reemplazar a la duda. Pero el viejo se me escapa todas las veces con habilidad. Conozco su opinión ante todo por sus arranques de rechazo y de alegría.

Ya en muchas oportunidades se ha trezado en discusiones con el primer oficial y

con el nuevo ingeniero.

La sola pose pedante del primer oficial al sentarse irrita al viejo; también le molestan su limpieza ostensiva, sus modales en la mesa, cuando toma el cuchillo y el tenedor como instrumentos de disección; con cada sardina parece querer hacer una autopsia; con sumo cuidado saca primero las espinas, dedicándose en seguida a retirar la piel; no queda de ella ningún reato. El viejo observa la pieza, pero se muerde para no hablar.

El nuevo ingeniero le gusta al viejo tan poco como el primer oficial. Lo que parece soportar menos en él es su sonrisa vulgar y su desparpajo.

—Con el segundo ingeniero no pasa nada, ¿verdad? —averigua el viejo con el ingeniero. El ingeniero sólo gira las pupilas hacia arriba y mueve la cabeza, como a veces le hemos visto hacer al viejo, cual si fuera una muñeca de escaparate.

—¿Y? ¡Diga! —insiste el viejo.

—Es difícil de contestar —se escurre el ingeniero.

—¡Es un tipo lento, justo como no debe ser un ingeniero! —estalla el viejo. Y después de un rato—: Me gustaría saber cómo haremos para deshacernos de él.

Ahí aparece el segundo ingeniero. Lo observo detenidamente: es de cráneo cuadrado, de ojos celestes. Su serenidad forzada lo convierte en la contraparte del primer ingeniero, siempre listo.

Como el segundo tiene tan poco contacto, se apoya sobre todo en los suboficiales. El comandante no ve con buenos ojos ese cruce del límite entre los rangos; insensible, como es en realidad, el segundo no se da cuenta de tal cosa; no es entonces para asombrarse la tensión que reina en nuestra mesa cuando el primer oficial y el segundo ingeniero la comparten.

Las conversaciones se desenvuelven así en el terreno de lo neutral; todo tema urticante es evitado. Sólo en alguna ocasión el viejo estalla. Así, por ejemplo, dijo una vez durante el desayuno:

—Los señores de Berlín parecen estar ocupados todo el tiempo en encontrarle a Churchill un nuevo mote. ¿Cómo se llama ahora en los comunicados oficiales? —el viejo observa. Al no recibir respuesta de nadie, se contesta él mismo—: Borracho, Paralítico... Debo decir que para ser paralítico y borracho nos tiene bastante en jaque.

El primer oficial ocupa su asiento, rígido como siempre. Parece no entender más el mundo que lo rodea. El ingeniero, en su posición habitual, las manos entrelazadas sosteniendo una rodilla, mira fijamente un punto indefinido entre los platos como si allí hubiera algo importante por descubrir.

Silencio.

El comandante no se calla.

—Quisiera saber cuántos de sus barcos pasan. Pasan *ahora*, justo *ahora*, mientras nosotros estamos aquí como el mono en la rama...

Y de repente el viejo hace como si no pudiera más de pura comodidad.

—Aquí falta música... nuestro guía de la Juventud Hitleriana nos podría poner un disco.

Sin que nadie mire al primer oficial, éste se siente nombrado y se incorpora de un salto, sonrojado. El viejo le grita todavía:

—¡Que sea la Canción del Tipperary!

Y cuando vuelve el primer oficial y se oyen los primeros compases en todo el submarino, lo agujonea:

—Espero que este disco no moleste a su infraestructura filosófica, primer oficial.

Acto seguido; con el índice erecto y lleno de significado, se dirige a la rueda:

—¡La voz de su amo... pero no del nuestro!

Los que llevan la voz cantante en el habitáculo de proa son siempre los mismos: Ario y Turbo; a veces también Dunlop. Algunos se mantienen alejados de las disputas, pero es porque no tienen la ligereza verbal de la mayoría. Aquí todo el mundo dice lo que quiere; no hay un ambiente como el que existe entre los oficiales.

—Una vez, una puta me orinó sobre la espalda —dice una voz desde arriba, de una hamaca—. ¡Qué placer!

—¡Eres un cerdo!

—Sobre placeres nada hay escrito —se manifiesta Ario—. En nuestro vapor teníamos uno que decía que lo mejor era un corcho con un clavo y una cuerda de violín.

Por vez primera veo al maquinista Johann en el puente. También aquí se lo nota tan venido a menos como abajo, a la luz de la sala de máquinas. Acaba de subir, pero ya está temblando.

—No estás acostumbrado al aire puro, ¿no es cierto, Johann? —le pregunto. No me responde, sino que arruga la cara en un gesto de asco; ver el mar no parece traerle más que incomodidad. Una mirada de desprecio a su alrededor quiere significar seguramente que el aire de sal está hecho para los marineros, pero no para especialistas como él.

—¡Bichos raros, estos maquinistas! —dice el segundo oficial cuando Johann hubo desaparecido.

—Menos el ingeniero —aclaro yo.

—Es justamente la excepción de la regla.

Para mí, en cambio, estar en el puente es algo así como un premio.

Es una suerte que, aparte de los dos vigías, puedan subir otros al puente. Yo aprovecho así cada oportunidad que se me presenta para escapar de los estrechos pasillos, de la humedad, del olor.

De esa manera puedo observar el cielo, en sus infinitas manifestaciones a lo largo del día.

Ahora, por ejemplo, es de un azul profundo, muy arriba. Sólo cerca del horizonte se cierra por las nubes; el azul se descompone, como teñido por el vapor de mil barcos.

Al mediodía, el cielo se llena de un gris plateado. Han desaparecido casi todas las nubes, y las que quedan despedazan la luz del sol en un montón de rayos que bajan al mar. Estamos dentro de una gran ostra y nos cubre la parte interna de su concha brillante.

Por la tarde, a estribor, aparecen nubes azules, oscuras, detrás de las cuales se desgajan líneas amarillas y anaranjadas. Es un cielo africano, que me trae reminiscencias de ñus y antílopes.

A babor se desprende del cielo un amplio arco iris, lejos, al lado de un cúmulo de nubes como lana sucia; más arriba, otro más pálido.

Al atardecer, el cielo vuelve a cambiar totalmente. Se trata de un gran desplazamiento de las nubes que poco a poco van cubriendo todo el firmamento. El sol reaparece entre los vericuetos y lanza sus últimos rayos.

Después de cenar vuelvo a cubierta. El día está cansado. Se diluye. De la luz sólo queda aquí y allí una muestra, retenida por alguna nube; hacia occidente, las nubecillas se disponen como las cifras en una máquina de calcular, una sobre otra, algunas más largas, otras menos. La luz termina de irse, el día acabó. El horizonte retiene aún el rojo del sol que bajó. También eso desaparece. En el Este la noche hace rato que ya es la nueva señora del cielo. El agua también se va haciendo violeta; hasta sus ruidos se incrementan. Las olas que bañan el submarino se oyen como la respiración de quien ya está durmiendo.

El oficial navegante anda con cara larga desde hace dos días, porque las estrellas se le esconden tras las nubes de la noche y él no puede realizar sus mediciones. Hora a hora anota el curso del submarino, pero como éste está influido por las corrientes y el viento, factores que él conoce poco, es seguro que hemos perdido nuestra posición exacta.

Lo veo ahora buscar en un atlas de corrientes marinas; trata además de informarse sobre los posibles cambios de tiempo durante los próximos días y semanas, según las comunicaciones de los barcos que navegan por los distintos sectores marítimos todos los meses del año.

En otras tablas busca a qué horas la luna sale y se pone, así como la hora del comienzo del atardecer, día a día cambiante.

Siempre me despierto con el cambio de guardia de los maquinistas, a medianoche; es que tanto los nuevos como los que son reemplazados deben pasar por mi habitáculo. Por un rato las compuertas quedan abiertas y el ruido de los diesel se multiplica. La cortinilla de mi camastro comienza a volar por el viento que las mismas máquinas producen. Los golpes de la gente contra la mesa, no siempre

plegada, contribuyen a que por un rato no haya paz.

Cierro los ojos con fuerza y trato de no prestar atención a las conversaciones de los hombres. Pero ahí encienden la luz, que me da justo en la cara, y me despierto del todo. Los marineros se desvisten, beben un par de sorbos de sus botellas de jugo de manzanas y parlotean aún durante un momento a media voz.

Me vuelvo hacia la pared e intento no oír su cháchara sensual. Pero la puerta se abre de golpe y entra Wichmann. Ya sé lo que vendrá ahora; porque lo he sufrido más de una vez. Enciende la luz y comienza a observarse con detenimiento en el espejo. Busca su imagen con diversos peinados, hasta que se decide como siempre por hacerse meticulosamente la raya a un lado; toma distancia, como un pintor que mira el resultado de su obra, y va en busca de un tarro de fijador, con el cual se moja el pelo. Se peina hasta que el cabello queda pegado a las formas de su cráneo; la luz se refleja allí.

Por fin guarda sus utensilios, se quita la chaqueta, sale de sus zapatos sin siquiera desatar los cordones y se tira sobre su cucheta.

La luz queda encendida. Cinco minutos después bajo yo a apagarla: él ya duerme.

*Viernes. Decimocuarto día en el mar.* El viejo está en la central. Hoy parece dispuesto a conversar. Así que aprovecho la ocasión y le pregunto cómo es que, a pesar de las cuantiosas pérdidas, haya tanta gente que se enrola en el arma submarina.

Minutos del pensativo silencio de siempre. Entonces, insegura, la respuesta:

—Bueno, a los chicos no es mucho lo que se puede averiguar... A ellos lo único que les atrae es el nimbo que rodea a los submarinos; nosotros somos lo mejor de lo mejor: la propaganda tiene mucho que ver en todo esto, no hay duda.

Larga pausa. El viejo mira al suelo. Por fin prosigue:

—Quizá ni siquiera se imaginan lo que en verdad les espera. Hay que considerar que ellos son páginas en blanco... con tres años de escuela se los saca de allí para el entrenamiento. Todavía no vieron nada nunca; jamás vivieron nada, creo que ni siquiera han desarrollado su fantasía.

Me mira de frente para continuar:

—Arrastrarse por el mundo con una mochila al hombro... no pienso que eso sea atrayente. Por lo menos no para mí. Nosotros lo pasamos mejor, aquí. Sabe Dios. A nosotros nos trasladan. No tenemos ampollas en los pies. Comemos a las horas, casi siempre una comida caliente. ¿Dónde más se puede pedir esto?. Además tenemos cuchetas, aire de mar, calefacción... Y cuando bajamos a tierra, los uniformes bonitos, con las órdenes al pecho... Si me preguntasen a mí, diría que estamos mejor que en el Ejército o que en el resto de la Marina. ¡Todo es tan relativo!

Recuerdo mi tiempo de entrenamiento en la Marina y le doy la razón al comandante. Allí estábamos a merced de cualquiera, que quisiera descargar con nosotros sus instintos salvajes, entre órdenes y contraórdenes, marchas y

contramarchas.

La sonrisa cínica que se había dibujado en los labios del viejo ha desaparecido. Continúa:

—Tal vez se pueda hacer todo esto con niños por el solo hecho de que ellos están todavía un poco lejos de la vida. No tienen ataduras. Cuando aquí alguno se vuelve loco, se trata casi siempre de un oficial que deja tras de sí a la mujer y a los hijos... ¡Es raro! Una vez nos tocó recoger a los náufragos de un destructor hundido. De los nuestros. No habrían pasado más de dos horas desde el desastre. El mar estaba normal, diría yo. Era en verano, así que tampoco había agua fría. Pero ahí estaban casi todos los jóvenes, ahogados dentro de sus salvavidas. No habían luchado. Sólo los mayores presentaron combate al mar. Había uno entre ellos, un cuarentón, que sobrevivió a pesar de sus heridas; estaba grave y había perdido mucha sangre; pero los de dieciocho años, sanos, éstos no lo resistieron.

Se nos agrega el ingeniero.

—En realidad —continúa el viejo— tendríamos que poder hacer marchar todo esto con menos gente. Siempre me figuro un submarino con dos o tres tripulantes. Como un avión. En realidad, llevamos tantos hombres solamente porque los constructores no han podido solucionar sus problemas; la mayor parte de la tripulación sólo llena los vacíos que deja la maquinaria. Quien se ocupa de dar vueltas a una manivela no es, por cierto, un soldado. Por eso estoy en contra de la estúpida propaganda de los de arriba: «Atacar... y hundir. Ese slogan da una falsa imagen. Aquí el único que ataca en verdad es el comandante.

El viejo se concede un respiro. No digo nada. Hoy el viejo se larga solo.

—Es una pena que hayamos creído tan a ciegas en el viejo Dönitz; se ha convertido en un propagandista más: — Yo sé dónde le aprieta el zapato al viejo. Su relación con Dönitz, su jefe, se ha empañado desde el último informe. —Se pasa la vida repitiendo siempre los mismos versos: «Uno para todos, todos para uno»... «Un Pueblo, un Reich, un Führer»... «El Führer nos ampara»... «El Führer, el Führer, el Führer»... siempre el mismo disco...

El viejo ha dado rienda suelta a su amargura. Trata de controlarse.

El ingeniero mira hacia el frente y hace como si no oyera.

—Sí, los muchachos... —el viejo vuelve al tema del principio—. La camaradería, el compañerismo de todos a bordo... eso no es sólo una frase. Atrae a la gente. Los hace sentir parte de una élite. Sólo con mirarlos durante las licencias me doy cuenta de cómo se hinchan de orgullo. Y parece que a las damas también les gusta.

El altavoz suena.

—¡Prepararse la segunda guardia!

Esta vez me toca a mí, nuevamente. Debo cumplirla como fogonero diesel. El ingeniero me da algodón para los oídos.



—Seis horas de ruido al lado de los diesel es demasiado —me aclara.

Tengo que hacer mucha fuerza para abrir la compuerta que da a la sala de máquinas; inmediatamente me invade el ruido atronador como una paliza que cae sobre todo mi cuerpo. Y eso que sólo funciona el diesel de estribor, y a media velocidad.

Las máquinas llegan casi hasta el techo.

El maquinista Johann tiene trabajo, y está aquí. Por ahora no se deja molestar, ocupado como está en mantener bajo su vista un marcador que oscila demasiado. Es el contador de revoluciones; a veces el indicador salta bruscamente un par de números en la escala, porque las hélices han encontrado un poco más de resistencia en el agua; aquí, en popa, es fácil darse cuenta de cómo las corrientes juegan con la embarcación; reteniéndola y permitiéndole avanzar en rápida sucesión.

Johann controla ahora la presión de aceite y la de agua, después de lo cual observa la instalación de aceite con mirada diagnóstica. Le interesa su temperatura. Más tarde, subido a un escalón plateado que sale a un costado de el diesel, se interesa en una parte de la máquina.

A gritos Johann me dice lo que tengo que hacer: mi función es cuidar de que el sistema no se recaliente, para lo cual sólo debo repetir de vez en cuando lo que él mismo acaba de enseñarme.

Se limpia las manos en un trapo de lana y bebe unos sorbos de jugo de una botella que él guarda en un cajón.

Los pistones rezuman aceite. Toco uno detrás de otro, y todos están igualmente calientes. Mi mano recibe los golpes. Sin cesar se suceden las detonaciones en los cilindros.

Pasa un cuarto de hora. Veo que Johann abre la compuerta que da a la cocina y en seguida cierra una manivela que hay al lado de la puerta. Al mismo tiempo me grita su aclaración:

—¡Cierro el ventilete que lleva aire a la máquina; ahora el diesel chupa el aire que necesita del interior del submarino... así se forma una corriente en los habitáculos!

Pasa otra hora. El maquinista abandona su puesto en el corredor y se sitúa en el pasillo entre ambas máquinas. Al costado de el diesel en funcionamiento hay unas llaves indicadoras que él se encarga de abrir, una tras otra; de todas sale una lengua de fuego; Johann asiente, tranquilo: todos los cilindros tienen correcto encendido, todo está en orden. Se me ocurre pensar que en todo el submarino está prohibido fumar, pero se consiente esta exhibición de fuegos artificiales.

Al volver a su lugar Johann limpia unas manchitas de aceite que alteran una superficie totalmente limpia; e inmediatamente se limpia otra vez las manos en el trapo.

Con un resto de lápiz, tan pequeño que solamente lo puede sostener con la punta

de los dedos, escribe su informe en el libro diario del sector; ahí constan las cuentas sobre gasto de combustible, las temperaturas, los cambios de presión.

El marinero diesel permanece todo el tiempo sentado en el corredor contrario al que ocupa el maquinista; su diesel no trabaja, así que no tiene nada que hacer. Pero tiene que permanecer aquí porque en cualquier momento se puede necesitar también la máquina de babor.

Los manómetros muestran presión normal.

El maquinista me hace una seña. Desea que me siente en la sala siguiente, la de las máquinas eléctricas, cerca de la compuerta que comunica ambos habitáculos.. Al lado de la compuerta, en un cajón, veo los envoltorios marrones de los salvavidas. Me pongo pesimista: la central y el puente están realmente lejos de aquí; no estoy en un lugar apropiado para quien esté acostumbrado a hacer trabajar un poco su fantasía. Mil veces se puede discutir sobre la distancia a la escotilla de la torre, pero nada evita los nervios que trae el solo pensar que uno está encerrado en la popa.

Además, el submarino puede ser atacado mientras navega en superficie; es sabido que entonces nunca se salvan los maquinistas.

Una campana se deja oír por encima del ruido de los diesel; se enciende una luz roja. El miedo hace presa en mí. El marinero diesel se ha incorporado de un salto.

¿Qué pasa?

Johann hace un movimiento con la mano para que nos tranquilicemos. Ahora capto: están llamando al marinero.

Tengo trabajo: debo abrir el escape de la máquina de babor. El maquinista ya abrió el paso al combustible; el aire a presión sisea en los cilindros. La primera explosión se produce. El ruido de el diesel de babor se agrega al de la de estribor.

Otra vez pasa un buen rato sin nada que hacer. Los manómetros muestran que las máquinas tienen todo lo que necesitan: combustible, aire y agua para la ventilación.

Sólo han pasado tres horas de la guardia: la mitad del tiempo.

Desde que el diesel de babor entró en funcionamiento, el aire del ambiente se ha vuelto más pesado y caluroso.

A las diez el cocinero nos alcanza una cafetera llena de limonada. Tengo tanta sed que bebo directamente del pico.

Johann hace una señal con el pulgar hacia arriba. Es la hora de controlar las válvulas de escape de las máquinas. Es una tarea que no debe ser descuidada, ya que dichas válvulas tienen que ser absolutamente impermeables: dejan salir los gases, pero no entrar el agua de mar, que arruinaría la maquinaria. Durante la navegación en superficie quedan restos en los escapes que por eso deben ser mantenidos limpios, ya que esa resaca producida por mala combustión podría impedir a la válvula un cierre normal. Al comienzo de la guerra éste era un importante factor que, al no ser tenido en cuenta, significaba la pérdida de muchos submarinos. Por eso controlamos las

válvulas cada cuatro horas.

La luz roja vuelve a encenderse. El telégrafo de la sala indica media velocidad, de manera que el maquinista mueve una palanca para que llegue menos combustible a los cilindros. La máquina de estribor comienza a andar más lentamente, el ruido me lo dice. Al fin deja de funcionar. Con un movimiento de su mano, Johann me da a entender que comience con la tarea de limpiar el camino a la válvula.

Cuando la diesel de estribor comienza nuevamente a caminar, yo estoy bañado en sudor y respiro entrecortadamente. Poco después recomienza la labor con la máquina de babor. Siento que las fuerzas me abandonan al finalizar la limpieza.

No pasa mucho tiempo, después de que ambas máquinas trabajan juntas otra vez, cuando el maquinista contrae los músculos del rostro. Como un perro de caza escucha el pulso de los diesel. Toma la linterna de bolsillo y una llave y se escurre a mi lado. Levanta una tapa, ilumina el interior y me hace señas de que me acerque. Yo sólo veo un sinnúmero de instalaciones, filtros, válvulas y grifos.

Ahora lo distingo mejor: de un caño sale agua, apenas un chorro fino. Johann me lanza una mirada llena de significado y desaparece entre los cables y los caños; sube con tornillos y tuercas en las manos. Me grita algo, pero no le entiendo. Todos tenemos que participar de la reparación, que no es fácil. La espalda de Johann se cubre de sudor. Por fin sale de esa jungla técnica y me guiña un ojo: todo en orden. Pero ¿cómo descubrió el fallo? Evidentemente tiene un sexto sentido para las máquinas.

A las doce menos cinco llega la guardia siguiente. Bebo todavía un trago de jugo de manzanas, me limpio las manos en un trapo y salgo de esta cueva mecánica en dirección a la central, a tomar un poco de aire puro.

En nuestro habitáculo, Wichmann y Kleinschmidt charlan a media voz, cada uno en su camastro; pero no tan débilmente que yo no pueda entender todo lo que dicen. Lógicamente hablan de mujeres.

Wichmann está comprometido. Lo preocupa a todas luces la actitud que su novia tome en adelante.

Kleinschmidt parece saber dónde le aprieta el zapato a su compañero. Pero no tiene ningún reparo en dar su opinión:

—¡Déjame de mujeres! Les dices que tomen asiento y ya se están abriendo de piernas. Cada día que pasa podría acostarme con una docena.

—¡Qué pedante! —es la respuesta de Wichmann.

—¿Cómo? ¿No me crees? Claro: tu ratoncito se porta bien todo el tiempo... Es una dama...

De pronto comienza a pasar gente entre los dos camastros y la conversación se interrumpe. Cuando el tránsito termina, pregunta Kleinschmidt:

—¿Qué te estaba diciendo?

—¡Bah, anda a la mierda! —le contesta Wichmann, y sucede el ansiado milagro: ofendido, Kleinschmidt hace silencio.

*Día quince.* Hace dos semanas que estamos en el mar. Las olas son pequeñas, y golpean una contra otra, sin orden ninguno. El submarino cabalga sobre ellas sin encontrar su ritmo.

Lo único que vimos en los últimos días fueron un tonel a medio sumergir, un par de cajones y, otra vez, cientos de corchos de botellas flotando solos en el mar. El comandante no podía explicárselo:

—¡No pueden provenir de una orgía, solamente corchos y ninguna botella!  
¡Qué cosa de locos!

Estoy de guardia con el oficial navegante. Por lo menos mantengo entrenados los bíceps, de tanto sostener los binóculos; a medida que el tiempo pasa, tengo que descansar el brazo más a menudo; el navegante parece acostumbrado al peso porque soporta horas sin mover siquiera los brazos.

—Llevamos una doble vida —me dice de pronto, y yo no sé hacia dónde quiere ir.

Del oficial navegante se puede pensar de todo, pero nunca creer que se trata de un hombre de palabra fácil. Por eso se entrecortan sus palabras al afirmar:

—Vivimos medio sobre el submarino y medio sobre la tierra—. Se nota que quisiera seguir hablando, pero que no encuentra la frase adecuada.

Nos concentramos ambos en el cuidado de nuestros respectivos sectores.

—Es así —prosigue por fin—, estamos completamente aislados aquí arriba: ni correo, ni comunicaciones, nada... Pero de alguna manera quedamos en contacto con el hogar; a pesar de todo.

—¿Sí?

—Por ejemplo, uno siempre, se está creando problemas: continuamente uno se descubre pensando cómo estará todo por casa; y los que están allí ni saben dónde estamos flotando...

Otra pausa. El navegante da rienda suelta a su pensamiento:

—Cuando zarpamos... —y deja la oración colgada en el aire por un largo rato— es como si nos perdiéramos. Si a un submarino le pasa algo; tardan meses en enterarse.

Silencio.

—Cuando un hombre se casa, vale sólo la mitad —en esto es axiomático.

Ahora comprendo. Está hablando de sí mismo. Mas hago como si creyera en su conversación, mantenida forzosamente en un tono general.

—No sé realmente si los anillos son tan importantes... ¿Desde cuándo está casado el ingeniero?

—Seis meses. Es una rubia, alta, con ondas en el pelo...

La charla se le hace más fácil, ahora que ya no se trata de sus propios problemas.

—Ella le dio un ultimátum; y eso que no tiene cara de pasarse todo el día encerrada cuando nosotros nos hacemos al mar. Buena mierda para el ingeniero. Y además está embarazada.

Después de una larga interrupción, nuevamente se le atraviesan las palabras a Kriechbaum; seguramente ha vuelto en sí.

—¡No pensar sería lo mejor!

Yo murmuro una contestación y nos dedicamos a otear el horizonte. Centímetro por centímetro.

A proa, un poco a babor, se ve un banco de niebla, como lana gris verdosa. El controla una y otra vez la zona en cuestión: los bancos de niebla son en extremo peligrosos.

Transcurren más de diez minutos antes de que redondee su concepto:

—Quizá lo único bueno sea dejar de crearse problemas.

Me pongo a pensar en el alférez Ullmann. También él tiene sus problemas. Con su nariz respingona, rodeada de pecas, parece un niño de catorce años. Cuando se pone el uniforme da la sensación de un muchacho que va a recibir la confirmación.

En general, es un tipo querido. Se hace querer. Y cuando uno lo mira de cerca se da cuenta de que no es tan niño: lo delatan las arrugas de la cara.

Un día, estando a solas con él en nuestro habitáculo, lo noté raro en su manera de comportarse; jugaba indeciso con los restos de comida que habían quedado sobre la mesa, con los cubiertos; miraba fijamente su obra y de vez en cuando levantaba la vista hacia mí.

Yo me daba cuenta de que me quería decir algo.

—¿Conoce la florería que está al lado del café *L'ami Pierrot*?

—¡Claro, y también a las dos vendedoras! ¡Son bonitas! Jeannette... ¿cómo se llamaba la otra?

—Françoise —me respondió el alférez—, con ésa estoy comprometido... en secreto, se entiende.

—¡Tsss! —es lo que me salió primero, por la sorpresa. ¡Nuestro pequeño alférez del traje grande comprometido con una francesa!

—¡Bonita chica! —le dije entonces.

El alférez se quedó un rato todavía sentado sobre su camastro, las palmas de las manos apoyadas sobre los muslos, como si su confesión lo hubiera cansado mucho.

Me cuenta más: la chica está embarazada. El alférez no es tan simple como para no saber toque el niño significa en la vida de esa muchacha: nosotros somos el enemigo. Y así es fácil procesarla.

—Ella no quiere abortar...

—¿Cómo?

—No si nosotros regresamos ...

—...nada más que océano. —La voz del oficial navegante me saca de mis recuerdos.

Durante su charla éste no despega un segundo la vista del sector que le corresponde.

Esto habría que filmarlo; muchos fotogramas de la nada, la cubierta pelada, un par de nubes, nada más, absolutamente nada más. Y nosotros en el submarino; pan mohoso, cuellos sucios, limones podridos, camisas rotas, mantas sudadas; y, sobre todo, nuestros rostros grises.

*Decimosexto día en el mar.* El ingeniero parece estar hoy de buen humor. Quizá porque por la mañana le salió bien una difícil reparación en las máquinas. Hasta se digna silbarnos algo.

—¡De película! —acota el viejo.

Cierro los ojos y se me aparece la escena del bar Royal. Allí era donde el ingeniero Merkel me quería enseñar a silbar con los dedos en la boca.

¡Cuánto hace de aquella noche de alcohol! Veo a Trumann tirado en la orina, hablando entre las burbujas que se rompen.

El viejo me lee el pensamiento:

—¡De Trumann no sabemos nada hace mucho! Tiene que haber zarpado hace tiempo...

De Trumann nada sabemos; pero tampoco nada de Kortmann, ni de Merkel.

Sólo hemos oído algo de Kallmann y de Saemisch, a quienes se los llamó por radio para saber su posición. También hubo comunicaciones de Flechsig y de Bechtel.

Este será un mes cagado, pienso yo.

—A los otros no parece irles mejor —murmura el viejo.

Hasta la cena faltan todavía una hora y diez minutos; hago el cálculo: setenta minutos, cuatro mil doscientos segundos.

El radiooperador le alcanza una comunicación al ingeniero, quien se pone a descifrarlo.

Como por casualidad aparece el navegante; observa al ingeniero por el rabillo del ojo. Pero el ingeniero hace como que está enormemente concentrado en su trabajo y no deja leer nada de la expresión de su rostro. Por fin le guiña un ojo al navegante, mientras le pasa el comunicado, ya inteligible, al comandante.

No es más que la orden de dar a conocer nuestra posición.

El comandante desaparece con aquél hacia la central. En seguida saldrá al aire la señal con nuestras coordenadas.

## PREPARATIVOS II

Cada vez que hay sitio, voy al puente. Miro a mi alrededor como desde una pequeñísima isla sin árboles. Ningún mástil me impide la visión del mar y del horizonte.

Todos los días el cielo cambia de color; así, hay jornadas con cielo verde, verde vitriolo o verde pistacho. En algunas oportunidades, el verde es fuerte, pero en otras se trata sólo de una espuma como el caldo del hervor de las espinacas, o de un verde cobalto, frío, que en seguida se transforma en amarillento.

Los tonos del amarillo van desde un color cromo, en la mañana, hasta un amarillo cadmio, o índigo en la tarde.

A veces, el cielo todo se presenta como un incendio amarillo. También las nubes se visten a ratos de amarillo: sucio, azufrado. La caída del sol se tiñe de amarillo oro, hasta que se hace anaranjada, Pero los cielos más llamativos son los rojos: tanto por la mañana como al atardecer, el firmamento se cubre de ondas rojas de increíble intensidad. Hay rojos de todos los tonos, desde el rosa opalino hasta el púrpura más profundo, pasando por el rojo de los geranios, de la escarlata, de la malva. Y entre rojo y amarillo, toda la escala de los anaranjados.

Más raros que los rojos son los fuegos violetas. Son pálidos y efímeros, en seguida pasan al gris. Pero los violeta—azulados, casi negros, son malos y amenazantes. También hay atardeceres col cielos violeta—purpúreos, como ningún pintor osaría llevar a la tela.

Los cielos grises presentan tonalidades sin límite. Los hay de un gris caliente, y los hay de un gris frío; los hay con personalidad, como el gris paloma, y los hay que no dicen nada, como el gris acerado.

Aparte del gris, el color dominante en los cielos es el azul. Es impresionante la visión de un cielo azul profundo que cubre un mar rebelde, picado por los vientos, sobre todo si es un azul cobalto, sin nubes de tormenta.

También el mar cambia de colores: el agua gris y vaporosa del amanecer, el agua negra, verde botella, gris, violeta, blanca.

Las variaciones se producen por la estructura cambiante de las olas: el mar de seda, el mar encrespado.

Aún tenemos sobre el submarino la carga de catorce torpedos y ciento veinte granadas para los 8,8. Solamente la munición 3,7 va disminuyendo en cantidad, debido a los disparos de prueba. También se usó parte de las ciento catorce toneladas de combustible. Y las provisiones menguaron.

Hasta ahora no hemos contribuido a la guerra en el mar; no hemos hecho el menor daño al enemigo. No hemos hecho honor al nombre, como se suele decir...

Hemos rotado guardias, hemos llenado el estómago y digerido, hemos inhalado

feos olores y hemos producido otros feos olores.

Ni siquiera hemos errado un disparo. Por lo menos así hubiéramos hecho lugar en el habitáculo de proa. Pero ahí están, todos los torpedos encremados y aceitados.

Con el atardecer el cielo se vuelve gris, como la ropa que se lava con el jabón de guerra. El radar se engancha en los nuevos colores. Pronto el gris se confunde con el gris, y el mar y el cielo ya no se pueden identificar. Más arriba de lo que supongo el horizonte, donde debiera estar el sol, se divisa una tenue claridad.

Hasta la espuma ha dejado de ser blanca; ahora está sucia.

El viento, al llorar, suena como el lamento de un perro, cobarde y deprimente. El submarino se mueve como si se tratara de un tiovivo, siempre arriba y abajo, continuamente arriba y abajo. El espionaje del cielo cansa, y yo me tengo que contener para no caer en una enorme apatía.

¡Si sólo pasara algo! ¡Si solamente pudiéramos andar a toda máquina, cambiar el ritmo!

Tengo algodones en la cabeza, los miembros pesados, los ojos doloridos.

¡La humedad, el viento, los preparativos, todo es una mierda!

Hagen, el fogonero de las máquinas eléctricas, goza de general prestigio, quizá debido a que es el más viejo de su grupo. Y él lo sabe. En la media luz ambiente veo solamente sus ojos y su nariz. El bigote le crece hacia arriba, casi le toca los párpados. La frente se esconde detrás de una masa de pelo. Sigue usando barba, como cuando estábamos en tierra. Es su séptimo viaje al enemigo, seis de los cuales lo hizo con otro submarino.

—Hmm! —dice Hagen, y todo el mundo espera lo que vendrá. Yo estiro las piernas, me acomodo, y aguardo.

Hagen aprovecha el suspenso; se limpia las manos y se sirve té, que toma lentamente con toda fruición.

—¡Estamos esperándote! —le reclama el público.

—¡Qué rabia me dieron los Tommies una vez! Hacía un tiempo como el de hoy, cuando los Tommies nos tenían cercados. Vigilados. Debajo de nosotros no había suficiente profundidad para sumergirse. Y ya soportábamos todo un día de bombardeo.

Bebe un sorbo de té.

—Pero no nos alcanzaron; esperaron un largo tiempo, para que nosotros tuviéramos que salir a la superficie. Así dos días. En la noche del segundo salimos de repente, y lo más rápido posible nos alejamos del lugar, tratando de no hacer sombra siquiera. Hoy todavía no lo entiendo. Tienen que haberse dormido. Y al día siguiente, como si esto no hubiese sido nada, hundimos un destructor.

Hagen piensa.

—Teníamos al destructor delante de nuestras narices; lo encontramos de



improvisado, cuando se abrió un poco la niebla. —Nos aclara su relato con dos fósforos —: Este aquí es el submarino, y éste el destructor enemigo. —Los fósforos se miran ahora por sus cabezas—. Yo fui el primero en disparar... a mi manera, se entiende.

Con movimientos de los fósforos, Hagen nos muestra el desarrollo de la batalla y lo rápido del ataque. Finalmente, el fósforo que representa al destructor queda partido por la mitad.

Hagen termina su representación tomando el fósforo roto entre los dedos y tirándolo al suelo. Para hacer aún más drástico el final, se incorpora y lo pisotea con fuerza. Todos le vemos el disgusto en el rostro.

Hace ya tres días que el radiooperador no recibe sino las posiciones de otros submarinos. Ningún informe sobre ataques o victorias.

—¡Tan inactivos como ahora no estuvimos nunca! —se queja el viejo.

El mar hierve. El viento le inyecta continuamente nuevas masas de aire, de manera que el agua tiene el aspecto de una superficie blanco—verdosa. Por ningún lado se divisa el acostumbrado verde botella. Sólo un blanco sucio y gris.

De tanto pensar, durante el desayuno el viejo se olvida hasta de masticar; sólo se percata de ello cuando el camarero trata de retirar la mesa. Por unos segundos se dedica a mover el maxilar, pero en seguida cae de nuevo en su profunda meditación.

Indiferente, corre los platos con la mano mientras parece salir de su ensueño. Creo que quiere decir algo, porque abre la boca, pero da la impresión de haberse arrepentido. Por fin comunica lacónicamente las órdenes de la mañana: a las nueve inmersión de prueba, a las diez clase a los alféreces, mantener el curso hasta el mediodía. Siempre lo mismo.

Una de las causas del malhumor del viejo es el primer oficial. Su forma de expresarse, siempre algo crítica, pedante, influye en el trabajo y en la relación personal; al viejo le ataca los nervios. Pero sobre todo las ideas políticas del primer oficial son incomprensibles para el viejo.

—¡Este parece odiar directamente a cada uno de los Tommies! —nos dijo ayer, cuando el primer oficial tomaba la guardia— ¡Está bien amaestrado! En fin, por lo menos en eso sigue una línea...

Darí­a algo por poder ir de paseo, aunque no fuese más que media hora. Mi vida significa actualmente nada más que estar de pie, sentado o acostado. ¡Qué ganas de trepar árboles! Sólo pensar en ello me hace aspirar el aroma del bosque. ¡Mmm... !

El radiooperador acaba de recibir una comunicación; todos nos arrastramos hasta allí porque cada uno de nosotros está esperando algo que nos saque de esta atmósfera de continuos preparativos.

El comandante lee el informe traducido, moviendo los labios mas sin decir una sola palabra. Y así, mudo, nos deja para irse por la compuerta.

Nos miramos sin entender.

Lleno de curiosidad voy hacia la central. El comandante está agachado sobre la carta marina. Por ahora tengo que esperar; en la mano izquierda retiene el comunicado, mientras que con la derecha trabaja sobre el mapa con el compás.

—¡Podría ser! —le oigo murmurar—. ¡Podría ser perfectamente!

El primer oficial no aguanta más y le pide la tira de papel. Dice: «Convoy cuadrante XY. Curso zigzag de sesenta grados, velocidad ocho millas». Con una mirada al mapa me doy cuenta de que el cuadrante XY está a nuestro alcance.

El oficial navegante carraspea y pregunta, con la indiferencia más inocente, por el nuevo curso. Hace como si el comunicado no nos hubiera traído más que el nuevo precio de las patatas en el mercado.

Tampoco el comandante se mosquea.

—Vamos a esperar —es todo lo que contesta.

Por ahora no pasa nada. El ingeniero se limpia un diente con la lengua. El navegante se entretiene en la minuciosa observación de sus uñas, y el comandante mide mientras tanto ángulos y distancias.

El navegante mira por encima del hombro del comandante. Yo saco unas ciruelas de un cajón y comienzo a mordisquearlas, hasta que el hueso totalmente limpio, baila entre mis dientes y la lengua.

La comunicación vino del submarino de Martens, que fue primer oficial del viejo antes de ser trasladado a la sexta flotilla.

Nuevas llamadas nos permiten saber que son tres los submarinos que han recibido la orden de perseguir al convoy; luego el número aumenta a cuatro, y por fin a cinco.

Nosotros no estamos entre ellos...

Las horas se suceden y no hay comunicados que vengan dirigidos a nosotros.

El comandante pasa el tiempo sentado en un rincón de su camastro, absorbido por un cuaderno de notas en el cual constan órdenes secretas, reglas tácticas, órdenes para la flotilla y cosas por el estilo. Todos sabemos cuánto odia el comandante esos papeles, y que sólo los ha tomado entre las manos para tener un pasatiempo.

Son alrededor de las diecisiete y aparece una nueva llamada. El comandante levanta los párpados, su rostro se aclara; ¡es una comunicación directa para nosotros! El viejo lee y vuelve a apagarse su semblante; se trata nada más que de dar cuenta del clima reinante en nuestra zona.

El navegante prepara el informe y se lo da a leer al comandante: «Presión atmosférica subiendo. Temperatura del aire cinco grados; viento Noroeste seis; nublado, cirroestratos. Visibilidad siete millas. Firmado: UA».

Para no contagiarme el humor del comandante, me voy a cubierta. Los cirros se han apelotonado y el azul se esconde tras ellos. No pasará mucho tiempo antes de que el gris se confunda nuevamente con el gris. La luz se enfría.

El segundo oficial no se deja impresionar por los colores del cielo. Solamente se

enoja por las nubecillas, que para él representan, apenas la falsedad y el engaño. Continuamente las espía con los binóculos.

Vuelvo abajo y me pongo a trabajar con mis cámaras. Anochece cuando regreso a la cubierta. Las nubes se muestran irisadas por la luz, pero pronto el sol deja de jugar con ellas y les vuelve su color apesadumbrado de gris. Muy alto en el cielo se ve el blanco de la luna menguante. Son las dieciocho horas.

Después de la cena nos sorprende una nueva llamada por radio. El comandante se inquieta. Cada cuarto de hora va a la central y se interesa en los mapas. Al regresar, son cinco los pares de ojos que aguardan un movimiento de sus labios: en vano; el comandante no habla.

El ingeniero trata de sacarlo de su estado de depresión. Pero el viejo ni le oye.

Desconcertado, el ingeniero toma un libro y se dedica a la lectura. Yo también.

El segundo oficial y el segundo ingeniero hojean una revista. El primer oficial mira un cuaderno en el que ha hecho anotaciones.

Voy a mi habitación, pero al pasar junto al radiooperador, lo veo garabatear apurado sobre su papel. ¡Inmediatamente regreso a la cabina de los oficiales! El segundo oficial descifra. Su rostro denota extrañeza; algo anda mal.

El comandante recibe en sus manos el comunicado, y en seguida adquiere la misma expresión de asombro.

Nos lee: «Bombardeado por un destructor enemigo durante cuatro horas.

UM.» El comandante pierde la voz al decir las últimas palabras. Suspira muy hondo y se tira en su rincón preferido, sobre el camastro. Ni una palabra, ni una maldición, nada.

Más tarde lo sorprendo sentado en el puente.

—¡Esto es una cosa de locos! —me manifiesta— ¡Tenemos la peregrina idea de que estamos solos en medio del mar, y resulta que estamos rodeados de barcos por todos lados, cientos de barcos en el mar, y quizá no tan lejos de nosotros... pero detrás del horizonte. —Hay acritud en su voz—. La redondez de la Tierra... Dios debe haberla hecho así para los ingleses. ¿Qué podemos ver, a esta altura en que nosotros nos encontramos?

—Pero... tenemos aviones —trato de suavizar yo.

—¡Sí, aviones! ¡Aviones tienen ellos! ¡Porque los nuestros solamente saben abrir grande la boca, nada más! ¡Quisiera saber dónde están ahora!

Es una suerte que el ingeniero aparezca en ese momento. Aprovecho para desaparecer hacia abajo.

El viejo me sigue. Se sienta sobre el guardamapas, deja pasar un poco de tiempo y continúa.

—Quizás aún queden esperanzas de encontrarlos, si son muchos los submarinos que buscan...

A la mañana siguiente leo el parte que llegó por la noche: no hay rastros del submarino bombardeado.

Este es el peor día desde que zarpamos. Todos tratamos de evitarnos para no hacer comentarios al respecto. Yo paso la mayor parte del tiempo sentado en mi camastro. El ingeniero no aparece ni para comer. Está con el segundo en la sala de máquinas. Nosotros tres, el primer oficial, el segundo y yo, no nos atrevemos a dirigirle la palabra al comandante, quien apenas si prueba la comida.

Hoy no se escuchan discos por el altavoz; hasta el camarero parece estar en un velatorio.

Por fin el comandante abre la boca:

—¡Estos no cometen más errores!

También en proa es todo depresión. Dos o tres, Ario entre ellos, se la pasan maldiciendo, mientras otro, muy religioso, lanza miradas al cielo raso; hasta que Ario estalla de sólo verlo.

El viejo está sentado conmigo a solas, en el habitáculo de los oficiales. Recibimos un comunicado radiográfico dirigido a Bachmann; por tercera vez en cuatro días, el submarino de Bachmann debe dar a conocer su posición.

—Silencio absoluto —murmura el comandante—. A este lo agarraron. En el estado en que estaba no debería haber salido.

Es el tema de siempre: ¿Cuándo un comandante está «pasado»? ¿Cuándo debe ser relevado? ¿Por qué no hay médicos que impidan la salida de los comandantes que están acabados?

El primer oficial de Bachmann es Ziemer. ¿Se habrá emborrachado? Es imposible imaginarlo. Aún lo veo a Ziemer con la camarera del casino de oficiales, tomando el sol. Se hacía aclarar por ella los nombres en francés de cada parte de su hermosa anatomía. Él, mientras tanto, practicaba sobre el modelo vivo. Le acariciaba los pechos y decía: «*Les duduns... Les seins*». Y en seguida le ponía las manos entre las piernas y deletreaba: «*Le lapin*». A lo que ella corregía: «*Le vagin*», y así seguían...

Nos llega desde al lado la voz del primer oficial: está dando una clase sobre informaciones secretas.

—Eso no tiene objeto. Los Tommies ya hace tiempo que tienen en su poder uno de nuestros submarinos, intacto —me dice el viejo.

—¿Ah, sí?

—Sí; uno se rindió. El submarino de Ramlow. Así es que se llevaron todo nuestro material secreto, con todas las traducciones.

—¡Los de arriba ya lo sabrán!

—¡Si uno piensa que a lo mejor Ramlow hasta pertenecía al servicio secreto! ¡No puede uno confiar ni en su propia sombra!

Pasó por fin otro día.

Amanece, y la primera luz me encuentra sobre el puente, con las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero, inmóvil.

Desciendo y observo nuestro itinerario sobre la carta. Aparece el navegante.

—¡Esos jeroglíficos son la llave de todo! ¡Pero ni ellos quedan! Después del viaje los borro porque la carta debe ser usada nuevamente. Sólo guardamos una copia en papel transparente. Como usted ve, la Marina se especializa en mantener las cosas claras...

El es el último de quien yo hubiese esperado una frase así. Ahora me doy cuenta de lo solitario que ha quedado Kriechbaum. Sus virtudes sobrepasan en mucho a las del primer oficial, pero tiene un grado menor al de éste. Es suboficial, de manera que una barrera infranqueable para él lo separa de la oficialidad. En todos los problemas náuticos, él es la mano derecha del comandante, pero eso lo lleva aun más hacia la soledad en que se encuentra, ante todo respecto de los otros suboficiales.

Entre el sueño y la vigilia oigo llorar al mar; como no encuentro descanso, me incorporo y me meto en mis botas marineras; me pongo la chaqueta y paso a la central. El habitáculo está iluminado pobremente por una luz mortecina que el marinero de guardia ha encendido; se entretiene con la resolución de un crucigrama. Turbo, el barbarroja, lo acompaña y pela patatas.

—¡Permiso para subir! —grito, y la cara del oficial navegante aparece por un momento a través del ventanuco.

—¡Sí, señor!

Subo. El vigía de popa, a estribor, me hace un lugar. La cubierta se distingue, a pesar de las tinieblas; también el contorno de las nubes contra el cielo. La claridad que les sirve de fondo se descubre inmediatamente cuando una nube se corre y la luna queda al descubierto.

El mar sube y cae. El viento, oscuro, me pega en el rostro y me roba el calor del cuerpo.

Las sombras se han cerrado entre el navegante y yo; no lo veo, pero de pronto su voz atraviesa la penumbra; son palabras que murmura y que no entiendo.

Cada vez que la luna desaparece detrás de alguna nube, la oscuridad es mayor. De la negrura del mar suben a la superficie, en un hervor continuo, trozos de material fosforescente.

De la torre llega un punto luminoso, rojizo. Alguien ha encendido un cigarrillo.

Sin aviso, el cielo se llena de luz: un relámpago blanco y frío dibuja claramente el contorno de las nubes. Es una luz nerviosa y llena de silencio.

—Como un chispazo —dice el navegante.

—Recuerdo la noche en el Canal de la Mancha, iluminada por los reflectores. En ese entonces el silencio se quebró con el ruido de las armas; primero la artillería, luego los denuestos por haber errado el blanco.

No falta más que un día para llegar al campo de operaciones. Recibimos un comunicado. Esperamos la traducción, ansiosos.

Es para Flechsig. Se le ordena variar su posición, setenta millas hacia el Oeste. Parece que por allí pasará un convoy. La zona en cuestión está cerca de la costa americana; es decir, lejos de donde nosotros nos hallamos.

Un rato después otro comunicado, esta vez para un submarino en la cercanía de Islandia; es el de Böhler.

Otro submarino informa que le es imposible sumergirse por fallos técnicos.

—¡Cagó! —dice el viejo— ¡Sin inmersión está perdido! Está muy lejos para nosotros, no podemos ayudarlo.

Todos guardamos silencio. El viejo se reconcentra en sus pensamientos; yo creo que está calculando cuántas millas le quedan a ese submarino entre su actual posición y St. Nazaire.

Me corre frío por la espalda. ¿Qué harán si los sorprenden los Sunderlands, o un destructor? Sin inmersión, un submarino no es nada: tiene poca velocidad para escapar de su enemigo, poco alcance para disparar, sin blindaje suficiente... Un solo disparo es suficiente para inutilizarlo.

El ingeniero se ha puesto pálido; seguramente piensa en la triste situación de su colega.

—El submarino de Meinig lleva a Meier como ingeniero, ¿no es así? —pregunta el viejo.

—Sí —contesta el ingeniero—. Meier fue compañero mío de promoción.

Nadie osa abrir la boca. Todos miran fijamente a la mesa, como si ahí hubiese algo que ver. Me cuesta respirar; yo también conozco a alguien de ese submarino: Habermann, que me acompañó en un viaje de inspección en medio del invierno.

Todavía me parece verlo, sentado cómodamente sobre el linóleo, en el piso, en el Cap Arcona.

Me río nerviosamente; Habermann, el que siempre se enorgullecía de poder andar descalzo; por esa época se había contagiado su tercera blenorragia; pero nada, ni una pulmonía, podía con él. Ahora está ahí, encerrado...

El viejo es el primero en hablar. Quiere cambiar de conversación.

—Lo que se dice un submarino, un verdadero submarino, todavía no lo inventaron. Nosotros no navegamos en un submarino, sino apenas en un bote que a veces se sumerge... —Todos nos damos cuenta de que, en realidad, el tema sigue siendo el mismo.

Silencio. Sólo mi mirada interrogante estimula al viejo:

—Dependemos de la superficie. Nuestros acumuladores solamente nos permiten cortas inmersiones para atacar al nivel del periscopio, o para escaparnos de nuestros enemigos por debajo del agua. Más de ochenta millas no podemos hacer, y eso si

tenemos energía acumulada en exceso. Si navegamos a toda velocidad bajo el agua, en dos horas se nos vacían las baterías.

Apenas entramos en nuestra zona de operaciones, nos llega una comunicación por la radio. Formaremos parte, se nos dice, de un grupo de submarinos. Nos concentraremos en un lugar hacia el Oeste; tardaremos dos días más en llegar allí.

—El grupo se llama «Lobo»... ¡Tiene sentido! —dice el viejo sarcásticamente—.

Parece que los señores han contratado un poeta. ¡Lobo! Mamita hubiera inventado el mismo nombre...

Leo lo que he escrito en mi cuaderno forrado de azul:

*Domingo, día dieciséis:* Se nos anuncia un convoy hacia el Este. Navegamos en curso de noventa grados hacia allí.

*Lunes, día diecisiete:* Recibimos una nueva posición, más hacia el Sur. La red con que se piensa atrapar al enemigo ha sido trasladada más hacia el Sur, ahora. Quizá hay solamente cinco submarinos en el grupo. Velocidad, ocho millas marinas. Espero que los de arriba sepan tomar en cuenta el factor climático en nuestra zona, que deja bastante que desear.

No montamos las armas, porque de todas maneras hay poca visibilidad; así solamente lograríamos descubrirnos si disparamos. Inmersión de prueba.

*Martes, día dieciocho:* Nuevo curso de avanzada; 170 grados; velocidad, seis millas.

*Miércoles, día diecinueve:* No es posible usar las armas. El clima es el gran aliado del enemigo.

*Jueves, día veinte:* La radio está silenciosa, y sólo capta comunicaciones enemigas. Hay más de cinco submarinos en nuestro grupo. El enemigo no debe enterarse de nuestro número. Búsqueda: nada. Mar mediano. Algo de viento del Noroeste. Estratocúmulos. Pero hay niebla sobre el agua. Ni rastros del convoy.

*Día veintiuno.* El submarino ha recibido nuevamente orden de colocarse en un puesto de avanzada.

—¡Sólo el diablo sabe dónde se escondieron! —se enfada el comandante.

Siempre el mismo cuadro: el comandante con los codos apoyados sobre la carta de navegación. Sumergido en quién sabe que pensamientos, toma y deja varias veces el compás. Calcula ángulos.

—Quizá se están escapando hacia el Norte, aprovechando que allí las noches son más largas... Pero si uno los busca en el Norte, es seguro que al instante toman curso hacia el Sur. Las rutas son de lo más alocadas; el tiempo ya no es lo que importa.

Debemos poder controlar regiones mayores, eso es todo. —De pronto, el viejo alza la voz—: ¿Dónde están nuestros aviadores, señor Göring?

Como si eso le hubiera servido de desahogo, continúa murmurando:

—En fin, parece que las situaciones que nos dieron son falsas.

Por un rato sigue el soliloquio hasta que, compás en mano y trazando círculos y líneas sobre el mapa, le oigo.

—¡Aquí tendríamos que estar ahora, aquí *está* sucediendo algo en este mismo momento! ¡O pasan por aquí, o soy un tonto!

Resopla una o dos veces, pone cara de resignación, y se esconde en su rincón favorito.

*Día veintidós.* Las guardias se suceden sin interrupción. El día es opaco y el sol no quiere aparecer.

No puedo ni ponerme los dedos en la nariz, tan duros los tengo. El único placer que uno puede permitirse durante las guardias es un pedo.

No vemos más allá de la cubierta, si bien ella misma está totalmente a la vista; ya en la primera guerra se habían inventado las cometas para que se ampliara el campo de vigilancia; pero se las dejó caer en el olvido.

*Día veintitrés.* Refrescó. Las olas no son muy altas, a pesar de que el cielo se mantiene gris y oscuro. Al fin, la lluvia se desprende del paño que nos cubre. La pared de agua que se forma a nuestro alrededor es gris pizarra, con tonalidades violetas y una extraña claridad. El comandante se hace alcanzar su impermeable. Insulta a diestra y siniestra.

La lluvia arrecia. Nos rodea el agua, la salada y la dulce. El mar ha envejecido cien mil años; ahora es gris.

La lluvia quiere ahogarnos. Pero aguantamos en nuestros puestos.

A la noche cesa el aguacero.

*Día veinticuatro.* En la central. El viejo habla, medio a mí y medio consigo mismo:

—Es notable lo corto que se hace el tiempo durante el que alguno de los contendientes posee una nueva arma sin que el otro lo alcance. Siempre se trata de pocos meses de diferencia. Ahora, por ejemplo, tenemos los nuevos torpedos acústicos, con cabeza buscametas, y ya los Tommies nos inventan las boyas malditas, que esparcen a lo largo de cables de acero para que nuestros torpedos se engañen. Acción y reacción... el principio de siempre. ¡Nada moviliza tanta fuerza intelectual como el deseo de acabar con el enemigo!

Ya hace más de tres semanas que navegamos en el vacío. Los días transcurren, todos iguales, naciendo por la mañana en el oriente y muriendo grises en el Oeste.



La rutina se ha instalado definitivamente; a bordo siempre se oyen las mismas órdenes; sólo nuestra acción global va variando de denominación; al principio, llegar al campo de operaciones; luego, buscar el enemigo y hacer de avanzada; ahora, permanecer en el campo de ataque.

Navegamos de Sur a Norte, tal como creemos que el enemigo lo está haciendo. El combustible se gasta...

También el último viaje fue sin resultado. No se disparó un solo torpedo.

—Los muchachos no quieren encontrarse con nosotros —dice el segundo oficial, el único que todavía conserva el humor.

Medio día es todo lo que tardamos para cumplir con el recorrido Sur—Norte que se nos ha impuesto. Es hora de cambiar el curso.

—¡Todo a babor! ¡Nuevo curso a ciento ochenta grados! —ordena el oficial. Semicírculo. Nada ha variado, aparte de eso.

Tampoco ayudan el mar y el cielo: pocas olas y nada de viento es el paisaje que se nos presenta ante los ojos.

El sueño me invade lentamente, a pesar de mi tremendo cansancio. Por fin encuentro la posición adecuada.

Pero la débil cáscara de tiniebla se rompe abruptamente: ¡Suena la alarma! El piso del submarino ya se inclina hacia la vertical.

El ingeniero está en su puesto, con el pelo aún revuelto por la almohada. También el comandante. Es el timonel quien dio la alarma. Su respiración todavía está entrecortada por la rapidez con que se movió para cerrar la compuerta.

—¡Adelante diez... atrás quince! ¡Volver a la superficie lentamente! —ordena el ingeniero.

—Era una sombra, a noventa grados —me aclara el timonel.

El sonar, un aparato que sirve para identificar ruidos bajo el agua, está en funcionamiento. El operador nos informa:

—Ruido de hélices a setenta grados... va atenuándose... cada vez más.

—Bueno, viremos entonces a ciento treinta grados.

Cuando llego a mi camastro, caigo en profundo sueño.

«¡Convoy enemigo a la vista! UX». , «¡Convoy a la vista en el cuadrante XW, ciento sesenta grados, velocidad diez millas marinas! UX».

«El enemigo toma un rumbo zigzagueante alrededor de su curso principal de cincuenta grados. Velocidad nueve millas UW».

La radio nada nos oculta. Tenemos que estar enterados de todo lo que acontece en el Atlántico. Pero ninguno de los convoyes mencionados navega a nuestro alcance; todos están en el Atlántico Norte, muy lejos de nosotros.

El viejo chupa su pipa.

—Juntan todo en Kernével, material informativo, agentes. Pero nada marcha. A lo

mejor nuestros agentes duermen. Los nuestros no parece que puedan traducir los mensajes de los Tommies.

Pausa.

—Pero los Tommies, éstos lo saben todo: cuándo zarpamos, cuántas bajas tenemos, los nombres de cada comandante, simplemente todo.

El viejo hace ruido al fumar; la pipa está llena de saliva.

—A veces da la impresión de que los Tommies han descifrado nuestro idioma.

Los convoyes hacen grandes rodeos cada vez que los submarinos los esperan. Tal vez les alcance ya con un par de letras que nosotros lancemos al aire, para saber nuestra posición. Algo nuevo han descubierto, es evidente.

—¡Si esto sigue así, estaremos aquí hasta Navidad! —dice Zeitier.

—¿Y? —le contesta Rademacher—: Nadie va a crearse problemas por eso: a bordo hay un árbol para adornar.

—¡No bobeas!

—¡Pregúntale al comandante, si no me crees!

—¡Típico de la Marina! —dice el alférez Ullmann. Para mi asombro, recuerda sus Navidades—. Cuando esa fecha se acercaba siempre había algún muerto en nuestra flotilla. Para Año Nuevo lo mismo.

No quiero seguir oyendo:

El viejo aparece con un recorte de periódico que ha guardado hace mucho.

—Esto lo reservé para usted —me dice y comienza a leer en voz alta: —«Bien, primer oficial, otra vez lo hemos hecho; han sido nada menos que cinco mil toneladas de registro bruto. Pero mañana es el cumpleaños de mi mujer; y es seguro que algo pasará. ¡Honrad a las mujeres! ¡No nos olvidemos de ello!» A lo cual el primer oficial responde con una amplia sonrisa; mientras el comandante se recuesta a recuperar el sueño interrumpido durante la noche. No pasa una hora, y el primer oficial lo despierta nuevamente, diciéndole «¡Un vapor de regalo, capitán!» El comandante se incorpora, rápido como un rayo, y todo comienza con la mayor velocidad: «¡Por lo menos serán seis mil toneladas esta vez!» «¿Está conforme el señor capitán con el presente de cumpleaños?» —pregunta el primer oficial. «¡Muy conforme!» le responde el comandante—. El viejo se enfada—: ¡Y esto es lo que el pueblo lee, es increíble!

¡Siempre la misma soberana idiotez de pintar a nuestros enemigos como si fueran monos, inútiles para la vida en el mar!

Mire hacia donde mire, solamente veo rostros cansados, tensos, disconformes. Ya no es posible imaginarse que en algún lugar existe una tierra firme. Casas.

Habitaciones confortables, lámparas finas, estufas.

—Aquí estamos más cómodos. Ni correo ni teléfono, sino un submarino bien aireado, enchapado en madera, buena comida —afirma el viejo, sentándose a mi lado

sobre el sillón de cuero.

También el ingeniero está presente. Todos estamos ocupados en exprimir limones, un trabajo que poco a poco se ha convertido en un ritual ya que día a día se practica alrededor de la mesa. En nuestros cerebros danzan las figuras que nos han inculcado acerca del peligro de no incorporar vitamina C al organismo. Me imagino a los que estamos sentados a la mesa, sin dientes y carcomiendo laboriosamente un pedazo de pan: es el miedo al escorbuto.

El único que no se toma el trabajo de exprimir su parte es el estudiante de ingeniería. Todos han desarrollado su propia técnica al respecto, pero él simplemente hinca los dientes en el limón y lo chupa; de paso, come luego los restos de la fruta.

El viejo lo mira con desprecio.

Me asombra el segundo ingeniero. Al principio pensé que era un obstinado, pero ahora me doy cuenta de que se trata de un hombre al que la naturaleza no dotó con el fino sentido de los demás seres humanos, sino más bien con una gruesa piel de elefante. Se hace el impasible, el indiferente, el fuerte de carácter; pero en el fondo no es más que un solitario a la defensiva. Además es una persona de movimientos y de reacciones extremadamente lentos, todo lo contrario de nuestro ingeniero jefe. Sólo el cielo sabe cómo llegó a la carrera de ingeniería, o cómo hizo para pasar invicto por los cursos y los exámenes.

Esa es también la diferencia entre él y el viejo; el viejo se muestra pesado y lento, pausado; el segundo ingeniero lo es, en realidad.

Terminamos nuestro ritual vitaminizado. El camarero repasa con un trapo los restos del precioso líquido y retira las sobras.

El día a bordo nos depara aún seis horas más. Nuestras neuronas pueden tomarse vacaciones, vegetar; solamente el ácido ascórbico hace su trabajo, después de la panzada de cítricos.

El segundo oficial se ha puesto a leer periódicos franceses; se ha acostumbrado a leer incluso los avisos comerciales. Así es que tropieza con uno que no alcanza a comprender. Dice: «*On a couronné les rosières*» y debajo está la foto de cinco chicas. Se trata de la distribución de premios a muchachas virtuosas de la ciudad de Nancy. Le traduzco el artículo completo.

—¿Cuánto reciben por cabeza? —indaga.

—Doscientos francos cada una.

El segundo oficial no parece creerme:

—¡Eso es más de diez marcos! ¿O no? ¡Qué tontería! Si hubieran dejado la virtud de lado, seguramente hubiesen ganado mucho más.

—Es una buena observación.

*Día veintisiete.* Llega una comunicación radiofónica «Al grupo Lobo. Tomar nuevos puestos de avanzada. Submarinos a 310 grados. Velocidad siete millas

marinas.» De manera que cambiamos el curso. Lo demás sigue exactamente igual.

La radio sigue pasando su letanía acerca de la fuerza combativa, etcétera. El ingeniero ordena bruscamente que suspendan la transmisión.

Las comunicaciones dicen todas más o menos lo mismo: hundido por aviones, posición desconocida, perseguido por destructor... parece que la fuerza combativa ha disminuido un tanto... la página se vuelve.

—Eso se puede arreglar todavía... —me animo a decir.

—¿Usted cree? —el viejo levanta la vista, interrogativo.

—Crear... eso suena a iglesia.

Pero el viejo no acepta el reto.

—¿Dónde estamos a fin de cuentas? —pregunta Frenssen en la central. Otro marinero le contesta:

—Cerca de Islandia.

—¡Las cosas que hay que oír! Y yo que estaba convencido de que nos hallábamos sobre la costa americana!

Esa salida es típica de un hombre ocupado en las máquinas. Pasa en todos los barcos; al maquinista le importa muy poco dónde se desarrolla la acción. Ellos siempre deben atender los diesel, sea en un lugar o en otro. De día o de noche, les da igual.

Conseguimos saber que el contramaestre guarda entre las provisiones nada menos que latas con carne de cerdo y con *chucrut*. El comandante ordena inmediatamente una gran comilona para el día siguiente.

Al llegar la tan ansiada comida, la cara del viejo se aclara como ante un regalo de Navidad. Realmente tiene buen aspecto el plato.

—No estaría mal si lo acompañáramos con cerveza —propone el ingeniero. El comandante recoge el guante, a pesar de que todo el mundo sabe que a bordo hay sólo una botella por persona, y que está reservada para después de la primera victoria.

—¡Las fiestas hay que festejarlas como corresponde! —se disculpa. Y ordena una botella cada dos hombres.

—¡Salud! —grita el comandante cuando los vasos están servidos— ¡Por que se acaben de una vez por todas estos malditos preparativos!

El verdadero regalo lo constituye la torta con que nos sorprende el cocinero. El comandante se hace el enojado y le pregunta, muy serio:

—¿Cuántas tortas ha horneado usted?

—Ocho, señor, tres porciones para cada uno.

—¿Y cuándo?

—Anoche, señor.

El cocinero lee la broma en los ojos del comandante y se sonríe.

El ingeniero se acomoda en un rincón del sofá. Pero de nada le sirve; desde el

puente lo requieren con urgencia.

Se incorpora con el insulto a flor de labios. Pero él mismo ha ordenado que se lo llame cuando se descubra algo interesante para ver. Hace pocos días protestó porque no lo habían llamado cuando aparecieron tres ballenas en procesión.

Lo sigo, a ver de qué se trata. El ingeniero pregunta, con el malhumor en la voz:

—¿Qué diablos pasa ahora? —A lo que le responde el segundo oficial—: ¡Son trece gaviotas blancas, que vuelan continuamente alrededor del submarino!

Desde atrás alcanzo a ver cómo se ríen los vigías.

—¡Hace solamente un segundo que han desaparecido! —agregó aún el oficial.

—¡Aguarde usted! —amenaza el ingeniero.

Cuando vuelve a la central, se le puede leer la revancha en los ojos.

El viejo lo apoya: antes de que termine la guardia del segundo oficial hay alarma de prueba... Y el submarino comienza a hundirse, sin que el oficial pueda llegar al interior de la nave. La consecuencia es un baño inesperado. Entonces le toca reír al ingeniero cuando el oficial aparece por la compuerta. De pronto, el segundo se toca la cabeza.

—¿Qué pasa? —responde el oficial, después de respirar hondo—. Quedó arriba... Las risas terminaron de hundir al oficial más hondo aún que al submarino mismo.

El primer oficial les da clase a los alféreces. A través del ruido de platos que acompaña indisolublemente el trabajo del camarero, oímos un fragmento:

«...engañando al enemigo».

El viejo lanza una mirada de pena al techo. Su voz resuena claramente:

—¿Otra vez soñando, señor oficial?

El oficial navegante ha descubierto un objeto a treinta grados y lo informa. El comandante sube a la cubierta así como está, con un pullóver. Yo también subo, protegido por la chaqueta.

El objeto en cuestión se divisa a simple vista. Es un bote. El comandante lo estudia unos minutos con los binóculos, y luego ordena enfilar la proa hacia él. A los vigías los manda hacia abajo.

—Ellos no necesitan ver lo que vamos a encontrar ahí —dice.

Pero el bote está vacío. El navegante lee el nombre: «Stella Maris.» —¡Anótelo para comunicarlo a la superioridad! —ordena el comandante y manda cambiar nuevamente el rumbo.

La radio nos ordena pasar a otro cuadrante. No se trata de quedarse en un determinado punto, sino de caminar, como antes, sobre una línea predeterminada. También la velocidad es uniforme, de manera que los de arriba saben de antemano a qué hora estaremos en el lugar establecido, que al parecer ha quedado al descubierto.

Estoy en la central cuando baja el comandante desde el puente. Está mojado, llueve.

—¡Tiempo de porquería!

Los chorizos que cuelgan del techo se mueven más aprisa, señal de que nos movemos más rápido.

Los días pasan.

El ingeniero propone que los oficiales que no estén haciendo guardia se pongan a tejer.

—El oficial navegante les enseñará a hacer zoquetes para el invierno —dice.

—¿Y la lana? —pregunta el primer oficial.

—Es simple: destejaremos pullóveres.

Observo los rostros de quienes me rodean: ¡Qué extraños se han vuelto todos! Cuando zarpamos eran todos jovencitos, salvo el comandante. Pero sus carnes crecieron sin que yo, que conviví con ellos, pudiera darme cuenta. Sobre todo las barbas los han hecho más viejos.

El ingeniero usa barba en el mentón, lo que alarga su rostro todavía más. El comandante lo compara con un rabino.

—¡Es la envidia! —responde el ingeniero cada vez. Al comandante apenas le ha salido una pelusa rubia, lo que da a su expresión más amabilidad aún.

El primer oficial no permite que su pelo crezca: en cuanto aparece lo afeita.

El segundo oficial es el más desfavorecido por la epidemia: como la barba le crece sólo en algunas zonas, siempre parece estar sucio:

—¡Tú *please* dame un taza de *tea*!

—¡No entender *suahili*, *sorry*!

—¡*Shut your* estúpida *mouth*!

Ya no quedan personas normales a bordo, en medio del calor y del aburrimiento.

Pero es un humor hueco. El ánimo cayó a cero. Pasan horas y el silencio invade la metálica estructura del submarino.

El ingeniero ha cogido un libro de la estantería y juega al lector profundo. Lo observo durante cinco minutos largos hasta que, sin aguantar más, le propongo que dé la vuelta a la hoja porque, le digo, la tontería que está leyendo prosigue en la otra página.

Tras una mirada de enojo, el ingeniero se encoge de hombros y me hace caso. Pasan otros cinco minutos. El tampoco lo soporta y guarda el libro.

El aburrimiento es supremo. El comandante, el ingeniero, el primer oficial, todos dan vueltas sin saber qué hacer. El viejo se aprieta las manos y tiene fuego en la mirada.

Para mi sorpresa, dice de repente:

—Algo tiene que suceder... —con esperanza en la voz—. Dios no nos puede dejar en la estacada. ¿O usted no cree en Dios?

—Claro, claro —le contesta el ingeniero, inclinando la cabeza—. Naturalmente

creo en el Gran Gas.

—¡Qué malo es usted, señor ingeniero! —murmura el viejo.

Al pasar por el habitáculo de los oficiales veo al oficial navegante que ordena sus cosas. Entre ellas hay un par de fotografías. Me las enseña. Están ajadas, pero aún puedo distinguir los cuerpecitos de tres niños, vestidos en una y con traje de baño en la otra. Su rostro se amplía con una sonrisa; sus ojos dependen de mis labios.

—¡Qué bellos niños!

—¡Sí, son varones!

Pero inmediatamente se da cuenta de que no es éste el lugar para una actitud romántica: descubierto, esconde inmediatamente las fotografías de sus hijos.

*Día veintiocho.* El sol tiene el color de la piel de una gallina hervida. El cielo presenta un gris amarillento, casi un caldo. Una hora después, bancos de niebla se apostan alrededor de nuestra embarcación.

—¡No hay más visibilidad! —informa el navegante hacia abajo. El comandante ordena sumergirnos.

Volvemos a acomodarnos, con el submarino a cincuenta metros de profundidad. El comandante succiona ruidosamente la colilla de un cigarrillo; llevado por sus recuerdos, bambolea pensativamente la cabeza de cuando en cuando.

Leo en el diario del comandante las anotaciones que informan sobre la estadía del submarino en el puerto:

28/8: Limpieza del submarino.

29/8: Comienzo del trabajo en astillero 2/9: Ingreso del submarino al dock. Comienzo del trabajo en el dock.

16/9: Partida del dock.

17/9: Carga de combustible y grasa.

18/9: Prueba de flotación.

19/9: Salida de prueba.

21/9: Control de la radio. Compensación. Control de las celdas de inmersión.

Carga de munición de artillería. Carga de torpedos. Carga de provisiones.

26/9: Carga de provisiones frescas.

Según lo que acabo de leer, el submarino pasó en el puerto un mes. Y ya hace casi otro que nos hemos hecho a la mar.

De la torre nos llega una voz sonora:

—¡Al comandante: comienza el amanecer! Subo al puente.

Me topo con el rostro del segundo oficial.

—Pronto se levantará viento; la tercera guardia puede ponerse contenta —me dice con alegría. Corroborando su afirmación, una ola trepa hasta el puente.

El día nace en toda su plenitud. En el Oeste, la noche se resiste. El viento sopla ahora más fuerte.

Hacia el mediodía el cielo se nos muestra encapotado. Como dijo el segundo oficial, el tiempo ha empeorado. De todas partes llegan los negros nubarrones que ocultan finalmente la débil luz del sol.

Ya no tiene sentido limpiar los cristales de los binóculos porque de todas maneras debido a la furia del agua vuelven a mojarse cada dos minutos.

De noche, en el habitáculo de los oficiales. Revuelvo viejos periódicos; descubro algo interesante: «Los expertos hombres de mar de nuestros días no son distintos de sus antecesores de hace tres o cuatro mil años, amigos y vencedores tozudos de los salados océanos, sólo separados de la fuente más ignota de la vida por un par de maderas y por eso llenos de una duda vital sin respuesta. Las historias marinas de todos los tiempos son, todas ellas en conjunto, certificados de una vitalidad contra la cual nada pueden los complejos del tiempo».

—Es bueno que el pueblo se entere de ello —dice el ingeniero.

*Día veintinueve.* Hago la guardia de la mañana junto al oficial navegante. Es un día neblinoso y frío. De vez en cuando noto que él pasea su mirada por mi sector, a través de los binóculos. Parece que no me tiene confianza como vigía.

Después de una hora aparece el clásico dolor en la frente, como siempre que mi vista se cansa, espiando por los anteojos.

—¡Cuidado, señores! —nos dice el navegante, que en seguida agrega, dirigiéndose a mí—: Los destructores navegan casi sin echar humo; y además llevan trepados al mástil a algunos de sus hombres.

También el trigésimo día transcurre con el horizonte vacío. El viento sopla del Este y trae frío. Los calefactores eléctricos del submarino están funcionando.

Llega un comunicado. El comandante lo lee y me lo pasa para que lo lea:

«Al grupo Lobo: la línea de avanzada desde el punto G hasta el punto D debe ser ocupada el día veintiocho a las ocho horas. Guardar una distancia de diez millas marinas. Submarinos a doscientos treinta grados. Velocidad ocho millas».

El comandante me muestra sobre el mapa nuestra posición actual y después la que debemos alcanzar. Su lápiz se mueve hacia el Sur. Da la impresión de que todo el operativo ha fracasado; estamos ante algo completamente nuevo. Quién sabe qué hay detrás de todo esto.

—Tenemos unos tres días de viaje; entonces estaremos en las cercanías de Lisboa —me aclara el comandante.

—Y por suerte nos alejamos del frío —se le ocurre al ingeniero.

A través de la compuerta entreabierta se oye cantar a algunos marineros.

Se nos agrega el cocinero. Inmediatamente comienza a protestar consigo mismo:

—¡Qué mierda! ¡Se me han caído cinco latas grandes de sardinas sobre el azúcar!  
¡Remaldita mierda... ahora podemos tirar todo el azúcar!

—¡Yo lo guardaría! —dice Ario—. Tal vez tengamos que endulzar el pescado.



Pasaron tres días de viaje hacia el Sud—Sudoeste sin que los vigías descubrieran más señales del enemigo que toneles vacíos y madera para quemar.

Y ahora ha comenzado nuevamente la agotadora ida y vuelta por la línea de avanzada. Ya perdí la cuenta de los días y las semanas que tardan estos preparativos.

¿O son meses, o años, los que pasé ya sobre este submarino? Hasta el límite entre el día y la noche se me hace difícil de establecer.

Las historias que todos teníamos de reserva hace rato que fueron contadas. Nos conformamos con infantilismos y bromas sin sentido.

Con el ingeniero se ha hecho imposible hablar. Cualquiera que sea el tema que se toque, sale con un «¿y por qué no?», que mata toda conversación. También el segundo oficial se ha estereotipado: «Casi, casi increíble». Y nuevas palabras, sin significado coherente, también han aparecido ya.

He investigado todo lo que aparentemente se puede investigar. Sé incluso que en la cortinilla del camastro del segundo oficial falta el tercer anillo.

El ingeniero se entretiene haciendo palabras cruzadas.

En algún momento y sin razón ni prelude, el primer oficial levanta su vista hacia mí y me espeta:

—El intelecto no llega aquí muy lejos.

¡Qué frase! Debo haberlo observado con pena en los ojos: el primer oficial está rojo como un tomate.

—¡Puede ser! —suspiro, y me hundo nuevamente en mi revista.

Una mosca, que sólo puede haber nacido a bordo, es la única que consigue distraerme. Desgraciadamente el camarero, que trae los cubiertos para la cena, la espanta.

Si bien mantenemos abierta la compuerta que da hacia el exterior, gracias a que el tiempo nos ayuda, el olor en mi habitáculo es insoportable. Hiede a pan podrido, limones podridos, chorizos podridos, todo mezclado con los vahos que largan los diesel, con la humedad de la ropa, con el tufo de las botas de goma, con el sudor y con el quesillo de los miembros masculinos.

Los diesel marchan a mínima velocidad a fin de ahorrar combustible. En general solamente trabaja una de las dos. Casi se puede adivinar cada uno de los compases de su música monótona.

La lentitud no les hace nada bien. Tampoco al ingeniero, a quien el tono plañidero de las máquinas le patean los riñones.

No es ningún consuelo saber que en el Norte hay otros submarinos que, como nosotros, se bambolean plenos de aburrimiento.

Los ánimos están cada vez más bajos; por donde se mire solamente se ven rostros opacos. Se piensa que no cabe nada más vergonzoso que volver sin un solo banderín de victoria.

El tono se ha vuelto más agresivo: cuando alguien se siente mencionado salta como leche hervida. Algunos se arrastran por ahí como si hubiesen recibido la ofensa más grande de toda su vida.

También el viejo muestra su malhumor. Le acaba de gritar al timonel por apartarse un poco del curso. Le preguntó si deseaba inscribir su nombre en el mar, con el submarino como lápiz. Cuando cualquiera se da cuenta de lo difícil que es mantener el rumbo en un mar de corrientes como éste.

El cielo de hoy se muestra lechoso. No existen movimientos. El agua parece más líquida aún: las pequeñas olas han perdido hasta su cresta. El Atlántico todo ha adquirido un solo color uniforme: verde negruzco; sólo aquí y allí una línea blanquecina.

El submarino mismo es de un gris desesperante; no hay colores a bordo, como en un barco común.

Nos adaptamos; nosotros también vamos adquiriendo lentamente una tonalidad grisácea en nuestra piel. El rosa que los niños usan para pintar las mejillas de sus figuras ha desaparecido por completo.

Todos nosotros deberíamos frecuentar a un psiquiatra. Una de sus principales tareas, sin duda, sería quitarle al primer oficial su amaneramiento y su sonrisa hueca.

El segundo oficial, en cambio, debe permanecer sonriente por el bien de todos nosotros. Quien sí necesita atención es el ingeniero, nervioso y tan en tensión como está. Su tic le hace cerrar el ojo izquierdo ahora más que nunca, y es constante el movimiento de su boca, con los labios que se juntan en un rictus y vuelven a separarse; pero lo que más llama la atención es su miedo: salta al más pequeño ruidito.

¿Y el fetichismo que el viejo hace de sus sonidos? El rascarse la barba, el chupar la pipa, el sorberse la humedad de la nariz. A veces hace pasar saliva por el agujero que un diente ha dejado y produce, entonces sí, el gorgoteo más extraño que imaginarse pueda.

Johann se parece cada día más a Cristo. Sobre todo cuando se peina hacia atrás. Pero otros ni siquiera eso; más bien me hacen recordar a gente que ha estado sepultada por dos semanas y solamente fue salvada en el último momento. Nosotros también parecemos mineros, siempre caminando agachados y comprimidos; salimos a la superficie por un pequeño agujero, como ellos; y vivimos de día y de noche con luz artificial, como ellos.

Nos enteramos por la radio de que Meinig hundió un buque frigorífico de nueve mil toneladas, que viajaba solo.

¡Increíble! ¿Cómo lo habrán logrado, con el submarino en esas condiciones? Habló Meinig... así que Habermann también vive todavía... Podría haberlo imaginado: a ése no lo agarran tan fácil.

—Tuvo mucha suerte —me comenta el viejo—. De otro modo no se explica, hoy en día. Si no se tiene una posición ventajosa, a proa del atacado, y eso es por absoluta casualidad, no es posible alcanzar a uno de esos barcos. Desde popa se hace enormemente difícil perseguirlos, sobre todo porque estas embarcaciones son más rápidas que nuestros submarinos. Por eso navegan solas.

*Día treinta y tres en el mar.* El almanaque señala miércoles. Llega un comunicado a las ocho de la mañana: «Se aguarda un convoy rumbo al Oeste en el cuadrante Gustav Fritz».

Inclinado sobre la mesa de cartografía, el viejo sólo murmura escépticamente un: «¡En fin! No es lo mejor, pero con un poco de suerte podríamos llegar». Un nuevo curso, mayor velocidad. Lo demás sigue igual.

Mediodía. Subo a cubierta detrás del primer oficial, quien acaba de tomar su guardia. El aire está denso, pesado. El paisaje, nuevamente gris, aburre ya y ayuda a que el ánimo siga descendiendo.

Al atardecer aparece un poco de rojo en el cielo, que alcanza para teñir la piel gris del submarino con algún destello. Dura un cuarto de hora; nuevamente el gris, ahora el nocturno, se adueña de la paleta.

El comandante ha subido y alcanza a ver los colores.

—¡No se puede decir que sea bonito! —es su comentario.

El segundo oficial arranca la hoja del almanaque. Aparece la palabra jueves.

El camarero coloca, para el desayuno, unos listoncitos al costado de la mesa; el submarino se está moviendo mucho, y los listones sirven de contención a las tazas y los platos.

El comandante nos informa que pasaremos por un frente de tormenta que viaja hacia el Este y que se origina en el choque de las masas de aire caliente que trae la corriente del Golfo con las masas de aire frío de la corriente del Labrador.

—El viento ha girado durante la noche hacia el Norte y luego hacia el Nor—Noreste —señala el comandante—. Pero no quedará así: estimo que en las próximas horas rotará hasta hacerse del Sur.

Ahora mismo el camarero tiene que aplicar todo su equilibrio para trasladar los platos a través del pasillo. Con los codos se defiende de ambas paredes, ya que tiene las manos ocupadas.

—Hay más movimiento en el agua de lo acostumbrado con esta velocidad del viento —aclara el comandante—. Debe de haber soplado más fuerte hace unas horas, en esta misma zona.

No puedo dormir. Al pasar por la central me doy cuenta de que ya casi es medianoche. La primera guardia se reúne en estos momentos. Apenas si se intercambia alguna palabra. Lo que más hay son bostezos.

El ayudante de la central ha preparado café, y el primer oficial lo sorbe con ruido,

de una taza desconchada. Luego beben los demás, por turno, porque sólo hay dos tazas. Zeitler se ha puesto sus gruesos guantes de cuero, entre los cuales el recipiente desaparece. Son las doce menos cinco: los cuatro suben.

Cuando no está arriba, el viejo pasa sus horas retirado detrás de su cortinilla verde, o en la torre, detrás del periscopio.

La gente pasa días sin oír su voz; podrían llegar a creer que su submarino ha quedado sin comandante.

También el ingeniero está absolutamente cansado de tantos preparativos. Cuando no está ocupado con sus máquinas, se sienta a leer; continuamente se lo encuentra leyendo. Sólo levanta la cabeza a la hora de la comida.

Pero a pesar de todo el nerviosismo, la comprensión sin palabras que había entre el comandante y el ingeniero sigue existiendo; es que tienen en su haber nada menos que siete viajes juntos.

Estamos a más o menos tres mil millas del punto de partida. El submarino tiene un radio de acción de por lo menos siete mil. Pero como con las idas y vueltas hemos usado mucho combustible, es poca la autonomía que nos queda. Difícilmente alcanzarían nuestras reservas para la persecución de un convoy que se hallara a media distancia.

El primer oficial pone nervioso a cualquiera, pero más al comandante, con su continuo ordenar consolas, con ruidos de cerraduras que abre y que cierra, o con la lectura de pequeños libritos misteriosos.

En este momento, el primer oficial acaba de retirarse en dirección de la central. Uno de sus libritos quedó tirado sobre la mesa y yo no aguanto el deseo de abrirlo para descubrir su contenido. «Conducción de la tripulación a bordo de un submarino» es el título. Sigo hojeándolo:

*Punto 1. Características de la vida en un submarino.*

La vida a bordo es monótona. Por largas semanas se debe saber sobrellevar la falta de éxito. Si se agregan bombas de agua comienza una «guerra de nervios», sobre todo para el comandante.

Aparece algo escrito en rojo: «El espíritu de la tripulación depende de:», y debajo de ello lo demás en azul, punto por punto:

1. La disciplina de la tripulación; 2. El éxito del comandante. Si el comandante tiene éxito, la tripulación lo querrá aunque sea un tonto. Pero sobre todo aquel comandante que no coseche éxitos debe tener una tripulación de fuerte espíritu; 3. La buena organización de la vida diaria a bordo; 4. El ejemplo de la oficialidad; 5. Una conducción verdaderamente espiritual de los hombres, junto con el asesoramiento a la tropa.

En tinta roja: «De la disciplina», y luego otra vez en azul:

El comandante tiene el deber de lograr que prevalezca en su nave la opinión de

los buenos soldados sobre la de los malos. Debe comportarse en ese sentido como el jardinero de a bordo, que arranca la maleza y cuida de las plantas.

Sigo leyendo, ahora bajo el título «Citas de un discurso del Capitán L.»:

Yo sé bien que las mujeres pueden destrozar la moral combativa del soldado. Pero también sé cuánto pueden fortalecer al hombre, y muchas veces pude comprobar qué justamente los casados regresaban recuperados de sus vacaciones. A los suboficiales casados se les debe aclarar entonces lo que tienen que exigir de la mujer de un soldado. Me puso muy contento el haber podido invitar, en la patria, a un grupo de esposas de mis soldados a tomar el café conmigo. Así pude conocer a la mayoría de ellas, y se me brindó la oportunidad para decirles que de ellas se espera una actitud valiente. Creo haber contribuido a reforzar en más de una su columna vertebral, y así es que le pedí a mi señora que mantuviera correspondencia con ellas de vez en cuando.

Se debe apelar a la férrea voluntad de sobrellevar pequeños contratiempos y de cuidar la salud de sus esposos. Cuando dos soldados se presentan, y yo sólo puedo enviar a uno a bordo, prefiero que vaya aquel de quien sé que quedará a bordo, y no aquel que seguramente tendrá la buena estrella de que lo asciendan a suboficial o a alférez, y que por lo tanto dejará el barco. En realidad, la Cruz de Hierro no es un premio de beneficencia, sino el premio a la valentía ante el enemigo, el cual debe volver a ser ganado una vez que fue recibido.

¡Así que éste es el libro de cabecera de nuestro primer oficial! No necesito leer mucho más, para volver a encontrar algo interesante:

También es de notar que en salidas prolongadas se rompe mucha vajilla a bordo. Hablar es a veces inútil, ante todo porque suele ser bastante difícil manejar la vajilla con el movimiento del mar. Yo hago controlar cada semana los cubiertos. Si faltan demasiadas unidades, el camarero debe comer durante tres días en una lata de conserva. Otra pena severa es prohibir el cigarrillo. Para los que juegan a las cartas, tres días de prohibición en ese sentido hacen milagros.

Sigue una página hectografiada:

Es cuestión de honor que a bordo se respete la necesaria etiqueta. Lógicamente más en el puerto que hechos a la mar. En el océano deberá bastar que el comandante diga «¡Orden!», para que el soldado más viejo del camarote indique a los demás lo que hay que hacer, y lo informe a la superioridad. De igual forma, el oficial de guardia lo notificará en el puente de mando. Todo esto, la primera vez que el comandante pisa los camarotes. Durante la estadía en el astillero, la tripulación debe presentarse por lo menos una vez para su control. Le doy un gran valor a un desfile con banderas. En alta mar, incluso el orden en los anaqueles debe ser controlado una y otra vez...

Tuve en el mar un muerto y varios heridos. Como reemplazante conseguí un

voluntario, en un vapor alemán que encontramos. Tenía diecinueve años y desde los catorce navegaba en barcos alemanes por el extranjero. Llegó a bordo con un sombrero de paja, y me saludó sin deferencia alguna. No tenía la más mínima idea de las formas que debe guardar un soldado. Lo envié ante mi mejor suboficial, a quien nombré mentor; le enseñó a estar firmes y a caminar, y le inculcó algo sobre los temas más importantes. Catorce días después lo bautizamos. Nos sumergimos, adornamos el habitáculo de proa con banderas y nos dispusimos a hacer de ese bautismo una verdadera fiesta. El juramento hubo de ser aprendido de memoria. En mi discurso aproveché para hablarle de los deberes de un soldado alemán. Toda la tripulación estaba presente sentada; todos vestían sus camisas tropicales color marrón. Para festejar mejor el día, todos se cortaron y arreglaron el cabello; desde antes se habían preparado algunas canciones, para que incluso no hubiera errores al cantar. Al joven marinero le regalamos los «Deberes del Soldado», que otro había escrito con buena letra..

Me atrae también el título «Fiestas y festejos»:

En el Adviento encendemos las velas eléctricas, y para Navidad hacemos hornear los dulces acostumbrados; en el habitáculo de proa se coloca un árbol adornado por los marineros. Aparece el Santa Claus, y le regala a cada hombre un libro con dedicatoria... Algunas cosas a bordo se hacen con música. Así por ejemplo, la tripulación se entera de que nos sumergimos por medio de una marcha, y lo mismo pasa con cada cambio de guardia.

# PRIMER ATAQUE

El radiooperador nos alcanza un comunicado. Su rostro no se altera por eso, sino que permanece impasible como siempre, bañado por su beatífica e imborrable sonrisa.

El primer oficial, haciendo gala de su importancia, coloca parsimoniosamente la tira de papel junto a sí, mueve la cabeza de un lado a otro, como una gallina buscando granos, pone el aparato de traducción sobre la mesa, introduce el papel y aprieta por fin la primera tecla.

El ingeniero posa mientras tanto con la cara de aburrimiento de un inglés. El segundo oficial ni siquiera se digna levantar la vista del libro que tiene entre manos. Hasta yo simulo indiferencia.

Cuando el primer oficial finaliza la traducción, el comandante se adelanta a recibirla, apenas un segundo demasiado rápido para fingir que todo le da igual. Lee la comunicación con el rostro arrugado y, sin decir una sola palabra, se dirige a la central. Allí se apoya en seguida sobre la mesa de cartografía.

El ingeniero y yo nos lanzamos miradas significativas.

—¡Ajá! —larga el ingeniero.

Yo controlo mi curiosidad y dejo transcurrir todavía un momento, antes de perseguir al comandante. El oficial navegante también aparece en escena, como por casualidad.

El viejo sostiene el comunicado en su mano izquierda. En la derecha, el compás. Ni nos mira.

—No está mal —murmura. Y me alcanza el papel sin decir más. Leo: «A las 8,10 convoy a la vista. Cuadrante Bruno Max. Navega hacia el Norte. Soy rechazado por aviones. Enemigo fuera de la vista. UR».

El comandante me muestra el cuadrante Bruno Max con el compás. No está lejos de nosotros.

—Si todo sale como corresponde —dice el comandante—, tendríamos que llegar al lugar en cuestión en veinticuatro horas.

Todo depende ahora de que UR vuelva a establecer contacto, ya que sólo de esa manera nosotros seríamos derivados hacia allí por el Mando.

—Por ahora, mantener curso y velocidad.

Las dos horas que siguen pasan entre sospechas y palpitos:

—Parecería que el convoy se dirige hacia América... pero podría tratarse también de un convoy de Gibraltar... —le oigo decir al navegante.

—UR, ése es Bertold —aclara el viejo—, un buen hombre. No es ningún principiante. Ni es de los que se dejan acorralar así porque sí... Tiene que haber zarpado una semana después que nosotros. Tenían un problema con el periscopio, me

acuerdo bien.

Con un gesto el viejo me invita a acercarme al cajón de los mapas. La esperanza y la tensión lo han despertado.

—Siempre los mismos aviones de mierda —me dice—, junto con varios destructores... Antes no había aviadores por esta zona... ¡Esos eran tiempos!

El asistente de la central, que está haciendo anotaciones en el diario de a bordo, deja de escribir para escuchar mejor.

—Todo lo intenta el enemigo, con tal de destruirnos... Ya hace mucho tiempo que no colocan a sus destructores cerca del convoy... Ahora dejan navegar a sus costosos vapores absolutamente solos, con la vigilancia lo más lejos posible. Así nos descubren cuando estamos entre el convoy y ellos, y en cuanto hacemos un contacto radiofónico nos localizan y nos obligan a irnos o a sumergirnos. Y a los «barredores» los hacen navegar todo lo más adelante que pueden... ¡Ya no hay amor entre los seres humanos! Hasta lograron transformar grandes cargueros en portaaviones. Y está claro que con pequeños aviones y con destructores nos pueden hacer la vida imposible. Así, lo único que necesitan es estar algo entrenados en el juego y que un avioncito nos descubra, para que los destructores hagan su trabajo de demolición; mientras tanto los vapores se toman las de Villadiego. Resultado: lo único que conseguiremos es gastar combustible.

El viejo está realmente desatado. Y prosigue:

—Tendríamos que haber golpeado mucho antes, cuando el enemigo todavía estaba dormido. Pero cuando comenzó la guerra, nosotros teníamos nada más que cincuenta y siete submarinos, de los cuales solamente treinta y cinco eran utilizables en el Atlántico. Lógicamente, eso no alcanzaba ni para impedir los viajes hasta la isla. Y además el constante ir y venir: ¿Hacemos más submarinos o construimos más buques pesados? Esos tíos de la Marina querían una bonita y orgullosa flota, no importa si sirve hoy en día para algo o no... Somos lo que se dice conservadores...

Algo más tarde nos llega otro mensaje radiofónico: «Inmersión a las 9,20 debido a aviones. Una hora bajo el agua. Convoy enemigo nuevamente a la vista. Cuadrante Bruno Karl. Posición del enemigo, imprecisa. UR».

—Si lo digo siempre: ¡no deja pasar al enemigo, este Bertold! Navegante, el curso del convoy parece ser paralelo al nuestro, ¿no es así?

El comandante sólo pierde esta vez un par de minutos con el mapa. Con seguridad aplastante ordena:

—¡A doscientos setenta grados! ¡Ambas máquinas a toda velocidad!

Se oye repetir las órdenes. El telégrafo de las máquinas suena. El submarino todo se agita en un temblor, y los diesel cambian de tono. El nuevo ruido tapa a todos los demás.

Ajá, pienso, el viejo no se hace rogar. Ni siquiera espera la orden desde Kernével.



Por todos lados hay ahora gente dedicada a controlar por enésima vez las instalaciones de la embarcación. Lo hacen sin que la orden haya sido impartida, como al descuido.

Subo al puente.

Mi primera mirada es para el agua que nos rodea. En algunos puntos parece hervir, verde y blanca, hasta formar dos vías que se pierden hacia atrás.

Camino hasta la proa. Un baño de agua me alcanza con la fuerza de un latigazo. Tendría que haber pensado que vamos a toda máquina, y que tenemos mar de proa.

Me chorrea agua de la nariz.

—¡Felicitaciones! —me dice el segundo oficial.

El comandante tiene las manos en los bolsillos del pantalón. La gorra, alguna vez blanca con tiras verdes, le oculta la frente. Sus ojos atentos espían el agua y el cielo. Una y otra vez les recuerda a los vigías la absoluta necesidad de tener cuidado en su tarea.

Ni siquiera baja para comer.

Finalmente lo acompaño cuando va a mirar en el mapa el desarrollo de los acontecimientos.

El oficial navegante, por su lado, siguió trazando líneas que dan a los mapas un aspecto muy diferente.

—¡Mmm...! —murmura el comandante; y luego, dirigiéndose a él—: ¡Ya se ve mucho mejor!

Una pequeña cruz hecha a lápiz nos señala la última posición del enemigo. Es decir que a partir de nuestra propia carta marina podemos leer la velocidad y el curso de nuestro perseguido. Otra crucecita muestra el punto en que su derrotero se cortará con el nuestro. Todos los pensamientos, evidentemente, están en ese cruce.

Pasa una hora, luego otra. Dorian se queja de que el combustible se gasta demasiado aprisa. ¡Que el ingeniero no lo oiga!

El segundo oficial nos alcanza otro comunicado.

—¡Ajá! —dice el comandante, alzando la voz. Toma asiento, antes de leérselo:

«A UA: operar inmediatamente en el punto mencionado por UR Mando». El comandante le ordena al oficial, sin pérdida de tiempo:

—¡Trescientos cuarenta grados, siguen indicaciones!

Nos muestra sobre la carta la posición del enemigo y en seguida la nuestra.

—Mañana por la mañana, a las seis, tenemos que llegar allí.

Bertold no debe atacar ahora. Mucho más importante es que mantenga el contacto dando señales de onda corta hasta que otros submarinos del Atlántico se enteren y puedan acercarse.

—¡Esto está hecho! —digo con cuidado.

—¡No hay que vender la piel del oso antes de cazarla! —me responde el

comandante cuando cierro la boca.

La tripulación se va acercando a la central. Parece que se enteraron de algún rumor, porque en sus rostros se dibuja la duda. Pero cuando ven al comandante bailando alrededor de la mesa de cartografía como un poseso, ya no les queda nada por preguntar.

—¡Ya me parecía...! —le oigo comentar a Dorian.

El comandante toma el micrófono y se comunica con todo el submarino al mismo tiempo:

—¡Estamos operando contra un convoy detectado por UR! ¡A partir de las seis de la mañana hay que aguardar la orden de concentración! —Se oye el ruido del aparato al apagarse; luego nada más.

El comandante se relaja, la cabeza bien estirada hacia atrás. Con la mano derecha toma la pipa y su movimiento, al disponerse a hablar, dibuja una espiral de humo en el aire:

—¡Qué gran cosa un submarino de éstos! ¡Y pensar que hay gente que tiene algo en contra de la técnica!

El comandante piensa. Pasan unos buenos diez minutos antes de que continúe:

—¡Para mí no hay nada mejor que un submarino de este tipo!

El viejo respira ahora profundamente; después de soltar unos sonidos ininteligibles, continúa:

—¡También los barcos de vela son hermosos! No hay líneas más bonitas que las de un barco de vela. Yo navegué en uno, una vez. Había cincuenta metros entre la cubierta y el agua...— Por un momento su puño queda suspendido en el aire. Un movimiento repentino impide que su gorra se le caiga hacia la nuca, pero se alcanzan a ver los mechones rubios que se escapan por delante. Le dan un tinte de timidez—. No hay para mí un sonido más agradable que el de los diesel cuando van a toda máquina. Y sin embargo hay personas que se tapan las orejas cuando oyen el golpeteo de una diesel. —El viejo niega con la cabeza, como si no pudiese comprender que haya en el mundo gente así—. También hay quienes no pueden oler la gasolina... Y mi novia no puede soportar el olor de las cosas de cuero... ¡Qué raro!

El comandante se aprieta los labios como un chico que se da cuenta de que ha hablado demasiado.

No se me ocurre ninguna pregunta que hacer. De manera que ahí estamos, los dos sentados uno frente al otro, mirando tan interesados el suelo. Por suerte aparece el ingeniero y solicita permiso para que una de los diesel deje de funcionar durante quince minutos; la razón es que se ha producido en ella un desperfecto.

El comandante pone cara de morder limón:

—¡Si no nos queda más remedio!

El ingeniero se escurre rápidamente hacia popa. Unos segundos después el ruido

de las máquinas se reduce. El comandante se mordisquea el labio inferior.

Con la llegada de una nueva comunicación se le vuelve a iluminar el rostro.

«La última posición del enemigo es cuadrante Bruno Anton. UR».

La segunda guardia se prepara en la central. A las doce suben a reemplazar a la primera. El informe de una guardia a otra es: «Curso trescientos cuarenta grados, diesel de estribor a toda velocidad, diesel de babor no funciona».

La guardia reemplazada regresa al interior de la embarcación. Los hombres tienen el color de las langostas hervidas. El navegante, el último en bajar, señala:

«Nubes ligeras al Noroeste. Viento Noroeste a Oeste. Tendencia a la derecha». Por nuestra gran velocidad, la cubierta se llena de agua.

Como corroborando estas palabras un chorro de agua cae por la compuerta entreabierta.

—Gracias —dice el comandante. Los cuatro saludan, e inmediatamente se agitan como los perros para sacarse el agua de encima. El agua moja toda la central.

Pasa el camarero. Parece querer imitar a un sirviente de verdad, tanto empeño pone en su tarea. Solamente le falta la servilleta.

Detrás de él, el cocinero. También tiene aires de *maître* controlando que todo marche bien en su local.

—¡Qué manicomio! —dice el comandante, y no se da cuenta de que él es hoy el loco mayor, sentado en su rincón como un padre complaciente que regala miradas a los suyos.

Todo se combina para que la gente sienta a bordo que la tensión ha disminuido. Ahora respiramos más libremente. Es que por fin llevamos un curso claro y la máxima velocidad. Sabemos dónde está esperando el enemigo. El único que en estos momentos no demuestra claramente su alegría es el ingeniero.

—¡Un montón de combustible se va al diablo! —dice, masticando cada palabra. Pero al fin también él se alegra cuando logra comunicar que el desperfecto de el diesel está superado.

Me voy al habitáculo de proa. Aquí se trabaja a todo vapor.

—¡Ojalá que pase algo pronto! —dice el pequeño Benjamín.

—¡Ojalá! —le responde Schwalle.

—¡Yo estoy harto de preparativos!

Se oyen manifestaciones de todo tipo. Me siento en el mejor de los teatros, donde se representan la falta de angustia, la valentía y el heroísmo. Pero todo lo que se dice es poco para borrar tanto miedo.

Durante la noche aumenta la velocidad. Lo noto a través del sueño que me embarga.

Momentos antes de las cinco subo al puente. Tiene guardia el segundo oficial.

También el comandante está arriba. La luz es dudosa todavía. Se oye la proa

golpear contra las olas aún invisibles. Todo el mundo está atento: si el convoy hubiese aminorado la marcha durante las horas nocturnas, podríamos encontrarlo en cualquier momento.

Tengo ganas de ponerme a castañetear los dientes, de llorar. Pero todo está seguro. El comandante no es de éstos que se largan a la aventura porque sí. El sabe lo que está haciendo. Parece mentira: primero esos preparativos de porquería... y ahora los extraño.

Por la popa el sol aparece lechoso. Pero el cielo permanece aún oscuro, pleno de nubes opacas.

—¡Qué tiempo imposible! —se queja el segundo oficial.

Nuevas nubes cuelgan en grandes cortinajes que alcanzan hasta el agua. No hay horizonte.

A babor otra nube está sobrecargada de lluvia, y ya no puede con ella. Comienzan a caer las primeras gotas, que resuenan sobre el cuero de nuestras chaquetas. Hasta que alrededor de la embarcación se forma un frente impenetrable, lleno de agua y de niebla. Nos rodea completamente: ya no hay visibilidad.

Trabajosamente buscamos la menor señal del enemigo, milímetro a milímetro. Se me va el alma del cuerpo. De cada una de las grises paredes que nos rodean puede desprenderse un destructor, de cada nube un avión. Siento en la cara el sabor de las gotas que se juntan en mi gorra y chorrean hacia abajo. También desde el mar llega el agua, traída por el viento.

El mar está lleno de burbujas y de flecos; ha desaparecido la espuma. Solamente nuestra proa consigue devolverle al agua esa blanca coloración, pero sólo por un instante.

Deben de ser las siete de la mañana, más o menos: a las seis teníamos que habernos encontrado con el convoy.

Dorian protesta. El segundo oficial no se cansa de recorrer la cubierta y recomendar a todos que mantengan los ojos bien abiertos.

A pesar de haberme puesto un trapo alrededor del cuello, siento que el agua me moja la barriga.

Al bajar, el marinero de la central me aguarda con la mirada interrogante. Pero yo sólo le traigo un suspiro de resignación. Me cambio íntegramente de ropa.

«Viento Noroeste cinco, marea cuatro, cielo cubierto, visibilidad mala», dice el informe del diario de guerra.

El último contacto radiofónico ya lleva más de tres horas: «El enemigo varía su curso a cien grados. Marcha en formación ancha, cuatro columnas. Cerca de treinta vapores». Desde entonces, nada. Navegamos siempre a toda velocidad.

Oigo las salvas del mar contra la torre. A las ocho hay cambio de guardia. Isenberg pregunta:

—¿Y, cómo se presenta?

—¡Dejó de llover...! ¡Ahora el agua cae a baldazos!

—¡No digas tonterías! ¿Qué pasa afuera?

—Se suspende por mal tiempo... ¡Hay niebla! Ario le murmura en el oído a

Turbo:

—¡Esto tarda una eternidad! De pronto el viejo estalla:

—¡Tres veces remaldito temporal! ¡Aparece cada vez que no lo necesitamos!

¡Pueden haberse escapado por un par de millas, invisibles por la remaldita niebla!

Ya más calmado agrega:

—¡Si sólo se oyera algo de Bertold! Pero el comunicado no llega.

Sin otro contacto estamos perdidos, porque solamente descansábamos en él.

¿Estará Bertold bajo el agua, obligado por algún destructor?

De los demás submarinos afectados al operativo tampoco es posible recibir ninguna noticia: ellos estaban más lejos que nosotros, sin excepción. Pero Bertold...

¿por qué no da señales de vida?

—Lo que pasa es que él también está atrapado por este frente de tormenta — explica el viejo.

El ingeniero no tiene mucho que hacer, ahora. Pero se compadece de sus colegas.

Sólo después de un rato me doy cuenta de que él se refiere a sus iguales de los destructores enemigos.

—Pobre gente, si hasta me dan lástima... en sus barquichuelos de lata. Al ver mi mirada asombrada, me aclara:

—¡Si es verdad! Nuestros destructores ni siquiera salen a la puerta cuando alguna pequeña tormenta se insinúa.

La central se llena de gente. Nadie tiene en realidad una razón valedera, pero todos están aquí. Además del comandante, del marinero de la central y del oficial navegante, veo a los ayudantes de la central, al primer oficial, al segundo ingeniero y a Dorian.

Todos callan.

El viejo levanta la cabeza y ordena:

—¡Sumergirse!

Me imagino lo que tiene entre manos: escuchar mejor. Los ruidos de las máquinas y de las hélices de los buques enemigos se oyen mejor en la profundidad; oiremos más de lo que podemos ver, con la visibilidad actual.

Miro el manómetro de profundidad. El indicador comienza a moverse y en seguida se oyen los primeros indicios de que el submarino se hunde.

El comandante ordena llegar a los treinta metros; está sentado al lado del radiooperador. Este tiene el mismo rostro inexpresivo de siempre. Con los auriculares puestos, trata de localizar algún indicio del enemigo, entre los mil ruidos que el mar

nos trae. Su mirada, empero, permanece vacía.

Una y otra vez el comandante pregunta, impaciente:

—¿Nada aún? ¿Ninguna señal?

Por un rato se coloca él mismo los auriculares; luego me los pasa a mí. No oigo nada, salvo un zumbido apagado, como cuando uno se aprieta una caracola contra la oreja.

Estamos sumergidos desde hace una hora. No se oye nada. El ingeniero se pasa los dedos por los cabellos, nerviosamente.

—¡Hemos sido delatados! —dice alguien a media voz.

El comandante quiere levantarse para dar la orden de subir a la superficie pero en ese justo momento su vista se posa en el rostro del escucha: sus ojos permanecen cerrados, su boca se tuerce en un rictus, su cara toda se pone en tensión; es como si algo le doliera. Muy, muy lentamente, gira el dial hacia la derecha y hacia la izquierda. Un centímetro es todo lo que el dial se mueve. ¡El murmullo ya tiene límites! Al fin, el escucha hace un esfuerzo por tranquilizarse y le informa al comandante.

—¡Captamos un ruido a sesenta grados .... muy leve!

El comandante se coloca de un salto junto a la mesa y toma, él mismo, los auriculares. También su rostro da señales de esperanzada tensión.

De pronto, el escucha pega un respingo, apenas notorio. El comandante se muerde los labios.

—¿Cómo está el contacto ahora?

—¡Setenta grados! Va hacia popa... —contesta el escucha. El comandante se dirige a la central. Sin pérdida de tiempo ordena: —¡A cincuenta grados! ¡Prepararse para subir a la superficie!

Y agrega, dirigiéndose al navegante: Anote, para el Mando: «A pesar del temporal me decido a operar sobre la superficie.» El tiempo ha empeorado más aún. La claridad del día ha desaparecido por completo. Parece de noche.

El submarino se mueve mucho. Por la compuerta que comunica con el exterior entra el agua, la de la lluvia y la del mar. Pero la compuerta debe permanecer abierta, porque el enemigo puede sorprendernos a cada instante.

Las hélices dan de sí todo lo que pueden, los diesel trabajan a toda máquina. El comandante ya no baja del puente. Inmóvil y chorreando agua, solamente gira la cabeza en la búsqueda constante del contrario.

Después de estar arriba un cuarto de hora, vuelvo al interior del submarino. Le echo un vistazo a la mesa de cartografía para ver allí el desarrollo de la acción: en este momento, el navegante está interpolando nuevos datos. Ni siquiera levanta la mirada para decirme:

—Aquí estamos ahora... aquí suponemos que está el convoy... Pero quizá cambió

el curso otra vez más.

Me pone nervioso el dar vueltas sin nada que hacer. Apoyo la mano izquierda sobre la barandilla de aluminio de la escalera, cuando pienso que mi constante ir y venir puede hacer creer a los otros que estoy realmente nervioso... Así que a mostrarme como si nada sucediera... De todas maneras, lo que pase me lo van a informar con suficiente anticipación.

¿Qué hora es, a todo esto? ¿Ya más de mediodía? Voy a cambiarme la ropa mojada.

Trato de leer, pero me resulta imposible. Por fin el camarero prepara la mesa para el almuerzo. El comandante todavía no apareció por abajo.

Nos hemos sentado a la mesa, el ingeniero, su segundo y yo; pero de la central llegan gritos inusitados. El ingeniero corre hacia allí. ¡Se ve un mástil a babor!

Llego a la central: ¡es el convoy, seguramente!

Subo a cubierta, delante del ingeniero. La lluvia arrecia. Mi pullóver se empapa; con las prisas me olvidé de precaverme.

Le oigo ordenar al comandante:

—¡Todo a estribor a ciento ochenta grados!

Un vigía me alcanza los binóculos. Miro a través de él, en la dirección que observa el comandante. Pero la única bandera que veo es la de la lluvia. Un gris triste. Me impongo tranquilidad y comienzo a mirar muy ordenadamente de derecha a izquierda.

—Ahí, contra el telón gris, distingo una línea casi capilar, que en seguida desaparece. ¿Sería un engaño? Respiro profundamente y trato de concentrarme. El submarino me mece. He perdido la dirección; vuelvo a orientarme según el comandante. ¡Ahí está de nuevo!

¡Es un mástil, sin duda alguna! Pero... ¿cómo es que el mástil no está acompañado por el humo de una chimenea?

Yo ya sé que los vapores se distinguen mucho antes por el humo que echan que por sus mástiles; así que deduzco que en este caso no se trata de un vapor.

¡Maldición! ¿Dónde fue a parar la línea ahora?

Bajo los anteojos y trato de verlo con mis propios ojos: allí está, a simple vista.

El comandante retrae los labios y los esconde. Mira constantemente a través de los binóculos. Murmura insultos contra los destructores.

Pasa un largo minuto. Mi vista sigue el mástil. Me reconozco muy intranquilo.

Ya no hay duda: el mástil se agranda constantemente... es decir, el destructor viene directamente hacia nosotros. Con nuestras pobres máquinas, no tenemos ninguna oportunidad de escaparnos por la superficie.

—¡Tienen que habernos visto! ¡Malditos, malditos! —despotrica el comandante, y sin levantar la voz da la alarma.

De un solo salto estoy abajo. El comandante es el último en descender. Cierra la compuerta, todavía no está hermética cuando ya indica sumergirnos.

El comandante se queda en la torre. Su voz permanece inalterable.

—¡Profundidad de periscopio! —El indicador del manómetro deja de moverse hacia abajo y vuelve a subir. Dufte está sentado a mi lado, respirando hondamente, mojado hasta el tuétano. Zeitler y Böckstiegel manejan los timones de profundidad, sin apartar sus ojos de los aparatos. La columna de agua del Papenberg es continuamente vigilada.

Nadie dice una sola palabra.

Al fin, el comandante quiebra el silencio desde arriba:

—¿Profundidad?

—Veinte metros —anuncia el ingeniero.

El submarino asciende lentamente. El objetivo del periscopio llega a la superficie.

El submarino se horizontaliza. Pero no está absolutamente tranquilo: las olas lo mueven de un lado a otro. La observación por medio del periscopio será en verdad dificultosa, si el mar sigue tan picado.

El escucha informa que hay un destructor a estribor.

—¡Entendido! —responde el comandante secamente, y ordena en seguida—:

¡Todos a sus puestos de combate!

El escucha aparece en el corredor. Sus ojos sin vida están muy abiertos. En la tenue iluminación del lugar, su rostro es sólo una máscara, los agujeros de su nariz sólo eso: dos agujeros.

El es el único, junto con el comandante, que está en comunicación con el exterior; el comandante ve al enemigo, él lo oye. Los demás somos ciegos y sordos. El escucha nos informa:

—¡El susurro aumenta... se traslada algo hacia popa!

—¡Llenar de agua los cilindros uno a cuatro! —Yo ya lo sabía... El comandante quiere hacer frente al destructor. Un destructor es lo que falta en su colección privada.

Desde arriba sigue llegando la voz tranquila del comandante:

—¡A la central, al ingeniero... mantener la profundidad!

¿Cómo lo hará, me pregunto, con el mar en estas condiciones? Los finos músculos de la cara del ingeniero se ponen más en tensión aún; y en seguida se vuelven a relajar, un par de veces, rítmicamente. Como si masticara goma de mascar.

¡Qué peligro correríamos si el submarino asciende un milímetro más de lo debido y el enemigo nos descubre!

El comandante aguarda, sentado en la silla del periscopio; su cabeza se apoya firmemente sobre el soporte de goma; sus muslos aprietan el tubo del aparato. Los pies se sostienen sobre los pedales, que le ayudarán en su momento a mover la mole de metal hacia el lugar indicado; de esa manera, todo el campo visual le pertenece. Al



mismo tiempo la mano derecha no suelta la palanca que le permite subir y bajar el periscopio y así mantenerlo a nivel.

El motor del periscopio comienza a zumbiar: el comandante hace bajar un poco la mira. El cabezal del aparato está a ras del agua, tan a ras como se pueda.

El ingeniero está de pie detrás de dos vigías ahora dedicados a manejar los timones de profundidad. Su semblante nada dice. Sus ojos persiguen el sube y baja del Papenberg, sin separarse un minuto de él.

No hay palabras en voz alta. El zumbido del motor del periscopio es un susurro lejano, como filtrado. El motor se enciende, zumba, deja de hacerlo, vuelve a ronronear.

El destructor debe de estar muy cerca, porque el comandante apenas si hace girar el aparato.

—¡Llenar de agua el cilindro cinco! —se oye quedamente desde arriba.

La orden es transmitida hacia la proa, lo más suavemente posible. Nadie levanta la voz. Estamos en medio de la batalla.

Me retiro hacia el habitáculo de proa; pronto responden desde aquí que el cilindro cinco está libre para ser disparado bajo agua.

Es decir que todos los cilindros están llenos de agua, o sea en contacto directo con el mar, listos para abandonar el submarino. Los torpedos nadan, dentro de sus respectivos cilindros. Sólo falta el empuje del aire a presión para que salgan a buscar su destino.

Noto de pronto que en la boca conservo aún un trozo de pan. Ya no tiene gusto.

Tengo la sensación de haber vivido alguna vez esta misma experiencia. Los cuadros que pinta mi imaginación se superponen con otros, resaltan, desaparecen, dejan el lugar a los siguientes. Es un sistema complicadísimo de información y vivencias que dejan el presente para llegar al centro de la memoria, en medio del cerebro.

El viejo está loco... ¡Cómo se le ocurre atacar a un destructor con este mar!

Pero este mar también tiene cosas buenas: el periscopio es ahora más difícil de reconocer. La espuma que podría delatarlo se pierde entre las otras estrías de espuma que el mar forma por sí solo.

Por suerte hasta ahora todo va bien. El ingeniero está muy bien preparado, sin lugar a dudas.

Cuando el viejo dispare, el submarino debe descender inmediatamente, casi al mismo tiempo, y eso es obra del ingeniero. En realidad tiene que hacer como si descendiera, para contrarrestar el peso del torpedo que nos abandona. De otra forma la embarcación subiría. Un torpedo pesa tres mil kilogramos, esto es, hay que bajar mil quinientos litros por torpedo. Multiplicado por el número de torpedos disparados hace una bonita suma.

El comandante guarda silencio.

Es muy difícil darle a un destructor. Tiene poco calado. Cambia el curso en un santiamén... Pero cuando un destructor es tocado, se acabó; adiós destructor. La detonación del torpedo, lluvia de agua y restos de metal... y luego nada, nada más.

La voz del comandante llega firme, ahora:

—¡Todo preparado! ¡Cilindros uno y dos! Velocidad del enemigo, quince. Proa a la izquierda. Situación, sesenta. Distancia, mil.

El segundo oficial anota los valores en una planilla. Del habitáculo de proa informan que todo está listo. El primer oficial dice lenta, pero claramente.

—¡Cilindro uno y dos preparados para disparar!

El comandante ha puesto ya la mano sobre la palanca de disparo y espera; espera a que el enemigo se coloque justo en la cruz de la mirilla.

¡Ah, ver! ¡Si sólo pudiera ver hacia afuera!

El silencio ayuda a la fantasía. Mi conciencia pinta cuadros catastróficos; distingo un destructor deshecho en mil pedazos, con un resto de espuma en la boca. Veo ojos de sorpresa, una rajadura en el metal, aristas cortantes, olas inmensas de agua muy verde filtrándose hacia el interior del barco.

La voz del comandante resuena como un latigazo y me arranca de mis sueños:

—¡Cerrar los cilindros! ¡Inmersión a sesenta metros! ¡Urgente! El ingeniero repite la orden sólo un segundo después:

—¡Todos los hombres a proa!

Un desconcierto de gritos y de voces. Me hago pequeño, en un rincón, con las piernas encogidas. Ya pasa el primer tripulante hacia el frente.

Muchos ojos se dirigen hacia mí; hay un signo de pregunta en ellos. El murmullo crece, enriquecido por los ruidos de la gente al desplazarse.

Los timones de profundidad están completamente hacia abajo. El submarino se encuentra muy inclinado hacia adelante, pero aún pasan hombres hacia la proa. Simplemente se dejan resbalar por el piso como por un tobogán. Oigo los insultos de uno que se ha caído.

Solamente el personal de máquinas queda en la popa. Me caigo. Por suerte encuentro de dónde agarrarme. Desde arriba alcanzo a oír nuevamente al comandante:

—¡En seguida seremos atacados con bombas de profundidad! —Su voz suena hueca e igual, como si se tratara de una información al pasar.

Ahora desciende, con movimientos calculados. Muy lentamente, sin prisa alguna. Agarrándose de las paredes llega al cajón de los mapas y allí se sienta. En su mano derecha sostiene los binóculos. El ingeniero ordena ahora que la gente vuelva a sus puestos.

Los fiambres que cuelgan del techo me indican que aún no estamos horizontales;

hay todavía unos buenos treinta grados de inclinación.

—¡Rrabamm! ¡Rrumm...! ¡Rrumm!

Tres golpes retumban en mis oídos y me dejan sordo a medias. Trato de pensar en qué los ha producido. ¿Qué es eso? Tengo miedo... Por fin me doy cuenta: los cráteres que el bombardeo abre en el fondo del mar resuenan al llenarse de agua.

Dos descomunales detonaciones más.

El marinero de la central esconde la cabeza. Su ayudante se sostiene, agarrándose de la mesa de cartografía.

Otra detonación, más poderosa que las anteriores.

¡Listo! ¡Estamos a oscuras!

—¡La instalación eléctrica de emergencia tampoco responde! —grita el ingeniero desde lejos. Las linternas manchan la oscuridad de blanco. Alguien clama por fusibles. Los jefes de sección dan a conocer su situación ayudándose con parlantes manuales: —¡Habitáculo de proa libre! ¡Sala de máquinas eléctricas libre! ¡Sala de diesel libre!

—¡No ha entrado agua! —informa el oficial navegante. Su voz permanece tan objetiva como la del comandante. Vuelve la luz.

Dos detonaciones dobles hacen vibrar todo a mi alrededor.

—¡Ascender a proa! —ordena el ingeniero—. El submarino ha sido descubierto y situado —le dice al comandante.

—¡Todavía hay más! —contesta el comandante—. Los muchachos han visto el periscopio, no hay duda. ¡Increíble, con este mar!

El comandante se vuelve; no hay temor en su rostro. Yo diría que antes bien hay cinismo en su voz:

—¡Ahora comienza la psicología, señores!

Pasan diez minutos sin que nada suceda. Pero de pronto una detonación cruza el submarino. Una tras otra, es una serie de explosiones. El submarino se bambolea.

—¡Quince —cuenta el oficial navegante—, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve!

El ingeniero no despega la vista del indicador del manómetro, que sube un poco después de cada detonación. Los ojos del ingeniero son grandes y oscuros. En cambio, el comandante mantiene sus ojos cerrados, para mejor retraerse del mundo y así poder hacer sus cálculos: nuestro propio curso, el del contrario, el de escape. Debe reaccionar con una velocidad de segundos. Es en verdad el único de nosotros que lucha. Nuestras vidas dependen de la justeza de sus órdenes.

—¡Todo a babor!

—¡Timón todo a babor!

—¡A cero grados!

El comandante hace cuentas ininterrumpidamente. Los factores con los que

calcula cambian constantemente con cada informe. El curso de escape debe ser determinado de acuerdo con la intensidad del ruido que producen las hélices del destructor, así que ya no puede acaparar información directamente; ahora es el piloto de una máquina que vuela a ciegas. Sus decisiones están solamente supeditadas a lo que marquen los instrumentos.

También yo entrecierro los ojos. Detrás de ellos aparece la bomba cayendo por el aire y hundiéndose en el agua, que al recibir el artefacto salpica en derredor. La bomba sigue hasta la profundidad y estalla en lo más oscuro del mar: destellos de blanco magnesio, soles de fuego en medio de tanta oscuridad.

El agua comunica las presiones mucho más fielmente que el aire. Basta una onda de presión para que el submarino se rompa en pedazos. La bomba ni siquiera necesita alcanzarnos: con sólo detonar en el así llamado radio de la muerte, el submarino está perdido. Las bombas de profundidad livianas tienen sesenta kilogramos de peso; las de los destructores, alrededor de doscientos. A cien metros de profundidad, el radio de la muerte es también de aproximadamente la misma medida.

De qué me sirve ahora saber todo eso...

Por un rato, silencio; trato de distinguir el menor ruido... solamente oigo el sonido de las máquinas eléctricas. A veces, un suspiro.

El comandante parece acordarse de que nosotros existimos. Sin moverse deja pasear sus ojos por la semipenumbra y dice, susurrando: —¡Yo los vi de pie sobre el puente!; nos miraban a nosotros, o por lo menos miraban hacia aquí. Eran tres hombres. ¡Una corbeta!

El comandante se inclina hacia adelante y le murmura al escucha: —¡Fíjese si la corbeta se aleja! —Y después de un minuto lo apura—: ¿Más o menos?

El escucha responde inmediatamente: —¡Igual!

También su rostro sigue igual, impávido, sin color. Los ojos y la boca son apenas unas líneas. Cuando levanta la cara, se recortan nítidos los agujeros de su nariz.

El viejo ordena descender.

En realidad, la estructura de nuestro submarino responde muy bien; el punto flojo de la cuestión son las aberturas: las de ventilación, las entradas de agua...

Las detonaciones más peligrosas son las que nos toman por debajo de la quilla, porque es allí donde se concentra la mayor cantidad de comunicaciones con el exterior.

El radio de la muerte, a su vez, se hace más pequeño a medida que la profundidad es mayor.

De repente oigo que desde afuera arrojan contra la pared del submarino un manojo de piedrecitas.

—¡Asdic! —dice alguien en la central. La palabra me resuena en los oídos, la veo escrita en mi memoria. Trato de situarla.

Más piedras... otras más aún...

Un escalofrío me recorre la espalda: *Antisubmarine development investigationcommittee*; ¡el ensayo con rayos ultrasónicos!

Es ese rayo el que ha producido el golpeteo al chocar contra la estructura del submarino. En el silencio absoluto, las piedrecillas dan la sensación de ser una sirena. Los impulsos llegan cada treinta segundos.

Quisiera pedir a gritos que esto se acabe. El ruidito carcome los nervios.

Ninguno se atreve ya a levantar la cabeza o a respirar hondo. A pesar de que sabemos que el Asdic nos encontrará, aunque nadie se mueva un milímetro.

Contra el Asdic no ayuda el silencio. Tampoco el frenar las máquinas eléctricas. El Asdic no se basa en los ruidos que nosotros podemos generar, sino en nuestra masa. Ni la profundidad puede salvarnos ahora.

Estoy enormemente nervioso; mis manos tiemblan. Me alegro realmente de poder permanecer sentado.

El escucha susurra:

—¡Aumenta!

El comandante pasa a mi lado de puntillas:

—¿Podemos irnos?

—¡El sondeo está en doscientos noventa y cinco grados!

Cuatro detonaciones en rápida sucesión. Aún no han terminado los remolinos de agua alrededor de nosotros, cuando el comandante nos dice:

—Era un barco bastante viejo, bien pintado, de bonita línea.

Un golpe en los pies me hace saltar y contraerme. El suelo retumba.

—¡Veintisiete... veintiocho! —cuenta el navegante.

Comienza a oírse un rumor, como cuando se revuelve un poco de pedregullo en una caja de lata; a eso se agrega un sonido de base, melodioso, parecido al canto de los grillos. Es el zumbido que producen las hélices de la corbeta. No me atrevo siquiera a desviar la vista... estoy como congelado, sin moverme. Hasta la dilatación de las pupilas podría atraer al enemigo.

¡Otras cinco bombas! El oficial navegante sigue contando, con voz monótona.

He tratado de no moverme.

El comandante eleva la cabeza. Clara y pausadamente nos advierte:

—¡Tranquilos, señores, esto no es nada!

La paz que hay en sus palabras se transmite a nuestros nervios, los aplaca.

Pero ya llega el próximo golpe, que hace temblar todos los cimientos; dos o tres hombres caen al suelo por el impacto de la onda. El aire se espesa, en el ambiente se respira mal.

¡Buumm... rraakkbump... rraabbumm!

—¡Treinta y cuatro... treinta y cinco... treinta y seis! Es la voz del navegante.

Esta vez, el comandante le responde:

—¿Y qué hay con eso? —y continúa con sus cuentas. En el submarino hay un silencio mortal. Otra vez el susurro, unos segundos después:

—¿Cómo se mueve ahora?

—¡Doscientos sesenta grados! ¡Se escucha más fuerte!

—¡A estribor, entonces! ¡Todo a estribor! —la decisión del comandante no se hace esperar.

Hay que pasar una llave hacia popa. La tomo entre mis manos y la entrego a quien está más cerca. ¡Dios mío, si sólo se pudiera hacer algo!

El cuerpo del escucha está inclinado hacia adelante; sus ojos, bien abiertos, no nos miran, sino que se centran en el infinito. Ahora es el único que está en comunicación con el mundo exterior. Parece un médium, cuando informa:

—¡El ruido aumenta... doscientos treinta... doscientos veinte!

—¡Apagar las luces innecesarias... quién sabe cuánto tiempo estaremos aquí abajo todavía! —ordena el viejo.

El escucha se hace oír nuevamente:

—¡Se acercan...! ¡Ruidos a doscientos diez grados... aumentan rápidamente de intensidad! ¡Están muy cerca ahora!

El comandante:

—¡Ambas máquinas a toda velocidad hacia adelante! Pasan los segundos.

—¡Ojalá no llame a sus colegas! —lo que dice el comandante confirma lo que yo había pensado: la liebre está perdida cuando los perros son muchos.

El que nos persigue no es ningún principiante. Y nosotros estamos atados de pies y manos, sin poder hacer absolutamente nada; tenemos cinco torpedos y no los podemos usar. ¡Si tan sólo tuviéramos la pálida seguridad que da la posesión de un arma! Pero ni siquiera nos está permitido gritar. Solamente escapar. Eso es todo. Hundirnos. Más y más. ¿A cuánto estamos ahora? Ya no le creo a mis ojos: el indicador del manómetro de profundidad señala ciento cuarenta... cuando la garantía de los constructores llega hasta los noventa.

Pasan diez largos minutos sin que nada suceda.

Otra vez nos alcanza el pedregullo, a la altura de la celda de inmersión de babor. El rostro del escucha me indica que en seguida caerán las bombas. Cuenta con los labios... quizá los segundos que tardará en caer.

La primera detonación se produce tan cerca que la siento en la médula espinal. Estamos sentados en el centro de un gran tambor. Un tambor con parches de metal. También el navegante mueve los labios, sin pronunciar palabra. ¿No estaré sordo?

Pero el comandante rompe el silencio. Con claridad, aprovechando el ruido del bombardeo, nos estimula:

—¡Muy bien, sigan así! ¡Hay que sacarles el cuerpo! ¡En casa hay... ! —y queda

cortada la frase, porque el comandante se interrumpe. El silencio parece la cuerda tensa de un violín.

El comandante ordena a media voz que ascendamos un poco. El ingeniero aclara la orden. Las máquinas eléctricas funcionan otra vez a poquísima velocidad. La proa se levanta. Se oye el agua rumoreando en su paso hacia la popa.

—¡Cuarenta y uno! —dice el oficial navegante.

Después del grito desgarrado de las bombas siento el silencio que lo sigue como un agujero acústico, sin fondo, tapizado de negro.

Quizá sólo para no sufrir el silencio el comandante lo corta.

—Pienso si los de arriba no habrán perdido el contacto.

Pero no termina de decirlo cuando vuelven a sentirse las detonaciones. Una respuesta categórica pienso yo.

Ya no puede localizar dónde estallan las bombas: si arriba o debajo, si detrás o delante de nosotros. El comandante aún parece que logra hacerlo, sin embargo. El es quizás el único, además; que en este momento sabe a cuánto estamos del final de la función. Tal vez lo sepa el navegante, también. Yo, de todas maneras, ya no puedo hacerme un cuadro de nuestra situación. Solamente puedo seguir el indicador de la profundidad; en este momento volvemos a hundirnos.

El ingeniero no se mueve de su puesto, detrás de los timones de profundidad.

Su rostro está más tenso que nunca. En la pobre iluminación del ambiente, sus manos parecen de cera. Sus párpados están entrecerrados, como si la luz le molestara.

Ambos timoneles están inmóviles detrás de sus tableros de mando; aun cuando tienen que manejar los timones, están absolutamente estáticos: el movimiento que deben realizar es mínimo. Los timones se mueven con energía eléctrica, de forma tal que sólo hay que apretar botones en el tablero... Todo perfecto, salvo que no podemos controlar al enemigo.

Hay una pausa para respirar; aprovecho para sentarme mejor. Seguramente la corbeta no se hará esperar. Sólo está cambiando de ángulo, quizá hasta alejándose de nosotros; de todas maneras nos tienen seguros con su remaldito Asdic. Toda su gente está ahora en cubierta, buscando en la superficie la menor señal, la más mínima espuma que nos delate, si pensamos en salir a flote.

O tal vez, buscando manchas de aceite...

El escucha no se mueve ni dice nada: ni un ruido.

Yo oigo un clic... ¿Un nuevo Asdic? Pasan muchos minutos, interminables.

Termina el clic, pero comienza el pedregullo contra la pared del submarino. El comandante murmura:

—¿Lo alcanzaremos otra vez?

¿Lo alcanzaremos? ¿A quién? ¿Quiere decir al convoy?

Le dice al escucha:

—¡Oiga si se retira! —Y segundos después, impaciente—: ¿Más menos?

—¡Igual !

Pero un segundo más tarde:

—¡En aumento!

—¿Posibilidades?

—¡Se siente a doscientos veinte grados!

—¡Todo a estribor, entonces!

Otra vez nos movemos en martillo.

Ambas máquinas vuelven a la velocidad mínima.

Oigo caer gotas de sudor... Y una detonación hace temblar el suelo.

—¡Cuarenta y siete... cuarenta y ocho! —y en seguida—: ¡Cuarenta y nueve... cincuenta... cincuenta y uno!

Miro la hora en mi reloj pulsera: son las catorce y treinta. ¿A qué hora fue la alarma? Creo que poco después de las doce... ¡Hace más de dos horas que nos persiguen!

—Mi reloj tiene un segundero rojo, concéntrico con las otras agujas. Me impongo calcular el tiempo que hay entre una detonación y otra.

Pasan dos minutos y treinta segundos... una detonación... treinta segundos... otra... veinte segundos, otra.

Me alegro de tener algo en qué concentrarme. Cierro el puño, como si con eso pudiera ayudar al segundero a marcar mejor el tiempo.

Y más rápido: Porque esto tiene que pasar. ¡Tiene que pasar!

Otro golpe seco, el ruido: cuarenta y cuatro segundos. Siento cómo mis labios se juntan en una sola línea, sin poder articular una palabra. Muerdo con fuerza mis propios dientes. Tengo que sostenerme ahora también con la izquierda, así que el segundero se escapa de mi vista.

El comandante ordena sumergirnos otros veinte metros.

Estamos a doscientos. Se oyen chirridos que no logro identificar. El ayudante de la central me mira con temor.

—¡Eso no es nada! —asegura el comandante.

Es la madera la que hace esos ruidos tan extraños, porque no soporta la presión que se ejerce desde afuera sobre la estructura. Doscientos metros, un número redondo... Es fácil hacer cuentas con él.

Sobre cada centímetros cuadrado de nuestra piel de acero hay ahora un peso de veinte kilogramos, es decir, que sobre cada metro cuadrado descansan nada menos que doscientas toneladas. ¡Y la pared de metal solamente tiene un espesor de dos centímetros!

Los chirridos aumentan.

—¡Esto no es nada agradable! —es todo lo que se le ocurre al ingeniero.



La tensión de la piel del submarino es la tensión de mi propia piel. Lo siento con el siguiente disparo, que me llega al cerebro. Con esta presión una pequeña onda puede hacernos volar en pedazos. La piel es una cáscara de huevo.

A menos de medio metro de donde yo estoy, la mosca de a bordo se mueve como siempre. ¿Cómo habrá caído en este mundo infernal? Cada uno se busca su destino, pienso... La mosca... yo. Yo subí al submarino porque quería hacerlo.

Dos detonaciones juntas, luego otra. Los de arriba quieren pescarnos a toda costa.

Hay tranquilidad, pero apenas durante unos latidos de mi corazón. Dos detonaciones resuenan junto con los vidrios del manómetro, que caen en pedazos al suelo. La luz vuelve a apagarse.

El rayo de una linterna brilla contra el techo y busca el indicador de profundidad. Me invade el pánico: ¡las agujas del manómetro también se han caído!

Una cañería pierde agua y entre ambos timoneles aparece un chorro líquido. Alguien informa de la pérdida de agua, y el comandante responde:

—¡Tonterías, no hagan teatro!

Ya no podemos leer si caemos o ascendemos; el indicador se parece a los ojos de un ciego.

Me asusta pensar que tampoco podemos contar con los instrumentos. ¿Qué haremos sin ellos?

El marinero de la central se empeña en encontrar con la luz de su linterna el lugar de donde se escapa el agua. Trata de reparar el mal, pero antes de haberlo conseguido está completamente empapado. Cumplido su objetivo, se pone a buscar algo en el suelo, entre los charcos de agua. Por fin encuentra lo que quería: una aguja del manómetro. Como si entre sus manos tuviese un precioso tesoro, se incorpora sigilosamente y llega hasta el aparato; una vez allí intenta colocar la aguja en su posición; es la aguja que marca las profundidades más grandes. No quiero pensar en lo que puede pasar si la aguja se niega a funcionar.

El marinero saca su mano del manómetro. El indicador tiembla y comienza a girar. Sin palabras, el comandante felicita al marinero. Basta una mirada.

Ciento noventa metros...

El escucha me devuelve a la realidad.

—¡Se oye más fuerte! ¡Doscientos treinta... doscientos veinte grados!

El comandante se quita la gorra. Sus cabellos están mojados por el sudor. Respira profundamente.

—¡Los ruidos aumentan! ¡Doscientos diez grados ahora!

El comandante ordena de inmediato velocidad máxima. Un temblor recorre el submarino, que pega un salto hacia adelante. El comandante se recuesta contra la columna del periscopio y vuelve a tomar aire.

Por mi conciencia pasan figuras que creía olvidadas hace tiempo. Colores,

situaciones. Pero el escucha me saca de mis pensamientos con un susto. Informa algo nuevamente, mas sus palabras no llegan a penetrar en mi cerebro.

Otra vez la espera con la respiración contenida. Cada pequeño sonido atraviesa mi sistema nervioso como si se tratara de una herida abierta. Mi cerebro sólo piensa una cosa: están justo por encima de nosotros. Justo por encima. Justo por encima. Me olvido de respirar; cuando siento la necesidad de aire, lleno mis pulmones, esta vez completamente. Por detrás de mis párpados cerrados veo de nuevo la imagen que presenta un bombardeo: una serie de burbujas chisporroteantes que se hunden en la vertical y allí, en lo más profundo, se separan en mil direcciones como otros tantos soles de fuego. Alrededor de los núcleos encendidos, todos los colores del espectro se arremolinan en formas fantasmales, unos más profundos, otros más fríos. Hasta que todo el mar adquiere una coloración mezclada y burbujeante.

El marinero de la central me arranca de mis tribulaciones: con gestos y susurros le indica al ingeniero que en un rincón está por volcarse una lata de aceite. Yo creo que en este momento realmente da lo mismo si el aceite resbala o deja de resbalar. Pero al marinero no le gusta.

El ingeniero le señala, por medio de otro gesto, que tiene el permiso de proceder en contra de la lata.

El marinero quiere arreglar entonces las cosas a su manera, pero le salen mal: la lata se inclina demasiado y en el suelo aparece una gran mancha de aceite. El oficial navegante hace una mueca de desaprobación. El marinero enmienda por fin su error.

—¡Hay ruidos del destructor girando hacia popa! —informa el escucha. Casi al mismo tiempo detonan dos bombas. Pero las detonaciones se oyen más suaves que las anteriores.

—¡Lejos! —dice el comandante.

¡Rrrbummm! ¡Tiumbumm!

Más suaves aún. El comandante vuelve a tomar su gorra:

—¡Parece una maniobra! ¡Que practiquen en casa!

El marinero de la central se ocupa ahora de reparar los vidrios del manómetro, como si supiera que sólo mirar la rotura es un veneno para mí.

Me incorporo. Tengo las piernas duras. Trato de dar un paso... Es como si caminara en el vacío. Me agarro de la mesa cartográfica y observo el mapa.

Ahí veo la línea a lápiz que señala el trayecto del submarino. Más allá está la cruz que muestra la última toma de posición. Y aquí se interrumpe la línea. Tendré estas cifras presentes, toda mi vida... Si salimos de aquí.

El escucha gira el dial.

—¿Y? —pregunta el comandante. Se hace el aburrido. Juega con la lengua, y con ella hincha la mejilla desde adentro de la boca.

—¡Se va! —comunica el escucha.

El comandante mira en derredor. El es ahora la paz en persona. Sonríe feliz:

—¡Según parece, el partido está finalizando!

Se pone de pie, da unos pasos inseguros.

—¡Ha sido muy aleccionador! Merecedor de la orden al mérito en bombardeo! —  
y desaparece en su habitáculo.

—¡Traigan un pedazo de papel! —grita un instante después. ¿Querrá escribir algo importante sobre nuestra experiencia? ¿O un informe para el Mando? Seguramente escribirá: «Sorprendidos por un destructor; tres horas de persecución y bombardeo». Si escribe más que eso, es que lo conozco mal.

Cinco minutos después aparece nuevamente en la central. Intercambia una mirada con el ingeniero, y en seguida, mientras sube a la torre, ordena:

—¡Profundidad de periscopio!

El ingeniero comunica la orden a los timoneles.

Desde arriba llega la voz del comandante:

—¿Qué profundidad?

—¡Cuarenta metros!

El ingeniero continúa informándole:

—¡Veinte metros... quince metros... el periscopio alcanza la superficie!

Otra vez oigo el zumbido del motor del periscopio. Los minutos se suceden. El comandante no vuelve a abrir la boca. Ni una sílaba.

Nos miramos sin entender.

—Algo no está en orden... —dice el marinero de la central.

Por fin se oye hablar al comandante:

—¡Abajo, rápido! ¡Bien profundo, todos los hombres hacia la proa!

Repito la orden. Lo mismo hacen otros. El eco se confunde con la gente que comienza a correr desde la popa.

El ingeniero despótica todo el diccionario. El indicador del manómetro recomienza su cuenta regresiva: veinte, treinta, cuarenta metros.

Vuelven a aparecer las botas del comandante. Todas las miradas convergen hacia él. Pero el comandante solamente sonríe cínicamente y sigue impartiendo órdenes:

—¡Ambas máquinas a mínima velocidad! ¡A sesenta grados! —hasta que por fin nos aclara—: La corbeta está a quinientos metros de aquí. Al parecer está detenida. Nos quieren sorprender, esos tontos. —El viejo se inclina sobre la carta. Un instante más y se dirige a mí—: ¡Son vivos! ¡Hay que ser muy cuidadoso con ellos! En fin, ahora nos retiramos lentamente hacia el Oeste.

Al oficial navegante le pregunta:

—¿Cuándo comienza el anochecer?

—A las dieciocho y treinta, señor.

—Muy bien; mientras tanto nos quedaremos bajo el agua.

No creo que haya ningún peligro inmediato porque el comandante acaba de hablar en voz alta. Ahora respira hondo, y con el tórax repleto de aire nos mira a todos, uno por uno.

—¡Pasó! —dice, y pasea su vista por el suelo: restos de agua, vidrios, aceite.

El camarero aparece, dispuesto a borrar las huellas de la lucha.

Es en la sala de máquinas donde ha habido la mayor cantidad de inconvenientes. El ingeniero se dedica a confeccionar una lista de detalles técnicos. El viejo presencia el hecho pacientemente.

—¡Haga arreglar todo rápido y bien! —le dice—: Tengo la impresión de que aún se nos va a necesitar en esta zona. —Enseguida se dirige a mí—: ¡Ya es hora de comer!

—¡Los huevos fritos deben de haberse enfriado! —dice el segundo oficial, sonriente.

—¡Eh, cocinero, cocine huevos frescos! —grita el comandante hacia la popa.

Estoy como anestesiado: ¿es verdad que estamos aquí, sentados a la mesa, en amable reunión, o es simplemente un engaño de los sentidos?

Mi oído todavía oye perfectamente los estruendos que producen las bombas de profundidad al detonar. Mi mente no puede comprender que hayamos salido sanos y salvos de esa lluvia de metal... Y ahora estoy sentado ahí, moviendo la cabeza, como si con eso se pudiese sacudir de encima la anestesia y el ruido infernal de las últimas horas.

No ha pasado aún una hora desde que cayera la última bomba: el radiooperador pone un disco en el gramófono. La voz de Marlene Dietrich inunda el submarino. Es un disco de la colección privada del viejo.

El comandante da la orden para subir a la superficie. El comunicado se oye en todo el submarino, por el altavoz. Son las siete de la tarde. El ingeniero da las indicaciones necesarias para que la maniobra se efectúe. Los vigías del puente se aprestan a salir al exterior y se visten con sus trajes de goma.

—¡Sesenta metros! ¡Cincuenta metros! ¡El submarino asciende rápidamente! —informa el ingeniero. A los treinta metros, el comandante hace escuchar, para saber si hay moros en la costa; nadie se mueve, nadie respira siquiera, deseando que no haya sorpresas. Pero no pasa nada.

A la profundidad de periscopio, el comandante da otra mirada, esta vez él mismo, por el aparato.

Esperamos, ansiosos. Nada.

—¡Emerger!

El aire comprimido entra sibilante en las cámaras de inmersión. El comandante arría el periscopio. Un clic señala que el periscopio se ajusta en su lugar de reposo.

—¡La torre está en la superficie! —señala el ingeniero—. ¡Igualar presiones!

El primer oficial tiene prisa por abrir la compuerta que da hacia el exterior: al hacerlo se oye como el estallido del corcho al destaparse una botella de champaña; aún no se han igualado las presiones. El aire fresco nos invade... Aire frío y húmedo... Recibo su entrada triunfal como un regalo. Me lleno de él. Lo paladeo. El submarino comienza a moverse.

—¡Mantenerse atentos! —el comandante no quiere riesgos.

Alrededor de nosotros, el cielo oscuro. Sólo un par de estrellas. Titilan y tiemblan, pequeñas como linternas al viento.

La torre se recorta contra el fondo natural y no cesa de bailar.

—¡Diesel a babor, a poca velocidad!

El submarino se contrae por un instante: los diesel comienzan a funcionar.

Por orden del comandante suben a cubierta el oficial navegante y la guardia de turno.

—¡Tenemos que mandar un comunicado! —oigo que alguien dice.

El oficial navegante vuelve a bajar. Me sonrío, porque escribe prácticamente el mismo texto que yo acabo de pensar. Me mira con cara rara, porque no comprende mi sonrisa.

—¿Puedo subir? —pregunto cuando él ha desaparecido en dirección del radiooperador.

—Sí, señor.

Subo. Las nubes se abren delante de la luna. Ella se apoya en sus reflejos blanquecinos. El mar reverbera y chispea, allí donde la luz lo toca. Pero ya las nubes se cierran, la luna se esconde. La única luz viene ahora de las pocas estrellas, esparcidas en el firmamento, y de los reflejos del mar. Detrás del submarino una estela fosforescente lanza su magia verdosa. Las olas se rompen contra la embarcación, y el ruido que hacen me recuerda el agua que toca una plancha caliente. A veces una ola de mayor tamaño nos hace frente, y su dolor al quebrarse se traduce en un opaco sonido de gong.

Tengo la impresión de que el submarino no flota sobre el agua sino que se desliza sobre una piel invisible, que separa la profundidad de la superficie. Ambas negras. Hay mil noches por sobre nosotros, y otras tantas por debajo de nuestros pies. Hasta mis pensamientos están desdibujados entre tanta pesadumbre. Han salido de foco. Sólo comprendo que estamos salvados; somos pescadores que vuelven al hogar.

—Es bueno saber que este laguito tiene tres dimensiones —dice el comandante a mi lado.

Estoy sentado a la mesa del desayuno. Oigo la conversación que se desarrolla entre los suboficiales. Parece Johann el que habla, por la voz; solamente oigo detalles, no todo. Creo que está en medio de un informe:

—...por fin hubo una estufa. ¡Oh, Dios, qué carrera! Pero no había nada que

hacer. Ni con la credencial del submarino. Por suerte el aparador no fue problema: tengo un cuñado que es inspector de cárceles, así que lo hizo hacer ahí adentro... Claro que no había ni qué pensar en conseguir un cochecito de bebé: Le pregunté a Gertrud si realmente todavía siguen usando esos carritos para bebé: después de todo las negras se los atan a la espalda, con un trapo y nada más. En fin, con una lámpara de pie estaría listo el rincón donde sentarse a leer. Que la pague el viejo. Gertrud ya sé desarrolló bastante: ¡ya van seis meses! Tengo curiosidad por saber si cuando sea la hora voy a estar prestando servicio... No, alfombras no... además, dónde las voy a conseguir sin robarlas... Siempre lo digo: me conformo con que el cuchitril no se desplome. ¡Hubo ocho ataques aéreos en una semana!

—Bueno, un viaje más... ¡y a estudiar! —dice otro, con tono de consuelo. Es el contraamaestre.

—La mesa podría quedar bien, pintada de blanco... Podrían fabricarla en el astillero, si quisieran... Y el cochecito del bebé también... aunque ahí me lo harían blindado.

Johann ha dicho la frase final; pero no contento con ella, prosigue aún:

—¡Qué manera de agrandarse, con las provisiones que han logrado ahorrar!

Todos tendríamos que llevarnos un par de latas de conserva a casa... A Gertrud seguro que le vendrían muy bien.

A las nueve de la mañana del día siguiente tropezamos con los restos de un naufragio. Un submarino parece haber chocado con el convoy. Nuestra proa deshace la gelatina negra que se ha formado con el combustible. Más allá, encontramos un bote inflable con el tripulante adentro. Está sentado como sobre una tumbona. Sus pies cuelgan a los lados de un asiento de goma; sus manos permanecen levantadas hacia adelante como si leyera el periódico. Me asombra ver el pequeño tamaño de estas embarcaciones.

Al acercarse, descubro que al hombre le faltan ambas manos. Nos señala con sus muñones ennegrecidos. También la cara es una máscara ahumada; solamente ambas hileras de dientes le dan al cuadro un tinte blanco.

—¡Muerto! —dice el oficial navegante. Se lo podría haber ahorrado.

La embarcación pasa rápidamente a nuestro lado empujada por las olas que nosotros provocamos. Tengo la impresión de que el cadáver está casi cómodo en esa posición de lector de periódico.

Nadie se atreve a pronunciar una palabra. Por fin el oficial navegante vuelve a romper el silencio:

—Era un marino civil. Me pregunto de dónde sacó ese bote neumático... los vapores generalmente llevan balsas... ¡Qué raro!

Esta disquisición técnica tiene la virtud de liberar la tensión ambiente. El viejo en seguida toma parte en el diálogo. Durante un largo rato discuten la posibilidad de que

ahora cualquier buque comercial lleve un marino de guerra. ¿Quién si no manejaría las armas?

Los restos no cesan de pasar. El vapor dejó tras de sí una estela inconfundible de muerte: combustible, cajones, botes salvavidas rotos en pedazos, balsas, boyas, trozos enteros del puente de mando. Entre todo eso, tres o cuatro ahogados colgando, con las cabezas gachas, de sus chalecos llenos de aire. Y de pronto, más cadáveres aun: ahora aparecen casi todos, sin salvavidas, con la cara escondida bajo el agua... varios, mutilados.

El viejo ordena acelerar la marcha; se queda en la cubierta, pero mira fijamente hacia proa. El oficial navegante vigila atentamente su sector.

Veo al vigía de estribor tragando saliva: justo en ese, momento pasa por delante de él un cadáver, el rostro hacia abajo, flotando sobre un tirante.

Trato de imaginarme cómo habrá sucedido todo esto.

—¡Ahí sobrenada una boya! —dice el viejo, y su voz suena como mal aceitada, áspera.

Rápidamente da una serie de órdenes cortas y enfilamos hacia ella. Es visible a momentos, pero a veces se oculta detrás del oleaje; es roja y blanca.

El comandante le indica al oficial navegante:

—La tomo por babor; ¡vamos, la número uno!

El contramaestre sale disparado, cruza el puente y sube a la torre; un minuto después reaparece con una pequeña ancla en la mano.

Todos nos damos cuenta de lo que el viejo tiene en mente.

El oficial navegante se inclina lo más posible, para poder tener ante sus ojos todo el submarino, desde popa hasta proa.

—¡A babor, máquina a poca velocidad hacia proa! ¡Máquina de estribor a toda marcha hacia adelante! ¡Timón a babor! —ordena.

La boya deja de verse por instantes. Todos tratamos de no perderla de vista. Ahora la máquina de babor ha dejado de funcionar; la de estribor lo hace muy lentamente. Los giros me confirman una vez más lo que ya en muchas oportunidades pensé: la maniobrabilidad del submarino no es grande: es un artefacto largo y tan delgado que ambas hélices no quedan lo suficientemente separadas una de la otra.

¿Dónde está la boya ahora ¿Dónde, maldición? Ya tendría que quedar a babor... Ah, qué suerte; ahí está ya.

—¡A babor quince, ir a cien grados... ambas máquinas a poca velocidad! Lentamente, la proa se acerca a la boya. El oficial navegante controla la operación; el contramaestre espera, con el ancla en una mano; en la otra, la cuerda del ancla me recuerda un lazo.

La boya llega a la altura de proa; el contramaestre ya está allí adelante. ¡Qué lástima! No se ve ninguna inscripción... ¿Estará del otro lado, o se habrá borrado?

Sin prisas, se desliza a más o menos tres metros del submarino. Mejor no podría ser. El contramaestre se balancea y arroja el ancla. ¡Falló! Suspiro, como si me hubieran cazado a mí. Aun antes de recoger el ancla la boya ya se bambolea cerca de la popa.

—¡Frenar ambas máquinas!

Por todos los diablos, ¿qué pasa ahora? El submarino sigue su camino hacia adelante; lo lleva la inercia; no podemos frenar. El contramaestre corre y llega a popa; ensaya un nuevo tiro; pero esta vez deja poca cuerda, y el ancla no llega a la meta; faltó medio metro, por lo menos.

—¡Haremos otro intento! —señala el comandante, frío.

Retengo la boya en mis binóculos, mientras el submarino da su gran vuelta. Esta vez el oficial navegante consigue colocarse tan cerca de la boya que el contramaestre, con sólo agacharse sobre la cubierta, podría cogerla con la mano. Pero prefiere el ancla. La arroja. Y tiene éxito.

—«Gulf Stream» —grita hacia el puente.

Más tarde, reunidos alrededor de la mesa, el comandante manifiesta:

—Espero que no molestemos a nadie con nuestra actuación.

La mirada del ingeniero es francamente interrogativa. También el primer oficial presta atención. El viejo aprovecha el suspenso y se toma su tiempo. Por fin comienza a tartamudear lo que está pensando.

—Supongamos que los del submarino no consiguieron averiguar el nombre del vapor que hundieron, así que al informar de su victoria pudieron hacerlo aumentando la cantidad de toneladas. Supongamos que dijeron quince mil toneladas... y ahora llegamos nosotros y contamos que descubrimos los restos del buque «Gulf Stream», que, pongamos por caso, está registrado con diez mil, nada más...

El comandante hace una pausa para comprobar que realmente lo seguimos en su razonamiento.

—Sería triste, ¿no es cierto? Muy triste... —dice.

Observo el linóleo que cubre la mesa y me pregunto en silencio: ¿Qué es lo que estamos discutiendo? ¿Si un comandante pierde prestigio en tal caso? ¿Para esto sirvió toda nuestra penuria?

El comandante se ha recostado. Se acaricia la barba con el dorso de la mano. Su rostro está tenso, expectante. Es lógico: el viejo sólo se hace el fuerte para infundirnos fortaleza a nosotros. Pero también en él se siente el peso de los días.

El marino muerto no se me despegaba de la conciencia. Atrapa todas las demás imágenes de lo que acabamos de vivir. Es el primer marino extranjero muerto que veo en mi vida. De lejos parecía haberse acomodado en el bote lo mejor posible para poder remar tranquilamente con las manos, sin mucho esfuerzo. Sus manos quemadas... otros deben haberlo colocado sobre el bote.



No había náufragos... todos muertos. Los integrantes de un convoy todavía tienen alguna oportunidad de sobrevivir, pero los otros, los que navegan solos...

El comandante ya ha vuelto a la mesa de cartografía y hace números. No mucho después ordena colocar ambas máquinas diesel a toda velocidad.

Se incorpora; trata de ponerse bien derecho, y para eso levanta y baja los hombros. Se estira concienzudamente y carraspea un buen rato. Luego pone cara de pensador, como si estuviera eligiendo las sílabas:

—¡Me como una escoba si no estamos sobre la pista del convoy! ¡Qué pena tan grande! Durante todo este tiempo que permanecemos sumergidos por el ataque, no hemos podido recibir ningún mensaje de radio. Y seguramente fueron muchos los que nos perdimos... ¡Ojalá se haga oír el submarino más cercano... o cualquier otro que haya captado alguna información...!

Y entonces, de pronto, nos espeta:

—¡La bomba de profundidad es evidentemente el arma más inexacta que existe!

El ingeniero ha escuchado lo que el viejo acaba de decir. En su rostro se le nota que ha quedado anonadado. El viejo asiente ahora, con un dejo de conformidad. Todos en la central lo han oído. El viejo ha conseguido hacer la síntesis de todos los ataques producidos por un destructor: con las bombas de profundidad no se logra un blanco; somos la prueba viviente de ello.

Bertold recibe repetidas veces la orden de dar su posición exacta. También nosotros esperamos con atención que Bertold dé señales de vida.

—¡Humm! —murmura el viejo, y se tironea los pelos de la barba.

# EL TEMPORAL

*Viernes. Día cuarenta y dos.* El viento del Noroeste sopla más fuerte cada vez. El oficial navegante nos lo aclara:

—Seguramente nos encontramos al Sur de una familia de ciclones que desde Groenlandia se dirige hacia Europa.

Su explicación me causa gracia, no sé por qué. El me observa, entre dudando y nervioso.

Va siendo tiempo de que yo vuelva a tomar aire fresco...

Afuera el mar se me presenta azul oscuro, verdoso. Trato de identificar realmente su tono. ¿Ónix, quizá? Sí, ónix es la tonalidad exacta.

Bajo las masas de nubes, a lo lejos, el mar adquiere un color casi negro. Sobre el horizonte aparecen algunas nubes solitarias, grises y oscuras, como sopladas. Más cerca que ellas y más compacta, otra nube de regular tamaño cuelga ante nuestra vista. A ambos lados, dos hileras de pequeñas nubecillas sin consistencia ni personalidad, y más arriba, por último, un montón de cirros, destrozados por el viento.

Pero al Este, el movimiento del cielo es muy diferente. Las nubes se suceden incansablemente unas a otras a la altura del horizonte, hasta que, en un punto predeterminado, se despegan de la línea que separa el líquido del aire e ingresan definitivamente a este último, cual globos que ascienden en un vuelo libre por completo. Sigo con la mirada su camino triunfal en la conquista del cielo; también se desprenden ahora del grupo oscuro del Oeste. Al principio, una pequeña avanzada prestamente seguida por una multitud de nubecillas, todas en dirección al cenit; se agazapan allí, se fijan a él con sus garras de aire; ya llega el grueso de las nubes mayores. Cuando todas están arriba, el viento las hace escapar nuevamente hacia un lado. Pero ya recomienza el ciclo, y otras nubes hacen lo posible por ganar una posición en pos de las anteriores. Da la impresión de que ahí abajo las reservas fuesen inagotables. Nubes y más nubes...

El marinero Böckstiegel va a ver a Herrmann, el enfermero, porque tiene en las axilas una costra que ya le está picando demasiado.

—¡Asqueroso! —le protesta Herrmann— ¡Ladillas! ¡Bájate los pantalones! —El marinero obedece—. ¿Estás completamente loco? ¡Ahí se divierte todo un ejército de ratas!

El enfermero informa del hecho al primer oficial. Este ordena una revisión general para las diecinueve horas. Los que estén de guardia en ese momento serán observados una hora y media después.

El comandante se encuentra durmiendo, así que se entera de la novedad sólo una

hora más tarde. Parece un toro mirando la capa, mientras el primer oficial lo pone en antecedentes de la situación. Finalmente se golpea la frente con la palma de la mano izquierda.

—¡En fin! —musita.

Los marineros también han sentido el golpe. En sus lugares de trabajo se acusan y se acosan unos a otros.

¡Así que, además de una mosca, llevamos a bordo ladillas! Si seguimos por este camino nos convertiremos en una especie de arca de Noé para animalejos inferiores.

Finalmente se descubren los piojillos en cinco personas. Poco después, el submarino entero está impregnado de olor a petróleo: el antídoto.

El viento arrecia, como si saliera a presión de una pequeña lata de conservas. A ratos deja de soplar, y entonces parece que estuviese tomando nuevas fuerzas para seguir con su tarea.

Minuto a minuto el agua adquiere más y más tensión bajo las influencias del viento. Por todos lados van apareciendo colgajos de espuma como a través de un vidrio oscuro. Las olas toman lentamente un aspecto taimado. Tiemblan, aletean. Por sobre la proa aparece agua hirviendo que chisporrotea, sobre la cubierta y se va. El viento se mezcla con el agua que, perdida, toma camino hacia el aire y arroja gotas saladas en el rostro de los vigías.

También la central va mojándose. La humedad todo lo cubre, como una fina película. Las escalerillas ya están resbaladizas y frías.

No puedo permanecer arriba sin ponerme la ropa apropiada. Una vez abajo, me dirijo inmediatamente al barógrafo: la aguja ha inscrito una línea ascendente, en escalones. Pronto la línea alcanzará el borde inferior de la hoja. Tan malo está el tiempo.

El barógrafo es un instrumento fascinante: el tiempo escribe gracias a él su autobiografía, como con una pluma estilográfica. La aguja inscribe sobre un tambor, que gira lentamente sobre su eje vertical. La línea así lograda representa el tiempo; de vez en cuando se interrumpe con otras líneas verticales, también producidas por la aguja.

Como no puedo explicarme el sentido de estas últimas líneas, le pregunto al oficial navegante cuál es su significado.

—Es un resto de nuestra inmersión de prueba, día tras día. El barógrafo no reacciona, como es lógico, solamente ante los cambios de presión del exterior, sino también ante las variaciones de la presión de aire en el interior del submarino. Las líneas verticales significan sobrepresión.

Se nota que el tiempo preocupa al comandante.

—Estos ciclones, soplan a veces con una velocidad de doscientos a trescientos kilómetros por hora, provocando una gran intranquilidad atmosférica entre el aire

subtropical y el polar.

—Teníamos que ofrecerle a usted algo bueno —me dice el ingeniero, con una sonrisa en los labios.

El viejo se inclina sobre la carta marina, y el oficial navegante la observa por encima de su hombro.

—Los frentes de tormenta del Atlántico Norte son de cuidado. Detrás del ciclón hay seguramente aire frío —nos aclara el comandante—, lo cual traerá sorprendentes golpes de viento y, espero, mejor visibilidad. Podríamos ir más hacia el Norte, pero entonces nos meteríamos en el núcleo mismo del ciclón. Y escapar hacia el Sur no podemos, por razones tácticas. Así que, amigo mío, no nos queda por hacer nada más que aceptar nuestro destino con la mayor valentía. Por ahora tenemos el mar de babor, por desgracia.

—¡Estoy seguro de que vamos a tener que movernos! —dice el piloto sordamente.

Un par de tripulantes están ocupados en asegurar las provisiones con correas. Aparte de ello, no hay mucho que preparar para la tormenta: aquí no es lo mismo que en un barco común... El viejo ya se ha resignado.

En el habitáculo de los marineros le oigo decir a Zeitler:

—¡Más de uno va a tener tos en estos días!

Y como ensayando para toser, comienza a mover hacia arriba y hacia abajo su nuez de Adán. Pero lo único que sale es un eructo.

—¡Qué mala acústica hay aquí últimamente! —opina otro.

—¡Si abres la ventana se mejora enseguida! —contesta Zeitler al momento.

Para el almuerzo tenemos que poner otra vez las maderas de contención; hay que cuidar que la sopa no se vuelque.

De pronto, el ingeniero le dice a su segundo, así como al pasar:

—¿Qué tiene usted ahí, sobre los párpados y las cejas? Eso debería enseñárselo usted al enfermero.

Después de que ambos oficiales y el segundo ingeniero se reponen de la sorpresa, el ingeniero continúa:

—Son ladillas, les advierto...

—¿Cómo? —pregunta el viejo.

—Eso que el segundo ingeniero tiene en los párpados y en las cejas son ladillas —repite el ingeniero.

—¿En serio?

—Claro. Cuando los animalitos se pasean por ahí, ya estamos por así decir en el quinto grado de la cuestión.

El viejo toma en sus pulmones una gran cantidad de aire: mira al ingeniero sin comprender aún del todo, con la frente arrugada como una tabla de lavar, la boca a

medio abrir.

—No quiero pasar por sobre sus conocimientos en la materia, ingeniero —dice por fin—, pero... ¿quiere decir eso que su sucesor ha...?

—Bueno... quizá no haya que pensar de inmediato lo peor de él...

El ingeniero tiene una sonrisa cínica en el rostro. El comandante mueve la cabeza ida y vuelta, como si quisiera comprobar que sus vértebras cervicales están en orden. Hasta que consigue articular:

—¡Es que si es así, el segundo ingeniero ha ascendido mucho en mi consideración!

Ahora es el ingeniero quien queda con la boca abierta por la sorpresa.

En el submarino se hace el silencio. El zumbido de base, producido por los extractores de aire, toma cuerpo. Sólo cuando se abre la escotilla que da hacia el habitáculo de proa se oyen por momentos pedazos de canciones y murmullos. Me incorporo y voy hacia adelante.

—¡Gran orgía en la cueva! —me advierte el oficial navegante en mi paso hacia allí.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —pregunto al llegar.

—¡Aquí hay alegría y felicidad! —me responden varias voces a coro. La gente está sentada sobre el suelo.

Parece que hubieran querido poner en escena a los ladrones de Carmen, por sus vestiduras: lo más viejo, sucio y roto es lo que tienen puesto.

El submarino da un salto. El resto de la ropa se despegas de sus lugares y cae en medio del habitáculo; nosotros debemos sostenernos para no caer. Desde el fondo se oyen improperios. Concentro mi mirada en la parte más oscura de la habitación:

¡ahí hay uno bailando desnudo!

—¡Ah, lo hace muy a menudo! —me aclara uno de sus camaradas rápidamente —.

¡Simplemente quiere a su cuerpo!

De dos cuchetas y una hamaca, en el frente, se desprende una canción. La palangana de metal choca contra algo sólido y el ruido que produce acalla el canto. Benjamín saca su armónica, la golpea concienzudamente contra la palma de la mano, la pasa un par de veces por delante de los labios cerrados, y finalmente ataca con una melodía. Hagen lo acompaña sin abrir la boca. Luego otro y otro, del mismo modo. Hasta que Böckstiegel, quizás el más corpulento de los que están sentados aquí adelante, comienza a ensayar un texto:

*Ella fue de Hamburgo hasta Brema, en Flensburg se quiso bajar.*

*Quería quitarse la vida, sobre las vías se quiso quedar. El conductor a tiempo la vio, con mano dura pronto frenó.*

*Más sin embargo el tren prosiguió una cabeza por tierra rodó* Los demás lo

acompañaban:

*¿De qué le sirve al Kaiser la corona?*

*¿De qué le sirve a un rey el dinero? Si no puede darse nada más bonito que una chica en Hamburgo cuando quiero.*

—¿Más té, pequeñín? —le pregunta Benjamín al fogonero diesel, Zörner.

—Bueno.

Benjamín inclina la tetera, inmensa. Durante un rato largo no sale nada por el pico hasta que de pronto estalla un chorro a presión, que sobrepasa la taza del fogonero y moja todo a su alrededor pan, chorizos y sardinas.

—¡Maldición, faltan solamente diez minutos para el cambio de guardia!... — Flacker es quien se da cuenta.— ¡Esto no es lo que se dice un buen pasar! ¡Te acabas de sentar, y ya tienes que volver a subir! —y abandona la rueda echando chispas.

Schwalle lo sigue, ajustándose el cinturón.

—¡Saludos! —les grita Böckstiegel todavía.

El ingeniero aún está sentado en la cabina de los oficiales. Me mira, interrogante, y me pregunta:

—¿Qué hace el bebedor cuando no tiene ni siquiera un vaso?

Muevo los hombros, haciendo como que no sé; pero el ingeniero no perdona:

—¡Bebe de la botella!

Cansado, no se me ocurre qué responderle.

Desde la central me llega un ruido como de lluvia que cae, producido por el agua al baldear la cubierta. A veces un puño enorme golpea con todas sus fuerzas el fondo de la embarcación. De pronto el suelo comienza a temblar, y yo también. El comandante sonrío mientras me lo explica:

—Son los elefantes de mar, que quieren frotarse contra la estructura del submarino.

Otra vez el sordo ronroneo. El ingeniero se incorpora y levanta una de las placas que componen el suelo; me llama:

—¡Ahí pasa uno!

Meto mi cabeza en el agujero y, con la ayuda de una linterna, veo un pequeño vagón deslizándose por dos rieles. Un hombre yace sobre él, en mala posición.

—Está examinando el estado de las baterías —me aclara el ingeniero.

—¡Bonito trabajo eligió, con este tiempo!

—Sí, es cierto.

Cojo un libro en mis manos, con la santa intención de leer un rato; pero pronto me doy cuenta de que estoy demasiado cansado para hacerlo. Lo mejor sería beber algo ahora o una hermosa mujer, pero no esta situación por la que estoy pasando...

¡Ah, qué bonito sería, en verdad!

Me viene a la memoria el gusto bobo de un caramelo; parece que aún lo estuviese

paladeando... y en seguida creo ver el color rojo de esa bebida pegajosa, tan pegajosa que serviría para cerrar el sobre de una carta. Era una bebida caliente. ¿De dónde la sacarían las damiselas...? El que era realmente caradura para estas cosas era Friedrich: ¡mira que encararlas así porque sí, en medio del local!

—¡Ustedes sí que huelen bien, pimpollos! ¿Dónde viven?

«¡Disparar sobre lo primero que se ponga delante de la escopeta!» era su lema al bajar a tierra. «¡Pero antes hay que llenarse bien el garguero!» ¡Dios mío, ésa sí que fue una noche! ¡Qué locura! Las dos damitas estaban realmente bien: una rubia, la otra pelirroja.

—¿Cómo les va?

—¡Ah, pero si son nuestros jóvenes de azul! ¿Qué te cuelga ahí? ¿Una orden?

¡Eso tenemos que festejarlo!

Y así empezó la cosa. La rubia atacó primero: la panza al aire, se sentó sobre mis rodillas.

—¡Está prohibido bailar! —le rezongó uno desde atrás.

—¡Pero no en mi casa, tonto! ¡Vamos, querido, busca un taxi!

Empujoncitos, risitas de circunstancia. El conductor del taxi, animado.

Tenía una vitrina con una serie de pequeñas muñecas, de todos los tamaños imaginables. Todas con el vestidito arreglado, amorosamente cuidado. También había enanitos de jardín del tamaño más pequeño. Por lo menos una docena, mezclados con otras figuras laqueadas, típicas. Más allá, los infaltables ciervos de yeso, con el lomo en plateado brillante. En la lámpara de pie, una bombilla roja, por supuesto. Los almohadones sobre el sofá habían sido todos aplastados en el centro para que las puntas resaltaran más. También estaban los otros almohadones, los redondos, con los lógicos ositos de peluche, uno de los cuales hasta era rosa... Todo lo tengo claramente ante mi vista: incluso la carpeta debajo de los vasos, y la bandeja, con la iglesia de San Marcos de Venecia pintada en ella. Seguramente un recuerdo de aquella ciudad, igual que la enorme muñeca de la vitrina, la más grande, con las piernas de plástico apuntando hacia arriba.

El sofá tenía una figura... ah, una vid. Y las cortinas estaban estampadas con hortensias, y la alfombra con flores rosadas. Había tapices de terciopelo negro, mostrando guindas, urogallos y molinos de viento. Claro que con la luz, que teñía todo de rojo, no se podía ver cada detalle en particular. Hasta la bebida que nos sirvieron, verdosa, se transformaba en un líquido negruzco al mezclarse los colores.

—¡Ustedes nos quieren envenenar! —dijo Friedrich. Y me murmuró al oído—:

¡Mejor pago algo yo! —Un poeta, este Friedrich. Un talento, de verdad.

—¡No! ¡Cómo puedes pensar algo así! —le respondió la pelirroja en seguida.

—¡Pero claro que no, mi amor! —y allí fue la primera caricia, para consolarla.

—¡Las manos quietas! ¿Qué buscas ahí?

—Te permito adivinar tres veces...

Más tarde, la pelirroja, que se había acomodado con Friedrich en un rincón oscuro, sobre la alfombra, comenzó a desperezarse y a bostezar, sin recato alguno, ante los influjos de la cháchara sin fin de Friedrich. Y entre bostezos le decía:

—Nosotras somos realmente lo que se dice las mujeres de los guerreros. Nos pueden creer.

No sé cómo, de pronto tuve a la rubia, que estaba sentada conmigo en el sofá, con la blusa abierta, tomada de los hombros...

Pero ambas señoritas no tuvieron nada mejor que hacer que ponerse a discutir entre ellas. La rubia le echó en cara a la pelirroja el haber comenzado el asunto.

—¿Estás loca? Yo acepté cuando tú ya estabas decidida hacía rato... Friedrich reía a mandíbula batiente y cantaba:

«*¡Si has pensado que yo te quería porque te seguía, porque te pedía...!*» De pronto recibió una bofetada de padre y señor nuestro; se le fue el habla. Pero la damisela parecía conocer mal a Friedrich. ¡Qué batahola! Hasta que al fin se oyeron los golpes de la pesada mano de Friedrich sobre las nalgas de la mujer del guerrero. En la confusión se rompió la botella y se hicieron añicos los vasos.

—¡Terminen de una vez! —gritaba la rubia—. ¡Qué pensarán los vecinos! ¿Se han vuelto locos?

De repente, noto que el ingeniero me observa intensamente, de reojo. Y me dice:

—Fantasioso... esa es la palabra... nuestro fantasioso poeta de a bordo.

Me incorporo y bostezo largamente, mostrando los dientes. Al ingeniero parece gustarle, porque lo dejó sonriéndose por un rato.

El comandante ha escrito en el libro de bitácora, acerca de este viernes: «Viento Noroeste 6—7, marea 5, cursos de búsqueda».

Sábado. Participo de la guardia de la mañana, junto con el oficial navegante. Durante la noche el viento se ha ocupado de romper la composición del mar, que ahora se presenta en forma de peines blanquecinos entre valles verdosos que se apresuran a pasar. Las olas ascienden, pero sin brillo. El mar ya no nos ataca desde babor sino desde proa. No sé a qué se debe el cambio de curso que se ha operado durante la noche.

Es como si nosotros estuviésemos completamente quietos, mientras las montañas de agua se mueven en nuestro derredor.

El agua me salpica duramente en el rostro. La humedad se extiende rápidamente por debajo del cuello y se transforma en pequeños laguitos situados entre el pecho y la espalda; me provocan escalofríos.

El viento es cambiante. Su fuerza y también su dirección son distintas a cada instante.

El cielo es de un gris casi total, sin resquicio alguno. Por encima del gris se juntan



unas nubes más oscuras todavía, como montones de algodón mugriento. Por ningún lado consigo vislumbrar un tono amable; nada más que este pétreo y húmedo gris. Sólo a los flancos de las olas, también grises, pero aceradas, puedo distinguir algunas arterias blancuzcas, y espumilla blanca y sucia. En el lugar donde el sol debería aparecer hay apenas un brillo pálido.

Pasada media guardia, se nos aparece por delante de la embarcación una pared, color gris negruzco; parece yeso. Alcanza desde el horizonte hasta lo más alto del firmamento. Se mueve, está viva. Le crecen brazos, que parecen salirle del rostro, ahora redondeado. Termina por ocultar las últimas estrellas de la mañana. Hasta el aire se hace más pesado bajo la sorda presión del ambiente. Las olas se revuelcan y sisean, cada vez más fuerte.

¡Empieza la tormenta! Llega, en un ataque por sorpresa, desde la pared del frente; la piel verde del mar se deshace en hilachas.

Las olas son más fuertes a cada minuto que pasa. Son parte de la horda que se nos echa encima.

El cielo es definitivamente gris, de un gris arratonado. Sin grieta alguna. Está paralizado. Sólo un par de manchas más grises que el resto delatan su viaje constante.

Miedosas, algunas olas se animan a saltar más alto que las demás; pero ya el temporal las desmenuza y arroja sus gotas en la dirección que él quiere.

El silbido del alambre de la radio se hace más y más agudo. La tormenta prueba todos los tonos posibles, todas las intensidades; rechina, llora, chilla; cada vez que la proa cae por debajo de la superficie, llevándose consigo el alambre de comunicaciones, el silbido deja de oírse, por un momento nada más. En seguida vuelve a estar ahí, en cuanto la proa aparece por encima del agua blancoverdosa. El banderín que cuelga del alambre va y viene, bajo los influjos del viento; en un instante, roto y deshilachado, no quedará de él absolutamente nada.

Apoyo la espalda contra la columna del periscopio. Desde aquí veo toda la proa, y más allá el mar.

El viento me golpea en el rostro; ya no se trata de un elemento liviano, ya no es aire; es una masa compacta, orgánica, que choca contra mi paladar cada vez que abro la boca.

¡El temporal! Quisiera gritar de asombro. ¡Esto es un temporal, sí señor! Me concentro, y con los ojos saco instantáneas del movimiento de las olas: son momentos que me relatan la creación del mundo.

El agua volante me obliga a buscar refugio. Son latigazos en la cara. Se me hinchan los párpados, lo noto. También en las botas ha entrado el agua.

Se ve que las botas no fueron hechas pensando en estas situaciones; tampoco los guantes, que mandé hacia abajo hace rato; estaban muy mojados, por dentro; ahora tengo los dedos blancos de frío, duros; parecen las manos de una lavandera.

Los baldazos de agua son tan fuertes que me tengo que cubrir continuamente; durante largos minutos creo estar de pie debajo de una catarata.

No se debería llamar «puente» a esa bañera de metal, abierta hacia la popa, en la que tratamos de guarecernos. No se parece en nada al puente de un barco convencional, que se extiende a todo lo ancho de la embarcación, bien cerrado con grandes ventanales de vidrio, seco y templado. Esa es una habitación segura, de diez a quince metros de altura, desde donde el mar picado por un temporal puede ser observado cómodamente.

En cambio, nuestro «puente» no cuenta más que con un gran escudo de metal, por encima del cual se supone que el viento se transformará en brisa vertical, como si el escudo se prolongara en el aire. Pero con la velocidad de estas corrientes aéreas el efecto se ha perdido por completo. Y hacia popa ni siquiera presenta esa protección: está abierto. Así que también desde allí nos entra el agua.

Durante la mayor cantidad de tiempo, mientras dura mi guardia, me encuentro de pie en el fondo de un río inagotable. Apenas se escurre el agua hacia la popa, el segundo oficial vuelve a gritar:

—¡Sujetarse fuerte! —y ya entra en el puente el próximo golpe de agua. Me protejo como en un ring, agachándome; pero el agua también sabe de boxeo: ahora me golpea desde abajo en medio del rostro. *Uppercuts* y ganchos a granel.

Hay que hacerse fuerte en la posición en que uno esté: agarrarse de lo que se halle más a mano. Llenarse de aire, hacerse pesado. No es cuestión ya de confiar en los cinturones de seguridad, aunque parezcan tan sólidos.

Cuando consigo levantar la cabeza y observar algo de mi sector, se vuelve a oír la voz del segundo oficial:

—¡Atención! —Una nueva ola nos baña. Otra vez sacar la cabeza; otra vez recibir el golpe en la espalda y otro golpe, un segundo más tarde, desde abajo. Los huesos de mis manos parecen salirse de su lugar.

Me obligo a echar un vistazo hacia la popa: pasando la barandilla, más allá de la defensa antiaérea, no se puede ver absolutamente nada. La espuma hirviente lo tapa todo; las salidas de ventilación y de los gases de nuestras máquinas ya no se distinguen, porque han quedado por debajo del agua revuelta. Lo que quiere decir que los diesel están gastando el aire del interior de la embarcación.

El manto de espuma que hay sobre cubierta adelgaza rápidamente; el submarino se incorpora, sube y las aguas se disuelven hacia los costados. Las hilachas de agua caen a los lados, dando la impresión de otras tantas barbas que cuelgan de la popa. Reaparecen los agujeros de los escapes y, saliendo de allí, los vapores que emanan de los diesel. Es un humo aceitoso, de color azul, que aun antes de poder subir y desaparecer es roto en mil pedazos por el viento implacable.

También los que están dentro del submarino sufren el temporal: en sus tímpanos

deben soportar el continuo cambio de presiones; aumenta, baja, aumenta, baja, y así sucesivamente.

Muy pocos segundos pasan antes de que una nueva ola se estrelle contra la torre y suba por ella, lamiéndola. Otras dos, más brillantes, inundan nuevamente la popa y se encuentran en el aire, por encima de nosotros. Con un grito se desparraman hacia arriba y caen. En seguida la popa revive el gorgoteo del agua que se escurre, hasta que el submarino vuelve a emerger desde debajo de la espuma. Los últimos restos de espuma desalojan la cubierta. Por un instante no llevamos agua con nosotros. Pero no tarda mucho en golpearnos nuevamente el puño del temporal. La popa vuelve a sumergirse bajo el peso de las olas. Siempre así.

Al bajar al interior del submarino me doy cuenta de que ya no siento mis propios miembros. Suspirando consigo desprenderme de mi chaqueta de goma.

¡Todo está mojado!

—¡Bastante áspero! —Así describe el comandante el estado del mar que nos rodea. Sentado a la mesa, hojea unos cuadernos azules y verdes.

Quisiera poder decirle que yo entiendo por «áspero» la superficie del papel de lija, pero no este mar de locos...; en fin, según el viejo parece no haber otra denominación mejor que «áspero» para esta situación.

El viejo lee a saltos:

—«El submarino puede navegar escondido a la visión del enemigo por todas las regiones marinas en las que desee actuar militarmente. Es decir que el submarino es sumamente apropiado para colocar minas en la costa contraria, en la entrada de los puertos enemigos o en la desembocadura de los ríos. Estos son los puntos claves del desenvolvimiento enemigo, y por eso es aquí donde las minas que el submarino transporta tienen mayores posibilidades de ser realmente útiles; lo cual es muy importante, si se considera la poca cantidad de minas que el submarino es capaz de transportar».

Levanta la vista y me observa de frente:

—¿No es ésta una pieza del mejor estilo?

Pronto encuentra otro trozo que lo motiva a la lectura en voz alta:

—«El submarinista ama su arma. Ella demostró su espíritu en la guerra mundial, y de la misma manera lo demuestra hoy en día, tratando de alcanzar su valiente deseo».

—¡Bonito! —digo.

—¡Claro! —me responde el viejo—. ¡Lo escribió el Mando!

Un rato después, el viejo lee, ahora de un periódico, mientras menea la cabeza:

—¡Helios es la sorpresa del torneo!

Por un momento cierra los ojos, para , luego murmurar:

—¡Las preocupaciones que tiene la gente!

¡Qué lejos estamos de todo eso!

Caigo en la cuenta de que son pocas las ocasiones en que nos ponemos a pensar en lo que estará sucediendo en tierra. Casi nadie habla del hogar. A veces tengo la sensación de que hace años que estamos viajando; si no fuese por las comunicaciones radiales, podríamos pensar que somos los únicos ejemplares de *Homo sapiens* que andan dando vueltas por el planeta.

Juego con la idea de que el Mando nos olvide. ¿Qué pasaría entonces? ¿Cuánto conseguiríamos navegar todavía, ahorrando todo lo posible? Es cierto que estamos en el submarino de mayor autonomía, pero... ¿para cuánto tiempo alcanzarían nuestras provisiones? En la penumbra de nuestro ambiente se podrían dejar crecer *champignons*: el clima de a bordo es especial para los hongos; lo prueba el moho que crece sobre el pan. O berro. Se dice que el berro se desarrolla también con luz eléctrica. Es seguro que el administrador encontraría lugar para él, por ejemplo en el pasillo, debajo del techo. Solamente tendríamos que agacharnos un poco más, con los jardines de berro colgando por encima de nuestras cabezas.

Finalmente podríamos pescar algas. Tienen una gran cantidad de vitamina C. A lo mejor existe incluso una especie de algas que puede crecer en el submarino, transformando la grasa de la bodega en abono.

*Domingo.* —¡Deberíamos tener panes crocantes para el desayuno! —dice el ingeniero por la mañana—. ¡Hermosas rebanadas, untadas con manteca, derritiéndose porque los panecillos están aún calientes... frescos, recién traídos de la panadería! Y con eso, una taza de cacao humeante, no muy dulce, más bien un poco amargo, pero muy caliente... ¡Eso vendría bien ahora!

El ingeniero levanta los ojos, extasiado por el placer que le produce su solo pensamiento; ostensiblemente hace como si oliera el aroma imaginario.

—¡De película! —le dice el viejo—. Ahora muéstrenos cómo le gusta el desayuno que nos manda la Marina de Guerra, con huevos revueltos.

El ingeniero hincha el cuello y traga; en tanto su nuez de Adán sube y baja un par de veces, sus ojos se clavan en un punto de la mesa y parecen salirse de las órbitas.

El viejo se da por conforme. Pero el primer oficial, cuyo rostro permanece impávido y como cumpliendo con su deber aún durante la comida, come su ración sin chistar y sin dejar una sola migaja. Pero no puede ocultar su descontento y mira asqueado a su alrededor.

—¡Quitar la mesa! —grita el comandante hacia la central, y el camarero aparece con un trapo mojado. El primer oficial respinga la nariz, en una muestra del rechazo que la situación le produce.

Después del desayuno me voy hacia mi habitáculo; intento dormir otro poco; lo último que escucho es la voz del comandante.

—¡Se abren las puertas para dar paso al conde! —anuncia Pilgrim al aparecer el

Sordo. La compuerta que da a la cocina se abre, efectivamente, con un golpe que me hace saltar del susto. El Sordo me dedica una sonrisa, como disculpándose. Desgarbadamente comienza a desvestirse; después de haberlo hecho, se acomoda en la mesa.

—¿Cómo es esto?, pienso yo. ¿El marinero de la central quitándose ropa mojada? Este no viene del puente. En ese instante oigo desde la central ruido de agua. Ahora entiendo.

—¡No te pongas tan ancho! —le recrimina Frenssen al Sordo—. Bien podrías arrojar tus ropas en otro lado.

Por más que trate, y a pesar de probar continuamente nuevas posiciones, no consigo afirmar mi cuerpo en la cucheta de manera tal que no tenga que mecerme; eso todavía lo soportaría, pero a lo que no me acostumbro es a los golpes que me doy cuando mi cuerpo se eleva, debido al subir y bajar de la proa o de la popa. Y a eso se agregan nuevos e inquietantes ruidos. El retumbar contra la torre, y los siempre renovados tonos bajos. Sin ritmo alguno se suceden los más diversos sonidos, hasta que los nervios no pueden más. No pasa un minuto sin que todo el submarino tiemble, hasta llegar el temblor a la médula de cada uno. Solamente resignación es lo que queda ante tanto mal trato y tanta orgía de ruidos.

Lo malo es que los ruidos no cesan porque sea de noche. Debido a que muchos sonidos propios del submarino dejan de existir durante las horas de descanso, los murmullos del mar se hacen mucho más audibles. A veces me parece que se trata de cataratas que se precipitan en el mar a través de un alto horno. Así que estoy despierto, intentando descomponer los tonos que forman los ruidos que vienen de afuera. Al chapoteo se le agregan golpes que hacen sonar al submarino como si se tratara de un tambor enorme, cuyos parches se afinan y desafinan a cada instante. Pienso que el temporal debe de estar soplando fácilmente a sesenta millas marinas de velocidad.

¡Tchtsstiummm! La proa se inclina; el compartimiento en que estoy la sigue, hacia adelante, hasta ponerse casi vertical. Nuestras pertenencias se alejan de la pared, a cuarenta y cinco grados. La cortinilla se abre sola, mis piernas suben, mi cabeza se hunde... y como si esto fuera poco, el habitáculo comienza a girar, porque el submarino trata de escaparse de su fea situación por un costado: no quiere quedar vertical. Desde la popa llega ruido de hélices. El submarino tiembla, febril. Un pedazo de hierro acaba de chocar contra otro... más ruido de tambor.

Frenssen me observa con mirada aburrida; al fin levanta los ojos hacia el techo:

—Qué lío, ¿no?

—Sí.

Las hélices vuelven a sonar liberadas. El habitáculo toma de nuevo posición horizontal. Las cosas vuelven a sus lugares; yo cierro mi cortinilla. Pero, ¿qué sentido

tiene? En seguida seremos presa de la próxima ola.

Medio dormido, oigo que Dorian regresa al camarote.

*Lunes.* Hace tiempo que no subo al puente. Así que es hora de hacerlo... Mas ¿qué gano con ello?

Recibir bofetadas de las olas, golpes con el látigo de siete puntas, estar mojado hasta debajo de la piel, tener los miembros congelados, los huesos paralizados, los ojos doloridos: eso es lo que gano.

Pienso que he encontrado suficientes argumentos; me quedo sentado, aquí en el habitáculo de los oficiales, que todavía es el mejor de los lugares: aquí estoy seco.

Un libro se ha caído al suelo. Tengo que haber oído la caída, pero no, sólo ahora me doy cuenta de que está allí. Hasta lo que recibo a través de mi vista llega a mi conciencia con tardanza: mis nervios están estirados como si fuesen de goma.

Siento en mí la obligación de levantar el libro; no puede quedar ahí tirado, indefinidamente. Mas no quiero oír la voz que me lo reclama. Cierro mis oídos, el último resto de iniciativa que en mí quedaba se hace añicos. Total, ahí en el suelo el libro no molesta a nadie.

Pasa el ingeniero desde la sala de máquinas; ve el libro y se agacha a recogerlo.

¡Listo!

Después de acomodar el libro en su anaquel, el ingeniero se sienta en su camastro con las piernas encogidas, y saca a relucir un periódico que tenía guardado debajo de su almohada. No dice absolutamente nada; simplemente desparrama olor a aceite en su derredor. Está serio.

Un cuarto de hora después hace su entrada el alférez para pedir las nuevas normas de las señales de reconocimiento. También en el ingeniero ha disminuido la capacidad de comprensión: ni escucha al alférez. Este repite su pregunta, ahora en voz más alta. Por fin el rostro a oscuras del ingeniero le concede una mirada. De reojo veo que le cuesta elaborar una respuesta. Las normas de reconocimiento son una cosa importante, y él lo sabe. ¡Quizá nunca tendremos necesidad de usarlas, en realidad! Pero el cambio diario de las normas pertenece a la rutina.

El ingeniero se incorpora. Con el rechazo pintado en la cara abre el armario que queda a sus espaldas. Lo hace de manera tal que parece que estuviesen sosteniendo excrementos delante de su rostro. Su periódico resbala del camastro al suelo justo sobre un charco, seguramente resto de la última comida. El alférez desaparece por fin con sus normas; lleva aire de preocupación. El ingeniero masculla un insulto y vuelve a sentarse en su rincón. Esta vez levanta aún más las piernas como si quisiera esconderse detrás de ellas. .

Desearía poder comunicarle mis impresiones. Pero hasta para eso estoy demasiado desganado.

Aún no pasaron cinco minutos, cuando vemos reaparecer al alférez. Es lógico:

tiene que guardar las viejas normas bajo llave. Con las normas no se puede jugar, no pueden quedar tiradas por ahí. Ahora estalla el ingeniero como una bomba, pienso. Pero el ingeniero no dice una sola palabra. Hasta se incorpora con energía, pero visiblemente molesto; cierra el armario, dobla el periódico, se lo coloca debajo de la axila y desaparece en dirección a popa. Dos horas después lo vuelvo a ver, esta vez en la sala de las máquinas eléctricas. Apoyado con la espalda en el tubo del torpedo de popa, en medio del olor del compartimiento, lee su diario con toda comodidad, sentado sobre un cajón de ciruelas.

Después de la cena, una voz interior me recuerda que en todo el día no he estado en cubierta. Pero consigo acallarla, respondiéndome que arriba a esta hora ya está casi oscuro.

De todos modos, y para cambiar un poco de ambiente, voy hasta el habitáculo de proa. Me recibe una compacta mezcla de olores, conformada por el perfume de la bodega, restos de comida, el sudor de la ropa y limones podridos. Dos bombillas le dan al lugar la luz mortecina de un burdel.

Reconozco a Schwalle, sosteniendo entre las piernas una gran fuente de aluminio. De ella sale un cucharón. Alrededor de él veo un lío de pan, chorizo, pepinos y latas de sardinas abiertas. Más arriba, dos cuchetas ocupadas por gente durmiendo. Los camastros a derecha e izquierda también están ocupados.

Aquí adelante es donde los movimientos del submarino se sienten más. A cada minuto la embarcación entra en una sacudida, y Schwalle tiene que levantar de inmediato la fuente, para que el contenido no rebalse.

Desde la profundidad del habitáculo aparece el torpedista Dunlop a cuatro patas, con dos lámparas, una verde y la otra roja, en una mano. Quiere cambiarlas por lámparas blancas. Por fin lo logra. Dunlop se queda extasiado admirando su obra: ¡luces de Bengala!

—¡Precioso! —la voz llega desde una hamaca.

—Seguramente está limpia todavía —oigo que le dicen a Benjamín—. ¿Cuánto tiempo crees que hace que tengo puesta esta camisa?

—¡Apuesto que desde la partida!

—¡Eso es lo que tú crees! —se oye la voz de triunfo—. ¡Desde dos semanas antes de zarpar!

Junto a Schwalle y Ario y Dunlop están Bachmann, el fogonero diesel, al que llaman el Bailarín; Dufte, Fackler y el pequeño Benjamín, el de la barbita, sentados en el suelo.

El comandante ha reducido la duración de las guardias; de esa forma gente que nunca lograba verse está ahora compartiendo un rato.

Sin aviso previo el submarino se clava en el agua. La fuente rebalsa hacia adelante, por entre las piernas de Schwalle, y la sopa que contenía moja el pan. El

submarino corrige su posición, pero para ello entra en una danza infernal. Un recipiente cae al suelo, haciendo mucho ruido, y descarga su contenido de cáscaras de pan llenas de moho y de mitades de limones exprimidos. Se oye el agua en la bodega haciendo gargarismos. La proa cae nuevamente al agua, y el habitáculo tiembla. El agua de la bodega corre siseante hacia adelante.

—¡Maldición! —protesta Schwalle.

El pequeño Benjamín rueda por el suelo, mientras lanza denuestos a granel; cuando consigue incorporarse adopta la posición de Buda, con las piernas cruzadas, mientras que con un brazo se agarra del elástico de un camastro.

—¡Estás ocupando demasiado lugar! —le espeta Ario.

—¡Un momento... para que estés contento voy a tratar de inhalarme! —también Ario tiene que cogerse de la agarradera de un camastro, para no caer. Con el otro brazo consigue alcanzar un cuchillo y destrozar los restos de un pan, hasta que quedan de él solamente las partes aún comestibles. Sus bíceps se hinchan en la operación.

—¡Pareces un mono colgado de la rama! —lo compara Schwalle.

—¡No voy a permitirlo! —responde Ario.

—¡Ten cuidado, que ya sé de mucha gente que ha quedado muy conforme con un par de golpes de los míos!

Más ruidos inquietantes. Algo suena entre los torpedos, allí adelante. Pero nadie se levanta para fijarlo nuevamente en su posición. Una toalla que cuelga del elástico de una cucheta, a estribor, se desliza por un instante hasta quedar completamente desenrollada; como si le hubieran puesto almidón, adopta la posición vertical.

Ario la observa, concentrado:

—Alrededor de cincuenta grados —comenta.

—¡Qué mierda! —suspira el torpedista, quien ha encontrado un charco entre los torpedos y trata de secarlo. El trapo que tiene entre sus manos desparrama un olor ácido. El charco se agranda ahora hacia todos lados y moja el piso donde los demás están sentados. Ario va a incorporarse de un salto, pero el agua queda paralizada, como en un trance hipnótico, y vuelve hacia adelante.

De todas maneras, Ario se pone de pie. Con una mano se limpia el sudor de la frente. Se apoya contra el camastro, teniendo siempre cuidado de no soltar la agarradera, y se quita la chaqueta. Por los agujeros de su camisa aparecen manchones oscuros de pelo negro. Ario está completamente sudado. Trabajosamente logra su cometido y vuelve a sentarse. Acto seguido les comunica a sus compañeros pomposamente que, a pesar del tiempo, él se dedicará ahora a comer. Y lo dice en serio, porque inmediatamente se dedica con todo su empeño a armar un emparedado con un poco de pan, apenas mohoso, sobre el que coloca cuidadosamente manteca, chorizo, queso y sardinas.



—¡La torre de Babel! —le dice el Bailarín. Ario se estimula con ese reconocimiento, y le agrega además un poco de mostaza. Ruido de dientes. El pan, duro, exige trabajo a los músculos de la mandíbula. .

—¡Es mejor que la porquería que viene en las latas! —murmura.

Acompaña su ración con té. También otros se dedican a comer. Los labios de todos están brillantes de grasa; son caníbales alrededor de sus fuentes. Las piernas de uno se entrecruzan con las del que está sentado enfrente, como en el compartimiento de un tren. Ario, con un eructo, hace notar una y otra vez que la comida le apetece. Se pasan una botella de jugo de manzanas. Algunos se preparan para tomar la guardia siguiente; desaparecen hacia la popa.

Un momento después vuelve a abrirse la compuerta, esta vez para dar paso al pelirrojo Markus.

Con su jersey a rayas horizontales, azules y blancas, parece un boxeador de los años ochenta. Trae el olor de los diesel, que se mezcla en seguida con la acidez del ambiente.

Por un instante queda de pie, observando la situación; luego se desprende de su jersey aceitoso. Se bambolea para hacerlo, como si estuviese borracho. Por fin se deja caer, como un boxeador derribado, entre los demás. Ario lo empuja hacia un lado, pero Markus no reacciona. Entre bocado y bocado trae información fresca:

—Perdió el Hertha Fútbol Club... lo dijo la radio. Cinco a cero. Ya al terminar el primer tiempo perdían por tres a cero. No tienen más posibilidades de llegar a semifinalistas.

—¡Qué bárbaro!

—¡Increíble!

El Hertha Fútbol Club ha sido vencido... y el temporal pierde toda su importancia. Inmediatamente se inicia el debate:

—¡Justo el Hertha! ¡Ni siquiera hicieron el gol del honor! ¡Si es para llorar!

Un cuarto de hora después el tema ya no da para más; pero la reunión se agita nuevamente cuando todos se enteran de los planes de Benjamín, que quiere casarse. De todos lados comienzan a llover consejos:

—¡Espacio, chiquito!

—¡Estás completamente despistado! ¡Alguien como tú habría que pasearlo por el zoológico y usarlo de cruce con los chimpancés!

—¡Pobre mujer!

Benjamín se ha enojado.

—¡Se me está acabando la paciencia! —protesta.

Es necesaria toda la retórica de Ario para calmarlo. Y, con palabras finamente elegidas, consigue incluso que Benjamín saque del armario su billetera, bastante ajada, donde guarda una serie de fotos de su dama. El Bailarín se las arrebató de las

manos. Cada fotografía es comentada por separado antes de pasar al resto de la gente: gusto!

—¡Qué chasis! ¡Modelo hogareño! ¡Ayúdenme, soy inocente! ¡Qué falta de buen gusto! Una vez que hubo terminado con todas y cada una de las fotos, se dirige a Benjamín con las manos vacías y el asombro en el rostro:

—¡No estarás diciéndonos en serio que se puede uno acostar con ese ojón!

Pero Benjamín ni lo oye. Su preocupación es ahora recuperar las fotografías; la tetera cae, en el intento. En el suelo no tardan en aparecer restos de comida. El marinero maquinista de torpedos, que es el jefe del habitáculo de proa, tiene que intervenir desde su camastro y poner en juego todo su poder para calmar la situación. Si bien ha logrado recuperar todas sus fotos, Benjamín se muestra aún muy dolido; seguramente aprovecha para hacer un poco de teatro; se debe sentir todo un héroe porque ha conseguido salvar a la dama de las manos de esos salvajes.

Durante cinco minutos no se oye sino ruido de mandíbulas. Vuelve a abrirse la compuerta.

—¡Cuernos, lo que parece esta habitación! —dice el marinero que acaba de entrar.

Lo recibe la carcajada general del grupo.

—¡Dilo de nuevo, que sonaba muy bonito!

Una sonrisa se dibuja en el rostro del recién llegado, que no entiende la situación. Es un rostro redondeado, que más corresponde a un camarero que a un hombre de mar. Una barbita negra le da un poco de forma. Seguramente se trata de una persona amable y paciente porque, haciendo caso omiso de las pullas, se busca su lugar entre los demás y toma asiento. Fackler lo increpa todavía porque lo ha empujado para colocarse mejor.

Otras frases más y el repertorio de Fackler se agota. Así que se dirige a su camastro para arrojarlo en él, pero justo cuando va a hacerlo, descubre que sobre la cucheta hay ropa mojada.

—¿Qué hacen aquí estos pañales?

—¡Déjalos ahí, que están cómodos!

Por un momento se hace el silencio. Otra vez domina el ambiente, el ruido que producen al masticar.

El torpedista Dunlop se colorea de rojo delante de la lámpara, y se dirige a su armario. Aparece un montón de botellas. Lo que busca debe de estar detrás de todo.

—¿Qué buscas?

—¡Mi crema para la cara!

Como si ésta hubiera sido la palabra esperada, toda la banda estalla al unísono:

—¡Miren qué puta tan dulce!

—¡En seguida va a encremarse su abdomen de alabastro!

El torpedista los observa, molesto:

—¡Qué idea pueden tener ustedes de la higiene!

—¡Ja! ¡Hacer propaganda para la higiene... aquí, en el barco!

—¡Mírenlo: quiere higiene y el pito se le pudre como un gorgonzola! El presidente del habitáculo no aguanta más:

—¡Por todos los diablos! ¿Se va a hacer el silencio o no?

—¡No! —le contesta Ario, pero tan bajito que el maquinista de torpedos no lo puede oír.

*Martes.* La intranquilidad del mar aumenta. El submarino se sacude de manera tan atroz que mi estómago se resiente. Un temblor, vivo recorre la embarcación hasta cada una de sus rendijas. Tarda menos de un minuto en hacerlo. Parece que la proa no podrá liberarse más, tanto se hunde en el mar esta vez. El submarino se bambolea hacia ambos lados en un intento supremo por volver a la normalidad. Por fin, las hélices producen su ruido de siempre, el barco se calma; es como si se hubiera abierto una pinza que lo tenía aprisionado.

Trato de retener el desayuno y ponerme a escribir. Pero en este instante vuelve a moverse el habitáculo, y mi estómago sube. Nos agarramos como podemos de la primera cosa fija que encontramos, porque la experiencia enseña que estos movimientos terminan siempre con un golpe. Pasó. Las hélices vuelven a tocar el agua.

El almuerzo consta sólo de pan y chorizo. La comida caliente está suspendida.

Solamente podemos alimentarnos con el puré frío de las latas, porque los embates de mar impiden al cocinero poner nada sobre el fuego. Ya de por sí es un milagro que nos alcance té o café calientes. El cocinero hace realmente lo mejor que puede; es un gran muchacho.

Después del mediodía el comandante va hacia arriba. Debajo de la chaqueta se ha puesto un grueso pullóver. En vez del *Südwester* viste una capucha de goma adaptada a la cabeza que solamente deja libres los ojos, la boca y la nariz.

No pasan más de cinco minutos y ya el comandante, mojado completamente e insultando a diestra y siniestra, vuelve otra vez a bajar. Murmurando se desprende de su ropaje especial y en seguida de su pullóver; sin palabras enseña una mancha que el agua ha producido en su camisa en el corto tiempo que permaneció arriba. Se deja caer sobre el cajón de los mapas, y un ayudante de la central le quita las botas de goma. Desde adentro de las botas el agua cae sobre el suelo y desaparece hacia la bodega.

Mientras el comandante está ocupado retorciendo sus calcetines totalmente mojados también, nos cae otro baldazo de agua desde arriba, que se desparrama sobre el piso y lentamente se escurre.

—¡Colocar la bomba de succión! —ordena el comandante mientras salta descalzo

por entre los charcos hasta la cabina de transmisión, donde, sobre el calefactor deja su ropa para que se seque.

Al pasar le comunica al oficial navegante sus nuevas averiguaciones:

—El viento está rotando hacia la izquierda... por ahora todo ocurre según programa.

Un temporal de lo más correcto, pienso, que se comporta de acuerdo con lo esperado.

—¿Mantenemos el curso? —pregunta el oficial.

—¡Tenemos que hacerlo! Por lo menos, mientras sea posible lo haremos.

Como para contradecir el optimismo del comandante en la cabina de transmisión la caja del acordeón vuela de su lugar, impulsada por un nuevo golpe del mar. Finalmente choca contra la pared de enfrente.

—¡Ojalá esté vacía! —dice el comandante. En el mismo instante la caja embiste otra pared, ahora con tal fuerza que se abre mostrando que, en realidad, lleva consigo el instrumento.

El ingeniero observa el cuadro entre curioso y preocupado:

—¡No creo que el acordeón mejore así!

El ayudante de la central se acerca, más arrastrándose que caminando y consigue reunir caja e instrumento.

El comandante se abre camino trabajosamente para llegar al habitáculo de los oficiales. Allí se apoltrona en su rincón, detrás de la mesa. Se acomoda y cierra por un momento los párpados como si estuviera pensando en algo muy importante. Debe de pensar cuál era la posición en la que se encontraba más cómodo últimamente. Prueba diferentes maneras hasta que por fin halla la comodidad deseada; está lo bastante amoldado a su lugar como para no caerse de allí con el próximo embate del mar.

Los tres nos ensimismamos en nuestros respectivos libros. Un momento después el comandante levanta la vista:

—¡Lea usted esto! ¡Aquí! ¡Tal cual!

Su dedo índice me marca el renglón exacto donde él desea que yo comience:

«El humor de los vientos, como la obstinación humana, es una triste secuencia de indisciplinas internas. El continuo enojo y la fuerza desbordada arruinan el espíritu libre y cariñoso del viento del Oeste. Es como si su corazón resultara envenenado por los malos recuerdos. En la rebeldía ilimitada de sus fuerzas devasta su propio reino. Cuando su frente se oscurece, amenaza desde las regiones al Sudoeste del cielo. Espira su rabia en forma de repentinos golpes de aire, soplos que ahogan su ámbito con interminables masas de nubes. Arroja sobre las cubiertas brillantes de los barcos la semilla de la intranquilidad. Hace que el mar rayado de espuma aparente ser más viejo aún, y logra que en el cabello de los capitanes broten hilos grises, antes de

conseguir que sus barcos, en camino a casa, lleguen al canal. Cuando el viento del Oeste desata su poderío desde el Sudoeste, parece un déspota enloquecido que maldice a sus súbditos y los manda al país del daño, de la profundidad y de la muerte...».

Leo el título del libro: Es de Joseph Conrad, y se llama *Spiegel der See, Cuadro del mar*.

*Miércoles.* —¡Algo bueno tiene este tiempo de porquería! —dice el viejo,— ¡Por lo menos no nos persiguen los aviadores!

Apenas se duerme durante la noche. Mi camastro trató de arrojarme de él, a pesar de la valla de alambre que lo impedía; en otras oportunidades me tiró contra la pared, intentando quizá que yo la sobrepasara en dirección vertical. Dos veces, me bajé de la cucheta porque ya no soportaba quedarme allí. Ahora estoy como si no hubiese dormido en toda la semana.

La tormenta no da la menor señal de querer amainar. El día transcurre en un ambiente de sordo aburrimiento. Toda la tripulación va cayendo lentamente en la apatía.

*Jueves.* El comandante relee en voz alta las últimas palabras de lo que ha escrito en el diario de a bordo: «Viento del Sudsudoeste, 9—10. Marea 9. Brumoso. Barómetro 711,5. Fuertes golpes de viento».

«Brumoso»... Como siempre, el viejo se queda corto. Si escribiera «esto es una batea» estaría más cerca de la verdad. Es que arriba las cosas tienen el aspecto de que los elementos quisieran disminuir de cantidad, haciendo del agua y el aire una sola sustancia. El temporal se ha incrementado... tal como el viejo lo advirtiera.

Descuelgo mi impermeable del gancho, rodeo mi cuello con una toalla, como de costumbre, y busco mis botas de goma en el habitáculo de transmisión, donde quedaron para secarse bajo el calor del calefactor: quiero hacer la guardia con el oficial navegante. Justo cuando tengo una pierna a medias dentro de la bota, desaparece el piso debajo de mi otro pie. Me bamboleo por el pasillo, y cuando consigo pararme sobre mis propios pies, un nuevo golpe me arroja al suelo. Por fin consigo reincorporarme.

Las botas están mojadas por dentro. El pie se niega a entrar, así que me siento para poder obligarlo. ¡Al fin, lo he conseguido!

Otro vaivén abre la cortinilla del comandante; allí está él, haciendo poesía con el diario de a bordo. Mordisquea el lápiz. Seguro que la oración que acaba de escribir tiene una palabra de más. El viejo hace como si todas las veces tuviera que redactar un telegrama en el cual cada palabra costara un dineral.

Ahora, a ponerse los pantalones impermeables por encima de las botas.

También ellos están húmedos por dentro. Los pantalones están hechos de tela

engomada. Consigo pasarlos hasta las rodillas, y ahora tengo que levantarme y hacer el próximo intento, hasta arriba. También esta parte me cuesta trabajo. Comienzo a sudar.

Y ahora la chaqueta igualmente engomada. Me aprieta las axilas, me puse dos pullóveres. Dicen que en la cubierta está haciendo mucho frío. Lo cual sería bastante lógico, porque estamos en noviembre y muy al Norte. Tendría que orientarme nuevamente en la carta marina. Debemos de estar alrededor de los sesenta grados, creo. Quizá no estemos tan lejos de Islandia. ¡Pensar que teníamos que poner proa a Lisboa!

Falta aún el *Südwester*. También este gorro está totalmente mojado por dentro.

Al contacto con el frío tiemblo. Las cintas están anudadas, y los nudos tan hinchados por el agua que se me hace imposible desatarlos.

El comandante deja de jugar a redactar poesías en telegrama. Se incorpora y se estira; me ve trabajar con las cintas y apunta:

—¡Es difícil la vida en el mar!, ¿no es cierto? —pero en seguida se interrumpe, porque una nueva embestida del agua lo obliga a sostenerse para no caer.

Todo lo que cuelga se separa de la vertical. Un par de botas resbalan de una pared a la otra. Consigo pasar elegantemente por la compuerta, pero ya en la central me toma desprevenido el vaivén de respuesta. No consigo agarrarme de algún objeto fijo y, perdiendo definitivamente el equilibrio, caigo sentado en el suelo. El viejo entona su tonta cancioncilla:

—¡*Ten cuidado, mi amor, nunca pierdas el equilibrio!*

Debe tratarse de un viejo tema en boga antes de mi época.

El habitáculo vuelve a inclinarse, esta vez hacia babor. Vuelo contra la instalación de la brújula, pero al fin consigo agarrarme de la escalerilla que da a la torre. El viejo asegura que una vez vio bailar una rumba cubana casi tan bien como yo acabo de hacerlo.

Es que el viejo, hay que reconocerlo, ya le ha tomado la mano a estas cosas; en cuanto se bambolea, ya ve a través del rabillo del ojo un lugar donde caer suavemente. Su cuerpo parece absorber los movimientos del barco, y así puede llegar a sentarse sin dificultad con ayuda del mismo submarino. Por lo general mira en seguida a su alrededor, como haciendo ver que en ese momento no tenía en la cabeza otra cosa que la intención de sentarse ahí donde aterrizó.

El segundo oficial llega desde arriba, chorreando. Una buena cantidad de agua entra detrás de él. Sin aliento, nos informa:

—¡Hemos visto a un pez sobrevolando la defensa... justo por encima! ¡A babor había una ola vertical, y de pronto el animal saltó de ahí! ¡Es para no creerlo!

Me coloco el cinturón de seguridad, para las agarraderas, y subo. En la torre está oscuro; sólo las cifras de los instrumentos del timonel están torpemente iluminadas.

Siento que el agua gorgotea en el puente. aguardo a que el gorgoteo finalice y, lo más rápido que puedo, abro la escotilla, salgo y la cierro nuevamente.

¡Listo! Pero ya tengo que apresurarme a buscar refugio detrás de la protección de metal, junto a los demás. La ola me golpea en la espalda, y pequeños ríos descienden por mis piernas. Antes de que las olas me puedan envolver consigo engancharme con la anilla de mi cinturón, para hacerme fuerte entre la columna del periscopio y la pared del puente.

Ahora puedo dedicarme a mirar por encima de la defensa. ¡Dios mío, esto ya no se puede llamar paisaje marítimo! Mis ojos se posan sobre una superficie nevada, blanquecina y gris a un tiempo, opaca, de cuyas lomas el viento arranca la espuma. Todo tiembla. A través del blanco corren grietas oscuras, bandas negras que, al tiritar, forman constantemente nuevas figuras. Ya no hay nubes en el cielo; es un plato gris, sobrevolando muy bajo el desierto gris y blanco.

El aire es una niebla de agua salada en vuelo. Una niebla poderosa, que enrojece los ojos, endurece las manos y roba el calor de todo el cuerpo.

La barriga redondeada de nuestra cámara de inmersión a babor, se libera de la espuma que la rodea; la ola que nos levantó hace apenas un momento vuelve a las profundidades, y nosotros caemos a babor; nos inclinamos hacia la vertical otra vez más.

Entretanto pequeñas olas lamen el submarino en forma ininterrumpida. Son de un color gris claro, pero se visten a cada instante de espuma. Directamente por delante de la embarcación el agua comienza a abrirse; el hueco se llena bien pronto, y en seguida nos golpea el mar con toda su fuerza.

—¡Atención, cero! —grita el oficial navegante. Un geiser se eleva por encima de la torre... ya cae encima de nosotros. Un puñetazo en las espaldas, e inmediatamente el golpe desde abajo; hasta la panza. El puente temblequea. El submarino cimbra. La proa, finalmente, consigue escapar del abrazo de la ola. Se vuelve a oír al oficial:

—¡Cuidado! ¡Nos puede barrer fácilmente de aquí arriba!

Por unos segundos, el submarino navega lentamente como por un valle de agua. Las montañas a nuestro alrededor tienen picos blancos. Ya nos elevamos nuevamente, el panorama se agranda a nuestra vista. Hasta que estamos arriba del todo, sobre la cresta de las olas, sobre la espuma: parece que estuviéramos en un faro, observándolo todo: éste no es nuestro viejo Atlántico, negroverdoso; es el mar de un planeta que aún se debate entre los temblores de la creación.

La guardia sobre el puente ha sido acortada a la mitad del tiempo. Así y todo no se aguanta. Dos horas después de estar agachándose, mirando y agachándose de nuevo cualquiera se agota. Yo me pongo contento porque al ser reemplazado todavía puedo mover mis huesos para regresar al interior de la embarcación. Nadie soportaría hacer en estas circunstancias una guardia de cuatro horas.

Estoy tan cansado que desearía quedarme tirado en medio de la central, aun con la ropa mojada puesta. Lo que sucede a mi alrededor me llega como desde lejos, sordamente, como a través de la niebla.

Mis párpados deben de estar inflamados, porque siento cada abrir y cerrar de ojos. Lo mejor sería mantenerlos cerrados, desplomarse y separar los miembros lo más posible. Aquí mismo, en la central. Pero mi conciencia parece funcionar, aunque sea a medias. Me hace caminar hacia la popa. Al levantar la pierna derecha, para pasar por la compuerta, podría gritar de dolor. ¡Cielos, estoy liquidado!

Sólo con grandes pausas para respirar consigo desvestirme. Una y otra vez tengo que morderme los labios para no chillar. Pero lo peor es la gimnasia: hay que subir hasta el camastro... y aquí no hay escaleras como en los trenes. Por fin consigo darme el último empujón, con el pie izquierdo. Cuando llego a la posición horizontal tengo lágrimas en los ojos.

¡Una semana de temporal ya! ¿Cuánto va a durar esto? Es increíble, pero nuestros cuerpos lo soportan perfectamente: ni reumatismo, ni ciática, ni lumbago, ni escorbuto, ni diarrea, ni cólicos, ni gastritis, ni grandes inflamaciones. Todos estamos en un inmejorable estado de salud.

*Viernes.* Hoy es un día que pasa así, entre no hacer nada y hacer lo imposible por leer a desgana. Estoy recostado en mi cucheta. Desde la central me llega el ruido del agua que se filtra de arriba. Seguramente la escotilla está cerrada, pero no asegurada: así es que, cuando la bañera de la torre se llena, el agua llega hasta abajo.

El oficial navegante viene desde la proa y nos cuenta que a uno de sus hombres le cayó mal el baile: está sentado sobre el suelo y vomita y vomita...

Para mi asombro acompaña su relato con una pantomima. Nos dice también que un fogonero diesel ha hecho un descubrimiento que se las trae. Con un cordón se colgó al cuello una lata de conservas vacía. Tres más siguieron ya su ejemplo, y andan por ahí con las «latas para vomitar».

No puedo estar cinco minutos en la misma posición. Con la mano izquierda me agarro del elástico de la cucheta y balanceo mi cuerpo de manera que quedo con la espalda apoyada contra el muro. Pero pronto comienzo a sentir el frío del metal, que horada la madera de la pared; hasta mi mano siente el frío del elástico.

Se abre la compuerta que da a la cocina. De inmediato siento la presión en los oídos; todos los ruidos se alejan de mí. Sucede que las tomas de aire para las máquinas diesel han quedado ahora bajo el agua y como los diesel no reciben más aire lo toman del interior de la nave. Aumento de presión, descenso de presión. Tímpanos afuera, tímpanos adentro. Y así hay que dormir... Me recuesto boca abajo y alargo el brazo izquierdo para tener mayor sustentación. No pasa mucho tiempo y un fogonero que acaba de ser relevado tropieza con todo el peso de su cuerpo contra mi brazo.



—¡Ay!

—¿Qué pasó? ¡Ah ! ¡Perdón!

La cucheta, que al principio me parecía tan estrecha, me es ahora demasiado ancha. Ensayo un montón de posiciones, pero no encuentro la deseada. Por fin me quedo otra vez de barriga y abro las piernas como un luchador en el ring. Ni pensar en dormir.

Horas más tarde, se me ocurre poner la almohada entre mi cuerpo y el elástico. Pruebo a lo ancho, pero no va; a lo largo sí. Ahora estoy aprisionado entre la pared de madera y la almohada.

Me veo como la litografía de un atlas de anatomía, lleno de rayas rojas. Una bonita posición, y sobre cada grupo muscular una cifra. Aplicación práctica de los cursos de anatomía. Por lo menos sé ahora cómo se llama el músculo que me duele en este momento. En otras oportunidades llevo estos paquetes fibrosos conmigo, sobre el esqueleto, y hasta me producen placer. Se contraen y vuelven a distenderse, una instalación funcional e independiente, bien puesta, que trabaja sin ningún problema. Pero ahora se niega a responder, se rebela, manda señales de alarma: aquí una punzada, allí un dolor punzante. Muchas partes de mi aparato locomotor se dan a conocer ahora, las siento por primera vez en mi vida. Por ejemplo, los músculos cutáneos para los movimientos de la cabeza; o el *psoas*, para el movimiento de las piernas en la articulación de la cadera. Los que menos dificultades me traen son los bíceps: están entrenados. Pero ya en el pectoral comienza la cosa: tengo que haber dormido muy contraído, ¿cómo, si no, me duele tanto?

*Sábado.* Anoto en mi cuaderno azul escolar: «Sin sentido... bailoteamos en medio del Atlántico. Ni rastros del enemigo. Tengo la sensación de que somos el único barco que existe. Olor a bodega y a vómito. El comandante encuentra que el tiempo es de lo más normal. Y habla como un viejo marino del Cabo de Hornos».

*Domingo.* La diaria inmersión de prueba, que siempre consideramos una carga, es ahora una bendición. Extrañamos verdaderamente la distensión muscular que nos produce. Estirarse, ponerse cómodo, respirar hondo de una vez, no tener que sostenerse de lo primero que hay a mano, sino estar de pie, libres, relajados.

El ritual empieza con la orden «Prepararse para la inmersión». La siguiente es «Prepararse para echar el aire». El ingeniero ya está de pie detrás de ambos timones de profundidad. Los ayudantes de la central, al lado de las aireaciones de los tanques de inmersión, informan:

—¡Uno! ¡Tres a ambos lados! ¡Cinco!

El ingeniero grita en dirección a la torre:

—¡Aire afuera!

—¡Sumergirse! —llega desde arriba la voz del segundo oficial.

—¡Sumergirse! —repite el ingeniero. Los ayudantes de la central abren las aireaciones.

—¡Adelante completamente hacia abajo! ¡A popa la mitad! —ordena el ingeniero a los timoneles. La última palabra debe ser dicha en voz mucho más alta, para tapar el ruido que produce el agua al entrar en las celdas de inmersión. En vez del fragor de las olas oímos ahora, a quince metros de profundidad, el aliento del aire a presión y en seguida el grito del agua que se mueve en las celdas.

El indicador del manómetro se inmoviliza en los treinta y cinco metros. El submarino está casi horizontal, pero aún se mueve lo suficiente como para que un lápiz apoyado en la mesa de cartografía ruede hacia uno y otro lado.

El ingeniero ordena ahora volver a cerrar las salidas de aire, y el comandante, por su parte, manda que nos quedemos a cuarenta y cinco metros. Pero tampoco a esta profundidad se tranquiliza el submarino. El viejo toma su lugar, habitual, con la espalda contra la columna del periscopio.

—¡A cincuenta metros, entonces! —y poco después—: ¡Bueno, ahora sí que tenemos paz!

¡Qué gloria! Se ha acabado la tortura. Y según les oigo decir al ingeniero y al comandante, esta vez la inmersión durará por lo menos una hora.

Todavía tengo en los oídos el ruido del mar, allá arriba. Es como si una gran caracola estuviese contra mi oreja. Lentamente se serenán las cosas dentro de mi cráneo alborotado.

¡Ahora, a no perder un solo minuto! ¡Directo a la cucheta! ¡Señor, estos dolores! Mi cuerpo está muy pesado; pongo los brazos a los lados del cuerpo, con las palmas hacia abajo. Puedo ver más allá de mi mandíbula como se mueve mi tórax, hacia arriba y abajo. Mis ojos arden todavía, a pesar de que hoy no he estado en cubierta... es que no son ojos de pescado, no están preparados para recibir tanta agua salada. Me mojo los labios con la lengua, y entre los dientes siento el sabor de la sal. Quizás actualmente todo mi cuerpo sea una reserva de sal. Carne salada, ¡ah, quién tuviera un poco de tocino! ¡Notable! No bien pienso en comida, mi estómago comienza a llamar... ¿Cuánto hace que no como nada?

Estoy bien aquí, sobre mi cucheta. Nunca me imaginé que estar acostado pudiera ser una cosa tan maravillosa. Me aliso como una madera, y cada centímetro cuadrado de mi cuerpo siente la colchoneta bajo la espalda. Incluso contra la parte posterior de mi cabeza, el interior de mis brazos, las palmas de mis manos. Y ahora estiro los dedos de mi pie derecho, y los del izquierdo también. Ahora le toca a la pierna derecha, y después a la izquierda. Siento que crezco, cada vez soy más largo.

El altavoz suena como si del otro lado frieran grasa y en seguida comienza a llenar el ambiente una melodía en francés; es el disco que el viejo trajo abordo.

Seguramente no le viene de su dama, la de la tinta verde. De dónde lo sacó en

realidad no puedo saberlo, solamente lo sospecho.

Ahí viene Isenberg a decirme que ya está la comida.

—¿Ya?

Me entero de que el viejo ha adelantado en una hora el almuerzo para que podamos disfrutarlo en paz.

En seguida comienzan los problemas digestivos: comer tranquilo está muy bien... pero ¿qué haremos con los restos, horas después, si tenemos que desprendernos de ellos en medio de la barahúnda?

El viejo no parece preocuparse por eso. Se echa al garguero grandes cantidades de carne de cerdo en gelatina, con mucha mostaza; estos manjares se acompañan con pepinos, cebollines y pan enlatado. El primer oficial elige los trozos más ricos, y deja lo demás al borde de su plato; la tarea le causa desagrado; se le nota en el rostro.

—¡Cerveza, eso es lo que haría falta aquí! —opina el comandante.

El camarero trae té, en lugar de cerveza. El segundo oficial quiere ponerse la tetera entre las piernas, pero incluso antes de terminar de hacerlo ya se da cuenta de que no es necesario; en una pose teatral, se golpea la frente con la palma de la mano izquierda.

El viejo ordena alargar el tiempo de inmersión en veinte minutos más:

—¡Porque es domingo!

Los marineros hacen uso de su tiempo libre de la misma manera de siempre. Frenssen cuenta que durante su última licencia solamente pudo llegar hasta Estrasburgo porque un bombardeo rompió las vías del tren... pero que igual le resultó fácil encontrar el burdel, en un santiamén.

—Me dijo que tenía algo nuevo que enseñarme. No me quería adelantar qué era... Así que subí con ella. Se desvistió, se acostó y si les cuento todo lo que me hizo... y casi todo nuevo, casi todo nuevo. No se imaginan.

En el momento de salir nuevamente a la superficie me encuentro todavía recostado sobre mi camastro. Es por eso que voy sintiendo en todo mi cuerpo cómo el submarino comienza lentamente a mecerse. De pronto soy el conductor de un automóvil cuyas ruedas traseras resbalan, en el camino húmedo por el invierno: el habitáculo comienza a dar vueltas y vueltas. Y ya estamos otra vez arriba, la primera ola nos golpea como una bofetada enorme; el mal de San Vito comienza de nuevo.

Oigo ruidos desde la central. El marinero protesta porque ha comenzado a caer agua sobre él.

Voy hacia la central; al verme, el marinero me hace partícipe de sus cuitas:

—¡Será posible! ¡Aquí ya no se puede estar seguro!

*Lunes.* El enfermero tiene bastante trabajo. Un par de tripulantes están heridos. Hematomas, dedos pellizcados, una uña teñida de violeta, ampollas; nada serio, en fin. Uno se cayó de su cucheta, otro se golpeó al resbalar en la central. Un marinero

tiene un corte en la cabeza; la herida parece seria.

—¡Bonito regalo! ¡Espero que el enfermero dé abasto con todo eso, porque si no tendré que ayudarlo yo! —dice el viejo.

Me preparo para la guardia de las dieciséis horas. Un vigía sufre del mal de mar, y yo debo reemplazarlo.

Aun antes de abrir del todo la compuerta al exterior me encuentro totalmente mojado. Tan rápido como puedo me coloco entre la columna del periscopio y la defensa del puente, donde inmediatamente me aseguro con el cinturón. Sólo entonces trato de enderezar mi cuerpo, a fin de ver más allá de la defensa.

Lo que distingo me corta la respiración. ¡Todo es turbulencia! Las olas se montan unas a otras. Caen encima de las demás y terminan por tragarse los restos de las anteriores.

En este instante el submarino se mantiene sobre el lomo de una ola enorme. Es una ballena gigante sobre cuyo dorso cabalgamos. Por segundos me doy el lujo de ver el paisaje marítimo como desde la cabina de un medio mundo, en un parque de diversiones. Pero ya comienza todo a tropezar, el submarino busca su camino por uno y otro lado. La proa no encuentra su meta y cae en la profundidad, vertiginosamente.

Antes de que la embarcación pueda reponerse en este nuevo valle donde se encuentra, una segunda ola, tan grande como la anterior, nos arroja encima su peso de toneladas y se despedaza ruidosamente sobre la cubierta, saltando alrededor de nosotros y bajando hasta nuestras rodillas. Me parece que pasa una eternidad hasta que el submarino se libra de semejante tortura. Sólo por momentos se ve la proa en toda su potestad; de inmediato llega la próxima ola.

Me quema la garganta. El cuello duro del impermeable me raspa la piel. El agua salada ayuda a que el ardor se haga sentir en toda su plenitud.

Tengo una herida cortante en el puño izquierdo. Y mientras siga entrando agua salada en ella, no sanará. ¡La sal terminará por corroernos a todos! ¡Que se la lleve el diablo de una vez por todas!

Además, el viento frío rompe la piel blanquecina de las olas y la desparrama en forma horizontal por el aire. Cuando la lluvia llega hasta nosotros sobre la cubierta tenemos que buscar refugio detrás de la defensa.

El segundo oficial se vuelve. Me sonrío, con el rostro enrojecido. Quiere hacerme notar que él, el segundo oficial, no es hombre que se vaya a amilanar ante esta situación sin importancia. Entre el soplo del viento y el siseo del mar me llega su voz:

—¡Qué distinto sería un tiempo así... y ningún barco bajo los pies!

El siseo que producen las olas se agudiza como la llamada de un tigre. Pero el segundo oficial aún puede superar el ruido ambiente y completar su idea:

—¡...Y tener en cada mano una maleta!

Un nuevo golpe se ensaña con la torre. Un baldazo nos cae sobre las espaldas,

bastante encorvadas de por sí. Pero el segundo oficial ya está incorporado y repuesto para gritar:

—¡Agua y nada más que agua hasta el horizonte... y ni un trapito para secarse!

No tengo ganas, sinceramente, de responderle en medio de esta batahola. Así que sólo hago un gesto de asentimiento cuando noto que el segundo me está observando.

Cada vez que intento mirar por los binóculos, el agua me chorrea por los brazos. ¡Qué rabia me dan estos impermeables, y qué rabia me dan estos binóculos! Durante la mayor parte del tiempo no contamos con anteojos en el puente, dado que todos están empañados. Así que en la central trabajan continuamente con ellos, acondicionándolos nuevamente para nosotros; pero cuando aparece uno aquí arriba no pasan más que unos minutos para que la lente esté otra vez inutilizada. Con nuestros trapos de cuero hace mucho que no podemos limpiar nada, tan mojados están.

Tengo que sonreír ahora, porque me viene a la mente la forma en que se filma un temporal en alta mar para una película sobre el tema: con barquitos en miniatura metidos en una bañera. Y, para las tomas en tamaño natural, se coloca un pedazo de puente sobre un trampolín, que se mueve un poco hacia la derecha y otro poco hacia la izquierda, alternativamente; a los actores se les echan baldazos de agua en la cara; claro que en vez de sacarle el cuerpo a las «olas» los señores miran a su alrededor muy suficientes.

Aquí podrían aprender las cosas como son en realidad: solamente se nos alcanza a ver por unos segundos. Además esquivamos con la cabeza, nos agachamos hasta tener una joroba y finalmente recibimos el golpe en medio del cráneo.

Sólo unos segundos dura la inspección que yo hago de mi sector, y eso con los ojos semicerrados. Sacar la cara, rápido. Y ahora abajo, como en un *clinch*. Y, a pesar de todo, el fino látigo de agua volante me alcanza cuando le da la gana. No hay defensa que valga contra él. Un baño de agua, directo en la cara, es mil veces preferible a esta paliza traicionera que arde como el fuego.

Ahora mismo debo soportar la ducha en la espalda. Por entre los párpados apenas entreabiertos observo el agua bañándome la caña de las botas. No termina de desaparecer, cuando la próxima ola ya llega.

Nos reemplazan antes de la hora prefijada, y eso es para nosotros como una gracia divina. El segundo oficial puede decir lo que quiera... yo creo que, ni siquiera él hubiese aguantado toda la guardia aquí arriba.

El desvestirse se convierte en un trabajo realmente pesado. Justo cuando me estoy quitando una pierna del pantalón, me roban el suelo bajo los pies. La caída me hace doler todo el cuerpo; podría gritar de dolor. Por fin consigo mi cometido: afuera el pantalón.

El marinero de la central me tira una toalla. Pero antes de secarme tengo que

desvestirme aún más: el pullóver y la ropa interior están igualmente mojados. Al fin me puedo secar con una mano, mientras me sostengo con la otra.

Temo la llegada de la noche. ¿Cómo haré para pasar esas horas, sobre un colchón que se bambolea y tiembla todo el tiempo?

*Martes.* Hace una semana y media que comenzó el temporal. Una semana y media de martirios y torturas.

Por la tarde subo a cubierta. Sobre nosotros, el cielo desencajado, imposible de alcanzar para las olas que de continuo saltan hacia él. Da la impresión de que el agua, en un intento loco, tratase de desprenderse de la tierra. Más, aunque las olas se quiebren sin cesar, la fuerza de la gravedad las llama de nuevo a su seno.

Montañas y profundidades. El suelo de las últimas se rompe en increíbles erupciones, mientras las montañas se destrozan y desaparecen, reaparecen, crecen y tiritan hacia el cielo, para regresar inexorablemente.

La velocidad con que las olas se echan sobre nosotros es tal que la respiración se corta. Ya ni siquiera forman su corona de espuma: todavía está naciendo, cuando el temporal ya se la lleva. El horizonte ha desaparecido completamente bajo la ira de los elementos... No lo soporto por más de media hora. Mis manos se endurecen, y la médula se me congela al contacto con el agua, que baja hasta perderse entre las arrugas del pantalón.

Acabo de descender, cuando el submarino se contrae en un trueno de enorme magnitud, como tocado por el martillo de un herrero gigante. Temblor, bostezos y suspiros salen de su estructura.

*Miércoles.* Cae la tarde. Estoy sentado con el comandante sobre la caja de cartografía. Desde el puente nos llegan los improperios y las maldiciones de los de arriba. Como las palabrotas no parecen acabar nunca, el comandante se asoma a la escotilla, teniendo buen cuidado de quedar lejos del agua que chorrea hacia abajo. Pregunta qué demonios está pasando.

—¡El submarino se desvía hacia babor! ¡Es muy difícil mantenerlo en su curso!  
— le contesta el timonel.

—¡No es para ponerse así! —responde el comandante. Por un rato se queda todavía con la cabeza fuera de la escotilla, después baja hacia la mesa de cartografía; se dedica a estudiar la carta con toda parsimonia. Pasado un momento hace llamar al oficial navegante. No puedo entender bien lo que le dice, salvo lo último:

—... ya no tiene sentido. Sólo queda navegar sobre el fondo.

Piensa un instante más en lo que acaba de decir, y en seguida comunica a través del altavoz a todo el submarino:

—¡Prepararse para la inmersión! —El marinero de la central, que permanecía recostado como una mosca sobre el suelo, se incorpora rápidamente, pero todavía se

regala un minuto para bostezar y relajarse. Aparece el ingeniero, quien comienza a dar las órdenes necesarias para que la indicación del comandante se cumpla. De pronto, lo único que se escucha es el gorgoteo del agua en la bodega, con el fondo, aumentado muchas veces por el silencio interior, que le hacen las olas al golpear contra las paredes del submarino. Una cantidad de agua nos llega desde la torre junto con los vigías, que regresan chorreando. Inmediatamente, dos de ellos se colocan detrás de los timones de profundidad, y en seguida el primer oficial da la orden:

—¡Inmersión!

El aire se escapa de las celdas de inmersión con un silbido. Nos vamos rápidamente de proa. El agua de la bodega sigue gorgoteando, ahora hacia adelante. Un golpe tremendo alcanza la torre.

¡Wummm... tchess! Las olas que le siguen, sin embargo, van sintiéndose cada vez menos, sordamente. Las últimas ya no encuentran resistencia. Ruido de marea, gorgoteo, por fin nada.

Todos estamos impresionados por el repentino silencio que nos embarga; estamos de pie, duros... El silencio se me representa como una gran pared aislante que hubiese sido construida entre nosotros y la orquesta de ruidos marinos.

El rostro del primer oficial parece hervido. Sus labios están vacíos de sangre; sus ojos reposan profundamente en las órbitas; sobre sus mejillas se ha depositado la sal. La humedad que le corre por la nariz se mezcla con la de la toalla mojada que se saca de alrededor del cuello.

El manómetro de profundidad marca cuarenta metros. Sigue su camino: cincuenta, sesenta metros. Esta vez tenemos que descender más que la otra para encontrar la tranquilidad. Después de pasar los sesenta y cinco el ingeniero hace que el submarino se horizontalice. El agua de las tuberías fluye hacia la popa y de nuevo hacia adelante. Poco a poco el agua se serena, deja de oírse. Una lata de conservas que rodaba hace apenas un momento sobre el suelo, ida y vuelta, ha encontrado su punto de equilibrio y ya no corre de un lado al otro.

—¡Submarino en equilibrio! —le informa el ingeniero al comandante.

El primer oficial se deja caer sobre el cajón de los mapas. Sus manos se encuentran entre las piernas, él mismo encorvado; está demasiado cansado como para quitarse la ropa mojada de encima.

¡Pensar que hay sobre el submarino sesenta y cinco metros de agua!

Estamos tan a salvo de los golpes de las olas aquí como en el ángulo muerto de una defensa. El mismo mar nos defiende de sus embates.

El comandante se dirige a mí:

—¡Agarrarse fuerte está de más ahora!

Caigo en la cuenta de que aún estoy sujetándome a una cañería.

El camarero trae los cubiertos y los platos para la cena, separa de la mesa los

rebordes de madera. El ingeniero en persona lo ayuda en la tarea.

El pan que nos trae está casi completamente arruinado por la humedad. Los hongos y el moho fueron barridos de la costra marrón día a día por el cocinero con un trapo acidulado. Pero mucho no ha ayudado: el pan está acribillado por el verdín, como un gorgonzola. Además hay sobre el pan unas manchas amarillas, del color del azufre.

El ingeniero da su opinión:

—¡No hay que tocar el moho! ¡El moho es sano! —y agrega, más romántico—: ¡El moho es una planta honorable, como los jacintos! ¡Justamente en nuestro ambiente debería el ser humano alegrarse por todo lo que crece!

Nos ponemos con toda paciencia, como si estuviéramos haciendo un trabajo en madera terciada, a rescatar los pocos trozos que aún no fueron atacados. Del pan entero no quedan más que unos mordiscos, en conjunto grandes como el puño de un niño.

«Arte nocturna» llama el comandante a nuestra filigrana.

El segundo oficial asegura que este trabajo le gusta, mientras corta el pan gris, en forma de estrellas. Nos cuenta de marinos que durante meses enteros se han alimentado de gusanos, suciedad, de ratones y polvo. Su relato está tan lleno de adjetivos que se podría creer que él mismo ha vivido todo lo que dice.

El ingeniero lo interrumpe al fin:

—¡Ya lo sabemos, viejo lobo de mar! ¡Eso era cuando usted acompañaba a Magallanes por el Pacífico, y todo porque el jefe quería tener ahí abajo un canal con su nombre, el muy orgulloso! Me lo imagino. Debe de haber sido una vida muy dura, aquella.

Después de la cena me traslado al habitáculo de proa. Ya al pasar por el de los suboficiales me llega el ruido de muchas voces a la vez: se está jugando a los naipes.

Los puños se estrellan contra la mesa.

Llega Dunlop. Lleva en sus brazos la caja, ya reparada, del acordeón; la cuida como si se tratara del ataúd de un niño.

—¡Ahí llega Dunlop! ¡Adelante!

Dunlop observa la rueda, y con voz de sabio informa que media docena de bajos de su acordeón están inutilizados por la humedad.

En otras palabras, el temporal no lo ha dañado definitivamente.

—¡Y bueno! ¡Eso no es nada!

Animado por todos, Dunlop toma asiento sobre un camastro y abre el instrumento. Da unas notas de prueba y en seguida nos regala con un solo. Mientras tanto, los demás continúan golpeando la mesa con sus puños, enfrascados en su juego de cartas.

—¡Una canción! —grita Fackler, el maquinista, en medio del ruido.



La melodía apenas si se escucha con el ruido. El juego pierde aparentemente interés porque las cartas se amontonan sobre la mesa. La canción se estira desordenadamente, hasta que entra en el ritmo deseado. Dunlop comienza a cantar, con una voz casi femenina.

Arriba, las olas amenazantes, con sus picos de espuma; y aquí los marineros, con los codos sobre la mesa y cantando. Siento en mí la necesidad de tocar con mis propias manos las caras de estos hombres, para creer lo que estoy viviendo.

*Jueves.* Estamos listos, *Kaputt*. La tormenta no cesa. Por fin llega la liberación, cuando hacia el anochecer el comandante ordena sumergirnos debido a la poca visibilidad reinante.

Poco a poco, todo en el submarino se tranquiliza. Cerca de una compuerta un marinero se entretiene desarmando unos binóculos entre cuyas lentes se ha infiltrado agua.

El habitáculo de comunicaciones está vacío; el radiooperador está sentado al lado, en el habitáculo donde se encuentra el sonar. Con los auriculares puestos, hace girar la aguja en el dial del aparato.

El primer oficial está sentado en el habitáculo de los oficiales hojeando sus libritos, cómo no. Hasta tiene una perforadora. Me sorprende que a bordo haya incluso un aparato de éstos; pero ¡si hasta tenemos una máquina de sacar punta a los lápices! Hay en el submarino un escritorio completamente equipado. ¡Y tenemos suerte de que el primer oficial respete la máquina de escribir!

El ingeniero mira un par de fotografías. El segundo ingeniero debe de estar a cargo de las máquinas, ahora. El comandante hace sebo.

Tomando a todos desprevenidos, comenta el ingeniero:

—¡Seguro que en casa hay nieve ya!

—¿Nieve?

—Puede ser... ¡ya estamos en noviembre! —dice el comandante—. ¡Qué notable! ¡Hace años que no veo la nieve!

El ingeniero nos muestra sus fotos: son paisajes nevados. Las figuras son otras tantas manchas oscuras sobre el fondo blanco. El ingeniero con una chica. Una loma con huellas de esquíes. Una cerca a la izquierda de la imagen. Y la nieve alrededor.

Con la vista en las fotos me vienen a la memoria mis propios recuerdos. Me sitúan poco antes de Navidad, en la tibia intimidad de una pequeña habitación. Hay olor a madera. Saliendo de las figuras del pesebre. Afuera, frío y nieve, tan cortantes que la nariz duele al respirar. Y el vapor blanquecino surgiendo del morro de los caballos, bajo la luz artificial de la noche. En las ventanas, los ángeles...

—Sí —dice el viejo—, la buena nieve; sería bonito de verdad.

El ingeniero guarda las fotografías, pensativo. El comandante hace preparar la comida:

—¡Especialmente para el segundo oficial! ¡El tiene que poder comer tranquilo! Pero en cuanto el segundo oficial ha tragado el último bocado, el submarino se llena con la orden:

—¡Prepárense para emerger!

De inmediato mis músculos se ponen en tensión.

En medio de la noche paran las máquinas. Atontado, me incorporo todavía dormido. Los diesel aún me retumban en la cabeza. Solamente una lámpara da luz al habitáculo. A través de la compuerta oigo las órdenes que se imparten en la central, a media voz, como si se tratara de una acción secreta. Se siente un silbido. El submarino se inclina hacia adelante. El reflejo de la lámpara asciende por encima de la compuerta. Las olas que aún baten contra el submarino semejan bofetadas dadas contra una sábana distendida. Silencio. Se escucha claramente la respiración de los hombres que vienen y van.

Un tripulante pasa por nuestro habitáculo, desde la central.

Frenssen lo retiene:

—¿Qué sucede?

—¡Ni idea!

—Ahora nos vas a contar lo que está pasando, ¿entendido?

—Nada en especial. No hay más visibilidad, está todo oscuro.

—¡Ajá! —es la respuesta de Frenssen.

Me acomodo y trato de dormirme, con el sabor de la paz dentro de mí.

Vuelvo a despertarme; son alrededor de las dos. En el habitáculo hace mucho calor. De la sala de máquinas nos llega el olor espeso de los diesel. Los ventiladores zumban. Me alargo en la cama todo lo que puedo. Nada se mueve. Gozo este placer en lo más profundo de mi abdomen.

*Viernes.* Poco después del desayuno se da la orden de subir a la superficie. Ya a los cuarenta metros, el submarino comienza a ser suavemente mecido por las olas profundas. Pero pronto comienza el baile y los primeros golpes se dejan oír contra la torre. Tanta agua llega desde arriba que la bodega se inunda inmediatamente. No hay posición alguna en la cual se puedan relajar los músculos.

Cada uno me duele por separado, el trapecio, el pectoral, los glúteos por encima de todo. Los huesos correspondientes, lógicamente, también; el huesito dulce.

La dirección de las olas debe haber cambiado nuevamente. Si bien hemos mantenido el curso bajo el agua, ahora más que nunca el submarino se inclina a babor. A veces se queda así tanto tiempo que nos infunde miedo.

El oficial navegante informa que el viento ha rotado hacia la derecha, de manera que ahora viene desde el Oeste—Sudoeste. ¡Ahí está la explicación!

—¡Mar de costado! ¡No lo vamos a poder aguantar por mucho tiempo! —dice el comandante.

Al mediodía todavía seguimos igual. Tratamos con todas nuestras fuerzas de mantenernos a la mesa, mientras el comandante reparte palabras de consuelo: las olas aún nos llegan de babor, dice, pero el viento no puede tardar en cambiar; y si girara hacia la popa, entonces todo estaría en el mejor orden.

Después del almuerzo decido quedarme en el habitáculo de los oficiales, junto al comandante. Delante del armario del segundo oficial descubro un libro que se desliza de un lado a otro. Lo tomo en mis manos y lo abro al azar. Se trata de un palabrerío técnico de la época de los veleros; nosotros no tenemos esas expresiones ya.

Las olas continúan golpeando furiosamente nuestra piel de acero.

De pronto el submarino se inclina hacia babor. Me caigo del asiento y desde la estantería me siguen los libros; lo que aún quedaba en la mesa cae también al suelo, a pesar de los listones de contención. El viejo se sostiene, duro e inclinado, en la pose propia de un esquiador. El ingeniero está en el suelo. Todos nosotros permanecemos en la posición que las circunstancias nos obligaron a adoptar, como si quisiéramos ser fotografiados sin *flash*. El submarino mismo no quiere salir de esta curiosa situación.

¡Dios mío, no podremos pasar esto! ¡Estamos listos! ¡Es demasiado!

Minutos después, el habitáculo se endereza. El ingeniero suspira, con un tono como de canto de sirenas. En un abrir y cerrar de ojos el viejo vuelve a su sillón como si nada hubiese pasado:

—¡Dios mío!

—¡Ajá! —grita uno en el habitáculo de proa.

No hay dónde agarrarse. Quisiera quedarme sentado en el suelo. Y allí va el suelo, hacia estribor. El fragor del mar sigue en aumento. ¿Cómo aguantarán esto los que están de guardia allá afuera?

Hago como si leyera. Pero mi cabeza trabaja: el submarino lo tiene que aguantar, dijo el comandante; bueno, como ninguna otra embarcación de su tipo; una quilla de un metro de ancho y medio metro de alto, llena de barras de hierro. El peso descansa todo abajo. Arriba solamente se erige la torre, muy liviana; no hay construcciones accesorias. El centro de gravedad en cuanto peso está por debajo del centro de gravedad en cuanto forma.

—¿Qué es eso? —pregunta el viejo, con la mirada puesta en el cuadernillo que tengo entre manos.

—Algo sobre barcos de vela.

—¡Ah! ¡Esas son tormentas, sobre un barco de vela! ¡Ahí sí que se siente lo que pasa! ¡Debería experimentarlo... aquí no se siente nada igual!

—¡Gracias! —es lo único que me sale.

—Todo lo que tenemos que hacer aquí es cerrar la compuerta que da al exterior.

¡Pero en un barco de vela...! ¡Allí todo es trabajo! ¡De nunca acabar! ¡Y luego sólo le resta a uno sentarse y esperar con la mejor buena voluntad! ¡Hasta que no

queda nada para comer! ¡Más y más trabajo; sacar el velamen roto, cambiarlo por otro nuevo, coser el viejo! ¡Le quedan a uno los huesos molidos!

Me incorporo; quiero observar el marcador de inclinación.

Se trata simplemente de un péndulo con una escala. Ahora él péndulo, se inclina hacia la izquierda hasta los cincuenta. Es decir que el submarino presenta una inclinación de cincuenta grados hacia estribor. El péndulo permanece en esa posición, como clavado a ella: es que el submarino también se queda así, sin moverse, en esa situación extrema. Trato de explicármelo, pensando que sólo puede suceder esto porque una segunda ola ha caído sobre la embarcación antes de que pudiera recuperarse de la primera. Ahora se mueve el péndulo... aún más hacia la izquierda. Sesenta grados. Por un instante alcanza incluso los sesenta y cinco.

El comandante me ha seguido los pasos:

—Impresiona, ¿verdad? —dice detrás de mí—; pero a eso tenemos que restarle un par de grados, ya que el péndulo se inclina de más... por su propio peso. —Quizás el comandante se mosquee alguna vez, cuando el submarino navegue con la quilla hacia arriba.

Los hombres que están de guardia en la central tienen puesta su ropa impermeable. La bodega debe ser evacuada lo antes posible. La bomba está en pleno funcionamiento.

Aparece el oficial navegante. Se sostiene con las manos, como alguien que se ha quebrado un pie.

—¿Y? —le dice el comandante.

—Desde ayer a las veinticuatro la velocidad de la corriente ha cambiado en aproximadamente quince millas.

—No ponga tanto cuidado en expresarse, seguro que lo que usted dice coincide con la realidad. —Y agrega el comandante, a media voz—: Siempre tan modesto... y al final sus cuentas son exactas, al milímetro... Hasta ahora siempre fue así.

Ha llegado un comunicado. El comandante recibe el borrador. Lo leo por encima de su hombro: «Me es imposible alcanzar el campo de operaciones ordenado, por el factor climático. UT».

—Vamos a copiar esto y firmarlo como si fuese nuestro —dice el comandante.

Deja su asiento y, aprovechando un movimiento del submarino, se bambolea hacia adelante. Al momento regresa con un mapa a medio abrir.

—Aquí está UT... en nuestra propia dirección. Y aquí estamos nosotros.

Ambos puntos están separados por unas buenas cien millas. El comandante se preocupa.

—Si se trata en ambos casos del mismo fenómeno atmosférico, entonces, ¡salud!

Parece que es un complejo enormemente extendido. Sin señas de querer seguir su camino.

Pensativo, el comandante vuelve a cerrar el mapa. Con la otra mano levanta la manga del pullóver para poder ver la hora en su reloj.

—Ya es hora de cenar —dice, como si eso fuera todo lo que ha sacado como conclusión de la llamada y del estudio de la carta marina.

Cuando el momento de cenar llega y el comandante también, no doy crédito a mis ojos: aparece en el habitáculo de los oficiales vestido con ropa impermeable. Los demás lo observan como si se tratara de un extraño a bordo. Apenas si se ve algo de su rostro, tan bien se ha vestido.

—Para comer hoy hay que ponerse impermeable... Por la sopa —murmura el viejo y sonrío bajo el cuello de su chaqueta detrás del *Südwester*—. ¿Y, señores? —pregunta impaciente—, ¿no hay hambre hoy? ¡Y eso que el cocinero ha hecho una de sus especialidades: sopa, con este temporal!

Todavía tardamos un buen rato en reponernos de la sorpresa y ponernos en movimiento; como niños buenos vamos a la central a colocarnos nuestra ropa impermeable.

Por fin estamos todos sentados a la mesa. El comandante, lleno de alegría, nos contempla. ¡Carnaval!

De pronto, ruido en el pasillo: el camarero ha caído de panza.

Con ambas manos sostiene por encima de su cabeza la sopera. No se ha perdido ni una gota.

—¡Este siempre las salva! —dice el comandante, y el ingeniero asiente con una mirada de reconocimiento.

—¡Sin ensayo alguno, presentar un número de esta categoría... eso es clase!

El segundo oficial reparte la sopa. Es una mezcla de patatas, carne y verduras. Yo lo sostengo mientras tanto por el cinturón; pero ya en el segundo plato, el oficial sirve afuera; el cucharón lleno cae sobre la mesa.

—¡Qué cochinado!

El ingeniero agrega al laguito que se ha formado su propio plato de sopa a medio llenar; el laguito crece. Los trozos de patata, blanquecinos, sobrenadan en el caldo oscuro, como otros tantos bloques de hielo arrancados de un ventisquero. Con la siguiente bandada del submarino, las patatas se quedan solas sobre la mesa, ya que el caldo encuentra su propio camino, entre la mesa y las tablillas de contención, y cae sobre las rodillas del comandante y del ingeniero.

El comandante tiene un brillo de triunfo en los ojos:

—¿No les dije?

En medio de la risa franca del segundo oficial, un ruido. Algo ha golpeado. Se borra la sonrisa del comandante. Su rostro adquiere tensión. El ingeniero le hace inmediatamente un sitio para que pueda pasar. Pero desde la central ya llega la información:

—¡Se ha caído la caja con las cartas marinas adentro!

Esa caja es de hierro. Por la compuerta alcanzo a ver cómo se esfuerzan cuatro hombres en devolverla a su sitio.

—¡Qué locura! —manifiesta el comandante—. Desde tiempos inmemoriales está esa caja ahí, sin moverse un ápice.

—¡Así es! —dice el ingeniero—. Nadie nos va a creer esto en casa. ¡Quién puede siquiera imaginárselo! Cada cual debería jugar al submarino en sus vacaciones: durante meses enteros no lavarse ni afeitarse. No cambiarse de ropa. Ir a la cama con botas y ropa de cuero maloliente. Golpear con las rodillas contra la mesa, cada vez que uno come, y arrojar la espinaca no en el plato, sino directamente sobre la mesa...

El ingeniero se mete un par de bocados en la boca, mientras prosigue desarrollando su fantasía:

—Y cuando suena el teléfono, gritar «¡alarma!» como un enloquecido, voltear la mesa y salir disparado por la puerta más próxima.

*Sábado.* El viento se ha transformado en un largo suspiro que nos ataca desde la proa. Todo el espacio aéreo coincide ahora en una misma dirección. Y la tierra, junto con el agua del Atlántico, corre en sentido exactamente contrario.

El barógrafo inscribe su marca inclinado hacia abajo.

—Quisiera saber solamente —dice el viejo— cómo hacen los Tommies para mantener su convoy alineado con un tiempo como éste. ¿Y los de los destructores, en esas cajitas de lata?

Recuerdo viajes en destructor con una marea de cinco. Eso ya era malo. Con seis no salían nuestros destructores del puerto. Pero los destructores ingleses no, se pueden dar el lujo de elegir el tiempo; tienen que salir a defender sus convoyes como sea.

Por la tarde me disfrazo de gran lobo marino y salgo a cubierta. Espero bajo la escotilla a que se haya pasado un baldazo de agua y subo. Cierro la escotilla y me afirmo con los ganchos del cinturón, todo al mismo tiempo.

Los valles que quedan entre las olas están llenos de vapor. Por todos lados se desprenden trozos de agua de lo alto de las olas para ser transportados por el viento. Llegan al pináculo y el viento los barre. A lo lejos ya no es posible distinguir una ola de la otra; el mar se asemeja allí a lana escardada. Las olas que lamen la cubierta son de un color verde botella, oscuras. Entre ellas, copos de espuma saltarines.

Lo que parece la espalda de una ballena gigante se nos acerca. Crece, delante de nuestra proa. Se agranda y pierde su redondez, se transforma en una pared. La pared se ahueca. Con el mismo color de botella, pero más brillante, se echa sobre nosotros. La proa se introduce en ella.

—¡Esto ya... ! —la oleada interrumpe el grito del segundo oficial y se estrella contra la torre. El submarino se inclina peligrosamente.

—¡Esto ya no tiene ningún sentido! —consigue finalizar el segundo oficial lo que había empezado a decir, unos minutos después.

He oído que olas gigantes como ésta han barrido de las defensas a buena parte de la tripulación, sin que nadie dentro del submarino notara nada. Estas olas asesinas pueden formarse en un segundo, por simple adición de muchas olas más pequeñas. Los ganchos de seguridad no sirven contra tamaño peligro.

¡Qué sentimiento el de sentirse en el mar, nadando con toda la ropa encima, pesándole a uno sobre el cuerpo, al tiempo que vemos alejarse al submarino...!

¡Pequeño, cada vez más pequeño, desapareciendo por momentos detrás de las olas, hasta que de pronto, nada más, basta, *fini!* Quisiera ver el rostro del hombre que descubriese primero la ausencia de todos sus compañeros, al subir a cubierta.

Navegamos a poca velocidad. Mas sería peligroso, con este mar. Podríamos naufragar. O sumergirnos. Ya se ha hecho la experiencia: submarinos que navegaban en mar picado a gran velocidad han sido tocados por una ola gigante que los obligó a mantener un ángulo de inclinación peligroso; y con ese ángulo han entrado a gran velocidad en la próxima ola. Así se han visto disparados hacia el fondo, a treinta o cuarenta metros de profundidad. Los vigías corrieron el riesgo de ahogarse. Y si en esa ocasión llegara a entrar demasiada agua por los aireadores de las máquinas diesel, correrían peligro incluso de llenarse de agua y ahogarse todos en el fondo.

Pero por suerte nuestro ingeniero es un hombre cuidadoso. Es seguro que en este momento se halla en la central, a fin de poder actuar inmediatamente en caso de necesidad. Una y otra vez me asalta el pensamiento de que quizá nuestro submarino no pueda resistir los embates del temporal. Me atemoriza pensar que nuestra escotilla pueda permitir que el agua se filtre hacia adentro en tanta cantidad que ya no seamos capaces de evacuarla. Varias veces me he preguntado si no se podría hacer que el submarino flotase aún más, vale decir, que un mayor volumen permanezca por encima de la superficie; pero yo mismo ya me he contestado: no tiene ningún sentido, ya que con ello el submarino sólo presentaría una mayor superficie a las olas, y por tanto, los impactos serían también de mayor envergadura.

El segundo oficial torna su rostro enrojecido hacia mí:

—¡Quisiera saber a qué velocidad vamos sobre la superficie!

Y de pronto grita:

—¡Atención cero!

Eso quiere decir: agacharse y mantener la respiración.

Alcanzo a ver la expresión del segundo oficial, con la boca abierta; a la izquierda, la montaña verde que se inclina sobre la torre. Veo una gran zarpa que, blanca, sube y se prepara. La zarpa pega ahora con un ruido atronador desde el costado, sobre la parte delantera del submarino. El submarino le saca el cuerpo, se hunde. ¡Bajar la cabeza! Desaparece el puente... ya no tenemos dónde hacer pie.

La misma ola levanta al submarino casi en el mismo instante. La proa se eleva en el aire y permanece por un momento en el vacío, hasta que la ola vuelve a poner la embarcación en su lugar. El agua se escurre hacia la popa, a través de la bañera. Chorros espumeantes pasan junto a nuestros pies.

Me recreo con la imagen de puños gigantes que nos hacen balancear, caer, quedar en su poder; y que nos bambolean como se bambolea una nuez, en un típico acto de locura. Nos toman y nos dejan en un continuo vaivén, sin interrupción alguna.

—¡Qué porquería! —se enoja el segundo oficial. Espera a que pase la última ola y abre la escotilla, para gritar hacia abajo—: ¡Al comandante: la visibilidad por encima de las olas circundantes es muy poca! La pregunta es si se puede ir a trescientos grados.

Por un rato se oye a través de la escotilla abierta la música de la radio. Desde abajo nos llega por fin una voz:

—¡Permitido ir a trescientos grados!

—¡A trescientos grados! —le ordena el segundo oficial al timonel. Lentamente, el submarino gira hasta que las olas nos llegan en diagonal desde la popa. El submarino hace ahora pequeños movimientos de balanceo como un caballito de madera. Las olas se encaraman a la embarcación desde la popa, lamen lo alto de la torre y se despedazan salvajemente. La proa se inclina hacia la profundidad, enterrándose en la ola que justo acierta a pasar por delante de ella. Por fin se libera y vuelve a navegar en la oquedad que otras dos le forman a uno y otro lado. Alrededor del submarino, el mar es apenas una superficie cimbreada, hirviente, blanca, resquebrajada siempre por nuevas ondas de color verde.

—¡Vamos a trescientos grados! —llega la voz del timonel desde abajo. La escotilla se cierra nuevamente.

Me arde el rostro cada vez que me paso la manga mojada. Ya no sé cuántos latigazos me han golpeado la cara. Me asombra, eso sí, que todavía la hinchazón no me haya cerrado los ojos. Cada parpadeo es un dolor. Los párpados parecen tener el doble de su grosor normal. ¡Oh, Dios!

Saludo con la cabeza al segundo oficial, dejo pasar delante de mí un río de agua, y abro la escotilla. Me voy abajo.

Me asalta una indescifrable opresión, estoy totalmente deprimido. Este martirio es la mejor prueba de lo que el hombre es capaz de soportar. Un experimento para constatar los límites del sufrimiento humano.

El radiooperador recoge la petición de SOS de varios barcos.

—A los vapores se les llena la bodega de agua, y se les rompe la escotilla. Con estas olas se destrozan hasta los botes salvavidas, si son de madera.

El viejo nos pinta toda clase de calamidades que pueden suceder en un barco sujeto a estas condiciones climáticas:



—Si ahora les llega a fallar la máquina que sostiene el timón, o si se les desprende la hélice, se pueden dar por perdidos. Rezar es lo único que les queda.

Los tonos de fondo son los silbidos de las olas, el chorrear del agua y el gorgoteo en la bodega; sobre ellos se dejan oír los embates sordos de la proa al caer nuevamente en el agua.

Me asombra que el infinito subir y caer no haya aflojado ya todas las juntas. Pero el submarino no se ablanda. Lo único que se ha roto hasta ahora es simplemente un poco de porcelana y algunas botellas de jugo de manzana. Da la impresión de que el mar no tuviera nada contra el submarino en sí. Sólo nosotros caemos una y otra vez sobre nuestras rodillas: la técnica todo lo soporta, solamente los hombres han sido mal contruidos; no estamos hechos para esta clase de torturas.

Me hago un lugar en la central. El comandante está escribiendo en su diario de guerra. Leo: «Barómetro 758,8. El viento ha girado hacia el Sudeste, grado dos. Mar muy picado de Este a Sudeste».

El viejo comienza a hablarme:

—¡Este va a ser el mes más oscuro de la historia! Ya pueden dejar la fanfarria del informe especial en la maleta. ¡Simplemente cagados! ¡Si esto sigue así podemos cerrar el negocio!

El tráfico de comunicados radiales es realmente pobre; tan sólo con eso se puede uno dar cuenta clara de lo poco que están haciendo los submarinos. Petición de posiciones, llamadas de rutina... eso es todo.

Pero me consuelo: ningún barco es tan firme en el mar como éste.

*Domingo.* Aun antes de la más insignificante acción tengo que luchar conmigo mismo: ¿lo hago o no lo hago?

Lo que más fuerza nos quita es la poca oportunidad que tenemos de dormir.

Descansar verdaderamente sólo es posible cuando no hay visibilidad y el comandante permite que nos sumerjamos. Una vez que el submarino está bien en su rumbo, apenas si se oye alguna voz. Hasta los naipes se dejan de lado. Todos tratan de dormir cuando el submarino navega bajo el agua.

Pero el silencio que se produce en la intimidad del mar es renovadamente extraño.

Cuando todos, vencidos por el cansancio, se acuestan en sus cuquetas o simplemente sobre las tablas de madera del suelo, el submarino parece abandonado por su tripulación.

*Lunes.* Aún tengo el suficiente poder de decisión como para anotar en mi cuaderno lo que sigue:

«Imposible desempacar. Todo esto no tiene sentido. Nos sumergimos poco antes de las dos. Hermoso: nos quedamos bajo el agua. Más y más inflamaciones. Forúnculos de los peores. Costras ardientes. Pomada de ictiol para todo».

*Martes.* El comandante escribe en su diario de guerra acerca del día que pasó:

«13,00: El submarino hace maniobras con ambas máquinas a fin de alcanzar una mediana velocidad. A pesar de ello estamos prácticamente en el mismo lugar.

»13,55: Inmersión debido al mal tiempo.

»20,00: Salida a la superficie. Todavía hay mar muy picado.

Limitado el uso de las armas.

»22,00: Navegación de profundidad debido a la situación climática.

»01,30: Salida a la superficie. Mar picado. Visibilidad restringida.

»02,15: Submarino a la capa debido al mar, muy picado».

*Miércoles.* El viento gira hacia el Sudeste. Su velocidad ha aumentado nuevamente hasta dos. «Mar muy picado desde el Este y el Sudeste. El barómetro cae mucho», escribe el comandante en el diario de guerra.

En la central, el oficial navegante se ha asegurado con ambas piernas a la mesa de cartografía. Al tratar de espiar por encima de su hombro levanta la vista, sin alegría en el rostro:

—¡Nada desde hace diez días! ¡Y encima este loco navegar sin rumbo entre el mar y el viento!

Se sorbe la humedad de la nariz, con ruido. Suena como si hubiese estado llorando. Me señala con su lápiz unas tiras de papel; están llenas de pequeños números encolumnados; me aclara:

—Acabo de juntar algunos valores estadísticos, según la experiencia. Porque si sigo así, sacando cuentas, voy a llegar a quién sabe qué resultados. Por ejemplo, ahora he calculado cuántas millas es arrastrado el submarino por el viento y por la marea de tantas horas, si navegamos con ambas máquinas a pequeña velocidad, en un ángulo de treinta grados contra el mar...

Una catarata nos cae por la escotilla y tapa su voz. De un salto me subo al cajón de los mapas, para salvarme de que se me mojen los pies. El agua silba sobre el suelo y desaparece finalmente hacia babor.

Como un niño, el oficial navegante chapotea dentro del agua, en sus botas de goma. Quizá lo único que esté haciendo en este momento sea descargar su rabia contra el agua.

*Jueves.* El oficial navegante quiere volver a probar suerte, en la semipenumbra de la mañana. La visibilidad ha mejorado, es verdad. El cielo se entreabre aquí y allí y nos permite vislumbrar algunas estrellas en libertad. El horizonte se puede ver, o al menos calcular, cuando no está detrás de las olas que por momentos lo esconden. En esos instantes da la impresión de que la línea horizontal estuviera llena de pequeñas jorobas.

Pero tantas veces como el oficial navegante consigue enfocar una estrella y

llamarla por su nombre la cubierta se llena de agua, que salpica el sextante y lo deja inutilizado. Otra vez hay que mandar el sextante abajo, a la central, para que lo limpien y lo devuelvan arriba. Un cuarto de hora después, desesperado, se rinde:

—¡Una posición mal calculada tiene tanto valor como ninguna! —dice, mientras baja al interior de la embarcación. Quiere volver a intentarlo al atardecer.

Parece como si el mar se fuera a tranquilizar. Alrededor de las once, durante la guardia del segundo oficial, llaman al oficial navegante. Se puede ver el sol, a ratos.

—¡Hay posibilidades de disparo desde el sol! —repito, en el habitáculo de los suboficiales. No hay respuesta. El oficial navegante duerme. Me incorporo y paso a su habitáculo. Lo sacudo y vuelvo a comunicarle la novedad: ¡Posibilidades de disparo desde el sol!

De un salto, Kriechbaum está conmigo:

—¿Seguro que no es broma?

—¡Claro que no!

Con mirada insegura desaparece en la central. Poco después lo veo subir al puente.

*Viernes.* —¡Qué vida de mierda! —protesta el ingeniero ya en el desayuno.

—Nuestro sistema de búsqueda —le digo al viejo— me hace recordar ciertos métodos de pesca que se usan en Italia. —Hago una pausa de suspenso, tal como él mismo acostumbra, después de arrojar el anzuelo. Luego de su «¿Ah, sí?» continúo mi charla—: En las cercanías de Venecia he visto cómo los pescadores echan al mar, desde el muelle y por encima de una especie de codaste, unas inmensas redes de forma cuadrada. Esperan un momento y luego elevan la red, enrollándola, con la esperanza de que algún pez sea tan tonto como para quedarse cómodamente sobre la red.

—¡Eso suena como una crítica al Mando! —se entromete el ingeniero.

—¡Este es un típico caso de falta de aprovechamiento de fuerzas defensivas! —opina el viejo, mientras sigue el ingeniero:

—¡Deberían poner las cabezas inteligentes en su justo lugar; sacar a todos esos troncos y allí ponerlo a usted, en el Comando, para que por fin se haga algo!

—¡Y al ingeniero habría que ponerlo en el Museo Alemán! —alcanzo a gritarle, antes de que desaparezca hacia la central.

*Sábado.* Es temprano todavía, las seis y cuarenta de la mañana; a babor, hacia la popa, se informa la aparición de un objeto flotante. La fuerza del viento es ocho a nueve, la marea ocho. La visibilidad es miserable. Es realmente un milagro que el vigía haya distinguido ese barco tan temprano, en medio de esa salsa marrón y monótona. Es sin lugar a dudas un navegante solitario, bandeando fuertemente.

Tenemos suerte: estamos en buena posición respecto a esa sombra gris oscura que

sólo de vez en cuando aparece detrás de las olas espumeantes, para en seguida esfumarse durante largos minutos como embrujada.

—¡Creo que éste se considera más rápido de lo que es! ¡A lo sumo debe de hacer catorce millas! ¡Tendría que girar aflora bruscamente hacia la izquierda, si quiere escaparse de nosotros! —dice el viejo—. ¡Nos acercaremos un poco más... de todas maneras no nos puede ver, contra las nubes!

Diez minutos después, el comandante ordena que nos sumerjamos. La guardia de los torpedos se apostó detrás de sus puestos de combate.

Todas son órdenes. Para las máquinas. Para los timones. Y por fin:

—¡Torpedos uno y tres preparados!

—¿Cómo pretende disparar el comandante con esta marea? Seguramente la contraseña del momento es poner todo a una sola carta... tener éxito por lo menos una vez, a toda costa.

El comandante en persona es quien da los valores para disparar. No hay en su voz ni un dejo de intranquilidad:

—Velocidad del enemigo, catorce. Posición, cien. Distancia, mil metros.

El primer oficial informa que los tubos de los torpedos están preparados. Tampoco en su voz hay signos de alteración. Pero de pronto, el viejo pierde los estribos. A gritos e insultando a medio mundo hace aminorar la marcha. Seguramente el periscopio vibra demasiado, navegando a alta velocidad.

El motor del periscopio zumba y zumba; solamente ahora deja de oírse por breves instantes. El viejo pone lo mejor de sí para mantener al enemigo en la mira, a pesar del mar picado. Creo que está sacando el espárrago más arriba todavía. Es que con este mar no es mucho lo que arriesga. ¿Quién en ese vapor podría imaginar que con este temporal hay en las cercanías un submarino preparándose para atacar? La experiencia y la escuela lo dicen bien claro: con este tiempo es imposible para un submarino usar sus armas. Sólo podemos andar a tropezones por el mar.

El comandante nos informa:

—Tiene alrededor de diez mil toneladas... y un gran cañón. ¡Maldita agua!

—¡Así no va a pasar nada! —le oímos gritar de repente—. ¡Subir a la superficie!

El ingeniero reacciona sin pérdida de tiempo. La primera ola que nos golpea me hace caer en medio de la central; me agarro de la caja de cartas marinas.

El comandante me llama al puente.

El mar está realmente furioso; alrededor de nosotros sólo se ven cortinas de agua, altas, profundas, de un color gris oscuro. Ni señales del vapor. Ha desaparecido en medio de tantas curvas.

—¡Cuidado! —me advierte el comandante ante otra ola enorme, verde botella.

Una vez que el peligro hubo pasado, me grita en la cara:

—¡No puede habernos avistado!

Ordena tomar rumbo de modo que crucemos la dirección en que marcha el vapor. Tenemos que emplear una alta velocidad, en sentido contrario a las olas. Nuestros rostros sufren los latigazos del agua. Lo soporto unos diez minutos más hasta que, aprovechando otro embate del mar, desaparezco en el interior de la embarcación. El ingeniero debe hacer evacuar el agua a cada instante.

—¡Esto no tiene sentido! —dice un rato más tarde—. ¡Seguro que se escapó!

A pesar de la ducha que recibimos desde arriba, me animo a mirar hacia la torre. El pequeño Benjamín es el timonel. Es un buen hombre... y ahora tiene que mostrar todas sus habilidades, manteniendo el curso que se le ordenó. Aun sin ver las olas que nos arrollan siento cómo la proa se desvía a cada momento de su rumbo. La escotilla está nuevamente bien cerrada. La única comunicación que nos queda con el puente es el tubo para hablar.

El viejo vuelve a ordenar que nos sumerjamos, para poder escuchar bajo el agua. No lo quiere dar por perdido. Y el sonar tiene ahora mayor alcance que la visibilidad.

Empapados, con los rostros enrojecidos como cangrejos, regresan los que estaban de guardia en el puente.

Bajamos a cuarenta metros de profundidad. En el submarino se hace el mayor silencio. Solamente sigue gorgoteando el agua de la bodega: las olas profundas siguen meciéndonos. Todos, salvo ambos vigías del puente, ahora sentados a los timones de profundidad, observan al escucha. Pero, aunque éste se desespere moviendo su dial, nada encuentra. El viejo da una orden perentoria:

—¡Virar a sesenta grados!

Media hora después volvemos a emerger. ¿Se rinde el viejo? Subo al puente junto con la guardia del oficial navegante. El comandante se queda abajo.

Sólo los náufragos han podido ver las olas de la tormenta tal como se nos presentan ahora. El submarino está tan a flor de agua y tan bañado por la espuma que parecemos ir a la deriva, sobre una balsa.

—¡Qué moledora de huesos! —grita el oficial navegante—. ¡Cuidado ahora! —No puede seguir hablando, porque delante de nosotros se yergue una ola inmensa. Me apoyo en la defensa y aprieto mi mandíbula contra el pecho: el golpe me llega sobre la espalda y se diluye entre las piernas.

Aún se está escurriendo el agua cuando el navegante prosigue su conversación:

—¡...Wachter se quebró una vez tres costillas... al rompersele el cinturón de seguridad... cayó hacia la popa... y tuvo suerte, dentro de todo!

Tres olas después coge el cabo del tubo de comunicación y grita:

—¡Al comandante: no hay más visibilidad!

El comandante se pone en razón y nuevamente ordena sumergirnos; otra vez a escuchar atentamente. Y otra vez nada.

¿Vale la pena arrancarse del cuerpo la ropa mojada? Los timoneles de

profundidad llevan incluso sus *Südwesters*. Media hora después ya se ve que estaban en lo cierto: el comandante vuelve a ordenar que subamos a la superficie.

—Ahora nos queda una sola oportunidad, si él pega un giro lo suficientemente grande... y nosotros también —dice el viejo.

Durante media hora se queda simplemente ahí sentado, con las cejas enarcadas y los párpados cerrados. De pronto se incorpora de un salto. Me sorprende de tal forma que doy un respingo. Tiene que haber oído algún ruido en el puente. Antes de que desde arriba llegue la información de que el vapor ha sido avistado, el viejo ya está mirando a través de la escotilla.

Otra vez alarma. Inmersión.

Yo paso a la central y el viejo se queda en la torre, sentado detrás del ocular.

Contengo la respiración. En los momentos en que deja de escucharse el ruido del mar, realmente excepcionales, se reemplaza el silencio con las voces de los hombres, que lanzan un denuesto tras otro. El viejo vuelve a plantearse su problema de siempre: ¿Cómo mantener el vapor en el ocular con este mar violento?

—¡Ahí está!

El grito repentino me hace pegar un salto. Estamos de pie, bien agarrados o enganchados a algún elemento fijo. Durante un par de minutos tratamos incluso de no respirar; pero desde arriba no nos llega nada más.

De pronto se oye al viejo gritar una protesta: se queja de no poder ver. A los insultos les siguen órdenes para los timoneles. Y ahora... no puedo dar crédito a mis oídos... ordena poner ambas máquinas eléctricas a máxima velocidad. ¿Con este tiempo?

Pasan tres o cuatro minutos más. Desde arriba se oye:

—¡Rápido a sesenta metros!

Nos miramos. El marinero de la central se muestra completamente inseguro de sí mismo.

¿Qué quiere decir esto?

Es el viejo quien se encarga de contestárnoslo. Mientras baja nos aclara:

—¡Increíble... nos vieron! El vapor dio vuelta directamente hacia aquí. Nos quiso encerrar. ¡Imbécil! ¡Imposible de creer!

El viejo trata de dominarse... mas sin éxito. Furiosamente arroja un guante al suelo:

—¡Maldita tormenta! ¡Mil veces maldita!

Tanto hace que queda sin respiración; se sienta sobre la caja de mapas, se acomoda y cae en apatía.

Inhibido, quedo de pie sin saber qué hacer. Solamente pienso en el favor de no volver enseguida a la superficie, no ser otra vez la pelota en el juego del oleaje.

Tengo un miedo continuo ante el martirio que significa la constante tensión

muscular, la tortura acústica, el interminable alboroto de las olas.

—¡Se fue al tacho! —le oigo decir a Dorian.

*Domingo.* Navegamos bajo la superficie. Seguramente la tripulación desea en secreto que haya mala visibilidad, porque mala visibilidad significa inmersión. E inmersión significa tranquilidad.

Nos hemos convertido en viejos hombres cuarteados por la vida. Robinsones medio muertos de hambre... y eso que tenemos suficiente para comer. Pero nadie tiene ganas de tocar siquiera el alimento.

Los maquinistas son quienes más sufren esta situación. Ya no tienen contacto con el aire libre. Hace más de catorce días que una parte de la cubierta, nuestro «jardín de invierno», no puede ser usada. El comandante ha dado permiso para fumar en la torre, pero el primero que trató de encender un cigarrillo notó inmediatamente la imposibilidad de mantener la llama del fósforo: la corriente de aire allí es muy fuerte, porque es por donde pasa el aire que absorben las máquinas diesel.

Hasta Frenssen enmudeció. Incluso las noches de canto y juego en la proa han dejado de ser una costumbre.

Solamente los timones y el habitáculo del escucha se mantienen ocupados. El marinero de la central y sus dos ayudantes tienen guardia. Lo mismo que el personal de las máquinas eléctricas.

Alguna máquina está zumbando. Hace rato que ha dejado de preocuparme cuál es. El submarino navega a cinco nudos. Mucho menos que un ciclista y, sin embargo, mucho más que lo que haríamos sobre la superficie.

Nuestra falta de éxitos se hace sentir en el viejo. Día a día se le nota más pensativo. Dicharachero, o siquiera sociable, no fue nunca, pero ahora ya no se le puede hablar. Está tan deprimido que parece que los fracasos de toda el Arma descansaran sobre sus hombros.

La humedad en el submarino parece crecer cada día un poco más.

Es una gran época para el moho: ya ha llegado a mis camisas de repuesto. Se trata de una especie distinta, que no crece tan alta como la que se desarrolla sobre los chorizos, sino que forma en cambio grandes manchas verdes y oscuras. También atacó el cuero de los zapatos; verdosos ahora; hasta las colchonetas en los camastros huelen a humedad; seguramente se enmohecen desde adentro. Si un día no me pongo las botas de mar, a la mañana siguiente aparecen gris verdosas, debido a la mezcla de moho y sal.

*Lunes.* O estoy completamente confundido, o durante la noche el temporal ha cedido en un par de grados.

—Es lo más lógico —dice el viejo durante el desayuno—, no hay razón para alegrarse. Incluso puede suceder que hayamos entrado en una zona neutra del

temporal, el núcleo del ciclón. Pero entonces recomenzará el baile dentro de muy poco... por así decirlo, cuando estemos del otro lado.

Si bien las olas son tan grandes como en los días anteriores, los vigías ya no reciben de continuo esos latigazos en la cara. Hasta pueden intentar de vez en cuando mirar a través de los binóculos.

Navegamos con la escotilla de la torre abierta. Sólo rara vez se cuela algo de agua en la bañera y de allí pasa a la central, pero no más de lo que la bomba puede echar afuera con solamente un cuarto de hora de trabajo de vez en cuando. El lloriqueo del alambre radiotelefónico ha cesado también.

Da la impresión de que el mar es empujado por enormes fuerzas eruptivas, por cientos y cientos de volcanes activos que desde la profundidad arrojan el agua hacia arriba para luego dejarla caer.

La marea hace que la gente que trabaja en el interior del submarino no note diferencia alguna con el día que pasó. La noticia de que el temporal ha amainado algo es para ellos una comunicación abstracta: el submarino salta igual que antes y recibe tantos embates como en días anteriores.

*Martes.* Ya no necesito buscar un lugar de donde agarrarme para caminar hasta la central; tampoco necesitamos las tablillas de contención en la mesa para comer, ni tenemos que mantener las fuentes en equilibrio sobre nuestras piernas. Por fin hacemos una comida decente: tocino con patatas y repollo. Siento cómo me renace el apetito a medida que mastico.

Después del cambio de guardia, por la noche, se oye en el habitáculo de proa una pedorrera impresionante: ¡el repollo! Wichmann es el que más maña se da en este arte.

El Berlínés no le va en zaga. Los demás observan, entre divertidamente admirados y ofendidos. Solamente Kleinschmidt se enoja:

—¡Ponte un corcho en el culo, cerdo asqueroso!

Como es imposible pensar en dormir con este olor, me levanto del camastro.

La imagen del cielo a través de la escotilla de la torre es apenas un poco más clara que el marco de la propia escotilla. Espero alrededor de diez minutos, apoyado en el escritorio del navegante. Por fin me decido:

—¡Permiso para subir!

—¡Sí! —me contestan: es la voz del segundo oficial. Mis ojos se han acostumbrado ya a la oscuridad, en la central, así que inmediatamente reconozco a los vigías.

¡Bommtchichibummm!, resuenan las olas contra la pared del submarino. Entre dos golpes, un silbido y un ruido sordo. Tiras de espuma titilan hacia los costados y se pierden detrás de la popa.

Me apoyo en la defensa. Una y otra vez suenan los embates contra el submarino.



Una y otra vez se rompe una ola contra la proa... el cable de comunicaciones silba entonces su macabra melodía.

Hacia un lado, una estrella solitaria se refleja ida y vuelta sobre las olas. Me pongo de puntillas, hasta que alcanzo a ver toda la proa. A lo largo del submarino el agua adquiere una coloración verdosa, como si recibiera otra iluminación desde adentro. Las formas del submarino se distinguen así del resto que queda a oscuras.

—¡Maldita reverberación! —protesta el segundo oficial. La luna aparece detrás de unas líneas de niebla. Por momentos se ve brillar una estrella, que en seguida vuelve a esfumarse.

—¡Esto está completamente oscuro! —murmura Dorian para sí. A los vigías de popa les advierte seriamente—: ¡Mucho cuidado, muchachos!

Ya son casi las veintitrés cuando regreso a la central. Ahí veo a ambos ayudantes inclinados sobre los ventiletas, ocupados en algo. Me acerco para ver de qué se trata: están pelando y rallando patatas.

—¿Cómo terminará esto? —oigo que pregunta el viejo detrás de mis hombros.

Me indica que le acompañe a la cocina. Allí toma una gran olla y grasa. Un ayudante llega de la central cargado con patata rallada. El comandante hace derretir la grasa en la olla; parece un escolar, por la alegría que demuestra: sostiene la olla en alto y hace pasar la grasa chisporroteante de un lado a otro. En seguida le añade la harina de manera tal que la grasa salta de la olla, justo sobre mi pantalón. Parece un químico sobre sus retortas, observando cómo la harina se endurece lentamente al tiempo que adquiere un tono marrón.

—¡En seguida sale el primero! —Con la nariz respingada huele el aroma exacto que debe tener. Y ahora toma posición. El gran instante se acerca: un salto, y el panqueque vuela por el aire, da una voltereta y cae mansamente sobre la sartén. Es oro amarronado.

Cada uno de nosotros arranca un pedazo del primer panqueque; tenemos que sostenerlo con los dientes, tan caliente está todavía.

—Qué bueno, ¿no es cierto? —El cocinero tiene que ir a buscar la compota de manzanas.

Poco a poco los panqueques se acumulan en un buen montón. Ya es casi medianoche. La guardia de la sala de máquinas termina su turno. El Bailarín entra en la cocina, sucia de aceite. Sorprendido, mira al comandante sin comprender; sin pérdida de tiempo trata de retirarse, pero el comandante le da seriamente la orden de alto. Así que el Bailarín se queda como pegado al suelo.

La siguiente orden que recibe es cerrar los ojos y abrir la boca, y el comandante le mete a presión un paquete enrollado. Encima le pone una cucharada de compota de manzana; la barbilla del Bailarín se cubre de ella.

—¡Media vuelta! ¡El que sigue!

El procedimiento se repite por seis veces. Del mismo modo se hace con la guardia que acaba de tomar el turno. Toda la pila desaparece en un santiamén. Así que nos ponemos a revolver para que haya más masa.

—¡La próxima tanda es para los marinos!

La una de la mañana; el comandante se estira y se seca el sudor del rostro con la manga de la chaqueta.

—¡A comer! —el último panqueque me toca a mí.

*Miércoles.* Por la tarde salgo a cubierta con la segunda guardia. El paisaje marino ha cambiado totalmente. Ya no hay más picos montañosos que van a la deriva, planos inclinados de un lado y riscos verticales del otro: la organizada falange de los mares se ha convertido en un revoltijo salvaje. Hasta donde alcanza la vista, la superficie del mar es una forma temblequeante y arrítmica. En todas direcciones saltan enormes masas de agua; las olas ya no se mantienen en línea como antes. Seguramente, el viento ha ayudado a que cambie el sentido de la marea. Y por eso chocan unas montañas de agua contra otras. El resultado son chorros de agua que pretenden alcanzar el cielo a saltos.

También nuestra proa participa del loco temblequeo de la superficie marina. Dos, tres, cuatro golpes pequeños; uno detrás del otro, una pausa, y en seguida una serie ininterrumpida de nuevos impactos.

Casi no hay visibilidad. El horizonte se perdió. Ante los ojos sólo aparece una niebla espesa.

—¡Malditas olas cruzadas! —protesta el navegante. El submarino entró en una suerte de baile de tornillo. Choca y salta, no encuentra su ritmo. La proa se mueve de allá para acá. Casi siempre golpea en el vacío.

Tenemos que cumplir un nuevo castigo: otra vez está haciendo frío. Los golpes del viento helado me cortan como cuchillos la cara mojada.

*Jueves.* El viento sopla del Oeste—Noroeste. El barómetro sigue cayendo. En mi cerebro va tomando forma el loco deseo de que llueva aceite. Nada me parece tan importante en este momento como una lluvia de aceite, capaz de alisar la superficie del mar.

El comandante se presenta a cenar con cara larga. Por un rato no se dice una palabra, hasta que él mismo rompe el silencio:

—¡Cuatro semanas van ya! ¡No está mal del todo! —murmura entre dientes.

Es cierto. Hace ya cuatro semanas que somos zarandeados, arrojados, golpeados y maltratados.

El viejo golpea la mesa con su puño izquierdo. Respira hondo, guarda el aire, suelta por fin el contenido de sus pulmones por entre los labios apenas entreabiertos e inclina la cabeza, con los ojos cerrados, hacia un lado: el cuadro perfecto de alguien

que se ha entregado al destino. Ahí estamos, todos sentados, a pesar de nosotros mismos.

El oficial navegante informa que el horizonte ha comenzado a divisarse. Es decir que el viento del Noroeste se ha llevado las nubes bajas, regalándonos un poco más de visibilidad.

*Viernes.* El mar se asemeja a una verde manta en malas condiciones, de cuyo interior sale un relleno blanquecino. El comandante prueba todo lo posible para que el submarino no sea tan golpeado por las olas. Pero de nada sirve: las olas de través son insoportables. No nos queda más remedio, tendremos que cambiar de rumbo.

Con los ojos doloridos examinó cada resquicio, cada agujero, cada abertura... en ningún lado se alcanza a ver la mancha oscura de un barco. Ya ni siquiera pensamos en los aviadores: ¿qué avión resistiría este temporal? ¿Y qué ojo nos podría avistar en medio de esta tormenta? Ni siquiera la típica estela que deja cualquier embarcación tras de sí nos puede delatar.

Otra vez caemos en un valle mientras a nuestras espaldas se va formando una nueva ola. El segundo oficial la observa atentamente, pero no se mueve de su lugar; se queda paralizado, como si sufriera un ataque de lumbago.

—¡Ahí... algo...! —le oigo gritar, pero ya la ola se nos echa encima. Aprieto la quijada contra el pecho, me aseguro y trato de hacerme más pesado, para que el agua no me chupe de mi lugar. Y de nuevo, levantar la cabeza y buscar ansiosamente la próxima amenaza. Pedazo a pedazo.

Nada.

—¡Ahí había algo... —grita el segundo oficial otra vez—, a doscientos sesenta grados... había algo... seguro... o me como una escoba!

Le grita a todo pulmón al vigía de babor, a popa:

—¡Hombre...! ¿no lo ha visto usted?

De nuevo nos levanta algo desde abajo. Estoy parado ahora hombro con hombro al lado del segundo oficial. ¡Ahí! De pronto aparece entre el polvillo acuático un cuerpo oscuro... ya desapareció.

¿Un tonel? ¿A qué distancia?

El segundo oficial deja caer la mano con los binóculos. Nos grita y pide unos binóculos. Se abre la escotilla y se los alcanzan justo antes de que nos llegue otra ola.

El segundo oficial se da prisa en cerrar la escotilla con el pie. Los binóculos todavía están secos.

Me arrimo lo más que puedo al segundo oficial; él protege los binóculos con la mano izquierda, para que el agua volante no le impida ver el objeto cuando reaparezca. Pero no hay otra cosa que ver más que un montón de montañas de agua: estamos en el medio de una hondonada.

Un momento más tarde volvemos a estar arriba; ahora hay que entrecerrar los

ojos hasta que los párpados sólo dejen una línea entre ellos.

—¡Maldición! —protesta el segundo oficial. Abruptamente retira los anteojos de sus ojos. Miro en la dirección en que él lo está haciendo. De pronto grita:

—¡Ahí! ¡Ahí había algo! —No hay duda alguna, el segundo oficial tiene razón.

¡Había algo, es verdad! ¡Ahí, otra vez! Es un cuerpo oscuro. Sube, aguanta por unos latidos de mi corazón en el pináculo y vuelve a perderse.

El segundo oficial deja caer la mano con los binóculos. Nos grita:

—¡Ahí... eso era un...!

—¿Qué?

El segundo Oficial se traga las sílabas siguientes. Ahora me mira de lleno en el rostro y vuelve a gritar:

—¡Eso... tiene que ser... un submarino!

¿Un submarino? ¿Un submarino? ¿Ese tonel bailoteante, un submarino?

¡Imposible!

—¿Disparamos una señal?

—¡No! ¡Todavía no! ¡Esperemos... no es seguro!

El segundo oficial se inclina nuevamente sobre el tubo y habla:

—¡Un trapo a la cubierta! ¡Rápido!

Tenso como un arponero ante la ballena, se agazapa detrás de la defensa y espera que subamos de nuevo por encima de las olas. Yo me lleno los pulmones hasta casi reventar y espero también, sin echar el aire. Observo con toda atención el mar hirviente; como si pudiera ver mejor conteniendo el aire.

¡Nada!

El segundo oficial me pasa los binóculos. Me sostengo bien y comienzo a buscar en los doscientos sesenta grados.

—¡Maldición! —Un semicírculo de mar gris blanquecino. Aparte, nada.

—¡Ahí! —grita el segundo oficial y señala con el brazo derecho estirado. Le alcanzo los binóculos sin demora. El segundo observa, mordiéndose los labios. De un salto llega al intercomunicador:

—¡Al comandante: a babor, de popa, un submarino!

El segundo oficial vuelve a pasarme los binóculos. Pero no me animo a usarlos, porque desde popa nos llega una ola enorme. Al tiempo que me sostengo, trato de protegerlos contra mi cuerpo, a la altura de mi abdomen. Pero el remojón nos cubre hasta el ombligo.

—¡Es posible esto!

La ola enorme nos eleva ahora. Miro por espacio de dos a tres segundos el desierto que nos rodea... ¡Ahí lo tengo! ¡Ya no hay duda! El segundo tenía razón: es la torre de un submarino. Todo dura apenas un par de segundos... como un fantasma, se esfuma de inmediato.

oficial.

Se abre la escotilla: el comandante aparece y se hace informar por el segundo — ¡Es cierto! —aprueba, al mirar por los binóculos.

—¿No están sumergiéndose? ¡Se sumergen! —grita el comandante—. ¡Pronto, un reflector!

Por algunos segundos nada se distingue, a pesar de la búsqueda de tres pares de ojos. Sorprendo la mirada extraviada del comandante. ¡En el verde blanquecino aparece otra vez el tonel!

El viejo ordena avanzar hacia allí a toda máquina. ¿Qué pretende hacer? ¿Por qué no hace disparar una señal? ¿Y por qué no dispararon los otros su señal? ¿Acaso no nos vieron?

A pesar de que el agua continúa barriendo la cubierta, hago todo lo posible por ponerme aún más alto de lo que estoy.

Desde la popa se acerca toda una cordillera alpina, con picos nevados. Durante un par de pulsaciones de mis arterias siento el miedo; temo que la ola no nos eleve lo suficiente y en cambio rompa sobre nosotros. Pero no: con un siseo pasa la onda por debajo del submarino, alta como es, casi como una casa; otra ola ya nos impide la visión de la popa nuevamente.

Sin embargo, la torre de la otra embarcación se deja ver: otra ola la eleva.

Como a una botella. Por un instante baila como un corcho, y luego desaparece. Pasan minutos antes de que podamos divisarla de nuevo.

El segundo oficial lanza un grito. No grita palabras, solamente sonidos. El comandante abre la escotilla y protesta:

—¿Cuándo llega ese reflector?

Suben un reflector manual. El comandante en persona se asegura entre la columna del periscopio y la defensa para tomar en sus manos la lámpara. Me apoyo contra el muslo del comandante para que éste tenga más seguridad. Le oigo apretar el interruptor: corto... corto... largo. Pausa. Basta. Trato de levantar la cabeza para ver algo. El otro submarino ha desaparecido... como chupado por las profundidades. Alrededor de nosotros, nada más que el desierto verde.

—¡Qué cosa de locos! ¡Sencillamente una locura! —dice el comandante.

Y, de pronto, lo imposible: un relámpago en medio de esa sopa gris, sin que el tonel se distinga. Un sol blanquecino nos hace guiños desde la niebla, se apaga, vuelve a nacer. Corto... Largo... largo. Por un rato nada, en seguida la señal otra vez.

—¡Es Thomsen! —grita el viejo.

Con todas mis fuerzas lo sostengo por el muslo; el segundo oficial está ahora a mi lado; sostiene el muslo derecho del comandante, yo el izquierdo. Nuestro reflector contesta. Tengo que mantener la cabeza hacia abajo, así que no puedo ver la señal; pero sí puedo oírla: el comandante se dicta a sí mismo en voz alta.

—Mantener ...el curso ...y ...la ...velocidad ...Nosotros nos ...acercaremos.

Una montaña de agua, tan grande como todavía nunca habíamos visto, nos amenaza desde la popa. El pináculo de esa ola enorme está formado por un humo blanco, vapor, como el que se levanta sobre la nieve en movimiento. El comandante entrega el reflector y se deja caer sobre nuestros hombros, a fin de protegerse.

Se me corta la respiración. El alboroto que arma esta ola de cuatro pisos de altura tapa todos los ruidos circundantes. Todos mantenemos las espaldas apretadas contra la defensa. El segundo oficial parece un boxeador, protegiéndose la cara con el antebrazo izquierdo.

Ya ninguno de nosotros tiene tiempo de prestar atención al otro submarino. Todos los ojos están puestos en ese gigante que se acerca con parsimonia, pero sin pausa. Pesado como el plomo, el gigante es de una masa nunca igualada. La espuma reverbera sádicamente sobre su lomo. Al acercarse, se agranda aún más por sobre el verde temblor del mar. El viento deja de soplar. Las olas más pequeñas que lamen constantemente el submarino bailotean sin presentir lo que se avecina. Me parece entender: este gigante marino se levanta ante el temporal como una barricada:.. y nosotros hemos caído bajo ella, al amparo del viento.

—¡Sostenerse fuerte! ¡Atención... cero! —grita el comandante con todo lo que la voz le permite.

Me dejo caer aún más abajo, tensos todos mis músculos, me acomodo como una cuña entre la defensa y la columna del periscopio. Mi corazón late más rápidamente ahora. ¡Esto es demasiado! ¡Si esta ola llega a romper... que Dios nos proteja! No creo que el submarino lo aguante. ¡Ni nosotros! ¡Dios mío, nuestros huesos!

Todos los ruidos del mar se acallan ahora ante un tremendo siseo. Como si miles de baldes de agua fueran volcados a un tiempo sobre una superficie calentada al rojo vivo. Los latidos de mi corazón son el reloj con que cuento para tener noción exacta de lo mucho que mantengo la respiración. ¡Ya! Siento cómo el submarino se levanta por la popa, más y más alto. La embarcación asciende por la ladera inclinada y rugosa, más arriba que nunca. La sofocación que el miedo produce va pasando... la cresta de la ola acaba por romper, sin embargo: un golpe de muchas toneladas cae contra la torre, que retumba sordamente. El submarino entero es recorrido por un temblor. Oigo el gorgoteo de un río de agua, que entra a raudales en el puente.

Aprieto los labios y contengo una vez más la respiración. Ante mis ojos, sólo un vidrio verde. Me hago más pesado de lo que soy, para que el río no me lleve consigo. ¡Dios mío...! ¿vamos a ahogarnos? Toda la bañera está llena de agua hasta el tope.

Por fin sube la torre. Yo también salgo del mar y consigo un poco de aire. Pero otra vez debo retenerlo: el puente sigue inclinándose peligrosamente... ¡nos quiere dejar caer!

¿Puede darse la vuelta un submarino? ¡Nuestra quilla! ¿Estará pensada para

eventualidades como ésta?

El agua quiere llevarse la ropa que cubre mi cuerpo. Abro la boca, bombeo aire en los pulmones y tiro de una pierna y de la otra para sacarlas del agua; es como si las hubiera tenido dentro de lazos que las aprisionaban. Intento levantar la vista: nuestra popa apunta al cielo. Miro hacia adelante; la proa ha desaparecido en el mar verde—blanquecino. Encuentro el rostro del segundo oficial, la boca abierta como si quisiera articular un grito desde el fondo de sus pulmones. Pero ningún sonido acompaña a la figura.

Chorrea agua del rostro del comandante. Y también del interior de su *Südwest*. La cara enrojecida, mira fijamente y sin moverse hacia un punto lejano. Le sigo la mirada.

El otro submarino tiene que haber quedado a babor, delante de nosotros... De pronto, se nos hace visible en toda su longitud. La misma ola que nos hiciera acariciar el cielo levanta ahora a los otros. No pasa un instante antes de que también su proa se oculte bajo el agua. Da la impresión de que ellos navegaran con sólo medio submarino. Una columna de agua trepa ahora por su torre, verticalmente, como por un acantilado que cae al mar. El polvillo gris que se forma los hace desaparecer por completo.

El segundo oficial grita algo:

—¡Pobre gente! —creo que dijo.

¿Pobre gente? ¿No recuerda que hace un minuto nosotros pasamos por la misma situación?

Seguimos girando. El ángulo que hay entre nuestro curso y el de las olas es cada vez más agudo. Un poco más y nuestra proa se hallará de frente a la corriente.

—¡Es un trabajo a medida el nuestro! ¡Es una pena que los de enfrente no lo estén filmando! —grita el segundo oficial.

Temo que con esta marea los otros no puedan mantener su curso. Pero pronto estaremos cerca de ellos, si seguimos girando así. Las olas que rompen en su proa, como en un surco, ya se entrecruzan con las olas de través que formamos nosotros. Las hilachas de agua saltan en vertical hacia arriba. Son docenas de géiseres, pequeños, grandes, enormes...

Subimos de nuevo. Otra vez una ola nos eleva en su locura, alejándonos del mar y montándonos sobre el lomo de una enorme ballena. Ascendemos... un viaje al cielo en submarino... Como si nos quisiéramos separar de la tierra, ondeamos cada vez más alto, cual un Zeppelin negro. Nuestra proa está libre a todo lo largo.

Como si estuviéramos en el techo de una casa, veo ahora perfectamente la cubierta del otro submarino... ¡Oh, Dios mío! ¿No se ha arriesgado demasiado el viejo? ¿Y si somos empujados encima de los otros?

Pero el viejo no da nuevas órdenes. Puedo reconocer a cada uno de los cinco que,

agarrados de su defensa, hacia estribor, nos observan: Thomsen en el medio.

Todos tienen las bocas abiertas, como las muñecas de madera. O como pichones de los pájaros, cuando la madre se acerca.

¡Conque es así como se ve esto desde arriba! Así nos podrían ver los Tommies, si estuvieran volando cerca ahora: un tonel con cinco hombres asidos a él. Un punto negro en el mar, apenas un grano. Sólo al irse las olas cambia el cuadro: un tubo brillante sobresale del agua.

La ballena nos hace resbalar ahora por su lomo, hacia abajo. ¡Vamos, abajo!

¿Será posible? ¿Por qué no hace nada el viejo?

Espío su rostro. Sonríe. ¡Este endiablado aún puede sonreír! Y ahora grita:

—¡Atención cero!

Otra vez, agacharse. Sostenerse, las rodillas contra la defensa, la espalda contra la columna. Tensar los músculos. La pared de agua sube delante de nosotros, rematada con un escudo, color verde botella.

La pared se encorva en su parte superior. Cae sobre nosotros. ¡A sacar la cabeza! Llenarse los pulmones de aire, aferrar la cámara contra la barriga, porque el martillazo en la espalda no se hace esperar. No hacer caso a la arcada y seguir aguantando, hasta que el agua pase.

Me asombro de que la caída no haya sido hacia un lado.

El viejo, ese viejo zorro, sabía perfectamente cómo se habría de comportar la ola. Su alma y el agua resuenan. El sabe cómo piensa el monstruo del mar.

El submarino de Thomsen se balancea en este momento sobre la cresta de una ola. Un puño gigante lo empuja más y más arriba. Veo sus celdas de inmersión salir del agua y brillar claramente. El submarino permanece en esa posición por una eternidad. Podría tomarles cuatro o cinco fotos, antes de que, con un movimiento repentino, caigan nuevamente en un valle, entre dos olas. Una pared de agua, coronada de blanco, se alza entre ambos submarinos, y los otros desaparecen de nuestra vista, como si nunca hubiesen existido.

Docenas de latidos golpean mi corazón antes de que vuelva a verse algo más que olas hirvientes, grises y blancas, montañas nevadas y temblequeantes. Parecen doblemente grandes, conteniendo al otro submarino.

Pienso que, dentro del otro navío, en medio de este baile de locos, hay gente cumpliendo con su guardia en la sala de máquinas, o que el radiooperador está ahí sentado a su aparato, mientras los demás se agarran fuertemente de sus camastros, sobre todo en el habitáculo de proa, tratando de leer o de dormir; pienso que ahí abajo hay luz encendida, seres humanos que viven.

—¡Ah, muchacho —me digo—, a ti te va como al segundo oficial! ¡Ese es simplemente un submarino gemelo al nuestro...! ¡Tampoco nuestra gente lo está pasando mejor!



El comandante pide banderines. ¿Se ha vuelto loco? ¿Quién sería capaz de hacer señales con este temporal?

Pero el comandante mismo toma los banderines en sus manos. Y cuando ascendemos por la ladera de una ola, se suelta de su cinturón, se apoya con la espalda contra la columna del periscopio, en lo alto de la defensa, y allí arriba desenrolla los banderines para comenzar a dar sus señales con toda calma, como si flotáramos en un lago:

«Q...u...e...h...a...n...h...u...n...d...i...d...o...u...s...t...e...d...e...s».

Imposible creerlo: uno de los de enfrente hace con los brazos la señal de comprendido. Y mientras nos hundimos rápidamente, el maldito ese de ahí enfrente responde con los brazos:

«D...i...e...z...m...i...l...t...o...n...e...l...a...d...a...s».

Como si estuviésemos sentados en dos ruedas gigantes, dos medios mundos, nos pasamos señales a través del agua y de la espuma, en el idioma de los sordomudos. Por instantes, ambos submarinos están a la misma altura. Cuando por fin ascendemos, vuelve a transmitir el viejo:

«B...u...e...n...a...c...a...z...a...m...a...l...d...i...t...o...s».

También los otros han conseguido ya sus banderines. Leemos a coro su contestación:

«H...a...s...t...a...l...a...v...i...s... t...a...y...b...u...e...n...a...s...u...e...r...t...e».

La ola nos hace perder altura rápidamente. Muy inclinados, caemos en una hondonada repleta de polvillo de agua volante.

Por encima de nosotros permanece la proa del otro submarino, libre, en el aire; en esa situación imposible se mantiene una eternidad; ambas aberturas para los torpedos de babor se notan claramente ahora; vemos el submarino desde abajo, hasta que la corriente lo hace caer, a su vez. Golpea en el agua con tal fuerza que el acero debería quebrarse en mil pedazos. Pero el cuerpo del submarino actúa todo él como una quilla y rompe la ola. El agua le hace lugar abriéndose hacia derecha e izquierda de la proa. Las olas más grandes cubren la proa, sin embargo. En ese alboroto solamente alcanzan a verse cinco puntos negros que sobresalen del agua: las cabezas de los vigías; ahora también un brazo, sosteniendo un banderín rojo.

Sorprendo una mirada del segundo oficial, que, inquieto, observa al comandante; más atrás, el rostro estático del ingeniero, quien presumo que ya debe estar en la cubierta desde hace rato.

Abrazo el periscopio con un brazo y trato de subir un poco más. El otro submarino se va perdiendo entre las olas, a popa. A veces se alcanza a distinguir todavía el tonel, que aparece y desaparece; luego, nada más que un corcho a la deriva; por fin, nada.

El viejo hace tomar nuevamente el curso. Se abre la escotilla... ¡dejar pasar la

ola...! y bajar.

El timonel se hace humo. El submarino se inclina a estribor. Al salir de la torre, el timonel recibe el baño de una ola mayúscula.

—¿Qué pasó? —quiere saber.

—¡Había un submarino... el de Thomsen... muy cerca!

Una vez abajo, miró los rostros de los que estuvieron sobre cubierta: grises, como iluminados por la lámpara de una mina. Estamos en una mina: me doy cuenta de que ni siquiera el timonel se percató de lo que acaba de suceder.

Me saco el *Südwest* y la chaqueta de goma. El marinero de la central espera ansioso a que yo le cuente lo que ha pasado arriba; con gusto o sin él, debo arrojarle un bocadillo:

—¡Es increíble cómo navega el comandante... realmente... fue un gran trabajo! Parece que la excitación les ha dado vida a mis músculos. Salgo mucho más rápido que en días anteriores de mis ropas. A mi lado, el ingeniero se frota con una toalla.

Diez minutos más tarde nos volvemos a reunir, ahora en el habitáculo de los oficiales.

Si bien aún me embarga el nerviosismo, trato de hacerme el desinteresado:

—¿No fue todo esto demasiado falto de formalidad?

—¿Qué cosa? —pregunta el viejo.

—El saludo.

—¿Por qué?

—¿No tendría que haberse hecho antes la señal de reconocimiento?

—¡Oh, Dios mío!—dice el comandante—, con esa torre! ¡Si era reconocible a primera vista! Se habrían asustado mucho, si les hubiéramos hecho la señal... tendrían que haber contestado a ella inmediatamente. Y quién sabe si con este temporal ellos estaban preparados para hacer la señal en cuestión... No, no se debe causar problemas a los camaradas.

—¿Y para que la señal no se use en caso de duda es por lo que bajamos y subimos todos los días con las balas?

—¡Vamos, vamos, a no quejarse! ¡Lo que debe ser, debe ser! —dice el viejo. Diez minutos después retorna al tema:

—De todas maneras, no hay ni que pensar en submarinos enemigos. ¿Qué van a hacer por aquí con este tiempo? ¿Buscar convoyes alemanes?

*Sábado.* Ha caído el telón. Nos hemos asegurado a la mesa y almorzamos. Los vigías caen poco a poco en el viejo letargo de siempre.

Después de comer, dice el viejo:

—¡Qué rápido se han arreglado éstos!

Con «éstos» se refiere el viejo a Thomsen y los suyos. Se asombra de que Thomsen haya aparecido por esta zona.

—¡Si justo habían llegado a puerto cuando nosotros zarpamos... y qué dañados!

—Se arreglaron rápido; eso quiere decir que estuvieron poco tiempo en el astillero.

—¡Sí, el Mando parece tener prisa!

Menos tiempo en el astillero, más rápida atención del paciente. El paciente debe levantarse del camastro y estar en pie. Basta de estar largo tiempo en cama.

Un cuarto de hora después sigue el viejo:

—¡Algo no concuerda en todo esto! Como mucho habrá doce submarinos nuestros navegando en el Atlántico. Desde Groenlandia hasta las Azores doce submarinos... y casi chocamos uno contra otro. ¡Algo no concuerda! ¡En fin, no es problema mío!

¡Que no es su problema! Y sin embargo se hará preguntas y más preguntas desde la mañana a la noche sobre el dilema: campo de acción demasiado grande... muy pocos submarinos... ningún avión.

Cenamos. El maldito pan en latas no se puede tragar. Hasta el viejo lo rechaza. Lo lleva de un carrillo al otro, y por fin lo deglute. Así como sigue mascando el problema del encuentro con el otro submarino.

—Quizá tenga él el cuadrante vecino al nuestro. —Inmediatamente llama al oficial navegante.

—¿Nuestra posición es la exacta, no es cierto? ¿Aunque sea más o menos? —le pregunta el comandante a su náutico.

—¡Más o menos, señor!; así se puede decir. Hace ya siete días que no podemos calcular nuestra situación. Y mientras tanto cambió el viento varias veces.

—¡Bien, Kriechbaum!

El viejo vuelve a dirigirse a nosotros:

—Y así es como, si en el otro la posición concuerda también más o menos, dos submarinos se encuentran navegando por la misma región... y más hacia el Norte o más hacia el Sur quedan enormes huecos... por los cuales los ingleses pueden pasar con toda su Armada, sin que nosotros nos demos la menor cuenta de ello. Aquí, sobre el verde, todo es evidentemente distinto a como parece en Kernével, en el Mando...

Tres mañanas después del encuentro noto que la marea ha disminuido.

Tan rápido como puedo me pongo la ropa impermeable y subo a la cubierta. Aún no aclaró del todo.

El horizonte está completamente limpio. Solamente aquí y allí rompe una que otra ola; de vez en cuando, el submarino es empujado hacia arriba, para caer en una hondonada inmediatamente después, pero tanto el ascenso como la caída son mucho más suaves, si bien seguimos subiendo a la misma altura que en días anteriores.

El viento sopla en una sola dirección, continuamente; sólo de vez en cuando se separa inquieto de su sentido principal, Noroeste. Hace frío.

Falta poco para que salga el sol. En el cielo del Este aparece una iluminación rosada, la cual rápidamente se eleva hasta el cenit. Los primeros rayos del sol son otras tantas lanzas que, brillantes, se desprenden del horizonte. Las nubes aún oscuras se tiñen prontamente de estrías rosadas.

Nuestra proa brilla con las primeras luces de la mañana. Las pequeñas olas de siempre contrastan con el fondo oscuro del mar. El panorama es una enorme talla en madera: luz y sombra, claros y oscuros.

Alrededor del mediodía deja de soplar el viento. En vez del lloro del ventarrón, solamente se oye ahora el ruido del mar. Pero yo todavía conservo en mis oídos el alboroto de la tormenta. El silencio desacostumbrado me inhibe. Como si en el cine cortaran de repente el sonido. Porque las olas aún se siguen levantando, horda de crines blancas que hace bailar a la embarcación, seria y alegremente.

Es difícil hacerse a la idea de que el agua no se mueve de su lugar, a pesar de todo. Es como un campo sembrado de grano y acariciado por el viento: las enormes masas de agua se trasladan tan poco como los cereales.

A la mañana siguiente, el mar apenas si se mueve, como bajo una capa de plomo líquido. El peso específico del agua parece haberse duplicado durante la noche. También el cielo ha caído en una extraña apatía: leche pura.

—¡Todo sale al revés! —se queja el oficial navegante—. ¡Sólo Dios sabe lo que hubiéramos necesitado este mar un poco antes!

Algo más tarde, nos comenta, en la central:

—Aquí estamos hoy —con la punta del compás marca la cruz sobre el mapa— y aquí estábamos ayer a esta hora —tuerce la boca, en un gesto de amargura—. Sobre esta línea entonces estamos navegando ida y vuelta. —De la caja de cartografía saca un mapa que muestra incluso las profundidades costeras; señala un pequeño cuadrado, al Sudoeste de Islandia—: ¡Este cuadradito corresponde a la carta que veíamos antes!

Con la punta del compás recorre el camino que hicimos hasta ahora:

—Todo esto hicimos hacia el Este. Entonces comenzó el mal tiempo. Aquí viramos, y aquí tomamos hacia el Norte; más tarde navegamos hacia el Sur, otra vez hacia el Oeste y por fin otra vez hacia el Norte. Aquí hicimos todavía un par de zigzags, antes de volver hacia el Oeste... y aquí estamos ahora.

Miro atentamente la hoja como si hubiera sobre ella quién sabe qué cosa para ver. Eso es todo, pienso, lo que queda de nuestro viaje; una alocada línea de lápiz saltando de aquí para allá, en la red de los cuadrantes.

Nos llega una comunicación radial de Hinrich: «Hundido un navegante solitario».

—¡Este llega a almirante, seguro! —dice el viejo. Suena más a contrariado que a envidioso—. ¡Arriba, en la avenida Dinamarca!

La amargura del comandante lo hace continuar:

—¡Esos no nos pueden hacer saltar de un lado a otro y nada más, a ver qué pasa!  
¡Así no puede resultar nada bueno!

El ánimo cayó a cero en todo el submarino. La vieja y gruesa piel con que cada uno se cubría se ha gastado. Es el contramaestre el que al parecer está pasándolo mejor: su voz de trueno no ha descendido ni un poquito. Todas las mañanas, cuando los demás aún remolonean otro rato más, sin decidirse a despertar, ya él está gritando por toda la embarcación, porque a sus ojos el submarino no está todo lo limpio que debería estar. Siempre espera para eso a que el comandante haya subido a la cubierta... pero entonces empieza, como si recibiera una paga especial por sus ataques de ira.

Para variar, ordeno las cosas dentro de mi pequeñísimo armario. Está todo revuelto; en las camisas hay por todos lados manchas grises de humedad. Un cinturón se ha teñido de verde con el moho.

Todo huele a mojado. Es un verdadero milagro que nosotros mismos no nos pudramos lentamente en vida, transformándonos en barro.

Pero en algunos de nosotros el proceso parece haber dado comienzo ya. El rostro de Zörner, por ejemplo, está transfigurado por chichones rojos, rematados en un grano amarillo central. Como su piel es naturalmente de un color queso, el contraste le da a su figura un aspecto realmente desagradable. Los marineros son los que más sufren, ya que el constante contacto con el agua salada impide que se curen de una vez sus heridas y sus forúnculos.

El temporal ha pasado. El puente es de nuevo un lugar de recreación. Nada hay que quiebre la redondez del horizonte. Una línea inmaculada, en la cual se unen exactamente el cielo y el agua.

El paisaje marino semeja una gran lámina, chata, cubierta. por una campana de vidrio gris—opalino. No importa cómo nos movamos, la campana nos acompaña; nosotros quedamos siempre en el centro de la superficie gris. Hasta su límite hay apenas dieciséis millas. Es decir que la lámina tiene, en total veintitrés millas de diámetro... Nada, comparado con la magnitud del Atlántico.

# CONTACTO

El primer comunicado que recibió hoy el radiooperador fue la orden dada a Thomsen de que señale su posición.

—¿Dónde se ha metido Thomsen ahora? —le pregunto al viejo.

—¡No ha respondido! —me contesta—. Ya ha sido llamado dos veces más.

De inmediato veo ante mí un submarino, desde arriba, alrededor del cual estallan las bombas levantando en el agua inmensos repollos blancos y brillantes.

Me digo que ellos sabrán por qué guardan silencio. Por cierto, hay situaciones en las cuales la menor señal de radio puede ser delatora.

A la mañana siguiente, lo más impersonalmente posible, pregunto:

—¿Y Thomsen?

—¡No se sabe! —contesta el viejo, y sigue masticando, con la mirada fija en el vacío. Problemas en la antena, me digo, o dificultades en la comunicación misma. Quizá se ahogó el alambre de la antena, o algo parecido.

Llega Herrmann con el borrador. El viejo lo toma impaciente en sus manos, firma los comunicados nuevos y lo cierra. Yo lo tomo y se lo paso nuevamente al radiooperador. El viejo no dice una palabra.

En los primeros tiempos se dieron casos de submarinos que, al ser atacados por aviones, ni siquiera tuvieron tiempo de hacer una llamada de auxilio.

—¡Tendría que haber mandado ya una señal, hace tiempo! —comenta el viejo.

Nadie habla al día siguiente sobre Thomsen. Es un tema tabú: no hacer conjeturas. Al viejo se le nota ciertamente en el rostro lo que piensa: pronto informarán sobre el otorgamiento de otras tres estrellas.

Son alrededor de las doce, un poco antes de la hora en que se sirve el almuerzo, cuando llega desde la central el aviso:

—¡Al comandante: estelas de humo en ciento cuarenta grados!

El comandante se incorpora de un salto. Todos lo seguimos atropelladamente a la central. Al pasar tomo unos binoculares y ya no me despego del viejo, ni aún para subir a la cubierta.

—¿Dónde?

El oficial navegante se lo indica al comandante:

—¡Ahí, hacia babor, a la derecha de las terminaciones de esos grandes cúmulos!

¡Muy suavemente!

A pesar de todos mis esfuerzos, no veo absolutamente nada en esa dirección.

¿No será que el navegante confundió con columnas de humo lo que en realidad son grupos de nubes bajas? Porque allí se juntan algunas nubosidades, sobre el horizonte dando el juego más rico de tonalidades grises y malvas. El comandante esconde su cabeza detrás de los anteojos. Por mi parte vuelvo a rastrear el horizonte,

que se mueve en el objetivo de arriba abajo. Nada más que las columnas de nubes, en todos los grises, desde gris ratón hasta violeta claro, cada una de ellas pareciéndose a una bandera de humo.

¡Dios mío! Hasta que por fin descubro, apenas un poco más oscura que las nubes, ensanchándose hacia arriba como una tuba, una cinta muy delgada. Muy cerca de ella el cuadro se repite como en un espejo; algo más suave, más pálida, pero visible al fin. ¡Y ahí... ahí aparecen ahora una serie de pequeñísimos puntos oscuros, plantados detrás del horizonte! El comandante baja los binóculos:

—¡Convoy! ¡Es un caso claro! ¿Cómo estamos?

—¡A doscientos cincuenta grados!

—¡Vamos a doscientos treinta, entonces! —El viejo no duda un segundo.

—¡Ambas máquinas hacia adelante, a media velocidad!

El comandante le dice al oficial navegante, que aún no cesa de observar por sus binóculos:

—Parece ir hacia el Sur, ¿no es verdad? —Este le responde inmediatamente—:

¡Soy de la misma opinión, señor! —Ni siquiera para hablar suelta los anteojos.

—¡Tenemos que adelantarnos a esos muchachos y ver antes hacia dónde van! —dice el comandante, y agrega en seguida—: ¡Diez a babor!

Nadie se excita. Nadie muestra ánimo de cazador. A mi alrededor solamente rostros sombríos.

Wichmann es el único exaltado: él fue el primero en descubrir las nubecillas.

—¡Siempre lo digo: no hay como la tercera guardia! —murmura conforme consigo mismo, debajo de los binóculos. Pero, al notar de reojo que el comandante lo ha oído, enrojece y calla.

Los pequeños puntos no nos dicen nada aún acerca del curso de los barcos. Hacia el Sur... es una posibilidad. Puede ser que el convoy venga hacia el submarino. Pero también puede estar alejándose de nosotros.

Mis anteojos mantienen a los barcos ante sí, mientras el submarino gira lentamente.

—¿A cuánto estamos? —pregunta el comandante.

—¡Ciento setenta grados!

—¡Vamos a ciento sesenta y cinco!

El submarino se sigue moviendo alrededor de su eje, cada vez menos, y las pequeñas columnas de vapor se sitúan exactamente por delante de nuestra proa. El comandante investiga con ojos desconfiados el cielo cubierto de gris. La cabeza hacia atrás, busca afanosamente los aviones que pudieran aparecer. ¡Ahora no, por Dios!

Desde abajo nos informan claramente:

—¡La comida está lista!

—¡No hay tiempo ahora! ¡Que la traigan arriba! —ordena el comandante.

El almuerzo queda sobre unos asientos plegables, que han sido sacados del puente. Nadie lo toca.

El comandante quiere que el navegante le informe la hora exacta en que baja la luna. O sea que va a esperar la noche para atacar. Por ahora, todo consiste en observar y mantener cueste lo que cueste la comunicación con otros submarinos, para que también ellos puedan alcanzar el convoy.

Poco a poco, el humo se va haciendo más grande por encima del horizonte.

Van hacia estribor.

—Yo creo que van hacia la derecha —opina el oficial navegante.

—No viajan en fila india: es una pena —confirma el comandante.

—En total se ven ya doce mástiles —informa el segundo oficial.

—Me alcanzan, por ahora —contesta el comandante; hacia abajo pregunta—: ¿Cómo estamos?

—¡A ciento sesenta y cinco grados!

El comandante saca sus cuentas a media voz:

—El convoy gira a veinte grados a estribor... o sea que se desvía a ciento ochenta y cinco grados a la derecha... ¿A qué distancia? Seguramente se trata de vapores medianos... dieciséis millas.

Nuestra popa ve alejarse el agua a saltos. En el cielo, pequeñas nubes se sitúan sin meta alguna. El submarino se desliza con la proa cubierta de espuma.

—¡Están muy cerca! ¡Estos ya no se nos escapan! —dice el comandante—. ¡Si nada se interpone! —agrega en seguida, antes de ordenarle al timonel—: ¡Todo a estribor! ¡A doscientos cincuenta y cinco grados!

Con lentitud se corren las nubes de humo a babor. El submarino ha adoptado ahora un curso probablemente paralelo al del convoy.

El comandante baja los binóculos, apenas por unos segundos. Una y otra vez se le oye murmurar algo debajo del ocular. Capto algunos trozos de su monólogo:

—Nunca... como uno lo necesita... es otro curso.

Es decir que un convoy en dirección hacia Inglaterra y lleno le vendría mucho mejor. No solamente por la carga, que podría ser destruida también, sino porque en una cacería hacia el Este nos acercaríamos a casa. El gran gasto de combustible, al viajar a toda marcha, preocupa al comandante. Si la persecución nos llevara hacia el punto de partida, sería más fácilmente remediable el problema.

—Combustible —oigo que también dice el oficial navegante. En otras ocasiones trata de no usar esa palabra, como si fuera una obscenidad. El comandante pone cara de criminalista y se acerca a hablar con él, en voz muy baja. En seguida se aproxima el ingeniero, quien hoy ha vestido su rostro de serio.

—¡Investigar algún ruido por la radio! —ordena el comandante, y el ingeniero desaparece hacia abajo con la agilidad de un acróbata.



Tiene que haber pasado cerca de media hora. El comandante hace poner las máquinas a toda velocidad. Quiere adelantarse al convoy todo lo posible, antes de que esté oscuro.

El ruido de los motores se oye más fuerte ahora. Las detonaciones que tienen lugar en cada cilindro se unen en un grito. El agua se transforma en espuma que, al chocar con mayor intensidad contra la proa, nos salpica.

Aparece el ingeniero. Lo trae la preocupación por el combustible.

—¡Se está acabando! ¡Solamente nos quedan cincuenta metros cúbicos, comandante! —informa amargamente— ¡A esta velocidad podemos andar a lo sumo otras tres horas!

—¿Cuánto calcula usted que tardaremos en volver, yendo a la velocidad mínima? —pregunta el comandante como al pasar. No puedo entender la respuesta, ya que el ingeniero se inclina hacia adelante y hace bocina con las manos, como si encendiera un cigarrillo. De todas maneras, se nota que tiene todas las cifras en la cabeza.

Paulatinamente, las pequeñísimas sombras se van transformando en una mancha ocre y neblinosa. Debajo de ella, en el espacio del ancho de un pulgar que queda entre el humo y el horizonte, los mástiles se agrandan hasta casi el tamaño de los pelos de una barba.

El viejo cesa de mirar por los binoculares. Mientras con el cuero limpia el objetivo del instrumento, se dirige al primer oficial:

—¡Que los mástiles no sobresalgan por nada del mundo más de lo que lo hacen ahora! —Desciende entonces al interior del submarino, aunque, pienso para mí no tan libremente como el ingeniero.

Sobre papel milimetrado, el oficial navegante ha incorporado ya las nuevas rectificaciones del rumbo. En este momento está dibujando una nueva posición del enemigo, haciendo constar la distancia que lo separa de nosotros.

—¡Déjeme ver, por favor! —lo interrumpe el comandante en su trabajo—. ¡Ajá!

¡Eso está muy bien! —y dirigiéndose a mí, continúa—: El curso exacto se deducirá de la gráfica de las próximas horas. —Al navegante le ordena en seguida—: ¡Abra la carta grande, así vemos de dónde viene! —la voz del comandante es más opaca que de costumbre.

Inclinado sobre el mapa sostiene, por así decirlo, un monólogo: —¡Viene del Canal del Norte! ¿Cuál será su curso general? Bueno; eso dentro de un rato lo sabremos... —El comandante mide triángulos entre la situación del convoy y el Canal del Norte; sobre un transportador mide los grados que eso significa—: ¡Más de doscientos cincuenta grados! —Piensa, durante un momento—: No pueden haber hecho este viaje en línea recta! ¡Seguramente han tomado primero hacia el Norte, a fin de rodear las posibles posiciones de los submarinos! ¡Bueno, no les sirvió de nada!

El monótono golpeteo de ambas diesel se oye hasta en el último rincón del submarino. Todos lo sienten como si se tratara de un elixir revitalizador: nuestras cabezas están un poco más erguidas, todos estamos más elásticos, a mí me da hasta la impresión de que el pulso se me hubiese acelerado.

El viejo es el que más claramente cambió. Está más libre, casi alegre; en los ángulos de su boca se dibuja una semisonrisa. Las máquinas van a toda marcha; el mundo nuevamente se ha pintado de rosa para nosotros... parecería que no hubiéramos extrañado nada tanto como el tronar de los diesel.

Por un instante impera el silencio. Por fin dice el comandante:

—De ningún modo podemos hacer fuego antes de que oscurezca. Podrían tenernos preparada alguna sorpresa.

Hasta que oscurezca... son muchas horas.

Me recojo en el habitáculo de proa, como para buscar refuerzos. Zeitler y Kleinschmidt están sentados a la mesa:

—¡No te hagas el que nunca sirvió a una mujer casada! ¡Si son las más fuertes! — es lo que oigo. Parece que el tema número uno ha vuelto a ganar en interés.

—Se acostumbraron a la joda, ¿y de pronto tiene que terminar todo, *fini*? Tienes que pensar un poco más lógicamente: tú tampoco te comportas como una virgen.

¡Ah, pero de tu ratoncito... de ella sí lo exiges! ¡Si es para morir de risa... los más consecuentes visitantes de burdeles son luego los más celosos gallos en su gallinero!

—Tú sí que puedes hablar, con la sirvienta que tienes en casa!

—¡Bah! ¡Tócate el culo, a ver si todavía está ahí! ¿Es que no entiendes? ¡Ahí hay un montón de energías acumuladas: es lo que se llama necesidad de reparación! — Zeitler pone tal énfasis en su voz que parece que quisiera convertir a un hereje. De pronto, su modo se torna agresivo—: ¡Puedes creerme, tú eres el cerdo más tonto que he visto! —Aparece Wichmann, y también mete la cuchara.

—¡Ni me hables de mujeres casadas! Una vez fui con una y cuando estábamos en lo mejor, al lado comienza a llorar un crío. ¡Hombre, qué molesto! ¡Por lo menos a mí me quita el humor! Y ya me pasó dos veces lo mismo...

—¡No te hagas el fino, orgulloso!

Wichmann ni lo oye; no puede abandonar sus recuerdos:

—¡Ya de por sí me molesta cuando suena el timbre!

Por el resquicio de una cortina veo cómo Kleinschmidt se incorpora y se mete la mano debajo del pullóver azul y blanco, a rayas diagonales. Con dedicación se rasca la panza. Entre el índice y el pulgar saca por fin una hilacha, grande como el hueso de una guinda. La observa atentamente.

—¡Sí! —dice al fin— ¡Una vez subí con una, en Hamburgo, y lo primero que hace la asquerosa es sacar la bacinilla, sentarse encima y llenarla de orina! ¡Qué

tonto! La conocí en el hipódromo... cinco marcos quería... y se los pagué.

—¿Y le pagaste por adelantado? ¡Sí que eres torpe!

Me recuesto en mi camastro, pero solamente por un cuarto de hora. Me levanto y voy hacia la popa, a la sala de máquinas a ver cómo anda todo. La compuerta no se quiere abrir. Tengo que violentarla con todo el peso de mi cuerpo, tanta es la presión que sobre ella ejercen los diesel. El ruido de la maquinaria se multiplica al infinito. Abro la boca y los ojos: el temblor de los cilindros sólo se percibe como una vibración. Las agujas de los manómetros van ida y vuelta sobre las gradillas de los aparatos. El vapor del aceite llena el habitáculo de niebla.

Johann está de guardia. Una gran sonrisa abarca su rostro al verme. Ya no tiene esa mirada cansada de siempre. Sino orgullo brillando en sus ojos. Todo está en el mayor orden. ¡Ahora se ve lo que hay en esas diesel!

También está Frenssen. Johann se limpia el aceite de las manos. Es un milagro que no ensordezca aquí. Quizás este ruido infernal sea para él como el murmullo de un bosque. Se acerca a mí y, con toda la fuerza de sus pulmones, me grita al oído:

—¿Qué hay?

Tengo que esforzarme para que me entienda, a pesar de que también yo le grito al oído:

—¡Operamos sobre un convoy! ¡Esperamos hasta que oscurezca! —El maquinista parpadea dos veces, asiente con la cabeza y se dedica de nuevo a sus manómetros. Tardo segundos enteros en darme cuenta de que la gente de la sala de máquinas ni siquiera se da cuenta de para qué navegamos a toda velocidad: el puente está muy lejos de aquí. De pie sobre la herrumbre, el mundo se termina detrás de esa compuerta. Las únicas comunicaciones con el ámbito exterior son el telégrafo manual, los lámparas de señales, el teléfono de a bordo. Si el viejo no se digna a dar a conocer por el sistema de altavoces qué pasa y por qué ordena cambiar de velocidad, nadie se entera aquí de lo que sucede.

Como siempre que pongo el pie en la sala de máquinas, el fragor inconcebible de los diesel se apodera de mí. Es una corriente de ruido, monótono y explosivo. Estoy ensordecido; las visiones, malas, ya comienzan a formarse; me imagino cosas. La sala de máquinas de los grandes barcos, meta de nuestros torpedos. Enormes galpones con turbinas de alta y baja presión, las cañerías a presión, las máquinas de repuesto. No están divididas como aquí por una compuerta: si se hace impacto en ellos, se llenan más rápidamente que cualquier otro compartimento del barco; con la sala de máquinas llena de agua, toda embarcación se va a pique.

Serie de imágenes se continúan en mi mente unas a otras: un impacto en medio del barco es igual a una reacción en cadena. El vapor a presión hace estallar sus recipientes, las cañerías se abren, el barco pierde inmediatamente su fuerza de empuje. Las escalerillas son tan angostas que apenas si cabe un hombre a la vez...

pero todos quieren subir, alejarse del vapor y de la oscuridad.

¡Qué profesión! ¡Estar en la sala de máquinas, tres metros por debajo de la línea de agua, sabiendo que a cada segundo y sin previo aviso un torpedo puede abrir la pared! ¡Cuántas veces deben palpar esos marineros la pared que los separa del mar, durante el viaje en un convoy! ¡Cuántas veces deben probar en secreto el camino más rápido hacia arriba, de continuo con el gusto del pánico en la boca y el sonido del hierro al entreabrirse y el golpe de la explosión y del agua que entra desde el mar en el oído! ¡Ni por un segundo albergan en sí un sentimiento de seguridad! Siempre miedo, siempre aguardando el sonar de la campana de alarma. Un infierno de terror... durante tres o cuatro semanas.

Peor aún es la cosa sobre un buque tanque. Cuando un torpedo lo alcanza por la mitad, se convierte rápidamente en una única hoguera. Desde la proa hasta la popa, todo es una sola brasa. Y cuando los gases explotan en su encierro, la embarcación se transforma en un hongo de humo y fuego. Los tanques de combustible son entonces otras tantas antorchas gigantes.

Un pequeño cambio en el rostro de Johann me vuelve a la realidad; Sus facciones revelan la concentración expectante; por un minuto permanece así, luego se borra su preocupación: todo en orden. La compuerta que da a las máquinas eléctricas permanece abierta. El calor que se desprende del aceite quemado llena ese ambiente. El marinero electricista Rademacher está midiendo la temperatura. El fogonero electricista Zörner, lee, sentado sobre unos impermeables. Está demasiado metido en su lectura como para darse cuenta de que tengo mi vista puesta sobre esas líneas, por detrás de su hombro:

«El joven tomó a la mujer en sus brazos y la inclinó hacia atrás, de manera que el rostro de ella, enmarcado de negro, adquirió brillo. El sintió enseguida su mirada airada y exigente, igual a la que usaba él para abrazar a María, como si quisieran, aquélla y él, saber que su mirada ha sido recibida salvajemente, hasta el final, hasta la vertiginosa caída, un regreso a casa en una oscuridad, de la cual salían en camino hacia una sala dorada y cantarina, mas rodeada de la vida amenazante, donde desarrollábase la inmensa timidez de sus fugaces miradas. El rostro del joven estaba contraído por causa de su demasiada fuerza, llena de amenazas y paralizante, hasta que por fin se abrió, herido, lentamente, para caer en el murmullo del silencio, como si la lengua sólo le perteneciera parcialmente, como si deseara matarla...» El puente está lejos. Tengo que regresar a la realidad, asiéndome del hilo de Ariadna. Al cerrar detrás de mí la compuerta, el ruido de los diesel se corta, como separado de mí con un cuchillo; pero en mi cerebro sigue el sonido, sordo. Quiero librarme de él con un movimiento brusco de mi cabeza, mas durante largos minutos no lo consigo; hasta que por fin deja de tronar el recuerdo en ambos oídos.

—Tienen que poseer un bonito sistema de zigzag —me dice el viejo, cuando

asciendo al puente.

—Es asombroso lo que hacen: no es que viajen sobre su curso general y además hagan un poco de zigzag por rutina... No. Su sistema de zigzag se enriquece con toda suerte de giros y contragiros, para que no los descubran tan fácilmente. Con eso logran terminar de enojar a nuestro oficial navegante. Tiene bastante que hacer, el pobre curso sospechado, curso propio, curso de colisión. Simplemente no puede ser, esto es demasiado. Tardo un poco en darme cuenta de que el viejo no se refirió con esta última frase a su navegante, sino a los enemigos. Antes se desviaban solamente con giros regulares; o sea que inmediatamente sabíamos cuál sería su próximo paso. Pero ahora parecen haber aprendido a hacernos la vida más dura, esos malditos. Es que cada uno hace lo mejor que puede. Debe de ser un trabajo interesante, el del comandante de un convoy así. Tener al rebaño siempre junto, cruzando el Atlántico...

Ahora somos nosotros los que mantenemos comunicaciones. Somos nosotros los que tenemos que cuidarnos de que no nos pesquen, o incluso de que nos manden bajo la superficie. Tenemos que ser tozudos, como nuestra mosca de a bordo. Cuando alguien trata de matarla de un golpe y no lo consigue, en seguida vuelve a posarse en el antiguo lugar. Un símbolo de tenacidad, un animal digno de estar en un escudo de armas... ¿Por qué nadie la ha puesto aún en su torreta? Los comandantes hacen pintar en sus torres toros iracundos, pero a nadie se le ocurrió hasta ahora dibujar una mosca. ¡Voy a proponérselo al viejo: una mosca en la torre! Pero no ahora... ahora está demasiado ocupado en terminar de bailar su danza guerrera alrededor de la abertura de la escotilla, las manos bien adentro de los bolsillos del pantalón. Un vigía se atreve a descansar por un instante la vista:

—¡Hombre! ¿Dónde pone usted sus ojos?

Nunca había visto al viejo tal como ahora. Una y otra vez golpea contra la defensa de la torre, con el puño cerrado. La torre es un gran tambor, el puente resuena. Le grita al oficial navegante:

—¡Tenemos que preparar la comunicación radial! ¡Voy a medir una vez más nuestras coordenadas, a fin de dar lo más correctamente posible nuestra posición!

El radiogoniómetro es subido al puente. El comandante lo coloca sobre la brújula allí instalada, demarca las columnas de humo y lee los grados en la escala. Entonces informa hacia abajo:

—¡Al navegante: hacia la derecha, ciento cincuenta y cinco grados! ¡Distancia catorce millas!

Un instante después se oye al oficial:

—¡El curso del convoy es de doscientos cuarenta grados!

—¡Muy bien! O sea, justo lo que habíamos calculado— dice el comandante para sí mismo, pero mirándome a los ojos. En seguida vuelve a conectarse con los de abajo—: ¿Puede decirnos ya algo de la velocidad?

La cara del oficial navegante aparece por la escotilla:

—Entre 7,5 y 8,5 millas, señor.

Pasa no más de un minuto hasta que sube el texto del comunicado radial.

«El convoy se halla en el cuadrante AX trescientos cincuenta y seis. Curso doscientos cuarenta grados. Velocidad alrededor de ocho millas marinas. UA», lee el comandante. Firma el comunicado con su lápiz y lo devuelve hacia abajo.

El ingeniero se suma a nosotros. Su rostro parece pensativo. Mira al comandante desde lejos, como un perro golpeado.

—¡Y ahora también me viene usted con sus problemas! —trata de atajarle el comandante—. ¡El que quiere celeste, que le cueste! ¿O tiene usted acaso serias sospechas?

—No por los diesel, señor. Solamente me preocupa nuestra vuelta.

—¡Pero, ingeniero, no sea pájaro de mal agüero! ¡Sea bueno y temeroso de Dios,...! ¿O acaso no cree usted en Dios, el Todopoderoso Señor, así en el cielo como en la tierra...? Suena bonito, ¿no?

Cuando el ingeniero hubo desaparecido, sin embargo, hace una revisión completa de la situación, ayudado por el oficial navegante:

—¿A qué hora oscurece?

—A las diecinueve. Pero sólo a las veintidós baja la luna.

—O sea que no precisamos seguir a toda marcha por mucho tiempo más. Por lo menos nos va a alcanzar para el primer ataque... Y después echaremos mano de los ocultos recursos que siempre guardan los ingenieros en la manga.

Las columnas de humo se parecen ahora a globos, puestos en fila y atados al horizonte por cortos hilos. Cuento quince de ellos.

Con forzada voz impersonal dice el comandante:

—Tenemos que ocuparnos de la seguridad.

—Encárguese de eso personalmente. Puede ser de utilidad para la noche, saber con qué seguridad contamos.

De inmediato, el primer oficial cambia el curso hacia babor. El comandante aconseja con severidad:

—¡Cuidado, señores! ¡Hasta que llegue la oscuridad pueden sorprendernos muchas veces!

Lo pinta todo de negro. Pero yo estoy convencido de que, en el fondo, el viejo está seguro. Es la superstición de siempre: no llamar al diablo.

Según los comunicados del Mando, son cinco los submarinos abocados a la persecución del convoy. Cinco... toda una horda. Del informe posicional de Flechsig deducimos que por lo menos él tiene que haber entrado ya en la noche: está bastante más al este que nosotros.

El primer oficial está sentado en el habitáculo de los oficiales. Muestra claros

signos de nerviosismo. Sus labios se mueven sin pronunciar palabra alguna. Seguramente está diciendo su «Oración antes de la Batalla», el discurso del Mando para el arma torpedera. Como el submarino no efectuó un solo disparo en su viaje anterior, es éste el primer ataque de que participará. Es seguro que, aunque no sea más que por un tiempo, nos salvamos de su máquina de escribir.

En la central me encuentro con el ingeniero. Se hace el sereno, pero por dentro está hecho un fuego. Lo observo sin decir palabra, pero con una sonrisa demostrativa. Por fin monta en cólera y me pregunta qué veo en él de interesante.

—¡Vamos, vamos! —dice el viejo, que aparece de repente en la central.

—¡Ojalá aguanten los escapes! —manifiesta el ingeniero —¡El de babor tiene ya una avería!

Pocas horas atrás, Johann me contaba una historia:

—En UZ, una vez se nos rompió el escape de una diesel. ¡Dios mío, qué regalo!

¡Todos los gases entraban en la sala de máquinas! ¡No se podía ver una mano puesta delante de los ojos! ¡Tuvimos que salir del habitáculo para volver a entrar con las máscaras puestas! Dos fogoneros se cayeron, descompuestos. El viejo en persona tuvo que bajar. Nos preguntábamos qué hacer, si dejar escapar al enemigo que estábamos persiguiendo o aguantarnos la sala llena de gas. ¡Aguantamos tres horas!

¡Las paredes estaban negras, y nosotros también!

El ingeniero está incómodo en la central. Calladamente desaparece hacia la popa. Pero cinco minutos después está nuevamente con nosotros.

—¿Y? ¿Cómo ve la cosa?

—*Comme ci... comme ça* —es su respuesta sibilina.

El comandante, ocupado en la mesa de cartografía, no parece prestar atención.

El radiooperador asoma con su borrador, para que se lo firmen. Si nos atenemos a eso, han pasado dos horas.

—Nuestro informativo —dice el viejo—: que hay una comunicación para Merkel, nada en especial, simplemente tiene que repetir su situación. Zarpó el mismo día que nosotros.

Todos se asombran en verdad de que el viejo Merkel, a quien llaman el Merkel de las catástrofes, todavía esté con vida. Su primer oficial me contó una vez lo que se atrevió a hacer, en un mar muy picado, contra un buque cisterna.

—El tanque tuvo simplemente mala suerte. Al cambiar su curso general se nos puso delante de la escopeta. Teníamos que acercarnos más, para que después del primer torpedo no les quedara tiempo a los otros de escapar. Así que el comandante ordenó un solo disparo, por el tubo tres. Desde el submarino oímos la detonación que causó el impacto, y en seguida otra y otra más. El ingeniero hacía todo lo posible por mantener nuestro submarino a profundidad de periscopio, pero a pesar de ello no conseguíamos divisar el vapor. Pasaron minutos antes de que pudiéramos usar el

periscopio; mas cuando lo hicimos, ahí estaba ya ante nosotros la pared del buque.

¡Había girado completamente! No teníamos posibilidad alguna de escapar de la situación. Nos embistió a quince metros. Ambos periscopios se rompieron... pero la estructura aguantó... asombroso. Realmente pienso que se salvó por un par de centímetros, no más. Emerger no podíamos. Nuestra escotilla había quedado completamente inutilizada por la colisión. No es nada agradable no poder echar un vistazo afuera ni tampoco salir por la escotilla. No, no es un sentimiento agradable. Más tarde conseguimos salir por la escotilla de la cocina, y abrimos la escotilla de la torre con martillos y palancas. Pero a partir de ahí ya no podíamos volver a sumergirnos...

Nadie se atrevió a preguntarle aquella vez al viejo Merkel cómo salieron de ésa: volver al punto de partida, a través de dos mil millas marinas, sin torre y sin periscopios. De todas maneras, el viejo Merkel ya tenía los cabellos grises desde antes.

Al pasar por el habitáculo de los suboficiales para buscar mis cámaras, sorprendo una conversación a gritos entre los que están libres de guardia. A pesar de la cercanía del convoy, ellos departen otra vez más acerca del tema número uno.

—Yo andaba una vez con una que antes de desvestirse ponía agua a calentar sobre el gas...

—¡Te querría limpiar el pito... !

—¡No seas tonto! Era para después, para su higiene. Es que era una chica práctica: lo primero que hacía era encender el gas... No es lo que se dice erótico, ¿no?

—¡Ah, pero muy necesario! Tendrías que ver la última conquista de éste; modelo ochocientos y pico... ¡con ésa lo primero que hay que hacer es sacarle las telarañas!

Zeitler eructa un trueno que le nace muy abajo.

—¡De calidad! —le reconoce Pilgrim.

Me escapo al habitáculo de proa. Allí hay otros, cinco o seis, que no están de servicio. Están sentados en el suelo, bajo las hamacas, con las piernas estiradas o recogidas. Solamente falta el fuego en el centro, para remedar un campamento.

—¿Y, cómo está la cosa ahí afuera? —me atacan.

—¡Parece que todo se desarrolla según el programa!

El Bailarín revuelve algo en su taza con un cuchillo grasiento.

—¡Qué caldo tan alimenticio! —se ríe Ario.

Entra otro, que se sorprende igual que yo.

—¿Estáis de campamento?

Inmediatamente el recién llegado intenta participar de la reunión y entra en la rueda. Pero Ario se enoja:

—¡No me toques el pan con manteca! ¡Ayer lo mismo! ¡Te voy a dar una paliza!

—así que el marinero le quita el pan a otro, se acomoda y comenta—: ¡Dicho en



confianza... qué tontos que son!

Nadie lo toma a pecho.

¡Qué ambiente! Regreso al habitáculo de los suboficiales. Las primeras palabras que oigo ya me indican de qué se trata ahora. Zeitler es quien habla:

—¡Allí también teníamos un cerdo así!

—¿Te refieres a mí? —pregunta Frenssen.

—¿Quién habla de ti?

—¡Al que le quepa el sayo, que se lo ponga! —interviene Pilgrim.

Observo la habitación: la cortinilla de Rademacher está cerrada. Zeitler parece hacerse el enojado. La cosa es con Frenssen, y seguramente aguarda a que el otro le pida perdón. Pilgrim reinicia el tema:

—Una vez conocí a uno que se compró una de goma, y se la colocaba así, arriba... ¡estaba muy bien hecha, hasta con pelos y todo!

—¡Goma! ¡Realmente eso no me atrae para nada! —manifiesta Frenssen.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Goma, bah! Para eso me compro medio kilo de carne de cerdo, con su piel puesta, y le hago un tajo...! ¡Para reemplazo...!

Se hace un respetuoso silencio. A Pilgrim se le ocurre agregar aún:

—¡Aquí sí que terminas por arruinarte!

Se abre la compuerta hacia la cocina. Veo la otra compuerta, la que da a la sala de máquinas, abierta. La conversación se apaga bajo el ruido de los diesel.

—¡Faltan diez minutos! —oigo que gritan. Movimiento, enojo, insultos. Hay que prepararse para rotar la guardia en la sala de máquinas. Calculo que deben de ser cerca de las dieciocho más o menos.

Subo nuevamente al puente. Pronto anochecerá. El cielo, gris, se viste ya con algunas nubes oscuras. El gris presenta por momentos, como una tela de fibras sueltas, algunas manchas más claras. Parece que la luz quiere volver a gobernar sobre el firmamento. Pero un azul negro oscuro se diluye sobre el gris como sobre un papel mojado. Por fin, la última luminosidad, hacia el Oeste, se ahoga de color.

El sonido ambiental es una mezcla del ruido que provocan los diesel y el que produce la absorción del aire que necesitan las máquinas.

—¡No quisiera ser el comandante de ese convoy, si logramos atacar en medio de los barcos! —dice el viejo en voz alta, por debajo de los binóculos—. ¡La baja velocidad!

¡Ellos están obligados a navegar a la velocidad del vapor más lento del grupo! ¡Y la falta de maniobrabilidad! Seguro que entre los diversos capitanes hay algunos más tozudos que otros... ¡y con esa gente hay que marchar en un sistema de zigzag tan complicado... ! ¡Si ésta es toda gente habituada a navegar derecho hacia adelante, que sólo a medias consigue adaptarse al ordenamiento de las rutas en el mar!

Un instante después continua.

—Y sin embargo... el que navegue en uno de estos transportes de combustible tiene que ser un valiente... o no poseer nervios. ¡Estar sentado durante semanas enteras y con este tiempo sobre la gasolina, aguardando a que llegue el primer torpedo...! ¡Te lo regalo!

Por un largo rato mira a través de sus anteojos sin decir palabra.

—Son muchachos duros, hay que reconocerlo. He oído nombrar a uno del cual se dice que cuatro veces los destructores tuvieron que rescatarlo del mar. Tres veces perdió su barco. Cuatro veces salvado... Hay algo en esa persona, claro... Es cierto que reciben muy buena paga... Amor a la patria y monedas, quizá la mejor mezcla... por así decir, el mejor caldo de cultivo para un héroe. —Secamente remata su monólogo—: A veces también se logra por medio del alcohol...

El comunicado radial ya ha sido despachado. Continuamente informamos nuestra situación a los submarinos que estén cerca. Para los pinchabanderitas de Kernével damos señales cortas, con horas de intervalo entre ellas, formadas por determinadas letras o serie de letras, según las cuales ellos pueden leer todo lo que al convoy se refiera. Así conocen la situación, el curso, la velocidad, el número de barcos, su sistema de seguridad, el estado de nuestro combustible y hasta la situación climática en la zona. A partir de nuestras variaciones de curso, ellos pueden hacerse asimismo idea acabada de los movimientos del convoy.

De todas formas, antes de que se llame a otros submarinos a nuestras cercanías, nos está prohibido atacar.

El ánimo ha cambiado. En los habitáculos reina un silencio llamativo. La mayoría de los tripulantes están recostados tratando de dormir aunque sea una hora antes del ataque.

En la central, todo está dispuesto hace rato ya. Las instalaciones han sido revisadas una y otra vez. Así es que el marinero y su ayudante no tienen nada que hacer; el marinero de la central se entretiene resolviendo crucigramas, y me pregunta ahora si conozco alguna ciudad francesa cuyo nombre comience con «Ly».

—Lyón.

—¡Gracias! ¡Muy bien! —El ingeniero aparece desde la popa.

—¿Y, cómo se ven las cosas por ahí? —me pregunta.

—Bien —opino.

Da la impresión de que para el ingeniero también se terminaron los problemas, si se descuenta el del combustible. Ha olfateado todo el submarino. Por eso se sienta con toda comodidad sobre la caja de las cartas marinas y se pone a conversar.

—¡Parece que da resultado toda esta organización...! Yo ya había dejado de creer en ella. ¡Dios mío, qué tiempos podridos! ¡Ah, antes! ¡Antes era todo *veni, vidi, vici!* Uno se podía echar a andar por esas rutas del mar y esperar tranquilamente a que

cayera uno. Hoy no. Ahora se hacen desear, los señores... ¡Tienen razón, desde su punto de vista!

Son las diecinueve. Tres personas andan dando vueltas: el encendido de los torpedos es controlado una vez más.

Vuelvo al puente. Ahora son las diecinueve y treinta. Además del estudiante de ingeniería, todos los oficiales están arriba. El ingeniero está sentado sobre el zócalo de la columna del periscopio. Vamos a ciento ochenta grados. El cielo, por detrás de las banderitas de humo, se ha dividido en franjas horizontales, coloreadas de rojo. El sol ha caído por debajo de las nubes, y el rojo de las franjas se diluye lentamente en un pálido verde de seda. Sólo un par de nubes, al pasar cerca del horizonte, deshilachadas, permanecen con su roja tonalidad. Así, con esas tiras rosadas, transformándose lentamente, se asemejan a exóticas variedades de pececillos de pecera, arrastrando al nadar su larga cola. Sus escamas brillan ahora, destellan y chisporrotean, para palidecer un instante después. Los pececillos se han manchado, como toqueteados por dedos oscuros.

La noche asciende desde el Este. Poco a poco la oscuridad, tan ansiada, va conquistando cada región celeste.

—¡Anote, navegante! «Diecinueve y treinta horas. Anochece. La formación del convoy se diferencia claramente en cuatro columnas. Nos proponemos atacar de noche»... Bien, ya tenemos algo para el diario de guerra.

El viejo da una orden referente a las máquinas. Poco después, los diesel bajan el tono. Otra vez suenan como el lento andar de una carreta. La crin blanca de la popa se atrofia y se transforma de nuevo en la estela verdosa que fue. Estamos bastante más adelante que el convoy. Ahora se trata de reconocer a tiempo cada cambio de curso de los barcos, a pesar de la oscuridad creciente. De acuerdo con eso tenemos que acercarnos o alejarnos, de manera que el humo de sus chimeneas se mantenga siempre del mismo tamaño.

El cielo ya es bañado por el blanquecino brillo de cal que desparrama la luna, cada vez mayor.

—Esto todavía puede tardar un rato largo —me dice el viejo. No termina de hablar cuando ya el vigía de estribor, a popa, informa—: ¡Mástil a popa! —Todos los binóculos se dirigen hacia allí. Otra vez no encuentro nada. El viejo murmura tres veces una maldición.

De reojo observo hacia dónde enfoca él su mirada. Lo sigo entonces por sobre la línea del horizonte, hacia mi izquierda. El horizonte se distingue aún levemente del cielo nocturno.

Busco y busco... ¡ahí! ¡Es cierto, un mástil! ¡Fino como un pelo! No lleva ninguna estela de humo sobre sí, o sea que es una embarcación de seguridad. ¿Una corbeta? ¿Un destructor? ¿Un sereno que hace su ronda nocturna para limpiar la zona

antes de que caiga la noche?

¿Nos habrán visto? ¡Sus mejores hombres se hallan encaramados a ese mástil! De todas maneras, nos tienen exactamente por delante de su proa. Y en el Oeste falta mucho aún para que sea una noche cerrada. Así que para los Tommies tenemos de fondo un horizonte demasiado limpio.

El viejo... ¿porqué no hace nada este viejo? Está agazapado como un arponero, esperando detrás de su cañón alguna estela de plata. Sin bajar los anteojos, ordena:

—¡Ambas máquinas a toda marcha! Ni cambio de curso ni inmersión.

Los escapes resuenan de pronto. El submarino pega un respingo.

¡Dios mío, la espuma que queda detrás de nosotros tiene que delatarnos a los Tommies! La estructura del submarino está pintada de gris, pero esa cola blanca, con la nubecilla azulada que forman los gases al escapar... Detrás del azul de los gases desaparece ahora el horizonte. También deja de verse el mástil. No sé entonces si se ha hecho más grande o más pequeño.

Si nosotros no lo vemos, pienso yo, quizás él tampoco alcanza a divisarnos a nosotros.

El ruido que provocan los diesel se hace infernal. El combustible se gasta ahora de verdad.

Noto que el ingeniero ha desaparecido del puente. El viejo, en cambio, mantiene constantemente sus binóculos delante de la vista. El oficial navegante, por su parte, se empecina en que no nos desviemos un ápice del curso.

Un rato después el viejo ordena velocidad mínima. El humo azulado va disminuyendo. El viejo y el oficial buscan afanosamente algún indicio sobre el horizonte. Yo hago lo mismo, milímetro a milímetro. No encuentro nada.

—Hum —hace el viejo.

El navegante guarda silencio. Por fin comenta—: Nada, señor.

—¿Tiene anotada la hora en que se divisó el mástil?

—Sí, señor, a las diecinueve y cincuenta y dos!

El viejo se acerca a la escotilla y grita:

—¡Escriban: visto el mástil a las diecinueve y cincuenta y dos! ¿Lo tiene?

Escapamos por sobre la superficie a máxima velocidad... El vigilante no nos alcanza a ver, ya que quedamos bien cubiertos por el escape de los diesel... ¿Lo tiene?

Así que era eso: el viejo necesitaba la nube de humo... la usaba.

El corazón me palpita.

Un nuevo temor me asalta: en el Oeste, un cohete sube hacia el cielo. Por un instante queda inmóvil, allí arriba, hasta curvarse en forma de bastón y caer y apagarse.

El comandante es el primero en reaccionar:

—¿Qué es eso?

—¡Cambian el curso! —dice el oficial navegante.

—¡Quizás...! Pero quizás están atrayendo a sus destructores.

—¡Cuidado, señores, cuidado! ¡Que no nos sorprendan! —un momento después agrega—: ¡Un cohete! ¡Están locos!

El navegante informa a los de abajo:

—¡Escriban: cohete de señales sobre el convoy a diez grados! ¡Pónganle la hora!

—¡Qué raro! —dice el viejo. Mirando hacia donde está la luna agrega—: ¡Ojalá caiga pronto! —Estoy de pie al lado del comandante. También yo la observo: parece un rostro humano, tan redonda, gorda, calva.

—Como un antiguo *habitué* de los prostíbulos —opina el segundo oficial.

—Dos hombres mirando la luna —murmuro.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada... Así se llama una pintura de Friedrich.

—¿Cuál Friedrich?

—Caspar David..., un pintor alemán del romanticismo.

—Ya entiendo: un amigo de la naturaleza.

—¡Los mástiles se agrandan! —informa el oficial navegante.

El enemigo tiene que haber virado en su ruta.

—¡Giremos nosotros también! —opina el comandante.

Desde abajo nos llega la nueva orientación:

—¡Doscientos grados!

La luna se rodea de un espectro de amplio colorido.

—¡Ojalá podamos quedarnos tranquilos! —espera el comandante. Con voz más fuerte pregunta por la situación del combustible.

Aun antes de que termine de preguntarlo, ya aparece el ingeniero desde abajo:

—A las dieciocho horas hemos sondeado todo otra vez, señor. Hasta ahora, con las altas velocidades, hemos usado exactamente cinco metros y un cuarto. Prácticamente estamos ya sin reservas.

—Todavía resta el aceite de cocina —se mofa el comandante—; y si no es posible de otra manera, volveremos a casa a vela.

Me siento sobre la madera mojada que sirve de asiento a la batería antiaérea. Desde ahí veo la luz de la luna estallar en mil pedazos sobre el agua que queda a nuestra popa. Las mil pequeñas esquirlas vuelven a juntarse para formar otras tantas nuevas figuras. El mar es transparente: diminutos puntos verdosos lo iluminan desde el fondo. La estructura del submarino se distingue claramente de esa masa: el plancton.

El submarino está girando hacia el convoy: lo noto por la nueva disposición de las sombras que proyecta la luna.

De pronto, finos rayos de color verde plomizo surcan el firmamento.

—¡La aurora boreal! ¡También eso! —le oigo decir al comandante.

El cielo se cubre de un cortinaje brillante y vidrioso, sobre el cual flamean ondas blanco—verdosas. Manojos enteros de lanzas relampagueantes aparecen en el horizonte y toman camino hacia arriba, se apagan, vuelven a brillar, se apagan nuevamente, ahora a medias, se alargan. El agua alrededor del submarino destella, como invadida por miríadas de bichitos de luz.

—¡Iluminación tenemos de sobra! —dice el comandante— ¡Es bonito, pero no lo deseamos!

Las parcas oraciones que intercambian el viejo y su navegante me dan a entender que se está evaluando la posibilidad de hacer aparecer el submarino más adelante, en medio del convoy. El oficial navegante niega con la cabeza. Tampoco el viejo parece estar seguro.

—¡Mejor no! —dice el comandante por fin, y vuelve a observar la luna. El satélite es nada más que un agujero en ese cielo lleno de colores, pero su luz, calcárea, tiene una intensidad desusada. Por sobre el horizonte se deslizan un par de nubes. Cuando entran en el cono de luz de la luna, brillan, se visten de fiesta, y en algunos lugares hasta parecen brillar como zafiros.

El mar, bajo el influjo de la luna, se transforma en una inmensa superficie de papel plateado. Multiplica por mil la luz que le llega. La luna parece haber paralizado las aguas: no hay olas, solamente un tímido temblor. E inmediatamente recuerdo las escenas de la noche de despedida en el bar Royal. ¡Thomsen! ¡No debo pensar en eso ahora!

El viejo se arriesga a acercarse un poco más aún al convoy, a pesar de la claridad. Confía en nuestro fondo oscuro; quizá, también, en la falta de vigilancia en los vapores.

Es que apenas si nos elevamos por encima del agua. Y muchas olas tampoco hacemos, con esta velocidad. Nuestra silueta es casi invisible; aunque en este momento llevamos curso paralelo al convoy.

¿Cómo es que tamaño convoy no tiene mayores defensas? ¿Es ese barco de vigilancia al costado todo lo que llevan los Tommies? ¿O estaremos acaso entre las defensas más exteriores y el convoy propiamente dicho?

El viejo seguramente sabe lo que tiene que hacer. Este no es su primer convoy.

Conoce las prácticas del contrario. Una vez hasta observó por el periscopio una persecución dirigida a él, con bombas de profundidad: el comandante del barco suponía a su submarino sumergido profundamente en una zona que ya había abandonado. El viejo hizo parar todas las máquinas y puso el submarino a profundidad de periscopio, observando entonces tranquilamente cómo el destructor alfombraba el mar de bombas.

Ahora calla. Durante un cuarto de hora, lo único que dice es:

—Cuatro columnas.

Parece que al escapar del vigía hemos quedado demasiado adelantados con respecto al convoy. Quizá sea por eso que desde hace un rato navegamos a mínima velocidad. El Mando debe haber reforzado la zona con más submarinos, que seguramente aún no llegaron. Nuestra tarea se reduce por ahora a dar señales y confirmar nuestra posición.

—¿Podríamos acercarnos un poquito más?

La pregunta del comandante va dirigida a Kriechbaum.

—¡Mm! —hace el oficial navegante, y mantiene invariablemente sus binóculos en dirección al convoy. Al viejo le parece eso una afirmación. Da una orden a los timones, de forma que viramos hacia los barcos.

Estamos de pie, ahí, paralíticos y mudos. ¿Excitados? ¡Por favor! ¡Si todo lo que hay que hacer es observar!

¡Observar!

—¡A sus puestos! —ordena el comandante. Su voz resuena áspera, como mal aceitada. Tiene que carraspear, para que la garganta le responda.

Desde abajo llegan claras las comunicaciones de que todos están preparados:

—¡Al ingeniero: sala de máquinas listos!

—¡Al ingeniero: central listos!

El ingeniero pasa hacia arriba la novedad:

—¡Todo listo bajo cubierta! Pero el griterío prosigue:

—¡Al primer oficial: los torpederos preparados!

Y ahora se escucha la voz inconfundible del primer oficial:

—¡Torpederos en sus puestos!

Desde abajo nos alcanzan la mira. El primer oficial la coloca en su lugar, cual si fuera tan delicada como un huevo crudo.

Estamos, vistos desde el convoy, bajo la plena claridad de la luna. Me pregunto por qué el viejo no ordena que nos coloquemos en el cono de sombra, respecto de los barcos. A lo mejor, porque para pensar él utiliza ahora la sustancia gris del enemigo: en la claridad del ambiente, el mar brilla como papel plateado; ahí no se va a atrever ningún submarino.

El viejo, por lo tanto, juega con la idea de la menor vigilancia de parte del adversario. Seguramente tiene razón, porque si la observación de esta parte del mar fuera estricta, es seguro que ya nos hubieran descubierto.

En mi consciente se representa con claridad la disposición del convoy y de sus barcos de defensa, como si se tratara de una fotografía aérea. En un ángulo recto alargado, las cuatro columnas; en el centro, los barcos más caros, los buques tanque. Dos corbetas son las barredoras, al frente, navegando ida y vuelta por delante del resto, a fin de impedir que los submarinos se coloquen en una posición avanzada

favorable. Y por último, a los lados, los reaseguros en forma de corbetas o de destructores ida y vuelta por los flancos del convoy, naturalmente buscando las zonas oscuras del mar. Mucho más atrás; los barcos que cierran la marcha, a popa del convoy. No para que los submarinos se vean impedidos de atacar al resto, lo cual es muy difícil desde atrás, sino para entretener a los submarinos antes detectados por los otros barcos de defensa, mientras el grueso del convoy sigue su camino.

Son las veinte. Tendría que preparar un segundo rollo para exposiciones nocturnas para mi cámara, pienso. Rápidamente bajo a la central. En el mismo instante se oye arriba una gritería incomprensible. Subo en seguida, sin la película.

—¡Se acerca un barco! —oigo que dice el comandante.— ¡Ahí, desde afuera; se acerca sin duda a nosotros!

Se me corta la respiración. Allí adelante, a babor, veo los mástiles de los vapores. Pero el viejo está vuelto hacia la popa. Busco en esa dirección. Ya lo tengo: una delgada sombra ha aparecido por sobre el horizonte.

¿Y ahora? ¿Sumergirnos? ¿Abandonar? ¿Basta?

—¡Máxima fuerza hacia adelante con ambas máquinas! —La voz del comandante suena monótona. ¿Quiere arriesgar el viejo truco de seguir navegando hacia proa?

—¡A babor!

¡Ah!

Pasa un minuto. El viejo nos comunica su intención:

—¡Nos dirigimos al encuentro del convoy!

Cuando hube desviado mis binóculos nuevamente en dirección de los vapores, el oficial navegante, con una voz que podría ser más objetiva, nos informa:

—¡Los mástiles se agrandan!

En cuestión de instantes hemos caído en una pinza: tenemos que sumergirnos ante la cercanía cada vez más grande del destructor, o bien la distancia al convoy se hará demasiado pequeña.

La estela que dejamos a popa ha crecido notoriamente. El humo de los diesel la envuelve, y en seguida nos envuelve también a nosotros. Ojalá eso nos ayude otra vez más. Compruebo que la sombra del destructor se ha hecho invisible a mis ojos, a través de los gases del escape.

Vuelvo los binóculos. Tenemos el convoy exactamente delante de nuestra proa.

—¡Tres veces maldición! —protesta el comandante.

—¡El destructor parece alejarse! —informa el navegante. Pasan largos minutos de tensión, hasta que Kriechbaum vuelve a anunciar—: ¡La distancia se agranda!

El comandante ya no presta importancia al destructor. Toda su atención se concentra en las lomas que sobresalen del horizonte, directamente por delante de nuestra proa.

—¿A cuánto estamos?



—¡Curso a cincuenta grados!

—¡Estribor quince ir a ciento cuarenta! —ordena el comandante.

El miedo aún se me localiza en los miembros. Dice el comandante:

—Navegan bastante separados el uno del otro... —sólo entonces se ocupa del destructor—: ¡Qué bien que no hayamos bajado a la profundidad!

Inmediatamente le pregunta al navegante:

—¿Qué opina, Kriechbaum?

Sin mover los anteojos, sino apenas la cabeza, éste responde:

—¡Es seguro, señor! ¡Muy seguro! ¡Tiene que irnos bien!

—¡Es un caso claro! —refuerza el comandante las palabras del otro.

¡Qué diálogo tan extraño entre ellos dos, pienso...! ¿Es que se están infundiendo ánimo?

Echo una mirada a la torre: todo está preparado. Las tapas de las calculadoras han sido separadas de su lugar. Un brillo azulado se desprende de los marcadores.

—¿Qué hora es? —pregunta el comandante a los de abajo.

—¡Las veinte y diez!

Es increíble, pero al estar en el cono de sombra navegamos al lado del convoy como si perteneciésemos a él.

—Esa sombra no me gusta para nada —le murmura el viejo al navegante.

Me vuelvo en la misma dirección que el comandante y consigo situar la mancha en mis binóculos. Su posición es realmente angulosa; no es posible deducir si está acercándose o, por el contrario, alejándose de nosotros. ¿Treinta grados o ciento cincuenta? Lo seguro es que no se trata de un vapor. Pero ya el viejo se vuelve otra vez.

Nervioso, el primer oficial juguetea con los dedos sobre el periscopio, observa la mira, se incorpora entonces nuevamente por unos instantes, alejándose de ella, a fin de dirigir su vista directamente hacia los barcos. El viejo, que se da perfecta cuenta de su intranquilidad, pregunta, con un dejo de ironía en el voz:

—¿Tiene buena visibilidad, oficial?

Una y otra vez, el viejo dirige su rostro hacia la luna. Hasta que no puede ya retener más la amargura que hace carne en él:

—¡Deberíamos poder bajarla a tiros!

Yo centro mis esperanzas en las nubes que se apiñan en el horizonte y crecen lentamente. Hasta dentro de un rato no llegarán a la luna.

—¡Están virando a estribor! —dice el comandante. El navegante asiente. Es cierto: las sombras se han empequeñecido.

También nosotros giramos a estribor.

Estoy tan cerca del periscopio que oigo la respiración del primer oficial. Me intranquiliza no seguir viendo la sombra más clara.

—¿Qué hora es?

—¡Las veinte y veintiocho!

## SEGUNDO ATAQUE

La luna está aun más blanca y más fría. Alrededor de su rostro, bien recortado, el cielo está completamente libre de nubes. Solamente el halo propio de la luna rodea el satélite. Pero ya se acerca a él una nube, desde el horizonte. Como el puesto de avanzada de una tropa entera.

Miro la nube atentamente, sin perderla de vista. Toma el camino esperado; un rato después comienza a avanzar más lentamente, apenas si sube todavía. Se transforma, suelta hilachas, se despedaza. Se esfuma ante nuestros ojos. Niebla es todo lo que queda.

—¡Qué infamia! —se enoja el oficial navegante.

Otra nube se prepara para soltar amarras del horizonte. Es aún más grande y compacta que la anterior.

El viento la empuja algo hacia un lado, justo lo que nosotros necesitamos.

Ninguno habla, como si hablar pudiera romper la nube en pedazos.

Pongo mi mirada en el horizonte. Con los binóculos se distinguen ya claramente las diferentes partes de los barcos: proas, popas, puentes.

El comandante le ordena al primer oficial:

—¡Acercarse y disparar en seguida! ¡Después del disparo, virar a babor inmediatamente! ¡Si sube la nube, vamos ya!

El primer oficial da las indicaciones necesarias a las calculadoras, manejadas por un hombre en la torre y otro en la central.

—¡Tubos uno a cuatro preparados para disparar por encima del agua!

Los cuatro tubos aparecen por encima del mar.

El intercomunicador nos trae una voz desde el habitáculo de proa:

—¡Tubos uno a cuatro listos para disparar!

El primer oficial sigue impartiendo órdenes. Le salen limpiamente de los labios... Lo sabe hacer... Se ve que lo aprendió bien.

El marinero de la calculadora en la torre informa que las indicaciones han sido cumplidas.

El viejo hace como si esos cánticos litúrgicos de intercambio no le importaran en absoluto. Sólo su tensión descubre lo mucho que atiende a ellos.

El primer oficial le dice ahora al marinero de la torre:

—¡Posición del enemigo a la derecha de la proa...! ¡Situación cincuenta... Velocidad del enemigo diez millas marinas... Distancia tres mil metros... Velocidad de los torpedos treinta... profundidad tres...!

El primer oficial no necesita preocuparse por el ángulo de tiro de los torpedos: la calculadora se encarga de encontrarlo. La instalación de cálculos está ahora en comunicación directa con la brújula y con la mira, y en conexión asimismo con el

torpedo, cuyo mecanismo influye en el de toda la instalación: cada cambio de curso pasa a los torpedos automáticamente, como corrección de su propio curso. Lo único que necesita hacer el primer oficial es mantener el blanco ante la cruz de la lente.

El primer oficial se inclina sobre la mira óptica:

—¡Preparados para comparar los flancos! ¡Flanco... cero!

—¡Esto tiene que andar bien! —murmura el comandante.

Nuevamente dirige su mirada hacia la luna. La segunda nube se ha quedado estática, como un globo que ya alcanza la altura indicada: a tres pulgadas por debajo de la luna; ahí está, y de ahí no se mueve.

—¡Parece hecho a propósito! —dice el navegante, amenazando con su puño hacia el cielo; una manifestación de sentimientos que me asombra, en un hombre tan tranquilo como es Kriechbaum. Pero no tengo tiempo ahora de ocuparme de él. De pronto, el comandante se separa violentamente de los binóculos y su rostro fuera de los reflejos de la luna, ordena:

—¡Ambas máquinas a toda velocidad hacia el frente! ¡Todo a babor! ¡Comienza el ataque! ¡Abrir las bocas de los tubos!

Abajo se oye la repetición de las órdenes. La proa comienza a moverse por sobre el horizonte: busca la sombra.

—¡Muy bien! ¡Seguir a noventa grados! —El submarino corre hacia las sombras, que se agrandan segundo a segundo.

El arado que tenemos a proa abre surcos en la piel brillante del mar; montones de agua refulgente caen a sus lados. Toda la parte delantera del submarino se eleva, asciende. Pronto comienza a llegarnos el agua que salpica. Los diesel marchan a todo lo que dan. La defensa tiembla.

—¡Apunten! —ordena el comandante.

El primer oficial se inclina sobre la mira.

—¡Esos de ahí, apunte a esos! ¿Los tiene ya? ¡Ahí, al lado del vapor solitario...!

¡Al grande un disparo doble, a los otros uno a cada uno! ¡El disparo doble debe caer al comienzo del puente y detrás del mástil de popa!

Estoy de pie, inmediatamente detrás del comandante.

—¡Listos los tubos uno a cuatro!

Las palpitaciones de mi corazón se hacen sentir en el cuello.

Mis pensamientos se entremezclan: los motores que gritan, las sombras, el mar plateado, la luna... Se me ocurre que apenas somos un submarino... ¡Si todo saliera bien!

El primer oficial mantiene el objetivo en la mira. Concreta y secamente salen las palabras de su boca, curvada hacia abajo: continuamente está mejorando sus valores. Su mano derecha descansa ya en la palanca de disparo.

—¡Encendido de los tubos uno y dos... posición sesenta y cinco... seguir en esa

posición!

—¿Posición?

—¡Posición setenta... posición ochenta!

Al lado de mis oídos dice por fin el comandante:

—¡Tubos uno y dos... permiso para disparar!

Unos segundos después, el primer oficial ordena:

—¡Tubos uno y dos, fuego!

Todos mis sentidos están en tensión; pero no logro percibir ningún movimiento, ninguna explosión en el submarino... ¡nada! El submarino sigue navegando hacia adelante, más cerca aún de los vapores.

¡Pero ellos no notan nada! ¡No notan nada!

—¡Encendido en el tubo tres!

—¡Tubo tres, fuego!

—¡Diez a babor! —ordena el comandante.

La proa de nuestra embarcación se desvía en su búsqueda de barcos enemigos.

—¡Encendido del tubo cuatro! —oigo que dice el primer oficial. Espera a que la nueva meta esté en la mira y agrega:

—Tubo cuatro, ¡fuego!

Veo pasar, por debajo del vapor al cual apuntamos, una sombra gris, más clara que los otros grises; es una sombra alargada.

—¡Todo a babor! ¡Encendido! —grita la voz del comandante. El submarino se inclina hacia un lado, al virar. Las sombras se mueven hacia estribor.

El oficial navegante grita:

—¡Nos movemos hacia babor!

Noto cómo nuestro submarino se dirige más y más hacia las sombras.

—¡Tubo cinco, fuego! —chilla el comandante— ¡Todo a estribor! —El submarino no ha terminado aún de girar, cuando de pronto nace frente a nosotros un relámpago rojo—anaranjado, e inmediatamente otro más le sigue. Un puño enorme me hace caer de rodillas.

—¡Esos cerdos nos están disparando! ¡Alarma! —grita el viejo.

De un salto estoy en la escotilla y me dejo caer hacia el interior. Las botas de los demás ya me pisotean en su afán de entrar. Un hombre rueda por el suelo. Me agarro de la mesa de cartografía.

—¡Inmersión! —ordena el comandante— ¡Todos a babor! —Desde arriba cae agua. La gran velocidad que llevamos inclina la proa hacia la profundidad. A pesar de ello, el comandante ordena aún—: ¡Todos a proa!

—¡Estuvo muy bien! —opina, detrás de nosotros.

Sólo con mucho esfuerzo consigo comprender que el reconocimiento va para los contrarios. La caballería de marineros corre hacia adelante. Se ven rostros temerosos.

Todo resbala. Las chaquetas de cuero y los binóculos se separan de la pared de la cual colgaban.

El indicador del manómetro se desplaza rápidamente por la escala, hasta que el ingeniero ordena contramarcha. Las chaquetas y los catalejos vuelven lentamente a sus lugares: el submarino regresa a la posición horizontal.

No puedo sorprender la mirada del comandante... ¡Que estuvo muy bien! Si hubiese estado mejor, nos hubiera ido muy mal. Toda mi cabeza está puesta aún en los torpedos.

—Sabía que era un destructor —comenta el comandante. Veo subir y bajar su pecho, su voz suena comprimida.

El comandante nos echa una mirada en conjunto, como si quisiera ver si estamos todos aquí. A media voz me dice:

—¡En seguida comienza el baile!

¡Un destructor! ¡A poca distancia! Es seguro que el viejo ya lo sabía desde antes: las sombras más claras no podían ser vapores. Los destructores están pintados de gris claro, tanto entre los Tommies como entre nosotros.

¡Un destructor, y a toda velocidad hacia nosotros!

¡En seguida comienza el baile! ¡En seguida llegan las bombas! ¡Las bombas!

—¡A noventa metros! ¡Despacio! —ordena el viejo.

El ingeniero repite. Sentado detrás de los timoneles de profundidad, no pierde de vista el manómetro.

¡Tenemos que hacernos más pesados, más pequeños, encogernos si cabe!

¡Los torpedos! ¿Fallaron todos? ¿Puede ser? Fueron cuatro disparos, uno doble y dos simples, y luego otro más. El último seguramente estaba mal apuntado, ¡pero los otros! ¿Por qué no estalla nada?

La cabeza del ingeniero se acerca aún más al manómetro. Perlas de sudor le brillan en la frente. Las gotas se juntan sobre su piel y dejan sobre ella un rastro húmedo, como el de los caracoles. Con el dorso de la mano derecha se limpia la frente, nervioso.

¡Me doy cuenta de que los que se mueven como caracoles somos nosotros!

¡Apenas si hemos avanzado!

¡Debe de estar ya sobre nuestras cabezas!

¿Qué pasa? ¿Por qué no estalla nada?

Todos están ahí, de pie y mudos. El indicador del manómetro, en cambio, marca otras diez líneas.

Trato de pensar claramente. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos sumergimos? ¿A qué velocidad marcha el destructor? ¡Todos los disparos errados!

¡Todos! ¡Estos torpedos de mierda! ¡Esto ya no es mala suerte! ¡Tiene que haber sabotaje! ¿Qué otra cosa puede ser? ¡Alguien apuntó mal! ¡Y en seguida nos van a

abrir en cuatro partes, esos Tommies! ¡El viejo tiene que haber estado loco...! ¡Esto fue un ataque por sorpresa! ¡Y sobre la superficie! ¡Simplemente al ataque! ¿Cuántos metros de distancia habrá habido? ¿Y cuántos segundos necesita el destructor a máxima velocidad para llegar a donde estamos nosotros? ¡Y esas órdenes sin sentido!

¡Un ángulo...! ¿Un ángulo? ¡Qué locura! El viejo ordenó un giro angular en medio de la inmersión... eso es completamente infrecuente... ¿Para qué? ¡Ahora lo entiendo! Los Tommies nos vieron sumergirnos hacia estribor... el viejo los quiso confundir... ¡Ojalá ellos no sean tan listos!

El viejo está sentado a medias sobre la mesa de cartografía. Veo de él su espalda encorvada, más arriba el cuello de su chaqueta y el blanco sucio de su gorra.

El oficial navegante mantiene los ojos casi enteramente cerrados. Sus labios están apretados por los dientes. Con su mano derecha se sostiene fuertemente. Los rostros de ambos marineros de la central son, a dos metros de distancia, una simple mancha, desdibujada y plomiza.

Un ruido sordo rompe el silencio... como el golpe de una maza sobre el parche flojo de un tambor.

—¡Blanco! —sisea el comandante. Levanta la cabeza y me permite ver su rostro: sus ojos están entrecerrados, sus labios, apretados.

Otro golpe sordo.

—¡Otro blanco! —Secamente agrega el comandante—: ¡Cuánto han tardado! ¿Qué era eso? ¿Los torpedos? ¿Hemos hecho blanco con dos torpedos?

El segundo oficial se ha incorporado. Ambos puños cerrados, muestra los dientes como un orangután. Puedo entender que quiera gritar. Pero sólo parece; traga ostensiblemente. Su rostro queda duro como una máscara, por varios segundos.

El indicador del manómetro, mientras tanto, continúa lentamente su camino por la escala.

Otro golpe más.

—¡Tres! —dice alguien.

¿Nada más que esos ruidos sordos? Aprieto los párpados. Todas mis terminaciones nerviosas se concentran en mi sentido del oído.

Llega otro sonido: una sábana es rasgada por la mitad. Otra, al mismo tiempo, es rota rápidamente en pequeñas tiras. En seguida raspan sobre una superficie metálica, y de pronto todo es alrededor un único desgarró, golpeteo, rotura, sonido.

Tanto tiempo he contenido mi respiración que ahora tengo hambre de aire.

¡Maldición! ¿Qué ha pasado?

El viejo levanta la cabeza.

—Se hunden dos, navegante... son dos, ¿verdad?

Ese ruido... ¿son compuertas que se violentan?

—¡Les dimos! —El viejo lo dice pronunciando cada sílaba.

Nadie se mueve. Nadie alborota con vítores de triunfo. A mi lado está el marinero de la central, impasible como siempre: una mano en la escalerilla, la cabeza dirigida hacia los manómetros de profundidad. Los dos timoneles, con las arrugas endurecidas de su ropa de goma, sus *Südwesters* brillantes de agua. El ojo de plomo del manómetro: la aguja no se mueve más... ¡Dios mío! ¡Los timoneles tienen aún puestos sus *Südwesters*!

—¡Cuánto han tardado! ¡Ya los daba por perdidos!

La voz del comandante suena nuevamente oscura y brumosa. Los ruidos que llegan desde afuera no parecen acabar nunca.

—¡Creo que no los van a poder usar más!

Un golpe tremendo me lanza en ese mismo momento contra la pared. Alcanzo a agarrarme de un caño. Ruido de vidrios rotos.

Vuelvo a incorporarme, hago dos pasos tambaleantes hacia adelante, tropiezo con alguien, hago impacto contra una arista y termino en el marco de la escotilla.

¡Empezó! ¡Se toman la revancha!

Con ambas manos me agarro del caño sobre el cual estoy montado. Aquí me defenderé. Mis manos sorprenden la pintura lisa del metal, más abajo el herrumbre.

¿Y el próximo disparo?

Como una tortuga, saco la cabeza hacia adelante, presto a encogerme inmediatamente, cuando llegue el golpe. Solamente oigo que alguien se limpia la nariz.

Mi vista es magnéticamente atraída por la gorra del comandante. El viejo se corre un metro hacia un lado, ahora lo veo mejor aún.

Una detonación monstruosa me arranca casi los tímpanos. Y a partir de entonces, golpe tras golpe, como si las profundidades estuvieran cargadas de pólvora.

¡No son tan tontos...! ¡Se ve que no se han dejado engañar! Todo se acalambra en mí.

El submarino se mece entre las ondas de profundidad que han formado los disparos.

El ruido de las detonaciones cesa ya. Pero aún se oyen los que provienen de los impactos que hemos hecho nosotros.

El comandante ríe como un poseso:

—¡Están cayendo! ¡Qué lástima que no podemos verlos, cómo se hunden! Mis párpados están irritados. El viejo recupera su tono de voz normal.

—¡Esta fue la revancha!

Oigo la voz del escucha. Es evidente que mi percepción se vio parcialmente coartada. Seguramente, el escucha ha dado información durante todo este tiempo, aunque yo no lo haya oído.

—El destructor está a treinta grados a babor. Se le oye más cerca cada vez.



La mirada del comandante está clavada en los labios del escucha:

—¿Algún cambio?

El escucha no responde en seguida. Por fin dice:

—¡Se dirige a popa!

Inmediatamente, el comandante ordena aumentar la velocidad. Por fin me puedo liberar de la neblina que había en mi cerebro, pensar, captar lo que sucede a mi alrededor: esperemos que el destructor cruce nuestro curso como el viejo pretende, es decir, a popa de donde estamos ahora.

Aún no sabemos hacia qué lado girará el destructor a fin de intentar nuevamente pasar por encima de nosotros... el viejo parece sospechar que hacia babor, ya que ordena virar hacia estribor.

El maquinista Franz cruza la habitación. Su rostro está blanco como la cal.

Sudor perlado, como si fueran gotas de glicerina, sobre su frente. Se sostiene alternativamente con la mano derecha, luego con la izquierda, a pesar de que en este momento no estamos influenciados por ninguna marea.

—¡Nos agarraron! —dice, y a viva voz grita pidiendo fusibles para la brújula.

—¡No chille así! —le recrimina el comandante, enojado.

Cuatro detonaciones, una detrás de la otra, casi como si se tratara de una sola, hacen temblar el submarino. Pero la onda de agua no nos alcanza.

—¡Fue a popa! —se alegra el comandante—. ¡Demasiado a popa! No es tan fácil!

El viejo se acomoda; con una pierna sobre la mesa de cartografía, comienza a desabrocharse los botones de su chaqueta. Sus manos desaparecen en los bolsillos de su pantalón de cuero.

Otra vez se oye una detonación. No es cerca de nosotros, pero se alarga en el tiempo más que las otras. En medio del concierto de ruidos se oye la voz del comandante:

—¡Están escupiendo en un lugar equivocado!

Es cierto: el destructor parece no tener ya nuestra posición correcta. Nuevas detonaciones se oyen cada vez más alejadas. Solamente la acústica de cada bomba nos llega, a pesar de que algunas caigan a más de mil metros de nosotros. El enemigo sabe perfectamente cuánto nos puede desmoralizar con una andanada de bombas, aunque ellas caigan lejos de donde nos encontramos.

—¡Escriba, navegante...!

—¡Sí, señor comandante!

—«Veintidós horas cuarenta minutos... voy al ataque...» ¿Estará bien las veintidós y cuarenta, no es cierto? «Voy al ataque... las columnas navegan en formación cerrada...» muy cerrada, sí... cuántas columnas eran no necesitamos decir...

«Destruyores, adelante y hacia el lado de la luna, fácilmente reconocibles...» ¿Cómo? ¿Fácilmente reconocibles? ¿Destruyores adelante y hacia el lado de la luna

fácilmente reconocibles? ¿Hacia adelante también? ¿O sea que había más dé uno? Se me seca la garganta. De eso no había dicho nada el viejo. Al contrario: todo el tiempo hizo como si no hubiese nada que temer de nuestro lado.

—«...fácilmente reconocibles...» ¿Lo tiene? «Nos dirigimos hacia estribor de la segunda columna...»; sí... ¿lo tiene?

—Sí, señor... «co...lum...na».

—«La noche está muy clara, debido a la luna...» —¡Vaya novedad! —agrega el segundo oficial, pero tan bajo que el comandante no puede oírlo.

—«...la luna... aunque muy oscura para un ataque de profundidad...» Debo dejar mi lugar, ya que mucha gente quiere volver a sus respectivos puestos desde la proa, donde aún se encontraban; para no pisar fuerte se balancean al caminar.

El viejo ordena mayor profundidad; durante cinco minutos la mantenemos y también el curso. Al informar el escucha la nueva proximidad del enemigo nos hace descender aún más. Se apoya en la idea de que la gente del destructor no se haya dado cuenta de su maniobra, descendiendo en dos etapas, sino que coloque las próximas bombas a la profundidad que mantuvimos durante tanto tiempo, esperando que los escuchas del barco la captaran.

Nuevo informe de nuestro escucha; no hay duda: el destructor nos pisa los talones.

A pesar del nerviosismo de la voz del escucha, el viejo no ordena nuevos virajes a los timoneles. Lo entiendo: estira el cambio de curso hasta el último momento, a fin de que el destructor no pueda reaccionar ante ello. ¡Somos la liebre, y ellos el perro de caza! Sólo cuando el perro quiere cerrar sus dientes sobre la liebre salta ésta hacia un lado... y el perro pierde terreno: su velocidad no le permite una curva tan cerrada.

Aunque, bien mirado, eso no puede aplicarse a nosotros con total libertad: nuestro ángulo de giro es demasiado grande, nuestra velocidad demasiado pequeña. Incluso es el destructor quien más rápido puede girar de los dos. Pero no cuando navega a toda velocidad; entonces no consigue cerrar la curva; ese montón de lata simplemente no tiene la profundidad necesaria.

—¡Dispararon bastante bien! ¡Muy bien! ¡Lástima que demasiado alto! —comenta el viejo, y ordena—: ¡Todo a estribor! ¡Máquina de babor a toda velocidad hacia adelante!

Hace rato que toda la maquinaria accesoria ha dejado de funcionar. Apenas si me atrevo a respirar. Todo a mi alrededor está inmerso en un absoluto silencio.

Nos tendrían que haber alcanzado ya en su primer embate. Pero el viejo es demasiado vivo: giró hacia estribor, dio la alarma, nos sumergimos y ahora vamos todo a babor. Como un arquero que amaga arrojarse hacia el ángulo izquierdo y se tira luego al derecho.

El viejo se dirige a mí, moviendo la cabeza:

—Aún no nos libramos de éste. Es un tipo duro. No un principiante.

—Ajá —le digo.

—Seguro que ahora están un poco amargados —agrega.

Ordena sumergirnos otro poco más: ciento cincuenta metros. Según lo que dice el escucha, el destructor nos está siguiendo paso a paso. A cada momento puede aumentar su velocidad y atacarnos. ¡Deberíamos tener un submarino más rápido!

El viejo ordena aumentar nuestra marcha. Pero de esa manera corre un gran riesgo, porque a mayor velocidad, mayor es el bochinche que hacen las máquinas. En este momento, los Tommies deben de estar escuchando nuestros motores simplemente con el oído. El comandante parece querer salir a toda costa del radio de acción del destructor.

A media voz, el escucha informa:

—¡Los ruidos del destructor se hacen más audibles!

El comandante ordena bajar nuevamente la velocidad; él mismo habla en un susurro. El intento de escapar fracasó. ¡El enemigo sigue buscándonos! ¡No nos sueltan! Prefieren dejar a sus propios barcos indefensos. Es que un submarino con posición claramente delimitada no se encuentra todos los días...

Un tremendo martillazo da contra el submarino. Casi al mismo tiempo, el viejo grita órdenes para evacuar el agua que se haya filtrado y para volver a aumentar la velocidad. En cuanto se hubo aquietado el tronar de afuera, el viejo ordena parar la bomba de agua. Las máquinas eléctricas retoman otra vez su velocidad mínima.

—Trece... catorce... —cuenta el oficial navegante, mientras hace dos rayas más de tiza en su pizarra. O sea que esta vez cayeron dos bombas. Saco el cálculo: antes cuatro, luego seis. ¿Está bien? Vuelvo a sumar.

Otra vez tres, no, cuatro golpes... tan fuertes que el piso cimbra debajo de nosotros. Siento las detonaciones hasta en el diafragma. Con cuidado vuelvo la cabeza: el oficial navegante hace cuatro rayas.

El viejo no se ha movido un milímetro de su lugar. Así como está puede ver el manómetro de profundidad y al mismo tiempo mantener una de sus orejas contra el auricular.

—¡Voy a creer que nos odian!

Lo dijo el alférez. Increíble, el alférez habló. Ahora mira hacia el suelo. La frase tiene que habersele escapado. Todos la oyeron. El oficial navegante sonrío, el viejo lo observa. Por un instante hay un dejo de diversión en el rostro del comandante.

¡El pedregullo! Primero sonó como si arrojaran arena contra nuestra pared de babor, pero ahora se trata sin más ni más de pedregullo... Tres o cuatro veces; una detrás de otra. El Asdic nos encontró. Tengo la sensación de estar sobre un escenario, en el cual convergen todas las luces y todas las miradas.

—¡Cerdos! —murmura el marinero de la central. También yo siento odio por

unos segundos. ¿Quién es en realidad nuestro contrario? ¿El ruido de las hélices, el pedregullo contra nuestra pared de babor? Todo lo que alcancé a ver de nuestro enemigo es esa sombra gris, apenas más clara que las sombras de los vapores, de angosta silueta... Ya no tiene sentido pensar así, por lo menos no para nosotros. Para nosotros, ver no tiene importancia alguna; ¡sólo escuchar! ¿Por qué no hay más informes de nuestro escucha en jefe? El comandante parpadea, impaciente. Nada.

¿Nada todavía?

El escucha eleva las cejas. Es una señal: pronto volverán a doler nuestros oídos.

Tienen oídos y no oyen. Un salmo de David.

Yo soy todo oreja. Una oreja única, gigante, todos mis nervios apuntan hacia allí. Están envueltos, cual fina cabellera de un hada, alrededor del yunque, del martillo y del estribo...

¿Qué apariencia tendrá todo arriba?

Seguramente hay una iluminación descomunal. Todos los reflectores encendidos, el cielo tapizado de granadas de señalización cayendo con paracaídas, para que el enemigo no se les vaya a escapar. Todos los cañones apuntando hacia la profundidad, para poder disparar inmediatamente, si consiguen hacer impacto en nosotros y reflatarnos.

El escucha informa:

—¡Ruidos del destructor a veinte grados! ¡Aumentan rápidamente! —y agrega en seguida—: ¡Viene hacia aquí!

Dos golpes contra el submarino. El agua afuera se mueve salvajemente. Otros dos golpes se mezclan con los primeros.

Mantengo la boca abierta, como lo hacen los cañoneros, para que los tímpanos no me estallen. Para algo me instruyeron como artillero de marina... La diferencia estriba en que ahora no estoy detrás del arma, sino en medio de los proyectiles.

No hay salida. Aquí no nos podemos arrojar al suelo. Ni enterrarnos. Todas mis fuerzas están dirigidas a dominar el tremendo miedo que me embarga. Ansiedad de irme de aquí.

Bien mirado, he encontrado un buen lugar para mantenerme asegurado. El marco de la compuerta es lo mejor en una situación como ésta. Tampoco podría cambiarlo, ahora.

Me suelto un poco del caño del que me sostengo. Parece que hay un pequeño recreo. Podemos desacalambrarnos, jugar con la mandíbula, soltar el esqueleto, dejar circular la sangre. Ahora me doy cuenta de lo tenso que estaba.

Todo en nosotros se moviliza según nuestro enemigo: hasta nuestra posición corporal está determinada por los Tommies.. Con las cabezas recogidas esperamos la próxima detonación, y apenas si nos estiramos un poco cuando afuera el agua está revuelta. Incluso el viejo cuida que su risa irónica llene el ambiente sólo cuando el

agua se conmueve, luego de una detonación.

El escucha abre a medias la boca. Mi respiración se interrumpe de inmediato.

¿Qué pasa? Si yo supiera dónde cayó la última andanada, o cuánto hemos avanzado desde que nos sumergimos... Creo que desde que comenzó la cacería nos hemos movido continuamente en círculo, una vez hacia la derecha, otra hacia la izquierda, una hacia abajo y otra hacia arriba, en forma de moño... Así es: no hemos ganado terreno. El enemigo sorprendió todos y cada uno de nuestros intentos por salir de esto.

El escucha cierra la boca y vuelve a abrirla. Parece un pez, abriendo y cerrando la boca detrás del vidrio de la pileta, en la pescadería.

Nos informa otro avance del destructor.

—¡Asdic! —dice en seguida con voz ronca. La verdad es que Herrmann podría haberse ahorrado esa afirmación. Todos en la central nos hemos dado cuenta de qué significa ese «pink—pink». Y los del habitáculo de proa y los de la sala de máquinas, a popa, también.

El enemigo nos tiene fuertemente aprisionados entre sus tentáculos, gracias a los rayos del Asdic. Ellos se afanan en este momento detrás de pequeñas ruedas de acero, moviéndolas para encontrar el espacio tridimensional con los impulsos «... zirp... zirp... pink... pink...» Recuerdo que el Asdic solamente puede ser usado si el destructor marcha a una velocidad de menos de trece millas marinas. Si navega más rápido, no le es posible situarnos. El Asdic es interferido entonces por los propios ruidos y por el movimiento de las hélices. Es una ventaja para nosotros, porque de esa forma podemos cambiar de posición en el último segundo. Pero es relativo: el comandante de arriba también puede suponer que no somos tontos y qué es lo que vamos a hacer cuando lo oigamos acercarse. Sólo no puede saber hacia dónde nos movemos. Y ahí comienza a jugar con su fantasía.

También es una suerte para nosotros que el contrario no pueda dilucidar a qué profundidad estamos, a pesar de su genial aparatito. La naturaleza es la que nos ayuda: el agua no es igual al agua, sino que entre la superficie y nosotros se forman capas, cuyas características físicas y concentración de sal no son las mismas. Los impulsos del Asdic se quiebran, entonces. Así como es inexacto el informe del Asdic cuando pasamos de una capa de agua más caliente a otra más fría. También una capa con mucho plancton influye en el resultado. Y los de arriba no pueden corregir su idea acerca de nuestra posición, dado que no saben a qué profundidad se encuentran esas irritantes capas.

Herrmann trabaja afanosamente sobre su dial.

—¡Informe! —sisea el viejo en dirección al habitáculo del escucha.

—¡Los ruidos se oyen a trescientos cincuenta grados!

No llegan a pasar más de cinco minutos... ya todos oyen las hélices, solamente

con sus oídos.

—«Richipichipichichi...» —ésa no es una máxima velocidad. El destructor navega a lo máximo que puede, sin dejar de espirar con el aparato. Los impulsos del Asdic se oyen con toda claridad.

Aceleran. Cuatro, cinco detonaciones. Muy cerca. Detrás de mis párpados cerrados se proyectan figuras de fuego en todas sus variantes.

—¡Maniobra! —susurra el viejo.

Yo no lo llamaría así.

El puño de un gigante golpea contra el submarino y lo hace tambalear. De rodillas, noto cómo subimos. El indicador del manómetro se apresura a descender en la escala. Se apaga la luz. Suenan vidrios rotos. Hasta los latidos de los corazones se empequeñecen; por fin aparece la luz de emergencia.

Veo al viejo morderse el labio inferior. Se tiene que decidir: bajar otra vez a profundidad de detonación o subir a cien metros.

El viejo comienza por ordenar un ángulo y en seguida volver a descender. Resbalamos nuevamente hacia abajo. Uno... dos... tres... ¿Dónde? ¿Arriba? ¿Abajo? ¿A la derecha? ¿A la izquierda? La última onda llegó como desde babor. Pero, ¿desde arriba o desde abajo del submarino?

La cosa sigue: el escucha informa.

El golpe me da justo en la tercera vértebra dorsal. Y ¡sac, sac!, otros dos golpes en la nuca y sobre la cabeza.

Al lado de los timones se desprende calor. ¿Puede declararse fuego, además?

¿No habrá cortocircuitos? ¿No se estarán quemando las instalaciones?

¡Hay que tranquilizarse! ¡Nada le puede pasar al submarino! ¡Yo estoy aquí! ¡Y yo soy inmortal!

Ya no hay duda: el tablero de mando está ardiendo. ¡Tranquilidad!

El marinero de la central se ocupa del fuego. Casi desaparece en medio del humo y del fuego. Noto que el submarino se inclina hacia la proa. Oigo:

—¡Bomba de agua rota!

¡Este no puede ser el fin! ¿Por qué no hace el ingeniero que nos inclinemos hacia popa?

El viejo ordena máxima velocidad, a pesar de que el destructor seguramente se halla muy cerca. ¡Claro! Tenemos demasiada agua dentro del submarino. Estáticamente ya no nos es posible mantener la embarcación como queremos. Necesitamos de la fuerza de las hélices y de la presión que ejercen sobre los timones de profundidad para poder inclinar el submarino hacia popa. Si fuera de otro modo, el viejo no mandaría aumentar la velocidad así. Pero con nuestra marcha actual nos hemos colocado una campanilla al cuello. ¡Maldita dualidad: o aceleramos o nos hundimos!

Los Tommies tienen que estar oyendo ahora nuestras hélices, máquinas eléctricas y bomba de agua, todo simplemente con el oído. Si quieren ahorrar corriente pueden tranquilamente desconectar el Asdic.

O sea que, además de la preocupación que le deparan los continuos cálculos de nuevos cursos, el viejo tiene el problema de mantener al submarino en la profundidad deseada. Nuestro estado actual es lábil, enfermo. ¡Y ni pensar en subir a la superficie!

Todo está mojado. La humedad del ambiente se pega a todos los objetos.

—¡Agua a popa! —grita alguien desde allí.

—¡Agua a proa! —se oye en seguida desde delante.

Cuatro detonaciones seguidas. Inmediatamente el ruido característico del agua que vuelve a ocupar su lugar.

—¡Treinta y tres... cuatro... cinco... treinta y seis! —cuenta el oficial navegante en alta voz. ¡Pasaron cerca!

Nos hallamos a ciento veinte metros de profundidad.

El viejo nos hace descender aún cuarenta metros más y en seguida viramos hacia babor.

La siguiente detonación repercute en mis dientes. Oigo un lloriqueo. ¿El nuevo ayudante de la central?

—¡Así se hace! —grita el viejo en medio del fragor de la siguiente explosión.

Los músculos de mi barriga están contraídos, como si a cada instante yo esperara sobre ellos un peso de cientos de kilos. Pasan minutos, antes de que yo me atreva a soltar la mano del caño que aprisiono. Automáticamente, elevo la mano y me la paso por la frente. Sudor frío. Ahora me doy cuenta de que también mi espalda está mojada y fría.

Veo el rostro del comandante como a través de la niebla.

Aún cuelga en el ambiente el humo que salía de los timones. Es un humo ácido. En mi cabeza siento una presión sorda. Retengo la respiración, pero la presión aumenta en lugar de disminuir.

El destructor tiene que haber dado ya toda su vuelta. Este lapso nos lo tienen que regalar esos perros, quieran o no.

¡Otra vez el Asdic! ¡El pedregullo! Son dos o tres tiros que me hacen sentir una mano fría recorriéndome el cuello y las espaldas. Tengo escalofríos.

Pronto volverá a comenzar... comenzar... comenzar...

La presión en la cabeza se vuelve insoportable. ¿Qué hacer? ¿Por qué no pasa nada? Cada murmullo ha muerto. Gotas de agua condensada marcan su ritmo de segundos al caer. En silencio, las cuento. El golpe llega cuando estoy por veintidós. Mi cabeza choca contra mi pecho...

¿Estaré sordo? Las placas del piso bailotean a mi alrededor, pero pasan segundos antes de que yo oiga el metálico sonido que producen, entremezclado con un suspiro

y chirridos sibilantes: la estructura. El submarino se contrae en el agua. La gente cae y se entrechoca. ¿Cuándo terminará todo esto?

Otro golpe, ahora doble. El submarino se queja.

Los Tommies han optado por la economía. Ya no tapizan el mar con bombas, sino que las echan de dos en dos... Seguramente a diferente profundidad la una de la otra. No me atrevo a distensionar mis músculos, cuando ya siento nuevamente el martillazo con fuerza descomunal.

Oigo un bostezo y un chillido. Supongo que la detonación alcanzó a alguien...

¡Qué idiotez! ¡Si aquí adentro eso es imposible!

El viejo tendrá que pensar en otra solución. No hay señales de poder escapar de esta situación. Los rayos no nos sueltan. Allí hay hombres de primera, sentados frente a los aparatos. Es gente que no se deja engañar tan fácilmente. ¿Cuánto tiempo nos queda todavía? ¿Cuánto tiempo necesitan los Tommies para dar la vuelta?

Es una suerte para nosotros que los Tommies no puedan arrojar las bombas simplemente por la borda en el momento en que tengan ganas de hacerlo, sino que para disparar tengan que navegar a máxima velocidad... Sí, así es... si los muchachos pudieran acercarse a nosotros por medio del Asdic, y, en el mismo instante en que están arriba de nosotros, arrojar la bomba de profundidad, entonces fin al juego del gato y el ratón. Pero la realidad es que ellos deben acelerar en el momento en que disparan la bomba, a fin de que, cuando estalle, no los haga volar a ellos también.

¿Qué hace el viejo ahora? Sus cejas están arqueadas. El movimiento de las líneas de su frente me demuestra lo intenso de sus pensamientos. ¿Le será posible una vez más sacar al submarino del camino del destructor, en el preciso instante en que éste acelere? ¿Y, además, hacia el lado correcto? ¿Con la velocidad necesaria? ¿A la profundidad exacta?

Ya es hora de que el viejo abra la boca para dar alguna orden. ¿O es que se da por vencido? ¿Arrojó la toalla?

De repente se oye una inmensa sábana rasgarse por la mitad. Inmediatamente llega la voz ronca del comandante:

—¡Bombear! ¡Todo a babor! ¡Ambas máquinas eléctricas a la máxima velocidad!

El submarino pega un respingo. Las bombas de agua ya no se escuchan, en medio de tanto ruido. Toda la profundidad del mar está alterada. Los tripulantes tropiezan, se agarran de donde pueden para no caer. El viejo está sentado, en buena posición. El oficial navegante se sujeta a su escritorio.

De pronto me ilumino y entiendo lo que el viejo acaba de intentar. Ha hecho virar al submarino de acuerdo con lo planeado, sin importarle el Asdic. Es una nueva variante, algo que todavía no les había sido mostrado a los Tommies. Claro: los Tommies tampoco nacieron ayer. No aceleran ciegamente hacia donde nosotros nos encontramos. Ellos conocen nuestros trucos. Y se dicen: «el enemigo en el submarino



sabe que aceleramos y también que a máxima velocidad nos es imposible encontrarlos por medio del Asdic; y por eso trata de abandonar en ese momento su posición e incluso su profundidad. Si se dirige hacia arriba o hacia abajo, hacia babor o hacia estribor, eso es algo que sólo es posible sospechar». Es cosa de suerte... Y ahí nos encontramos con que el viejo, para variar, ordena muy simplemente mantener el curso y la profundidad, por lo menos hasta el próximo pedregullo. Truco y contratruco.

—¿Hora? —pregunta el comandante.

—Tres y treinta —contesta el navegante.

—¿Ah, sí? —el viejo ha puesto un poco de sorpresa en su voz baja; la cosa parece durar demasiado, también para él.

—Esto no es lo acostumbrado... parece que esta vez quieren hacer las cosas bien —murmura.

Por un rato, nada sucede. El viejo ordena sumergirnos aún más.

—¿Hora?

—Tres y cuarenta y cinco.

Si no me equivoco, incluso la brújula ha sido dejada fuera de uso. En el submarino reina absoluto silencio. Solamente se siguen escuchando las gotas de agua condensada al caer con ritmo de segundos.

¿Lo conseguimos? Cuánto nos hemos alejado, en un cuarto de hora de velocidad de rastreo. El silencio se interrumpe por los típicos sonidos de la estructura, presionada por la profundidad. La madera, del lado de adentro, se tensa y grita.

Estamos exactamente a doscientos metros de profundidad. Más del doble de lo que garantiza el astillero. Viajamos a una velocidad de cuatro millas marinas, con una columna de doscientos metros de agua sobre nuestra piel de acero.

La navegación a esta profundidad es todo un arte. Si el submarino sufre algún percance, es muy posible que no resista la tremenda presión exterior. ¿Confía el comandante en que el enemigo no conozca nuestra profundidad máxima? Nosotros mismos obviamos la mágica cifra toda vez que ello es posible; decimos «tres veces *r* más sesenta». Suena como un juramento. ¿En realidad no sabrá el Tommy lo que significa «*r*»? Todos los fogoneros, quizá cincuenta mil personas saben qué número es «*r*».

No nos llega ningún informe de parte del escucha. No puedo creer que hayamos escapado. Es seguro que esos cerdos han parado las máquinas y aguardan, en algún lugar. Ellos saben que han estado casi encima de nosotros. Sólo les faltaba la profundidad para terminar su cálculo. Y en eso ya hizo el viejo todo lo que pudo. El ingeniero, por su lado, mueve la cabeza de un lado a otro, inseguro. Nada parece ponerlo tan nervioso como los chirridos de la estructura.

Dos detonaciones. Es soportable. El gorgoteo termina abruptamente. Nuestra

bomba de agua continúa trabajando todavía unos segundos más.

¡Tienen que habernos oído!

Cuanto más permanecemos a esta profundidad, más pensamos en lo fina que es nuestra cáscara. No estamos blindados. A la profundidad y a las detonaciones solamente podemos contraponerles dos centímetros de pared de acero. Sólo las costillas, una cada dos metros, proporcionan un poco más de resistencia que la pared en sí. Y de eso vivimos.

—¡Qué largo lo hacen! —critica el viejo.

Trato de imaginarme cómo lo están pasando ahí arriba. Me ayudan mis propios recuerdos, ya que no hace mucho tiempo yo estaba del lado de los cazadores. La única diferencia estriba en que los Tommies poseen su Asdic, tan perfeccionado. Es la diferencia entre la electrónica y la acústica.

Escuchar... acelerar... disparar... virar... escuchar... acelerar... disparar nuevamente... más profundas, más superficiales... o el número especial: tapizar el fondo y disparar doce bombas al mismo tiempo. Igual hacen los Tommies.

Cada una de nuestras bombas de profundidad contenía más de cien kilogramos de Amatol, o sea que doce bombas significaban más de dos toneladas de material altamente explosivo. Cuando obteníamos claramente la posición, arrojábamos al mismo tiempo todos los proyectiles: por babor, estribor y popa. Aún me parece oír a aquel comandante:

—¡Esta manera de cazar no me provoca gozo!

Es raro que no esté pasando nada. Podría aprovechar para estirarme un poco. Pero cuidado: no debo temblar cuando el ataque comience de nuevo. Bombas de profundidad: vértigo con pausas. Tengo miedo. Por el próximo ataque. Debo mantener mi pensamiento ocupado... Hicimos el contacto acústico, recuerdo, cerca de la punta Sudoeste de Inglaterra. Era el destructor Karl Galster, nada más que maquinaria y armas. Aún conservo en mi memoria la voz cargada de temor.

—¡El torpedo pasará muy cerca de estribor! —la voz era ronca, pero muy alta.

La vía de burbujas era clara. Tardaba una eternidad hasta pasar por el medio de nuestra estela de popa.

Trago. Es el miedo al ataque, centralizado en la garganta. Tengo dos miedos: el de ahora y el de aquella vez. Mis pensamientos se entremezclan.

En esta oportunidad me encuentro del lado de los perseguidos. En un submarino que no tiene más torpedos en sus tubos.

Respiro profundamente.

El viejo echa un vistazo al manómetro. El indicador no se mueve. Tampoco hay indicios del Asdic. El escucha parece un asceta meditabundo. Me pregunto por qué los de arriba no se mueven. ¿Por qué no pasa nada? Con esta velocidad de cuatro millas marinas no podemos habernos escapado de su alcance...

—¡A doscientos veinte grados! —ordena el comandante.

Otra vez silencio.

—Doscientos veinte grados —informa poco después el timonel susurrando.

—Se escuchan hélices a veinte grados... se alejan —es el siguiente informe. El viejo sonrío.

Vuelve el recuerdo de Karl Galster. A pesar de arrancarnos los ojos, ni rastros del submarino. Seguimos bombardeando. Y de pronto, una mancha de aceite. En seguida nos dirigimos hacia allí. Sin ningún miramiento, ahora menos que nunca, se da la orden:

—¡Bomba a babor, disparar! ¡Bomba a estribor, disparar!

La luz de los reflectores me señala aún la gran cantidad de peces muertos, con las vejigas natatorias rotas. Más y más peces, pero ninguna señal de naufragio...

La voz del escucha interrumpe mis pensamientos. Si no le he entendido mal, el destructor se acerca nuevamente. Un nuevo ataque. Gato y ratón. Nos dieron tiempo para movernos un poco. La esperanza se frustró. No los perdimos de vista.

El escucha vuelve a torcer la cara. Golpe tras golpe, bamboleo. El mar entero es un arsenal.

El ruido del agua no parece tener fin. Hasta que es reemplazado por el sonido de hélices. ¿Cómo? ¿No hay pausa esta vez? ¿De dónde vienen estas hélices ahora? Es el sonido sordo de hélices a poca velocidad...

¡No puede ser el destructor que acaba de disparar sobre nosotros! ¡No puede ser, necesita su tiempo para dar la vuelta, lo sé!

Las bombas que siguen no se hacen esperar: llegan como trillizos, uno; dos, tres.

La luz se apagó. Piden fusibles de repuesto. El ingeniero dirige el haz de su linterna hacia el manómetro. No debe dejar de tenerlo bajo sus ojos. Estamos tan abajo que cada metro que descendamos puede ser peligroso.

—¿Qué se escucha?

—Nueve decimales a babor —le responde el radiooperador al comandante.

—¡Todo a estribor, a trescientos diez grados!

El comandante trata de operar del mismo modo que arriba: quiere mostrar la silueta más pequeña posible, para que el Asdic no pueda descubrirnos.

—¡Ruido de hélices en doscientos grados... más fuertes ahora!

Sin embargo, el rayo vuelve a encontrarnos.

Mi cabeza va a quebrarse como si fuese de vidrio; la tensión es inaguantable.

Mi cráneo, como la estructura del submarino, se encuentra sometido a gran presión. Cada contacto puede ser demasiado. Los latidos de mi corazón me llegan a los oídos, amplificados por altavoces. Sacudo la cabeza.

—¡Ah, muchacho! —me susurro a mí mismo. Un miedo demasiado grande, rayano en la histeria, confunde mis pensamientos. Mi sentido de la percepción está

agudizado al máximo. Todo lo que sucede a mi alrededor lo siento duplicado.

—¿A qué distancia? ¿Y el segundo ruido? —pregunta el comandante. Su voz perdió ya el equilibrio.

¡Es eso, entonces! ¡Era verdad! Y el viejo ya no está tranquilo como siempre. El debe trabajar con un sistema perceptivo propio, no con instrumentos de precisión. Todo depende de él.

Se pasa el dorso de la mano por la frente. La gorra se le ha corrido hacia la nuca. Por debajo de ella aparece un mechón de pelo color *chucrut*. Su frente es una tabla de lavar por donde corre el agua del sudor. Tres veces seguidas abre y cierra la boca con un chasquido. El silencio del ambiente le da a ese sonido la relevancia de un castañeteo.

Mi pierna izquierda se ha dormido. Hormigas. Justo cuando recorro mis piernas con la vista, una serie de increíbles detonaciones atrapa al submarino. No encuentro apoyo en ningún lado, de manera que me caigo al suelo, sobre la espalda.

Trabajosamente consigo colocarme en cuatro patas. La cabeza la mantengo escondida, en previsión de un nuevo golpe.

Oigo gritos que vienen de lejos.

¿Oí bien? ¿Hacemos agua? ¿Es por eso que caemos hacia popa?

—¡Atrás y arriba diez! ¡Ambas máquinas hacia adelante a toda velocidad! La voz del viejo. Claramente. Es decir que aún puedo oír.

¡Máxima velocidad! ¡En esta situación! ¡Qué ruido haremos! Quisiera dejarme caer, con la cabeza entre los brazos.

No hay luz. Miedo pánico de ahogarse en la oscuridad, de no ver las olas verdes entrando a raudales en el submarino.

Un haz de linterna busca en la pared. Por fin llega a su meta: el manómetro de profundidad. Desde la popa viene un sonido sibilante, parecido al que hace el serrucho cuando entra en la madera. Dos o tres tripulantes se liberan de su tensión, se estiran. Se dan órdenes en un susurro. Una linterna encuentra el rostro del viejo: como recortado en cartón. Todo mi cuerpo siente que la caída hacia la popa sigue acentuándose. ¿Cuánto tiempo más piensa el viejo hacer andar las máquinas a toda velocidad? El ruido producido por las bombas ya ha desaparecido hace rato, así que cualquiera nos puede oír... también dentro del barco, allí arriba. ¿O no? Nos podría oír si el barco estuviera parado.

—¿No hay más informes? —protesta el viejo.

Con el codo siento que el hombre que está de pie a mi izquierda tiembla. No puedo ver quién es.

Otra vez esas ganas de dejarme caer. No debo ceder.

Un hombre tropieza. El viejo ordena silencio.

Ahora me doy cuenta de que las máquinas ya no van a toda marcha. Vuelve la luz

de emergencia: esas no son las espaldas del ingeniero, sino las de su segundo, quien parece haber tomado el mando de los timones. Al ingeniero no se le ve por ninguna parte. Seguramente está en la popa, donde la cosa anda muy mal. El ruido de serrucho aún prosigue.

Pero navegamos. Aunque no horizontales, tampoco seguimos cayendo. La estructura resiste, y las máquinas trabajan.

Un extraño siseo me obliga a levantar la cabeza. Es como si afuera arrastraran una cuerda. ¿Nos buscan con cuerdas? ¡No puede ser! No a esta profundidad. ¿Será alguna novedad, alguna especie de impulsos?

Desaparece. Pero el «pink—pink» recomienza. ¡Nos agarraron! Tienen buen cuidado de que no nos escapemos.

¿Qué hora es? No sé, no puedo ver bien las agujas del reloj. Seguramente son las cuatro.

—¡Suena a ciento cuarenta grados! ¡Se acerca!

El sonido de las piedrecillas dentro de la lata de conservas me hace ver las figuras que provoca en mi imaginación: cataratas de sangre cayendo sobre las cámaras de inmersión. El mar teñido de rojo, hombres sosteniendo en la mano un trapo blanco. Yo sé lo que sucede cuando un submarino es por fin reflotado: los Tommies quieren ver rojo, tanto jugo rojo como sea posible. Rompen y destruyen cuanto pueden. La torre en la que nos cobijamos nosotros, el puente, todo lo convierten en picadillo, sobre todo si se mueve. También las cámaras de inmersión, para que el aire que nos mantiene a flote se escape. ¡Y por último, el choque! Con la proa contra el submarino, adentro del submarino. Nadie lo puede criticar: en realidad, nosotros somos simplemente el enemigo, ese mismo que ellos buscaron incansablemente por espacio de días, semanas y meses. Somos los verdugos que no los dejaron tranquilos, ni aun cuando se encontraban a cientos de millas de su hogar. En ningún momento pueden estar seguros de no ser observados por el ojo de Polifemo. Ahí está finalmente la tarántula que bebió de su sangre... Por eso, hasta que ellos no vean a quince o veinte hombres asesinados, no se calmará su sed de sangre.

La estructura crepita y suspira. Sin que yo me diera cuenta, el viejo ordenó bajar aún más. El ingeniero no despega su vista del manómetro de profundidad, salvo para mirar de reojo al comandante; pero el viejo hace como si no lo notara.

—¿Dónde se escucha ahora?

—Doscientos ochenta... doscientos cincuenta y cinco... doscientos cuarenta grados... más fuerte...

—¡Todo a babor! —susurra el comandante tras un momento de meditación. Esta vez da a conocer su decisión también al escucha—: Viramos a babor —y para nosotros agrega—: ¡Lo de siempre!

¿Y el segundo ruido?

Quizás apenas un cambio de barco, pienso ahora. Al fin de cuentas, los buques de seguridad tienen cada uno distintas funciones, así que bien pudo haber sido relevado el primero.

No tenemos idea de quién nos ataca.

Es el sistema de los pescadores dinamiteros: romperles la vejiga natatoria a los peces, a fin de que salgan a la superficie. Las vejigas natatorias son ni más ni menos que nuestras cámaras de inmersión. La diferencia es que los peces la llevan dentro de su cuerpo; nosotros, afuera. Ni siquiera tienen seguridad contra grandes presiones. Por una décima de segundo me imagino un enorme pescado gris, chorreando agua y bamboleándose sobre las olas, la panza abierta y las vejigas rotas hacia el cielo.

¡Malditas gotas! ¡Agua condensada! «Pich... pich... pich...» cada gota es un martillazo.

El viejo vuelve el rostro. Su cuerpo no se mueve ni un centímetro; pero su boca sonríe.

Y ahora, ¿cómo sigue? ¡No puede ser que de pronto los otros hayan abandonado todo!

¿Qué hora es, a todo esto? ¿Las cuatro? ¿O las cuatro y media? Desde las veintidós y cincuenta y tres nos tienen en jaque.

¿Cuál sería el segundo ruido? ¡Qué misterio!

Los labios de Herrmann parecen estar cosidos: ningún informe. Su rostro está inclinado sobre el panel, y excepcionalmente sus ojos no están entrecerrados, sino abiertos, pero sin vida.

La sonrisa despreciativa del viejo se ha hecho un poco más humana.

Da otra orden a los timoneles... despacio, despacio.

El timonel aprieta un botón. Un «clic», sordo. Nos movemos en ángulo.

¡Si alguien nos dijera lo que esta pausa significa! Nos quieren acunar en la confianza.

¿Por qué no llega más pedregullo? ¡Primero dos sonidos y ahora ninguno!

¿Nos escapamos? ¿O es que el Asdic no nos alcanza a esta profundidad? ¿Nos protegen las capas acuáticas, realmente?

En medio del atroz silencio resuena la voz del comandante:

—¡Denme papel y lápiz!

El navegante se da cuenta de que es a él a quien se dirige la orden.

—Tenemos que escribir el informe —murmura el viejo.

El navegante no estaba preparado para esto. Pesadamente toma un block que descansa sobre la mesa de cartografía. Sus dedos tardan tanto en coger el lápiz que parece un ciego.

—¡Escriba! —le ordena el comandante—: Impacto en tres mil y en cinco mil toneladas... hundidos... quizás impacto en tres mil toneladas... ¡bueno, escriba de una

vez!

El oficial navegante se inclina sobre el escritorio.

El segundo oficial mira la escena con la boca abierta por la sorpresa.

El navegante ha terminado; se vuelve. Su rostro nada delata; está impávido, como siempre. Para él no es un trabajo actuar así: la naturaleza lo dotó con músculos apenas movibles. También sus ojos, hundidos detrás de las cejas, son mudos.

—Eso es todo lo que ellos quieren saber —dice el viejo.

El navegante sostiene el papel en la mano. Yo me acerco de puntillas y se lo paso al escucha. Que lo tenga preparado, para cuando haya oportunidad de volver a comunicarnos por radio.

El viejo está murmurando justamente algo para sí:

—... el último impacto... —cuando cuatro detonaciones agitan las profundidades.

Se encoge de hombros, hace un gesto de desprecio con la mano y murmura:

—¡Y bueno!

Hace como si tuviera que acomodarse a las tonterías de un borracho. Pero cuando termina el ruido de las aguas, el viejo calla. No se oye nada más.

El escucha da sus cifras a media voz, como si dijera un juramento.

No se oyen más ruidos provenientes del Asdic. Yo creo que no lo usan para cuidar de nuestros nervios.

La luna... esto es obra de la luna...

—¿Hora?

—Tres y media.

—Ya alcanza —dice el comandante.

No tengo idea de cuánto tiempo se estila en estos casos. ¿Cuánto aguantaremos? ¿Cómo estamos de oxígeno, en realidad?

El navegante tiene en sus manos el cronómetro. Sigue las agujas con gran atención, como si de eso dependiera nuestra vida.

El viejo está intranquilo. Claro, él no puede, como yo, pensar en cualquier cosa ahora. Para él sólo existen el enemigo y su táctica.

—¿Y? —pregunta el viejo teatralmente, la mirada dirigida hacia arriba.

Me sonrío, la cabeza inclinada. Intento una sonrisa por toda respuesta. Siento endurecerse mis labios: los músculos de la cara se paralizan, sin que yo pueda hacer algo en contra de ello.

—¿Los cazamos, eh? —dice, despacio, mientras se recuesta contra la columna del periscopio. Hace como si paladeara el ataque—. El primero tiene que haberse hundido bastante rápido.

Olor a muerte... ¿de dónde me sale esa idea...?

Muerte... una rara palabra, según parece odiada por todos. En los avisos fúnebres, incluso, nunca muere nadie... ahí van todos a encontrarse con el Señor... Nadie quiere

ese verbo, claro, simple... es un verbo leproso.

Silencio en el submarino. Solamente el sordo murmullo del timón de profundidad. Hasta el motor eléctrico de la brújula ha dejado de andar.

—¡Las hélices se oyen más fuertemente ahora! —informa el escucha. Vuelve a oírse el Asdic.

—¡Los ruidos están más cerca! —dice el escucha.

Mi sistema circulatorio trabaja aceleradamente... Mi oído está atento. Los fuertes latidos de mi corazón lo mencionan una y otra vez: nos tienen.

—¿Hora?

—Cuatro y diez.

¡Un ruido distinto, chirriante! ¿Dónde fue? ¿En el submarino, afuera?

El viejo se abre la chaqueta y se pone de pie. Todo en él da la impresión de que se prepara para contarnos un par de chistes.

Me pregunto qué es lo que pasa con los submarinos que se hunden. ¿Acaso quedan flotando por siempre cual grotesca flota en medio de dos aguas? ¿O la presión del agua empequeñece los restos, que más pesados cada vez van cayendo en las profundidades del mar? Tendría que preguntárselo al comandante. El debe saberlo. Velocidad de caída: cuarenta kilómetros por hora; yo también debería saberlo.

El viejo sonrío con su misma sonrisa de siempre. Pero sus pupilas permanecen atentas. A media voz imparte una orden para los timoneles:

—¡Todo a babor, a doscientos setenta grados!

—¡El destructor acelera! —informa el escucha.

Mi mirada está fija en el viejo. Nada de distraerse ahora. Seguimos a máxima profundidad.

Por un minuto, aguantar la respiración. El escucha tensa el rostro... ¡Sé bien por qué!

Los segundos de goma: mientras las bombas caen hasta nosotros. Contener el aire, apretar todos los músculos. Una serie de golpes tremendos me sacan de mi asiento.

—¡Por favor! —se jacta el viejo. Alguien grita que el agua entra.

—¡No tan fuerte! —protesta el comandante.

Un hilo de agua parte en dos mi visión del rostro del comandante. Hacia abajo, su boca abierta de sorpresa, hacia arriba sus ojos y sus cejas enarcadas, las arrugas en la frente.

Silbidos. Gritos recorren el submarino. Mi sangre se ha transformado en hielo. Mi vista se entrecruza con la del nuevo ayudante de la central.

—¡Ya lo tengo! —dice el marinero de la central. De un salto está en el lugar por donde se filtra el líquido.

Me asalta la ira. ¡Cerdos! Harán que nos ahogemos en nuestro propio



submarino.

El marinero de la central chorrea. Pero el hilo de agua va desapareciendo.

El submarino, noto, está nuevamente inclinado hacia la popa. Usando el ruido de las detonaciones que siguen, el ingeniero ordena regular el agua de las celdas hacia adelante. El submarino se horizontaliza.

El hilo de agua, que solamente penetró en la embarcación gracias a la increíble presión que ejerce el mar sobre nosotros, me llega a los miembros: adelanto de una catástrofe. Fino como un dedo, pero peor que una ola.

Más detonaciones. ¿No es demasiado rápido? ¿Pueden provenir del mismo destructor?

Creo que varias personas se han agrupado alrededor de la escotilla que da a la torre. Como si eso tuviera sentido ahora. Es un atavismo, nada más.

Aún no es hora de tener que subir. El viejo sigue ahí sentado; pero la sonrisa se borró de sus labios.

El escucha susurra:

—Sonido de hélices a ciento veinte grados.

—¡Ahí está! —dice el viejo—, ya no hay duda.

—¿Dónde se encuentra ahora... el segundo ruido?

La voz del viejo suena impaciente. En su cabeza tiene que hacer lugar ahora para otros cálculos más.

Desde la popa llega una información:

—¡Hay válvulas en los diesel que están haciendo agua!

El viejo intercambia una mirada con el ingeniero. Este desaparece hacia allí. El viejo toma el mando de los timones.

—Hacia adelante y arriba diez —oigo una orden dada por él a los timoneles.

Siento de pronto grandes ganas de orinar. Quizá fue la vista del agua. No sé dónde.

El ingeniero vuelve a la central. Su cabeza bailotea dos o tres veces, como si tuviese un tic. Entra agua, y el ingeniero no puede bombear. Los de arriba no lo permiten.

El viejo ha hecho andar las máquinas eléctricas a velocidad máxima, otra vez. Nuestras maniobras de escape a gran velocidad son un juego para los Tommies. Creo que el viejo está desperdiciando nuestras reservas. Cuando no tengamos más batería ni más aire comprimido ni más oxígeno, entonces *tendremos* que ir a la superficie.

El aire comprimido se cotiza muy alto en nuestro mercado; en el estado actual es imposible fabricarlo.

¿Y el oxígeno? ¿Cuánto tiempo más podremos seguir aguantando este olor que nos rodea?

El escucha sigue comunicándonos una cosa tras otra. Ahora vuelve a oírse el

Asdic.

No parece del todo aclarado todavía, a pesar mío, si es que tenemos uno o dos perseguidores.

El viejo se rasca, debajo de la gorra. Seguramente ya no tiene dominio del cuadro. Los informes del escucha no brindan los datos suficientes como para hacerse una composición de lugar respecto de las intenciones del enemigo.

¿Puede ser que los otros nos confundan con simples ruidos agregados? Técnicamente es posible. Pero lo que no deja de ser una broma del destino es que nos tengamos que basar únicamente en las percepciones de un escucha.

Parece que el destructor está dando ahora una gran vuelta, allí arriba. Del segundo barco no se habla más, por ahora. Eso podría significar, empero, que este último está parado en algún lugar.

Pausa, todavía. El primer oficial mira inseguro en derredor. Cara arrugada, nariz respingada; blanco en la raíz de la nariz.

El marinero de la central orina en una gran lata.

Sin aviso previo, otra detonación. La lata a medio llenar cae y rueda por el suelo, desparramando su contenido. El olor se extiende de inmediato. Me sorprende que el viejo no lance alguna imprecación.

¡También eso! Tomo todo el aire que puedo, para no sentir la pinza de acero que me rodea por el pecho, y para no tener que oler. El aire dentro del submarino es irrespirable. Los diesel echan olor desde sus últimas aceleraciones máximas. Más el olor que dan cincuenta personas. Más el sudor. Sudor por miedo. Y además, olor a mierda, sin duda alguna. A alguno no le respondió el esfínter. Sudor, orina, mierda y bodega... inaguantable.

Pienso en los pobres que ocupan un lugar en la popa. No pueden ver al comandante y sacar fuerzas de su mirada. Nadie les da una señal antes de que comience el golpeteo infernal.

No todos los puestos de combate son iguales. También aquí existen desventajas y privilegios.

A Hacker y a sus hombres, en la proa, al lado de los torpedos, tampoco nadie les dice lo que está pasando. Ni siquiera oyen las órdenes dadas a los timoneles, y menos las que pasan a la sala de máquinas. No oyen lo que dice el escucha. No tienen idea del lugar hacia el que nos estamos moviendo... o si acaso nos estamos moviendo, en realidad. Sus nervios reaccionan solamente cuando una detonación hace vibrar el submarino, o cuando la estructura cruje por la profundidad.

Tres detonaciones. El inmenso martillo nos tomó esta vez desde abajo. El haz de mi linterna sorprende el manómetro. El indicador desanda su camino. Lo siento en mi estómago: subimos rápidamente, como en un ascensor.

Dicen que la onda de presión, a ciento sesenta metros de profundidad, causa los

mayores estragos a una distancia de treinta y cinco metros por debajo del submarino... ¿Era así? ¿A qué profundidad estamos ahora? Ciento ochenta metros.

¡Las máquinas! Son las que más sufren las detonaciones que vienen desde abajo.

En seguida, seis bombas más. Otra vez tan bien situadas debajo de la quilla que siento las vibraciones en la articulación de mis rodillas. *Up and down...* como los Tommies quieran.

Este ataque les ha costado una buena docena de bombas. Una gran cantidad de peces flota ya con la vejiga rota, alrededor de los barcos.

Intento obligarme a respirar con inspiraciones largas y profundas. Pasan cinco extensos minutos, antes de que vuelvan a sentirse otras cinco explosiones. Todas a popa. El escucha informa que el ruido se aleja.

Me concentro y pienso cómo se podría volver a reconstruir todo esto para un escenario. En tamaño

1:1 debe de ser fácil de realizar: se saca simplemente la pared de babor y se colocan de ese lado los asientos para los espectadores... Me imagino la postura y el traje de los actores. El viejo, la espalda contra la columna del periscopio, pesado, con un pullóver carcomido, los pantalones grises y manchados, de cuero, botas con suelas de corcho, salpicadas de sal, el mechón de pelo sobresaliendo por debajo de la gorra verdinegra.

Los timoneles enfundados en sus chaquetas de goma, inmóviles, como esculpidos en basalto oscuro y pulido, de piedra pura.

El ingeniero, de perfil. Camisa verde oliva, con las mangas arremangadas, los pantalones del mismo color, de lino, algo más oscuros. Zapatillas, cabellos a lo Valentino, alisados. Delgado y duro. Sólo sus músculos masticadores se mueven continuamente sin palabras.

El primer oficial da la espalda al público. Pero se nota que no quiere dejarse ver.

No es mucho, en cambio, lo que se puede adivinar en el rostro del segundo oficial. También impávido, solamente sus ojos van rápidos de un lado a otro. Da la impresión de que buscaran una vía de escape. Pero nada más que para ellos.

El oficial navegante mantiene la cabeza inclinada hacia abajo y hace como si controlara el cronómetro.

Muy poco sonido: un zumbido sordo y algo que gotea sobre metal.

Es fácil de hacer. Durante largos minutos, silencio, inmovilidad. Zumbido y gotas, nada más. Dejar todo así, tanto tiempo que los espectadores se muestren intranquilos...

Tres detonaciones, sin duda hacia popa.

Ya no presto atención al bombeo del agua.

El navegante, que cruza cada cuarta marca con otra horizontal, ha juntado a la sazón seis montoncitos.

El viejo echa cálculos sin descanso: curso propio, curso del enemigo; curso de escape. Cada información proveniente del escucha trastrueca los valores básicos de sus cuentas.

¿Qué hace ahora? Todo a babor.

Ojalá el comandante del destructor no coincida en decidirse por babor, también. O por estribor, si es que nos ataca desde adelante... Y así es: ni siquiera sé si para atacarnos viene desde adelante o desde atrás.

—¡Arrojan bombas! —Otra vez más, el escucha ha oído el contacto de los proyectiles con la superficie del agua.

Me sostengo.

—¡Bom—be—ar—el—agua! —ordena el comandante claramente, aun antes de que explote el mar.

Me molesta el ruido; pero al viejo parece no hacerle mella.

Las detonaciones son muchas.

—¡Disparo en alfombra! —dice el viejo.

En medio de la confusión ordena aumentar la velocidad.

—¡Tienen que volver a cargar las armas! —comenta irónicamente, dado que por un rato no hay más disparos—. ¡El que mucho dispara, pronto nada tendrá! —afirma.

Mi cabeza, llena de pensamientos vanos, es atacada nuevamente por otros sonidos. El nuevo ayudante de la central tiritita con todo el cuerpo y se deja caer delante de mí. Otro... ¿quién es?, se sienta en el suelo: es un montón de carne y miedo. Todos dan la impresión de ser ahora más pequeños.

Salvo el viejo.

Una detonación me llega a la médula. Todo el cuerpo contraído, trato de estirarme un poco... demasiado tarde: más detonaciones.

Mi hombro izquierdo choca contra algo, tan fuerte que podría gritar.

Dos golpes descomunales.

—¡Bombear!

El comandante observa al ingeniero de reajo. Es perversa esta situación: el ingeniero *quiere* bombear, pero para eso *necesita* el bombardeo.

Ya no es posible mantener al submarino sin el continuo bombeo del agua que se filtra.

Esperar... esperar... esperar.

¿No pasa nada? ¿Todavía no? Abro los ojos, pero los mantengo desviados hacia el suelo.

Un nuevo golpe, doble, enloquecedor. Dolor en la nuca. ¿Qué fue eso? Gritos, el piso vibra, todo el submarino vibra; el acero llora como un perro. ¿Quién gritó?

—¿Subimos? —le oigo preguntar al ingeniero.

—¡No!

El haz de luz de la linterna del ingeniero se encuentra con la cara del comandante. No tiene boca, no tiene ojos.

Apenas termina esta orgía de sonido cuando ya reaparece el Asdic. Me llega a los nervios. Mantengo la respiración.

¿Las cinco y cuánto? No veo bien el minuterero.

Comunicaciones. Desde proa a popa, hilachas, no palabras. Algo hace agua.

Las lámparas de emergencia se encienden. En la semipenumbra veo la central llena de gente. ¿Quiénes son éstos? Tienen que haber llegado desde la popa. Desde la proa no, porque yo estoy ocupando la compuerta. ¡Maldita luz! No alcanzo a reconocer a nadie. El marinero y el ayudante de la central me impiden la visión. Están inmóviles, como siempre, pero detrás de ellos se mueve algo. Hay ruido de botas que se arrastran, respiración entrecortada, suspiros, insultos.

El viejo aún no lo ha notado. Su mirada está fija en el manómetro de profundidad. El oficial navegante, en cambio, ha vuelto la cabeza.

—¡Ha entrado agua en la sala de máquinas! —grita alguien desde la popa.

—¡Bah! —es toda la contestación del viejo, quien ni siquiera se digna mirar.

El ingeniero da medio paso hacia la popa, pero se arrepiente y vuelve a prestar atención al manómetro de profundidad.

—¡Pido informe! —ahora sí el viejo gira su rostro y ve la cantidad de gente que se ha acumulado en la central.

Como parte de un movimiento reflejo, agacha inmediatamente la cabeza. Al ingeniero le pide su linterna.

Otra vez se movilizan los de popa. Vuelven, como los tigres ante su domador. El haz de la linterna apenas llega a iluminar la espalda del último hombre.

El comandante ordena ambas máquinas a media velocidad. Desde la torre, el timonel repite la orden:

—¡Ambas máquinas a media velocidad!

El viejo habla solo:

—¡Gastan sus bombas!

La mano del oficial navegante, con la tiza, ha quedado suspendida en el aire. Está indeciso; no sabe cuántas líneas hacer por el último ataque.

Parpadea, y, como saliendo de un sueño, marca cinco guiones. Cuatro verticales, uno horizontal.

Los próximos golpes llegan de a uno. Con poco ruido. La bomba de agua debe ser dejada de usar de inmediato. Al oficial navegante se le cae la tiza al suelo.

Otra vez.

La presión es inconmensurable. Un solo hilo de agua que entre ahora alcanzaría para partir en dos a un hombre.

¡Olor ácido, de miedo!

—¡Sesenta grados, aumentando! ¡Se escucha a doscientos grados!

Dos, cuatro impresionantes golpes me dan en la cabeza. ¡Estos cerdos nos harán pedazos!

Oigo suspiros y lloriqueos histéricos.

El submarino parece un avión en medio de turbulencias.

Las detonaciones han tirado a dos hombres. Veo una boca abierta como para gritar, pies que patalean, pánico dibujado en los rostros.

Otras dos detonaciones más.

Silencio. Sólo los sonidos inevitables: el sonoro zumbido de insectos de las máquinas eléctricas. La respiración, el gotear del agua.

—¡Adelante y arriba diez! —susurra el ingeniero.

¿No vamos a cambiar el curso?

¿Por qué no dice nada el escucha?

Que nada informe solamente se puede deber a que los barcos están quietos. Pero nunca todavía habíamos estado tanto tiempo sin un informe de los movimientos en la superficie.

El viejo conserva el curso y la velocidad.

Pasan cinco minutos; el escucha abre los ojos y gira su dial. Su frente ha adquirido arrugas. O sea que el enemigo vuelve al ataque. Trato de no oír lo que el escucha dice, sino de concentrarme en mi posición. Detonación doble.

—¡El submarino hace agua! —llega una voz desde la popa.

—¡Repórtese como corresponde! —es toda la contestación del comandante.

La siguiente detonación me toma de lleno. Me corta la respiración. Cierro la boca tan fuerte que me duelen los maxilares. Otro grita el grito que yo conseguí ahogar. La luz de la linterna busca al gritón. Otro ruido: castañeteo de dientes. Alguien sigue lloriqueando.

Un cuerpo se arroja en contra de mis rodillas y casi me hace caer. Siento cómo se incorpora: se sostiene de mi pierna. No. El que se incorpora es otro; el que cayó a mi lado se queda ahí, sentado.

La lámpara de emergencia sobre el escritorio del navegante no se enciende. El pánico se acrecienta en la oscuridad.

Veo la silueta del que llora, pero no lo reconozco. El marinero de la central llega hasta allí y le aplica de pronto un golpe tan tremendo en la espalda que lo hace gritar.

La luz vuelve. El que llora es el nuevo ayudante de la central.

El viejo ordena media velocidad.

—¡Ambas máquinas a media velocidad! —informa el timonel.

Es decir que a velocidad mínima ya no nos es posible navegar. A popa ha entrado demasiada agua.

Las hélices se escuchan perfectamente, mejor que nunca. Van a toda marcha.

El indicador del manómetro de profundidad se mueve unas líneas.

Descendemos un poco. Y el ingeniero nada puede hacer al respecto. Si llenara las cámaras con aire, se oiría demasiado. Ni pensar en bombear agua.

—¡Ciento noventa grados... ciento setenta grados! —informa el escucha.

—¡A sesenta grados! —ordena el comandante—. ¡Ojalá no estemos dejando tras de nosotros una estela de aceite!

¡Estela de aceite! Las palabras se corporizan en el ambiente, chocan contra mi persona como un eco. Si el submarino echa aceite, el enemigo tiene ya una pista como no la podría tener mejor.

El comandante se muerde el labio inferior.

Arriba está oscuro, pero el aceite es oloroso... en millas a la redonda. De la cabina del escucha sale un susurro:

—¡Destructor muy cerca!

En el mismo tono de voz, el comandante ordena:

—¡Ambas máquinas a mínima velocidad!

Se quita entonces su gorra y la apoya sobre la mesa de cartografía. ¿Un símbolo de rendición? ¿Habremos llegado al final?

El escucha se inclina hacia afuera de su habitáculo, como si quisiera dar una información.. Pero se arrepiente. Su rostro pálido muestra la tensión del tiempo. De pronto aleja de sí los auriculares. Sé lo que eso significa: los ruidos se oyen desde todos lados, de manera que ya no tiene sentido tratar de situar la dirección de dónde proviene el sonido.

Yo también los oigo ahora: Explosiones, gritos, sonidos como si el mar entero se acabara. ¡Listo!. ¡Oscuridad!

—¿Cuándo van a llegar las informaciones? —oigo con los ojos cerrados cómo pregunta una voz extraña.

El submarino se inclina hacia popa. Los impermeables y el cable del teléfono se alejan de la pared, a la luz de las linternas.

Unos latidos después, el encargado informa que en una máquina diesel ha entrado agua. La sala y el habitáculo de proa se mantienen secos.

Por fin, la luz de emergencia. El indicador del manómetro devora las cifras de la escala.

—Ambas máquinas a toda marcha hacia adelante! —ordena el comandante. Su voz sigue objetiva y tranquila, a pesar de los gritos de pánico.

El submarino da un respingo.

—¡Adelante todo hacia arriba! ¡Atrás todo hacia abajo! —ordena el ingeniero a los timoneles. Pero el indicador se queda quieto, como si estuviera helado.

—¡El timón de popa no funciona! —informa el marinero de la central. Al mismo tiempo gira su rostro pálido hacia el comandante. Es un rostro lleno de confianza.

—¡Poner el timón de mano! —ordena el ingeniero; tan tranquilo como si se tratara de una maniobra de prueba, Los timoneles se ponen de pie y se empeñan en mover las ruedas, con todas sus fuerzas. La aguja blanca que indica el funcionamiento de los timones vuelve a moverse, gracias a Dios. O sea que lo que no funciona es el manejo eléctrico.

Las máquinas eléctricas siguen zumbando. Muy fuerte. ¡Es una locura ir a toda velocidad! Pero, ¿qué otra cosa nos queda por hacer? Rastreado ya no vamos a ninguna parte. La sala de máquinas eléctricas está haciendo agua. Agua, en nuestra habitación más sensible.

—¡Las máquinas eléctricas no dan todas las revoluciones que deben! —Por decirlo en voz alta se gana un chiflido.

El viejo piensa sólo un momento, antes de ordenar:

—¡Revisar ambas baterías! —No hay duda: nuestras propias baterías están vacías. ¿Qué más nos espera?

El primer oficial se mueve hacia un lado. Mi corazón se paraliza: ¡el manómetro de profundidad sigue su marcha!

El submarino sigue cayendo, por más que las máquinas den toda su velocidad.

—¡Llenar de aire la cámara tres! —ordena el comandante.

Segundos más tarde me llega un fuerte siseo. El marinero de la central ha largado el aire. El tanque se llena.

El ingeniero se incorpora de un salto. Su respiración es corta y entrecortada:

—¡Todos hacia adelante! ¡Vamos, vamos! —apura.

Ni siquiera hago el intento de ponerme de pie, tanto es mi temor de que las piernas ya no me respondan. Mis nervios y mis músculos tiemblan. ¡Venga de una vez, terminemos! ¡Es un golpe, solamente! ¡Esto ya es insoportable!

Me doy cuenta de que estoy cayendo en una sorda falta de participación. Todo me da lo mismo. ¡Qué esto acabe pronto! Hago acopio de fuerzas para incorporarme.

Subimos cincuenta metros. El indicador se para. El comandante ordena:

—¡Abrir la ventilación tres!

Tengo miedo. Comprendo la orden; sé lo que quiere decir: una inmensa burbuja explotará en la superficie, lo cual indicará claramente dónde estamos.

Mi corazón golpea y golpea. Se interrumpe mi respiración. Como a través de una puerta cerrada oigo:

—¡Cerrar la ventilación!

El oficial navegante dirige su rostro hacia el viejo. Es una cara recortada en madera, pulida. Me ve y se muerde el labio inferior.

—¡Mujeres histéricas! —murmura el viejo.

Cuando se llenen de agua las máquinas a popa, cuando se establezca el cortocircuito, las hélices dejarán de andar. ¿Qué hacer entonces, sin hélices y sin



timón?

El comandante exige información de la sala de máquinas, impaciente.

—¡Entra agua, causa desconocida!

Oigo un ruido extraño, agudo. Tardo un tiempo en darme cuenta de que el sonido no viene de afuera, sino desde la proa.

El viejo mira en esa dirección: está enojado. Da la impresión de que fuera a estallar de ira.

—¡Ciento cincuenta grados... aumentando!

—¿Y el otro...? ¡El primero!

—Noventa grados... sesenta grados... queda así.

Dios mío, ahora juegan a la pelota con nosotros. Nuestros perseguidores ya no tienen ningún problema: cuando aceleran y deben dejar de usar su propio Asdic, el colega se ocupa de informarles dónde estamos.

El viejo tiene cara de haber tragado una píldora especialmente amarga.

Por vez primera, el escucha da muestras de nerviosismo. ¿O será que tiene que girar su dial tan rápidamente, para encontrar al enemigo?

Si el segundo comandante también es un viejo zorro, si ambos están entrenados para el juego, es seguro que van a cambiar sus papeles, tantas veces como puedan, para confundirnos.

Si no he entendido mal, el viejo se dirige en un ángulo cerrado hacia el ruido más fuerte.

Dos increíbles martillazos sacuden el submarino. Les siguen cuatro, cinco detonaciones. Dos de ellas, debajo de la embarcación. Apenas un par de segundos después aparece por la compuerta que lleva a la popa el rostro transfigurado por el miedo del maquinista Franz.

Nervioso, todo lo que le sale es un «ji, ji, ji». Suena como una mala imitación de las hélices de los destructores. El comandante, que había cerrado nuevamente los ojos, gira su rostro hacia la compuerta de popa. Mientras tanto, el maquinista ha avanzado por el habitáculo y, salvavidas en mano, está de pie detrás de la columna del periscopio. Muestra sus dientes, tal como lo haría un mono; la dentadura le brilla claramente entre la pelambre de la barba. Al «ji, ji, ji» se le agrega un lloriqueo entrecortado.

¿Cómo lo hace?, me pregunto. Entonces me doy cuenta de que el lamento llega de otro lado.

El viejo se endurece. Por una fracción de segundo permanece inmóvil, sentado.

Pero entonces contrae la cabeza y la vuelve a girar. Mira atentamente al maquinista. Pasan segundos antes de que le pregunte:

—¿Se ha vuelto loco? ¡A su puesto! ¡De inmediato!

El maquinista tendría que contestar ahora, pienso. Mas sólo abre la boca, como si

fuese a hacerlo.

El viejo no se hace rogar:

—¡Maldición...! ¡Tranquilícese!

Con el viejo de pie, el lamento cesa.

—¡Destructor a ciento veinte grados! —informa el escucha. El viejo parpadea, irritado.

El maquinista comienza, bajo el influjo de un hipnotizador, a volverse: Si no se cae redondo...

—¡A su puesto, inmediatamente...! —y, con media voz, amenazante, el viejo agrega—: ¡Inmediatamente, dije!

—¡Ciento diez grados... aumentando! —la voz susurrante del escucha resuena nuevamente con monotonía religiosa.

El viejo encoge otra vez la cabeza, pero en seguida se relaja; camina tres o cuatro pasos hacia adelante. Me incorporo, le hago sitio. ¿Dónde quiere ir?

Por fin, el maquinista se repone y contesta:

—¡Sí, señor!

Rápido como un relámpago echa una mirada a su alrededor, se agacha y en esa posición vuelve a cruzar la compuerta en dirección de popa.

El comandante, que justo ha llegado con su pierna izquierda a la compuerta, se detiene.

—Se ha ido, señor —tartamudea el ingeniero.

El comandante regresa. Es una película que pasamos al revés, Como un boxeador al que acaban de golpear y que no sabe precisamente qué es lo que percibe. Sin palabras vuelve a su lugar.

—¡Lo hubiera matado! —y en seguida, prosigue más calmado—: ¡Todo a estribor... a doscientos treinta grados! —ordena el comandante con voz normal—.

¡Cincuenta metros más abajo, ingeniero!

El escucha informa:

—¡Hélices a diez grados!

Los rayos del Asdic vuelven a pegar en nuestras paredes.

—¡Qué asco!

Todos en la central nos damos cuenta de que con eso el comandante se refiere al maquinista, no a los rayos.

—¡Franz... increíble! —El viejo parece haber visto un exhibicionista— ¡A éste lo hago encerrar!

—¡Destructor acelera! —dice el escucha con voz monótona.

—¡A doscientos grados! ¡Ambas máquinas hacia adelante a velocidad mínima! Por la compuerta de proa nos llega un olor ácido. Alguien tiene que haber lanzado. ¡También eso!

Los ojos del escucha han vuelto a cerrarse. Cuando pone esa cara, sé que debo prepararme.

Un golpe de tambor atraviesa el submarino; en seguida le sigue un único, tremendo choque, con su gorgoteo infernal a cuestas.

Cinco explosiones más en medio del eco. Muy seguidas. Solamente segundos entre una y otra. Todo lo que está suelto comienza a rodar y a resbalar hacia la popa. Durante las detonaciones hemos aumentado la velocidad. El ruido exterior sirve para que el ingeniero dé la orden de bombear. Está de pie, detrás de los timoneles.

El alboroto de afuera no parece tener fin. Otras tres detonaciones nos hacen temblar.

—¡Sigán bombeando! —El ingeniero toma aire y dirige su mirada hacia el comandante.

Son las cuatro. Ya no puedo contar las horas que hace que estamos tratando de escapar. La mayor parte de la gente de la central permanece sentada, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. El segundo oficial mira hacia el suelo, como si buscara hongos.

Es asombroso: el submarino aún aguanta, navegamos, las máquinas marchan, los timones responden.

El oficial navegante se inclina sobre la mesa de cartografía, como si hubiese allí algo importante para estudiar. Su mano derecha se cierra alrededor del compás.

El marinero de la central tiene dos dedos en la boca, como si fuera a silbar.

El segundo oficial trata de demostrar impavidez al igual que el comandante. Pero sus puños lo delatan. Fuertemente sostiene aún sus binóculos.

El comandante se dirige al escucha. Este mantiene los ojos cerrados. Su dial se mueve a derecha e izquierda. Luego, cuando encuentra el ruido buscado, mueve aún el dial ida y vuelta, pero sólo levemente.

Con voz sorda informa:

—¡Los ruidos se alejan... a ciento veinte grados!

—Piensan que acabaron con nosotros —opina el comandante.

—Ese es un ruido... ¿y el otro?

El ingeniero fue a popa. El comandante está a cargo de los timones.

Cuando reaparece, los brazos y las manos del ingeniero están negras de aceite.

Me entretengo en observar el desorden, la mugre, todo revuelto; libros en el suelo, vidrios rotos, el acordeón a un lado.

Tres detonaciones más. Pero apenas si causan algún efecto sobre nosotros.

—¡Muy lejos! —comenta el oficial navegante.

—¡Doscientos setenta grados... alejándose lentamente! —informa el escucha. Pensar que en casa todavía duermen... mejor dicho: en Alemania duermen, pero en Norteamérica aún están sentados a la luz de las lámparas. Nosotros tenemos que estar

más cerca de la costa americana que de la europea. Hemos navegado demasiado hacia el oeste.

En el submarino todo es silencio. Un rato después, el escucha susurra:

—¡El destructor a doscientos setenta grados apenas si se oye... Parece alejarse!

—¡Está buscándonos! —responde el comandante— ¿Dónde está el otro? ¡Tenga cuidado!

El viejo ya no sabe a ciencia cierta dónde está parado el enemigo.

Oigo el tictac del cronómetro y el goteo del agua en la bodega. El escucha sigue buscando afanosamente, pero nada.

—¡Esto no me gusta! —murmura el comandante.

Debe tratarse de una trampa. El viejo mira fijamente hacia adelante, los ojos bien abiertos. Parpadea entonces muchas veces y rápido. Traga saliva. No puede decidirse por una acción en especial. Si yo supiera lo que pasa... No más detonaciones, no más Asdic.

¡Si pudiese preguntarle al comandante ahora...!

Pero mi cerebro ya funciona mal. Tengo sed, además: en el armario tiene que haber todavía un poco de jugo de manzanas. Si lo abro, sin embargo, caerán los pedazos de vidrio. Tazas, platos, casi todos rotos. Lo abro. Los vidrios caen. La botella de jugo sigue íntegra, por suerte.

—¿No hay más ruidos?

—¡No, señor!

Son casi las cinco.

Es increíble que ya no haya más ruidos. ¿Se arrepintieron? ¿O creerán que nos han hundido para siempre?

El comandante parlotea con su navegante. Le oigo:

—En veinte minutos subimos.

No puedo creerlo. ¿Tenemos que subir, o es que la fiesta acabó?

Al escucha se le escapa una sílaba. Seguramente quería informar algo, pero prefirió seguir escuchando. Debe de haber oído algo, sin duda.

El viejo le clava su mirada. El escucha se humedece el labio inferior. Ahora sí nos dice:

—Sesenta grados... muy tenue.

De un salto llega el viejo hacia donde está el escucha y se mete en su cabina. El escucha le pasa los auriculares. Su rostro se enfría, mientras el escucha gira lentamente la aguja en el dial.

Pasan minutos y el viejo sigue atado al receptor. Da órdenes a los timoneles, para que la proa se sitúe de tal forma que él pueda oír mejor.

—¡Prepararse para emerger!

La voz seca del comandante me asusta; pero no sólo a mí, también el ingeniero

parpadea un montón de veces.

El viejo debe saber lo que hace... ¿aún se escucha algo y ya quiere subir?

Los timoneles están en sus puestos. El oficial navegante se ha sacado su *Südwester*, al fin. Su rostro de máscara ha envejecido unos cuantos años.

El ingeniero se mantiene detrás de él, con la pierna izquierda apoyada contra la mesa de cartografía, el cuerpo inclinado, como si tuviera que tener lo más cerca posible de sus ojos el indicador del manómetro de profundidad.

El indicador regresa. Lentamente nos acercamos a la superficie.

—El comunicado radial es claro, ¿verdad?

—¡Sí, señor!

La guardia ya está de pie bajo la torre, lista para salir. Los binoculares se ponen a punto, demasiado apresuradamente, pienso. Nadie dice una palabra.

Con todo, mi respiración se ha regularizado. Los miembros han vuelto a ganar en fuerza. Puedo ponerme de pie sin miedo a caerme.

El viejo ordena ascender. Volveremos a respirar el aire puro del mar. No estamos muertos.

No obstante, mi rostro está helado. Siento cada músculo por separado.

No hay gritos de alegría. El miedo aún cumple con su cometido. Todo lo que nos permitimos por ahora es relajarnos un poco.

La gente está completamente acabada. Los ayudantes de la central siguen ahí sentados, apáticos. ¿Y el marinero? Por más que se concentre para demostrar indiferencia, lleva el pánico dibujado en el rostro.

Mi mayor deseo sería poseer un periscopio diez veces más largo, para ver qué es lo que nos tienen preparado allí arriba.

Pero ya el submarino ha llegado a profundidad de periscopio. El ingeniero tiene al submarino en las manos.

Oigo cómo se enciende el motor del periscopio: el espárrago sale a la superficie.

La tensión en el habitáculo se hace insoportable. Sin querer contengo la respiración, casi hasta ahogarme. Desde arriba, ninguna palabra.

—¡Me da mala espina! ¡Si todo anduviera bien, lo habría dicho el viejo hace rato!

—¡Escriba!

A Dios gracias, la voz del viejo.

El oficial navegante se siente aludido y toma un lápiz. ¿Qué pasará ahora? ¡No irá a dictar algo para el diario de guerra... !

—«Reconozco a través del periscopio... a cien grados a la derecha... destructor... parado... distancia alrededor de seis mil metros...» ¿Está?

—¡Sí, señor!

—«La luna da mucha claridad...» ¿Está?

—¡Sí, señor!

—Bueno, «permanecemos hundidos...» Listo, eso es todo.

Pasan tres o cuatro minutos y el comandante baja a donde estamos nosotros:

—¡Estos niños! ¡Qué inocentes! ¡Crerían que íbamos a entrar en la boca del lobo!  
¡Ingeniero, vayamos a sesenta metros! ¡Con toda tranquilidad nos alejaremos para

tener tiempo de cargar unos torpedos!

El viejo hace como si todo estuviera en el mejor orden.

—Navegante, escriba usted: «Rastreo, para alejarnos del destructor... Pienso que el destructor... nos ha perdido... No hay ruidos en la cercanía inmediata».

«Pienso». O sea que ni siquiera lo sabe con seguridad.

Cierra los ojos. Da la impresión de no haber finalizado su dictado.

—¡Navegante !

—¡Sí, señor! ' —¡Escriba: «Resplandor de fuego... importante... a doscientos cincuenta grados a la derecha... Pienso que se trata de un tanque derribado por nosotros». —Da entonces orden de cambiar el rumbo—: ¡A doscientos cincuenta grados!

Miro a uno y otro lado y no veo sino caras serenas. Sólo el segundo oficial demuestra sus problemas. El primer oficial mira fijamente hacia adelante. El navegante escribe sobre la mesa de mapas.

A proa y a popa se llevan a cabo reparaciones. De vez en cuando, un hombre con las manos impregnadas con aceite pasa por la central e informa de su paso al primer oficial, quien está a cargo ahora de los timones de profundidad. Nadie se atreve a hablar aún con su voz normal; salvo el viejo, claro.

—¡Dentro de media hora cargamos torpedos! —dice el viejo; en seguida agrega, observándome a mí—: ¡Ahora vendría muy bien algo para beber!

Me apresuro a buscarle la botella con jugo de manzanas: mis piernas tardan en ponerse en movimiento. Cada músculo es un dolor. Al pasar, veo a Herrmann moviendo su dial. Pero ahora me da lo mismo saber qué es lo que oye.

En el habitáculo de proa trabajan sin descanso: las maderas del suelo ya no están, han aparecido los torpedos.

—¡Por fin se hace un poco de sitio aquí! —se alegra Hacker, el maquinista de torpedos.

—¡Póngale bastante vaselina y adentro, mi amor! —Ario imita el éxtasis, mientras responde al compás que le marca Hacker.

Aparece el primer oficial, a fin de controlar la hora. Los hombres siguen trabajando duro. Ario se calla.

Al volver al habitáculo de los oficiales, veo que el viejo ya ocupa su lugar acostumbrado, en el rincón de siempre, sobre la cucheta del ingeniero. Tiene las piernas estiradas, como quien hace un largo viaje en tren. Su rostro apunta al techo, su boca está entreabierta. Duerme.

No sé qué hacer. El viejo no puede quedar así tirado, aquí pasa mucha gente.

Carraspeo, y en el mismo instante se despierta. No dice nada, sino que con un gesto me invita a sentarme.

Por fin pregunta:

—¿Cómo anda todo allí adelante?

—Uno ya está puesto; los hombres están bastante cansados.

—¿Estuvo a popa?

—No; era demasiado, para mí si he de ser sincero.

—Sí, está jodida la popa. Pero el ingeniero se las va a arreglar.

Grita entonces, de modo que se oiga en todo el pasillo:

—¡Algo para comer! ¡Para los oficiales también! —y agrega, para mí—: ¡Hay que festejar ocasiones como ésta, aunque sea con pepinos y pan!

Pronto se organiza una mesa. Ante mis ojos tengo la tabla limpia, platos, cuchillos, tenedores, tazas, iluminación cálida. ¡Cosa de locos! Observo al viejo, que revuelve su taza de té, al primer oficial que pela un chorizo, al segundo, que parte en dos un pepino.

El camarero me pregunta si yo querría un té.

—¿Yo? ¿Té? ¡Sssí! —tartamudeo.

En mi cabeza aún estallan cientos de bombas de profundidad, todos mis músculos las siguen recordando con dolor.

—¿Qué es lo que mira tan atentamente? —me pregunta el comandante con la boca llena; me apresuro a tomar un pepino con el tenedor y a cortarlo en dos. No pensar. Masticar, mandar las pupilas de un lado al otro, parpadear.

—¿Más pepino? —pregunta el viejo.

—Sí, por favor... gracias.

Un ruido sordo llega desde el pasillo. Hinrich ha relevado a Herrmann en el receptor... ¿Querrá decirnos algo? Se oyen pasos. Hinrich nos informa:

—Detonaciones de bombas de profundidad a doscientos treinta grados a la derecha.

La voz de Hinrich es más alta que la de Herrmann; la diferencia es la que va de tenor a bajo.

Trato de comparar su información con nuestro rumbo: dos décimos a babor.

—Ya es tiempo de que subamos... ¿Qué hora es? —pregunta el viejo con la boca llena.

—Seis y cincuenta y seis.

Masticando aún se incorpora y, mientras se enjuaga la boca con un gran sorbo de té, da tres pasos hacia el pasillo.

—¡Subimos en diez minutos! Vamos a anotar: «Cargamos seis torpedos. A las seis y cincuenta y cinco, detonaciones a doscientos treinta grados a la derecha».

Regresa y se acomoda nuevamente en su rincón. Hacker aparece, desde delante, faltándole el aire. Antes de hablar tiene que respirar un par de veces hasta tranquilizarse. El sudor lo baña. Murmura un informe:

—Cuatro torpedos ya están en su lugar... —Al pretender terminar su frase, el viejo lo interrumpe, diciéndole:

—Está bien, Hacker, ya veo claro que por ahora no es posible contar con ustedes.

Yo en cambio veo claro que lo que más le gustaría al viejo en este momento es atacar los destructores que nos acosaron. Jugaría todo a una carta. Pero sin embargo es posible que sus planes sean otros.

Resueltamente se pone de pie, cierra tres botones de su chaleco, se coloca mejor la gorra y se dirige a la central.

El ingeniero le informa todavía que en la sala de máquinas todo fue reparado, aunque provisionalmente, ya que para ello se usaron repuestos de a bordo.

Voy con el viejo hacia la central.

La guardia del puente ya está preparada. El segundo ingeniero sigue de pie detrás de los timones. El submarino sube. Pronto estaremos sobre las olas.

El viejo sube a la torre. El motor del periscopio empieza a funcionar. Otra vez se me paraliza la respiración, hasta que el viejo ordena:

—¡Emerger totalmente!

El cambio de presión casi me tumba. Quisiera gritar y tragar al mismo tiempo; pero en vez de eso me quedo ahí, parado como todos los demás. Solamente mis pulmones se mueven rápidamente para llenarse del aire marino que baja a raudales. Desde arriba nos llega la voz del comandante:

—¡Ambas diesel...!

Y ya están ambas en funcionamiento; primero es el aire que sisea, en seguida el encendido. Un temblor recorre el submarino, como si fuera un tractor. Las bombas de desagüe trabajan, los ventiladores renuevan el aire en todos los habitáculos de la embarcación... en esa corriente de ruidos se estiran mis nervios, como si se tratara de un baño reparador.

Salgo a cubierta, detrás del último vigía.

¡Dios mío! Un impresionante resplandor rojo cubre el horizonte.

—¡Tiene que haber sido el tercer vapor!—grita el comandante.

Contra el cielo oscuro se reconoce una nube negra, por encima del rojo: es humo, que cual gusano gigantesco se arrastra hacia el cenit.

El viento nos trae el fuerte olor de aceite quemado.

—Se le rompió la columna vertebral —comenta el viejo; da la orden de dirigirnos hacia allí a toda máquina.

Poco a poco se distinguen las lenguas de fuego que componen la hoguera.

Un mástil, único, es todo lo que aún lucha contra el fuego.



El viento aprisiona ahora la nube y la empuja hacia abajo. Es como si la naturaleza quisiera esconder el hundimiento del barco.

Tres o cuatro minutos después ordena el comandante acercarnos aún más a ese infierno.

Alrededor de la torre del barco, sobre el agua, también se desprenden lenguas de fuego: el agua es combustible, el aceite se ha derramado sobre ella.

—¡A lo mejor conseguimos saber cómo se llamaba ese barco! Nuestro submarino también se tiñe del rojo resplandor.

Vuelvo la cabeza. Todos los rostros están pintados del mismo color.

Enfrente se escucha una explosión. Afino el oído... ¿no era eso un grito?

¿Habrá gente a bordo aún? ¿No eran esos unos brazos gesticulando? Imposible: a través de ese chisporroteo infernal sería imposible oír un quejido humano...

¿Qué hará el viejo? A ratos da una que otra orden para los timones. Lo importante es quedar bien de frente al incendio, no presentarle, el flanco.

—¡Miren atentamente! —dice el viejo— ¡Pronto se hundirá!

¿A qué distancia estaremos? ¿Ochocientos metros?

Mastico un pensamiento: era un gran barco. ¿Cuántas personas albergaría?

¿Cuántos murieron? ¿Veinte, treinta? Es seguro que los vapores ingleses navegan con la menor cantidad de gente posible. Pero con menos de diez hombres no pueden contar. ¿Los habrá recogido un destructor? No, para eso tendrían que haber parado. Y no se pueden arriesgar a eso, sobre todo con un submarino en las cercanías.

Un haz de rayos rojos se eleva hasta el cielo. Y allí, en medio del fuego, asciende un cohete de emergencia marina. ¡Allí hay seres humanos! ¡Dios mío!

Observo el mundo de fuego y humo a través de los binóculos: ¡no hay duda, es gente! Se reúnen en la popa, todos juntos, logro verlos. Algunos se tiran al agua. Sólo dos o tres siguen dando vueltas sobre cubierta.

El oficial navegante pega un grito:

—¡También allí!

Miro en esa dirección: en el agua, delante del buque, una balsa con dos personas.

¿Y allí? ¿Qué son esas lomitas oscuras? ¡Tienen que ser nadadores!

El segundo oficial también se pone a observar a los náufragos. El viejo monta en cólera:

—¡Por Dios, vigilen la popa, señores!

¡Un grito humano! Por allí veo a una figura levantando su brazo, en dirección de otras, nueve o diez.

Por un instante no puedo ver a los nadadores. El viento lo impide, al interponer entre ellos y nosotros columnas de humo. Pero en seguida los veo de nuevo. No hay duda: se dirigen hacia nosotros.

De reojo miro al comandante.

—¡Esto es muy arriesgado! —Sé lo que quiere decir: nos hemos acercado demasiado al fuego. Hace mucho calor ahora.

Durante dos o tres minutos no se oye la voz del comandante. Toma los binóculos y los vuelve a dejar. Lucha consigo mismo por una decisión. Por fin da la orden, con la voz tomada, de dar marcha atrás con los diesel.

Los de la sala de máquinas se sorprenderán: marcha atrás es algo que hasta ahora no habíamos practicado. Pero es curioso: no podríamos sumergirnos deprisa, en las actuales condiciones; estamos parados, sin velocidad.

El aceite y el fuego corren más aprisa de lo que nadan los hombres. No tienen oportunidad. El fuego sobre el agua se lleva el oxígeno; asfixia, quemadura, ahogo, todo en uno para quien le toca.

El rostro iluminado de rojo del segundo oficial muestra consternación.

—No entiendo cómo ningún barco los ha buscado —dice el viejo. Tampoco yo lo entiendo: tantas horas han pasado desde entonces. A lo mejor trataron de continuar viaje sobre el barco, quizá pensaron en salvar la nave. Tirito de sólo pensar lo que tiene que haber vivido la tripulación de ese navío.

—¡Olvidémonos del nombre! —le oigo decir al viejo. Creo que quiso que sonara a sarcasmo.

De pronto se eleva la popa hacia el cielo, crece. Por un rato permanece así, como un risco en medio del océano humeante. Con dos o tres explosiones sordas desaparece de la superficie.

El mar se cierra por encima del enorme barco, como si nunca hubiera existido. De los nadadores no se ve nada más.

Los del interior del submarino podrán oír el inmenso alboroto sónico que provoca seguramente el hundimiento del coloso. ¿Qué profundidad tiene el Atlántico aquí? ¿Cinco mil metros? Cuatro mil por lo menos.

El comandante hace dar la vuelta.

—¡Aquí no hay nada más que hacer!

Los vigías otra vez están inmóviles, como siempre, los anteojos ante la vista. Por encima del horizonte aparece ahora un resplandor rojizo. Como el reflejo nocturno de las grandes ciudades. El Sudoeste está completamente iluminado.

—Escriba, navegante: «Resplandor de fuego a doscientos treinta grados» y la hora —ordena—, éstos son otros buques... Vamos a ver de qué se trata...

¿Cómo? ¿Esto tiene que seguir? ¿Y si nos quedamos a la deriva? ¿No fue suficiente? Quizás el viejo esté hirviendo por hundir un destructor, por tomarse la revancha.

El ingeniero desaparece del puente.

—Bien —dice el viejo—, ya va siendo hora de mandar el comunicado por radio...

Navegante, alcánceme papel y lápiz... Mejor hagámoslo de nuevo... ahora que

podemos hablar tranquilos...

El viejo quiere decir con eso que ya no le molesta el peligro de que descubran nuestra comunicación si es que manda algo más abundante que una señal corta, ya que los Tommies se han enterado hace tiempo de que andamos por aquí.

—Escriba, entonces: «Persecución por destructor con bombas de profundidad, en gran cantidad». Cuántas no les importa; lo que a ellos les interesa es qué hicimos nosotros. Sigamos: «Cinco disparos, cuatro dieron en el blanco. Un vapor de pasajeros, ocho mil toneladas, y carguero, cinco mil quinientas toneladas. Controlamos el hundimiento. Impacto en un tanque de ocho mil toneladas. Hundido. UA».

«Vapor de pasajeros», ha dictado el viejo. Seguramente se trata de un buque reconstruido para el transporte de tropa. No quiero ni imaginarme el cuadro... Como decían en el bar Royal: liquidar al enemigo, no solamente a sus barcos.

Desde abajo nos llega la información de que el radiooperador ha captado llamadas de SOS de vapores ingleses.

—¡Ajá! —comenta el viejo. Ni una palabra más.

A las siete y media captamos el mensaje de uno de nuestros submarinos. El navegante lo lee en voz alta: «Hundimos tres vapores. Quizá también un cuarto. Durante el ataque, cuatro horas de bombas de profundidad. Convoy destruido, de a uno y en grupos. Contacto roto. Voy hacia el Sudoeste. UZ».

El pánico de las horas pasadas todavía está en mí. Las imágenes se suceden sin secuencia ni sentido. Necesito un matafuego, creo.

¿Qué sentirá el viejo al imaginarse esa cantidad de barcos que él solo destruyó? ¿O esa gente, que murió presa del fuego o de las detonaciones? Casi doscientas mil toneladas: eso es lo que el viejo carga sobre sus espaldas, todo un puerto mediano lleno de barcos.

Un rato después nos avisan desde abajo que han entrado varias comunicaciones. Kupsch se enteró del convoy, Stackmann logró hacer seis mil toneladas.

Las olas del cansancio logran barrer con todo. No debo apoyarme en la defensa o en la columna del periscopio: corro el riesgo de quedarme dormido, de pie. Mis brazos no me responden, apenas si consigo levantar los binóculos. El cerebro está vacío, mis intestinos se revuelven, la vejiga presiona. Desciendo al interior de la embarcación. Estoy duro.

El maquinista Franz no está en el habitáculo de suboficiales. Nadie lo vio después de su ataque de locura. En realidad, en este momento está libre... pero no parece atreverse a salir de la sala de máquinas.

Cuando abandono el baño ya el segundo oficial está esperando para entrar.

¡Dios mío, que cara! Parece un enanito de jardín, con esas arrugas que le surcan el rostro. ¿no se le ha oscurecido la barba?

Al reaparecer se arroja sobre el sofá y pide un café. Yo también, aunque creo que mejor nos haría dormir. Así que me preparo pero en ese momento llega el comandante y pide rápido algo para comer.

El camarero trae el café y dos tazas. Poco después vuelve con comida para el viejo. voz.

—¡Otros tres barcos que se van! —dice, pero sin el menor asomo de triunfo en la —¡Y nosotros también, casi! —le contesto.

—¡Tonterías! En fin, uno siempre anda con el ataúd a cuestas... como el caracol lleva, su casa.

La comparación parece gustarle. Una sonrisa se hace lugar en su rostro cansado.

El viejo entra en una especie de trance... tarda minutos en salir de él. Se incorpora, se inclina hacia adelante y grita:

—¿Qué hora es?

—¡Siete y cincuenta!

—¡Navegante!

El nombrado viene en seguida desde la central.

—¿Llegaremos?

—Difícil... a no ser que los otros cambien de rumbo.

—Lo cual es improbable...

El viejo va hacia la central detrás del navegante. Oigo partes de su conversación, trozos de pensamiento expresados a viva voz:

—Nos sumergimos a las veintidós y cincuenta y tres, digamos a las veintitrés... ahora son las siete y cincuenta, o sea que perdimos unas buenas ocho horas. ¿A cuánto va el convoy? Seguramente a ocho millas, es decir que adelantó más o menos sesenta y cuatro millas. Para llegar a donde está el convoy ahora necesitaríamos cuatro horas, a máxima velocidad... Pero, ¿y el combustible? Aparte de que el convoy sigue su marcha...

A pesar de todo, nada indica todavía que el viejo tenga deseos de ordenar el rumbo contrario.

El ingeniero aparece en la central. No dice una sola palabra. Pero toda su actitud está gritando: «¿Cuándo volvemos?» No obstante el cansancio, no puedo conciliar el sueño. Estoy demasiado excitado. En la habitación de los suboficiales no se ve a nadie. Desde el habitáculo de proa llegan ruidos. Hay una suerte de festejo por la victoria. En la penumbra del ambiente reconozco a un montón de hombres formando una rueda sobre el suelo de madera, ahora más bajo que antes... Claro, ellos no vieron nada...

El oficial navegante está de guardia. El resplandor ha disminuido, pero aún es posible verlo claramente. De pronto, pega un grito:

—¡Ahí hay algunos! —con la derecha señala hacia adelante, en la oscuridad del

mar. Informa hacia abajo. Segundos después el viejo está sobre cubierta.

Parece una balsa con un montón de hombres sobre ella.

—¡Suban el megáfono! ¡Acérquense! —A gritos pregunta—: —¿Cuál era el nombre de su barco?

Y los de abajo se apresuran en contestar, como si con eso pudieran comprar una mano que los ayude:

—¡Artur Allee!

—¡Es bueno saberlo! —comenta el viejo.

Uno de los náufragos pretende aferrarse a nuestra embarcación, pero nosotros ya hemos tomado velocidad. El hombre cuelga entre la balsa y nuestro submarino. Por fin se suelta y desaparece en la estela detrás de nosotros. Lo único que se me graba es su dentadura, ni siquiera sus ojos.

¿Los encontrará algún otro?

Pasa un cuarto de hora. Sobre el agua se nota un extraño fenómeno: lucecillas. Poco más tarde comienzan a agrandarse: son linternas; otra vez náufragos. Cuelgan de sus chalecos. Los veo agitar los brazos. ¿Acaso quieren hacerse notar? Seguramente están gritando algo. Pero el viento no permite que los oigamos.

El viejo ordena disminuir la marcha; con cara de piedra da órdenes a los timoneles, para que el submarino no se acerque demasiado a los indefensos. La ola de nuestra proa eleva y deja caer a dos o tres de ellos. Levantan los brazos amenazantes, las últimas imprecaciones contra el enemigo.

Todos los que estamos ahí parecemos de piedra. Seis hombres que saben, con miedo en el corazón, que esos náufragos podrían ser de los nuestros. ¿Qué será de ellos? Consiguieron escapar del hundimiento... Pero, ¿tendrán alguna esperanza? ¿A qué temperatura está el agua en diciembre? Es inconcebible: la última defensa del convoy tiene que haberlos perdido de vista hace horas.

El viejo permanece de pie, sin moverse. Es un marino impedido de ayudar a otro, porque el Mando se lo prohíbe. Sólo una excepción: aviadores. De ellos se quieren saber muchas cosas. Deben valer su peso en oro.

Aún veo las linternas. El viejo sigue dando órdenes:

—¡Cinco a babor! Eran gente de la marina, quizá de una corbeta.

El segundo oficial pasa a cubierta.

—Parece la erupción de un volcán —se refiere al resplandor.

Las lucecitas ya no se ven.

Un rayo atraviesa el humo. Un instante después se escucha un trueno. Es una detonación. En seguida otra más. Desde abajo nos dicen la causa:

—¡Escucha al puente: bombas de profundidad a doscientos sesenta grados!

El convoy debe ser un infierno. El viento nos trae el olor del aceite quemado. Olor de muerte.

El resplandor va palideciendo poco a poco. Por encima del horizonte aparece la primera luz de la mañana.

Un cansancio de plomo me tira al suelo. Otra vez estoy en el habitáculo de los oficiales, cuando desde el puente nos llega la información:

—¡Navío en llamas delante del submarino!

Son las nueve. ¿Qué otra cosa me queda, sino balancearme hasta cubierta?

—¡Otro impacto! —dice el viejo.

Mirando por los binóculos le grita al navegante:

—Vamos hacia allí. Mucha velocidad ya no tiene... Estimo que serán cinco millas.

El viejo da órdenes para los timones:

—¡Dos décimos a babor!

La nube de humo se agranda rápidamente y se desliza a estribor. Tendría que verse ya algún mástil, pero el humo lo esconde todo.

Pasan otros cinco minutos. El viejo ordena inmersión a profundidad de periscopio: catorce metros.

Un instante después nos da su «informe de guerra:

—¡Que no se nos escape! Pega los últimos coletazos... Esperemos un poco... Tiene dos mástiles, es muy bonito. Alrededor de ocho mil toneladas. Tiene fuego atrás... Debe de haberlo tenido en el centro también.

Su voz se pone seria:

—¡Ingeniero, cuidado! ¡Se nos está acercando!

El ingeniero tuerce la cara. Es importante ahora que él logre mantener el submarino en la profundidad justa para que el comandante pueda ver sin interferencias.

Sigue una serie de maniobras de timón. De pronto, el viejo ordena que las máquinas eléctricas se lancen a toda marcha. El submarino da un salto.

—¡Increíble! —se enoja el viejo.

Las cifras que da entran en las calculadoras de la torre. Desde allí pasan eléctricamente a los torpedos.

El primer oficial está preparado para hacer fuego. Sólo espera la orden del comandante.

—¡Tubo uno, atención! —y después de dos segundos—: ¡Fuego! ¡Conectar torpedo dos!

Todo esto me parece un sueño. Oigo una detonación sorda, y en seguida otra mucho más potente.

Como desde muy lejos me llega la voz del comandante:

—¡Está estacionado! ¡Se hunde lentamente!

¡Otro barco más! ¿Entrarán en nuestra cuenta? La niebla de mi cerebro es más densa. ¡Tengo que quedar de pie! Me agarro de la mesa de cartografía, luego me

atrevo hacia la compuerta de popa.

¿Qué ruido fue ese que me despertó sobresaltado?

Silencio en el habitáculo de los suboficiales. Lleno de sueño me despego del camastro. Me bamboleo, más que camino.

En la central, en cambio, ya hay vida. Todavía no me doy cuenta de lo que pasó. ¿Me caí de la cama? ¿Estoy despierto o continúo durmiendo, después de todo?

Mi vista atrapa el diario de guerra. Está abierto sobre el escritorio.

Tiene anotado el trece de diciembre... Sí, puede ser. Ayer era diez de diciembre, así que... ¡Qué locura! Dentro de un mes ya habremos dejado atrás la Navidad. He perdido el sentido de las estaciones. Leo:

13/12: 9.00: Disparo a tanque. Velocidad del tanque, reducida, 5 millas; curso alrededor de 120 grados.

10.00: Inmersión para ataque de profundidad. Se acerca un vapor, la distancia de fuego es demasiado pequeña.

10.25: Disparo de torpedo. Impacto en la mitad. Fuerte detonación del combustible. Desarrollo de fuego y de humo importantes. Aceite se escapa y se incendia sobre el agua. Nube de humo en el cielo. Gran resplandor. El vapor se inclina, pero sigue su marcha. Tripulación aún parcialmente a bordo. Tres vigías en las instalaciones de popa. Imposible ayudarles, debido al calor y al humo. No se ven botes salvavidas.

El viejo no nos dijo nada acerca de que vio a los vigías sobre el vapor...

¿Cuándo escribió esto?

10.45: Aún ruido de hélices. Se alejan.

10.52: Otro ataque. Se hace peligroso esperar. Brillo delator. Impacto bajo el mástil de popa. Otra vez fuego. Se hunde la popa. En la zona del impacto, pared abierto. El incendio se esparce rápidamente por el agua. Debo regresar rápidamente.

11.10 y 11.12 Detonaciones a bordo. Celdas que explotan. Combustible o municiones. El tanque no se mueve.

11.40: Ruido de hélices. Turbina. Sospecho destructor. No se lo ve por el periscopio. Emerger. El destructor está parado junto a los restos.

De todo eso me acuerdo. Pero... ¿y el segundo disparo? Todo me da vueltas, se me confunde. ¡Si yo estaba sentado a la mesa! ¿Cuándo subí al camastro? Sigo la lectura:

11.57: Inmersión de alarma. Rastreo. Nos alejamos.

12.10: Emerger. Con la intención de ver cuando el tanque se hunda.

Recargadas las baterías. El mástil del destructor se ve aún a veces, sobresaliendo por encima del horizonte, en las cercanías del naufragio.

13.24 hasta 14.50: Parados. El vapor no termina de hundirse. El fuego se hace más pequeño.

15.30: Me decido a acercarme otra vez más y disparar. El tanque está partido por la mitad. Es segura la pérdida total. Los botes salvavidas están vacíos. El destructor parece haberse retirado.

16.40: Nos acercamos y disparamos contra la proa y la popa, con las armas, a fin de producir entradas de aire.

20.00: Comienza la retirada. Otros submarinos aún mantienen contacto.

Nuestro comunicado reza: «Hundido tanque de ocho mil toneladas. Regreso. UA».

23.00: Nos llega el comunicado siguiente: «De UX: Dos grandes cargueros 00.31 en el cuadrante Max Rot. Curso general hacia el Este. Diez millas marinas. Perdimos contacto hace una hora. Lo persigo. Viento Noroeste 7, marea 5, 1027 subiendo. El tiempo nos impide aún el uso de las armas».

¡O sea que fueron tres los torpedos! De los disparos con las armas me acuerdo bien... ¿cuándo desconecté entonces?

Miro la página: es la letra del viejo. Hasta para eso tuvo la fuerza necesaria.

Escribió durante la noche. Lo último que le oí decir fue:

—¡Y ahora, a casa! —y luego la orden de virar a cuarenta y cinco grados. Llegué a entender que nos dirigíamos hacia el Noreste.

El tono de los diesel no es el acostumbrado: están ahorrando combustible.

Según las palabras del ingeniero, él podrá esmerarse cuanto quiera, a fin de encontrar la vía más conveniente; pero hasta el muelle de St. Nazaire no va a alcanzar el combustible.

El oficial navegante ha extendido ante sus ojos una carta que muestra incluso partes de tierra. Me asombra enterarme de lo mucho que hemos caído hacia el Sur. Al viejo parece no importarle la necesidad de combustible. ¿Será cierto que cree que el ingeniero tiene reservas para casos de urgencia?

La cortinilla verde delante del camastro del comandante está corrida. El viejo duerme. Sin querer me deslizo de puntillas, ¡silencio, silencio! Me tengo que sostener a derecha e izquierda, tanto me duelen los miembros.

Todas las cuchetas del habitáculo de los oficiales están ocupadas. Es la primera vez que veo una cámara del submarino completamente llena de gente. Parezco un guarda de tren.

Todos durmiendo, eso quiere decir que es el oficial navegante quien tiene guardia. Es la tercera guardia... tienen que ser más de las ocho.

Mi reloj está parado.

También hay silencio en la cabina de los suboficiales. El maquinista de los diesel, Franz, no está ocupando su camastro. Desde las seis le toca guardia al segundo grupo.

El viejo no mencionó más el caso de Franz. ¿Lo dará por olvidado o todavía tendremos toda una escena de juicio de guerra?



Ningún sonido me llega a través de la compuerta que da a la proa. Estarán durmiendo.

Mi imaginación aprovecha para recordar y recrear todo tipo de visiones.

Apenas había visto algunos muertos antes. Swoboda, es cierto. Y dos con la nuca quebrada: un luchador y un alpinista. Y una maestra, que cayó a un pozo. Y uno atropellado por un camión, cuando yo era un muchacho de sólo catorce años. Quedó sobre el asfalto, bajo el sol del mediodía.

# APROVISIONAMIENTO

El radiooperador Herrmann comunica con voz aguda:

—¡Oficial de comunicaciones!

Los comunicados normales son descifrados por el radiooperador con ayuda de la máquina de códigos, y luego pasados al cuaderno que debe ser presentado al comandante cada dos horas.

También a éste lo pasaron por la máquina, pero no dio ningún resultado. En el texto solamente apareció, al comienzo, la palabra «comunicado de oficiales». O sea que llegó trabajo para el oficial de comunicaciones... y ése es el segundo oficial.

Con los cabellos revueltos el segundo oficial se incorpora del camastro donde dormía. De un salto está junto a la mesa, colocando el decodificador. Para ello pone cara importante. El comandante le facilita las contraseñas de ese día.

¡Oficial de comunicaciones! ¡Lo único que faltaba! ¡Algo nuevo, seguramente, algo supersecreto!

—¡Que sea rápido! —chilla el viejo.

La primera palabra descifrada es «comandante». Eso significa que el segundo oficial deberá hacer pasar todo el mensaje por su máquina, pero que tampoco así adquirirá significado. Es una noticia tres veces sellada. El comandante en persona tiene que volver a hacer el mismo trabajo que el segundo oficial, otra vez. Ahora con un sistema sólo conocido por él.

Miradas significativas: esto es completamente infrecuente. Nunca pasó algo así. ¿Qué estará sucediendo? El comandante se encierra en su escritorio, llevándose la máquina. Hace venir al primer oficial. Ambos buscan durante cinco minutos en unos papeles. El ambiente está tenso; al reaparecer, el viejo no dice una sola palabra. Todo es silencio.

—¡Interesante! —murmura el viejo por fin. Y nada más, si bien nuestros ojos dependen de sus labios. Unos minutos después agrega—: ¡Nos han ordenado otro puerto de desembarque!

Su voz no le sale tan indiferente como a él mismo quizá le agradaría. Algo de este nuevo puerto no parece gustarle.

—¿Ah, sí? —dice el ingeniero en tono monótono, como si no fuera especialmente importante dónde va a abastecer el submarino.

—La Spezia —aclara el comandante.

—¿Cómo dijo? —se le escapa al ingeniero.

—La Spezia... Como ya dije una vez, ingeniero... ¿no está usted oyendo mal?

El comandante se incorpora y vuela a su escritorio; desaparece detrás de la cortinilla, pero igualmente podemos oír como sigue trabajando en la máquina.

Miro el mapa de Europa, abierto ante mí. La Spezia... en Italia. ¡Bonito regalo!

Siento un vacío en el estómago. Me sorprende el temor, me agito como un pescado en busca de aire.

El segundo oficial tartamudea:

—¡Pero eso significa...!

—¡Sí, el Mediterráneo! —lo interrumpe el ingeniero. Traga. Su nuez de Adán sube y baja—: Se nos solicita en el Mediterráneo... ¡así que a Gibraltar...!

—¡Gibraltar...! —dice el segundo oficial, y me mira con la boca abierta.

—¡Dschebel al Tarik!

—¿Qué?

—Gibraltar en árabe: la montaña del Tarik.

Gibraltar: una roca habitada por monos. Colonia de la Corona Británica. Columnas de Hércules. Puente entre Europa y Asia. África, Tánger. Los convoyes, en Gibraltar. Media flota de los ingleses en Gibraltar.

No creo que al viejo le agrade.

Ahora puedo hacerme una composición de lugar respecto de las noticias radiales de las últimas semanas: África del Norte, lucha en Tobruk. El avance de los ingleses desde la costa hacia el oeste. El Mediterráneo tiene que estar lleno de cargueros y buques de guerra ingleses. ¿Deben los submarinos limpiar la zona?

Observo el mapa del estrecho con atención. En él descubro todo un prolijo sistema de redes, cordones de vigilancia, minas y demás.

Aún hipnotizado, no puedo pensar con claridad. Pero en algún lugar de mi cabeza se ha hecho carne la idea de que estamos maduros para el astillero. ¿Qué significan estas tonterías ahora? Si por lo menos el viejo hablara claramente...

—¡Combustible, combustible! —oigo que alguien dice en la central. El viejo y el oficial navegante están de acuerdo en que ese es el mayor problema.

Sigo escuchando:

—¡A noventa grados! —ordena el viejo.

¿Noventa grados? ¿Directamente hacia el Este? Ya no entiendo nada.

El viejo vuelve a la central y se sienta a la mesa, el rostro ensombrecido, como si siguiera calculando cursos diferentes. El ingeniero da la impresión de que por fin preguntará:

—¿Y de dónde sacaremos el combustible?

Pero sus labios permanecen mudos.

El viejo deja pasar unos buenos cinco minutos. Entonces anuncia:

—¡Aprovisionamiento en Vigo!

¡Vigo! ¿Cómo Vigo? ¡Si eso queda en España! ¿O en Portugal? ¿Dónde queda Vigo: en España o en Portugal?

—Mhm... —es la contestación del ingeniero.

—¡Qué atención ha tenido para con nosotros el Mando! Piensan en todo...

especialmente en lo que a ellos les interesa... doscientas cincuenta millas menos. Eso lo podemos hacer incluso sin las velas, ¿no es así, ingeniero?

El almanaque muestra que hoy es el catorce de diciembre, el día en que debíamos entrar de nuevo a puerto. Ahora nos quieren en vez de franceses, españoles, y hasta italianos. Internacional. Recibimiento de castañuelas, a cambio de la música alemana, y con jerez añejo, a cambio de cerveza en latas.

—¡Todo está en el mejor orden, ingeniero! ¡No necesita usted mirar así! Conseguiré combustible en la cantidad que usted desee, y hasta viandas... lo que se dice un aprovisionamiento en toda la regla... igual que en el puerto de llegada...

Se me ocurre que éste debería ser el último viaje para el ingeniero; ya ha hecho doce. Este es su segundo submarino. Hoy en día hay pocos que hayan sobrevivido a doce viajes. Y ahora, en el último tramo, ¿es esto lo que se le ofrece? Llamemos a las cosas por su nombre: hay grandes posibilidades de naufragar... por así decir, justo antes de terminar el partido.

Paso por la compuerta.

La tripulación nada sabe aún de la novedad. En vez de St. Nazaire y música, algún puerto y tallarines...

Pero ya presienten que algo está pasando. No siempre deja de funcionar la radio durante tanto tiempo. Sus rostros se muestran llenos de curiosidad. La orden de cambiar de rumbo ya les indicó que hacia casa no vamos.

Por todas partes se interrumpe la conversación en el preciso instante en que hago mi aparición. Sólo rostros interrogativos. Pero mientras el viejo no dé nada a conocer tengo que poner cara de inocente, me guste o no.

El viejo aún no ha hecho comentario alguno acerca de la orden recibida. Pero sus facciones demuestran bien a las claras su preocupación. ¿Puede tener resultado esta incursión en el Mediterráneo? Y si nos va bien, ¿qué nos espera después? La vigilancia aérea del enemigo es, en el Mediterráneo, mucho más densa que en el Atlántico, ayudados por la mayor cantidad de bases en sus costas. ¿Podrían siquiera operar los submarinos durante el día? En caso de buena iluminación y ángulo visual, se dice que los submarinos son visibles desde los aviones incluso estando sumergidos a sesenta metros. La ancha frente del contramaestre está surcada por una cicatriz que va desde la ceja derecha hasta la raíz de la nariz. Cada vez que él se excita, la cicatriz adquiere una tonalidad rojiza. Ahora tiene un color rojo oscuro.

El oficial navegante, en cambio, no posee ningún «indicador de emociones».

Su rostro permanece indiferente. Está reemplazando al comandante en su puesto frente a la mesa de cartografía. Como un tigre preocupado por su presa, les gruñe a todos los que se acercan a él. Nadie puede ver lo que está haciendo sobre los mapas, compás y transportador en mano.

—Hace una hora que andamos con este curso —dice Turbo a media voz, en

cuanto aparece desde la popa.

—¡Eres un chico inteligente! —lo alaba Hacker— ¡Te das cuenta de todo en seguida!

Ya una hora. Sesenta minutos. ¡Bah!, ¿qué es para nosotros una hora, después de tanto tiempo perdido en maniobras de rutina? Sólo cuando se impartió la orden de regresar a puerto volvió a tener sentido el reloj para nosotros. Eran cincuenta y seis horas hasta entrar en puerto. Cincuenta y seis unidades de sesenta minutos cada una, considerando marcha lenta para cuidar el combustible, y sin que se nos atravesaran los aviadores en el camino. Con máxima velocidad serían sólo treinta horas, pero ni siquiera había que pensar en eso... Y ahora, todo es diferente. Cambió el programa.

La segunda hora pasa también, y el viejo sigue sin hablar.

Voy al habitáculo de suboficiales a buscar papel para escribir. Sorprendo una conversación:

—¡Qué curso tan extraño...!

—Parece que los señores quieren ver el anochecer en el golfo de Vizcaya.

Silencio.

Por el altavoz se oye el conocido «crac».

¡Por fin! ¡El comandante!

—¡Atención! Hemos recibido orden de entrar en otro puerto. La Spezia. En el Mediterráneo. Aprovisionamiento en Vigo. En España.

Ni un comentario. Lo único que agrega al final es la palabra «fin». Y el otro «crac».

Los marineros se miran sin decir esta boca es mía. Rademacher, el maquinista de las eléctricas, observa su pan como si le hubiese sido robado por un extraño. Hasta que Frenssen estalla:

—¡Ah, carajo!

—Dios mío! —es la siguiente expresión.

A todos les resulta claro lo que significa la orden en realidad: no habrá regreso al punto que se había transformado poco a poco en su segundo hogar.

—¿Y la licencia de Navidad?

Busco al alférez con mi mirada. Sentado en su camastro, las manos entre las piernas, pálido, tiene los ojos fijos delante de él.

—¡El ingeniero se va a poner contento! —comenta Frenssen—. Ya no tenemos aceite ni víveres... ¿Qué quiere decir todo esto entonces?

—España es neutral...

—¡Ahora sí que se pone bonito...!

En el habitáculo de proa aún domina el silencio.

—¡Eso no va! —dice Ario al fin.

—¿Nunca oíste hablar de aprovisionamiento? —pregunta Dunlop.

—¡Están locos! —el Bailarín se excita—. ¡Al Mediterráneo!

La cara de asco con que pronuncia esta última palabra da la impresión de que estuviera hablando de una cloaca.

Turbo se prepara:

—En St. Nazaire ya no figuramos, entonces... ¿qué harán con nuestras bolsas marineras?

—¡Navidad en Italia... ! ¡Hombre, quién lo hubiera pensado!

—En fin... —dice Ario, con tono resignado, y agrega lo que nadie quiere escuchar—: ¡Si llegamos!

—Gibraltar... ¿qué hay de malo en ello? —quiere saber uno.

—Al que nace tonto...

—Es que no tiene idea de la geografía... Seguro que faltó a clase, cuando hablaron de Gibraltar. Te lo diré: es más estrecho que una callejuela; si queremos pasar tendremos que untarnos con vaselina...

En la central me encuentro con el comandante.

—¡Por fin otra cosa! —lo aguijoneo.

—¡Qué gracioso!

Se vuelve hacia mí y me observa, sin alegría. Como siempre, mastica el cabo de su pipa fría. Por un minuto nos miramos, hasta que me ofrece un lugar. Me siento al lado del cajón de los mapas.

—En África se ha declarado el incendio... y nosotros debemos jugar a los bomberos. ¡Qué idea tan extraña: submarinos al Mediterráneo, mientras faltan en el Atlántico...!

Trato de deslizar un sarcasmo:

—Mala época para el Mediterráneo, no es la estación... El Mando no ha hecho bien sus planes...

—Creo que no es el Mando el que tiene la culpa esta vez. Siempre se han negado a usar los submarinos para jugar. Necesitamos *cada* submarino en el Atlántico. ¿Para qué sino para la lucha en el Atlántico se han construido estos submarinos VII-C?

Estábamos muy bien. Éramos un submarino autoabastecido y preparado para la lucha... Ahora somos apenas el objeto de una estrategia.

—El ingeniero es quien más lo sentirá, pienso... —continúa el comandante, tartamudeando—, su mujer espera familia para estos días. Todo lo habíamos planeado ya para la licencia. Pero no calculamos esto. Ni siquiera tienen una vivienda digna; durante el último viaje se la bombardearon. Viven en Rendsburg, en la casa de los padres de ella. El ingeniero tiene miedo de que algo ande mal. Claro, no es para menos: algo falla en el embarazo... el último niño nació muerto, y ella casi se queda.

Es la primera vez que se habla de la vida privada de alguien.

¿Por qué me cuenta el viejo todo esto? No es su costumbre.

Una hora después de la cena lo sé. El viejo está escribiendo en su diario de guerra cuando nota mi cercanía.

—¡Espere! —me dice, y me hace sentar en su camastro. Quiero que usted se quede en Vigo... usted y el ingeniero. El ingeniero tenía que finalizar su tarea con este viaje, de todos modos. Es la ley..

—Pero...

—No se haga el héroe, por favor. Tengo que terminar de redactar el comunicado. De alguna manera los van a ayudar a viajar por España; aunque sea como gitanos.

—Pero...

—Nada. Uno solo no va, saldría mal. Lo he pensado detenidamente. Tenemos agentes allí, les ayudarán a pasar.

Un remolino de pensamientos cobra forma en mi cabeza. ¿Dejar el submarino?

¿Y después? ¿A través de España? ¿Qué piensa el viejo en realidad?

Encuentro al ingeniero en la central:

—¿Ya lo sabe? El viejo nos quiere hacer bajar en Vigo...

—No lo entiendo...

—Que bajemos en Vigo... usted y yo.

—¿Cómo? —El ingeniero contrae los labios. Su cerebro trabaja. No necesita aparentar, yo lo sé todo. Por fin habla—: Quisiera saber solamente cómo se las va arreglar el viejo con el corderito... justo ahora. —No dice más. Tardo unos segundos en darme cuenta de que el corderito es su sucesor.

Pienso en el alférez... ¡Si lo pudiéramos llevar...!

Al cruzar nuevamente por la central veo al oficial navegante inclinado sobre su escritorio. Otra vez puede trazar una línea recta sobre la carta marina, al dibujar nuestro itinerario. Todos están ocupados. Pero cada uno hace su trabajo sin levantar la vista. Cada uno trata de solucionar consigo mismo su desilusión y sus preocupaciones.

Al segundo día se ha suavizado el susto. Desde nuestra posición hasta la costa española sólo nos separan cuatro días de marcha. La gente se conformó mucho más rápido de lo esperado. Recostado en mi camastro oigo las conversaciones de siempre.

—La última vez tuve suerte: en un compartimiento del tren a París, yo solo con una señorita... Mmmm, qué rápido que fue todo... ¡Qué bonito, al compás de los durmientes...!

A través de la cortinilla veo el rostro lleno de recuerdos de Frenssen:

—Una vez llovía y mi ratoncito estaba todo seco, pero yo no... Yo estaba empapado... En ese momento empieza a caer agua desde la gotera, en el techo. Así que me lo lavé ahí mismo.

—¿Cómo, lo tenías al aire?

—¡Claro, mi ratoncito sabe perfectamente cuándo tiene que cuidarse! Un poco

más tarde:

—...se consiguió una amiguita, pero hace tres años que está casada. Ahora parece que viven de a tres.

—¡Ajá!

—No es lo que se dice una persona sensible...

—¿Por qué, hay que ser especialmente sensible para estas cosas?

Al tercer día de la orden de desvío a Gibraltar, poco antes del mediodía y por lo tanto casi al finalizar su guardia, el oficial navegante informa hacia abajo que ve un objeto flotante. Subo detrás del comandante. El oficial se lo indica:

—Cuarenta y cinco grados a estribor.

El objeto está a unos mil metros. El comandante ordena enfilar hacia él. No es un bote salvavidas. Es algo sin forma definida ni velocidad. Pareciera que se acerca a nosotros. Una nube lo rodea, es curioso... ¿Gaviotas? El comandante aspira aire ruidosamente. No dice una palabra. Baja los binoculares después anuncia:

—Tiene manchas amarillas... es una balsa...

Lo sitúo con mis anteojos: no hay gente, pero algo cuelga a sus costados. ¿No serán náufragos?

—¡Hay hombres agarrados a ella! —dice el oficial navegante por debajo de sus binóculos.

—¡Es cierto!

El viejo da orden de cambiar de nuevo. Nuestra proa va hacia la balsa.

—¡Pero ninguno se mueve!

Lo observo a través de los anteojos. El objeto flotante se agranda más y más. Escucho los primeros chillidos agudos de las gaviotas.

El comandante hace descender a los vigías del puente.

—¡Navegante, cubra usted esos sectores! —y más despacio agrega—: ¡Este no es espectáculo para los hombres!

El viejo hace virar a babor. Giramos a la izquierda. Nuestra proa embiste contra los cadáveres con violencia. Se chocan los unos a los otros.

Son cinco muertos... atados a la balsa. ¿Por qué no están recostados sobre ella?

¡El viento! ¿Buscarían refugio por el fuerte viento?

Frío y miedo... ¿por cuánto tiempo se soportan? ¿Por cuánto tiempo aguanta el calor del cuerpo en su lucha contra el frío paralizante? ¿En cuánto tiempo morirán las manos?

—La balsa no lleva nombre —dice el comandante.

Uno de los muertos se vuelve en el agua. Los huesos de la cara están al desnudo, la carne ya no existe. Las gaviotas se comieron todo lo blando.

Ya no son seres humanos... Fantasmas, cualquier cosa, menos seres humanos.

Los ojos ya no están, sólo quedan las cavidades. Uno muestra inclusive su



clavícula. Y alrededor los restos de sus chalecos salvavidas.

—Llegamos tarde —comenta el viejo. Da órdenes a los timoneles y a las máquinas, con voz ronca, para que nos alejemos.

Las gaviotas chillan nerviosas y pasan volando por encima de nuestras cabezas.

Los restos se dirigen hacia la popa y la rebasan. Se achican, se diluyen entre los gases de nuestras diesel.

—¡Era gente de un vapor! Lo descubrió el viejo.

—Los reconozco por sus viejos chalecos de corcho. En los barcos de guerra ya no se usan.

Un rato después deja que los vigías suban de nuevo a sus puestos.

La imagen no se borra de mi mente. Me he llevado un susto. Ya no me siento bien, aquí arriba, y desciendo. Diez minutos más tarde me sigue el comandante. Me ve sentado sobre el cajón de las cartas marinas y me dice:

—Casi siempre pasa eso con las gaviotas. Una vez encontramos dos botes salvavidas. Todos muertos, también. Quizá de frío. Y a todos les faltaban los ojos.

¿Cuánto tiempo habrán pasado éstos sobre la balsa? No me atrevo a preguntárselo.

—Lo mejor —dice el viejo—, es quemar el tanque con gasolina; no trae este tipo de problemas.

Si bien los vigías no pudieron ver mucho antes de que el viejo los mandara bajar, se nota que ya han dado la noticia en todo el submarino. La gente no habla. También el ingeniero tiene que haberse dado cuenta. Mira al viejo interrogativamente. Y baja la mirada.

Tampoco los suboficiales mencionan el tema. Ni siquiera les oigo una de sus extrañas expresiones, esas que casi siempre tienen a mano. Se podría creer que se trata de gente de cuero muy duro, a la que el destino de otros hombres no hace mella.

Pero el silencio repentino, la tensión que flota por todo el submarino, hablan bien a las claras de otra cosa. Estoy seguro de que la mayoría se pone en el lugar de los naufragos. Todos saben qué pequeñas son las posibilidades de ser descubiertos sobre una balsa, a la deriva en medio del océano. Los que pierden su barco en un convoy todavía pueden tener esperanzas de ser levantados por los otros barcos, o por las unidades de rescate que van a la pesca de individuos en esa situación. Pero estos no pertenecían a un convoy... hubieran quedado restos; aquí se vio únicamente una balsa.

La entrada a Vigo será difícil. Hace días que no tenemos buen tiempo. Está nebuloso, sin sol ni estrellas. El oficial navegante hizo lo más que pudo, pero el cambio de corriente es algo que no puede tabular. Sólo el cielo sabe lo lejos que estamos del punto fijado. Muchas gaviotas acompañan al submarino. Me traen el aroma de la tierra.

De pronto, siento que extraño la tierra firme. ¿Cómo estará ahora, al final del

otoño, casi sobre el invierno...? En el submarino sólo una señal nos indica que el año avanza: los días se hacen más cortos: la época de barriletes, cuando yo era niño.

La tensión le ha soltado la lengua al oficial navegante. Ya no es necesario que yo esté junto a él, sobre un pie y luego sobre el otro, echándole miradas invitadoras; esta vez habla solo, mientras prosigue su trabajo en la carta que tiene ante los ojos:

—¡No comprendo qué es lo que se piensan! Si llegamos... ¿cómo encontrar el barco, en medio de tantos parecidos?

Kriechbaum quiere dar a entender claramente que eso es simplemente el producto de alguna mente enferma.

—¡En fin, por lo menos algo distinto!

El viejo acaba de aparecer; se inclina sobre la carta:

—Vamos a ver... nos dirigiremos hacia las islitas... ¿Cómo se llaman?

—La que está delante de la bahía, isla Cíes —contesta el navegante.

—Aquí en la línea de 69,3 debería haber un faro... pero seguramente lo han apagado... Se vuelve difícil...

—En la bahía hay una profundidad de treinta metros.

—Observemos bien la salida del Sur...

Seis de la mañana.

El círculo oscuro del ventanuco de la torre va de un lado al otro, mostrando en su recorte un par de estrellas. Paso junto al timonel, que está sentado pegado a la pared, entre ella y sus aparatos, y sube a cubierta.

—¡Permiso para subir!

—¡Sí! —me responde la voz del segundo oficial.

El viento frío me castiga el rostro. Está cargado de humedad, me obliga a tiritar. Lo primero que hago es observar el horizonte, aun antes de mirar hacia el cielo. La línea entre el agua y el aire nos rodea ininterrumpida.

—Hace una hora giramos hacia el Oeste —me aclara el segundo oficial.

Los vigías están inmóviles. Los binoculares van de un sector al otro, una y otra vez. Ida y vuelta. A veces, uno de ellos lo baja y observa por un instante a simple vista. Sobre todo se dedica entonces al cielo. Inmediatamente prosigue su búsqueda a lo largo de noventa grados de horizonte.

En el Oeste sigue reinando la noche cerrada. El Este, en cambio, ya se engalana con la primera luz de la mañana. Es una luz verdosa, la que se eleva desde el horizonte. A media altura alcanza algunas nubes y colorea sus bordes.

Somos, en la media luz del amanecer, un submarino fantasma. El ruido de las olas que debajo de nosotros lamen las cámaras de inmersión parece venir desde lejos. También el sonido de la proa golpeando contra el agua se oye sordamente. Sobre el agua se deposita la niebla, que poco a poco se despedaza en hilachas. Da la sensación de que el agua humeara. El viento se filtra sin producir ruido alguno.

Poco a poco se levanta la niebla, el amanecer llega. El mar tiritita, al contacto de la primera luz de la mañana.

El segundo oficial se dirige al ojo de la torre:

—¡Al comandante: comienza el amanecer! ¡Al navegante: oportunidad de medir las estrellas!

Las nubes se incendian, de pronto; en un instante, todo el cielo del Este se enrojece. Luz color de amatista se filtra desde el horizonte. Rojo, y debajo de las nubes, violeta. El cielo entra en turbulencia. El mar es una sola brasa.

Por fin nace el sol por encima del horizonte. Por un momento, el cielo adquiere una tonalidad verdosa que en seguida se transforma en un azul grisáceo, más pálido en las cercanías del horizonte. Al tiempo que el sol asciende, las nubes van perdiendo brillantez, así como el agua vuelve a tomar su oscura coloración. Sobre la superficie mate, líneas de espuma blanca.

El mar en su totalidad da hoy la impresión de ser una pequeña cadena de bajas montañas. Lomas redondeadas, líneas que suben, bajan y se entrecruzan. Las lomas corren por debajo del submarino; subimos y bajamos con ellas. Una docena de gaviotas, por lo menos, vuelan en círculo sobre nuestra embarcación, las alas inmóviles. Sus plumas resaltan, cuando atraviesan la zona iluminada por el sol.

Durante la guardia del oficial navegante vuelve a aparecer la niebla. El hombre está preocupado: cerca de la costa, sin conocer bien el paradero del submarino y, además, niebla. No puede ser peor para él. El comandante ordena acercarnos a la costa, cueste lo que cueste, porque tenemos que obtener alguna medición.

También el primer oficial está sobre el puente. Todos observamos atentamente el agua que nos rodea. Imprevistamente, un barco de pescadores aparece por delante de nuestro curso; atravesándolo. Pronto adquiere contornos favorables.

—Podríamos preguntarles dónde estamos —dice el viejo—. Primer oficial, usted sabe español, ¿no es cierto?

—¡Sí, señor!

El primer oficial tarda un tiempo en darse cuenta de que el viejo está bromeando.

—¡Bonita sorpresa sería para ellos, si nosotros nos aparecemos así, en medio de la niebla!

Poco a poco se levanta viento; la niebla se hace menos densa. Así es que el aire logra abrir un trozo de cielo ante nuestra vista; directamente delante de nosotros surge del agua una roca. La costa.

—¡Paren las máquinas! —ordena el viejo. Estamos demasiado cerca.

—Esperemos que allí no haya gente paseando en este momento —murmura. Nuestra proa al mar. El repentino silencio me hace contener la respiración. El puente se bambolea. El viejo ya no se quita los binóculos de delante de los ojos; también el navegante observa muy atentamente la costa.

—¡Muy bien, navegante! —dice el viejo por fin—. Parece que estamos muy cerca de allí donde queríamos estar. Tal vez un poco demasiado cerca. Por ahora vamos a acortar distancias, pero sigilosamente, para observar primero si hay movimiento.

¡Ambas máquinas a la mínima velocidad hacia adelante! ¡A treinta grados!

El timonel da por recibidas las órdenes.

—¿Profundidad? —pregunta el comandante.

El primer oficial repite la pregunta hacia abajo.

—¡Ochenta metros!

—¡Medir continuamente!

Otra vez se nos acerca la niebla.

—Quizá no nos sea desfavorable —dice el comandante—. Es una especie de capa para hacernos invisibles.

Llegamos a este punto ante la costa unas buenas dos horas antes de lo que se había calculado.

—Lo mejor —comenta el viejo —será introducirnos por la entrada Norte... bajo agua... y volver a salir por ahí. Aprovisionarnos durante la noche y a eso de las cuatro, adiós. Navegante, si es posible quisiera llegar a las veintidós... ¿Seis horas, tienen que alcanzar...?

Aquí no habrá faros, ni comunicados, ni boyas. Nada. Hasta en la entrada de los puertos más pequeños siempre viene un remolcador para ayudar a entrar y salir. A pesar de que continuamente se corrigen los mapas, siempre debe subir un práctico a bordo. Pero eso no cuenta para nosotros.

La niebla se eleva.

—Mejor esperemos hasta que oscurezca —manifiesta el viejo.

Me retiro del puente.

En seguida el viejo ordena que nos sumerjamos a profundidad de periscopio. Acto seguido se sienta ante el aparato, la gorra tirada sobre la nuca.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta ahora; con urgencia en la voz. Paramos las orejas. Es un zumbido monótono.

—¡Ni idea! —responde el oficial navegante.

—¡Qué raro!

El viejo pone el motor del periscopio en funcionamiento, mas inmediatamente lo para: apenas si subió.

—¡Al escucha! ¿Qué hay a doscientos cincuenta grados? Herrmann responde:

—Un gasolero pequeño.

—Alguien de la costa... ahí viene otro... debe de tratarse de una reunión... caramba, ya no se ve nada más...

—Cuarenta metros —dice el hombre que mide la profundidad.

—¿Qué tal si echáramos anclas aquí mismo? —pregunta el viejo.

El navegante guarda silencio. Parece que no considera en serio la propuesta.

El comandante se hace reemplazar ante el periscopio por el primer oficial y desciende.

—Dentro de dos horas entramos... sea como fuere... ya estará oscuro.

—¿Y cómo seguirá la cosa? —me atrevo a preguntar.

—Todo según lo planeado —es la seca respuesta del viejo.

Pero por fin agrega:

—Entre las indicaciones que hemos recibido está estipulado también eso: hasta la hora de entrada. Nuestros agentes de Vigo seguramente se encargarán de lo necesario.

—¡Es hora de emerger! —anuncia el oficial navegante.

—¡Al fin! —dice el comandante y se incorpora.

Anochece. El viento llega desde la costa. Trae el olor inconfundible de la tierra. Se encienden los diesel.

Un par de linternas de posición titilan en rojo y verde. Y una blanca, más alta que las demás.

El viejo comienza a mirar a través de los binóculos. Por un instante permanece inmóvil, luego ordena disminuir la marcha.

—No está mal —dice—, ni dudarlo, quiere entrar... ¡Ah, si sólo estuviera un poco más oscuro...!

No emergemos del todo. Nuestra cubierta apenas si sobresale del agua.

El viejo ordena ahora enfilar hacia la linterna verde a estribor del barco que tenemos por delante. Vista desde el vaporcito, nuestra torre se confunde con alguna roca de la costa. Es la misma regla de siempre: cuidarse las espaldas.

Finalmente, el viejo ordena aumentar la velocidad; es que las maniobras que dispusiera hace un momento nos llevaron a navegar exactamente sobre el agua que el barco deja a popa. Huelo el humo que larga.

El viejo observa incansablemente con sus binoculares. De repente aparece a estribor una sombra. ¡Ya no hay tiempo de esquivarla! Tan cerca pasamos al lado de ella que podemos distinguir un punto rojo. Un hombre que fuma, qué duda cabe. Si prestó un poco de atención tiene que habernos visto.

Tres o cuatro sombras se deslizan por delante de nosotros. ¿Qué hacen? ¿Van o vienen?

—Aquí hay por lo visto mucho tránsito —murmura el viejo.

—Parece que están anclados —le oigo decir al navegante.

A lo lejos se distingue una larga cadena de luces. Se interrumpe a ratos. Podría ser un muelle.

También a estribor hay barcos. Difícil decir a qué distancia.

No tengo idea de cómo se las arreglará el viejo para distinguir entre tantos barcos el vapor que se encargará de aprovisionarnos: el Weser, alemán.

—¿Hora?

—Veintiuna y treinta.

—¡Esto marcha fantásticamente!

Debe de haber corrientes bastante contradictorias, porque el viejo ordena algunos bruscos movimientos de timón.

¡Si sólo pudiéramos usar el reflector! Porque vapores hay aquí en cantidades. Y barcos de guerra también.

El viejo manda parar las máquinas. Seguimos avanzando un rato; la proa vira a estribor.

El viaje continúa en zigzag. Los giros y las órdenes para las máquinas se suceden.

—¡Me vuelvo loco! —murmura el segundo oficial.

—¡Así no va! —grita el viejo.

—¡Allí pasa un tranvía! —dice el segundo oficial. Yo también lo veo.

Delante de nosotros se yergue una gran masa oscura: deben de ser dos o tres vapores que se superponen.

—¡Ahí hay uno haciendo una señal! —informa el oficial navegante.

—¿Dónde?

Trato de verlo. Por un segundo, una pequeña luz interrumpe la oscuridad total.

El viejo mira, en silencio. La luz, grande como un cigarrillo, se enciende y apaga varias veces.

—¡La señal! —dice el viejo, y respira profundamente.

Incrédulo, fijo mis ojos en el pequeño punto que se enciende y apaga.

—¡Realmente confían en nuestra buena vista! —se me escapa.

—Más sería sospechoso —me responde el viejo.

A poca velocidad, nuestro submarino se acerca sin prisa a la mancha que tenemos delante, la cual se desdobra ahora en tres sombras. Tres barcos en hilera. La luz brilla en el del centro. Poco a poco, el barco se agranda. De pronto oigo gente hablando en alemán. Nos apuran.

La callejuela de agua negra que se ha formado entre nuestra cámara de inmersión de babor y la pared del barco se estrecha sensiblemente. Para reconocer a la tripulación del vapor tenemos que levantar las cabezas, tan altos están ya.

Nuestro contraмаestre ha subido a cubierta. Con insultos a media voz apura a sus hombres.

Toda la luz que tenemos es la que sale por el ojo de buey de un barco anclado poco más allá.

Desde arriba nos arrojan una escalerilla de cuerdas. Subo inmediatamente, detrás del comandante. ¡Dios mío! ¡Tengo los huesos endurecidos! ¡Lo que es la falta de práctica! Alguien estrecha mi diestra al llegar:

—¡Sea usted bienvenido, señor capitán!

—No, yo... no soy el... comandante.

Asombrados penetramos en el salón: manteles enormemente blancos, dos ramos de flores, paredes arregladas, cortinillas que ocultan los ojos de buey, una alfombra... Me parece un sueño. Por todas partes plantas de hoja alegrando el ambiente. ¡Y sillones, y en una fuente, sobre la mesa, uvas!

Siento algo en el estómago. Es una rara sensación de que todo esto desaparecerá en un instante.

Hasta el comandante de esta embarcación tiene cara de pastor, con una pequeña barbita blanca en el mentón y el cuero cabelludo totalmente calvo y amarronado por el sol. Cuello y corbata.

Otra vez estrechan mi mano. Otra vez sonora y lejana. ¡El viejo bien podría haberse vestido de otra manera para esta ocasión, y no con su eterno pullóver! ¡Claro!

¿Cómo puede adivinar el capitán del Weser que ese harapiento es nuestro comandante? Estoy seguro de haber enrojecido. Pero el capitán y el viejo ya se han hecho amigos: apretones de manos, sonrisas, parloteo.

Se nos empuja a los sillones. Aparece la oficialidad del Weser. ¡Todos de gala!

Más apretones de manos, más sonrisas. El viejo no trajo siquiera su orden puesta al cuello.

El capitán es en verdad un capitán de cuento: bien entrazado, con las orejas grandes y rojas. Todo lo quiere presentar ante nuestros ojos de la mejor manera posible: la confitería del barco está trabajando desde la mañana. Hay de todo, desde torta hasta pan fresco; con sólo pedirlo. Se me hace la boca agua. ¡Basta, por Dios! Recuerdo la imagen de felicidad del ingeniero: pan fresco, manteca y cacao caliente.

El capitán nos enumera su producción con voz que se me hace fantasmagórica:

—Chorizos frescos, carne, todas las frutas... hasta ananás... Cualquier cantidad de naranjas, higos, uvas, almendras...

¡Llegamos al Edén! Hace años que no veo ananás y naranjas frescas.

Como un mago, el capitán hace un movimiento sobre la mesa; un minuto después se nos sirve una fuente llena de jamón y chorizo.

A mí se me van los ojos. Pero al viejo también. Está sentado tieso:

—¡Vamos a ver cómo nos va!

—¡Seguramente que muy bien! —le responden de inmediato tres voces, al unísono. El capitán se encarga de asegurarlo en su asiento.

Y ahí está el viejo, tan tímido. Por fin murmura:

—¡Traigan al primer oficial... y al ingeniero!

Ya estoy de pie.

—¡Y que el segundo oficial y el segundo ingeniero se queden a bordo!

El capitán alcanza a gritarme todavía, en plena marcha:

—¡Todos se pueden bañar aquí... en dos tandas... todo arreglado!

Al volver yo a aparecer en la inusual claridad, aún está el comandante sentado en la misma posición. No se ha acostumbrado a la paz.

El capitán se interesa por cómo lo hemos pasado en el mar. El viejo se encoge por la timidez.

—Así, así. Esta vez nos tuvieron bastante cerca. Pero uno ni siquiera se imagina lo mucho que soporta un submarino de esos.

El capitán asiente, como si con ese bocado pudiera saber ahora algo más. Nos traen cerveza. Cerveza alemana. Y bebidas.

Golpean a la puerta. ¿Qué vendrá ahora? Dos personas se quitan sus sombreros livianos y pasean su mirada de un lado al otro de la reunión. Parece una investigación de la policía criminal, como si buscaran a un delincuente.

—El señor Seewald, representante del agregado de Marina.

El segundo tipo parece ser una especie, de agente. El primer oficial y el ingeniero los siguen; el salón está lleno.

El corazón me golpea el pecho. Ahora, en unos segundos, se decidirá si para el ingeniero y para mí ha llegado el fin del viaje, o si por el contrario seguimos en dirección a Gibraltar.

Se agregan más sillones a la rueda. El viejo ya está hurgando en la papelería que el más alto de los dos le acaba de alcanzar.

Por un instante, el ruido de papeles al doblarse es lo único que se oye. El viejo aparta su mirada de las hojas y se dirige al ingeniero:

—Denegado, ingeniero... ¡El Mando lo ha denegado!

No puedo mirar hacia donde está sentado el ingeniero. Mis pensamientos se aceleran. ¡Eso va para mí también! ¡Entonces, nada! ¡Nada! ¡Mejor así! ¡Quizá sea mejor así!

Intento sonreír.

Es que el viejo no puede abandonar el submarino. Nadie puede. Y sin el ingeniero, el viejo estaba perdido. Todo está bien así. ¿Miedo? ¡El viejo podrá! Pero, ¿y el submarino? Ya está maduro para el astillero...

Vigo. Por ahora estamos en España. Es alrededor de la medianoche. Ahora entiendo la importancia de la noticia. Al mal tiempo buena cara.

¿Tan poco creo en el viejo que la noticia me ha hecho tanto mal? No, no es eso... Claro que yo estaba seguro de que el viaje se terminaba aquí, para el ingeniero y para mí. Pero ciertamente no quería reconocerlo.

Y como desde el comienzo no demostré simpatía por el plan del viejo de desembarcarnos en Vigo, puedo aparentar ahora que creía que ésa sería la respuesta del Mando. Lo fundamental es no demostrar mis verdaderos sentimientos...

¿Denegado? También está bien. ¿Pero al ingeniero? A él le hará mucho daño esta comunicación.



De todas maneras, el viejo no ha conseguido digerir la noticia. Se le notó en el rostro. Da la impresión de alegrarse, cuando los personajes le dan un nuevo tema con el cual olvidar el primero.

Observo la situación. Aquí se juega con demasiados contrastes, pienso. Yo aún estoy vestido de forma presentable, pero el viejo... Lo miro como si fuera ésta la primera vez que lo veo. Parece que lo hubiesen sacado en medio de la noche de la cama de un asilo, así está vestido. Su barba y el pelo, revueltos. A bordo, todos nos habíamos acostumbrado a su pullóver roto, pero aquí, entre estas paredes cuidadas, me resulta chocante incluso a mí mismo. Solamente el escote en v sigue intacto. Sobre las costillas, a la derecha, por ejemplo, tiene un desgarró tan grande como la abertura del cuello. Agreguemos a eso su camisa, su gorra, su pantalón de fajina...

Me doy cuenta de lo pálido y flaco que está el viejo. Y el ingeniero, ídem: para el papel de Mefisto no necesitaría maquillarse siquiera. Los últimos días lo trataron muy mal. Y ahora, el decimotercer viaje, directamente acoplado al anterior... eso es casi demasiado, para un hombre que ya hizo su guerra. Y que además lleva consigo más problemas que ningún otro de la tripulación.

El viejo demuestra a ojos vistas que desea mantener distancia con los dos civiles. Pone su cara avinagrada, no acepta los cigarrillos que le ofrecen, apenas si contesta alguna palabra.

Oigo que el Weser está aquí desde el comienzo de la guerra. Es una suerte de depósito flotante, lleno de combustible y de torpedos. Todo en secreto, bajo estricta vigilancia de la neutralidad española.

Observo a los dos pájaros de visita. El más alto tiene cejas espesas, engominado, con bigote, y patillas que le llegan hasta debajo de las orejas. Estira los brazos en el vacío, a fin de que se noten los gemelos que lleva puestos. El otro tiene los lóbulos demasiado grandes colgándole de las orejas. Cara de hipócrita. Ambos huelen a agentes a cien metros de distancia. A pesar de que uno de ellos se haga pasar por el representante del agregado de Marina.

A medias consigo captar algunos detalles de la conversación. ¡Ni siquiera debemos despachar correspondencia! ¡Es demasiado arriesgado! ¡Esta es una acción ultrasecreta! Ni siquiera debemos enterarnos de dónde queda Vigo.

También en los hogares causará preocupación todo esto. Ya estamos retrasados respecto de la fecha de arribo, de todas maneras, y ahora más... ¿Cómo lo tomará la gente, cuando sepa que no puede despachar las cartas que escribiera durante tantos días?

El alférez, por ejemplo... ¿cómo aguantará esta situación? Ojalá no conociera su historia de Romeo y Julieta...

Como a través de algodones oigo a los pájaros hablándole al comandante. Conocería mal al viejo si les contestara con algo más que monosílabos.

Incluso con la pregunta directa acerca de si hemos tenido buenos resultados en nuestro viaje no consiguen arrancar al viejo de su mutismo. Estira la respuesta lo más que puede, hasta que los otros se ponen notoriamente nerviosos. Entonces suelta un lacónico:

—¡Sí!

Me doy cuenta de que el viejo está pensando en otra cosa. Sin querer miro sus manos: las frota una contra otra, como siempre que está intranquilo.

Con la cabeza me hace una señal.

—¡Vamos a estirar un poco las piernas! —comunica a la reunión.

El paso del calor del salón al frío de la noche interrumpe mi respiración. Huelo aceite: nos aprovisionamos. De inmediato se dirige el viejo hacia la popa. Da pasos tan grandes que apenas si puedo seguirlo. Al final del barco se inclina sobre la barandilla. Entre la proa de un bote salvavidas y un edificio en construcción, a lo lejos, veo las luces de Vigo. Amarillas, algunas rojas, blancas. Dos cadenas luminosas se escapan hacia arriba. Una calle que nace en el puerto va hacia el centro de la ciudad.

En el muelle hay un destructor anclado, iluminado en todas sus cubiertas.

Desde abajo nos llega un círculo de luz amarillenta: la compuerta por donde entran los torpedos, abierta de par en par. La compuerta de la cocina también se abrió.

Desde el interior del Weser se oye sorda una canción. Trozos de frases, órdenes a medias, golpes metálicos se entremezclan.

Me doy cuenta de que al viejo no le agrada la situación.

—Estoy seguro de que nos vieron... los del barco de pesca... —dice por fin—. ¡Y cuánta gente hay sobre este barco! Quién sabe si todos son leales... ¡Es tan fácil pasar desde aquí una señal a la costa! —El viejo piensa—. De cualquier manera, vamos a salir más temprano. Antes de la hora indicada. Y tomaremos el camino viejo, no el del Sur, como recomiendan. ¡Si sólo tuviéramos más agua debajo de la quilla!

Pequeñas chispas alcanzan a verse desde la costa: otro tranvía. Su traqueteo llega a nosotros, traído por el viento; en seguida las bocinas de los coches y el balanceo de otros barcos. Y silencio profundo.

—¿De dónde sacan los torpedos? —le pregunto al viejo.

—Otros submarinos los transportan hasta aquí. Los que están de regreso y no los han usado. Y también les dejan el combustible que les sobra.

—¿Cómo es que esto dio resultado hasta ahora? ¿O somos los primeros?

—Eso es, justamente. Aquí han aprovisionado ya tres submarinos... y dos se perdieron.

—¿Dónde?

—Exactamente no se sabe. Es perfectamente posible que a esta hora esté el destructor de los Tommies esperándonos, ahí afuera.

Desde abajo un canto coral:

*¡Alegraos de estar vivos, que a la abuela la afeitaron; pero todo sin sentido...  
de enjabonarla se olvidaron!*

Muy poco espiritual, pienso. Aquí falta el primer oficial.

La luz tenue de los faroles de noche que titilan a lo lejos me permite observar el rostro del viejo: sonrío. Escucha un rato más, y al fin comenta:

—Estos tienen muy poca vigilancia. No son serios.

De pronto entro en ebullición al darme cuenta de que ya he visto en alguna parte una caja de cerillas igual a la que está sobre la mesa, en el salón. Es española.

—Esas cerillas españolas, las conozco... —le comunico al viejo.

—¿Sí?

—¡Sí, en La Baule, en el bar Royal, sobre la mesa! Perteneían al primer oficial de Merten.

—Es decir que Merten ya pasó por aquí... interesante.

—La caja desapareció de repente. Pero nadie decía que la tuviera.

—Interesante —repite el viejo—. Pero no me gusta.

—... después apareció otra caja igual —sigo diciendo. Pero el viejo dejó de escucharme ya. No importa. Alcanza quizá con que sepa lo de las cajas de cerillas españolas. Significa que la forma de aprovisionamiento no es tan secreta como estos señores quieren suponer. Las cajas de cerillas... tal vez sea una cosa sin sentido. A lo mejor es todo idea mía. Pero sin embargo... curioso, cajas españolas, en Francia.

De pronto me pongo a pensar en el alférez. Ojalá que Ullmann no haga ninguna estupidez. Lo mejor será ir a ver dónde está ahora. Así que hago como que tengo ganas de orinar y desciendo por la escala al submarino.

¡Qué aspecto tiene todo aquí dentro!

En la central misma me encuentro con él. Está ayudando a colocar los panes frescos en su nuevo lugar. La hamaca que antes colgaba delante del recinto del escucha ha vuelto a aparecer.

Por un instante me intimido. ¿Qué le voy a decir al alférez?

—¿Y, Ullmann, cómo va todo?

Como consuelo no sirvo para mucho. ¿Cuántas veces habrá pensado ya que de La Spezia a La Baule no hay retorno? Tengo ganas de cogerlo por los hombros y sacudirlo un poco. Pero en vez de hacerlo sólo consigo que me salga un:

—¡Caramba, qué abandonado está todo aquí!

Mas de pronto se me ocurre una idea. La pongo en práctica:

—¡Vamos, Ullmann, deme rápido su carta! ¿O quiere agregar unas líneas más? En fin, usted sabe... dentro de diez minutos aquí, en la central.

El viejo todavía está de pie junto a la barandilla, pensativo. Me quedo a su lado, callado. Un momento más tarde aparece detrás de nosotros una sombra compacta: el

capitán del Weser. El viejo sigue con su juego:

—¡Nunca había estado en España antes!

Mis pensamientos están con Ullmann. Mis sentidos apenas si perciben que las luces que nos llegan de la ciudad se mueven como si el aire entre ellas y nosotros estuviera también en movimiento.

El capitán del Weser no es un hombre de lengua suelta. Habla poco y pausado, con acento norteño. Ahora nos habla acerca de la instalación de sus timones. ¡Qué broma!

Un ruido sordo intranquiliza al viejo. Es el primer oficial el que aparece.

Le da órdenes. El capitán del Weser le pregunta al viejo si no desea tomar un baño.

—Mejor no —es la respuesta.

Un hombre llega para informar que la mesa está servida.

—Cenemos —dice el viejo y sigue al capitán.

El nuevo cambio de la oscuridad a la claridad plena del interior del salón me hace tambalear nuevamente. Los pájaros parecen estar menos despiertos que a la medianoche: sus rostros están enrojecidos, sus ojos menos vivaces.

Miro mi reloj pulsera: las dos y treinta de la mañana. Tengo que desaparecer, buscar al alférez. Como un ratero me pone la carta en las manos.

Entretanto, el primer oficial y el ingeniero han reemplazado a sus segundos.

Seguramente se van a hacer las cinco, antes de que podamos partir.

Quisiera poder estirarme y dormir. En vez de eso tengo que volver al salón.

Los dos civiles se hacen los graciosos. El viejo debe soportar que uno de ellos le golpee sobre los hombros y le desee alegremente buena suerte.

Gracias a Dios no precisamos volver por la escalerilla, sino que se nos conduce por una salida inferior. Todo está oscuro alrededor de nosotros. Por fin consigo entrar en conversación con el capitán, y hasta de manera tal que nos separamos unos pasos de los demás. No necesito dar muchos rodeos. El capitán del Weser sólo me dice:

—¡Yo me encargo!

Una pasarela comunica nuestra cubierta con un piso interior del barco.

¡Llegamos a nuestro submarino! Apoyo las manos sobre el frío metal. Comienza a tiritar: los diesel han entrado en funcionamiento.

Órdenes. Gritos, desde arriba.

El viejo se preocupa porque no vamos más rápido. Las figuras sobre el Weser se empequeñecen pronto.

Aparece muy cerca de nosotros la luz de popa de un vapor. El viejo se apresura a pedir nuestro equipo de señalización. ¿Qué va a hacer?

El mismo da la primera señal. Desde el vapor nos responden.

«B—u—e—n—v—i—a—j—e» lee el viejo, en español.

«G—r—a—c—i—a—s» es su respuesta.

—Ah, ¡lo que son las lenguas extranjeras! —nos comenta.

Nos vio, ya no nos queda duda. Quizá nos confunde con Tommies muy bien educados ¡Qué bien!

Nuestro curso es de ciento setenta grados. Casi completamente hacia el Sur.

El aprovisionamiento en Vigo despertó a la gente.

—Todo muy bonito... pero un par de mujeres podían haberse conseguido también.

—Tan rápido... no hubiera andado; de todas maneras, el Mando no piensa en estas cosas.

—¿De qué te ríes?

—Nada, sólo me imagino lo que habría sucedido si hubiésemos descendido en un buque que no correspondía.

—Se hubiesen sentido muy halagados... el viejo con su pullóver, fue un número extra, en verdad.

La depresión que hiciera callar a todos después de recibir el comunicado relacionado con Gibraltar parece haber desaparecido. Las conversaciones entre los marineros dan a entender que ellos nunca desearon nada más fervientemente que ir al Mediterráneo.

Frenssen asegura tener un hermano que estuvo en la Legión Extranjera. Y cuenta de un desierto con palmeras y dátiles, oasis, fuertes y burdeles, estos últimos llenos de bonitas mujeres, pero también de hermosos muchachos... a gusto de cada uno.

—¡Ah, qué bonito, amor por la tarde...! Un poco de música, y bebidas... no hay nada mejor...

Mis recuerdos se ponen en marcha: es cierto. Amarse en plena tarde, cuando llueve. Suena el timbre, pero no vamos a abrir. Nos hemos escapado de la rutina de todos los días, hemos bajado la cortina. Nadie en casa, sólo el gato.

Un susurro interrumpe el hilo de mis pensamientos:

—¿Cómo te sientes?

—¿Qué importancia tiene eso ahora? A cualquier parte que nos manden es lo mismo, ¿no es cierto?

—¡No te hagas el desentendido! ¿O te crees que no sé por qué estás sentado ahí?

Sí, mi querido, con nosotros se acabó. Pero no te preocupes: a tu pequeña la van a seguir atendiendo, seguro; es una muñeca bastante pasable, así que...

Al día siguiente, el ambiente del submarino se llena de gente pensativa. Algunas observaciones de Zeitler y de Frenssen no logran cambiarlo. Todos se enteraron de que lo que nos espera no es un juego.

Durante el almuerzo, el viejo nos aclara cómo se imagina el paso por Gibraltar. Tranquilo y tartamudeante como siempre, hace como si por primera vez estuviera poniendo en orden sus ideas. ¡Cómo si no hubiera entretejido su plan hora tras hora,

tal como se arma un rompecabezas! ¡Cómo si no hubiese sopesado todos los riesgos, todos los pros y todos los contras, para después arrojar todo a la basura y empezar de nuevo!

—Nos iremos acercando en la oscuridad, tanto como sea posible, por la superficie. Será una maniobra difícil.

Destructores y demás vigilancia, pienso.

—Y después nos introduciremos simplemente sumergidos.

¿Y eso? Pero ni siquiera me atrevo a preguntar. Ni una mirada de interrogación. Hago como si todo estuviese claro. Lógicamente, sumergidos. Esa es la moda.

El viejo mira hacia adelante. Calla, como si ya hubiese dicho todo lo que había que comunicar.

El segundo oficial no domina su rostro tan bien como yo: parpadea, nervioso. Una nueva forma de preguntar.

El viejo solamente inclina la cabeza hacia atrás, como en la peluquería. Unos instantes más tarde, sigue con sus aclaraciones, esta vez en dirección al techo:

—Sucede que en el estrecho de Gibraltar hay dos corrientes: una superficial, que viene desde el Atlántico, y otra profunda, que sale del Mediterráneo. Hay bastante presión por esos lados.

El viejo se llena la boca de aire e infla los carrillos. Otra vez calla y se deprime.

—Una corriente de siete millas marinas —nos dice al fin, como si se tratara de un bocado difícil de masticar.

¡Ahora se me prendió la lamparita! ¡Es el huevo de Colón! ¡Una idea genial! Más simple es imposible: sumergirse y luego, simplemente, dejarse llevar por la corriente. Eso no hace ruido alguno, y hasta se ahorra combustible.

Nadie hace un gesto de asombro. Las reglas del juego lo prohíben.

El viejo se da cuenta de ello y vuelve a su posición de peluquería. En un tono inesperadamente oficial le pregunta al ingeniero:

—¿Todo claro, ingeniero?

—¡Sí, señor! —responde el mismo.

El ambiente se carga de suspenso. El viejo está necesitando un contrincante en el juego, alguien que dude. Y ése será el ingeniero. Apenas si farfulla algunos sonidos guturales, pero eso es suficiente como para dar a conocer su descreimiento. El comandante es el único que no pone atención a los labios del ingeniero. Este, a su vez, se entretiene en mirar el suelo, de lado, como haría un pajarillo para buscar una lombriz en la tierra. No piensa siquiera en dar a conocer ahora sus dudas. Sólo murmura, eso es suficiente. Lo debe de haber aprendido del viejo.

Silencio por cinco minutos.

—¿Qué decía, ingeniero? —lo apremia el viejo.

—¡Una brillante idea, señor!

El viejo no reacciona. Observa al ingeniero por el rabillo del ojo, como si tuviera que ver el estado espiritual de su paciente, sin que éste lo note.

El ingeniero no da muestras de captar la mirada de psiquiatra del comandante. El silencio parece instaurarse nuevamente, pero aparece en escena el camarero. Todo pensado.

La sopa pasa. Revolvemos, hacemos girar las cucharas y callamos.

Me despiertan en medio de la noche.

—¡Lisboa a la vista! —me dice el marinero Böckstiegel.

Me pongo los zapatos y subo en camisa. Mis ojos tardan en acostumbrarse a la oscuridad. El comandante ya está arriba.

—Ahí.

Apenas si veo a babor un resplandor muy tenue, sobre el horizonte.

—¡Lisboa! —recalca el comandante.

El submarino se bambolea de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Los diesel marchan a toda velocidad; se hacen escuchar.

Y ahí estoy yo, de pie sobre las maderas del suelo de la cubierta, las manos contra el frío y húmedo metal de la defensa, mirando hacia el Este, en medio de la noche. El pequeño resplandor apenas si alcanza para poder divisar mejor el horizonte.

Se me cierra la garganta. El resplandor, más la noticia de que es Lisboa, llegan a producirme esa fea sensación.

De vuelta en mi camastro, oigo charlar a los marineros.

—Lisboa... es lo que se dice una ciudad grande...

—¿Por qué no habrán oscurecido?

—¡Porque son neutrales, tonto!

—Es decir que ellos no tienen ataques aéreos, ni alarmas, ni bombas... pero sí hay de comer... es casi imposible imaginarse una cosa así.

—Debe haber allí muchas propagandas luminosas; si no no se explica que dé tanta luz.

—Ya ni recuerdo qué aspecto tiene una ciudad así: verde, rojo, se enciende, se apaga... ¡Dios mío!

Medio dormido, alcanzo a escuchar aún trozos de conversación, a través de mi cortinilla:

—Está claro que este viejo se cuenta doble. A fin de cuentas nos aprovisionamos, ¿no? ¡En Francia o en España, da lo mismo!

—¡Cuéntaselo a tu abuela!

Como el viejo parece tener tiempo, después del desayuno, le pido una aclaración.

—Esa corriente que sale del Mediterráneo en dirección al Atlántico... no la entiendo. ¿De dónde viene toda esa agua?

Me armo de paciencia: el viejo siempre tarda en arrancar. Inclina la cabeza y

contrae las cejas. Me doy cuenta de que se prepara para contestar.

—Bueno, se trata de un asunto bastante original.

Pausa. Concentro mi vista en sus labios.

—Usted ya sabe: del Mediterráneo no sólo sale agua, sino que también entra, con otra corriente. Dos corrientes, la una sobre la otra. Arriba hacia adentro y abajo hacia afuera. Y todo eso se produce así: en todo el Mediterráneo llueve poco. Pero sol hay muchísimo, por lo que el agua se evapora en gran cantidad. En consecuencia, como la sal no se evapora, el porcentaje de sal en el agua aumenta, por lo que el agua se hace más pesada. ¿Va entendiendo?

—Sí, hasta aquí.

El viejo espera. Chupa de su pipa con desesperación, como si todo el problema fuera imposible de resolver.

—El puré salado se hunde, y forma la capa profunda; como ésta tiene la tendencia de caer aun más profundamente, se resbala por el estrecho hacia el Atlántico, donde cae hasta más o menos unos mil metros, profundidad en la cual tiene aproximadamente el mismo peso específico que el agua del Atlántico.

Entretanto, en la superficie se lleva a cabo el equilibrio. El agua de la capa superior del Atlántico entra en el Mediterráneo, reemplazando al agua perdida por evaporación.

—Y a la que cayó en el Atlántico.

—Así es.

—Y nosotros queremos aprovechar ese hecho. Entraremos al Mediterráneo llevados por el agua con menor contenido en sal.

—Es la única posibilidad de éxito...

Por orden del comandante hago de vigía complementario.

—Estamos demasiado cerca de la tierra.

No ha pasado siquiera media hora, cuando el vigía de popa, a estribor, lanza un grito:

—¡Aviones a setenta grados!

El segundo oficial se vuelve. Su mirada sigue el brazo extendido del vigía.

Ya estoy al lado de la entrada. Mientras me deslizo hacia abajo oigo el grito de alarma e inmediatamente el sonar de la campana. El ingeniero aparece desde la proa.

De la cubierta llega la orden del segundo oficial de sumergirnos.

Lentamente, como si tuviera que luchar contra una gran resistencia, el indicador del manómetro se pone en movimiento.

—¡Todos los hombres a proa! —ordena el ingeniero. La gente se apresura hacia adelante.

El comandante está sentado sobre la caja de las cartas marinas. Está de espaldas a mí. Es el primero en reponerse de la sorpresa; se incorpora y, agitando la mano



izquierda en el aire, como un dirigente, la derecha en el bolsillo del pantalón, dice:

—¡Por ahora nos quedamos debajo del agua! —y al segundo oficial—: ¡La segunda guardia!

En seguida se dirige a mí:

—¡Comenzamos bien! ¡Si esto sigue así, no llegamos a ningún lado!

La mesa de cartografía está libre en este momento. Miro detenidamente el mapa de Gibraltar. Entre la costa africana y los docks ingleses hay más o menos siete millas. Esos docks son los únicos a los cuales los británicos pueden llevar a reparar sus barcos desde el Mediterráneo. Los ingleses deben saber cómo defender ese puesto.

Sólo siete millas entre costa y costa. Un estrecho corredor, en verdad.

Las columnas de Hércules: al norte, el peñón de Gibraltar, el Monte de Saturno, y al Sur, en la costa del Marruecos español, el peñón de Avila de Ceuta. Quizá nos tengamos que arrimar más a la costa Sur para pasar.

¿Sería en realidad una ventaja hacerlo así? Los Tommies piensan con seguridad que un submarino alemán no pasará justamente por delante de su puerto, así que se concentrarán más en el cuidado de la costa de enfrente... El viejo debe tener su plan hace mucho ya. Tengo curiosidad por saber qué rumbo nos hará tomar.

El segundo oficial se me acerca y se apoya conmigo en la mesa de cartografía.

—Este es el lugar donde se encuentran grandes factores climáticos: la suavidad y hermosura del mundo mediterráneo se enfrenta con la fuerza y la grandeza de la atmósfera atlántica.

Lo miro sorprendido.

—Así dice el manual del submarino, al menos.

—Siete millas... bueno, lugar no nos falta.

—¿Qué profundidad hay? —pregunto yo.

—Hasta novecientos ochenta metros —contesta. Se agrega el ingeniero.

—Una vez atacamos aquí un convoy que iba en dirección a Gibraltar. Se tienen que haber alegrado al ver aparecer el peñón. Cuando partieron, el convoy estaba constituido por veinte barcos. Eran ocho cuando llegaron. Fue aquí cerca, sólo que algo más al Oeste.

Una hora después volvemos a emerger. Apenas el primer oficial toma la guardia, sin embargo, el sonido de la alarma me traspasa los huesos.

—¡Apareció de repente! ¡No reconocí su tipo! —informa Zeitler. Está muy agitado.

—Parece que nos descubrieron —dice el comandante—. Por ahora nos quedamos bajo el agua.

El viejo ya no se mueve de la central. Está visiblemente intranquilo. Se acaba de sentar sobre el cajón de los mapas y en seguida vuelve a levantarse. Su rostro está

más sombrío que nunca.

—Quizá todo sea parte de la vigilancia exterior.

Pasada media hora, el viejo sube a la torre y ordena nueva emersión. Las máquinas no han andado diez minutos cuando da la alarma otra vez.

—Si esto sigue así, vamos a estar aquí todo el día, para arriba y para abajo.

El viejo desea demostrar indiferencia, pero sabe bien lo difícil de su situación.

Las condiciones para pasar el estrecho no son nada favorables. Después de un período de mal tiempo como el que pasó, el mar es de lo más apto para que los aviones nos descubran, aun en noches sin luna.

Y si los ingleses aún no han podido batir el estrecho con redes antisubmarinas, es seguro que a todo lo que sea capaz de flotar ya lo han puesto en ese lugar. Posiblemente sepan desde hace tiempo lo que nuestro Mando se propone. Es que su servicio secreto funciona.

Dejarnos llevar por la corriente... suena bien... pero ese plan sólo aporta la ventaja de que el enemigo no nos puede oír. Pero no nos defiende del Asdic, en absoluto.

Sin querer soy testigo de que el marinero de la central saca su salvavidas de debajo de su camastro. Es evidente que le ha molestado que yo lo presenciara. Inmediatamente, y con el rostro lleno de indignación, lo arroja lejos de sí, sobre la colcha. Hace como si el salvavidas se hubiera pegado a la mano quién sabe cómo.

Pilgrim pasa por el habitáculo. Su cuerpo esconde lo que lleva en las manos.

No puedo creer lo que mis ojos están viendo: también él lleva el salvavidas. O sea que los sorprendió el miedo... Qué raro, cuántas diferentes maneras de reaccionar tiene la gente: adelante, en el habitáculo de proa, los tripulantes hacen como si nada sucediera, y aquí ya están preparando sus salvavidas.

Las bananas que cuelgan del techo de la central, según veo, se colorean de amarillo. Los de La Spezia se alegrarán, lo mismo que por la gran cantidad de naranjas. Llevamos frutas a Italia, nada menos; y vino. El viejo se enojó al descubrir las botellas. Pero no tuvo ánimo suficiente para mandar arrojarlas por la borda.

Veamos lo que sucede arriba. En el justo instante en que estoy subiendo, aparece desde detrás de una nube un barco pesquero. Demasiado cerca. Tiene que habernos visto. Este número ya lo he presenciado, pienso.

El viejo suspira. Por un rato nada dice. Piensa.

—Seguro que se trataba de un español.

Ojalá, me digo en silencio.

La costa portuguesa se deja ver. Alcanzo a distinguir, sobre las rocas, una casa blanca. Una costa como en la Bretaña, la Côte Sauvage en Le Croisic, donde la marea estalla contra la roca con el ruido de grandes detonaciones, cuando hay tormenta. Y en seguida aparecen los géiseres, aquí y allí. Afuera, el faro, pintado con bandas blancas y rojas, como nuestro Papenberg.

No sé por qué, recuerdo ahora la caja de cerillas española. Lo supe siempre, quizá sin querer creerlo: una caja igual, con ese sol amarillo sobre el fondo rojo, tenía Simone en su cartera de cocodrilo. Una vez buscó en ella una foto que quería enseñarme, y se le cayó la caja al suelo. Demasiado rápido se lanzó a recogerla. ¿Por qué no debía verla yo? Decía que el primer oficial de Franke, que concurría muy a menudo al café de sus padres, se la había regalado... no, que la dejó ahí... no, que ella se la pidió... Esta desconfianza... ¿Y si Simone hubiese sido deshonesto, a pesar de todo? Su continuo preguntar cuándo nos íbamos...

—¡Pregúntaselo a tus amigos! Esos tienen los horarios de salida en la cabeza, mejor que nosotros.

A lo cual seguía de inmediato una escena de llanto, de quejas y de rabia. Todo un cuadro de la miseria humana.

Pero, ¿por qué fue Simone la única que no recibió por correo ese ataúd tan hermoso y tan pequeño que les llegara a todas sus amigas? ¿Por qué Simone no?

¿Sería todo en ella nada más que teatro? ¿Es posible ser tan buena artista?

Veo aún la cama, baja y grande, la ampulosa figura de rosas de la colcha, siento la piel seca de Simone. Ella no transpira nunca. Ama su cuerpo, se mueve constantemente...

Estoy sentado en medio del café y no me atrevo a levantar la vista y encontrarme con la de ella. La sigo con la mirada, cuando está atendiendo a los clientes, apresurándose entre las mesas. Se mueve como los matadores en la arena, grácilmente... Me doy cuenta de que jamás choca con ninguna silla ni con ninguna mesa. ¡Y su risa! La arroja a su alrededor como monedas a su paso. Una y otra vez, el violeta de su pullóver penetra en mi vista, desde el ángulo. Es inútil que trate de concentrarme en el periódico para no verla. Es una extraña combinación, ese violeta de su pullóver con el gris del pantalón. ¿Quién le habrá dado esa figura de pintura de Braque? La piel ocre, el pelo negro.

Muchos clientes en el local. Vienen de la playa, sedientos. Da gusto verla acercarse a la cajera, entre una y otra vuelta, secretamente. Como un gatito.

Afuera, el calor reverbera como un río de vidrio líquido. No quiero salir. Amo esta frescura del suelo de mosaico y del mármol de las mesas, que se cuele por los antebrazos, a través de la chaqueta. Eso es lo que me digo. Pero sé perfectamente que lo que me retiene es la cercanía de Simone. De pronto está sentada conmigo, a la mesa, tejiendo un nuevo pullóver. Esta vez, de color amarillo limón. ¡Con el violeta y el gris, este amarillo del trabajo empezado! Debajo de ella, el suelo blanco, y detrás, un armario pintado en marrón nuez...

Aún lo llevo en el oído:

—¡Tenemos que ser cuidadosos!

—¡Bah, siempre cuidado!

—¡Tú y yo debemos serlo!

—¿Quién nos lo puede prohibir, acaso?

—¡No seas tonto! Pueden hacer muchas cosas, sin tener que llegar a prohibir nada.

—¡Me da lo mismo!

—¡Pero nosotros queremos salir bien de esto!

—¡Bah, nadie sale bien de esto!

—¡Nosotros sí!

Me busca en Savenay y del tren paso a su coche, que quién sabe dónde consiguió. No me deja hablar, porque sabe que estoy enojado, y acelera. Me dice:

—¿Tienes miedo? Si viene un gendarme, acelero más aún. Total, nunca aciertan. El día que zarpamos, por la mañana, Simone estaba ahí, sentada, inmóvil, sumergida en sus hombros estrechos, mirándome fijamente a través de sus pupilas mojadas, la boca llena del pan con manteca y miel a medio masticar.

—¡Come de una vez!

Me obedece. Por sus mejillas resbalan dos perlas.

—¡Come, sé buena!

La tomo con fuerza de la nuca, como a una conejita, y al hacerlo sus cabellos me resbalan por el dorso de la mano.

—Come, por favor, y no te crees más problemas.

El *Isländer*, qué maravilla... ahora me sirve para decir algo.

—Fue una suerte que me lo hicieras. Hará frío allá afuera.

Simone se agarra de eso:

—*C'est fantastique...* la lana... salió muy bien.

Simone respira hondo, retiene el aire, se ríe con lágrimas en los ojos. Es valiente; sabe que lo que vendrá no será justamente bonito. No se le puede contar algo agradable, como a las señoras de su casa. Siempre se dio cuenta de cuándo un submarino no volvería. No era por casualidad: aquí había mil indicios de ello: tripulantes que siempre venían al local y que de pronto cesaban sus visitas. Todas las mujeres de clase baja sabían perfectamente cuándo iba a zarpar un submarino, y también cuándo debía volver. Se hablaba mucho, por todos lados. Y sin embargo...

Siento calor. No, nadie puede hacer ese tipo de teatro. ¡Caramba, se me cierra la garganta!

El reloj marca las seis y treinta. Adelanta diez minutos. Junto las cosas, el conductor vendrá dentro de diez minutos a buscarme. Simone se entretiene con mi chaqueta:

—¡Tienes una mancha aquí, oh, cochino! No quiere entender que voy así a bordo.

—¿Qué crees, que se trata de un barco dominguero? Cuido todas las palabras:

—¡Te acompaño hasta la compuerta!

—No, no debes. Además está cerrado el paso.

—Yo pasaré, me conseguiré una credencial de enfermera. Quiero verte partir.

—No lo hagas, por favor; puede salir mal. Tú sabes cuándo zarpamos, así que desde la playa puedes vernos pasar media hora más tarde.

—¡Sí, pero apenas del tamaño de una cerilla!

La caja roja y amarilla se entremezcla nuevamente en mis recuerdos...

Me aferro con todos los tentáculos de mi memoria al instante que quiero rememorar: la mesa de bridge, quemada por los cigarrillos, el suelo, de mosaicos blancos y negros, la ceniza gris en la chimenea... Afuera se oye el chirrido de unos frenos. Bocina. El conductor viste de gris; es de la artillería de Marina.

La mano lisa de Simone acaricia mi chaqueta. Ella no me llega siquiera debajo de la barbilla, tan pequeña es.

—¿Por qué tienes puestas unas botas tan grandes?

—Tienen suela de corcho y están forradas, y además... —por un momento me detengo, pero su risa me da en seguida la seguridad que necesito—... tienen que ser lo suficientemente grandes, para el agua. —Tomo de pronto su cabeza, mis dedos se pierden entre sus cabellos.

—¿Y tu cartera, dónde tienes tu cartera? ¿Has visto cómo te empaqueté todo? Lo que está cerrado sólo lo debes abrir cuando estés en alta mar, ¿me entiendes? ¿Me lo prometes?

—¡Lo prometo!

—¿Y te pondrás la chaqueta?

—Cada día, en cuanto estemos afuera. Y cuando haga mucho frío, simplemente levanto el cuello, y en seguida me sentiré otra vez en casa.

Qué suerte que todo se vuelva objetivo ahora, pienso.

—¿Necesitas toallas?

—No, a bordo hay. Y del jabón puedo dejar la mitad aquí; a bordo hay jabón hecho con agua de mar.

Miro el reloj. Hace cinco minutos que el camión está afuera, esperando.

Todavía tenemos que pasar a buscar al ingeniero. Qué bonito sería que esto acabara de una vez. Todo se desarrolla rápidamente, a partir de ahora: abro la puerta del jardín, tan baja que apenas me llega a las caderas. Cierro. ¡Listo, *fini!*

La luz ha bajado. A estribor, el cielo se ha engalanado de rojas guirnaldas, que poco a poco se hacen más y más oscuras, hasta transformarse en una sucia cadena de nubes sobre el fondo azul metálico del cielo. Apenas un pulgar por encima del horizonte.

Pronto habrá oscurecido.

—¿Y, Kriechbaum, qué piensa usted de todo esto? —le pregunta el viejo al oficial navegante.

—¡Bien! —responde él sin dudar. Algo raro hay en su voz, sin embargo.

Pasa otra media hora; el comandante me ordena abandonar el puente. Otros tres vigías me siguen hacia abajo. Quiere quedarse a solas con el navegante, creo. O sea que debemos estar ya bastante cerca de los anillos de seguridad.

Oigo que comienzan a andar las máquinas eléctricas. El tronar de los diesel deja de escucharse. Estamos marchando por la superficie, pero impulsados por las máquinas eléctricas. Es la primera vez que eso sucede.

—¿Hora? —pregunta el comandante.

—Veinte y treinta —informa el timonel.

Me quedo en la central; pasa media hora. Las máquinas eléctricas hacen tan poco ruido que puedo oír todo lo que el comandante dice, con sólo colocarme bajo la torre.

—No puedo creerlo... han situado aquí la mitad de su flota. Anote a ese, Kriechbaum...

El ingeniero se para a mi lado y mira hacia arriba:

—¡Muy difícil! —comenta.

Solamente a partir de las luces de posición, el viejo tiene que descubrir a todos y a cada uno de los barcos enemigos y maniobrar de acuerdo.

También el timonel tiene que cuidarse especialmente. Su voz, al repetir las órdenes, suena sorda, no tan libre como la del viejo. Es que este último se halla ahora en su elemento.

—Todas estas son gentes bien educadas, que han puesto sus luces de posición; ¡tal como corresponde!

Me da la sensación de que el submarino se mueve en un semicírculo. Debo prestar más atención a las órdenes que se le dan al timonel.

—¡Maldición! ¡Esta vez estuvimos cerca!

El comandante guarda silencio por un largo rato. La excitación se me concentra en el cuello.

—¡Muy bien, querido, así me gusta, sigue navegando tranquilamente! —oigo por fin su voz.

—¡Qué cantidad! ¡Se ve que ellos también hacen lo que pueden...! Epa, ¿quién vive ahí? Noventa grados a babor.

Quisiera estar sobre el puente ahora.

—Navegante, conserve a ese bajo su vista. Informe si cambia de curso.

De pronto, el comandante ordena parar ambas máquinas eléctricas. Presto atención; también el ingeniero. ¿Qué pasará ahora?

Todas las luces de la central se han apagado: sólo reconozco las siluetas que me rodean.

Las olas golpean contra el submarino, con un ruido que ahora se oye aumentado. Siento alivio cuando el comandante ordena poner en funcionamiento la máquina de

labor. A velocidad mínima, que es como si anduviéramos de puntillas.

Diez minutos después se enciende también la máquina de estribor. ¿Habremos pasado el cordón de seguridad? ¿O habrá más de uno?

—¿Emocionante, eh, Kriechbaum?

El viejo habla sin timidez alguna. El navegante, en cambio, le contesta con un susurro, de manera tal que me pierdo la respuesta.

El viejo vuelve a corregir el curso.

—¡Vamos a acercarnos un poco más! ¡Ellos ni siquiera piensan en nosotros! Dos órdenes más para los timoneles.

—¡En diez minutos emergemos!

—¡De acuerdo! —murmura el ingeniero.

Sin embargo, su voz señala algo más. Quizá le gustaría dar su propia opinión, dar a entender que él conoce su oficio. Es cierto: el submarino está en perfectas condiciones. Todo ha sido revisado en las últimas horas. El marinero de la central no ha cesado de moverse.

—¡En fin, hagámoslo! —dice el ingeniero y desaparece.

Aprovecho la oportunidad para encerrarme un momento en el baño. Y eso me da tiempo para pensar. Que tengo miedo... ¿De veras? ¿No será claustrofobia? No, no es miedo... por lo menos no tanto como el que sufría en mis días de internado, cuando todos regresaban al hogar y yo quedaba solo en los largos pasillos, a merced de todos los monstruos del mundo. Despertándome de noche, sudoroso, y sintiendo que si llegara a moverme estaría completamente perdido.

# GIBRALTAR

Es la hora del cambio de la guardia. La gente de la segunda está ahí, en la central, esperando que el plazo se cumpla, mientras aparecen los integrantes de la tercera.

Zeitler se pasa un peine por los cabellos.

—¡Límpiatelos, porque con los Tommies tendrás que estar guapo! —le dice un compañero.

Por quinta vez, Zeitler se pasa el peine, sin mosquearse.

Yo estoy de pie bajo la compuerta, con el *Südwest* anudado debajo del cuello.

—¿Puedo subir?

En el mismo momento, el grito del comandante:

—¡Alarma!

El oficial navegante se descuelga hacia abajo.

¿Dónde está el comandante?

Abro la boca para preguntarlo, pero en el mismo momento una increíble detonación me hace caer de rodillas. ¡Dios, mis tímpanos! Caigo contra la caja de cartas. Alguien grita:

—¡El comandante! ¡El comandante! Otra voz:

—¡Impacto de artillería!

El miedo se me concentra en el pecho. La luz se ha apagado.

El submarino comienza a inclinarse. Ahí cae el comandante, en medio de nosotros. Suspira de dolor; nos dice:

—¡Un impacto... justo al lado de la torre!

A la luz de una linterna alcanzo a ver que se dobla hacia atrás, como si quisiera formar un puente. Se toma con las manos la región renal.

—¡Casi me hacen volar!

La protección desapareció. En algún punto de la oscuridad, hacia la popa, en la central, alguien grita histéricamente.

—¡Fue una abeja... vino directamente hacia nosotros!

¿En medio de la noche? ¡Imposible! Se enciende la luz de emergencia.

—¡Llenar las cámaras de inmersión! ¡Subir inmediatamente! ¡Preparar los salvavidas!

Se me corta la respiración. Veo dos o tres rostros preocupados, en la contraluz de la compuerta. De pronto, todo comienza a moverse.

El comandante se queja. Respira ruidosamente.

¡Tenemos demasiado peso a proa! ¡Demasiado!

—¡Impacto al lado de la torre! —dice nuevamente el comandante.

—¡Entra agua en la sala de máquinas! —llega un grito entre tantos.

—¡Entra agua en la sala de máquinas eléctricas!



Cuatro o cinco veces se repite la misma información, desde distintos lugares. Por fin, el indicador del manómetro muestra con su movimiento que subimos. El comandante se ha quedado de pie, debajo de la torre:

—¡Vamos, ingeniero! ¡Arriba! ¡No mirar antes por el periscopio! ¡Voy al puente, solo! ¡Tener todo preparado!

Me recorre el cuerpo un pánico helado: no tengo mi salvavidas. Doy tres saltos hacia la popa, me escurro entre la gente, que no se quiere mover de su lugar, y llego por fin a mi camastro, donde mis manos toman el objeto, apresuradas. Vuelvo a respirar.

En la central todo es movimiento.

—El submarino ha salido a la superficie... la torre está por encima del agua — dice el ingeniero con voz entrenada, medida.

El viejo ya está allí. Abre la escotilla y comienza a disparar órdenes:

—¡Ambas diesel a toda velocidad! ¡Todo a estribor! ¡A ciento ochenta grados!

¿Tendremos que nadar? Intranquilo jugueteo con las correas de mi salvavidas.

¡Qué ruido que hacen los diesel! Cuento los segundos que nos separan del final.

¿Qué piensa el viejo? ¡Ciento ochenta grados... hacia el Sur! ¡O sea que nos vamos directamente hacia la costa africana!

Alguien grita:

—¡El diesel de babor no funciona!

¿Todo ese ruido lo produce una sola máquina?

De pronto, una claridad proveniente desde arriba, desde más allá de la torre, atrae mi atención. También el ingeniero mira hacia arriba. Es una luz de magnesio.

—¡Señales luminosas! —dice el ingeniero. Ladra.

El diesel me vuelve loco. Me tapo los oídos... no, mejor abro la boca, como los cañoneros...

Me oigo contar. Me interrumpe una nueva llamada desde la popa:

—¡La bodega de la sala de máquinas eléctricas está haciendo mucha agua!

¡Nunca nadé con un salvavidas! ¿Y los vigilantes? ¿A cuántos metros estarán de nosotros? No importa, está muy oscuro. ¿Y la corriente? Tiene mucha fuerza aquí, el viejo lo decía. Nos separará a unos de otros. Estamos perdidos si tenemos que nadar. Vamos directamente hacia el medio del Atlántico, la corriente se encarga de llevarnos. Recuerdo las gaviotas, los cráneos desnudos.

Cuando llego a contar trescientos ochenta, el comandante vuelve a gritar:

—¡Alarma!

El submarino se pone de cabeza, en cuestión de segundos. El comandante desciende de su puesto de observación, primero con un pie, luego con el otro... todo muy normal. Pero su voz no es la misma de siempre:

—¡Estos cerdos están cubriendo el cielo con luces de Bengala... desde todas las

direcciones!

¿Y ahora qué? ¿No salimos a la superficie? ¿Qué planea el comandante? El rostro nada dice, y sus ojos permanecen entrecerrados; hay una arruga en la raíz de su nariz.

La inclinación hacia adelante me hace permanecer pegado a la pared del frente de la central. ¿Me equivoco, o esta vez nos hundimos más rápidamente que las otras?

Esto es un infierno. La gente en la central cae, resbala, tropieza. Uno me golpea el abdomen con su cabeza. Lo ayudo a incorporarse. Pero no reconozco quién es, todo va demasiado rápido.

¡El indicador! Sigue su alocada carrera, a pesar de que el submarino debía bajar hasta los treinta metros. Debería estar marcando más lentamente el cambio de profundidad. Lo observo con atención, pero lo único que consigo ver bien son las columnas de humo que vienen desde popa.

El ingeniero mueve la cabeza. Una fracción de segundo más tarde descubro miedo en su rostro.

¡El indicador! ¡Se mueve demasiado rápido!

El ingeniero da una orden a los timoneles. Es el truco de siempre; mantener dinámica la situación. ¿Y las máquinas eléctricas? ¿Estarán marchando a toda velocidad? No oigo, no puedo oír el acostumbrado zumbido que producen cuando están en funcionamiento. ¿Estarán en funcionamiento?

Alguien lloriquea. ¡Maldición! ¿Quién puede ser? En esta penumbra es imposible reconocer a nadie.

El ingeniero mantiene el haz de su linterna sobre el manómetro de profundidad. A pesar del humo, alcanzo a distinguir el paso del indicador, de los cincuenta a los sesenta. A los setenta ordena el comandante:

—¡Aire! —y el aire comprimido sisea, trayendo paz para mis nervios.

El indicador *tiene* que dejar de descender... pero no, sigue haciéndolo. Claro, es normal. Sigue descendiendo por un corto tiempo, hasta que la tendencia se transforme en ascendente. Tiene que dejar de bajar, lentamente... pero, ¿qué pasa?

¡Sigue bajando!

¡Ahora tiene que cesar su movimiento! ¡Ahora! ¡Ya! No, el indicador ni piensa en eso... Ochenta, noventa.

Todo el poder de mi mirada se concentra en esa aguja; en balde: pasamos los cien metros.

¿Es que el aire comprimido que tenemos no alcanza?

—El submarino no se mantiene —susurra el ingeniero.

Claro, ¡el agua que entró! ¡Somos demasiado pesados ahora!

Aún estoy sentado al lado de la compuerta.

¿Cuánto aguantará nuestra estructura? Ya estamos en ciento veinte, y seguimos descendiendo.

—Ciento noventa —informa el ingeniero—, doscientos, ¡doscientos diez!

¡Más y más profundidad!

Mi respiración ha cesado: en seguida se oirá el desgarró, y aparecerá la catarata verde.

¿Dónde se abrirá primero?

Todo el submarino está rodeado de ruidos diversos. De pronto, un golpe parecido a un disparo de pistola. Luego una melodía aguda, que me llega hasta la médula y la traspasa.

Cada vez es más agudo ese sonido... es un serrucho en medio del infierno.

—¡Doscientos sesenta y descendiendo! —grita una voz que no conozco. Mis piernas dejan de sentirse.

Alrededor del pecho se me cierra una barra de acero: ¡así se produce, entonces!

Pronto llegamos a los trescientos metros. Otro sonido, como un latigazo. El submarino se rompe.

Un fuerte golpe me saca de mi lugar. Ruedo hacia adelante, choco con una cara y me introduzco en una chaqueta de cuero. Por la compuerta llega un griterío producido por muchas voces. Como un eco le contesta el griterío que proviene de la proa. Ruido de vidrios rotos; un golpe, en seguida otro más. El submarino vibra, los golpes se repiten. Y de repente, silencio.

—¡Llegamos! —es una voz lejana la que lo dice, pero aún reconocible: el comandante.

Estoy recostado de espaldas e intento incorporarme. Consigo ahogar todavía un grito.

¿Y la luz? ¿Por qué no enciende alguien la luz de emergencia?

Oigo gorgotear agua. ¿Será en la bodega? Si viniera de afuera no haría ese alboroto...

Trato de localizar y de identificar cada uno de los distintos ruidos que oigo:

gritos, susurros, murmullos, pánico, la pregunta del viejo:

—¿No hay más informaciones? ¡Quiero informaciones como la gente!

¡Ah, por fin la luz! Media luz, pero... ¿qué más quiere la gente ahora? Desde la popa se intensifican los gritos.

Veó ante mí el rostro del comandante, en seguida el del ingeniero. La gente sigue corriendo hacia la popa, el pánico dibujado en sus ojos. Uno me atropella; casi caigo al suelo.

Trato de pensar: arriba estaba oscuro, aunque no tanto... Ningún aviador podría habernos descubierto con esa iluminación. Pero el viejo lo dijo claramente: una abeja.

El ingeniero se apura de un lado al otro y ladra sus órdenes.

¿Llegamos? Sí, hemos chocado con las rocas con todo el ímpetu. Ambas máquinas eléctricas a toda velocidad, con la nariz hacia abajo. ¡Que el submarino lo

aguante!

Tres o cuatro hombres están aún en el suelo. La masa oscura del viejo está de pie bajo la torre.

Alguien reza. Pero no por mucho tiempo. La luz de una linterna lo descubre.

El marinero de la central le aplica un tremendo puñetazo sobre la boca. Sangra.

Cada movimiento me provoca dolor. Tengo que haberme golpeado en algún lado.

Me imagino un corte de la geografía de Gibraltar; a nuestra derecha, la costa africana; en el punto más en declive de la unión entre ambos continentes, nuestro submarino.

¿Acaso creía el viejo que los ingleses no estarían esperándolo? Ahí está, de pie, con una mano sobre la escalerilla, la gorra puesta.

El primer oficial tiene la boca abierta. Todo su rostro trasunta duda temerosa.

¿Y el ingeniero? ¿Desapareció? El escucha informa:

—¡El aparato se ha descompuesto!

Ambos timoneles siguen sentados en sus puestos, como si aún hubiese algo que timonear... sobre la arena.

Se oyen silbidos que vienen desde la proa: ¿entrará agua allí también? La estructura tiene que haber aguantado, de todas formas; si no hubiéramos perecido.

Hemos caído como una piedra. ¡Que no nos hayamos roto la columna vertebral, con un golpe tan fuerte, contra el fondo! ¡Y a una profundidad mucho mayor que aquella para la cual está fabricada la embarcación!

De pronto, todo se me hace más claro: el viejo ha salvado nuestro submarino, al ordenar el curso hacia el Sur, en aguas medianamente profundas. Por un segundo es que conseguimos llegar a donde estamos ahora, sobre las rocas.

Un grupo de hombres, alrededor del marinero de la central trabaja afanosamente. Yo, por mi parte, aguzo el oído en busca de nuevos sonidos. ¿Qué es eso?

¡Hélices! ¡No hay duda! ¡Y se acercan!

El ruido nos paraliza a todos, como si un pase de magia nos hubiese hecho quedar estáticos. ¡Nos tienen! Sólo les falta liquidarnos.

El viejo se mordisquea el labio inferior. El griterío a proa y a popa, ha cesado.

Es seguro que también allí han oído las hélices.

Nada se mueve, nadie parpadea. Todos son estatuas de sal.

¡Que se vayan!

Es una sola hélice, siempre la misma. Su sonido no cambia. Es una turbina, y marcha a poca velocidad.

De todas maneras, no puede ser que el sonido de la hélice se mantenga tanto tiempo, por encima de nosotros. ¡Tiene que alejarse alguna vez! ¿Cómo se explica eso?

No alcanzo a ver el rostro del viejo. Tendría que inclinarme un poco hacia

adelante para verlo. Pero no me atrevo: ¡no hay que moverse ahora!

¿Qué murmura el viejo?

—Están dando vueltas sobre nosotros. —Entiendo: el barco gira sobre sí mismo, tan cerradamente como le es posible.

Es decir, que saben perfectamente dónde nos hallamos.

Castañeteo de dientes, un suspiro entrecortado, un bostezo que se ahoga.

Están esperando que subamos. Necesitan sólo las pruebas: un par de restos de naufragio, aceite, algunos jirones de carne blanca.

¿Por qué no disparan esos cerdos?

En algún lado caen gotas de agua; resuenan. Pero nadie les presta atención. La voz del viejo se repite:

—¡Giran! —y un instante después—: ¡giran!

Lloran.

Desde la popa llegan informaciones, susurradas de oído en oído. No entiendo de qué se trata. Sólo entiendo que la hélice sigue su chirrido monótono. Y yo soy su caja de resonancia.

Alguien nombra a Jesús. El viejo se ríe roncamente.

Todo parece estar detrás de una cortina de niebla, ante mis ojos. ¿Es niebla... o humo? Mis nervios, de todas maneras, sólo vibran de acuerdo con el ritmo que la hélice les imprime. El marinero de la central murmura algo, a mi lado. Trato de entenderlo, pero para ello debo hacer un esfuerzo supremo y volver en mí. Mis ojos enfocan nuevamente el habitáculo. Pero el humo sigue delante de ellos. Conque sí es humo... Pero, ¿de dónde?

Desde algún lado me llega la noción de que estamos perdiendo aceite. ¡Oh, Dios! ¡Perdemos aceite!

Me engaño pensando que aquí las corrientes son poderosas y que por tanto diluirán el aceite antes de que llegue a la superficie.

Pero, ¿de qué sirve eso? Los Tommies conocen las corrientes de este lugar perfectamente. Están aquí como en su casa. ¿Cuánto aceite estaremos perdiendo? Bien pensado, ya que perdemos, es mejor que perdamos mucho, así los Tommies piensan que ya lo han conseguido. ¿De qué manera saldrá el aceite?

Otra vez más comienza a girar todo a mi alrededor: veo nuestro aceite a la luz de los reflectores, allí arriba. El aceite borbotea; los reflectores se ayudan con luces de Bengala. De todos lados acuden barcos.

Quiero salir de aquí, dejar de estar encerrado entre todas estas cañerías de metal. Me atrapa el cinismo: tú lo has querido así, me digo. Querías ser un héroe, cuando todo lo tenías ya.

No lo aguanto; antes bien, me doy lástima. A media voz digo al fin lo que tenía ganas de decir hace tiempo:

—¡Maldita mierda!

Nadie me oye, tan fuerte es el ruido de la hélice. Mi corazón me golpea detrás de la garganta. Mi piel está fría, mi cráneo va a estallar.

Esperar.

¿Y ese ruido apagado, junto a la pared de babor? ¿No tendré ilusiones auditivas?

Esperar... esperar... esperar.

Yo no supe hasta ahora lo que esto significa: no tener ningún arma en la mano; ni un martillo, ni una llave.

El sonido de la hélice no cesa ni se aleja. Increíble. ¿Cómo es que no nos localizan con el Asdic?

¿No lo tendrán? Debo pensar tranquilamente. ¿No estará nuestro submarino en una falla del terreno? Sobre arena no hemos caído, seguro. Los chirridos de antes eran por las rocas que rozábamos en nuestra caída.

El comandante inspira audiblemente. Entonces murmura:

—¡Increíble! ¡En vuelo directo, desde la oscuridad!

Los de arriba no deben tener Asdic a bordo, seguramente. En fin; ¿para qué necesitarían un Asdic? En realidad, conocen nuestra profundidad, de todos modos. Con el eco les alcanza. O con la carta marina misma.

Retengo el aire hasta que no lo soporto más. Trago. Y suelto: así muchas veces.

¿Cuándo llegan las bombas? ¿Cuánto tiempo seguirán jugando con nosotros?

Mi estómago se acalambra; retengo el aire, nuevamente. Las carótidas revientan.

Ni siquiera necesitarían usar sus armas. Con dejar caer una bomba por la borda bastaría.

Retengo, trago, suelto. ¡Tiren de una vez, malditos!

Desde la popa llegan más informaciones susurradas. El viejo no parece prestarles atención.

¡Qué locura hacernos escurrir por este estrecho! Tenía que salir mal. ¡Y el viejo lo sabía! Ya con el comunicado nos podían dar por perdidos, y el viejo lo sabía. Por eso nos quería desembarcar en Vigo, al ingeniero y a mí.

¿Qué murmura ahora?

—¡Gente atenta! Dan vueltas por encima de nosotros.

Eso dijo, todos en la central lo oyeron. Un par de palabras del viejo aún surten efecto: todos levantan la vista, los ojos vuelven a moverse. Vuelve el movimiento: de puntillas, dos tripulantes se dirigen a la popa.

Sin comprender, miro al viejo: tiene ambas manos escondidas en los bolsillos de su chaleco de piel. Un pie descansa sobre el primer escalón de la escalerilla. No ha perdido nada de su apostura de siempre.

En algún lado trabajan herramientas.

—¡Silencio! —se enoja el viejo.

En la bodega, el agua gorgotea. Tiene que haber estado haciendo ruido desde hace rato, sin que yo me diera cuenta. Ahora que lo pienso: ¿cómo es que el agua de la bodega se mueve, si nosotros estamos quietos? Caramba... el agua debe de estar subiendo, debajo de las maderas del piso.

El viejo mantiene su cinismo:

—No se puede negar que esta gente se preocupa por nosotros.

El sonido de la hélice se aleja. Claramente. Se va. El viejo acomoda la cabeza de tal modo que puede oír mejor el ruido. De pronto, el mismo ruido, con la misma intensidad vuelve a instalarse.

—Interesante —susurra el viejo en dirección del ingeniero. Ambos murmuran entre sí. El viejo le pregunta al oficial navegante:

—¿Cuánto hace que dan vueltas?

—¡Diez minutos, señor! —le responde Kriechbaum.

Ahora noto la ausencia del segundo ingeniero. Seguramente está a popa.

Aquello tiene que ser un infierno, como en proa también. Tenemos mucha suerte, evidentemente. No todos los submarinos tienen dos ingenieros a bordo. Y no a todos el buen Dios les regala un poco de arena para posarse, como a nosotros.

El viejo arruga la cara para preguntar:

—¿Dónde está el segundo ingeniero?

—En la sala de máquinas eléctricas, señor.

—¡Que examine la batería!

Por todos lados parece irnos mal ahora. Desde el habitáculo de los diesel llega un silbido penetrante. ¡Y entra agua! Al principio estábamos de proa, pero ahora estamos francamente más hundidos hacia atrás. Es decir que el agua sube, en la popa.

¿Por qué no ordenan que la tripulación vaya hacia la proa? ¿Y por qué no se usa la bomba de agua? Es seguro que la bomba no funcionará, en semejante profundidad.

¡Doscientos ochenta metros! ¡Ninguna bomba es capaz de sacar agua con esa presión en el exterior!

A través de la compuerta echo una mirada hacia atrás. El habitáculo de los suboficiales está lleno de gente. ¿Qué hacen ahí?

El viejo está recostado contra la columna de su periscopio. Yo sólo llego a ver su pierna, que se apoya en el suelo, pero no su cuerpo. Su mano derecha retiene su rodilla, como si le doliera.

De pronto, toda su figura se pone en tensión. Se incorpora y pregunta, con voz que ya no es un susurro:

—Ingeniero, ¿cuánta agua entró? ¿Qué cámaras están dañadas? ¿Con cuáles ya no podemos contar? ¿Se puede bombear el agua que entró?

Las preguntas del viejo caen sobre el ingeniero una tras otra:

—¿Qué ha pasado con la bomba de agua? ¿Es posible repararla aún? ¿Podemos

adquirir suficiente impulso, con llenar de aire todas las cámaras?

El viejo moviliza sus hombros, como si quisiera relajarse. Luego da dos o tres pasos sin meta alguna, por la central. El marinero también se mueve.

Trato de sacar mis conclusiones: este submarino posee tres secciones estancas. Pero... ¿de qué nos sirve eso ahora? Supongamos, sólo supongamos, que el viejo ordenase cerrar la compuerta que da a popa. La proa y la central quedarían a salvo de la inundación. Podríamos esperar tranquilamente a que el oxígeno se acabara, pero nada más. Por otro lado, la bomba principal de agua... si ella ya no funciona, aún podemos combatir el agua que entra con el aire comprimido de las cámaras; pero es dudoso que después de eso sigamos teniendo suficiente aire comprimido como para llenar las cámaras. Quién sabe, además, si las botellas de aire comprimido no están llenas de agua. Y sin bomba y sin aire comprimido estamos listos. Está claro. Tenemos que sacar el agua que nos sobra, hacernos más ligeros, para poder ganar altura. ¿Qué sucedería, si acaso el aire que inyectamos en las cámaras se pierde por sus roturas, en vez de quedar en ellas? El precioso aire se perdería hacia la superficie, formando grandes burbujas, y nosotros nos quedaríamos abajo para siempre.

Hay un olor de perros. No hay duda: son gases de la batería; las baterías son muy sensibles, así que tienen que tener celdillas rotas. ¿Qué nos dará la fuerza de impulsión ahora?

—¡Rápido! —le oigo apurar al ingeniero.

—¡Vamos, vamos! —al navegante.

Las órdenes se entremezclan con nuevos susurros que llegan desde la popa.

No los entiendo. Sólo percibo inspiraciones prolongadas animalescas. Y por sobre todo eso, el ruido interminable de las hélices. ¡Quién aguanta esto! ¡Nos quieren acabar! Quiero cerrarme las orejas con los dedos, pero me doy cuenta de que entonces no captaré lo que pasa a mi alrededor. ¡Además, esta maldita media luz!

La gente se balancea grotescamente por la central. Me aparto de su camino. Tengo la incómoda sensación de molestar en todos lados.

El segundo oficial está de pie a mi lado, sin intervenir en nada. Es lógico: los marinos ya nada tienen que hacer en este caso. Somos un barco hundido, y por lo tanto...

¿Dónde estará el primer oficial? Tendría que estar en la central, también. Pero el intelecto no alcanza. ¡Qué razón tenías!

A mi lado respira el marinero de la central. Pienso que ya no nos tenemos que hacer ilusiones: nos tienen en sus manos. No nos podemos mover, estamos anclados aquí. Nuestra estructura aguanta, pero no tenemos máquinas que la hagan moverse. Sin máquinas no hay nada que hacer.

En la penumbra alcanzo a distinguir cómo se relajan los hombros del comandante. Por un movimiento imitativo consigo relajarme yo también. ¡Ah, acaba de hacerlo el



romboides! No hay nada que hacer: cuando se aprendió una cosa... De algo sirvieron las lecciones de anatomía en Dresde, cortando cadáveres gasificados. La sala llena de esqueletos, todos preparados.

—Qué raro —murmura el comandante en dirección de los manómetros. También él está asombrado de que los de arriba no hagan nada en todo este tiempo.

Me dice algo que no le entiendo por completo. Sus movimientos con la mano me confunden. Para él todo se debió a un avión.

—Quizá fueron dos las bombas que arrojó —agrega.

Se hace difícil respirar, ahora. El aire está inundado de ese olor a gas. Dos hombres, en el habitáculo de los oficiales, levantan la tapa de la batería I. Mientras uno tiene la tapa, el otro introduce algo, según llego a ver en la penumbra.

El ingeniero ordena:

—¡Inmediatamente, poner agua de cal, para ver cuántas celdas están rotas y vacías!

El ácido sulfúrico de las baterías debe haberse mezclado con el agua de mar, formando compuesto de cloro. Es el cloro el que huele tan mal.

El viejo se arriesgó demasiado... ¿El viejo? ¿Qué tiene que ver el viejo en todo esto? Fue esa banda de locos de Kernével. A ellos debemos estar agradecidos.

Nos cargarán en su conciencia... si la tienen. En Kernével somos solamente un número. Si desaparecemos, raya y listo. El astillero construye otro submarino. Gente, la de reserva.

La camisa del ingeniero está completamente empapada. Abierta, se le ve todo el pecho. El cabello está despeinado, de tal manera que un mechón le cuelga sobre la mejilla izquierda.

El segundo ingeniero aparece, desde la popa. Consigo entender por sus murmullos que el agua sigue ascendiendo lentamente en el compartimiento de las máquinas eléctricas.

Luego de deletrear cada una de las pérdidas, que son muchas, el segundo tiene que tomar aire.

Un par de botas se arrastran sobre el suelo.

—¡Silencio! —ordena el comandante— ¡El barco está aún sobre nosotros!

También en la bodega de la central sigue subiendo el agua. El gorgoteo se oye claramente.

—¿Qué hay del combustible? ¿Se dañó alguna celda de combustible? —pregunta el viejo.

El ingeniero desaparece en dirección de la popa. Unos minutos más tarde vuelve con la información:

—Al abrir la cañería salió combustible... pero en seguida comenzó a salir solamente agua.

—Curioso —responde el comandante.

Eso va contra todas las reglas. El agua sale, pero sin fuerza. Y como la instalación está en la cercanía de los diesel, el agua tendría que haber brotado con mucha mayor fuerza, si la celda hubiese estado rota. El ingeniero y el comandante sacan cálculos: la celda estaba a medio llenar, ¿cómo puede entonces salir un chorro tan débil? Las otras dos celdas, además, están completamente llenas, con el combustible del Weser.

—Curioso —dice ahora también el ingeniero.

—¿Dónde se conecta la cañería con el exterior? —pregunta el viejo: seguramente, aún queda la posibilidad de que la celda en sí no esté dañada, sino la cañería.

Lo único que ambos pueden hacer en este momento es suponer una cosa u otra, pero no examinar la instalación, debido a lo profundo de la situación de las mismas. El aspecto de las celdas, vistas desde el exterior de la embarcación, es algo que ni siquiera es posible suponer.

El ingeniero vuelve a la popa, apurado.

Trato de hacerme una idea cabal de la situación. En los tanques, el combustible flota sobre el agua, a fin de que haya equilibrio de presiones. Son compartimentos estancos, menos expuestos al peligro que las cámaras. Quizás el *bunker* de afuera esté vacío; pero entonces, los exámenes deberían haber señalado cuánto combustible hemos perdido. ¿Sabrá el ingeniero cuánto combustible deberíamos tener en este momento? Porque los indicadores de combustible no trabajan con precisión, ni es posible hacer el cálculo justo de la cantidad de horas durante las que el combustible fue usado. Y además, ¿cuándo habrá sido el último examen?

El marinero de la central, empapado hasta las orejas, informa que una válvula de la instalación se encuentra averiada. El la acaba de reparar. Esa era entonces la causa de la gran cantidad de agua en la bodega de la central.

De pronto me doy cuenta de que el ruido de la hélice ha cesado. ¿No será una trampa? ¿Podremos respirar, o será que el barco está justo sobre nosotros, con las máquinas apagadas?

—No pueden habernos visto. No. Es completamente imposible —dice el comandante.

Para el viejo, el barco ya no representa ningún peligro; como así tampoco el avión, que parece no habernos divisado. Imposible, dijo.

El viejo murmura algo así como:

—No hablar por radio... una lástima... es muy importante.

Lo entiendo. Ya hace mucho que existe el rumor de que los ingleses poseen una nueva arma, una nueva forma de localizar submarinos, por medio de un aparato tan pequeño que cabe en una cabina. Somos el ejemplo de que ese nuevo aparatito electrónico existe. A nosotros nos tienen que haber encontrado así. Y si es así de ahora en adelante ya no estaremos seguros ni siquiera de noche. Y el viejo quisiera

dar aviso a los demás, pero en este momento nos es imposible. Si así son las cosas, es mejor que nos quedemos en casa.

En la central hay tal alboroto que lo único que puedo hacer ahora es retirarme al habitáculo de los oficiales. Tampoco aquí hay mucho lugar: el sofá del ingeniero y la mesa están totalmente ocupados con planos y croquis.

El ingeniero toma entre sus manos uno de los planos, mientras murmura cosas incomprensibles para los que lo rodean. Con un lápiz de punta rota traza pequeñas figuras; un instante después, toma un clip de oficina y sigue marcando figuras, ahora sobre el linóleo, sin cuidarse de las marcas que ocasiona... como si ya no tuvieran importancia.

El primer oficial está sentado a su lado y limpia sus binóculos. Por ahora, los marinos carecen de actividad. De todas formas, lo que hace es tonto: ¡como si pudiera tener buena visibilidad! Su rostro, antes siempre tan alisado, presenta ahora dos líneas que corren de la nariz a la boca. De la barbilla le cuelgan algunos pelos enmarañados. No es éste nuestro primer oficial, siempre tan elegante.

¿Qué hora será? Me asusto al comprobar que mi reloj ha desaparecido. Trato de ver la hora en la muñeca del ingeniero: las doce y unos minutos. Acaba de pasar la media noche.

El comandante dirige una mirada interrogante al ingeniero.

—Con los elementos de a bordo no hay nada que hacer —dice éste.

¿Con qué elementos entonces?

Delante de nuestra mesa y en todo el pasillo han sido levantadas las maderas del suelo; dos hombres se hallan abajo, trabajando en la batería I. Desde la central se les alcanzan herramientas y cables.

Abajo profieren insultos.

De pronto, aparece Pilgrim por la abertura. Sus ojos están llorosos. Tosiendo grita hacia la central, sin darse cuenta de que el ingeniero está sentado en el habitáculo de oficiales:

—¡En total hay veinticuatro celdas vacías!

¿Cuántas serán en conjunto?

El ingeniero se incorpora y le ordena a Pilgrim y a su ayudante que se coloquen los salvavidas. Desde la central llegan dos paquetes marrones. Yo mismo los alcanzo hacia abajo.

Mientras ambos están ocupados poniéndose los salvavidas, el ingeniero se desliza por el agujero inmediato a la mesa. Minutos después salta otra vez hacia afuera y busca con toda celeridad un plano de las baterías, en el armario, lo pone encima de los demás planos y se sumerge en su estudio. Las celdillas son tachadas una a una, con una cruz.

—Los puentes no alcanzan de ninguna manera. —El ingeniero no levanta la

cabeza de la figura. Eso quiere decir que las celdillas inutilizadas no pueden ser desarmadas y tiradas simplemente por la borda. El ingeniero quisiera hacer una nueva batería con el resto de celdas sanas.

Pero no encuentra los caminos más cortos para la nueva instalación. Hay sudor en su frente. Tira líneas y vuelve a tacharlas.

Un marinero trae un recipiente lleno de cal. Con ella debe ser neutralizado el ácido sulfúrico, para que no se forme gas clorado. La cal pasará a la batería a través de una abertura que hay en el baño. El Bailarín abre la puerta del reservado.

—¡Vamos, hombre! ¡Es urgente! —lo apura el ingeniero. Con el plano aún en la mano sigue dando órdenes desde arriba, a media voz. Es como si hablara al vacío; no alcanzo a oír la voz de Pilgrim respondiéndole.

Desde abajo llegan suspiros y bostezos.

En alta voz, el comandante pide pan blanco con manteca. ¡Me da un ataque!

¡Ahora, pan y manteca! Es seguro que el viejo no tiene hambre: quiere decir, en una palabra que las cosas son ahora así como son, y nada más. Si a vuestro comandante le da la gana de comer, pues come, y se acabó.

El camarero hace acrobacia para alcanzarle dos rodajas de pan y un cuchillo.

¿Dónde los habrá encontrado?

—¿Quiere la mitad? —me pregunta el comandante.

—¡No, gracias!

El viejo hace algo parecido a una sonrisa. Se reclina tranquilamente y demuestra cómo se hace para masticar bien. Rumia, como las vacas.

Dos hombres lo ven comer. Así es como en todo el submarino se sabrá en seguida lo que hace el comandante, tal como él quiere.

Zörner vuelve desde abajo. Se limpia el rostro y pasea su mirada. Al ver al comandante, la boca se le queda abierta de asombro.

El maquinista Franz llega apurado, con una lámpara en la mano, posiblemente en busca del ingeniero. Sus brazos están negros de aceite. El ingeniero se le acerca, cruzando la abertura del piso. Entretanto, Pilgrim sigue gritando desde abajo, por lo que el ingeniero no puede entender lo que Franz le dice. Yo en cambio sí oigo que el agua sigue subiendo en la popa. El ingeniero y Franz se dirigen a la central. Unos minutos después vuelve el superior, para bajar en seguida al cuarto de la batería.

El viejo termina de comer: la función ha llegado a su fin.

La voz del ingeniero llega desde abajo con fuerza:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no hay luz, Zörner?

—Mierda —se le oye murmurar a alguien.

Parece que son manos lo que hace falta allí abajo. Veo una lámpara en un rincón y trato de encenderla. ¡Sí! Prendo la lámpara a mi cintura y bajo.

—¿Viene o no viene esa luz?

El ingeniero me acepta sin palabras. Me deslizo hacia abajo, como quien va a arreglar un coche: de lado, sobre una lisa superficie. ¡Qué ordenado está todo aquí! Pero que el ingeniero no se haga ilusiones; si las máquinas eléctricas se llenan de agua, todo esto es en balde. Me sorprende que el ingeniero no diga una sola palabra. Sólo se oye su respiración entrecortada. Por fin me indica cómo debo sostener la lámpara. En la luz veo trabajar sus dedos afanosamente.

Que sostenga aquí, con la mano que me queda libre. Despacio, para que no se escape.

El aire se torna irrespirable. El ingeniero tiene una llave entre los labios, como un indio sostendría un cuchillo. ¡Si nos falla! Ahora repto unos tres metros más adelante. Lo sigo. Me lastimo las rodillas.

Yo no tenía ni idea de que el cuarto de la batería fuese tan grande. Siempre imaginé que una batería sería más pequeña. Pero, ¿cuánto de esto es aún utilizable? Todo son escombros. ¡Todo el submarino ha sido reducido a escombros por esos perros!

¡Aire! ¡Caramba, manden aire! La pinza alrededor del pecho aprieta cada vez más.

El ingeniero me hace una señal: tenemos que salir de aquí. Desde arriba llegan manos dispuestas a ayudar. Subo y respiro profundamente.

—Bonita mierda, ¿eh? —me pregunta una voz, todavía irreconocible para mí. La oigo como desde muy lejos. No le puedo contestar, tan agitado estoy. Por suerte hay un sitio en el sofá del ingeniero, en medio de todos esos planos. Oigo que son las dos.

¿Sólo las dos?

El ingeniero le comunica al viejo que hace falta alambre. No alcanzó ni para hacer los puentes de esa mitad de la batería.

La cosa no parece ser ahora subir a la superficie: nuestro principal problema es encontrar alambre. Hasta el segundo oficial participa de la búsqueda.

En los tubos, en el habitáculo de proa y en las sobrecubiertas hay torpedos. Cada uno cuesta veinticinco mil marcos. Pero alambre no hay. Ni un pedazo. Municiones hay, pero no cinco marcos de alambre viejo. ¡Si es para reírse!

El contramaestre ha desaparecido en el habitáculo de proa ¿Qué pasará si él, el ingeniero, el segundo oficial y el marinero de la central no encuentran un miserable alambre?

Oigo la orden:

—¡Desmantelar las instalaciones eléctricas y volver a armarlas con menos alambre!

¡No puede ser! Necesitamos alambre de un cierto grosor. ¿O tendremos que trenzar los alambrecillos?

Claramente estamos inclinados hacia la popa. Se comenta que el tubo del torpedo

de popa ya está hasta las dos terceras partes en el agua. Si las máquinas eléctricas se llenan de agua, de nada sirve buscar el alambre.

¿Qué día es hoy? El almanaque ha desaparecido de la pared. Como mi reloj...

Ya no aguanto estar en el habitáculo de los oficiales. Vuelvo a la central, a saltos por encima de las aberturas. Me duelen todos los huesos.

Sobre el suelo encuentro el barógrafo, con dos de sus vidrios rotos. La aguja inscriptora está doblada hacia atrás, y el papel señala una línea que desciende y termina en una mancha de tinta. Parece haber marcado nuestra desgracia.

El comandante y el ingeniero murmuran entre sí. El maquinista Johann viene de la popa; también se les agrega el marinero de la central. Hasta el maquinista Franz puede dar su opinión. Toda la conducción técnica del submarino está aquí reunida, salvo el segundo ingeniero, quien quedó en la sala de máquinas. Por lo que oigo, en la popa se trabaja con método y continuidad, y hay adelantos. El problema de la batería quedó en manos de los marineros de electricidad.

El grupo vuelve a disgregarse. Sólo el comandante e Isenberg quedan en la central. El viejo se apoltrona sobre la caja de las cartas marinas, para mostrarse ante los marineros que pasan por delante de él: es un hombre que bien puede confiar en sus especialistas.

Pilgrim informa al pasar que se dirige hacia la proa, a buscar alambre.

—¡Muy bien! —lo alienta el viejo.

En eso aparece el contraamaestre, contento como un niño debajo del árbol de Navidad: en las manos sostiene un par de metros de alambre, grueso y viejo.

—¡Estupendo! —oigo la voz del ingeniero desde la popa.

El contraamaestre parece haber descubierto América. Lo que no sabe es que esos pocos metros no alcanzan para nada.

—¡Sigán buscando! —ordena el viejo: En seguida entra, por diez minutos, en un mutismo absoluto, quizá porque no hay nadie mirándolo.

El ingeniero vuelve a aparecer.

—Y... ¿cómo le va? —pregunta el comandante.

—Más o menos. Casi terminamos. Faltan sólo tres celdillas —contesta el ingeniero.

—¿Y a popa?

—Bien, ya está mejor.

Me dejo caer en el sofá del habitáculo de los oficiales. Con los ojos cerrados trato de imaginarme nuestra situación actual: durante la caída, el comandante ordenó llenar de aire las celdas, pero de nada sirvió, ya que había demasiada agua dentro del submarino y no se podía establecer el equilibrio. De donde deduzco que ahora mismo debe haber aire dentro de los *bunkers*... aire que nos podría hacer volver a la superficie siempre que lográsemos disminuir el peso del submarino. O sea que

llevamos demasiado lastre, nada más, como un globo aerostático. Todo está claro; pero es cierto sólo si las celdas de inmersión están intactas. Si no han perdido el aire. Si ese aire ya no existiera, deberíamos inyectar más aire comprimido, más que el que tenemos.

Aparte del método estático, también tenemos el dinámico: con la fuerza de las máquinas y la ayuda de los timones somos capaces de volver arriba, como hacen los aviones, a pesar del sobrepeso. Pero eso solamente es posible con un lastre ligero. No es nuestro caso, seguro. Nuestro submarino es muy pesado para pensar en eso. Y tampoco se sabe si el líquido de las baterías es suficiente como para hacer mover nuestras hélices, aunque no sea más que por un par de minutos. ¿Sabrá el ingeniero de qué son capaces las pocas celdillas que quedaron sanas?

Casi seguramente debemos usar el primero de los métodos, el del globo aerostático. Es decir que el agua que llevamos adentro debe salir, como sea. ¡Debe salir!

Y cuando estemos arriba, ¡a saltar por la borda y a nadar! Mis películas bien me las puedo colgar del cuello. Por lo menos que se salven las de la tormenta.

¡Si no fuera por la maldita corriente de este estrecho!

¡Es increíble! ¡En el último momento, esa cucharada de arena, debajo de la quilla!

¡Un milagro!

El viejo se mordisquea el labio inferior. El ingeniero es ahora el que piensa y el que dirige, de él todo depende. ¡Pobre! No ha descansado un minuto.

Parecen haber cesado todas las entradas de agua. Sólo siguen entrando un par de gotas, nada más. Pero el agua en el submarino, ésa no sé cuánta es. Un litro de agua es un kilo de peso. Somos demasiado pesados, es evidente.

—¡Bonito olor a mierda! —dice un marinero.

—¡Abre la ventana! —le contesta Frenssen.

Desde la popa llega el sonido del agua que sale de algún caño. Como si fuera vapor. Ahora se intensifica el ruido. Maldición, ¿qué será?

¿Qué es lo que en realidad planea el viejo? ¿Querrá intentar subir y acercarse aún un poco más a la costa africana? Debe ser eso, porque pretendía ascender de todos modos, antes de que aclarara. Si sólo quisiera ascender para dejarnos desembarcar, no se interesaría tanto porque en la popa consiguen terminar antes del amanecer. Pero es justamente eso lo que pregunta a cada rato.

Nadar en la oscuridad, eso sería demasiado arriesgado. La corriente nos dispersaría completamente. ¿Nos encontrarían los Tommies entonces? Ni siquiera tenemos con nosotros lámparas de señalización, ni una sola lámpara roja colgando del salvavidas.

El viejo permanece callado. Y preguntarle no puedo. Una cosa está clara: que ahora lo importante es deshacerse del lastre. Pero, ¿y después, qué, si todo va bien?

¿Cómo sigue la cosa?

En ese instante asoma el comandante en el habitáculo de oficiales.

—Este hombre se está perdiendo su orden de mérito, es una pena.

Lo miro sin entender.

—Claro; ¿qué puede hacer el pobre, si nosotros tardamos tanto en ahogarnos?

Veo la escena: una barraca en Gibraltar. Un montón de aviadores en sus uniformes, con un vaso en la mano, festejando el hundimiento de un submarino, observado y corroborado por la Marina.

—El miedo al desnudo —dice el comandante, y señala las espaldas del nuevo marinero de la central. Está sarcástico.

El oficial navegante, de pie en el pasillo, informa:

—El cabezal del periscopio está roto.

Lo dice con la voz más descuidada del mundo, como si informara que se le ha agujereado un zapato.

—Bien —responde el comandante. Su voz está cansada. Un poco más o menos de derrumbamiento no le hace, ahora.

Creo que a popa es donde más se ha sufrido el impacto. Me pregunto cómo puede ser que sea la popa la que más se haya perjudicado. Los daños en la central y en la batería I son explicables. Pero no que el agua haya entrado en la popa. ¿No serían dos las bombas?

Desde atrás llega el ingeniero, para informar al comandante la situación de popa, con voz entrecortada. Dice que casi todas las compuertas que dan al exterior de la embarcación hicieron agua. La instalación eléctrica falló totalmente. Los motores se recalentarían, si se pusieran en funcionamiento.

Lo que el ingeniero está haciendo es un completo inventario de los daños.

Todas las bombas de agua están rotas. Los basamentos de el diesel de babor han resistido, por un verdadero milagro, no así los de la máquina de estribor. El timón delantero de profundidad apenas si se puede mover. La brújula, inutilizada. Hasta el telégrafo está roto.

—¡Babel aún no está perdida! —murmura el viejo. El ingeniero entrecierra los ojos, como para observar mejor al comandante.

Otro sonido: sin duda, llega desde afuera; es una melodía aguda, sobre la que se agrega un golpecito rítmico. Se me corta la respiración: ahí están, nuevamente. El viejo también lo oyó. Escucha con la boca abierta, la frente surcada de arrugas. El sonido va en aumento. ¡Son turbinas! En seguida comenzará el Asdic, seguro. Todos aquí están paralizados. No consigo distinguir bien las masas oscuras que me rodean: la de la izquierda debe de ser el oficial navegante, más allá, el ingeniero; aquél tiene que ser el segundo oficial. Y el otro es el marinero de la central.

Otra vez más la opresión alrededor del pecho, la mano en la garganta. Tragar dos



veces y aspirar aire, como alguien que se ahoga.

El golpear de mi pulso debe sentirse en todo el habitáculo.

Mis oídos se han convertido en atentos aparatos de audición de todo tipo de ruidos: hasta los que antes no oía me son familiares ahora. El ruido de una chaqueta de cuero o el sonido que produce una bota contra el suelo.

Quizás el de antes no llevaba bombas a bordo. Esto es entonces la absolución. Mis músculos se tensan, todo yo estoy duro. No debo dejar traslucir nada.

¿Y ahora qué pasa? ¿El ruido de las hélices disminuye? ¿No me engaño?

Me duelen los pulmones. Sólo un segundo tardo en llenarlos de aire. No hay duda: el ruido se aleja.

—Se va —confirma el viejo. Al mismo tiempo me relajo. El aire viciado y maloliente, gracias a Dios, parecería que vuelve a ser respirable.

—Era un destructor. Ahí arriba está lleno de barcos; juntaron en la zona todo lo que flota —dice el viejo, sin tonalidades en la voz.

El viejo quiere decir con eso que el barco pasó por casualidad tan cerca de nosotros.

Mis nervios auditivos no tienen descanso, sin embargo: en la popa se sigue trabajando inmediatamente. Me doy cuenta de que hace unos momentos había en la central un número mayor de personas de lo que en realidad correspondía: el tratar de estar debajo de la torre cuando se oye un barco enemigo no es otra cosa que atavismo. ¡Como si nadie se hubiese enterado de la profundidad a que se halla nuestro submarino! Aquí abajo, lo mismo da ser maquinista que marino. El salvavidas apenas si nos regala media hora de oxígeno.

El pensamiento de que los Tommies nos dieron por perdidos hace tiempo, de que nuestro hundimiento ha sido comunicado como definitivo al Almirantazgo Británico, me hace sentir algo intermedio entre sarcasmo y pánico. ¡Todavía no, señores, todavía no!

Me duele la cabeza detrás de la ceja derecha; el aire irrespirable, ¡Oh, milagro!, está más denso aún. Seguramente este aire es altamente inflamable, con su mezcla de cien olores y de los gases de los diesel y de las baterías.

Ni pensar qué pasaría si el ingeniero no estuviese a bordo. El segundo no nos podría sacar de esto. Si se hubiese bajado en Vigo, como estaba planeado... Ideas raras las tuyas, me digo, si él no estuviera, tampoco estarías tú en esto. Quiere decir que mientras yo esté en este submarino, nada podrá sucederle. Las líneas de mis manos dicen que yo llegaré a una edad avanzada. Así que lo único que tengo que hacer es poner buena cara al mal tiempo.

Los únicos sonidos humanos que me llegan desde hace rato son los murmullos en la central. Tengo ganas de escuchar mi propia voz.

A mi lado está sentado el segundo oficial, sobre un camastro, en el habitáculo de

oficiales. Se asombraría de escucharme, creo.

Mi lengua se ha transformado en un gran pedazo de carne que me sobra en la boca.

¡Si pudiésemos mandar alguna comunicación! Pero aunque anduviese el aparato, tal cosa sería imposible, desde esta profundidad. En casa nadie se enterará de lo que nos pasó. «Cayó ante el enemigo», la acostumbrada noticia impartida por la Flota. El desastre queda en el incógnito. A no ser que el Almirantazgo Británico lo dé a conocer a través de su emisora de Calais.

Ese es su modismo: dar la mayor cantidad de datos precisos, para que la gente les crea. Nombre, fecha de nacimiento, tamaño de la gorra del comandante. Pero el Mando... seguramente dejarán pasar el tiempo: nosotros podemos tener nuestros buenos motivos para no querer comunicarnos. Así que a esperar; ya nos darán orden de ponernos en contacto, una o dos veces. Lo mismo de siempre.

Sin embargo, así como va esto, los señores del Mando se darán cuenta en seguida de que la orden que nos fue impartida no pudo ser cumplida. La *chance* no era demasiado grande, y la gente de Kernével lo sabía. Miro hacia el techo: las bananas están madurando; entre ellas, dos o tres ananás llaman la atención por lo apetitosas. Bah, abajo la batería desmantelada y aquí arriba este jardín.

El ingeniero aparece nuevamente. Se queda en el pasillo un instante, como si de tanto que debe pensar no pudiera, además, moverse. En su rostro se ve cómo trabaja su cerebro: sus ojos semicerrados, sus mejillas hundidas.

¿Sería uno de los ruidos que nos llegan desde la popa lo que hizo que el ingeniero cesara de moverse? Ahora comienza a caminar otra vez, lentamente, como pidiéndole permiso a cada pie. De pronto parece liberarse de sí mismo y se dirige resueltamente al armario, de donde retira un rollo de planos. Estira uno de ellos sobre la mesa, yo lo ayudo, poniendo sobre cada punta del plano un montón de libros. Es un corte longitudinal del submarino.

No sé qué es lo que el ingeniero estará buscando. Tiene profundas arrugas que le surcan el rostro. El aceite se ha depositado en ellas.

Tiene que pensar como lo haría un criminalista. Una y otra vez murmura fórmulas conocidas sólo por él. Hace dibujos y se retrotrae a un silencio.

El segundo ingeniero aparece en el lugar, sin aliento y con el cabello revuelto.

Se inclina sobre el plano, al lado del ingeniero. Calla. Sus labios están exangües.

Todo depende de lo que ambos ingenieros estén pensando. Yo, por mi parte, me mantengo en silencio, no hay que molestarlos. El ingeniero muestra con la punta del lápiz una parte del plano y observa a su segundo. El segundo asiente, ha comprendido. Ambos se incorporan al unísono.

Todo parece indicar que el ingeniero sabe ahora cómo hacer para echar el agua hacia afuera. ¿Cómo para contrarrestar esa presión?

Sobre la mesa del habitáculo de oficiales veo un pedazo de pan untado con manteca y mordido: es un recuerdo del Weser, pan fresco. Me hipnotiza.

Cada vez se hace más difícil respirar. ¿Por qué no ordena el ingeniero más oxígeno? Estamos llenos de pan y de comida fresca, pero lo que en realidad necesitamos ahora es aire fresco.

Doscientos ochenta metros. ¿Cuánto pesa la columna de agua que está sobre el submarino? Yo lo supe alguna vez, sabía hacer el cálculo. Pero ahora... mi cerebro se comporta en forma miserable. No se puede pensar con tanta presión sobre la tapa de los sesos.

Tengo la impresión de que mi materia gris no es nada más que un puré, del cual ascienden burbujas exultantes. ¡Si sólo tuviera mi reloj! Mi sentido del tiempo ya no funciona. Tampoco el de orientación. Por momentos no sé dónde estoy hasta que vuelvo a reconocer los objetos que me rodean, pequeños por la distancia.

Ahí está el ingeniero. Mis pensamientos tratan de reconcentrarse observándolo. Líneas de luz salen de su rostro. Sus pupilas oscuras hacen juego con el agujero negro de su boca. La cara parece un relieve en negativo. Sólo el movimiento de las arrugas, en la frente, le da vida.

En el bolsillo izquierdo de mi pantalón siento mi talismán, un trozo ovalado de turquesa. Con la mano abierta lo palpo en toda su magnitud; me recuerda el vientre de Simone.

¡Si Simone me viese ahora, a doscientos ochenta metros de profundidad! No en cualquier lado, sino con domicilio y todo: estrecho de Gibraltar. Hacia la costa de África. El tubo está lleno de cincuenta cuerpos, huesos y carne. Cincuenta cerebros, cada uno con su mundo de recuerdos.

Quiero recordar el pelo de Simone... ¿Cómo lo llevaba la última vez? Por más que lo intento, no me acuerdo.

Lo que sí veo claramente es su pullóver violeta. Su pañuelo amarillo al cuello, y la blusa malva. ¡El anaranjado áureo de su piel! ¡Ahora recuerdo su peinado! ¡El cabello cayéndole sobre la frente, eso es lo que siempre me irritaba! El resto era lacio, salvo algunos rulos en la nuca. Artísticamente despeinada, eso era lo que a ella le importaba.

No estuvo bien de su parte pedirme los binoculares para su padre. Le debe haber interesado la nueva coloración azulada, que los hace más nítidos. ¿Y Simone?

¿Sólo quería ponerse en escena? Monique recibió un ataúd de juguete, también Genevieve y Germaine... solamente Simone no recibió ninguno.

El viejo aparece junto al ingeniero. Ambos se inclinan sobre un plano.

—A mano hasta el tanque de regulación —oigo que dicen. ¿Va eso? De todas formas, los veo asentir a ambos.

Luego, desde allí, con la ayuda de la bomba de repuesto y de aire comprimido en

el exterior...

La voz del ingeniero vibra. Me invade el temor al ver el perfil del ingeniero. Es un milagro que aún se mantenga sobre los pies. Ya estaba terminado antes de que todo esto comenzara. Quien tiene tras de sí doce viajes, está listo antes de empezar.

Este será su último viaje. Este, nada más. De su frente bajan gruesas gotas de sudor. Cuando vuelve la cara, brilla.

Está diciendo algo ahora, de la celda de inmersión número tres. Pero a ésa no pudo pasarle nada, ella está por dentro de la estructura. Así era, con sólo la celda número tres puede flotar el submarino. Ahora no, claro: con tanta agua, su potencia no alcanza. O sea que seguimos necesitando sacar el agua fuera de la embarcación. No tengo ni idea de cómo lo logrará el ingeniero, pero ya sé qué es lo que quiere: llevar el agua desde la central a las celdas de regulación y desde ahí al exterior.

Entiendo que el ingeniero quiere sacar el submarino del lugar donde está solamente después de que todas las reparaciones hayan sido llevadas a cabo. Según parece, puede hacer un intento.

—Lo primero es tener la quilla horizontal —dice el viejo. Claro, la maldita inclinación hacia la popa. Pero pasar el agua hacia adelante es imposible... Entonces, ¿cómo?

—Vamos a acarrear el agua a pulso, hasta la central —agrega. ¿A pulso? Lo dice en serio.

A través del habitáculo de los suboficiales y la cocina se forma una cadena de hombres, entre los cuales me coloco yo mismo. Mi lugar está cerca de la compuerta. Se oyen improperios y consejos. Por la compuerta aparece un barreño de ésos que el cocinero usa para lavar los cubiertos, viniendo hacia mí. El marinero de la central lo toma de mis manos. Un instante después oigo cómo cae el agua en la bodega de la central.

Desde delante llegan cada vez más jarros y fuentes que pueden ser usados en la popa. El ingeniero es quien imparte las órdenes.

Me cuido de que ese sucio puré no me toque. Pero ya entré en el ritmo. El agua será sacada del submarino, cueste lo que cueste.

El que me alcanza el barreño es Zeitler. Su camisa está tremendamente sucia, rota. Con cada recipiente me entrega una sonrisa. Hasta que llega un barreño más pesado que los demás. Parte de esa sopa se me cae encima. Ahora están mojados mis pantalones y mis zapatos, además de mi espalda, empapada de sudor. Por dos veces consigo ver la sonrisa del comandante, en el momento en que entrego el barreño al que sigue. Ahora se trabaja. Algo se consiguió.

A veces deja de funcionar la cadena, porque en la popa alguien interrumpió su trabajo. Un par de insultos y ya se reanuda la labor.

El marinero de la central es quien deja caer el agua en la bodega. Pero el piso de

la central ya está mojado, y el agua se filtra por las maderas hacia abajo. Allí está la batería II... ¿no pasará nada? El ingeniero está cerca, así que él cuidará de que todo esté en orden.

¿Me engaño, o es verdad que el submarino se ha enderezado ya un par de grados? En la central, el agua llega hasta los tobillos.

¿Qué hora será? Por lo menos las cuatro. ¡Mi reloj, qué pena! Lo tenía desde hace diez años.

Zeitler es el que más trabajo realiza: él tiene que pasar los baldes por la compuerta.

—¿A qué hora amanece? —le pregunta el comandante al navegante.

—A las siete y treinta. —Eso quiere decir que nos queda muy poco tiempo.

Deben de ser más de las cuatro, en este momento. Si no conseguimos subir pronto, tendremos que esperar hasta la noche. Pero entonces les regalaremos un día de sol a los enemigos, para que se interesen por nosotros.

—¡Pausa! —van diciendo de boca en boca— ¡Pausa, pausa!

Si lo que el viejo pretende es llegar a la costa africana, suponiendo que el intento de subir tenga éxito, necesitará el amparo de la oscuridad. Desde donde estamos nos queda aún un buen trecho. O sea que el tiempo que nos resta es todavía más corto. ¿Alcanzará el poco líquido de las celdas de la batería, en realidad?

¡Cielos, lo que parece esta gente! Rostros verdes, rostros amarillos. Las órbitas son de color verde oscuro. Los ojos, rojos. La iluminación transforma todo en un blanco y negro monótono, las bocas en agujeros ávidos de aire.

Vuelve a hacer su entrada el ingeniero, para informar que las máquinas eléctricas están fuera de peligro. Mi corazón se alivia. El ingeniero, sin embargo, quiere sacar más agua de la popa.

—Bien —dice el comandante con su voz normal—, ¡entonces sigamos!

Me cuesta volver a coger el ritmo. Me doy cuenta de que me duelen todos los músculos.

Se oyen arcadas e insultos. El aire falta. Pero una cosa es segura: nos acercamos a la horizontal.

El comandante pasa la compuerta y grita hacia la popa:

—¿Cómo va eso?

—¡Muy bien, señor, muy bien!

Así como estoy, podría dejarme caer, en medio del puré que baña el piso. Me da lo mismo. He contado cincuenta recipientes llenos. Llega la voz de alto.

Aún tengo que tomar de las manos de Zeitler cuatro o cinco barreños más, pero el marinero de la central ya no me los devuelve vacíos, sino que los hace llevar a la proa.

¡Rápido, a sacarse de encima estas ropas mojadas! En el habitáculo de

suboficiales todo es desorden, porque todos quieren hacer lo mismo.

¡Fantástico! Sobre un camastro encuentro mi *Isländer* y mis pantalones de cuero. Y las botas de mar. Frenssen y Pilgrim se me caen encima. Contento como un niño callejero, paseo por la central; pateando los charquitos. En el habitáculo de los oficiales me puedo dar el lujo de estirar un poco las piernas.

En eso oigo la palabra «oxígeno». De boca en boca pasa la orden por todo el submarino:

—¡Toda la gente libre debe recostarse en sus camastros! El segundo oficial mira consternado.

Otro aviso:

—¡Cuiden de que al dormir no se le caiga al compañero la boquilla de entre los labios!

—Hace mucho que no lo usábamos —dice pensativo el contraamaestre.

Es claro que si se imparte esta orden, es porque no volveremos a la superficie por un tiempo. El segundo oficial no dice una sola palabra. La orden parece no gustarle. En su reloj de pulsera veo que son las cinco de la mañana.

Vuelvo en dirección a popa. Todo el personal tiene en sus rostros una sombra. La esperanza ha muerto. Todo el día tendremos que pasarlo bajo agua. ¡Dios mío!

Mi tubo de oxígeno se encuentra en la cabecera de mi cama. Es apenas tan grande como dos cajas de cigarrillos.

Los demás habitantes del recinto de suboficiales se ocupan también de atornillar la boquilla a la manguera. Sólo Zeitler se ha retrasado un poco.

A Pilgrim y a Kleinschmidt ya les cuelgan las mangueras de la boca. Yo trato de imitarlos, y al hacerlo me doy cuenta de que mi mano tiembla. Con resquemor aspiro la primera bocanada de aire. Nunca antes lo había hecho. La válvula de la boquilla hace ruido, al espirar. El aire que sale de esa trompa tiene un asqueroso gusto a goma. Espero acostumbrarme.

El tubo es pesado. Lo tengo sobre el estómago; debe pesar por lo menos un kilo. Allí, el anhídrido carbónico que espiramos debe combinarse con el aire que entra, en una proporción no superior al cuatro por ciento. Mas es peligroso: podríamos intoxicarnos con nuestra misma aspiración.

—Cuando la cosa se hace química, también se hace psicológica. —¡Qué razón tenía el ingeniero!

¿Cuánto durará en realidad el oxígeno? Para el tipo VII C, la duración estimada bajo agua es de tres días. Por lo que en los tubos debería haber suficiente oxígeno para tres veces veinticuatro horas... sin olvidar el tiempo de regalo que otorgan los tubos de los salvavidas.

¡Si Simone me viera así! ¡La boquilla en la boca y el tubo sobre la barriga!

Observo a Zeitler: es mi propia imagen. El cabello mojado, gotas de sudor

perladas en la frente, ojos febriles y brillantes. La nariz, cerrada por el broche. Debajo de la boquilla, los pelos de la barba.

¡Esos pelos! ¿Cuánto tiempo hace ya que estamos fuera? Contemos: uno, dos, tres, cuatro, ocho semanas. ¿O no? ¿No serán nueve o diez?

Simone vuelve a entremezclarse en mis pensamientos. Su figura se proyecta como sobre la pantalla de un cine: la veo sonreír, gesticular, bajarse un bretel del hombro. Cierro los ojos. Su imagen desaparece.

Vayamos a ver un poco cómo está la central, me digo, y paso la compuerta, no sin dificultad. Ahora veo a Simone, proyectada sobre caños y manómetros. Sobre las ruedas de las válvulas veo sus pechos, sus muslos, su barbilla, su boca entreabierta y húmeda. Ahora se acuesta sobre su abdomen, levanta los pies. Las sombras lineales de la celosía le pintan el cuerpo. Cierro los ojos. Se me acerca, está sobre mí. Sus pechos me tocan, redondos y marrones alrededor de las cúspides rosadas.

Pequeños trozos de película: Simone entre la hierba de la costa, el abdomen y los pechos llenos de arena oscura y mojada. La cabeza volcada hacia atrás: Simone sin cabeza, sólo un cuerpo cimbreante.

De pronto, delante de mis imágenes, aparece un rostro y una boquilla: me asusto. Es el segundo oficial. Me observa; seguramente quiere informarme de algo.

—¡No dispare con la pistola, es peligroso! —me advierte después de haberse sacado desmañadamente la boquilla llena de saliva de la boca... ¡El gas de las baterías, claro!

Me guiña el ojo izquierdo y se sienta sobre su camastro. Ni ganas tengo de decirle que no es momento de hacer chistes sin sentido.

En cambio, tomo una bocanada de aire demasiado grande: el aparato resuena.

¡Pensar que este oficial aún está vivo, y nosotros también! Nuestros ojos aún lagrimean al parpadear, nuestras articulaciones siguen siendo aceitadas en forma completamente automática, aún hay corriente en nuestro cerebro. El sistema vegetativo es un milagro. Las máquinas se han parado, pero nuestros cuerpos siguen andando, como si nada estuviera pasando. Sin que nos tengamos que preocupar por ellos.

¡Los milagros de la vida! ¡Es imposible no asombrarse!

Inseguro, me voy sosteniendo de las paredes, de la cortinilla del viejo, otra vez de la pared. Llego al habitáculo de los oficiales. Las maderas del suelo han sido vueltas a poner en su lugar. Seguramente no se ha perdido del todo esa batería. Aunque sea, se podrá usar en forma rudimentaria, para un corto trayecto impulsado por las máquinas eléctricas.

En el habitáculo de oficiales está la luz encendida. Si se mantuviese así en todo el submarino, tendría que ser eterna. Apenas cuarenta vatios... seguramente que en una semana no consume tanta electricidad como una vuelta de llave. La luz eterna...

¡a doscientos ochenta metros de profundidad!

Alguien ordenó aquí dentro. Por encima, por lo menos. Los cuadros están nuevamente colgados de la pared. Los libros, a medio ordenar, están en su anaquel. El primer oficial parece estar recostado en su camastro; por lo menos así lo indican las cortinillas corridas. El segundo oficial está sentado en la esquina del camastro del ingeniero. Ha cerrado los ojos. Haría mejor en acostarse del todo, en vez de estar así, tirado como una bolsa de patatas.

Mi asombro no reconoce límites: nunca hubo aquí tanta paz como ahora. Nadie se mueve en los corredores, nadie hace cambios de guardia. Los cuadros y los libros de nuevo en su lugar, el suelo cerrado. Con una pantalla verde alrededor de la lámpara, podría decirse que estamos aquí como en casa. Faltaría solamente un bonito ramo de flores sobre la mesa, por mí que sean artificiales, y una colcha de color.

Lo único que no encaja en todo el cuadro, es el segundo oficial, menos aún con la boquilla en la boca.

¡El silencio a bordo! Es como si la tripulación hubiese abandonado el barco. Como si el oficial y yo fuésemos los únicos que quedan.

A fin de no perder la noción del lugar tengo que recordarme que afuera la negrura es total. Comprimida. Al negro es fácil imaginárselo, no así la presión. No estamos equipados por la naturaleza para vivir en semejante profundidad. Sólo la estructura nos defiende.

El segundo oficial ha dejado caer su cabeza sobre el pecho. Ha conseguido abstraerse del mundo que lo rodea. ¿Cómo lo hizo? ¿Se entregó a su destino, como casi todos los demás? ¿O acaso su narcótico es la seguridad que el viejo quiere demostrar? ¿Es disciplina, simplemente, o fe ciega en las habilidades del ingeniero?

Una y otra vez murmura y se atraganta, pero no se despierta. Toda su imagen es la de alguien que ha podido retrotraerse a tiempos mejores, entre los recuerdos, lejos del presente. Lo envidia.

Estoy muy cansado. A ratos me duermo, pero en seguida estoy otra vez de pie. Deben de ser más de las seis.

Mi conciencia se ve invadida por trozos de poemas, versos, burbujas que ascienden desde muy abajo y traen recuerdos del pasado. Trato de aferrarme a alguno de ellos, pero me lo impide una sola idea: hemos confiado demasiado en nuestras máquinas, ahora debemos ser amigables con ellas, para que no se conviertan en nuestras enemigas y nos lleven a la muerte. Es increíble lo que una máquina es capaz de hacer.

Tendría que mantenerme un poco más activo, no estar aquí sentado. Observar todo lo que el submarino me puede brindar en este momento. Fijar detalles. O pensar en algo realmente importante; pero para eso no tengo que moverme. Por ejemplo, ahora tengo ante mí los dientes de ratón del segundo oficial. O su lóbulo auricular, a



la izquierda: mejor conformado que el del primer oficial. Atentamente miro cada parte del rostro del segundo: párpados, cejas, labios.

De repente, figuras inmóviles adquieren movimiento: no quiero verlas, tengo que concentrarme en el rostro del segundo.

Abro mis ojos y la figura desaparece.

Hago un nuevo esfuerzo por guiar mis pensamientos. Pero es como cuando uno desea poner en marcha un motor defectuoso: un par de impulsos y luego nada más.

Pongo mi mente en blanco. Pero no. Desde el fondo asciende el miedo, inmediatamente. ¡Tengo que pensar en algo! Ya está: el pino que había en casa. Su tronco partido por el rayo, sus ramas torcidas, hacia arriba, como amenazantes. A partir de ese punto fijo puedo seguir. El camino, la hierba, los insectos en otoño.

Piedra por piedra logro armar el rompecabezas. Pero es imposible retenerlo; siempre hay algo que se cae para no volver.

Quizá no fui cuidadoso esta vez: no sólo tengo que retener las imágenes visuales, sino que debo oler, degustar, palpar cada recuerdo.

¿Cuántas horas hemos pasado aquí abajo, al fin de cuentas?

Tiene que haber sido alrededor de medianoche cuando nos caímos. Pero la hora de nuestros relojes no corresponde al lugar geográfico, y además estamos atrasados una hora respecto de la verdadera, de todos modos. La nuestra es la hora de verano de Alemania. ¿Tengo que agregar o quitar horas para hacer el cálculo? No lo sé. Según la hora de a bordo deben de ser por lo menos las siete. La oportunidad de un ascenso en la niebla de la mañana, de todas formas, pasó. Esperar, hasta que arriba vuelva a oscurecer.

Los cocineros ingleses ya habrán producido cantidades de huevos fritos y tocino, su desayuno de siempre, a estas horas.

¿Hambre? ¡Dios mío, no debo pensar en comer!

Bueno, el viejo sólo sugirió la posibilidad de subir antes de que amaneciera. El no determinó nada. ¿Habría sido solamente para mantener a la tripulación esperanzada? Creo que sí.

¿Un día entero aquí abajo? ¿Siempre con la boquilla en la boca? ¡Oh, Dios!

En medio del ensueño oigo el carraspeo del segundo oficial. Me despierto. Subo, revienta la superficie. Abro los ojos.

Me froto la vista con los nudillos. ¡Qué cabeza tan pesada la mía! Debo tener plomo en el cráneo. Y me duele. El animal trompudo de aquel rincón sigue siendo el segundo oficial.

Ojalá supiese qué hora es. Seguro que mediodía. Mi reloj era bueno, sí. Suizo. Setenta y cinco marcos. Ya se perdió dos veces, y dos veces lo encontré por milagro.

¿Por dónde estará ahora? Nadie puede haberlo robado aquí.

Sigue el silencio. Por más que trato de escuchar algo, nada. Ni siquiera el

zumbido de alguna máquina de segunda. Silencio mortal. El tubo de oxígeno se me acomodó sobre el abdomen como una bolsa de agua caliente.

Trato de acordarme en qué forma se combina el nitrógeno dentro del tubo... me resulta imposible. Claro, en química siempre fui una nulidad. Mejor. Más tarde se lo preguntaré al ingeniero.

Una y otra vez pasa alguien por el habitáculo, con las manos sucias de aceite.

¿Habrá mejorado la situación, mientras yo dormía? ¿Habrá esperanza? A nadie se le puede preguntar. Todos guardan el secreto.

¿Y cómo sé yo de pronto que la brújula ha vuelto a funcionar?

¿Lo habré pescado en el sueño? El timón de profundidad sigue funcionando mal, igual que cuando me dormí.

¿Y el agua? El ingeniero había planeado algo. ¿Todavía pensará igual? No sé, ya no estoy al tanto de nada. Eso me pasa por dormirme: ni siquiera sé cuánto tiempo me fui.

—¿Cuando oscurezca debemos tratar de subir! —Sí, era la voz del viejo, claro.

Pero, ¿cuánto faltará hasta que se haga oscuro allí arriba? ¡Qué vergüenza, no tener el reloj conmigo!

Miro a mi alrededor, curioso. Descubro que nuestro perro ya no está. Colgaba del techo, pero ya no está allí. Tampoco debajo de la mesa. Me dejo caer del camastro y comienzo a revisar el suelo, entre botas de goma y latas de conserva. ¡Caramba, vidrios rotos! Veo la almohada del ingeniero, así que la levanto. También pongo en su lugar toallas y guantes de cuero; pero del perro, nada. Ese perro de plástico era el talismán del submarino. No puede desaparecer.

Me estoy acomodando para volver a sentarme, cuando mi mirada cae sobre el segundo oficial: bajo el brazo izquierdo tiene fuertemente al perro, tal como un niño haría con una muñeca. Duerme aún.

Otra vez pasa uno con cuidado por el habitáculo, en las manos aceitadas una pesada herramienta. Me da vergüenza estar inactivo. Pero me consuela saber que el segundo oficial y todo el personal marino no hacen nada tampoco. Incluso les ha sido ordenada una conducta tranquila, dormir, quiere decir. De todas las posibilidades que se nos brindan, es la peor; estar sentado, acostado, mirar el vacío, tener alucinaciones. Quisiera poder ayudar.

Para mantener mis pensamientos ocupados, me obligo a recapitular los últimos acontecimientos: veo caer al oficial navegante, segundos después oigo la detonación. Estoy casi seguro de que fueron dos. El viejo cayó, pero en seguida consiguió incorporarse. La detonación le arrancó el ventanuco de la torre de entre las manos. Podría haberle herido la vista. Ya había gritado alarma y la ventana aún no estaba cerrada. En realidad fue un milagro que el viejo estuviera cubierto en el momento de la detonación. Sólo un segundo más en el puente, y habría sido hombre muerto. El

primer oficial se hubiera hecho cargo de la nave. ¡Ni pensarlo!

Luego, los muchos rostros en la central. El viejo necesitó solamente una mirada para mandarlos de vuelta a sus lugares. Después, la orden de emerger, a pesar de que el infierno se había desatado. Ciento ochenta grados. Las señales de luz y el ruido de los diesel, a pesar de que se trataba de una sola máquina, ya que la otra estaba fuera de acción. El viejo hacía como si los Tommies no existieran. Se quedó en el puente y ordenó poner rumbo hacia el Sur, la costa africana, a toda marcha. No podía estar lejos. ¿Qué distancia habremos hecho así? Tres millas... de todas maneras, tres millas de oro, ya que nos acercaron bastante y nos sacaron de la mayor profundidad. ¿Qué profundidad había dicho el navegante que hay en el centro del estrecho? Trescientos veinte a trescientos ochenta metros, sí. El viejo tiene que haber sabido ya entonces que el submarino no aguantaría volver a sumergirse. Sabía perfectamente la cantidad de agua que había entrado. En medio de los Tommies, con los diesel, si es para no creerlo. Y después su conversación:

—¡Esta es la situación típica en la cual un comandante joven pierde su submarino!

¡Sí, me acuerdo bien! El viejo sabía perfectamente cuando nos teníamos que sumergir. Pero ahora, ahora... espero que no se le hayan acabado los conocimientos.

¡Maldita aspiración! Se junta demasiada saliva en la boca. Primero el paladar reseco, y ahora esto.

Apenas dos de cada tres submarinos no zozobran en su primer viaje. Es una regla, hoy en día. O sea que de cada tres submarinos, el último se pierde en seguida.

Visto así, el UA es uno de los más favorecidos. Bastantes dolores de cabeza les provocó a los Tommies. Pero ahora cambió el juego.

Debes recostarte, pienso; cuán largo eres. No puedo, estando como está el viejo en su puesto, y los marineros trabajando.

Cada muerte debe tener su razón. El dicho me pasa dos o tres veces por el cerebro.

Nuestra razón es simple: falta de oxígeno. Es la causa directa de muerte. La indirecta es el ataque aéreo. El oxígeno no puede durar mucho más: algunas personas, en sus camastros, dan la impresión de haberse dormido para siempre: silenciosos y pacíficos, con la boquilla entre los labios.

Quiera o no, no puedo hacer otra cosa que conversar conmigo mismo.

Y ahí está nuevamente, es el miedo. De algún lugar entre los homoplatos me sube hasta el cuello, hinchándome el pecho y llenando todo el cuerpo. Hasta en el miembro puedo sentir el miedo. Como los ahorcados, que a veces lo tienen erecto. ¿O será en ese caso otra la razón? El comandante del Bismarck tuvo al Führer en el pensamiento hasta el último instante. Lo puso en palabras y lo despachó como comunicado: «Hasta la última granada, fiel», o algo parecido. Un hombre como él le

hubiese gustado a nuestro primer oficial.

El Führer tendrá que quedarse sin nuestras últimas palabras. Por más que las pongamos en el papel, desde aquí abajo no nos será posible mandar nada a ningún lado. El aire no nos alcanza ni para cantar el himno.

Así que yo me pongo a pensar nuevamente en Simone. Me digo su nombre en silencio, moviendo apenas los labios. Una, dos veces, muchas veces. Pero el juramento no me ayuda: Simone sólo aparece como una foto envejecida. Vuelvo la cara hacia la pared de enfrente.

En vez de Simone, es Charlotte la que aparece. Sus grandes tetas, sus gritos.

También otras figuras surgen desde el fondo y se entremezclan con ésta. Inge, en Berlín. Su voz de súplica, sus muslos, su rostro lloroso. Su lengua, que me recorre el rostro. El perfume que se desprende de su piel, y el temblor de su cuerpo cuando acaricio sus entrepiernas sudorosas de sexo.

Y en medio de todo eso, alarma: ataque aéreo. A reparar los vidrios de la ventana con cartón.

La secretaria, Brigitte con su turbante, la de Magdeburgo, la rubia del tren de la cual nunca supe el nombre, la que contaba cuentos todo el día, las dos prostitutas desnudas del hotel en París, todas aparecen por un instante. No quiero verlas ahora.

¡Quiero ver a Simone! Pero no lo consigo, las dos prostitutas se desvisten, se contornean, se lavan.

Me dan náuseas. Igual que en aquel entonces. El tubo comienza a hacer ruido, de inmediato. Tengo que controlarme, respirar tranquilamente.

Lo más importante es no espirar demasiado fuertemente. Tranquilidad. Si me concentro con todas mis fuerzas, a fin de hacerlo completamente bien, tampoco es bueno: se forma mucha saliva. Y las glándulas salivares no permiten que se les den órdenes.

Si no nos moviéramos, ni siquiera el dedo pequeño, el gasto de oxígeno podría bajar a cero. Así recostados, sin siquiera mover los párpados, las reservas de aire respirable tendrían que durar un buen tiempo, mucho más de lo que dicen las cifras normales.

Los movimientos respiratorios en sí ya necesitan oxígeno. Así que hay que inhalar poco, apenas lo suficiente para que el cuerpo pueda seguir funcionando.

Pero, de todas maneras, lo que nosotros ahorramos en oxígeno aquí lo usa la gente que está trabajando en la popa, en las máquinas. Nos sacan, nos arrebatan literalmente el oxígeno de la boca.

Una y otra vez llega un golpe desde la popa. Me asusto: en el agua, los sonidos se multiplican por cinco. Es seguro que los muchachos hacen todo lo posible por trabajar sin ruido... pero con las pesadas herramientas que usan les resultará difícil...

Cuando pienso en el ruido que hay en un astillero, y que nuestros camaradas no

deben siquiera rozar las llaves descomunales que utilizan en ningún lado, para no atraer sobre nosotros la atención de los Tommies...

Se dice que los buceadores que suben a la superficie desde una profundidad demasiado grande en forma muy rápida se ahogan en la propia sangre de sus pulmones. Uno quedaría como narcotizado...

El primer oficial vuelve de una recorrida de control. De tiempo en tiempo tiene que mirar a los durmientes, para ver si todos tienen aún la boquilla en su lugar. Sus cabellos rubios mojados de sudor están pegados sobre su frente; no reconozco mucho de su rostro, apenas las mejillas. Sus ojos quedan en la oscuridad.

Hace mucho que no veo al ingeniero. No quisiera estar metido en su piel. Es demasiado para un solo hombre. Ojalá lo aguante.

El viejo se acerca, tratando de no hacer ruido con los zapatos. Cuando le faltan dos metros para llegar a la mesa, se oye otro golpe desde la popa. El viejo arruga la cara, como si le doliera.

No lleva tubo de oxígeno.

—¿Y, qué tal? —me pregunta, como si no supiera que con la boquilla en la boca no puedo hablar. Por toda respuesta, levanto ligeramente los hombros y en seguida los dejo caer. El viejo se retira.

Ni pensar en dormir, a pesar de que podría caerme de cansancio. Vuelven a aparecer las figuras, como en un tarjetero: la tía Belle, de la Christian—Science, bañada en todas las aguas benditas. Llevaba una redecilla en el pelo, que había hecho traer de Hong Kong. Y las vendía. Con otras tres mujeres fabricaba los sobres, colocaba en ellos una redecilla, y le valía eso cincuenta veces más de lo que le había costado. Más tarde me enteré de que hacía lo mismo con preservativos. Pero de noche. Faber era su apellido. Bella Faber. El hijo, Kurt Faber, parecía un hámster de trece años. El tío Erich se dedicaba a colocar máquinas automáticas en los baños de los bares de poca categoría. Con el dueño de cada bar tenía que beber una copa, claro está. Y luego se subía otra vez a la bicicleta, en una bolsa lo recaudado y en otra los preservativos de repuesto. Otra vez abajo, a beber una copa, sacar el dinero del automático, poner los preservativos, beber otra copa. El broche de la botamanga ya era parte de él: nunca se lo sacaba, ni siquiera en casa. Una vez se cayó de la bicicleta, entre dos bares. Murió. La policía se encargó de llevárselo. Tienen que haberse asombrado de ver tantas monedas y tantos preservativos en los bolsillos.

De pronto, me doy cuenta de que el segundo oficial ya no tiene la boquilla en la boca. ¿Cuánto tiempo hará que respira sin boquilla? ¿Me habré dormido? Lo sacudo por los hombros, pero solamente logro arrancarle un gruñido. Cuando lo zamarreo con más fuerza logro despertarlo, con miedo en los ojos. Tarda unos segundos en recordar dónde está. Desconcertado, logra por fin darse cuenta de que lo que le falta es la boquilla, la toma entre sus labios, comienza a chupar de ella, como para

demostrarme lo bien que sabe hacerlo, y vuelve a dormirse.

Nunca entenderé cómo lo hace. ¡No simula dormir, duerme! Le falta roncar. No puedo apartar mi vista de ese rostro pálido. ¿Envidia? ¿O es que estoy decepcionado de no poder comunicarme con él, aunque no sea más que por medio de gestos y miradas?

No aguanto más, aquí sobre el sofá. Se me dormirán los miembros, si sigo aquí. ¡Así que a la central se ha dicho!

Aún continúan las reparaciones en el aparato de radio. Ambos marineros trabajan sin boquilla. Es una labor de relojería la que están llevando a cabo. Seguro que faltan los repuestos.

—No es posible arreglarlo a bordo —oigo que dice Herrmann.

Siempre lo mismo:

—No con los medios de a bordo... —como si ahora tuviéramos algo para elegir.

Las lámparas de emergencia de la central dan un feo brillo. Apenas si logran traspasar el aire denso del ambiente. Las paredes quedan a oscuras. Tres o cuatro sombras trabajan en la parte delantera del habitáculo, escondidas, como si trabajaran en una mina. Contra la mesa de cartografía, de espaldas a mí, apoyado sobre sus brazos, está el viejo mirando fijamente la carta que tiene ante sí. En la penumbra hay partes de máquinas, sobre el suelo. Quizá porciones de la bomba principal de desagüe. En el fondo, el haz de luz de una linterna se pasea sobre las válvulas. Me cuesta mucho localizar el ojo pálido del manómetro, en la oscuridad. El indicador marca doscientos ochenta. Lo observo como si no pudiese creerlo: doscientos ochenta metros. ¿Habrá estado ya tan abajo algún otro submarino?

Hace frío. Claro, mucho calor corporal no sale de nosotros, y pensar en calefacción es imposible. ¿Cuál será la temperatura exterior?

Gibraltar... la palabra se me ocurre de pronto.

Gracias a Dios, el ingeniero regresa desde la popa. Otra vez se mueve tan rápidamente como siempre. ¿Victoria? El viejo lo observa. No hay paz en esos rostros.

Por más que trato de afilar las orejas, sólo consigo enterarme de que todas las entradas de agua están cerradas.

—De todas maneras, antes de que oscurezca no podemos emerger.

¿Podremos entonces?, me pregunto.

Temo que el comandante y el ingeniero estén hablando más en nombre de su esperanza que de sus conocimientos.

El hombre que pasó desde la popa hacia adelante oyó con toda seguridad lo que el viejo acaba de decir. La última palabra, «emerger», consiguió oírla. No me extrañaría entonces que el viejo la haya dicho sólo para esos oídos.

Aún no he podido determinar cuánto en la cara tranquila del viejo es actuación...

y cuánto convencimiento. Si se cree fuera de la vista de todos, su rostro envejece: lleno de arrugas, los músculos sin tono, los párpados enrojecidos y llenos de lágrimas, caídos. Todo su cuerpo habla entonces de resignación. Ahora mantiene la espalda apoyada, está tieso: los brazos cruzados por delante del pecho, la cabeza algo hacia atrás, duro, como si tuviese que posar para algún escultor. No puedo distinguir si respira.

Sin darme cuenta, me senté ante la compuerta de proa.

De pronto, el viejo me sorprende con su mirada. ¿Me habrá dicho algo? Debo tener un aspecto lastimoso al querer incorporarme, porque el viejo me anima con un:

—Bueno, bueno, bueno... —Con un movimiento de la cabeza, me indica que lo acompañe hacia la popa—. ¡Nos tenemos que hacer ver en la popa también!

Me saco la boquilla, trago la saliva que se ha formado y tomo aire por la boca.

Sin palabras lo sigo.

Ahora veo que sobre la caja de las cartas hay alguien sentado: Turbo. Su cabeza cuelga sobre el pecho, como si su columna vertebral estuviese quebrada. Se nos acerca otro: el marinero de la central, Isenberg. Está cansado y se tambalea como un borracho. El puño cerrado retiene tiras metálicas y cables eléctricos; en la mano derecha sostiene una pinza para caños, que le alcanza a alguien sentado en el suelo.

El viejo observa la escena, de pie junto a uno de los timones. El marinero de la central aún no nos ha visto. De repente, asustado por el ruido de mis botas, se incorpora, trata de quedar derecho, de pie, abre la boca y la vuelve a cerrar en seguida.

—¿Y, Isenberg? —le dice el comandante. El marinero traga, pero no responde una sola palabra.

El viejo se desvía hacia él y le pone su mano sobre el hombro derecho, un segundo nada más. Pero por más corto que haya sido ese contacto, el marinero parece revivir. Incluso ha logrado sonreír. El viejo mueve dos o tres veces la cabeza y pesadamente vuelve a ponerse en movimiento.

Sé perfectamente que el marinero está ahora detrás de nosotros, cambiando miradas con sus compañeros. ¡El viejo! ¡Nuestro viejo sigue adelante!

El suelo del habitáculo de suboficiales continúa abierto. O sea que se está trabajando en la batería II; o se vuelve a trabajar en ella. Un rostro lleno de sudor y de estrías grasientas se dirige hacia nosotros, desde abajo, como si emergiera desde el piso de un escenario. En la ancha barba reconozco al marinero electricista Pilgrim. Por dos o tres segundos, el viejo y Pilgrim intercambian mudas miradas. El rostro negro de Pilgrim se aclara en una sonrisa. El viejo deja oír apenas una interrogación sin palabras, asiente, y Pilgrim también. También él está conforme.

Es difícil llegar a la popa. El marinero se apura en colocar un par de maderas, de tal modo que haya un lugar donde apoyar los pies.

—Ya está bien —dice el viejo y se descuelga como un alpinista, con el abdomen contra los camastros. Yo en cambio agradezco la ayuda de Pilgrim.

La compuerta que da a la cocina está abierta. La cocina ya está en orden.

—Muy bien —alienta el viejo—, era de esperarse.

También la compuerta que sigue, la que da a la sala de máquinas, permanece abierta. Por lo general, cuando los diesel están en funcionamiento e inspiran aire, hay que hacer una enorme fuerza para abrirla, en contra de la baja presión que hay en ese habitáculo. Pero ahora, el corazón de nuestro submarino está como muerto.

La luz escasa de una linterna de mano es toda la iluminación; los ojos tienen que acostumbrarse a ella. ¡Dios mío, qué parece esto! Todo está revuelto y fuera de su lugar habitual. Las placas del suelo también. Por primera vez me doy cuenta de lo profundas que son las diesel. Ya no parece una sala de máquinas. Todo está manchado de aceite negro, sangre derramada de las máquinas. Por todos lados hay restos de trapos, paquetes, caños, asbesto...

Voces que murmuran, el golpeteo sordo de una herramienta.

Mientras le susurra algo al viejo, Johann sigue trabajando con su gran llave; yo ni siquiera sospechaba que llevásemos semejante herramienta a bordo. Los movimientos de Johann son todos calculados, nada se pierde, ningún temblequeo.

Al fin anuncia que su trabajo ha terminado. Por aquí tampoco entra más agua.

No comprendo de dónde saca Johann tanta serenidad para su labor. ¿Acaso olvida que estamos a doscientos ochenta metros de profundidad, bajo agua y que el oxígeno de que disponemos está llegando a su fin? El viejo, por su parte, mira hacia uno y otro lado. Se deja caer de rodillas, a fin de estar más cerca de la gente que trabaja debajo del suelo, doblada como faquires. Casi no habla.

Pero las miradas que los tripulantes le echan desde abajo significan mucho. El viejo parece un milagrero. La credulidad de la gente acerca de la capacidad del viejo para sacarnos de aquí es ilimitada.

Marcadamente lentos son los movimientos con los que el viejo sorteaba los trozos de las máquinas que se hallan en el suelo, como si quisiera dividir su andar en diferentes fases.

Hacia la popa de el diesel de estribor, a la luz de las linternas, se ven tres personas trabajando en su base.

—¿Y cómo va todo? —oigo que pregunta el viejo con voz apagada, como si preguntara por la salud de la señora y de los niños.

El ángulo que forma su cuerpo con su brazo me permite observar al mismo tiempo al ingeniero.

—Las bisagras están rotas por docenas... a ningún lado es fácil llegar... —oigo que relata.

Su rostro está siendo iluminado en este preciso instante por una linterna más



potente que las demás. El cansancio pintó alrededor de sus ojos semicírculos verdosos. Los ojos mismos están febriles. Las arrugas que le surcan la cara son cada vez más profundas. El ingeniero parece haber envejecido diez años en esta noche.

No puedo distinguir bien su cuerpo. Sólo su rostro iluminado. Me asusta verlo hablar:

—Tampoco funciona la instalación de enfriamiento de agua, señor. El diesel de estribor... quiero decir, a lo mejor... no funciona con los medios de que disponemos a bordo...

Algo, no oí bien qué, sólo se puede reparar con fuertes golpes de martillo. El comandante y el ingeniero están de acuerdo en que ese trabajo es imposible.

La voz de abajo sigue con su murmullo:

—Bueno, por fin... a medias, pero está... a Dios gracias... esto es algo para relojeros...

El viejo murmura, por su parte:

—Va muy bien... va completándose... —y agrega, dirigiéndose a mí, pero sin embargo tan fuerte como para que todos puedan oírlo perfectamente—: ¡Es bueno tener especialistas competentes a bordo!

El habitáculo de las máquinas eléctricas me asombra tanto como la sala de los diesel. Este ya no es el habitáculo estéril en que se albergaban las máquinas más limpias, bajo una capota de acero. Las vestiduras han sido arrancadas, sacadas las placas del suelo, las vísceras están a la vista. De todo aparece sobre el suelo... y agua debajo. Esto tiene algo de obsceno, algo de pecaminoso. El marinero electricista Rademacher está acostado sobre la barriga. Sus carótidas están hinchadas. Trata de apretar tuercas de la base de las máquinas con una grandísima llave.

—Esto está todo roto —digo.

—Roto está bien dicho —me responde el viejo.— En seguida vendrá el pagador y saldrá los daños de su propio bolsillo... todo sin burocracia...

Al oír su voz, Rademacher trata de incorporarse, pero el viejo lo detiene, poniéndole la mano sobre el hombro. Rademacher sonrío.

Descubro un reloj: son las doce. Tengo que haber dormido, es evidente. Pronto vendrá la hora del almuerzo. ¿Cómo habrá hecho ese reloj para sobrevivir a la detonación? Mi mirada se posa en una botella vacía. ¡Sed! ¿De dónde sacar algo para beber? ¿Cuánto hace que tomé algo por última vez? Tengo mucha sed, pero nada de hambre.

Allí hay una botella todavía, a medio llenar. Pero no le beberé el jugo a Rademacher, no.

El viejo, mientras tanto, permanece de pie, erguido y firme, sin moverse, con la vista fija en las maderas del suelo. ¿Estará haciendo un resumen?

Una escena deprimente: el marinero Rademacher, sobre el abdomen, y el viejo,

duro.

Por fin recuerda mi presencia. Se vuelve y me dice:

—¿Vamos? —Otra vez el mismo camino, pienso. Pero esta vez, el viejo hace de cuenta que nada hay para observar, como si todo estuviese en orden. Un par de movimientos con la cabeza y ya estamos de regreso en la cocina.

¡Las naranjas! ¡Claro, las naranjas del Weser! ¡En la proa hay dos cajones de naranjas! Diciembre: la mejor época para las naranjas. Me doy cuenta de que se me hará agua la boca. Toda ella está reseca, llena de una viscosidad pegajosa. Con las naranjas se irá esa sensación.

Nadie hay en el habitáculo de los alféreces. Todos los técnicos están en la popa. El oficial navegante estuvo hace un rato en la central... ¿Y el contramaestre?

Trato de abrir la compuerta que da al habitáculo de proa con el menor ruido posible. Poca luz, como de costumbre. Sólo una lámpara. En esta penumbra tardo un buen minuto en darme cuenta de los objetos. Todos los marineros están recostados en sus camastros y hamacas, durmiendo. También hay algunos recostados en el suelo, tratando de darse calor los unos a los otros.

Nunca había visto tanta gente junta en el habitáculo de proa. Es que ahora lo ocupan no solamente los que están libres, sino también quienes deberían hacer la guardia. O sea, el doble de la tripulación normal.

Parece un campo sembrado de cadáveres. Peor: como muertos por gas. Ahí están, en la penumbra, como si hubiesen caído de pronto, presas del dolor.

Me tranquiliza oír un ronquido.

Quizá nadie se daría cuenta si al ingeniero le diera por interrumpir el oxígeno.

Seguirían durmiendo, con sus boquillas y sus tubos, pacíficamente.

Uno está moviéndose. Es Hacker, el mecánico de torpedos. Lentamente se arrastra por encima de los demás cuerpos, como si estuviese buscando a alguien en especial. Es el que se encarga de cuidar que todos mantengan colocada su boquilla.

No hay sitio para nada, ni siquiera para que yo apoye los pies en algún sitio.

Tengo que tener cuidado de no tropezar con alguna boquilla.

Las naranjas tendrían que estar guardadas bien adelante, así que ahí voy. Por fin consigo palpar un cajón, y en seguida una fruta. La sostengo en la mano: es pesada, grande. Trago. Ya no puedo esperar: allí mismo, de pie entre tantas piernas, tantos brazos y boquillas, me saca la mía de la boca y clavo los dientes en la piel de naranja. El segundo mordisco llega a la carne. Chupo el jugo con verdadero deleite. Un poco de líquido cae sobre los que duermen. ¡Ah, qué placer! ¡Tendría que haber pensado en esto hace mucho!

Alguien se mueve al lado de mi pie izquierdo. Una mano me toma de la pantorrilla; me asusto, parece un pulpo que se engancha a mi pierna. Ni siquiera distingo de quién se trata, en la luz mortecina del ambiente. Un rostro se incorpora

directamente hacia mí: es , un lémur receloso y trompudo. Tengo miedo de muerte, al ver acercarse ese hombre hacia mí, de esa forma. Aún no puedo reconocerlo. ¿Es Schwalle o Dufte? Sólo puedo musitar:

—Qué buenas estas naranjas, ¿no es cierto?

Hacker, aún de recorrida, se acerca a mí y me dice, después de haberse sacado la boquilla:

—No hay buena acústica aquí...

Mi lámpara da suficiente luz como para distinguir los hilos de baba que descienden de su barbilla. Encandilado, Hacker cierra los ojos.

—¡Perdón!

—Busco al camarero.

Señalo hacia un rincón oscuro, en las cercanías de la compuerta:

—¡Ahí... ése tiene que ser!

Hacker se balancea aún sobre otros dos hombres hasta llegar al camarero. Lo zarandea hasta despertarlo y le susurra al oído:

—¡Vamos, vamos, que los de popa quieren beber algo! ¡Pronto!

Nada ha cambiado en el habitáculo de los oficiales. El segundo oficial sigue recostado en el mismo rincón, durmiendo. Así que cojo un libro del anaquel más próximo y me obligo a leer:

«*Gastón de Vernon frecuentaba ahora bastante a John White, porque ambos gozaban del secreto que sólo a ellos les pertenecía. El nunca se encontraba con Cinta Morena, en sus idas a la ciudad. Le era cómodo...*» Mis ojos palpan cada región. Se deslizan en el tiempo acostumbrado de izquierda a derecha, registrando cada sílaba, cada letra. Pero mis pensamientos no están ahí. Mi cerebro provoca muchos cortocircuitos. Textos muy diferentes a los impresos se entremezclan: ¿Qué pasa con los submarinos hundidos? ¿Volverá algún día la Armada de submarinos hundidos del Atlántico, traída por las caracolas? ¿O la gente queda aquí abajo, aislada como en el alcohol, por los siguientes diez mil años?

¿Y si algún día se encuentran los medios de rescatar hacia la superficie los submarinos hundidos? ¿Qué aspecto tendríamos nosotros, si eso sucediera?

En verdad, seríamos una tripulación de lo más pacífica. Y ése sería el aspecto que tendríamos ante la cuadrilla de rescate. En otros submarinos hundidos, el cuadro es peor. Los marineros se hallan seguramente abrazados unos con otros, o tirados entre los diesel. Nosotros somos la excepción: estaremos secos.

Nuestras conservas aún serán comestibles. Sin oxígeno no se herrumbrará nada. Y además, la calidad excepcional de este submarino. La cuadrilla tendría que sudar: poseemos muchas cosas importantes a bordo, de valor. Sólo no servirían las bananas, los ananás y las naranjas...

¿Y nosotros? ¿Qué sucederá con cincuenta cadáveres sin oxígeno? ¿Qué, con

cincuenta vejigas llenas de orina, con las albóndigas y la ensalada de patatas que albergan nuestros estómagos, cuando ya no haya más oxígeno? ¿No quedaremos secos y duros, feos pero durables?

Trago, aprieto los labios alrededor de la boquilla y sigo leyendo:

«*Más que en los tiempos de su enamoramiento de Cinta, veía en sus pensamientos a la rubia Fränze Mallentin. Un día, encontró en casa de White a una bella mujer rubia, la joven viuda de un médico neoyorquino. Era una prima de White, de increíble cabello rubio, grueso, y ojos azules.*» En ese instante se me cruza la idea de nuestra mosca a bordo. Veo un submarino hundido, rescatado años después, verdoso y cubierto de conchas. La torre está partida y desde adentro salen millones de moscas. Cubren por millones los cincuenta cadáveres de la tripulación, en forma de gusanos.

Seamos objetivos, me digo. ¿Cuánto aire necesitan las moscas? Seguramente menos que nosotros.

Me doy la orden de seguir leyendo:

«*Ella no tenía parecido alguno con Fränze Mallentin, pero a él le pareció que sí; sólo por eso le gustó Ellen Hunter. También a ella le gustó él, mientras que White y su señora, que lo ayudaba, jugaban un poco a los cuidadores de ambos...*» De pronto, el absurdo de esa lectura penosa me infunde alegría. Podría reír a mandíbula batiente, pero con la boquilla en la boca no es posible.

—¡Anochece! —oigo desde la central. ¿O dijeron que amanece? Todo es difícil de entender para mí.

Los susurros se acercan. Aparece el viejo, y detrás de él el ingeniero.

El ingeniero informa ante el viejo. Aquél parece haber cobrado nuevas fuerzas. Como un boxeador que saca fuerzas de flaqueza, después de dárselo por perdido, en rounds anteriores. Junto con el segundo ingeniero y sus hombres, no ha descansado un minuto. Ahora está haciendo una especie de balance parcial, junto al viejo. Oigo que las válvulas de cierre están aseguradas con suplementos de madera. Ambos periscopios están definitivamente rotos, nada puede hacerse por ahora para repararlos. Demasiado complicado...

Puedo ver en el ingeniero un halo de esperanza en los ojos, durante su informe.

¿Se han multiplicado nuestras posibilidades? Ya ni oigo lo que dicen.

Solamente me interesa saber si el ingeniero está seguro de poder sacar el agua hacia el exterior y entonces mover el submarino de aquí. ¡Qué me importa el periscopio! Todos mis deseos se reducen ahora a ganar la superficie. Sabe el cielo lo que sucederá más tarde. Lo primero es subir. ¡Nada más!

Pero nada oigo de bombear el agua hacia afuera. ¿De qué sirven entonces los demás éxitos? ¿De qué nos sirven todas nuestras máquinas, si no nos es posible despegarnos del suelo?

De pronto, vuelven a oírse nuevos ruidos. Se acercan. Imposible equivocarse: hélices. Más y más cerca.

—¡Hélices a nuestro alrededor! —oigo que informan.

¿Qué significa alrededor? ¿Hay todo un convoy allí arriba? Los ruidos se hacen uno solo, sordo, grave. Rítmico. El viejo eleva la vista hacia el techo como si quisiera jugar al inquilino que se enoja porque el vecino de arriba está importunando.

Miro a mi alrededor sin saber qué hacer. Sobro aquí. Sólo me queda arrinconarme aun más en donde estoy. De inmediato siento el dolor de mis huesos. Tiene que ser de acarrear baldes. Una especie de calambre.

El viejo sigue hablando, sin crearse problemas. Al principio me asusto, pero en seguida comprendo que con ese ruido ahí arriba es imposible que nos oigan. La voz ruda y áspera del comandante es mi consuelo.

—¡Hay tránsito ahí arriba! —dice. Se hace el indiferente, como tantas veces. Pero a mí no me engaña: yo lo vi, cuando en secreto con ambas manos se agarraba la cintura y se doblaba para bostezar mejor. Tiene que estar demasiado cansado. Desde que caímos, solamente durmió a ratos, nunca más de un cuarto de hora.

El ingeniero no soporta los ruidos tan bien como el comandante. La voz se le apaga en la garganta, su mirada vuela de un lado a otro. Nadie agrega nada más. Juego mudo.

Desearía que todo esto acabara de una vez, para que cada uno volviera a su rostro habitual.

Por lo menos, cesa el ruido de las hélices. El viejo me mira de lleno a la casa y asiente confortado, como si él hubiese suspendido el ruido... para hacerme un gusto personal.

El ingeniero toma un rápido trago de una botella de jugo y vuelve a desaparecer. Quiero vencer mi timidez y preguntarle al viejo por fin cómo estamos en realidad. Pero en el mismo instante se incorpora, con el rostro lleno de dolor, y se va hacia la popa.

No se me ocurre nada mejor que seguirlo hacia atrás, un rato después. Quizá pueda empujarlo hacia la central, y allí hablar con él. Pero no lo encuentro. Tiene que haber ido más allá todavía. Tengo el presentimiento de que algo no funciona en la popa. Tendría que haber prestado más atención cuando hablaban. Debo combatir la niebla que me cerca el cerebro. ¡Atender, no dejar pasar un solo detalle! ¡Y averiguar lo que no se me ha dicho!

Pero la neblina del sueño me circunda la cabeza y se hace cada vez más densa. Bueno, lo mejor será, de todas maneras, que me recueste un poco en mi camastro. Alguna vez tengo que dormir, así que... No tiene sentido seguir sentado por ahí...

Tengo que haber estado en trance cuando caminaba hacia el habitáculo de suboficiales. Pero ahora se me hace difícil: nunca había practicado subir a mi cucheta

con el tubo de oxígeno adherido a la barriga. Al fin lo consigo, con un par de saltos dolorosos. Y ahora, a abrir los botones de la camisa, aflojar el cinturón, relajar la panza, dejar salir el aire que sobra, estar ahí acostado, como en un sobre, con el tubo de oxígeno como si fuese una bolsa de agua caliente. Observo el techo encima de mi cabeza. Sobre él se ha concentrado el agua, por suerte no en tal cantidad como para desplomarlo. Sólo hay algunas gotas suspendidas, gotas de Damocles. A través de la cortinilla cerrada puedo ver, entre tantos caños y tuberías como recorren el techo, las instalaciones del altavoz. Altavoz mudo, ahora. Muerto. Pero no me apena. Lo que diría no sería seguramente nada optimista. Tampoco las máquinas hacen ruido, ni siquiera se oye el más ligero zumbido. Aún no me he acostumbrado a este silencio. Tiene algo penetrante.

Mi conciencia trata de liberarse. ¿Es sueño lo que tengo, o una especie de desmayo que me ataca?

Al volver en mí son las diecisiete. Hora de a bordo. Lo veo en el reloj pulsera de Isenberg.

Me quedo aún sobre la cucheta. La frontera entre el sueño y la vigilia se pierde. En ese entresueño oigo un par de detonaciones sordas. Pero en vez de despertar de un salto, trato de encerrarme aún más en mi caparazón de sueño. El golpeteo sordo, sin embargo, se sigue filtrando. Presto atención, con los párpados cerrados: se asemeja a los truenos de una tormenta lejana. No hay duda: se trata de bombas de profundidad. ¿Nos quieren asustar? ¿O están persiguiendo a otro submarino? ¿No es día claro todavía? Durante el día nadie se atrevería a cruzar las defensas. ¿Entonces? ¿Maniobras?

Trato de localizar los truenos. Vienen de diferentes direcciones. Quizá se trate de pequeñas unidades que están practicando. Al fin, las detonaciones cesan.

El escucha informa que se oyen ruidos de varias hélices en diferentes direcciones. ¿Cómo? ¿No era que el aparato ya no funcionaba? Ahora recuerdo que el viejo tenía un auricular junto a su oído, cuando yo pasé por donde él estaba. Es decir que el aparato funciona. Ya podemos volver a oír las comunicaciones acústicas del enemigo. ¿Ganamos algo?

¡El aceite! Seguramente, la corriente lo llevó tan lejos que los de arriba ya no saben de dónde salió. Quizás era sólo una bocanada de aceite, y luego nada más. Ojalá. Por suerte, el aceite no sobrenada por siempre, sino que acaba emulsionándose y dividiéndose. Viscosidad... ¿cómo era eso? Otra vez una palabra con la cual me puedo entretener un rato. La repito una y otra vez, moviendo los labios, mudo, como si se tratara de la fórmula de algún juramento.

—Parece que estamos en un lugar muy favorable —dice el viejo. Está en la central. Sí, así es. Deberíamos alegrarnos de que estamos tan abajo y entre las rocas.

—¡Maldición! ¡Si esto no tiene fin me volveré loco! —protesta Zeitler, de pronto.

Eso va contra las órdenes: Zeitler debería tener en su boca la boquilla y callar. Esperemos que el viejo no lo haya oído.

No te muevas, me digo. Cada movimiento cuesta más oxígeno. Cada vez que parpadeo estoy gastando el aire que respiramos.

El brazo izquierdo de Zeitler cuelga del camastro que tengo enfrente. Concentro mi vista para leer la hora en su reloj: las dieciocho. ¿Nada más?

El broche de la nariz hace que ésta me duela. Tanto que por un momento tengo que aflojarlo.

¡Cielos, cómo huele esto! Es el gas de la batería. Pero no solamente, no. También huele a materias fecales y a orina, tan penetrante como si alguien se hubiese hecho en el habitáculo, aquí mismo. ¿Habrá por aquí un balde para orinar, o será que el esfínter de alguien no respondió durante el sueño?

De inmediato siento ganas de orinar, una presión sobre la vejiga. Aprieto los muslos. La barriga me rezonga. ¡Si apenas comí algo, allí en el Weser! ¿Qué pasará cuando todos los tripulantes quieran exonerar el cuerpo? El inodoro ya no funciona, ya no se pueden mandar los excremento al exterior con el aire comprimido, como antes.

Lo mejor será colocarse nuevamente el broche y seguir respirando el oxígeno del tubo. En verdad, el poder elegir naturalmente entre la boca o la nariz para respirar es un regalo de la naturaleza. Por suerte, mi paladar no tiene terminaciones nerviosas para el olor.

Seguro que aguanto otro rato más. Aflojar los músculos del abdomen y pensar en otra cosa.

En el prostíbulo de Brest, ahí también había olores: sudor, perfume, orina, una mezcla terrible. También ahí hubiesen hecho falta los broches para la nariz.

¡La Rue d'Aboukir! Cuando había entrado un buque grande, las prostitutas se transforman en meros cilindros de carne, que se llenaban día a día con cinco docenas de pistones diferentes.

Aún veo la calle: los restos de las paredes, el carbón que manchaba las que aún quedaban en pie. Un perro muerto, atropellado por algún camión. Nadie lo sacaba de allí. Alrededor de él, tropas enteras de moscas, introduciéndose en su abdomen abierto. Pedazos de cartón y de tejas de quién sabe cuántos techos. Los cubos de basura volcados, las ratas a plena luz del día. Casa por medio, un blanco de las bombas.

La presión sobre la vejiga se hace angustiosa. ¿No había puesto el contramaestre baldes en la central, con agua de cal clorada a su lado? Me incorporo y me dirijo hacia allí.

La luz ya es mejor, permite reconocer detalles. De una manguera sale un agua oscura. ¿De dónde vendrá? En un charco sobrenadan bombillas de luz, botas marinas,

una lata, dos salvavidas. Bajo mis pisadas se oye el vidrio roto que vuelve a romperse.

Ahí están los baldes. Encajados entre los repuestos de las máquinas.

¡Dios mío, esto sí que es la liberación! El descenso de la presión le dio más lugar a mis intestinos, seguramente porque ha cesado de rezongar mi barriga. Por suerte, porque no quisiera tener que sentarme aquí.

¿Y ahora, hacia dónde voy? Allí está la caja de cartografía... sí, para variar podría sentarme un poco sobre ella. El viejo parece haberse encerrado en su gabinete. Dos o tres personas trabajan a mis pies.

¡Eran dos las detonaciones, sin duda alguna! No cabe otra posibilidad. De otra forma no se hubiesen roto los diesel de esa manera. ¿Cómo lo solucionará la gente que ahora está trabajando en la popa? Johann parece estar seguro de lo que hace, pero yo aún estoy lleno de dudas. Sólo para consolarme me digo que incluso podemos volver a la superficie sin ayuda de las máquinas. El diesel en la que aún se trabaja es seguro que ya no responderá. Tampoco la brújula. Pero no necesitamos de ninguna de las dos para llegar a la superficie.

Supuesto el caso de que lleguemos arriba, ¿de qué nos servirían los diesel? En medio de los barcos ingleses, ¿las diesel? ¡No! ¿Y las máquinas eléctricas? Las dínamos podrán estar en orden, pero no me entra en la cabeza que las baterías sirvan para más que un par de vueltas de hélice. Y sin embargo, esas pocas vueltas de hélice pueden ser nuestra salvación, si conseguimos aligerar el submarino.

Mis pensamientos van de un extremo al otro: no bien se asegura una esperanza, ya comienzan en mí las dudas. Nadar es lo que podemos hacer, en el mejor de los casos. ¡Pero no de noche! ¡Eso sería una locura! ¡Locura pura! ¿Qué piensa el viejo en realidad? ¡No podemos abandonar la embarcación en medio de la noche! ¡Dios, el viejo tiene que dar a conocer de una vez por todas lo que se trae entre manos! ¡Si por lo menos yo supiera cuál es la opinión de los demás! Pero aquí no hay nadie más. El ingeniero y su segundo están a popa. ¡Trabajan!

No puedo pensar con claridad; solamente me es posible seguir mis ideas, una a otra. Pero si esto continúa me volveré loco.

Quisiera poder hablar en voz alta, oír mi propia voz. El silencio es atroz. Ni siquiera la más pequeña máquina de repuesto está en marcha. A mi alrededor, solamente materia muerta. Sin pulso. Hierro, acero, colores. Escombros. Ataúd de acero.

Podría haberme ahorrado este viaje; es indudable. Pero yo quise subir al submarino, por mi propia voluntad. Salir con el viejo. Darle un fin a mi vida de errabundo.

¿Y ahora? También el viejo está al fin de sus conocimientos. Aquí, en el estrecho de Gibraltar.



Quiero imaginarme el aspecto de las famosas rocas de Gibraltar. Las veo bajo un cielo rojizo, de contornos azul turquesa. Los barcos anclados no son modernos destructores, sino pequeños barquichuelos. Todos marrones.

Otra vez tengo que desprenderme el broche de la nariz. El olor infame es inaguantable. Trato de pensar en bellos aromas mientras respiro, para contrarrestar el deseo de vomitar.

Los olores en mi pensamiento me traen recuerdos: mi cuarto de juegos, el acuario, los conejillos de Indias, los muebles.

Aquí estoy, sentado en medio de la niebla conformada de aceite, sudor, humedad, materias fecales, sintiendo a través de mis recuerdos todos los olores que quiera.

Aparece el ingeniero. Respirando pesadamente, se deja caer junto a mí sobre la caja de las cartas marinas. Ya no se mueve. Sólo respira. Junta los labios y silba. Se contrae repentinamente, quizás asustado por su mismo sonido.

Me quito la boquilla de la boca:

—Ingeniero, aún tengo algo de azúcar. El técnico vuelve a la realidad:

—No, gracias, un poco de jugo de manzanas sería preferible.

Me incorporo de un salto, paso la compuerta, abro el armario y busco la botella. El ingeniero se la lleva a los labios con una mano, pero en seguida tiene que ayudarse con la otra, porque el vidrio le choca entre los dientes. Traga ávidamente. Un hilo de jugo le resbala por la barbilla. Ni siquiera hace un amago de limpiárselo.

Ahora podría preguntarle cómo está nuestra situación... No, mejor no. Por su aspecto, creo que se volvería loco inmediatamente.

En el habitáculo de los suboficiales, las cortinillas de babor permanecen abiertas, pero los camastros están ocupados igualmente. Parecen cadáveres, tan quietos están. Lo único que no encaja en el cuadro son las boquillas ante sus rostros.

Las cuchetas de los técnicos, en cambio, se hallan vacías. Los marineros y los marineros electricistas se encuentran aún en la popa. Me estiro en la cucheta más cercana.

Aquí está el primer oficial. Con mirada preocupada de empleado público observa que todos y cada uno tengan su boquilla entre los labios. Mirándolo me doy cuenta de que se me acercan las nieblas del sueño.

Al despertar reconozco a Frenssen. Con el cuerpo lleno de cansancio, está sentado a la mesa. Su figura me llega al corazón. No tiene boquilla. Es lógico. Como los maquinistas tienen que trabajar, no les hace falta el tubo de oxígeno, antes bien les causa molestias. Se vuelve, lentamente, porque al moverme en la cama hago ruidos. Me mira como si no pudiese reconocerme. Su columna vertebral ya no parece capaz de sostener su cuerpo. Podría apoyarse en la mesa, pero prefiere que sus brazos cuelguen entre sus piernas. Sus hombros cuelgan a su vez hacia adelante, como si ya no existieran las articulaciones, sino solamente hilos que lo transforman en una

marioneta primitiva. Da la impresión de que la fuerza de gravedad se hubiese descargado doblemente sobre él. Su boca está abierta, su mirada es de vidrio. Quién sabe cómo soportan los demás ese aire irrespirable en el lugar de trabajo.

Mi pensamiento se evade hacia la posibilidad de pasar la Navidad aquí, si los que trabajan a popa no logran terminar. Yo cazaré la mosca de a bordo para el comandante. La encerraré en una caja de cerillas vacía, con los colores españoles. El comandante podrá mantener la caja contra sus oídos, y así creer que las máquinas diesel vuelven a funcionar, cada vez que la mosca zumbe. ¡Qué idea! También el ingeniero podrá cerrar los ojos y escuchar.

Me siento pobre y empobrecido. Con qué ganas quisiera poder decirle ahora a Frenssen:

—¡Voy a ver dónde está el té!

Pero no se puede, con la boquilla en la boca. Frenssen no se mueve un solo milímetro. Parece una figura de cera.

¿Y dónde está el té, en realidad? La tetera debe de estar en la central.

Trabajosamente, me bajo de la cucheta. Frenssen apenas si eleva la vista. En la central, el agua sigue cubriendo el suelo. Es decir, que aún no ha sido resuelto nuestro principal problema. Pero el ingeniero tiene su plan. Sin embargo, la sola vista de semejante confusión me llena de temor.

Pienso que todo esto no tiene ya sentido. Está bien, el submarino está horizontal, la máquina eléctrica ya no tiene que temer. Las entradas de agua están todas cerradas. Pero el peso de la masa de agua es la que nos retiene aquí. Si no conseguimos sacarla al exterior en poco tiempo, estamos listos. El oxígeno también se agotará alguna vez.

¡El té! Paseo mi mirada por el ambiente, pero por ningún lado veo la tetera. No importa, sé dónde encontrar jugo de manzanas. Paso la compuerta, abro el armario, saco la botella, la destapo y se la ofrezco a Frenssen. ¡Dios mío, cuánto tarda en darse cuenta de que es para él! Me echa una mirada de agradecimiento perruno; se la podía haber ahorrado; yo no soy el viejo.

No puedo hacer otra cosa que estar aquí sentado y llamar en mi ayuda a las más diversas figuras. Casas, mujeres, pechos, ombligos.

Mi boca se llena de saliva, de gusto a bilis. Ya no soporto la boquilla. Mi boca la rechaza. La saliva me cae en largos hilos sobre la camisa. También yo necesito un trago. Frenssen no hace un solo gesto al sacar yo la botella de la mesa.

¿Qué es eso? ¡Mi reloj, sobre la mesa! ¿Quién lo puso ahí? Me siento como si acabaran de hacerme un regalo. El segundero sigue moviéndose. Buena máquina. Son poco más de las veinte.

Es decir que hace más de veinticuatro horas que estamos aquí abajo. Con la oscuridad quería hacer el comandante su intento. Pero ya hace mucho que debe estar oscuro. ¡En esta época del año! Pero... ¿por qué le preguntó el viejo al oficial

navegante cuándo se esconde la luna? No, no me equivoco... El viejo volvió a preguntarlo, hace apenas un par de horas. ¿No hay luna llena? En ese caso, la luna no desaparecería. ¿Entonces? Otra vez la misma situación: a nadie puedo preguntarle. Ni al viejo ni al oficial navegante. Creo que oscuro de verdad estará sólo a las cuatro de la mañana.

Eso sería prácticamente toda una noche más. Una noche más, es insoportable.

No alcanzaría el oxígeno.

Estoy intranquilo. Me muevo en el habitáculo de oficiales como bajo los efectos de un trance. Mi lugar, sobre la cucheta del ingeniero, está desocupado. El segundo oficial estará quién sabe dónde. Tengo la sensación de que este día ya lleva más de cien horas.

No sé por cuánto tiempo he dormitado en ese rincón. Me despierto y en el pasillo hacia el habitáculo de los oficiales reconozco al viejo. Se bambolea hacia ambos lados, como si estuviésemos en un barco en medio de la tormenta. Debe venir de su habitáculo. Sin fuerzas se deja caer sobre el camastro del ingeniero. Se lo ve gris y caído. No parece haber reparado en mi presencia. Su mirada es ausente. Durante cinco minutos largos no dice una sola sílaba. Pero entonces lo oigo murmurar:

—¡Lo siento!

Yo soy de piedra. En mí se repiten sus palabras como un eco:

—¡Lo siento!

Con esas solas dos palabras, el comandante ha terminado de apagar la llama de mi esperanza. El miedo se encarama en mi corazón, otra vez más. ¡Ya no hay posibilidades! Eso quiere decir.

¡Adiós a mis sueños! Un poco de teatro y buena conducta... y luego el fin.

Todo esto, nuestros esfuerzos... nada. Quedaremos aquí hasta el Juicio Final.

Nadando se hubiera podido conseguir. Sí. Abandonando el submarino inmediatamente después de llegar a la superficie. Pero ahora, ¿dormir, mientras el oxígeno se agota?

Me quito la boquilla de la boca, aunque no tengo deseos de hablar. Mis manos lo hacen sin querer. Manos inteligentes. Se dicen a sí mismas para qué. ¿Para qué el tubo, si ya no existe una posibilidad? Un hilo de saliva se me cae al suelo.

Me vuelvo hacia el viejo. Su rostro está muerto, como una máscara. Tengo la impresión de poder arrancársela, pero entonces me tropezaré con la carne y los tendones, otra vez la visión del atlas de anatomía.

¿Han terminado los esfuerzos del viejo? No puede ser cierto: ¡Lo siento! No puede haberlo dicho en serio.

El viejo no se mueve un milímetro. No puedo encontrar su mirada, porque la tiene depositada en el suelo.

En mi cabeza se junta el miedo ante el vacío. No puedo permitirme la locura.

Tengo que cuidar de mí y del viejo.

No hay duda: el viejo está acabado. ¿Cómo si no podría habersele escapado algo así de los labios? Era resignación.

Quizá comience todo a cambiar ahora, para nuestro bien, y el viejo no sepa nada aún. ¿Qué puedo hacer? ¿Decirle al viejo que todo marcha bien?

Siento la rebelión en lo más íntimo de mi ser: ¡No y no! No puede ser que esas dos palabras del viejo me saquen del convencimiento de que yo me salvaré. Nada puede pasarme. No a mí. Yo soy tabú. Por mí se salvará todo el submarino.

El viejo venía de popa. ¿Qué le puede haber dicho el ingeniero? ¡Si el ingeniero era todo confianza, cuando lo vi por última vez! Tenía su plan. Todo parecía ser bastante lógico. No haría trabajar a sus hombres así porque sí, sin sentido. ¡No es un actor, como lo es el viejo! ¡No, no puede ser!

Renace la duda: lo he notado, no me engaño, arriba está oscuro desde hace horas. Y nosotros queríamos subir cuando estuviese oscuro. O sea que tendríamos que haberlo intentado hace tiempo ya.

El viejo sigue ahí sentado, sin moverse, como si la vida se hubiese escapado de su cuerpo. Ni un parpadeo. ¿Qué pasa con él? Nunca lo había visto así...

Quiero impedir las náuseas que me acosan. Quiero tragar, tragar el miedo.

¡Esto no es más que un teatro!

¿Quién camina ahí?

Miro hacia el pasillo: ¡es el ingeniero! Se bambolea a izquierda y derecha, golpeando contra la pared, igual que el viejo hace un momento. Trato de leer en el rostro del ingeniero. Pero está en la penumbra.

Miro el pasillo. No es una aparición: ¡es el ingeniero! ¿Por qué no se acercará a la luz? ¿Se han vuelto todos locos aquí? ¿Por qué no se sienta con nosotros a la mesa?

¿Será porque su camisa está hecha jirones? ¿O porque sus brazos están sucios de grasa?

El ingeniero mantiene abierta la boca. Seguramente quiere informar algo. Pero espera a que el viejo eleve la mirada. Ahora mueve el ingeniero sus manos, se despega de las paredes, mueve los labios. Seguramente quiere dar suspenso a su información, eso es. Pero el viejo continúa con la cabeza gacha. Quizá ni siquiera se dio cuenta de que el ingeniero está de pie, a menos de dos metros de aquí.

Ya quiero darle un golpecito al comandante, para que salga de su ensimismamiento, cuando el ingeniero carraspea. El viejo sube los ojos, irritado. De inmediato comienza a hablar el ingeniero.

—Informo al señor comandante que la máquina eléctrica está libre... que el agua ha sido evacuada hacia las celdas de regulación... que desde allí es posible su evacuación hacia el exterior... también la brújula está libre... y la sonda acústica.

El ingeniero se interrumpe. Su voz está ronca. Oigo como proveniente de un eco

multiplicado muchas veces, la palabra:

—. .libre... libre... libre...

—Bien, ingeniero, bien bien —tartamudea el viejo—. Descanse, por de pronto.

Me incorporo, para hacerle un sitio. Pero el ingeniero sigue hablando:

—... todavía... hay problemas... para aclarar... —y da dos pasos hacia atrás, antes de lograr volverse. ¡Se va a caer!

El viejo ha apoyado los codos sobre la mesa y está mordisqueándose el labio inferior. Su rostro se desfigura por eso. ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué no sale de sus labios un solo sonido?

Por fin, el viejo suelta su labio inferior.

—Buena gente... sí, buena gente es lo que hay que tener —dice al fin.

El viejo apoya ambas manos en la mesa, se inclina hacia adelante y se incorpora, muy pesadamente. Pasa lentamente al lado de la mesa, se acomoda los pantalones, ya en el pasillo, y se pone en movimiento hacia la popa, con los pasos inseguros de un borracho.

Y ahí me quedo yo, sentado, después de haber recibido el golpe. ¿Qué fue esto? Con ambas manos cojo la boquilla de mi tubo de oxígeno. Tengo miedo de haber soñado la entrada del ingeniero. Pero el viejo ya no está. ¿Hacia dónde desapareció? Hace un instante estaba aquí, todavía.

—¡Lo siento! —repite el eco de mis pensamientos.

—... libre... libre... libre... —contesta.

¿Dónde se han ido todos? Voy a gritar, cuando oigo voces en la central:

—intentar... hay que ver... si es posible.

—¿Cuándo estará aquí todo listo? —ésa es la voz del viejo. Ahora se hace perentoria—: ¡Mucho tiempo no nos queda!

Otra vez el desconcierto en mí. ¿Qué estoy haciendo aquí, todavía? Vuelvo a colocarme la boquilla en la boca. Estoy temblando. Apenas si puedo sostenerme sobre los pies. Es como si alguien me golpeará en los pliegues detrás de las rodillas.

En la central están el viejo, el ingeniero y el navegante, las cabezas juntas.

Forman un grupo cerrado alrededor de la mesa de cartografía.

En mí aparece el pensamiento de siempre: ahora se retarda la acción, se da tiempo al tiempo, se pierde el tiempo. El grupo de conjurados y los susurros.

Ahora alcanzo a registrarlo: no hay más agua en el piso de la central. Mis pies se mantienen secos. No lo había notado. Ausencias. ¿Estaré ahora en la posesión de todos y de cada uno de mis sentidos?

Oigo que el viejo pregunta a media voz:

—¿Qué aspecto tiene la situación allí arriba, señor navegante?

—El anochecer ha comenzado hace ya dos horas, señor comandante.

Según parece, el viejo se domina nuevamente. Y el navegante supo la

contestación en un santiamén. No se equivocó, lo demuestra la seguridad que denota su voz.

El marinero de la central se mueve entre las válvulas. Puedo ver cómo agudiza el oído. Es seguro que no consigue oír oraciones completas; pero los trozos que consigue escuchar son pan suficiente para todo el submarino. Solamente me asombra que aún no me haya caído redondo al suelo.

—La única posibilidad... bueno— murmura el viejo. Mira entonces su reloj, piensa y dice sin alteraciones en la voz, cual si se tratara de alguna información sin mayor importancia:

—¡En diez minutos emergemos!

¡Emergemos! ¡Emergemos! La palabra se repite en mí como si fuera algo místico. Otra vez más me arranco la boquilla de entre los labios. El hilo de saliva se interrumpe, para aparecer en seguida de nuevo.

¡Lo siento! ¡Emergemos! ¡Si es para volverse loco del todo!

Vuelvo al habitáculo de los oficiales. El segundo oficial todavía está recostado en su camastro.

—¡Eh, segundo oficial! —No reconozco mi voz. Es algo intermedio entre carraspeo y suspiro.

Apenas se mueve.

Vuelvo a intentarlo.

—¡Hola! —Esta vez suena mejor.

El segundo oficial se agarra de la boquilla, como un niño cogería el chupete. No quiere despertar. No quiere salir del sueño, que lo protege. Tengo que sacudirlo fuertemente por el brazo y repetirle:

—¡Eh, muchacho, vuelve en ti!

Por un segundo se entreabren sus párpados. Pero aún no. Trata de evadirme y regresar al sueño.

—¡En diez minutos emergemos! —le susurro, directamente delante de su rostro.

El segundo me mira receloso, pero quita la boquilla de su boca.

—¿Qué?

—¡Emergemos!

—¿Qué? ¿Cómo?

—¡Sí, en diez minutos!

—¿De veras?

—Sí, orden del comandante...

El segundo se incorpora. Ni siquiera hay alegría en su rostro. Se recuesta, cierra los ojos... y ahora aparece una sonrisa. Parece alguien que se enteró de una fiesta que se le preparó en secreto.

# REGRESO

—¡Preparados para emerger!

La orden es un eco que resuena en todo el submarino. El comandante continúa:

—¡El primer oficial y el navegante me seguirán al puente!

Los nombrados buscan en la central sus impermeables y, bamboleándose, se introducen en los pantalones y luego en las chaquetas. Ambos evitan mirarse. Sus rostros están impertérritos, como la cara de dos muñecos. El oficial navegante se coloca su *Südwester* muy lentamente, como si quisiera demostrarles a todos cómo se hace tal cosa. Por fin se ata las cuerdas por debajo de la barbilla.

Ahora caigo en la cuenta de lo que estoy aspirando: una niebla maloliente, dividida en capas bien definidas. Mis pulmones deben esforzarse, si quieren extraer oxígeno de esa masa.

¿Se moverá el submarino de su lugar? ¿Y si todo marcha bien, cómo será lo que sigue?

Como contestando a mi pregunta muda, el comandante da una orden:

—¡Preparar los salvavidas!

Así que eso quiere el viejo: salir, y luego nadar. ¡Ahora, en la oscuridad! ¡Y con la tremenda corriente!

¡Mis películas! Voy hacia mi camastro. Todo está preparado, el salvavidas y los filmes, envueltos de forma impermeable, de manera que me los puedo colgar al cuello.

Como en una segunda capa, más profunda, aparece en mi interior un miedo aún más pánico que el que me provocan la oscuridad y la corriente: el fuego enemigo. Si nos descubre el reflector de una corbeta, estaremos de inmediato sobre el escenario. Y en seguida se agregarán más reflectores y luces de Bengala. Y disparos de armas rápidas.

Pero también puede suceder que tengamos suerte. Quizás no nos descubran en seguida. Entonces estaremos en el agua y a la deriva.

¡Lámparas de emergencia marina! Nosotros no las tenemos. Los Tommies sí, ellos están mejor equipados: entre ellos se piensa en la posibilidad de un descenso. Pero en el concepto de nuestro Mando, esa eventualidad no existe. Todo lo que tenemos para un caso así son los salvavidas.

Me comporto tontamente, al ponerme el salvavidas. No tengo práctica. No creí nunca que habría de usar una cosa de éstas. Frenssen me ayuda. Probando, me coloco en la boca la boquilla. Otra más. Con cuidado gira la rueda del tubo de oxígeno y oigo el siseo que produce. Bien, parece funcionar: el aire llega.

De pronto, a mi alrededor todo es movimiento y murmullos. El miedo va desapareciendo.

Todos tienen ya sus salvavidas colocados. Y todos están ocupados con él, probando quién sabe qué, para no tener que levantar la vista.

Solamente sorprendo la mirada del segundo oficial. No logra parecer indiferente a la situación. Para no demostrar sus pensamientos arruga la cara.

Es la hora de la verdad. El ingeniero pondrá su aire comprimido en funcionamiento y se sabrá si tenemos suficiente fuerza como para abandonar este sitio, llenando los *bunkers* de inmersión y vaciando las celdas de regulación. No sabemos aún si las válvulas de los *bunkers* resistirán. Solamente podemos hacer este intento. No habrá una segunda posibilidad. Eso sí lo sabemos.

El comandante ordena con voz clara:

—¡Dar aire! —y el marinero de la central abre las llaves. El aire comprimido silba hacia los *bunkers*. ¿Sacaré el agua hacia el exterior? Escuchamos, de pie y sin movernos. ¿Se mueve el submarino?

Aflojo las rodillas, para sentir cada pequeño movimiento de la embarcación.

¡Nada! ¡Estamos anclados! ¡Anclados como plomo!

Me aflojo aún más.

El aire comprimido sigue soplando y soplando.

¡Nada!

¡La esperanza se va! ¡Todo en balde! Mis piernas ya no responden...

¡Pero ahora! ¡Eso fue un movimiento, en todo el submarino! Y ahora se oye un ruido, exterior, como cuando somos alcanzados por los rayos del Asdic. Un chillido, agudo, como un cuchillo al pasar sobre la porcelana, que me alcanza en los huesos...

¡el indicador del manómetro de profundidad tiembla!

Con un movimiento claramente perceptible, el submarino se despega del fondo del mar. Se oye un chirrido, al raspar contra una roca. Más sonidos. Y entonces, silencio.

En mi garganta se ahoga un grito de júbilo.

Con la mano izquierda me agarro fuertemente del pasamanos de la escalerilla que lleva a la torre. Mi mirada no se despega del indicador. Por Dios, que siga temblando. Mi mirada se convierte en hipnótica, y el indicador se mueve dos o tres líneas más. El submarino se balancea, sube, equilibrado... como un balón aerostático.

¡Dios de los Cielos, ya no estamos sobre el fondo! Somos más livianos que el agua. ¡Subimos!

Miro el manómetro, por encima de los hombros del comandante. Los demás también. Nadie se mueve en el habitáculo, nadie habla.

El indicador sube con lentitud torturante. Quisiera poder acelerarlo, como si moviéndose él ascendiera más rápido el submarino.

¿Y ahora? ¿Se detiene el indicador? ¿No seguimos nuestro ascenso? ¡Eso es imposible! ¡Tenemos propulsión! ¡Tenemos que llegar arriba!



—¡Doscientos cincuenta metros! —dice el ingeniero, como si no lo supieran todos, ya.

—¡Doscientos diez... doscientos... ciento noventa!

La observación con el periscopio no nos será posible, recuerdo. Ambos periscopios están rotos. Así que el comandante ni siquiera se podrá asegurar de que no hay moros en la costa. Rápidamente aparto esos pensamientos y me concentro en el manómetro de profundidad: el submarino, efectivamente, sigue en ascenso.

—¡Ciento sesenta metros! —murmura el ingeniero.

El comandante ya está debajo de la torre. El indicador muestra ciento treinta. Los minutos se estiran, como si fuesen de goma.

Todos estamos duros, de pie. No me atrevo ni siquiera a cambiar de pierna de apoyo. El viejo, con su salvavidas colocado, me parece deforme.

Cuando la marca llega a los sesenta metros, el comandante ordena apagar todas las luces de la central. Sólo queda la luz mortecina que nos llega de ambos lados, a través de las compuertas abiertas. Apenas se reconocen los contornos de cada figura.

Ascendemos tan lentamente como un ascensor impulsado a mano. Al fin logro cambiar de pierna. Despacio, con cuidado. Que nadie lo note.

El aparato para escuchar está ocupado por Herrmann. Sé que en estos momentos tiene una serie de contactos, pero que sólo los informará cuando estén lo suficientemente cerca. Por ahora, Herrmann calla. Tenemos suerte.

—Veinte metros... dieciocho.

La columna de agua del Papenberg está bajando. El comandante se dirige pesadamente hacia arriba.

—La escotilla de la torre está por encima de la superficie —informa el ingeniero.

Trago. Los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Que los ciegos vuelvan a ver, que los intoxicados vuelvan a respirar aire puro!

El submarino comienza a moverse. Y un ruido:

—¡Tch... bumm... tch... bummm!

¡Una ola golpeó contra la embarcación!

Todo se desenvuelve ahora tan rápidamente como de costumbre. El comandante ordena:

—¡Equilibrio de presiones! —El submarino está afuera.

Un golpe rudo: la escotilla de la torre acaba de abrirse. Es decir, que el equilibrio de presiones no había llegado aún a su fin. El aire nos cae desde arriba como una masa compacta. Mis pulmones se llenan de él, dolorosamente. Se interrumpen, como si no fuesen capaces de contener tanto aire de una sola vez. Tambaleo. El dolor de los pulmones me llega hasta las rodillas.

Dios mío, ¿qué sucede aquí arriba? ¿Y las luces de Bengala? ¿Vio algo el viejo?

¿Por qué no manda órdenes?

El submarino se bambolea de un lado a otro. Oigo el golpeteo incesante de las pequeñas olas. El submarino les sirve de gong.

Por fin llega la voz del comandante:

—¡Sacar el aire!

¡Júbilo en las gargantas de todos! ¡Sacar el aire! El redondel de la escotilla permanece oscuro.

El viejo sigue hablando:

—¡Preparados para la emergencia! ¡El diesel preparada para la marcha!

¿Cómo? ¿Quiere decir eso que la superficie no nos pertenece aún en su totalidad? ¿Que puede sernos quitada en cualquier momento?

Este trago de aire ya me pertenece. Y el siguiente. ¡Aire húmedo y negro de la noche! Mi tórax se distingue y yo tomo aire, tanto como mis pulmones me lo permiten.

Otra vez el rumor de las olas. Es música de los dioses. Podría abrazar el cuello del ingeniero.

Desde arriba llega el grito:

—¡Preparada el diesel!

Más fuerte de lo necesario repito la orden hacia la popa:

—¡Preparada el diesel!

El grito se pasa de boca en boca, hasta las máquinas. Allí se abren las válvulas de escape, en el diesel que queda sana. La gente está probando si el diesel está preparada. Otra vez nos habla el viejo desde arriba:

—¡Diesel de babor hacia adelante, a media velocidad! —El timonel repite la orden, y yo también, hacia la popa.

—¡Diesel a babor hacia adelante, a media velocidad!

Oigo ya el soplido del arranque. La primera pulsación hace temblar todo el submarino.

¡Dios mío! ¡Si todo esto llega a salir bien! Nuevamente, el viejo vuelve a apostar todo a una carta. Apenas si he podido comprender que ya estamos arriba, que respiramos el aire de la noche, que vivimos aún... y ya ordena el viejo encender el diesel. ¿Querrá acercarse a la costa?

El diesel está incorporando al submarino corrientes de aire puro. Todas las compuertas están abiertas, a fin de que el aire renovado llegue a cada rincón de la embarcación.

El ruido de el diesel me traspasa. Quisiera taparme los oídos. Seguramente se le debe estar oyendo en España, o en África. ¡Con la cantidad de observadores que debe de haber a nuestro alrededor!

¿Qué otra cosa podía hacer el viejo? No teníamos elección. No podíamos aparecer silenciosamente.

Si supiera qué aspecto tiene la cosa arriba! Pero desde allí sólo provienen órdenes que nada me aclaran.

El viejo llama ahora al oficial navegante, para que suba al puente. También el primer oficial, a mi lado, tiene el rostro volcado hacia arriba. El se agarra de la escalerilla con la mano derecha, yo con la izquierda. Es mi imagen especular.

Tres, cuatro órdenes son dadas en rápida sucesión. Luego otra más:

—¡Todo a babor! ¡A doscientos cincuenta grados!

El timonel se confunde con tantas órdenes juntas. Nada más se oye desde arriba.

—¡Pero, pero, pero! —se oye allí la voz del comandante. El último «pero» se estira a lo largo. No es lo que se dice una super información, mas me puedo imaginar que salimos bien.

A morderse los dientes y a desear que el viejo haga lo correcto. Tiene práctica en eso: jugar delante del rostro del enemigo, marchar cerca de él, navegar siempre con fondo negro; todo según las reglas del arte.

El primer oficial se sorbe los mocos. Respira a través de la boca abierta. Podría decir algo, pienso. Con sus recetas magistrales, éste estaría perdido. Lo que el viejo está haciendo ahora no se aprende en cursillos. Ahora hay que desandar con las ruidosas diesel lo que hicimos con las silenciosas máquinas eléctricas. De regreso. La entrada al Mediterráneo fracasó.

Como obligado, también yo me sorbo la humedad de la nariz. Casi todos debemos estar algo resfriados. Mi pie izquierdo se coloca sobre el último escalón, como si estuviese en el escaño de un bar. El primer oficial me copia el movimiento con el pie derecho.

El oficial navegante guarda demasiado silencio. Sólo puedo entender la mitad de lo que dice:

—¡Objeto... a tantos grados! ¡Objeto en situación treinta... se acerca!

—¡Qué tránsito de locos! —oigo que dicen detrás de mí. ¡El segundo oficial! Puede hacerse el hombre fuerte ahora, todo lo que quiera, a mí no me engaña. Nunca se me borraré su imagen en el rincón de ese camastro, con el perrito de plástico entre los brazos.

El segundo oficial está más cerca ahora. Lo noto en su respiración.

En la central parece haber crecido la población. Es comprensible que la gente no quiera quedarse ahora en sus habitáculos. El que puede se hace un lugar en las cercanías de la torre; en la oscuridad nadie los distingue, para su suerte. A pesar del ruido de la diesel, oigo claramente el siseo del aire comprimido saliendo de un pequeño cilindro de acero. Otra vez. Dos que se acaban de preparar para el descenso.

El corazón me golpea en el cuello. Si alguien nos descubre... ya no podremos sumergirnos.

Sigue una secuencia enloquecedora de órdenes:

—¡A babor... a estribor... hacia adelante... bien, así... todo a babor! —El viejo obliga al submarino a serpentear sobre el mar.

No puedo entender que aún no hayamos sido hallados por nadie, que los Tommies no hayan dado la gran alarma, que todo lo que pueda navegar no esté acercándose a nosotros. Alguien nos *tiene* que oír, o vernos. No pueden estar *todos* durmiendo. ¿Nos encubrirá el diesel con su ruido? ¿Nos tomarán por un submarino inglés? ¡Pero si la forma de la torre es distinta en los submarinos ingleses! Sí, me digo, vista de lado, claro, pero vista de frente quizá no haya demasiada diferencia...

Otra vez el corto siseo del aire que abandona un cilindro de aire comprimido.

¡Ojalá no tengamos que saltar!

¿Y si viene otro avión?

Ese no era un vuelo de rutina. Habíamos sido avistados, y ellos pueden acoplarse, de manera que si para hoy no se ha avistado nada, los aviones se quedan en casa.

Ahí estamos los tres, y apenas si nos atrevemos a respirar. Como en el teatro: el observador, allí arriba en la torre, informa lo que ve. Y así consigo percibir claramente las sombras de barcos lejanos que se juntan, giran, se agrandan y vuelven a desaparecer.

Ahora calla nuestro observador. ¡Si solamente dijera una palabra!

El segundo oficial tose antes de opinar, con voz aflautada.

—Lo primero será enfilar ordenadamente hacia el Oeste, sospecho.

Hace cinco minutos que el viejo guarda silencio. Veo ante mí la carta: sí, un gran arco hacia el Oeste, a fin de evitar el pesado tránsito en los alrededores del Cabo San Vicente.

—¡Si pudiera ir al puente! Ver. Ver. ¡Ver! Por lo menos el cielo me demuestra su comprensión: la cobertura de nubes se abre y aparecen algunas estrellas. En el círculo de la escotilla se dirigen de derecha a izquierda. ¿Cómo se llamarán? El navegante lo sabría inmediatamente.

Pero él está arriba.

—¡A babor veinte... a doscientos setenta grados!

Pasa un minuto antes de que el timonel informe:

—¡Estamos a doscientos setenta grados!

Ya me he acostumbrado al ruido de el diesel. Pero al emerger me pareció un golpe en todo el cuerpo.

—¿Qué hora es? —pregunta el comandante.

—Las veintiuna y treinta —contesta el timonel desde la torre.

Es decir, que hace una hora que estamos en la superficie. ¿Cuánto es capaz de dar esta soel diesel?

No sé siquiera a ciencia cierta a qué velocidad estamos marchando. Si los diesel fueran dos, me daría cuenta por el tono. Pero así no puedo distinguir los ruidos, no

estoy entrenado. Ojalá las baterías se recarguen lo suficiente como para aguantar un día más. Porque hay algo claro, por más que nadie lo haya dicho nunca: en cuanto amanezca hay que desaparecer de la superficie. El ingeniero querrá mantener el submarino a profundidad de periscopio. Esperemos lo mejor.

Por fin otro bocadillo desde arriba:

—...no, navegante, de eso estoy seguro, ése se va. Seguro. Tenga al otro bajo los ojos.

Cinco minutos después pregunta el comandante:

—¿Cuál es nuestra situación?

—Doscientos setenta grados.

—Bien.

—¿Cuántas millas podremos hacer todavía, antes de que amanezca? —le pregunto al primer oficial.

—Veinte, quizá.

—Vamos bien.

—Parece.

De pronto siento un apretón en el hombro y pego un respingo, asustado.

—¿Cómo está todo? —pregunta el ingeniero.

—Aceptable —le contesto—. ¿Y usted?

—Gracias... *comme ci, comme ça*.

—Ajá.

—Sólo quería respirar un poco de aire puro —me explica el ingeniero antes de desaparecer.

—Parece que no nos quieren, en el país de los *macaronis* —oigo detrás de mis espaldas.

Tiene que haber sido el marinero de la central, Isenberg. ¡Cierto: La Spezia! Ya ni pensaba que era allí a donde nos dirigíamos. ¡El hermoso y azul Mediterráneo! El astuto Rommel tendrá que ver qué hacer para pasarlo sin nosotros. A fin de cuentas, somos un submarino del Atlántico. ¡Que se ocupen los italianos de los convoyes del Mediterráneo!

¿Habremos sido el único submarino? ¿O habría otros que tuvieron que pasar la dura prueba?

Si conseguimos dirigirnos hacia el Oeste... entonces, ¿qué? Un día bajo agua, a profundidad de periscopio, bien. ¿Y luego? No estamos aptos para sumergirnos. Más que la profundidad de periscopio no soporta ya este submarino. ¿Funcionará nuestra radio? Nadie volvió a hablar de comunicaciones. ¿Cuántas millas nos separan del siguiente puerto francés? ¿O querrá el viejo regresar a Vigo, para mandarnos a pie a través de España, todos juntos esta vez?

¿Y si el tiempo empeora? ¿Cómo cruzaremos entonces el golfo de Vizcaya? De

día sería imposible, de todas formas... No somos capaces ya de escapar de ningún avión, y el golfo hierve de aviones. ¿Navegar de noche y quedar sumergidos de día? Está bien que las noches son largas, pero es una empresa difícil...

—Bien, así... —oigo desde arriba.

El viejo se salió de curso. Nos hace ir más hacia el Sur. Es el juego de siempre: el viejo piensa, los Tommies piensan; podrían pensar que si varios submarinos quisieran intentar pasar hacia el Mediterráneo lo harían por el camino más corto. Es decir, viniendo desde el Atlántico central y del Norte, no navegarán por debajo de los treinta y seis grados. O sea que nosotros debemos mantenernos por debajo de los treinta y seis. Por lo menos por ahora.

Si estoy en lo cierto, tendríamos que estar en las cercanías del cabo Espartel. O más hacia el Oeste, pero a esa altura. El oficial navegante no puede hacer sus mediciones ahora. Y como nadie lo reemplaza, le faltará después un bonito tramo para dibujar sobre la carta.

De pronto me doy cuenta de que han desaparecido ambos oficiales. Tampoco a mí me es fácil mantenerme vertical. Desde arriba llegan ahora menos órdenes para el timonel. Según parece, hemos dejado atrás las cadenas de observadores, incólumes.

Si ya no es tan arriesgado, bien podría intentarse...

—¡Permiso para subir! —demando.

—¡Sí! —responde el viejo.

No consigo casi poner en movimiento mis miembros. Tanto tiempo de pie los ha endurecido. Trabajosamente, subo la escalerilla, al lado del timonel. El viento me da en el rostro, aun antes de conseguir ver la defensa. Se me mete en la boca.

—¿Y? —pregunta el viejo.

No consigo hablar. Miro a mi alrededor, espío. Ni una sombra, nada. ¡Ahí! A estribor titila una cadena de luces. Son nueve o diez. ¿Qué será? ¿La costa africana? Se hace difícil comprenderlo.

Me incorporo aún más, por encima de la defensa. La proa brilla en el tenue resplandor de la luna. ¡Qué vacía que está la cubierta! A pesar de la oscuridad veo la baranda, rota; ¿qué aspecto tendrá la parte delantera de la torre? El viejo está de pie junto a mí:

—¿Impresionante, no es verdad?

—¿Cómo dice?

—¡Que es impresionante! —lo que sigue es un murmullo, del cual solamente consigo entender la mitad—: ¡Dios no abandona a su pequeño hato de vagabundos!

El oficial navegante también se deja oír:

—Siempre creí que cuidaría a los ingleses, que son los que tienen el whisky. No puedo creer lo que estoy oyendo: chistes inocentes.

Me posesiono de un sentido de irrealidad; ésta no es la vieja tierra. Nos

deslizamos por una piel de plomo, sobre una luna fría y muerta que surca el espacio infinito. Ni existen otros seres vivos fuera de nosotros mismos. Me da la sensación de habernos deslizado de esta manera por cien largos años. ¿Seremos los de antes? ¿Los mismos? ¿Qué significa el haber logrado un pequeño impulso hacia la superficie?

Durante largos minutos no estoy seguro de estar despierto o dormido. Siento que todo va cambiando... De todo esto, ¿qué es realidad? ¿Qué es lo que soñé? ¿Qué lo que se debió a las alucinaciones del miedo? ¿Y cuánto ha durado en verdad esta tortura? ¿Cuándo estuve despierto del todo? ¿Cómo pasé tantas horas? ¿Y los otros?

Lo que más quisiera preguntarle al navegante en este preciso instante:

¿Cómo se desarrolló todo esto?

Mis miembros están flojos, como después de una pesada enfermedad. Mi sangre, empero, sigue golpeando fuertemente en las arterias. Los latidos de mi corazón repercuten en los oídos.

Tengo que palpar el metal de la defensa, para sentir cómo tiritita. Nuestra diesel vibra, en realidad. ¡No es un engaño! ¡Lo logramos, hemos escapado!

Me doy cuenta de que automáticamente me hallo abriendo y cerrando las manos. El juego de las articulaciones en mis dedos me tranquiliza. Se dejan manejar según mi voluntad. Mis músculos reaccionan. Puedo sentir cómo trabajan los músculos y las articulaciones. Me puedo pasar la mano por la frente, y siento entonces el frío sudor que la baña.

El oficial navegante se vuelve, pero no dice una sola palabra. Tampoco yo.

Nuevas luces se encienden. El viejo da nuevas órdenes para el timón. Giramos hacia uno y otro lado, pero el curso general nos lleva hacia el Oeste. Por empezar, tenemos que escapar. Ganar espacio. ¡Salir de este embudo!

—¿Cuánto tiempo tenemos todavía, navegante?

—Una hora, por lo menos, señor.

Lo único que quiero es llenar mis pulmones rítmicamente, oír los latidos de mi corazón, permitir que mi mirada se pasee por el horizonte apenas visible, oír el siseo de las olas contra la proa. Me ha salpicado el agua. Me seco los labios con la lengua: salado. Mis nervios gustativos reaccionan. Ver, gustar, oír, oler la noche. Sentir los movimientos de la embarcación. Todos mis sentidos funcionan... Vivo!

Me llama la vejiga. No sé, yo quisiera ir a aquel rincón, en la cubierta, detrás del puente, como es costumbre. Pero aún no es tiempo para ello, al viejo podría no gustarle. Me parece fuera de lugar. Mejor espero otro rato.

Miro hacia arriba. Aquí y allí, un par de estrellas. El resto son nubes, que apenas se mueven y esconden el brillo de la luna... Y nosotros, marchando a través de la noche. Nacidos otra vez; sin que nadie sospeche que estamos. En Kernével se nos considera hundidos. Es seguro que los Tommies lo han dado a conocer en seguida. Pueden comunicar por la radio lo que quieran, nosotros en cambio no. Se dijo que la

radio podría volver a funcionar, pero nos vamos a cuidar muy bien de pasar algo. Los Tommies nos descubrirían inmediatamente.

—Bien —murmura el viejo—, una hora más y luego nos vamos. Mira a través de los binóculos. Sin sacarlos de su vista agrega:

—Creo que podemos dejar subir a la guardia, ¿no, navegante?

—Sí, señor.

—¡Prepararse la segunda guardia! —grita el comandante hacia abajo—. ¿Y? —me pregunta en seguida a mí.

—¡No puedo entenderlo!

—¿Qué cosa?

—¡Que nos permitan seguir nadando en este lugar!

—Yo tampoco lo comprendo —comparte el viejo secamente. Pero es típico. Es lo que digo siempre: no terminar. A mí no me hubiese sucedido.

—¿Qué cosa?

—Que estemos aquí dando vueltas. ¡No dar por terminado mientras la gorra del comandante no suba! ¡Es una vieja regla!

La sorpresa hace que yo quede con la boca abierta: crítica profesional. Si hubiese sido por el viejo, nos habrían hecho pedazos, sin retorno. El viejo se hubiera ocupado mucho mejor de nosotros.

—¡Que se fastidien! —me habla con la voz de borracho que da consejos a otro de su misma condición.

—Claro —le respondo. Pero cuando me doy cuenta de que la segunda guardia está preparada para ascender, aprovecho para desaparecer de aquí.

Los charcos malolientes han sido limpiados. Tampoco está ya el agua de cal clorada. Los ventiladores zumban, todo está normal. Todo limpio, por todos lados. El baño también está libre, ¡oh, milagro!

En el habitáculo de los suboficiales todo es silencio; tres cortinillas están corridas. Tal como estoy, con todo el ropaje pegado al cuerpo, me arrojo sobre mi camastro. El salvavidas queda a mis pies, sin abrir. Pero el tubo de oxígeno y la boquilla están en mi camino. ¿Qué hacer? ¡Quisiera tirarlos por la borda! No quiero ver más ese aparato. ¿Qué hicieron los demás con los suyos? Ah, contra la pared...

Entre sueños oigo detonaciones. Yo soy un enorme tambor de lata. Dentro del tambor, de mí mismo por tanto, giran ruedas de fuego, hacia adentro blancas, hacia afuera rosadas. El tambor está colocado entre grandísimas dalias en flor. Una avenida de dalias. Al final, un Cristo en luz de magnesio. Por encima de él, un fundamento de bronce dorado, verdoso, y una aureola brillante, de color rosado. Hasta el cenit. De ambos lados ascienden cohetes, por encima de ruedas de fuego en movimiento y de las dalias. Todo el suelo chispea y relampaguea.

De pronto, el golpeteo del tambor cesa. ¿Quién golpeaba, en realidad? Desde



ambos lados están disparando bolas, sobre el tambor. Ninguna acierta. Es verdad: si miro mejor, el rostro en brasas, al final de la avenida de fuego, no es el de Nuestro Señor Jesucristo, sino el del viejo. Vestido con su ropa harapienta se eleva todo lo posible, se golpea sobre los muslos y ríe a mandíbula batiente. El motivo es el disparo de las bolas.

Dos disparos aciertan sobre mi tambor. Al mismo tiempo. Sus defensas no resisten. Las bolas chispeantes se desparraman en mí. Al rudio que producen le sigue un sordo tronar.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —tartamudeo y retiro la cortinilla, sobresaltado. Otra vez tres, cuatro golpes sordos.

Ahí hay alguien sentado a la mesa. Su rostro gira hacia mí. Parpadeo para reconocerlo más rápido. Se trata del marinero de los diesel, Kleinschmidt.

—¡Están desollando a alguno!

—¡Mierda!

—¡No es a nosotros! ¡Hace más de media hora que están disparando!

—¿Qué hora es, ahora?

—Once y media.

—¿Cómo? ¿Cómo puede ser?

—Sí, las once y treinta... exactas.

Kleinschmidt me acerca su muñeca, para que yo me asegure por mí mismo. Noto entonces que tengo mi propio reloj. Podría golpearme: debo estar totalmente loco. Aparte de mi persona y de Kleinschmidt no hay nadie más en el habitáculo. ¿O sí? Las cortinillas de las cuchetas del otro lado están corridas...

¡Desollando...! Tiene que ser de día, a esta hora. Once y treinta... pero no de la noche.

Ya no puedo confiar en mi sentido del tiempo. Estoy confundido. ¿Y entonces? Durante el día no intentará nadie pasar esas defensas...

¡Otra serie de detonaciones!

—¡Quizá sea para asustarnos! —le digo a Kleinschmidt.

Me incorporo y salto de la cucheta. Quiero ir a la central, a ver qué pasa.

El marinero de la central es quien se ocupa de contar las bombas disparadas.

El oficial navegante duerme.

Cuenta en voz alta.

—Treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho. Las últimas dos detonaron juntas...

También el primer oficial está en la central. Con rostro atento espera sentado sobre el cajón de los mapas. No está bien vestido, cosa muy rara en él. Tampoco su barba está alineada. La iluminación que le llega desde el escritorio deja sus ojos en la sombra. Parece una calavera. Tan solamente le falta enseñar los dientes.

—Cuarenta, cuarenta y dos, cuarenta y cuatro...

—¿A qué distancia es eso?

—Bastante lejos —responde el marinero.

—Por lo menos quince millas —agrega el primer oficial.

Que el comandante no esté en la central me hace pensar. ¿Y el ingeniero?

¿Estará en la máquina? ¿O durmiendo? Ambos timoneles están sentados sin moverse delante de sus botoneras. Sin participar, como si se hubiesen dormido hace horas.

Toda una serie de detonaciones se convierte en un trueno.

—¡Lejos! —oigo a mis espaldas la voz ronca del comandante. Solamente tiene puestos un pantalón y una camisa. Su cara está arrugada, demuestra desprecio. Detrás de él está de pie el oficial navegante. Aparece el ingeniero.

—Mierda —murmura el ingeniero a cada pausa de las detonaciones. Como un niño caprichoso lo repite cada vez.

¿No será que alguien se está ocupando de nuestro rastro de aceite? Es difícil que esas bombas estén dirigidas a otro submarino. ¡Si es de día!

—¡Se acercan! —informa el navegante.

¡Lo único que faltaba! ¡El ruido del timón es demasiado fuerte! ¡Todo en este submarino es demasiado ruidoso!

El viejo hace un gesto con la mano y dice:

—¡Qué tontería!

Los truenos cesan de repente. Como si el movimiento de la mano del comandante les hubiese servido de señal.

—Probablemente tengan demasiada cantidad y haya que hacerlas desaparecer...

¡de la forma más sencilla!

El comandante se va.

Observo la carta marina. Asombroso: el navegante ha unido los trayectos faltantes. No me sorprendería que la posición que se dio del submarino a las seis de la mañana hubiese sido tomada a partir de una observación astronómica. Tal como lo conozco, el navegante ha medido las estrellas antes de bajar del puente.

Sobre la carta todo es simple. Ya hemos hecho otros trayectos más complicados y menos directos que el actual. El Papenberg me indica que estamos a veinte metros de profundidad.

Herrmann tiene guardia en el cuarto de comunicaciones. Me observa con la dura mirada de una lechuza.

—Buenos días —casi le digo a esa cara vacía. Pero ya es casi mediodía. Además, no debo molestarlo. Tiene que oír cada ruido que se produzca a nuestro derredor. Sus dos auriculares tienen que reemplazar a cuatro binoculares, sus dos tímpanos a ocho ojos.

El comandante ha corrido su cortina. Paso a su lado de puntillas.

En el habitáculo de los oficiales duerme el segundo oficial. Pero el ingeniero no está sobre su camastro. Si aún no ha dormido, tiene que estar a punto de ir al manicomio. Hace doce horas, el ingeniero ya era un hombre medio muerto. Por el oficial navegante sé que en estos días espera familia su mujer. ¡Qué tiempos, éstos que corren! En Flensburg, en una clínica, la señora, y él en el Atlántico, entre máquinas destruidas, a veinte metros de profundidad y al borde de la locura.

Estoy cansado, yo también. Ni siquiera tengo las fuerzas necesarias como para volver al habitáculo de suboficiales. Así que me dejo caer en un rincón, sobre el camastro del ingeniero.

Me despierta el camarero. Da la impresión de que lo estuviese intentando desde hace rato. Claramente noté cómo me zarandeaba, y cómo una y otra vez traté de quitármelo de encima. La boca del camarero está cerca de mi rostro cuando dice:

—Las doce menos cinco, teniente.

Cierro los párpados tan fuertemente como puedo e inmediatamente los abro.

—¿Cómo?

—¡Doce menos cinco, teniente!

—¿Hay algo de comer?

—Sí, señor.

Oigo al comandante hablando con el escucha. Tiene la voz áspera de un borracho. Ahora se acerca.

—¿Y? —es todo lo que dice.

Ojos rojos, parpadeo constante, rostro del color del queso, cabello pastoso, barba oscura y brillante. El viejo sostuvo la cabeza en el agua por un buen rato, parece.

Por fin abre la boca:

—¿Qué hay?

—¡Niños envueltos y repollo colorado! —responde el camarero.

El cocinero, ¡qué loco! Con comida enlatada pude haber contado, pero nunca con esta comida dominguera.

—Hm —hace el viejo. Se ha recostado y mira hacia el techo.

—¿Dónde está el ingeniero? —pregunto.

—Con sus amadas máquinas, claro. Se durmió entre ambas diesel. Sus hombres lo recostaron mejor, sobre un colchón. Que se quede ahí, por ahora.

Sobre la mesa aparecen tres fuentes humeantes. El viejo las olfatea.

Otra vez, tres o cuatro detonaciones sordas. ¿No acabará nunca eso?

El comandante ha arrugado la cara. Se mordisquea el labio inferior. Dos detonaciones; después opina:

—Son realmente molestos, esos muchachos. Como si ya estuviésemos en Año Nuevo.

Cierra los ojos y se pasa la mano por el rostro. Con los dedos índices se aprieta ambos ojos, y luego se acaricia la barba con la mano derecha.

Su piel se colorea. Pero sólo un instante; en seguida vuelve a tomar su tinte plomizo, alrededor de los ojos enrojecidos.

—¿Y el segundo ingeniero... dónde está?

El comandante bosteza.

—También en las máquinas. Allí siempre hay algo que arreglar.

Sigue bostezando.

—El sí que ha sido bien entrenado. Sabe bien lo que le espera, por lo menos.

—¡Ruido de hélices a noventa grados a la derecha! —grita el escucha.

El viejo se incorpora inmediatamente y llega al puesto del escucha.

—¿Más o menos fuerte? —pregunta, impaciente.

—¡Sigue igual! ¡Es una turbina! ¡Ahora aumenta!

El viejo penetra en el habitáculo. La cabeza del escucha se le acerca tanto que parece que quisiera decirle algo al oído. Se ha quitado sus auriculares y les ha dado vuelta, de tal modo que puede mantener uno contra la oreja izquierda, mientras le ofrece el derecho al comandante. Nada más sucede. No se habla una palabra.

Lentamente, dirijo otra vez mi vista hacia la mesa. Mi medio niño envuelto está entre un montoncito de repollo colorado y otro de patatas. Aún tengo en mis manos el tenedor y el cuchillo, pero no puedo seguir comiendo, como si tal cosa...

—¡Se aleja! —La voz del escucha. Un suspiro y el ruido de sus articulaciones me señalan que el viejo se incorpora.

—Por lo menos, que nos dejen comer tranquilos —dice al sentarse nuevamente a la mesa.

Apenas se ha sentado, el escucha informa nuevos ruidos:

—Ciento setenta grados.

—Con lo pacíficos que estábamos. ¡Que esperen, ahora! —replica, mientras come dos o tres bocados.

Me decido a seguir comiendo yo también. Muy despacio; para no hacer ruido con los cubiertos.

Que los Tommies se ocupen de brindarnos algunos efectos acústicos en medio de la comida es tomado por el comandante como una chanza.

—¡Frío! —dice, luego de haberse puesto en la boca un trozo de carne. Unos minutos más sigue observando enojado la comida, hasta que finalmente aleja el plato.

Las detonaciones de bombas de profundidad y ahora estas hélices, tan cerca, han puesto evidentemente nervioso al viejo. Posiblemente, los Tommies se estén entreteniendo con nuestro aceite, después de todo. ¿Acaso podemos saber a ciencia cierta si no dejamos en verdad un rastro de combustible detrás de nosotros? Está bien que la mayor parte de nuestro aceite tiene que haber sido dispersado por la corriente

hacia el Mediterráneo, pero quizá aún sigamos echando.

El primer oficial ha almorzado ordenadamente y ha depositado el tenedor y el cuchillo al lado del plato, en forma paralela. Es un hombre educado, no hay nada que hacer. También le ha inculcado las buenas costumbres al camarero:

—Cuando dejo cruzados los cubiertos significa que quiero servirme más.

—¡Retirar! —ordena el comandante, se incorpora y se dirige a la central. Tan pronto como consigue sentarse sobre la caja de los mapas se oyen seis nuevas detonaciones. Como un trueno lejano.

La mesa del habitáculo de suboficiales ofrece un cuadro fuera de lo común: sólo tres han comido, pero como cerdos. Entre los platos sucios han quedado las fuentes llenas de comida fría, para quienes no han almorzado. Parece que los tripulantes están demasiado cansados para seguir manteniendo el orden. Quisiera ayudarme en mi ascenso a la cucheta, pero realmente me cuesta mucho trabajo encontrar sobre la mesa un lugar para el pie.

El zumbido de las máquinas eléctricas se interrumpe nuevamente con tres detonaciones. Me doy cuenta de por qué, después de cada detonación, el ambiente queda en tan absoluto silencio, es el altavoz, que ya no se oye.

Dormir un par de horas, eso sería algo bueno. Estirarse... contraer los dedos de los pies y luego relajarlos... En nuestra situación, sólo poder estar recostado significa la completa felicidad. Tiemblo nada más de pensar que tendríamos que estar nadando hace muchas horas, a no ser por la testarudez del viejo.

Son las diecisiete y treinta cuando despierto. Cosa extraña, estamos enfilando a treinta grados. O sea que el viejo desea seguir acercándose a la costa. Si continuáramos en este curso, llegaríamos a Lisboa.

¿Cuánto hace ya que me llamaron desde el puente porque pasábamos por las cercanías de Lisboa?

Supongo que cerca de la costa es más seguro para nosotros. Como conozco al viejo, sé que hará todo lo posible para salvarnos.

A fin de cuentas, nuestra embarcación está completamente equipada. Combustible, torpedos en cantidad, provisiones... un hombre como el viejo no entrega tanto así como así.

Para marchar a través del Golfo de Vizcaya, el cabo Finisterre es el punto de partida. ¿Se animará el viejo a dar el salto?

—¡Prepararse para emerger! —oigo desde la central. La orden pasa de boca en boca. Como en el habitáculo de los alféreces nadie se mueve, me levanto y grito hacia la proa, en la penumbra:

—¡Prepararse para emerger!

Comienza el ritual de siempre. Le toca a la segunda guardia; son las dieciocho. Es decir, que quedan todavía dos horas de guardia.

La gente se amontona en la central. Otra vez tendremos que emerger a ciegas.

—¡La torre ha emergido!

—¡Equilibrar posiciones!

La escotilla se abre; el comandante es el primero en subir. De inmediato reclama el diesel. El submarino tiembla. Nuevamente marchamos con la fuerza de el diesel. Curso: treinta grados.

Subo detrás del segundo oficial. Una rápida mirada me confirma que somos los únicos de este lado del horizonte. El mar, negro como la noche, se distingue perfectamente del cielo, sin embargo apenas un poco más claro. Poco viento.

Inspiro tanto aire nocturno como mis pulmones me lo permiten. No me alcanza, quiero más. El agua me salpica el rostro. El aire oscuro se llena de sal.

Una y otra vez se rompe una ola contra nuestra proa.

—Pronto tendremos a Lisboa a nuestro costado —dice el comandante.

—Sí, pero a estribor —contesto, mientras pienso que ojalá sea esa la única diferencia.

Voy a cenar.

Aparece el ingeniero. No me atrevo a mirarlo, tan venido a menos está.

—Seguro que tenían radar —le dice el comandante.

Radar. Todos los grandes lo tienen. El Bismarck atrapó así al Hood, sin que se viera del Hood ni un solo mástil. Y ahora los Tommies deben de haber logrado empequeñecer sus instalaciones, como los japoneses sus árboles. Tan chico que todo el radar cabe en un anaquel. Seguramente no se inventó nada contra eso aún.

Quisiera saber cuándo se enterará Simone. Su gente está bien informada. ¿Su gente? También daría algo por saber si es verdad o no. Tendríamos que estar de regreso hace mucho: tanto tiempo como nosotros no estuvo afuera submarino alguno, el año pasado, aun sin contar el desastre de Gibraltar.

Aquí nadie habla ya una palabra de Gibraltar. Nadie se lo permite. Es como si las horas que pasamos allá abajo fuesen tabú.

Hasta los marineros están mudos: Gibraltar se dibujó en sus rostros. El miedo se incorporó al semblante de muchos de ellos. Todos lo saben: no podemos sumergirnos. El submarino no soporta más profundidad que la del periscopio. El submarino se ha transformado en una hamaca, un despojo navegando en el mar. Todos tienen miedo de que el submarino no aguante la marcha a través de las tormentas invernales del golfo de Vizcaya. Suerte para nosotros, de todas maneras, que los Tommies nos hayan dado por perdidos y ya no nos busquen.

Al día siguiente consigo pescar trozos de conversaciones.

—¿Crees acaso que me voy a hacer en los pantalones? No hay respuesta.

—¡Es una bonita distancia! —dice Dorian un rato después, como restándole importancia.

—¡Justamente a través del golfo, con este cascajo! —se entromete Kleinschmidt.

—¡No lo hagas tan largo! —Frenssen reposa sobre su autoridad—: Si ya hemos salido de cosas peores, también saldremos de ésta. No hay por qué mosquearse...

—¿Cuántas millas crees tú que hay hasta el próximo punto defensivo?

—¿Qué quieres decir con «el próximo»?

—¡Mírenlo un poco! ¡No me vas a hacer creer que vamos a ir hasta St. Nazaire...! ¿No estuviste en la popa? Mucho ya no podemos esperar de este montón de hierros viejos.

Me siento mecido suavemente, caigo en un remolino, giro veloz alrededor de mi propio eje. Todo se tiñe de color plata. Plateado de luna. Burbujas claras ascienden y revientan. Pero todo esto no es real: sólo es un papel plateado, doblado para parecer lo que veo. Las perlas color plata me rodean, me llevan hacia arriba como a un pez. Yo muevo los brazos, busco aire, me despierto y siento que me cogen de un hombro:

—¿Qué pasa? —me invade el pánico.

Es Turbo, el ayudante de la central, quien se refleja en mi mirada angustiada. No se oye el ruido de los diesel; tampoco el zumbido de las máquinas eléctricas. Silencio en todo el submarino.

—¿Qué pasa?

El rostro del ayudante de la central permanece en dirección a mí:

—¿Qué pasa, hombre?

—Estamos parados.

—¿Parados? ¿Cómo? —Siempre se filtró cada cambio de velocidad en mis sueños y ahora ni siquiera me he dado cuenta de que la máquina se detuvo.

Por fin se oye un ruido, un puñetazo sobre una bolsa de arena, seguido de otros menores. Son las olas golpeando contra los *bunkers* de inmersión. El submarino se bambolea de un lado a otro.

—Que suba al puente.

El ayudante es un hombre considerado. Ha partido la noticia en pequeños bocadillos y espera a que yo haya deglutido uno para después ofrecer el que le sigue:

—El comandante está arriba... que usted también vaya... es que hemos detenido un vapor...

Como corroborando lo que está diciendo asiente con la cabeza; con pasos hacia atrás se defiende de mis posibles preguntas.

¿Detenido un vapor? ¿Qué hemos detenido un vapor? ¿Se ha vuelto loco el viejo? ¿Hemos detenido un vapor? ¿Qué tontería es ésta? ¿Un nuevo número en el programa? ¿Que hemos detenido un vapor!

Y este silencio. La cortinilla de abajo está abierta, la de arriba también. ¿Es que no hay gente en este submarino? Nadie a la vista. ¿Están todos deteniendo al vapor?

Mis miembros no me responden. El submarino se mueve de tal forma que me

tambaleo. Me caigo, al tratar de poner el pie derecho en la bota. El suelo resbala ahora hacia el otro lado: soy arrojado contra un camastro. ¡A ponerse rápido la chaqueta y a cruzar la compuerta!

Por lo menos, en la central hay dos hombres sentados. La cabeza inclinada, grito hacia arriba:

—¡Permiso para subir!

La respuesta llega inmediatamente:

—Sí, señor.

El viento es húmedo. El cielo está tachonado de estrellas. Masas deformes se delimitan en la oscuridad: el comandante, el oficial navegante, el primer oficial. Una rápida mirada a la defensa. ¡Dios mío! Justo sobre el alambre hay un barco enorme. Situación noventa, la proa a la izquierda. Todo iluminado, desde proa hasta popa. Un vapor de pasajeros. Doce mil toneladas, ahí paradas. Así nada más. Ahí está. Parado.

—Hace más de una hora que me dedico a él —dice el viejo sin volverse.

Hace frío, como para helarse. Tiemblo. El navegante me alcanza sus binóculos. Dos, tres minutos después me dice el viejo:

—Hace exactamente cincuenta y cinco minutos que lo paramos.

Tiene los binóculos ante sus ojos. El navegante me aclara a media voz:

—Por medio de señales les hicimos saber...

El comandante lo interrumpe:

—... les hicimos saber que disparamos si habla por radio. Posiblemente no haya hablado. Y entonces le pedimos que pasaran su nombre. Pero el que nos dieron no existe... «Reina Victoria», o algo así, español. El primer oficial no lo encontró en el registro. Algo marcha mal...

—¿Y la iluminación?

—No hay mejor forma de esconderse que encender todas las luces y firmar como neutral.

El oficial navegante carraspea:

—¡Extraño! —se le oye, entre las manos que sostienen los binóculos.

—¡Más que extraño! —dice el comandante—. ¡Si supiéramos si este barco está declarado...! Hemos despachado un comunicado, hace rato.

Un comunicado. ¿Tenía que ser?

—Aún no hay respuesta. O nuestra instalación no funciona...

No puedo entenderlo. Mandar un comunicado en nuestra situación. Para que nos pesquen.

Como si hubiese oído mis pensamientos, el viejo aclara:

—Tengo que ir sobre seguro.

Otra vez tengo esa sensación de que he perdido el contacto con la realidad, de que ese barco enorme no es sino un fantasma, de que en seguida habrá una explosión y



que entonces habrá que respirar hondo; risas, fin de la función.

—Hace media hora que sabe que lo torpedearemos si no manda un bote — truena el viejo.

También el primer oficial tiene los binoculares ante sus ojos. No dice una sola palabra. En mi cabeza hay un tornillo flojo: es una locura, nada más que una locura. Un vapor, directamente por encima del alambre de comunicaciones del submarino.

¿Es que los buenos espíritus han abandonado al viejo?

—Mantenemos su onda ocupada. Pero sólo el diablo sabe lo que está pasando.

Primer oficial, dígame en inglés otra vez que le enviaremos un torpedo, si no nos manda él una lancha... ¿Qué hora es, navegante?

—Tres y veinte.

—Avíseme cuando sean las tres y treinta.

Sólo ahora veo que el marinero de comunicaciones Hinrich está en el puente. Es quien maneja las señales, apoyado sobre la parte más alta de la defensa.

—¡Maldición! —se enoja el comandante, porque desde enfrente no llega ni siquiera la señal de comprendido—. Esto es increíble.

El marinero debe repetir sus señales tres veces, antes de que aparezca un reflector de señales entre los muchos ojos de buey del vapor. El primer oficial deletrea al oído del marinero de comunicaciones. Dagas de luz se dirigen hacia el barco, cortas y largas.

Otra eternidad, hasta que desde el vapor llega la respuesta. El viejo no participa de su lectura, como encaprichado.

—¿Qué dicen? —le pregunta luego al primer oficial.

—Que están apurando el trabajo, señor.

—Apurando, apurando. ¿Qué significa esto? Primero nos dan un nombre falso y ahora esto... ¿Qué hora es, navegante?

—Tres y veinticinco.

—¡Qué mala educación! Un nombre falso, ponerse duros, no querer colaborar... El comandante pasa de un pie al otro, las manos colocadas profundamente en los bolsillos de su chaqueta, la cabeza hacia abajo. Su perfil se dibuja muy bien contra el fondo acuático. Lo único que hace es mirar fijamente hacia el vapor.

Nadie se atreve a decir una palabra. Solamente se oye el ruido de las olas al golpear contra los *bunkers*. Hasta que el comandante vuelve a gritar:

—¿Qué quiere decir eso de que están apurando el trabajo?

Claramente noto que está esperando una respuesta de parte del oficial navegante. Pero éste se refugia detrás de los binóculos y no habla. Los minutos pasan. El comandante se vuelve hacia él. El navegante quiere rápidamente volver a ocuparse de sus anteojos. Demasiado tarde, tiene que hablar:

—Yo... hemmm... no tengo opinión formada, señor... nunca se sabe...

—¿Qué es lo que no se puede saber? —lo interrumpe el comandante.

—Algo no funciona en todo esto —dice el oficial navegante, indeciso.

—Esa es justamente mi propia opinión —responde el viejo—. Se retrasan a propósito. Están esperando que lleguen destructores. O aviones.

El viejo habla como si tuviese que autoconvencerse. Otra vez el balbuceo del navegante:

—...esperemos.

Veo las luces amarillas de los ojos de buey, en línea, siento el viento húmedo de la noche en el rostro, palpo cuidadoso la defensa metálica, como ciego, me balanceo con él ida y vuelta del submarino sobre el mar. Oigo el ruido que hacen las olas al golpear contra las celdas de inmersión, su siseo parecido al del agua cuando chorrea sobre una placa caliente. Huelo yodo, el aire húmedo de la noche. También huelo el aceite. Todos mis sentidos están en funcionamiento, y sin embargo es como si estuviese despierto a medias, como si no pudiera confiar en mis percepciones.

No podemos jugar a la guerra, con este caño roto a medias. El viejo ya no puede poner sobre la mesa cartas de triunfo. Es una suerte que el cañón de cubierta haya desaparecido, porque es seguro que el viejo dispararía ahora, sólo para apurar a la gente del buque fantasma.

—¡Tubo uno en agua!

Esa voz de hielo. El viejo está de pie detrás de mí. Puedo sentir entre mis omóplatos su impaciencia. Es una locura. No puedo atacar. El enemigo está parado, nosotros también. La distancia es mínima.

Dos olas pegan con sonido de gong contra los *bunkers*. Luego, nada más que silencio. Sólo se oye la respiración entrecortada de los hombres.

De pronto dice el comandante:

—¡Ya es suficiente, navegante! ¿Se ve algo?

—No, señor —responde Kriechbaum a través de sus binóculos, secamente. Pausa de segundos, antes de seguir—: ...pero yo no sé si...

—¿Qué cosa, navegante? ¿Ve algo... o no ve nada?

Intranquilo, el navegante responde al fin entre sus manos enguantadas:

—No, señor; no se ve nada.

—¿Qué significan entonces sus metafísicas observaciones?

Otra vez silencio por un momento. El ruido de las olas pasa a primer plano.

—¡Bien, entonces! —Como posesionado por una ira incontenible, el comandante da la orden—: ¡Tubo uno... prepararse para el disparo bajo el agua!

El comandante respira hondo, antes de dar la orden de fuego. La da a media voz, como si se tratara de una cosa secundaria, sin mayor importancia.

El submarino se conmueve por un claro impulso: el torpedo ha abandonado la embarcación.

—¡El disparo del tubo uno fue eléctrico! —llega la comunicación desde abajo. El oficial navegante deja de mirar por el anteojo. También el primer oficial.

Todos los rostros se dirigen ahora hacia la cadena de luces provenientes de los ojos de buey. Estamos petrificados en nuestros lugares.

Dios mío, ¿qué pasará ahora? Ese gran barco, enorme. Es un vapor de pasajeros. Seguramente está lleno de personas hasta en su último rincón. Y en seguida se irán todos ellos al cielo. O se ahogarán en sus cabinas. Porque nuestro torpedo no puede fallar. Si el barco no se mueve. No hubo que hacer ningún cálculo complicado, ni siquiera el mar se mueve. El torpedo fue dirigido a dos metros debajo de la línea de agua, justo al centro del barco. La distancia también es ideal...

Miro hacia el vapor, con los ojos muy abiertos. Mi imaginación ya lo ve estallar en una inconmensurable detonación. La embarcación da un vuelco sobre sí misma, los restos vuelan por los aires. El hongo de humo crece. Cenizas blancas, cenizas rojas.

El aire se me hace irrespirable. ¿Cuándo llegará la detonación de una vez? Las lucecitas del vapor comienzan a bailar; pero sólo se debe a que miro fijamente. Ya ni respiro.

Las palabras de una comunicación se hacen lugar en mis oídos:

—... el torpedo no marcha.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién dijo eso? Vino desde abajo. Si yo sentí claramente cómo abandonó el submarino. ¿Y ahora?

—Es lógico —dice el oficial navegante, después respira profundamente. El torpedo no marcha. Eso quiere decir que no funciona. El ataque aéreo, eso es. La bomba también dañó a ese torpedo. Claro, por la onda de presión. No puede haberla soportado ningún torpedo.

¿Y los tubos dos, tres y cuatro?

—Entonces probaremos simplemente con el tubo cinco —oigo que comenta el viejo. Y en seguida agrega—: ¡Preparar el tubo de popa!

Las órdenes necesarias, tanto para las máquinas como para los timones, siguen inmediatamente a esa exteriorización del comandante. Todo tranquilamente, como en una maniobra.

Tubo cinco. O sea que el viejo tampoco confía en los torpedos alojados en los tubos restantes... quizás el tubo de popa esté intacto...

El viejo no cesa en su empeño. No se deja amilanar por señales del destino. El submarino, lentamente, se pone en movimiento y gira. El barco iluminado se desplaza hacia estribor y luego hacia la popa. En dos o tres minutos lo tendremos en la posición exacta para el disparo.

—¡Ahí están!

Me contraigo, por el susto que esas palabras me producen. El oficial navegante

me ha gritado directamente en el oído derecho.

—¿Dónde? —grita a su vez el comandante.

—¡Ahí... ése tiene que ser el bote! —Y señala hacia la oscuridad, con el brazo extendido.

Los ojos me lloran al tratar de enfocar mejor los objetos de la noche. Es cierto, allí se mueve algo, apenas un tinte más oscuro que el mar.

En seguida, la mancha se sitúa entre nosotros y las luces. Ya no hay duda: es un bote.

—¡Con un cúter! ¿Es que se han vuelto locos? Con un cúter —le oigo al viejo. Y ni una linterna a bordo...

Incrédulo dirijo mi vista hacia esa masa oscura. Contra el fondo de luces veo bajar y subir seis pequeñas sombras.

—El contraмаestre y dos hombres, prepararse en la cubierta. Subir el reflector al puente —ordena el viejo.

Desde la torre se oyen voces.

—¿Tarda mucho todavía? —pregunta el viejo.

El cable parece haberse enredado. Pero ahora ayuda el oficial navegante desde arriba, tirando del mismo. En un instante tenemos el reflector con nosotros.

De pronto, a la luz del reflector, aparece la proa del cúter. Es una aparición irreal, como proyectada contra una pantalla, que en seguida vuelve a desaparecer entre dos olas. Sólo se sigue viendo la figura del hombre sentado en popa: con el brazo levantado se protege de la luz.

—¡Atención, contraмаestre!

—¡Caramba! —dice alguien a mis oídos. Miro: es el ingeniero. No había notado que también él estaba en el puente.

El cúter está otra vez arriba. Reconozco a seis hombres y al timonel.

Se acercan. Desde la borda, un marinero les alcanza un gancho para arrimar el bote. Se oyen gritos y conversaciones rápidas. Los gritos más fuertes provienen del timonel del cúter.

El comandante se queda ahí, de pie, sin moverse ni decir una sola palabra.

—¡No deslumbren a esta gente! —grita el contraмаestre. El reflector se mueve de su lugar.

El cúter es alejado por el mar de nuestra embarcación. Cinco, seis metros. Mientras tanto, el timonel se ha incorporado. También se levanta otro que yo antes no había visto; son ocho en total.

Cuando el bote es traído otra vez cerca del submarino, los dos hombres se preparan para el salto. Uno detrás del otro, saltan sobre nuestra cubierta. El primero tropieza: casi se cae, pero nuestro contraмаestre consigue tomarlo entre sus manos. El otro da un salto demasiado corto, de manera que hubiese caído al agua de no ser

por un marinero de los nuestros. Sin embargo, los dos siguen tambaleándose hasta caer.

El contramaestre despótica.

Ambos suben al fin por la escalerilla. Dios, qué chalecos tan pasados de moda. Con razón no pueden ni moverse.

—¡Buenas noches! —oigo que dicen en español.

—¿Qué dijeron? —pregunta el ingeniero.

El puente se ha vuelto demasiado estrecho, en un instante. Un torrente de palabras incomprensibles se vuelca sobre nosotros. El más pequeño de los dos gesticula como si se tratara de una marioneta manejada por una persona en extremo nerviosa.

Las capuchas de ambos esconden sus rostros. Los brazos del segundo, incómodos por el chaleco salvavidas, parecen dos ganchos separados de su cuerpo.

—¡Espacio, señores, espacio! Bajemos, primero —dice el comandante, mientras con las manos hace señas de arriba hacia abajo.

—Son españoles —dice el oficial navegante.

A los dos les resulta difícil pasar por la escotilla, debido al disfraz que llevan. Y eso que son gente pequeña.

En la central, a media luz, los puedo ver mejor. Uno, al parecer el capitán, es regordete. Tiene un bigote negro, como pegado al labio superior. El otro es media cabeza más alto y de piel más oscura. Los dos pasean su mirada por el ambiente, como buscando una salida de emergencias. Ahora me doy cuenta de que el gordito sangra por una herida que se ha hecho sobre el ojo. La sangre le corre entre tres hilos paralelos, sobre el pómulo.

—¡Hombre, qué nerviosos están! —comenta Isenberg, el marinero de la central. Tiene razón: nunca vi tanto miedo junto.

Me hago cargo de que somos nosotros, es nuestra imagen, la que les ocasiona temor. Nuestros ojos brillantes, las mejillas hundidas, las barbas hirsutas. Hombres del desierto en medio de tanta maquinaria. Y seguro que olemos también bastante mal. La mayoría de nosotros todavía tiene puesta la misma ropa que el día de la partida. Y estos dos vienen de aposentos cuidados, seguramente con alfombras en los pasillos. Como en el Weser. ¿No los habremos asustado durante la noche? No, creo que no: ya era demasiado tarde.

—Hacen como si los fuéramos a degollar —dice Isenberg.

El viejo mira al gesticulante capitán como se observa a un hombre que proviene de otro planeta. ¿Por qué será que no dice palabra? Aquí estamos, en semicírculo, alrededor de ambas figuras danzadoras, y nadie dice nada. El español regordete mueve ambos brazos y expresa sílabas incomprensibles.

De pronto siento en mí la marea que provoca la ira: podría saltar al cuello de ese hombre, ahogarlo, ponerle la rodilla sobre los testículos. ¡Hacernos esto, pienso,

hacernos esto a nosotros!

El viejo me observa.

—¡Ustedes no nos pueden cagar así!

El español me mira, el pánico reflejado en sus ojos. No soy capaz de articular qué es lo que me da tanta rabia. Pero lo sé bien, sí: primero quisieron convertirnos en verdugos, al no reaccionar; hicieron esperar horas enteras al viejo. Vinieron entonces con ese cúter pueril, en vez de acercarse con una lancha de motor. Sin linterna siquiera.

Al español se le cortó el habla. Sus ojos van de uno a otro. De repente murmura a media lengua, en alemán:

—¡Buenos hombres! ¡Buenos hombres! —Y como no sabe en realidad a quién dirigirse, gira sobre sí mismo, grotesco como un oso, con los papeles del barco aún bajo el brazo. Y en seguida levanta ambas manos, con lo cual mantiene los papeles en alto. Nuestras miradas siguen los documentos.

El viejo arruga la cara y sin decir absolutamente nada estira su mano hacia esos papeles. El español responde al gesto con gritos de lamentación. El viejo lo interrumpe, fríamente:

—*Your ship's name?* (¿El nombre de su barco?) —¡Reina Victoria, Reina Victoria, Reina Victoria! —es todo lo que dice el español.

El viejo saca entretando los papeles de su sobre engomado. El español se ha convertido ahora en absolutamente servicial. Se pone sobre la punta de los pies, todo para mostrarle al comandante el nombre del barco inscrito sobre el papel.

El primer oficial observa la escena con la mirada perdida en el vacío, sin expresión alguna. Su rostro parece un pepino mojado.

De pronto se hace el silencio. Después de un momento, el viejo levanta la vista de los documentos y se dirige al primer oficial:

—Dígale a este señor que su barco no existe. Usted sabe castellano.

El primer oficial despierta de su trance. Su rostro enrojece y comienza a tartamudear en castellano, a espaldas del capitán. Este abre los ojos, sorprendido, comienza a buscar con la cabeza hacia ambos lados, pero la capucha de su chaqueta no le permite grandes movimientos, así que tiene que volverse. Al hacerlo da la espalda. Un temblor recorre todo mi cuerpo. En pequeñas letras de molde, en la arista inferior de su chaleco, consigo leer. «South Carolina». Ya lo tengo. El viejo tenía razón. Son americanos... camuflados como españoles.

Le doy un pequeño golpecito al viejo. Con el índice recorro el nombre recién descubierto, sobre el chaleco.

—¡Interesante: aquí dice «South Carolina»!

Como picado por una tarántula, el español gira hacia nosotros y nos hecha un aluvión de palabras. ¡Ah, te descubrimos mentiroso!

Deja de hablar castellano, muchacho. Ahora habla en inglés.

El viejo no cesa de mirar al hombrecillo gesticulante, hasta que por fin le dice al primer oficial:

—¡Diga de una vez qué es lo que está explicando!

—South Carolina... el barco.. se llama así, en realidad... —tartamudea el primer oficial. El español se ha prendido a sus labios y asiente con cada palabra del primer oficial. Parece un payaso. Pero ahora se denomina Reina Victoria. Lo... compraron a los americanos hace cinco años...

El viejo y el español se observan, tal como si ambos fueran a arrojarse inmediatamente el uno contra el otro. El silencio es tan profundo que se oye el caer de algunas gotas de agua.

El oficial navegante interrumpe entonces con su información:

—¡Concuerta... Catorce mil toneladas! —el navegante tiene el registro de barcos en la mano.

El viejo pasea su mirada entre el español y su navegante.

—¡Repita eso! —dice por fin, la voz tajante.

—El barco consta en el apéndice, señor. —Y como el viejo no parece reaccionar, agrega, a media voz—: El primer oficial no se ha fijado en el apéndice...

El viejo cierra los puños y mira atentamente al primer oficial. Tiene que hacer un esfuerzo para controlarse. Al fin habla:

—¡Pido una explicación!

El primer oficial gira inseguro hacia el oficial navegante y toma el registro. Después de dos pasos tambaleantes, se agarra de la mesa de cartografía, como si estuviese herido.

El viejo tiembla. Antes de que el primer oficial pueda decir algo, se dirige nuevamente al español, esta vez con una sonrisa, casi una mueca, entre los labios. El capitán español se da cuenta de inmediato del cambio de la situación, y como un poseso vuelve a repetir:

—South Carolina... ahora Reina Victoria... —Muchas veces, cinco o seis. Poco a poco se retira el miedo de su rostro.

—¡Navegante, observe usted esos papeles! —ordena el comandante. Pero aún antes de que la orden se cumpla, el capitán español nos informa en su idioma:

—Dos mil pasajeros... hacia América del Sur... Buenos Aires...

El viejo toma aire largamente; el aire sale un instante después por entre los labios entrecerrados. Todo su cuerpo se estremece. Ahora, incluso, golpea al español sobre los hombros. Los ojos del otro español, seguramente el primer oficial, brillan como las velas de un árbol de Navidad. Abre y cierra la boca, nunca había visto nada parecido. Debe de ser un tic.

El viejo está cambiado. Al parecer ha olvidado completamente a su primer oficial.

Como por encanto están ahí la botella de coñac y tres vasos. El viejo murmura algo en español, para no ser menos, también. Finalmente, el español eleva su vaso y grita:

—¡Eilitler! ¡Eilitler!

El primer oficial está tremendamente pálido. Tartamudeando trata de traducir lo que el capitán dice:

—El capitán había pensado... que nosotros éramos un submarino de la patrulla inglesa... por eso, por eso se permitió tanto tiempo. Al darse cuenta de que no éramos ingleses trató de apurarse... Además dice... el dice... que el primer bote se les escapó.

El español asiente y asiente como un caballito de juguete:

—¡Sí, sí, sí! —repite.

—Pide ser disculpado.

—Debería agradecernos de rodillas, a nosotros y al Tommy que nos rompió el tubo. ¿No quiere decirle, además, que gracias a su inestimable ayuda él debería estar hace rato allí arriba, vestido de blanco? Estos dos personajes y dos mil pasajeros.

*Usted* los tendría en la conciencia... ¿no le dice nada eso?

El primer oficial deja caer su mandíbula. Está liquidado.

Ya en el cúter, el capitán español nos ofrece, a gritos, discos y frutas. Sólo media hora, dice, y las cosas estarían aquí.

—¡Vete de una vez, tonto! —le grita uno de los marineros de cubierta, y le da un empujón al bote para alejarlo del submarino. Tiempo después todavía se siguen oyendo sílabas en castellano.

Los españoles se transforman rápidamente en una masa oscura.

—Hay que estar loco para salir así, sin una sola linterna a bordo... ya estaban a menos de veinte metros, cuando los descubrimos.

Todos miramos el bote. Pero ya no lo vemos. Nuestro submarino se mueve de un lado a otro. Tengo la sensación de estar en pie sobre una balsa.

El viejo no tiene prisa por dar órdenes a las máquinas.

En la central se encuentra nuevamente con el primer oficial.

—¿Sabe usted en realidad...? ¿Tiene usted el suficiente cerebro como para darse cuenta de lo que hubiera hecho, por un pelo? ¿Lo que yo hubiera hecho, porque mi primer oficial no es capaz de realizar en forma responsable algo tan primitivo como es buscar en un registro? ¡Voy a decirle algo: a usted habría que llevarlo ante un tribunal de guerra!

Lo único que le queda por hacer al primer oficial es pegarse un tiro, pienso. Pero la pistola que hay a bordo, una sola, está encerrada y cuidada por el comandante.

En el habitáculo de proa todos son comentarios, los más desfavorables al primer oficial.

Horas más tarde, el comandante recapitula en la central:

—Se juntó realmente todo... podría haber sido un desastre, si el torpedo hubiese



funcionado... pero todo salió mal esta vez.

Silencio. Unos minutos después dice el viejo, masticando su pipa:

—Así se reconoce una vez más de qué casualidades depende la vida... bah... —  
No hay duda: al viejo no le ha gustado toda esta historia—. Pero una cosa es cierta:  
ellos se retrasaron. Se comportaron en verdad como locos.

—Es que ellos suponían que los paró un submarino inglés. Nosotros mismos les  
hablamos en inglés. En un submarino alemán ni pensaron.

—Sí —dice el viejo, eso sucede cuando uno habla varios idiomas.

—Tienen que haberse muerto de miedo al reconocer a qué empresa  
pertenecíamos.

Cinco minutos después comenta el viejo:

—También es un grave problema el hecho de que no podamos medir nuestras  
comunicaciones al exterior. Quizá ni siquiera salió el mensaje que mandamos. La  
antena no andaba, así que... Y bueno, las instalaciones rotas y un primer oficial  
incompetente... mucho no se puede hacer así.

Y el estado de nuestros nervios, agrego yo para mí. Quien tuvo razón fue el  
oficial navegante. Observador. Pensador frío. No se dejó influir. No es de la misma  
opinión que el viejo cuando está convencido de otra cosa.

Yo mismo me pongo nervioso al ver al viejo ahí sentado, fumando tranquilamente  
su pipa.

—Bonito teatro, esto no hubiese acabado así...

—No... —me interrumpe el viejo.

No comprendo.

—No entiendo... —le digo.

—Muy simple: tendríamos que haber hecho tabla rasa... es el caso típico...

El viejo se frena, para luego continuar a media voz:

—No tendría que haber habido supervivientes.

¿Qué está diciendo el viejo?

Mi mirada interrogativa es la que lo hace seguir hablando:

—Es la situación típica para la cual no hay recomendaciones ni reglas fijas... Uno  
tiene que actuar como lo estima conveniente. Es lo que se llama libre albedrío.

El viejo juega con la pipa fría entre las manos. Trabajosamente busca palabras:

—Por radio no han llamado. Ellos saben que eso se puede controlar... por lo  
menos en condiciones normales. Dado el caso de que el torpedo hubiese funcionado,  
el vapor simplemente hubiese pasado por una mina. Se hubiese hundido tan  
rápidamente que ni siquiera hubieran tenido tiempo para una comunicación radial,  
por así decirlo. De todas maneras, un submarino alemán nada hubiese tenido que ver  
con ese asunto. No hay nada que hacer... en esos casos hay que terminar con todo, se  
quiera o no.

El comandante vuelve a chupar de su pipa. Lentamente separa su vista del suelo, se incorpora, se estira:

—Quien dice A, también debe decir B —murmura. Pesadamente se dirige hacia la compuerta que lo llevará a la proa.

Me da miedo pensar en la importancia que ha adquirido en este momento esa pequeña frase. El recuerdo de historias bañadas en sangre me hace temblar: sólo quien está muerto se calla la boca. Sólo ellos... No. Nosotros también.

Abro las mandíbulas. Ya no tengo control sobre mis músculos. ¿Y ahora qué? ¿Qué más tendrá que pasar, antes de que *nosotros* caigamos?

Un sollozo estremecido se escapa desde lo más profundo. Trato de impedirlo cerrándome la boca con ambos puños, pero me resulta imposible.

Aparece el ingeniero.

—Bueno, bueno, ¿qué pasa? —pregunta, preocupado.

—Nada —consigo responder— nada, todo está en orden.

El ingeniero me alcanza un vaso lleno de jugo de manzanas. Lo cojo con ambas manos, bebo un gran sorbo y digo:

—Recostarme... mejor voy a recostarme...

—Vizcaya... si eso saliera bien.

Esas solas palabras de Dufte casi hacen que le propinen una paliza. Ahora menos que nunca provocar al destino, no hay que mover la mesa donde está armado el castillo de naipes. Quién sabe qué más puede pasar todavía en este cascajo. El viejo debe tener sus motivos para mantener el curso tan cerca de la costa. La orden que se había impartido de prepararse con los salvavidas cuelga en el aire.

Lo que más tememos son los aviadores enemigos. Si nos descubren ahora, estamos listos. Eso lo saben todos. Inmersión de alarma ya no hay. Así cambian los tiempos: ahora rogamus por que haya malos factores climáticos... pero no tanto como un temporal.

Mañana todo será peor. La costa se alejará. Comenzará la marcha a través del golfo de Vizcaya. Tenemos que cruzar ese trecho sin que nos descubra ningún avión; justo ese trecho, tan custodiado. ¿Y si es verdad lo que el viejo supone? ¿Si es cierto que los ingleses poseen un aparato que nos hace visibles a sus ojos aún en la noche más oscura?

¿Qué día es hoy...? Hoy... ¿Qué significa eso en realidad? Cuando nos arrastramos por debajo del agua es de día, cuando emergemos y avanzamos con el diesel es de noche. Ahora son las diez y estamos debajo de la superficie... así que son las diez de la mañana.

Pero, ¿qué día de la semana? Mi cerebro tiene que esforzarse para saberlo. Estoy como hipnotizado. Por fin toma cuerpo en mí la palabra calendario. Quiero saber ahora que día marca en este momento. Además, no es cómodo ya estar sentado sobre

esta caja de cartas. Mejor me voy al habitáculo de los oficiales. Almanaque. En el habitáculo de los oficiales hay un almanaque.

El escucha me observa torpemente. Parece un pez detrás del vidrio de su acuario.

Una vez en el habitáculo me siento sobre la mesa. ¡Ah, esto es cómodo!

¿Qué día dice ahí en el calendario? El cinco de diciembre. No, ya hace mucho que pasó. Lo arranco; y también arranco la hoja del nueve de diciembre, que conservaré como recuerdo. La hoja del calendario y la hoja del barógrafo, bonitos *souvenirs*. Once, doce... Diecinueve: estábamos en el fondo. Veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés... un montón de tiempo... así que hoy es el día veintitrés de diciembre... martes. ¡Ajá!

Alguien dice a mis espaldas:

—¡Mañana es Nochebuena! —Bonito regalo, casi contesto. Trago.

¿Sentimentalismo? ¿El espíritu navideño? La fiesta de la paz... sobre un casco, en medio del mar, bombardeados... por una vez algo diferente. De todas maneras estamos bien equipados para la fiesta de la paz por nuestra Marina: un arbolito plegable, provisiones especiales. ¿Cómo se las arreglará el viejo? Seguramente tendrá otras cosas en qué pensar...

El viejo calcula las posibilidades de dirigirnos a La Rochelle. También se podría llegar a Bordeaux. Si bien Bordeaux está más al Sur que La Rochelle, no por eso está más cerca. Además, La Rochelle le gusta más al viejo. Desde nuestra posición hasta La Rochelle hay más o menos cuatrocientas millas marinas... cuatrocientas millas atravesando el golfo de Vizcaya, es decir unas treinta y cinco horas. Pero como durante el día tenemos que sumergirnos, los cálculos ya no son tan favorables. Para cubrir ese trayecto necesitaremos seguramente tres días y tres noches. Eso es mucho, desde que no sabemos qué clase de tiempo nos espera y si el diesel aguanta.

El viejo y el oficial navegante tienen aún más problemas. Durante sus cálculos consigo oír algunos fragmentos:

—¿Y cómo entraremos ahí...? Ni idea... es una entrada muy estrecha... seguro que está cerrado por todos lados... la plataforma submarina es muy poco profunda... hay peligro de minas...

El ambiente en general es pesimista. Todos andan más despacio que de costumbre, como si con el ruido de nuestras solas pisadas pudiéramos atraer al enemigo.

Observo que todos los que aciertan a pasar por la central tratan de echar un vistazo a la carta. Pero nadie se atreve a preguntar cuántas millas hay hasta el punto de llegada. Nadie desea reconocer que las rodillas le tiemblan. Pero todos piensan lo mismo: golfo de Vizcaya... el gran cementerio de los barcos... La zona de las peores tormentas y de la custodia aérea más intensa.

Al ver al navegante ocupado en la mesa de cartografía, aprovecho para

preguntarle:

—¿Cuántas horas aún?

El calculista mueve la cabeza de un lado a otro, como un adivino:

—Hmm —es todo lo que consigo oír por el momento. Su respuesta es diplomática—: ¿Qué quiere que le diga?

Lo observo de reojo, hasta que por fin expresa:

—Estimo que por lo menos sesenta y seis horas... en total, no sólo de marcha en sí.

Algunos tripulantes ya no se dejan mirar a los ojos. Sus pupilas se quiebran.

Un marinero pega un respingo cada vez que intento hablarle. Otro tiene un tic, en el ángulo de su ojo izquierdo. Como no quiere que se le note, mantiene el ojo cerrado y contrae entonces la mejilla. Es una suerte que él mismo no se dé cuenta de lo feo que queda: aquí ya no hay espejos.

El viejo está primero con las máquinas, luego en la proa, después en la central, siempre seguido del ingeniero. El viejo se quiere formar una idea correcta del estado del submarino. Seguramente no consiga reconocer todo lo que está inutilizado.

—¡El submarino está mal, para empezar! —oigo comentar al comandante.

El oficial navegante informa que hemos llegado a la altura del cabo Ortegal. Comienza la travesía por el golfo de Vizcaya.

El viejo llama a consejo también al primer oficial, quizá sólo de pura lástima, para que el primer oficial no se sienta del todo acabado. Se establece un plan exacto de navegación. Los factores del cálculo deben quedar constantes, claro, para que el plan conserve su validez. Lo fundamental es que el diesel aguante.

Cuando el viejo se deja caer en el sofá del habitáculo de oficiales, se le escapa el comienzo de una frase:

—Las queridas festividades cristianas... —y queda mudo.

Claramente noto dónde le aprieta el zapato.

Carraspeando, trata de arrancarme de mi silencio. ¿Qué tengo que decir? ¿Qué no hay ambiente para festejar la Navidad a bordo...

—¡Ah, al cuerno con todo! Postergamos la fiesta y ya está. Festejaremos Navidad cuando tengamos tierra firme bajo los pies... ¿O usted desea leernos el Evangelio según San Lucas?

—¡No! —es lo único que me sale. No se me ocurre nada gracioso.

—Bueno..., entonces nos hacemos a la idea de que aún no es Navidad, y listo. Navidad: desde que cumplí catorce años, nunca me salió bien. Navidades tristes, y hasta dramáticas. Lamentos, la policía en casa. Navidades borrachas...

Hay que construir diques contra las oleadas de pensamientos que afloran.

¡Tiene razón el viejo! ¿Qué significa ese esnobismo, ese hurgueteo en el sentimentalismo? Que sea un día normal. ¿Día normal? ¡Dios mío! Mejor no

hablemos de días, sino solamente de horas... no sea que provoquemos al destino... No, fiesta no, de ninguna manera.

El viejo ha revivido: un problema menos. Tengo curiosidad por saber cómo le comunicará su decisión de postergar la festividad a sus hombres. El altavoz no funciona... Pero el viejo me lo aclara:

—¡Dígaselo usted a los marineros... la noticia se desparramará por sí sola!

El diesel no funciona tan bien como parecía al principio. Al ingeniero aún le preocupan algunas cosas al respecto, si bien no creo que sea nada grave.

El ingeniero no abandona la sala de máquinas durante varias horas.

—Ahora se probará su eficacia —dice el oficial navegante, hablando de el diesel.

Pero no se atreve a poner entre sus labios la palabra «diesel». No provocar. Lo de siempre.

Desde que la gente se enteró de que ya no estamos en la cercanía de la costa, todo se ha hecho aún más silencioso. La tensión nerviosa se nota en los respingos que provocan los menores ruidos. El ingeniero fue quien dio el peor ejemplo: él reacciona ante pequeños murmullos que nosotros ni siquiera alcanzamos a oír, con la misma sensibilidad con que un perro hambriento respondería al fino rasgido de una caja de galletas. Pero esta vez consiguió asustarme. Estábamos sentados en el habitáculo de oficiales, cuando de pronto se incorporó de un salto. Por una fracción de segundo quedó así, inmóvil, escuchando, los ojos muy abiertos. Rápidamente se dirigió entonces a la central. Desde allí se sintió un rato después una explosión nerviosa:

—¡Usted se ha vuelto seguramente loco... ! ¡Maldición... ! ¡Desde cuando... algo así... ! ¡Cada vez más loco... ! ¡Retire eso... ! ¡Apúrese!

Al sentarse el ingeniero nuevamente en su rincón, resoplando, no tuvo valor para preguntarle qué pasó en la central. Diez minutos más tarde, como al pasar, se lo hice contar al marinero.

Otro marinero había estado limpiando cuchillos con arenilla. El sonido que eso produjo no le era conocido al ingeniero.

Veinticuatro de diciembre. Aún flotamos. Hemos dejado detrás de nosotros un buen trayecto, la plantita de la esperanza vuelve a reverdecer. Con el tiempo tenemos muchísima suerte: es tiempo de Navidad. Normalmente, los temporales de diciembre en el golfo de Vizcaya son fortísimos. Pero hasta ahora tenemos a lo sumo viento de cuatro a cinco y marea de tres. Como de costumbre, la marea se mantiene un número por debajo del viento. Mejor no podía ser. Ya estamos casi en la mitad del golfo. El diesel aguantó. Y hasta el momento no nos persiguió ninguna patrulla de búsqueda. Todo esto sería suficiente para sentir un poco de optimismo.

Pero no. Todos se escurren por ahí, las caras largas. También el viejo está monosilábico. Y eso se contagia. Quizás el viejo sólo se está dejando llevar por su dicho, no vender la piel del oso antes de cazarlo. La gente sin embargo se deja caer en

el más hondo pesimismo, en cuanto él deja de animarla. Todos están enfermos del espíritu. Tendría que ir otra vez al habitáculo de proa, quizás allí el ambiente sea mejor.

Apenas si puedo comer, de tanto cansancio y tensión nerviosa. El ingeniero tampoco prueba bocado. También los otros miran más el plato de lo que en realidad comen. El camarero tiene que llevárselos medio llenos.

La Pallice.. La Rochelle... Lo que más recuerdo de allí son las pulgas... Me atacaron bárbaramente cuando estuve, tenía doce ronchas, cada una grande como una moneda.

En el habitáculo de proa, las cosas tienen peor aspecto que nunca. Todo está revuelto. Y llamar a limpieza general ya no está seguramente en el ánimo del contramaestre. Las lámparas vestidas de rojo han desaparecido. Nadie piensa ahora en lograr un ambiente de prostíbulo. Apáticos y completamente relajados, los hombres yacen sobre el suelo, niños envejecidos con barbas de juguete. El fatalismo ha cundido. Apenas si hablan entre ellos.

Pero ya unas horas después se organiza en todo el submarino una limpieza excepcional. Es que el comandante ha hecho cuentas claras con el contramaestre.

¿Limpieza de Navidad?

—¡Qué no se multiplique la haraganería! —me aclara el comandante.

Estuvo bien pensando y mejor decidido: simplemente, que siga la rutina de a bordo, como siempre. Mantener bajas las compuertas de las lágrimas, desviar los pensamientos que nos llevan hacia el hogar. Ni pensar en el baño de lágrimas que esto podría llegar a ser. Nuestros nervios destruidos y encima esos sentimentalismos. Nadie lo soportaría.

—La Spezia... hubiéramos llegado a tiempo —dice el viejo.

Hmm... ¿aires de Navidad?

Me invade el recuerdo de las orgías de comida y bebida en el hotel Majestic; mesas largas, comida abundante, confitería navideña. Y luego el discurso del jefe de la Flotilla: el fuerte lazo entre nuestros palpitantes corazones y los corazones palpitantes de los nuestros en casa; el Führer, la vieja Navidad alemana, el Reich, y por sobre todo nuestro gran Führer. Y entonces, de pie:

—¡Heil! ¡Heil! ¡Heil!

Una cosa está clara: queremos alcanzar el próximo puerto posible para nosotros. No St. Nazaire, sino La Rochelle. El viejo se mantiene férreamente en la rutina. Cuarenta y ocho horas antes de desembarcar se debe leer la ordenanza referente a la visita de los prostíbulos. En realidad, ésa es tarea del primer oficial. Pero el viejo lo ha relevado de ella, como una gracia concedida, debido a que este texto se las trae. Así que le toca al segundo oficial darla a conocer a través del parlante. Ordenanza de prostíbulos a cambio del Evangelio según San Lucas. El segundo oficial lo hace bien.

Su voz tiene, para la lectura de una orden de la Flotilla, la suficiente seriedad; a pesar de todo nadie creerá que él no considera personalmente lo que está leyendo sino como un delirio más.

El marinero de la central pinta estandartes de éxito. Ya ha terminado uno con el número 8.500: el del primer barco, del convoy.

El primer oficial está sentado junto al ingeniero ordenando los papeles: órdenes para el astillero, cálculos de consumo de combustible, comunicaciones de disparos de torpedos. No me asombraría que volviera a hacer sonar las teclas de la máquina de escribir.

Casi una vez cada hora le echo un vistazo a la carta marina. Y cada vez me invade el secreto deseo de prolongar un poco la línea de lápiz que se dirige a La Rochelle.

Con cada milla que dejamos detrás de nosotros, la prisión de que nos hace objeto el miedo se libera un tanto.

Llegan palabras entrecortadas, a través de la compuerta que da al habitáculo de proa. Los espíritus parecen revivir. Incluso oigo a alguien preguntar quién se dedicaría a escribir los permisos de licencia.

—Todavía no se sabe— es la respuesta del contramaestre.

Increíble: aún tenemos por delante de nosotros toda una noche, durante un tiempo demasiado largo aún no nos podemos considerar seguros, y aquí a mi lado ya hay uno preguntando por los permisos de salida.

Pero lo que más me asombra es lo que oigo un poco después en la proa:

—¿Qué clase de prostíbulos hay en La Rochelle?

Parece que el marinero electricista Pilgrim ya estuvo allí:

—¡Qué sé yo! —es su respuesta, a pesar de ello.

—¡A ti tampoco se te puede preguntar nada importante! —se enoja Frenssen. Por suerte, del espíritu navideño ni noticias.

A la una subo al puente.

—Alrededor de dos horas y media todavía para alcanzar el punto de encuentro con los convoyes —le informa el oficial navegante al viejo.

¿Cómo? ¿Ya estamos tan cerca de la costa francesa?

—¡Bastante temprano hemos llegado! Nos resguardaremos, entonces, y comenzaremos por observar el tránsito de la zona.

—¡Sí, señor! —es todo lo que el navegante responde.

—Bien —me dice el viejo—, ahora ya no tenemos tanta prisa, ¿no es cierto?

Suspiro. ¿Qué voy a decir yo?

El aire de la noche es de seda. ¿Me lo figuro yo, o es cierto que huele a tierra, con un aroma tenue de otoño?

¡El paisaje costero de La Baule, en invierno! Muros de piedra alrededor de cada porción de tierra, para protegerla de los vientos que soplan desde el mar. Hay allí un

parque, también rodeado por un muro, que poco a poco se ha transformado en bosque y cuyos árboles, más altos que el muro parecen peinados por el viento.

Cuando hay tormenta, la espuma cuelga entre los arbustos, en grandes gotas de color blanco sucio, a cien metros de la costa.

En los alrededores de La Rochelle, en cambio, no pasa mucho. Por todos lados se ve solamente un terreno plano. La costa en sí no es muy grande. La isla Ré... todo es llano, anegable.

Quizá se pueda ver dentro de un rato la primera luz proveniente de la costa.

¡Pero no! ¡Si la Rochelle no es Lisboa! Todo está oscurecido. Todos los faros de la costa francesa han apagado sus luces.

—¿Dormimos una hora...? —me pregunta el viejo.

—Daño no nos puede hacer...

Le pido al oficial navegante que me despierte en cuanto finalice su guardia y bajo detrás del viejo.

—Marea dos, apenas si hay viento —dice el navegante, al despertarme sacudiéndome un brazo.

Vuelvo al puente aún antes que el comandante.

Enarco las cejas para que mi vista me sea más útil: el horizonte se ve perfectamente. Al Este está aclarando. A babor, en proa, está el primer oficial. Ahora informa:

—¡Al comandante: comienza a amanecer!

El comandante sube y sin palabras pasea su mirada.

—Un rato más aguantamos —dice al fin. Pero pronto noto que se ha puesto nervioso. Una y otra vez eleva su mirada inquieta hacia el cielo. Al Este, sobre el horizonte, se dibuja ya una capa amarilla, como margarina. La oscuridad desaparece rápidamente. Diez minutos más tarde opina el comandante:

—Bien... ya es la hora.

El mar está tranquilo. Parece que estuviésemos navegando en un lago. Desde abajo llegan de continuo las mediciones de profundidad:

—Treinta metros, veintiocho...

Veinte. Y así queda.

—¡Muy bien! ¡Justo para nosotros! ¡Navegante, retirémonos, que pronto estará demasiado claro!

—¡Prepararse para la inmersión! —Una mirada más al mar denso y suave... y en seguida bajamos al interior del submarino.

El golpe con el cual el submarino toca el fondo no es mayor del que sufre un avión cuando toca tierra. La orden dada al ingeniero era justamente ésa: depositarnos sobre el fondo.

—Bien, y ahora esperemos que sea lo que Dios quiera —dice el comandante.



—¡Y la Virgen...! —¡Esa fue la voz del ingeniero! Me vuelvo: ¿la boca del ingeniero otra vez en funciones?

¿Se sienten acaso en Francia? Tendría que preguntarle al oficial navegante si esto pertenece al suelo francés o si aún estamos en terreno internacional.

Mi subconsciente ha registrado desde hace rato ya algunos ruidos raros. Ahora se oye un golpe, parecido al que produce un puño al dar contra una puerta de madera. Y otra vez, y otra más. El tercer golpe repercute en todo el submarino. Le sigue una vez más ese primer ruido escurridizo.

—¡Increíble —dice el viejo—, ¡qué corriente!

—Y tan plano como debería ser el fondo no lo es tampoco —oigo que informa el ingeniero.

Es decir que los golpes son provocados por piedras. No estamos firmes en esta posición. Somos arrastrados sobre el fondo.

—Tenemos que hacernos más pesados, ingeniero.

—¡Sí, señor!

Se oye el agua que entra en las cámaras de regulación.

—Ahora sí —comenta el viejo.

Silencio en el submarino. Sólo el ruido de las gotas de agua condensadas al caer. Toda la gente libre se ha recostado en sus camastros, hace rato ya. Cuando esté del todo claro, el viejo querrá ascender a profundidad de periscopio, catorce metros. Guarda silencio acerca de cómo se comportará más tarde. Dirigirse a la costa sin custodia de un convoy es una tarea pesada. De día imposible y muy difícil de noche.

Otro golpe, en el preciso instante en que estoy pasando por la compuerta hacia la popa.

—¡Maldición! —despotrica el viejo— ¡Seguramente no estamos de acuerdo con la corriente! Tenemos que tratar de colocar al submarino más paralelamente a la dirección del agua.

Oigo más movimiento en las celdas. Otro golpe que hace temblar a toda la embarcación. Luego una orden para las máquinas eléctricas, más órdenes para los timones... En fin, ya van a coincidir...

Como desde una lejana distancia se oye en ese momento la voz del escucha:

—¡Ruido de máquinas a trescientos grados! ¡En aumento!

El viejo ha levantado las cejas como un mimo. De pie en medio de la central, está alerta. El ingeniero está detrás de él, algo escondido. Tampoco yo me atrevo a hacer un solo movimiento más.

El viejo traga. Veo claramente cómo sube y baja su nuez de Adán.

—¡A pistón! —informa el escucha.

El viejo se sienta en el pasillo, al lado del compartimiento del escucha y se coloca los auriculares. Sus espaldas están dirigidas hacia nosotros. El escucha saca su cabeza

del compartimiento.

El viejo murmura:

—¡Juego lo que sea a que se trata de el diesel de un submarino!

Le devuelve los auriculares al marinero. Por dos minutos es éste quien escucha.

El viejo se queda a su lado:

—¿Y, Hinrich?

—¡Diesel de submarino, seguro!

—Submarino inglés o alemán... ésa es la duda ahora... ¡Primer oficial, prepare la pistola de señales! ¡Emergemos y usted dispara inmediatamente! ¿Cómo se escucha ahora?

—¡Doscientos setenta grados!

—¡Armas antiaéreas preparadas! ¡Primer oficial: usted subirá detrás de mí, de inmediato! —De pronto la central se llena de alboroto. Se abre el armario de las municiones.

¿Directamente delante de la puerta de casa, disparar aún con pistola de señales?

El viejo ya tiene la mano derecha apoyada en la escalerilla.

—¿Todo claro? —¡Sí, señor!

—¡Emerger!

—¡Emerger!

Estoy de pie justamente debajo de la escotilla cuando se oye el disparo. Sigue ascendiendo gente, así que sólo alcanzo a ver la luz de magnesio blanca y roja. Espero, con el aire contenido.

—¡Excelente! —oigo decir al viejo—. ¡la señal ha sido dada! ¡Acérquese ahora, primer oficial! ¡Vamos a mirar al colega de cerca!

—Improbable —dice el ingeniero detrás de mí.

—¿Puedo subir? —Bueno.

Necesito un momento para poder reconocer sobre las negras aguas al otro submarino. Está de frente. Se lo podría confundir con un tonel a la deriva.

—¡El aparato de señalización! ¡Rápido! —ordena el viejo.

—¡Bien, Zeitler, ahora preséntenos, como corresponde a gente educada! Zeitler dirige el aparato hacia el otro submarino y deletrea su llamada.

Desde allí parte la señal de recibido. Oigo nuestro aparato una vez más, y al oficial navegante que lee:

—UXW teniente primero Bremer.

El marinero se queda en la misma posición. Todo su cuerpo está preparado para seguir pasando nuevos textos.

—¡Eso es fantástico! —se alegra el viejo— ¡Ellos están anunciados, seguro mil veces! ¡Así que sólo nos resta ir con ellos!

El navegante está radiante: una pesada piedra se le ha caído del corazón:

hubiese sido él quién condujera a la Rochelle.

—Lo único que tenemos que hacer es esperar ahora a su convoy. Pregunte para cuándo está programado el encuentro de ellos con su convoy.

La respuesta llega desde enfrente en cuestión de segundos.

—¡A las ocho!

—¡Y ahora dígales que nos enganchemos a ellos! ¡Se van a romper la cabeza pensando cómo es que no estamos anunciados! ¡Sin más se preguntarán cómo entramos en el puerto asignado a otra flotilla, y más en un día como hoy!

El viejo no parece tener la intención de aclararlo. Durante el intercambio de señales nos hemos acercado al otro submarino. La distancia ya puede ser cubierta a gritos. Se oye en seguida una voz de megáfono desde la otra embarcación:

—¿Qué pasó con ustedes?

Nos miramos. El viejo piensa. Tardo un rato en darme cuenta de que también nosotros somos perfectamente visibles, y que nuestra silueta ha cambiado bastante.

—¿Para qué este interrogatorio? —se queja el oficial navegante.

El viejo se pone el megáfono ante los labios y grita:

—¡Puede adivinar tres veces! —y se dirige entonces al navegante, con voz normal—: Haría mejor en cuidar de que sus armas antiaéreas estén preparadas. El ambiente parece pesado aquí...

El navegante toma esto como una orden directa:

—¡Estricta vigilancia! —les recomienda a los vigías.

De pronto, una detonación sorda pero potente recorre el submarino. Siento el golpe detrás de las rodillas. ¿Explosión en las baterías? ¿En las máquinas eléctricas?

¿En el diesel? Maldición, ¿qué ha pasado ahora?

El viejo grita por la escotilla, hacia abajo:

—¡Información... ! ¿Dónde está esa información?

Pero desde abajo nada llega. Miradas dubitativas entre el viejo y su navegante. El viejo levanta aún más la voz:

—¡Informe... de inmediato!

El rostro del ingeniero aparece por la escotilla, tartamudea:

—¡Es que no hay qué informar, señor!

El comandante se queda observando al ingeniero. ¿Es que estamos todos locos? ¡Si se acaba de oír una explosión!

Enfrente comienza a brillar el aparato de señalización; —¡Lean !

Tres bocas leen al unísono:

—¡T-o-c-a-d-o- s-p-o-r-u-n-a-m-i-n-a ! Mina, mina, mina. Donde hay una, hay varias.

—¡Acerquémonos!

Miro hacia el otro submarino con los binoculares. No se ve nada. Sólo parece un

poco ladeado, como si las celdas hubiesen recibido aire en forma desigual. Yo me imaginaba distinto el impacto de una mina.

Nuestra proa se acerca lentamente. Desde enfrente nos siguen mandando señales:

—¡Lean! —ordena el comandante.

—¡I-m-p-a-c-t-o-a-p-o-p-a-h-a-c-e-m-o-s-m-u-c-h-a-a-g-u-a-n-o-p-o- d-e-m-o-s-s-u-m-e-r-g-i-r-n-o-s!

—¡Una maldita mina eléctrica! —dice el viejo— ¡seguramente arrojada desde algún avión!

—¡Y seguramente no es la única! —agrega el oficial navegante, indiferente.

—Eso no cambia en nada la situación, navegante. Ahora tenemos que quedarnos arriba, para proporcionar defensa antiaérea.

Y deslizarnos lentamente a través del campo minado, pienso yo.

El oficial navegante no dice nada más. Sólo dirige sus anteojos hacia la otra embarcación.

—¡Gríteles que nos quedaremos en la superficie para brindarles protección antiaérea!

El oficial navegante toma el megáfono. Desde enfrente sólo responden con las gracias.

Mis piernas tiemblan: a cada minuto podemos chocar nosotros también con una mina.

—Navegante, escriba: «Seis y quince impacto de mina en UXW». Que el radiooperador lo intente nuevamente. Quizá tengamos suerte esta vez. Escriba: «Kr UXW impacto de mina. Imposible sumergirse. Todo queda en la nada. Pido inmediatamente convoy. Posición en lugar de encuentro. UA».

No podemos hacer otra cosa que ver cómo aclara el día.

—Parece que el daño de ellos es grande. Si solamente hubiesen sido tocadas los diesel, o las máquinas eléctricas, es seguro que algo podría hacerse todavía...

La claridad en aumento me permite ver que la corriente ha cambiado. Tenemos el Este a nuestras espaldas. Todos a mi alrededor tienen el color de la ceniza, grises, debido a la iluminación de la mañana.

No hay ruido de máquinas, no hay movimiento, ni un temblor en todo el submarino. Nadamos como una cosa, a la deriva. El temor es una úlcera que se me ha abierto en el cuerpo. ¡Y este silencio! Tengo miedo de carraspear. ¡Si sólo anduviese el diesel! ¡Daría algo por volver a oír el ruido de nuestra diesel!

¡Allí hay boyas! ¡Toda una hilera! ¡Si nos deslizáramos por ellas! Pero no. El submarino de enfrente no es capaz de navegar. Tenemos que seguirlos donde la marea los lleve, como un hermano siamés a otro.

—¿Qué hora es?

—¡Siete y diez!

El miedo me traspasa. Ya no nos miramos, como si el entrecruzamiento de nuestras miradas pudiera desatar algún secreto contacto.

Quisiera poder hacerme pequeño, como una gaviota. Volar hacia el Este.

Nada se ve de la costa aún. Tampoco se divisa una sola columna de humo.

¿Qué se piensan éstos? ¡Organización de mierda! Debe ser agradable esperar, cuando uno sabe que al final lo vendrán a buscar; pero cuando uno debe esperar sobre un campo minado, la cosa cambia.

—¡Avión! ¡A ciento veinte grados!

El grito del vigía de estribor, a popa, me llega hasta la médula. Nuestras miradas convergen como llevadas por un hilo invisible.

—¡Preparadas las armas antiaéreas! ¡Rápido! ¿Altura?

—¡Ochocientos! Tipo «Halifax».

Me salgo del puente. Desde abajo alcanzo municiones. Nuestra 37 empieza a tartamudear. Es como jugar a acertarle al plato. Entre el ruido de los disparos se oye finalmente una detonación. Y luego, repentino silencio. El ruido ha desaparecido, como cortado por un cuchillo.

Subo y echo un vistazo. ¿Dónde están los otros? Nada más que el mar liso, color opalino. Sólo un par de restos oscuros se mantienen sobre el agua, a babor. Como desde muy lejos; consigo captar órdenes para la máquina y los timones.

Nuestra proa gira hacia los restos. Por fin me dice el oficial navegante:

—¡Fue de lleno! ¡Directamente delante de la torre!

Todo lo miro como si estuviera en trance. Es como si ante las figuras que veo se hubiese interpuesto un filtro gris. Cierro los ojos, los abro, miro fijamente: el submarino que hace un momento me mostraba su contorno ha desaparecido. ¿Y el avión? ¿Se fue? ¿Una sola bomba, puede ser? ¿Pasó una sola vez, disparó una sola vez y fue impacto total?

Esos vuelven, me digo, vuelven en grupo.

¡Estamos listos! ¿Defensa aérea? ¿Por qué no la tenemos? ¡Ese cerdo! ¿Dónde están nuestros aviones?

El mar es una superficie pulida. Nada se mueve. El horizonte bien delineado: el mar contra un tono pastel violeta sucio, que se aclara más arriba. Y allí donde hasta hace un rato había un submarino, un resto... una sombra molesta sobre el espejo de mercurio. No se mueve el agua, no hay olas, no ruge ningún motor... nada.

No entiendo cómo nadie grita. Esta falta de sonidos es absurda. Es ella la que me proporciona esta sensación de que todo a mi alrededor es irreal. Nuestra proa se dirige aún a los restos flotantes. Los binoculares consiguen delimitar varias partes en ese resto: se reconocen personas, seres humanos colgando sus cabezas de los chalecos salvavidas. Los hombres de las armas antiaéreas están ahí sentados, duros, como si se tratara de monumentos; como si no hubiesen entendido lo que acaba de pasar. Sólo

sus pechos se elevan y descienden rápidamente.

En la cubierta se encuentran ya el contraataca y cinco hombres más, listos para izar a los supervivientes.

—¡Maldición! —chilla el contraataca.

A estribor, el mar se colorea de rojo. Sangre en el mar.

No me atrevo a mirar esas figuras de frente. Mejor mirar hacia el cielo. Muy cerca, detrás de mí, alguien dice:

—¡Ellos también se imaginaron distinta su Navidad!

Un hombre aparece sobre el puente, chorreando agua, con la mano en la frente. Es el otro comandante, Bremer.

Su rostro se arruga; comienza a llorar; traga y sigue llorando, mirando ante sí como hipnotizado. Apretando fuertemente los labios trata de suprimir el castañeteo de sus dientes. Pero no lo consigue. Un temblor mayúsculo le recorre todo el cuerpo. Nuevas lágrimas le corren sobre las mejillas.

El viejo lo observa, mudo y frío. Por fin le dice:

—¡Vaya usted abajo!

Bremer se niega con rápidos movimientos de la cabeza. El viejo ordena entonces:

—¡Suban mantas! —y en seguida, como si de pronto lo hubiese atacado la ira, repite la orden—: ¡Mantas, rápido!

El mismo coloca sobre los hombros de Bremer la primera manta que aparece por la escotilla. Bremer comienza a hablar:

—Algo me aprisionó... sólo conseguí librarme cuando llegamos abajo... era como una serpiente...

¡Sin profundidad para sumergirnos, sin defensa antiaérea! ¡Este mar tan llano!

No me gusta. ¿Qué pasó con el Halifax? ¿Llevaba solo una bomba? No puede ser, los de ese tipo llevan siempre más...

—¡Sentí... sentí como una serpiente alrededor de mi garganta! —sigue tartamudeando Bremer.

El viejo se vuelve hacia él y lo observa, como si lo viera por vez primera. En su rostro aparece una expresión indignada.

¡Ese extraño sobre el puente, disfrazado con una manta! ¡Ese montoncito de figuras de horror sobre la cubierta, y el mar color de pastel! Tengo la impresión de que deberé atravesar una membrana para llegar a la realidad.

¿De qué habla ese comandante salvado? ¿Se ha vuelto loco? Por lo demás se comporta con normalidad. Parece decir seriamente lo que oímos. Nadie, empero, lo tomaría por el comandante de un submarino, ahí de pie en el camino de los demás, cubierto con una manta y como abandonado a su destino.

—¡Cuidado! —le grita un ayudante de la central, al alcanzar a través de la escotilla más mantas hacia arriba. Bremer se asusta por el grito.

Como pertenece a otra flotilla, ninguno de los nuestros lo conoce.

La voz del viejo es cascada. Tiene que toser un par de veces, antes de hablar libremente.

—¡La inmersión es imposible!

Muy llano y demasiada corriente. Así seguiremos flotando entre las minas, esperando a que los Tommies regresen. ¡Aún no mandan la defensa! ¡El otro había llamado! ¡Ya nada marcha bien!

¿Anclar? ¿No sería mejor echar el ancla? Mejor que deslizarse así sobre las minas debe ser...

En seguida volverá a detonar. Lo siento en mis rodillas. Los de abajo, en las máquinas... solamente ese poco de acero contra el poder de las minas.

¡El viejo no puede esperar más! Se tiene que decidir: esperar a los Tommies o marchar hacia el puerto..., sin defensa alguna...

El viejo pone su acostumbrada cara de pensador. Da órdenes a la máquina y a los timones. Nuestra proa toma lentamente hacia el sol. ¡Ya lo pensaba yo! ¡Arriba y adelante!

Pero no, el viejo ordena que el diesel marche a muy pequeña velocidad, para mantener el submarino en contra de la corriente. Nos quedamos en el mismo lugar.

Hasta hoy no hubo en el mar otra mañana tan bella como ésta. No sé si las lágrimas que bañan mis ojos se deben al silencioso recogimiento de la Navidad o a la miseria que se ve sobre cubierta. Trato de refrenar los sollozos. ¡No delante de los demás!

Si el cielo se hubiese vestido de luto, neblinoso y oscuro, quizá entonces la triste escena de los naufragos hubiese sido más llevadera. Pero esa iluminación entre opalina y dorada que baña todo el espacio celeste y se sumerge en las aguas otorga un contraste tan dolorosamente torturante al cuadro de los marinos empapados que hay sobre nuestra cubierta que estoy a punto de gritar. Allí están, de pie, como ovejas muy juntas. Cada uno tiene sobre sus hombros una manta gris oscura. Contra el sol es difícil reconocerlos separadamente. Son todos ellos una sola masa oscura. Dos llevan aún sus gorras sobre la cabeza. Uno de ellos, más flaco y alto, tiene que ser el primer oficial. El otro es un alférez. Los maquinistas, seguro, que no han conseguido salir. Siempre es así. Todos están descalzos. Uno tiene los pantalones doblados hacia arriba, como si hubiera querido caminar por un charco.

Nuestro contramaestre trata de poner a salvo una balsa. Con otros dos hombres ha conseguido ya recoger seis o siete botes salvavidas, y ponerlos en la torre.

Parece que el viejo no desea llevar a nadie debajo de cubierta. No tendría sentido. Sumergirnos no podemos. ¡Y las minas! Dejar a esa pobre gente ahí donde está será lo mejor sin duda.

¡Poco a poco se va haciendo hora de que el convoy aparezca! Los otros no se

darán por conformes con una sola bomba. El Halifax ya debe de haber dado cuenta. Hace rato entonces que los Tommies saben que aquí hay un segundo submarino en espera de sus bombas. ¡Marina de mierda! ¡Maldita! ¡Tienen que haber oído en tierra el impacto! ¿O es que sobre la plataforma submarina ya no podemos pedir nada? Botes de avanzada... ¿no los hay tampoco?

El radiooperador Herrmann, nuestro enfermero, y dos más están ocupados en la torre atendiendo a los heridos. Uno de los más viejos es quien más recibió: las manos quemadas, la cabeza hecha una bola de sangre. ¡La sal del agua contra la carne desnuda! Un escalofrío me recorre. No puedo mirar.

Herrmann envuelve la cabeza roja con vendas, de tal manera que sólo quedan visibles los ojos, la nariz y la boca, como en un *tuareg*. Enciende un cigarrillo y se lo coloca al *tuareg* entre los labios. El otro le agradece con un movimiento de la cabeza.

También otros están fumando, ahora. Algunos se han sentado sobre los restos de nuestra barandilla.

El primer oficial y el alférez extraños observan constantemente el cielo. A los marineros, en cambio, el cielo parece darles igual. Dos o tres, incluso, dejan escapar el aire de sus salvavidas, para poder estar más cómodamente sentados.

El comandante quiere saber cuántos hombres han sido salvados. Me pongo a contar: veintitrés en la parte delantera de la embarcación. Cuatro, los malheridos, están acostados a popa. Así que veintisiete, más su comandante... apenas más de la mitad de la tripulación.

¡Qué llano está el mar! ¡Es la superficie intocada de una plancha de metal!

¡Nunca lo había visto así! Tampoco hay una sola ráfaga de viento.

El oficial navegante pega un grito:

—¡Objeto a doscientos setenta grados!

Nuestros binoculares se dirigen inmediatamente hacia allí, como atraídos por un imán. Es cierto: allí flota un pequeño cuerpo oscuro, sobre el azul de seda. No se puede reconocer de qué se trata. Bajo los anteojos y parpadeo. El oficial navegante balancea sus binóculos sobre los dedos. Ahora sube al periscopio, se acomoda hacia atrás, siempre con los anteojos entre las manos. Bremer lo observa con una expresión incrédula en los ojos.

El viejo le pregunta al navegante:

—¿Ha reconocido algo? —Hay impaciencia en su voz.

—¡No, señor! Ese tendría que ser el lugar del hundimiento; la corriente nos ha traído hasta aquí.

—¡Humm! —hace el viejo.

Pasan otros dos minutos; luego, en una decisión repentina, el viejo ordena girar la proa y subir la velocidad. Tomamos curso hacia el objeto.

¿Qué es lo que impulsa al viejo a pasear sin necesidad en este campo plagado de



minas, todo por un cajón o un barril de aceite? ¿Quiere tentar al destino? ¿No le alcanza todavía?

Estoy agazapado sobre mí mismo, los músculos del abdomen tensos, las articulaciones de las rodillas sueltas.

Pasan así cinco minutos. El navegante dice de repente, con voz monótona y sin sacar los binoculares de sus ojos:

—¿Alguien está nadando ahí!

—¿Lo que había pensado! —responde el viejo, tan fríamente como el otro.

¿Alguien que flota? Desde que el submarino de Bremer se hundió pasó más de una hora, casi una y media. Todos recorrimos la zona con la vista, todos. Y allí no había nada más que el mar.

El viejo hace marchar el diesel más aprisa. Mantengo los binoculares delante de los ojos. Al acercarnos lo distingo yo también: es un hombre. Su cabeza se ve claramente por encima del salvavidas. Y ahora eleva un brazo.

La gente que permanece sobre cubierta se ha inclinado hacia adelante. Tengo miedo de que se nos caigan otra vez al agua. ¡Mi corazón golpea! ¡Es cierto, allí se mueve un ser humano! El oficial navegante supo en seguida que no se trataba de un cajón.

Por las escalerillas bajo desde la torre hacia la cubierta. Quiero ver al hombre que sacarán del agua. Dele las gracias a Kriechbaum, me gustaría decirle, para él las corrientes no tienen secretos. Para él no flotaba un objeto en algún lugar, sino en el lugar del naufragio.

Ya lo tienen. Descalzo. A lo sumo dieciocho años de edad. El pantalón y la camisa pegados al cuerpo. Chorrea agua. Se apoya contra la torre, pero se mantiene de pie.

Le hago un pequeño movimiento con la cabeza, como para animarlo. Sin palabras. Ahora no quiero preguntarle cómo hizo para salir del submarino ya hundido. Tiene que ser un fogonero. De diesel o de máquina eléctrica. Quizá sea el único que salió de la popa. ¿Pero, por qué tan tarde? ¿Qué pasó ahí? Quién sabe todo lo que tendrá para contar.

Al fin le digo:

—¿Suerte, eh?

El joven respira hondo, se limpia la nariz de agua y responde asintiendo con la cabeza.

Aparece el contramaestre, con mantas. Nunca pensé que él estaría tan lleno de sentimientos. Pero cuida al muchacho con la dedicación de una madre. No debería haberlo hecho: el marinero se desarma, solloza; sus dientes comienzan a chocar.

—¿Dame un cigarrillo! —le ordena el administrador a uno de nuestros marineros — ¡Vamos, enciéndelo! ¡Vamos!

Ayuda al muchacho a acomodarse mejor y le ofrece el cigarrillo.

—¡Tómalo! —le dice— ¡Es tuyo!

—¿Hora?

—¡Ocho y diez!

A las ocho debía aparecer el convoy. ¡Oh, Dios!

El chaleco se me hace pesado.

Es una suerte para la gente que está sobre la cubierta, que no sople el viento.

Navidad, y no hace nada de frío. A pesar de ello, tendríamos que darles algo para que se pongan en los pies. Nosotros no necesitamos nuestras botas de mar.

Bajo para buscarlas.

Al pasar por el habitáculo de los oficiales, me quedo petrificado; el primer oficial ha preparado la máquina de escribir, sobre la mesa, y se dispone a utilizar. Me faltan palabras. ¡Esto es demasiado! Respiro hondo, demostrativamente, pero el primer oficial ni siquiera levanta la vista. Tres o cuatro veces golpea con los índices sobre las teclas, su mirada de gaviota dirigida en forma vertical hacia la máquina. Lo que yo más desearía en este momento es tomar el aparato y partírselo en la cabeza. En vez de eso digo simplemente: —¡Enloquecido! —y me dirijo hacia la proa, gritándole a un marinero que encuentro en el camino—: ¡Rápido, traigan botas, ¡dense prisa!

¿Qué es lo que tiene que escribir a máquina ahora? ¿El informe de que entramos a puerto, quizá? A lo mejor un recibo para Bremer, donde consta que nosotros lo salvamos, junto con la mitad de su tripulación...

Rápidamente se organiza una cadena. Las botas comienzan a llegar arriba.

Subo detrás del último par.

El oficial navegante grita a todo pulmón:

—¡El convoy! —y señala hacia adelante.

Es cierto, allí, sobre el horizonte, se ven columnas de humo.

—¡Demasiado tarde, señores! —ruge el viejo.

Cerca de mis oídos suena un castañeteo. Vuelvo la cabeza; Dios mío, el comandante del otro submarino. Sus dientes se entrecujan. Me estremece el frío viento de la mañana.

¡Aparece el sol! Asciende por encima de un banco de nubes inmóvil, color malva. Es una enorme naranja en medio del cielo. Otras nubes tienen la coloración gris azulada de algunas palomas.

Observo el ascenso del disco solar.

—¡Cosa de locos! —comenta el viejo—. Ahora todo concuerda nuevamente: un submarino tenía que entrar, y uno es el que entrará.

Mira hacia el barco que se nos acerca.

—¡Hermoso, debe de tener sus buenas ocho mil toneladas...! ¿Qué es eso? —su voz se estiró para decir las últimas palabras.

Yo también lo veo: detrás de ese barco, otros comienzan a aparecer.

—¡Demasiado honor, señores! —murmura el viejo como para sí mismo. Desde el primero de los barcos parten señales luminosas.

—¡Nos llaman!

—¡Ya lo he notado, segundo oficial! ¡Traigan el aparato para responderles!

Vamos a ver qué es lo que quieren.

El sol que nos llega desde el barco se apaga y vuelve a encenderse. El segundo oficial lee en alta voz:

—¡B-i-e-n-v-e-n-i-d-o s ! El viejo murmura:

—¿Dicen algo más?

—¿Q-u-é-h-u-n-d-i-e-r-o-n-?

—Eso va para usted —le dice el comandante a Bremer, quien quedó un poco más abajo que todos nosotros, que nos subimos a la mayor altura, para ver mejor.

Bremer nos miró indefenso.

—¡Tontos! —dice el segundo oficial—. ¡Lo único que falta es que nos deseen feliz Navidad!

—¡Bobadas! ¡Hagamos como si la pregunta fuera dirigida a nosotros! ¡Vamos, respóndales: tres hermosos vapores!

El aparato hace su sonido claqueante. Pausa de segundos. Desde el otro barco mandan la respuesta:

—¡F-e-l-i-c-i-t-a-c-i-o-n-e-s !

El viejo arruga la cara y se muerde el labio inferior.

—¿Qué opina usted, deberíamos aclararles? —le pregunta al navegante.

—No, señor, sigamos. Ya se darán cuenta en seguida de quién es el que han acompañado hacia adentro.

Si nos están observando con sus binóculos tienen que haber visto hace rato la cantidad de marineros que hay sobre la cubierta: no es común eso en el arma submarina. Y los botes salvavidas que cuelgan de la torre tampoco son comunes en un submarino que está por entrar a puerto. Tienen que notar que algo extraño ha pasado. Y que a cada momento puede volver a pasar. Los Tommies regresarán, seguro. No nos van a dejar así.

Deseo tranquilizarme: pronto estaremos a salvo de las minas. Y si aparece un avión, tendrá que vérselas con mucho más fuego que el que hubo hace dos horas. Los barcos están bien armados. Pero quien no parece serenarse es el viejo. Una y otra vez pasea su mirada por el cielo.

—¡Ellas saben en seguida si algo anda mal! —dice el segundo oficial, hablando de las gaviotas, que rodean el submarino.

Las gaviotas se prestan la luz dorada del sol para sus alas. Sus gritos son estridentes. Ninguna mueve las alas para volar. Cuando pasan directamente por

encima de nosotros giran sus cabezas de un lado al otro.

No presto atención a las órdenes que el viejo está impartiendo a la máquina y a los timones. Solamente me interesa el grupo de barcos que se acerca: me asombra la cantidad de humo que echan esas chimeneas. ¿Querrán atraer sobre sí al enemigo que nos busca?

Estoy ocupado cogiendo y pasando las mantas y las botas que la gente se quita; hay que devolverlas abajo. A estribor aparece entretanto un barco nuevo, de paredes negras. En seguida, una draga, grande como un coloso, que continuamente desarrolla trabajos en esta zona para mantener libre el canal, para que los barcos de mayor calado puedan acceder al puerto.

Por fin puedo colocarme los binóculos ante la vista: la costa es sólo una línea delgada. Pero ya se pueden distinguir algunas grúas, pequeñas como juguetes. En el barco que nos conduce se divisan varias personas.

Se nos hace aguardar en las afueras. En la cubierta comienzan a preparar las amarras. Nuestros marineros tienen mucho cuidado de no molestar con eso a los heridos.

Desde el puesto de señales llega un comunicado. El oficial navegante lo lee:

—¡Entrar inmediatamente! —A través de los binoculares divisamos un muelle. Un montón de personas se ha juntado allí; a Dios gracias parece que no habrá música esta vez.

Un par de gaviotas gritan demasiado fuerte en este silencio sobrecogedor que nos rodea, mientras el submarino se desliza entre los muros de contención. Desde el muelle nos arrojan pequeños ramos de flores. Nadie los toma en sus manos.

Es el rechazo de siempre, contra la gente que aguarda en el muelle: a todos los que estamos aquí de pie, sobre el puente, nos sucede lo mismo. Somos raros ejemplares que reaccionan mal ante cualquier gesto.

Se oyen silbidos, dirigidos a los que tienen en sus manos la maniobra de amarre. Las cuerdas están preparadas y ordenadas, a proa y a popa.

Pequeños cabos vuelan ya hacia el muelle. Allí los toman soldados, que tiran de ellos para alcanzar las amarras. Otros, marineros, toman las amarras y las ajustan alrededor de los pilotes. El agua sucia se remueve por efecto de nuestra hélice.

—¡Pare la máquina! ¡Tripulación a la cubierta de popa! —ordena el comandante con voz ronca.

Los de arriba ven claramente nuestra cubierta rota, los náufragos sobre ella, los heridos. Miro sus rostros intranquilos.

Nos pasan la escalerilla, que queda inclinada hacia arriba: estamos ya firmemente ligados a la tierra.

Pero aún antes de que mis oídos lleguen a escuchar el ruido que producen, presiento en el aire lo que se avecina: ¡Aviones!

El ruido llega desde el mar. ¡Es el grupo que esperábamos! Todos elevan las cabezas. El bramido se hace más fuerte, más compacto. Ya se preparan las armas antiaéreas. Ahí, sobre el mar, se ven pequeñísimas nubes, como copos de algodón. Se transforman en puntos oscuros: cinco, seis bombarderos. ¡Siete!

Todos se desparraman. El viejo me grita:

—¡Vámonos de aquí! ¡Al *bunker*!

Los disparos rebotan sobre el pavimento. Pedazos de piedra vuelan por los aires. ¡Son cazas!

No nos quieren a nosotros. Están combatiendo las baterías antiaéreas. O sea que el ataque es combinado, de cazas y bombarderos, pienso.

Aquí y allá se abren baches en el pavimento.

Me faltan cincuenta metros hasta la puerta del *bunker*, cerrada desde adentro de tal manera que sólo queda un pequeño espacio por donde entrar. Salto. Siento el dolor en los muslos, detrás de las rodillas. Mis piernas son zancos inseguros que no responden demasiado. Es como si hubiese olvidado como se corre.

Gritos. Muchas pequeñas nubecillas en el cielo. Llanto de sirenas. Disparos. El ladrido de las armas. Ruido de salvas. Cacofonías de los más diferentes ritmos de detonación. Humo, hongos de polvo; y entre todo eso el cuerpo gris de los aviones.

¿Cuáles son los nuestros y cuáles enemigos?

Ante mí, un grotesco ballet. La coreografía de un demente sobre un escenario enorme, con el fondo de un *bunker* submarino. Figuras que se arrojan al suelo, que corren en zigzag, que caen, que se incorporan. Grupos de baile sueltos y compactos. Uno levanta los brazos, gira en una pirueta y se hunde, con las palmas de las manos, en el extremo de los brazos estirados, abiertas para una reverencia. Un puño invisible me golpea detrás de las rodillas. Me aprieto contra el pavimento. Alguien llora. La presión del aire me arroja al suelo, una máquina detrás de la otra pasan rasantes sobre mí.

Un Boeing se despedaza en el aire. Sus restos giran hacia abajo. Su cuerpo entero cae detrás del *bunker*. El humo y el polvo apenas me permiten respirar. Remando con los brazos consigo llegar a la pared de cemento, pasar por la puerta. Tropiezo con alguien tirado en el suelo, me abro la frente, caigo y ruedo hacia un lado.

¡Aquí me quedo, en el suelo! Basura. El polvillo en el aire.

El ruido de los disparos es más sordo ahora. Me paso la mano por la frente. No me sorprende hallar sangre pegajosa sobre ella. El hombre que yace a mi lado suspira y se coge la barriga con ambas manos. Al acostumbrarse mis ojos a la penumbra lo reconozco: tiene impermeable gris, es uno del submarino... Zeitler. Por la espalda me toma, alguien de las axilas y trata de levantarme.

—¡Está bien, gracias!

Estoy de pie, tambaleante. Niebla ante los ojos. El hombre que está detrás de mí,

me sostiene. La niebla se disipa. Justo en ese momento, un mazazo increíble casi me rompe los tímpanos. El *bunker* todo es una inmensa caja de resonancia. El suelo se mueve bajo mis pies. Desde el techo caen sobre el primer dock grandes trozos de cemento que se hunden en el agua y golpean un submarino anclado. De pronto, la luz penetra clara por una abertura a través del techo del *bunker*.

¡Luz! Me incorporo.

El agujero tiene sus buenos tres metros de diámetro. Hierros y cemento cuelgan a su alrededor. El cemento sigue cayendo.

El agua entre los muelles bailotea al contacto con cada pedazo de cemento.

¡Dios mío, se agujerearon siete metros de cemento! ¡Esto no había sucedido nunca!

Gritos, órdenes. Carreras, ahora también dentro del *bunker*.

Se decía que el techo de un *bunker* soportaría cualquier calibre...

¿De dónde viene tanto vapor?

Desde afuera oigo todavía disparos y truenos, como en los preparativos de una gran tormenta.

Una enorme nube de humo se deposita. Mi lengua siente un gusto raro. Ya no se puede respirar. Toso. Tengo que recostarme contra la pared, con la cabeza sobre el antebrazo.

¡Aire! ¡Sólo aire! ¡Aquí me ahogaré! A través de compactos grupos de gente me abro camino hasta la pesada puerta, choco contra dos trabajadores del astillero que pretenden cerrarme el paso y me deslizo al fin por la abertura. Todo es humo negro: tiene que haber reventado un tanque de combustible, si no, no se explica.

¡No: todo el puerto está en llamas! Solamente las grúas se encaraman sobre el fuego, sin ser alcanzadas por el mismo. Se oye el chisporroteo y el grito de una sirena, desgarrador, interminable.

Dirijo mi vista hacia la derecha, hacia la compuerta: el cielo está más abierto, allí. Techos en el suelo, casas destruidas. Alambres retorcidos, trozos de hierro caen a mis pies. Casi me hundo en un cráter que no vi. Un herido se arrastra hacia mí, la locura en los ojos. De todos lados vienen suspiros y quejidos. Bajo el polvo, detrás de la humareda, debe de haber todavía muchos heridos.

¡El submarino! ¿Qué ha pasado con el submarino?

Un golpe de viento disipa la cortina de humo. Me subo sobre dos vías retorcidas, rodeo dos cadáveres, tengo cuidado de no engancharme con los hierros retorcidos que abundan por doquier. Delante de mí cae al agua un montón de escombros humeantes. ¡Dios mío, eso era el muelle! ¿Y el submarino? ¿Dónde ha quedado nuestro submarino? Veo un trozo de hierro saliendo del agua, grande como un arado; un alambre de comunicaciones cuelga de él. ¡La proa de un submarino! En el agua sobrenadan pedazos de madera. ¿Agua? ¡Si esto es todo aceite! ¿Y las sombras

negras que aparecen ahí? ¡Si es gente! ¡Tres, cuatro, más aún...! Tienen que ser tripulantes de nuestro submarino. ¿Y el viejo? ¿Dónde se ha quedado el viejo?

¿Por qué nada se mueve? Una columna de humo se acerca. Se oyen gritos, a mis espaldas. Un gran grupo de soldados y trabajadores del astillero. Sin cesar de tocar la bocina, toman la última curva dos camiones, a toda velocidad.

¡Y entonces lo veo, en el vaho! ¡El viejo! Bañado en sangre, el pullóver y la camisa hechos trizas. Sus ojos, siempre entrecerrados, están ahora muy abiertos. Casi al mismo tiempo caemos ambos sobre las rodillas, y luego sentados sobre las piedras rotas del pavimento, los brazos de uno abiertos hacia el otro, cual dos luchadores. El viejo abre la boca, como si quisiera lanzar un grito. Pero es sangre lo que se escapa de sus labios.